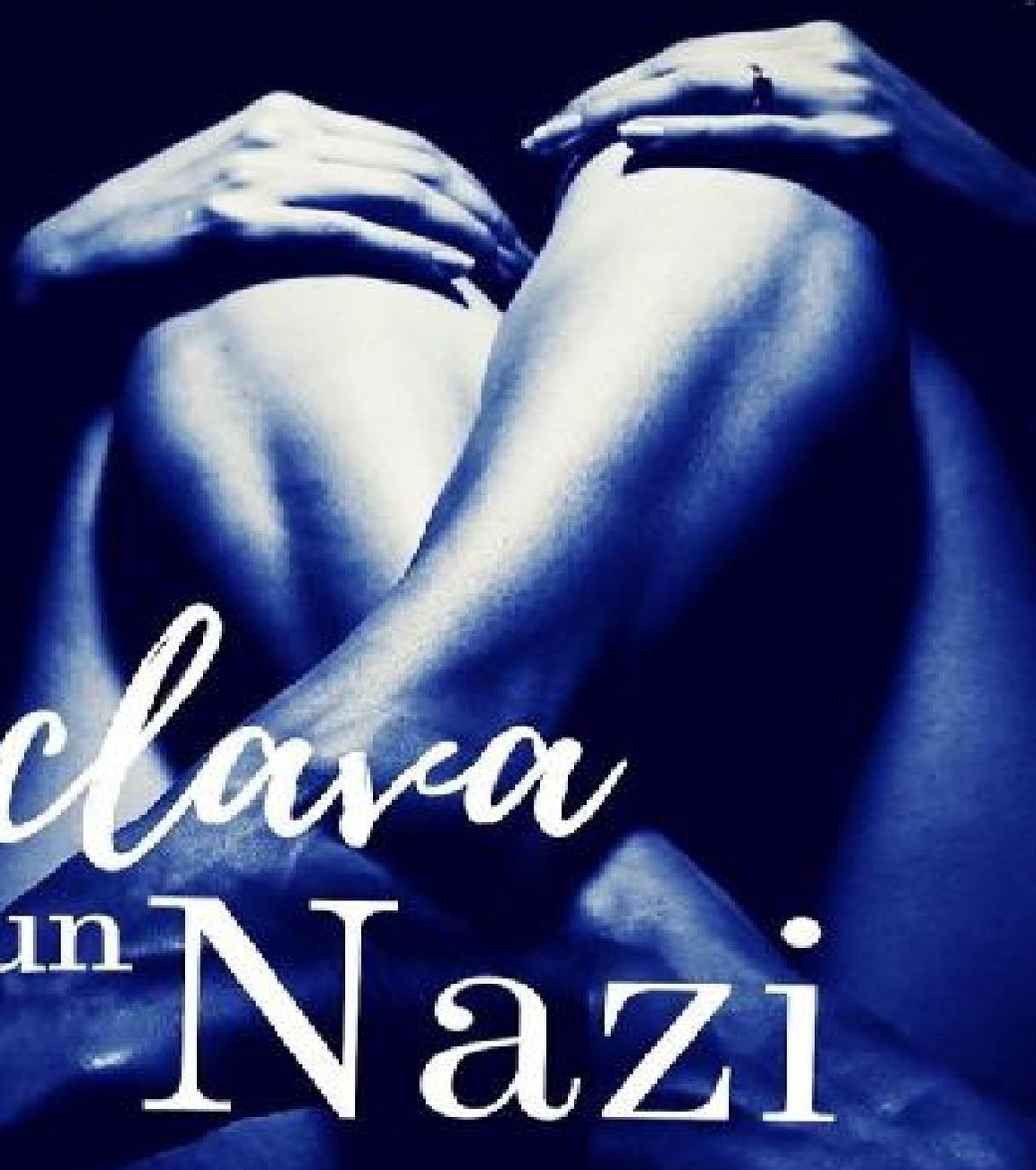


El amor y el odio libran una gran batalla en el corazón



Esclava
de un **Nazi**



Myrian González Britos

Esclava
de un
Nazi



Myrian González Britos

© 2019 Myrian González Britos
Todos los derechos reservados

Queda terminantemente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Primera edición Julio 2019

Nota de la autora

En las elecciones de 1932, los nazis ganaron el 33 por ciento de los votos, más que cualquier otro partido. En enero de 1933, Hitler fue nombrado canciller, el jefe del gobierno alemán, y muchos alemanes creyeron que habían encontrado al salvador de la nación.

Agradecimientos

Agradezco a Dios y a mis ángeles en primer lugar.

A mi mejor amiga y lectora número uno, mi madre, a mi padre, a mis hermanos y en especial a mi marido, que todos ellos siempre me han apoyado y animado a perseguir mis sueños...

A mis amigas del alma y lectoras: Patricia Alejandra Celedón Aguilera, Jessica Sabio, Paloma Samanta Jaen, Teresa Mateo Arenas, Eliz Nathalia Martínez González y a todos mis futuros lectores.

«Sin vosotros este sueño no tendría sentido».

Eternamente grata.

Dedicatoria:

Dedico esta novela a la memoria de María Magdalena Aguilera Rivas, la madre de una gran amiga, que, a pesar de las circunstancias, estuvo conmigo durante la creación y corrección de esta historia indeleble.

Primera Parte

El cambio tiene un precio

Blankenstein, verano de 1933

Lya se miró con embeleso en el espejo del taller de su nueva modista, la señora Ackermann, una simpática mujer de cuarenta y dos años, de pelo castaño y carnosos labios. Los grandes ojos azules de aquella mujer brillaron con intensidad al ver el gesto de satisfacción de la joven, su nueva cliente.

—¡Es precioso! —exclamó Lya—, trabajas como las grandes modistas francesas.

El vestido era perfecto para el cumpleaños de Emma, su prima y mejor amiga. La bella joven esbozó una amplia sonrisa, dejando al descubierto su dentadura perfecta. El vestido rojo, ajustado y largo hasta sus rodillas realzaba su buena figura. Lya tenía el cuerpo de una sirena y el rostro de una diosa griega, según su actual pretendiente, el renombrado médico judío, Joshua Rosenthal, hijo de Jakob Rosenthal, dueño de la granja con el mismo nombre.

—Estás hermosa —le dijo la modista—, tienes un cuerpo muy bonito, Lya. Lya la miró por encima del hombro derecho.

—Gracias —dijo sin abandonar su sonrisa—, eres muy buena modista.

La mujer meneó la mano en el aire, restándole importancia a su cumplido.

—Me lo llevaré puesto —anunció ella—, así mis amigas morirán de envidia y me preguntarán quién me lo hizo —le guiñó un ojo—, prepárate para recibir más clientes este mes.

Lya sonrió al tiempo que retiraba unos billetes de su pequeño bolso de mano para pagarle. María escrutó con discreción la cantidad de dinero que aquella joven llevaba en su bolso. Nunca había visto tantos marcos junto en su vida.

—Me encanta el detalle de atrás, señora Ackermann.

Todos en el pueblo comentaban sobre la adinerada familia judía que se había instalado en la mansión de los Weiß, antiguos propietarios, que se encontraba en el centro del pueblo.

Lya era hija única y sus padres se desvivían por ella. La joven era bastante caprichosa y prejuiciosa. Anhelaba casarse con alguien de su mismo círculo social, sería incapaz de renunciar a la buena vida a la que estaba acostumbrada desde que nació.

—Muchas gracias, Lya.

Lya buscó una modista renombrada, pero solo consiguió una de barrio. No le disgustaba su trabajo, en absoluto, pero ni loca usaría aquellos vestidos en las grandes fiestas sociales a las que acostumbraba ir con su familia cada fin de semana.

—¡Madre he traído pan recién horneado! —anunció Sebastián con su peculiar alegría—, no me resistí y lo mordisqueé.

El hijo de María se detuvo en seco bajo el umbral de la puerta al ver a la chica de sus sueños, Lya Rubinstein, la orgullosa e indomable judía sin alma como la llamaba Petra, su mejor amiga. Lya se arregló su pelo con delicadeza al tiempo que deslizaba sus ojos en el atractivo joven. La camisa blanca algo sucia, los pantalones grises desgastados, el gorro estilo boina y el tirante ajado de color marrón era la vestimenta de trabajo de Sebastián, un humilde empleado de la granja de los Rosenthal.

—Hola —saludó él tras quitarse su gorro—, Lya.

Ella sonrió con expresión ladina, aquel joven la tenía embelesada desde la noche que lo vio a orillas del río Ruhr, completamente desnudo. Lya solía ir al lugar para observar el cielo y desahogar su alma apenada. Gran sorpresa se llevó al ver al hijo del panadero y la modista allí como había venido al mundo. En lugar de huir, como lo hubiera hecho cualquier chica en su lugar, se quedó allí, observándole y grabando a fuego en su retina cada centímetro de su cuerpo, de su esbelto cuerpo.

—Hola, Sebastián.

El muchacho trabajaba muy duro en la granja de su patrón, nadaba todas las noches y jugaba al fútbol con sus amigos, los resultados saltaban a la vista.

—¿Cómo estás?

—Bien —replicó él con las mejillas ruborizadas hasta las orejas—, ¿y tú?

El joven del pelo cobrizo, piel dorada y ojos muy azules recorrió con la vista el incitante cuerpo de Lya, que nadaba todos los días en su suntuosa piscina para mantener la línea.

—Bien. ¿Está sabroso el pan? —le preguntó con una sonrisa.

María escrutó con atención a su hijo y sonrió al percibir el rubor casi morado de sus mejillas.

—Mi padre es el mejor panadero del pueblo —replicó él, henchido de orgullo—. Los mejores panes salen de sus manos.

¿Y con eso pensaba conquistarla? ¿En serio?, se reprendió él para sus adentros y quiso dar media vuelta y golpearse la cabeza contra la pared.

«¡Eres el genio de la seducción, Sebastián!» resonó la voz de Martín, su hermano menor en su cabeza.

—Lo tomaré en cuenta —le dijo ella sin lograr desviar la mirada de sus ojos.

El corazón de Sebastián latía tan fuerte que casi no podía escuchar sus propios pensamientos. Aquella mujer lo tenía embobado desde el día que la vio cerca del río, llorando con mucha amargura. Intimidado, se escondió detrás de un árbol y la vigiló desde allí. Lya estaba triste y furiosa por haber dejado Berlín para mudarse en aquel pueblo que nadie conocía en Alemania.

—¡Volveré a Berlín tarde o temprano! —gritó ella, encolerizada—, ¡lo juro!

Sebastián se limitó a mirarla desde su sitio. Jamás había visto a una mujer más hermosa que ella en toda su vida. La voz de Lya lo devolvió al presente de golpe.

—Aquí tienes, señora Ackermann —le dijo tras alargarle el dinero—, mi prima tenía razón, trabajas como las hadas de cuentos.

María cogió el dinero y pidió permiso para traerle el cambio. Lya asintió, lapso en que sus ojos se encontraron de golpe con los de Sebastián. ¿Acaso la estaba observando? Miró al atractivo joven con embeleso y ni siquiera lo disimuló.

«Estoy tan desaliñado y huelo a caballos» pensó Sebastián, compungido.

—Todo lo que hace o hizo tu padre es admirable, Sebastián.

Aquella afirmación le hizo fruncir el entrecejo al joven. ¿Qué quería decirle con aquello? Lya clavó sus ojos color caramelo verdoso en sus fuertes y curtidos brazos revestidos de un fino vello dorado y algunos lunares apenas visibles bajo ellos. Sebastián llevó su mano derecha a su nuca y sonrió algo intimidado. ¿Tenía vergüenza?, caviló ella, sorprendida. No podía creer que un hombre tan apuesto como él no estuviera acostumbrado a los cumplidos femeninos. Aquello lo hacía aún más atractivo ante sus ojos. Su pretendiente, Joshua, era guapo, pero no como Sebastián, nadie era como él, aunque según Emma, su hermano mayor era tan atractivo como él y según Magda, el menor también. ¿Y si conquistaba a los tres por pura diversión? Lya sonrió ante sus pecaminosos planes de seducción. Le gustaba seducir, jugar con los hombres,

tenerlos a sus pies y hacer con ellos lo que le venía en gana. Ser extremadamente guapa tenía sus ventajas.

—¡Jud! —gritó de pronto Martín—, ¡Mutti! —chilló con su peculiar alegría—, ¡Joachim llega mañana!

El joven se detuvo bajo el umbral de golpe y miró con chulería a la famosa judía que se había mudado en la mansión misteriosa de los Weiß, que fallecieron meses atrás en un accidente de carretera mientras volvían al pueblo. Muchos decían que los espíritus de los antiguos dueños de la macabra mansión estaban detrás del accidente. Martín creía en esas cosas, tanto o más que su hermano, Sebastián.

—Hola —saludó Lya con coquetería.

Sebastián frunció su entrecejo en un acto reflejo. Martín se quitó la boina y la miró con deseo. Sebastián apretó con fuerza sus dientes y fulminó a su hermano con la mirada.

—Hola.

Jud ladró y Lya le acarició la cabeza con ternura, ganándose un lametón de la perra, lapso en que Sebastián y Martín intercambiaron una mirada teñida de interrogantes.

—Aquí tienes el cambio, Lya —le dijo María y la devolvió al presente de golpe—, muchas gracias.

Lya cogió el dinero y se lo metió en el bolso sin desviar la mirada de Sebastián un solo segundo. Unas pequitas en la nariz respingona del muchacho le robaron la atención por completo. El sol del verano dejó sus huellas en él. ¡Qué chulos eran! Le daban un aire más aniñado.

—Volveré siempre, señora Ackermann —prometió antes de retirarse del lugar—, hasta luego —les dijo a los hermanos con una voz muy seductora.

Sebastián la miró con melosidad y no pudo evitar olfatearla cuando pasó a su lado. ¡Olía tan bien!

«Vainilla».

Se imaginó abrazándola por horas y perdiéndose en aquel gesto afectuoso. Martín enarcó una ceja al ver la mueca bobalicona de su hermano. ¿Estaba coladito por ella?, se preguntó con una sonrisa que apenas curvaba sus labios.

«Cara de idiota, mirada de idiota, suspiros de idiota» pensó el carpintero con sorna. O le faltaba un tornillo o estaba enamorado.

Sebastián escrutó el sedoso pelo color miel de la joven y su blanca piel con cara de idiota enamorado.

—Adiós —murmuró él—, Lya.

Lya se volvió y le dedicó una mirada teñida de dulzura.

—Hasta luego, Sebastián.

Lya se acercó al coche sin abandonar su sonrisa. María se acercó a su hijo y depositó su mano derecha sobre su pecho, devolviéndole al presente de golpe.

—Ella no es para ti, hijo —le dijo con ternura—, sois de mundos muy distintos, Sebastián.

María no la conocía muy bien, pero por el poco trato que tenía con ella, notó lo ambiciosa y superficial que era. Lya nació en cuna de oro y pretendía una cama de diamante para su vejez, algo que Sebastián jamás podría ofrecerle siendo un simple empleado de granja. Una mueca de tristeza se estampó en la cara del muchacho al tiempo que se acercaba a la puerta principal de la casa y oteaba a la judía con ojos lastimeros. Martín negó con la cabeza antes de estrechar a su madre.

—Lo sé, madre —le dijo ensombrecido—, ella gasta por vestidos lo que yo gano en un año.

El chófer abrió la puerta del coche y Lya subió tras observar a Sebastián.

—Es un amor imposible —musitó él.

La joven se marchó a su casa mientras evocaba la noche que lo vio. ¿Por qué siempre invadía su mente de aquel modo?

—Tan guapo, pero tan pobre —musitó, apenada—, algún defecto tenías que tener.



Sebastián se duchó tras arreglar las ventanas de su casa y se puso su mejor ropa para salir aquella tarde. Se miró satisfecho al espejo y, tras ello, cogió los panes que había comprado en la panadería donde trabajaba su padre. Salió de su casa limpio y perfumado rumbo a la casa de Lya, pero se detuvo en seco al verla con sus primas y unos amigos al otro lado de la acera. Joshua, el hijo de su patrón, rodeó la cintura de Lya y la pegó a su cuerpo con aire posesivo. Supuso que era su novio, como se rumoreaba por el pueblo. El médico le dijo algo al oído y ella rio de buena gana. Sebastián suspiró hondo, jamás podría invitarla a comer en aquel sitio.

—¿Pensabas conquistarla con panes? —se dijo, desilusionado—, ¡eres tan idiota!

Lya giró su rostro y se encontró con él. Una sonrisa eléctrica imperó en sus labios color carmesí. Sebastián levantó la mano a modo de saludo, pero ella no le devolvió el gesto, temerosa de que sus amigos y su pretendiente la descubrieran. ¿Qué pensarían si la vieran saludando a un pobre infeliz como Sebastián?

—Siente vergüenza de mí —susurró él, entristecido—. ¿Es vanidosa y engreída como dice Petra?

Bajó la mano y desvió la mirada algo desencajado. Lya y sus amigos acababan de tomar asiento en la renombrada cafetería del pueblo. Reían y bromeaban mientras Lya observaba a Sebastián desde su sitio. La camisa escocesa de color rojo y negro sobre la camiseta blanca de tirantes y los pantalones color caqui le quedaban maravillosamente bien. ¡Aquel hombre era guapo con o sin ropas!

—¿Qué miras, cielo? —le dijo Joshua en tono recriminatorio—, ¿buscas a alguien?

Lya desfiguró su sonrisa ante su demanda. ¿Se creía su dueño? ¡Ni siquiera eran novios!

—No, nada —contestó en tono arisco.

Una joven alta de pelo largo y rubio se acercó a Sebastián. ¿Dónde la había visto antes? Le dio un beso en la mejilla tras palparle el abdomen. Sebastián rio por lo bajo.

—¡Patito feo! —chilló Petra—, el que no convida tiene sapo en la barriga —se mofó y cogió uno de los panes del bolso de papel—, estás muy guapo, ¿tienes alguna cita?

El muchacho se ruborizó hasta las orejas. Petra le acarició la cara y le dijo que moría de envidia de su rubor natural.

—Si tuviera una cita —le dijo con sorna—, serías la primera a saberlo y no precisamente porque yo te lo dijera.

Petra juntó sus ojos con exageración y Sebastián rio de buena gana, robándose por completo la atención de Lya. ¿Quién era aquella chica? ¿Era la novia de Sebastián?, se preguntó con un enorme nudo en el pecho.

—¿Me estás llamando cotilla, Sebastián Ackermann?

Sebastián la abrazó y le dio un afectuoso beso en la mejilla.

—Lo insinué, tú lo dedujiste —se burló y ella le pellizcó el culo—, ¡ay!

Ante los ojos de Lya eran novios. Emma buscó su enfoque y de paso, derrumbó el florero y el bote de azúcar. Lya la reprendió con afecto y Emma casi perdió el equilibrio. ¡Era tan patosa!

—¿Es el novio de Petra? —preguntó Emma tras recomponerse de su pequeño incidente.

Lya la miró con expresión interrogante. ¿Quién era Petra? Magda siguió su enfoque y sonrió al reconocer a su mucama, la simpática joven que solía hablarle de Martín, el hijo de la modista, el chico más atractivo del pueblo para ella.

—Es nuestra nueva mucama —le dijo Magda—, es muy simpática.

Lya escrutó con atención a Petra. No era fea, pero tampoco guapa.

«Es hermosa» pensó ella con rabia. Joshua y sus hermanos retornaron a la mesa tras ir al servicio. El médico buscó el enfoque de Lya y frunció el entrecejo. ¿Estaba mirando al campesino muerto de hambre?

—¿Quieres comer estos panes conmigo, Petra? —le dijo Sebastián—, ¿tienes jamón y queso?

Petra asintió y él le rodeó los hombros con el brazo.

—¿Por qué no me enamoré de ti, patito feo?

Sebastián y Petra se enfilaron hacia la casa de la muchacha. Cruzaron la calle ensimismados en la pregunta que ella había lanzado.

—No lo sé, eso del amor es tan complicado, ratita —le dijo después de mirar a Lya—, tan misterioso y tan inalcanzable para algunos.

Petra sonrió con tristeza. Su mejor amigo de toda la vida estaba coladito por Lya, la petulante judía a quien detestaba con todo su ser.

—Ya —susurró Petra.

Lya y sus amigos se levantaron de la mesa y se dirigieron al cine.

—¿Quieres leer Cumbres Borrascosas, patito?

Sebastián resopló hastiado y puso los ojos en blanco al tiempo. Petra le copió el gesto y, al final, terminaron riéndose a carcajadas.

—¿Por qué insistes siempre con lo mismo, ratita? ¿Qué te hice para que me quieras torturar de este modo?

Su amiga le dio un golpecito en el estómago.

—Algún día leerás la mejor novela de todos los tiempos, patito.

Sebastián y Petra cruzaron la calle entre risas y bromas. Se encontraron de cara con Lya, que se había alejado de sus amigos sin que estos lo percibieran.

—Hola —dijo ella en un tono algo severo.

Petra la miró con atención al tiempo que Sebastián le cogía de la mano como si fueran novios. La simpática joven bajó la vista hacia las manos enlazadas y frunció el entrecejo en un gesto de confusión. ¿Quería causarle celos a Lya? ¿O solo estaba nervioso?, se preguntó.

—Hola —le dijo él.

Lya aprovechó el momento de distracción de sus amigos para coger un panecillo del bolso que sostenía Sebastián.

—Moría por probar uno —dijo en tono seductor y metió un trozo del mismo en su boca—, delicioso.

Petra cerró y abrió los ojos varias veces. ¿Lya Rubinstein estaba interesada en Sebastián? ¿En el humilde empleado de su pretendiente?

—¡Lya! —gritó Emma—, ¡ven!

Lya y Sebastián intercambiaron una mirada teñida de interrogantes.

—Nos vemos.

«Apuesto mi alma a que lanzará el resto del pan al bote de basura» pensó Petra con malicia, pero se equivocó, ya que Lya lo comió hasta el último trocito mientras esperaban en la fila del cine. Sebastián la miraba embobado y boquiabierto. Petra también.

—¿Has leído Cumbres Borrascosas otra vez? —dijo Emma y rio de buena gana.

Lya le dio un golpecito en el brazo.

—¡Amo esa novela!

Sebastián y Petra la escucharon antes de alejarse del lugar. El alemán giró su rostro y miró con expresión ladina a su mejor amiga.

—Te prestaré la novela, patito —le dijo con una sonrisa ladina—. ¿Te gusta mucho esa chica?

Sebastián giró su rostro y sus ojos se encontraron de golpe con los de Lya, que le dedicó una tímida sonrisa. Él se volvió y sonrió.

«Mucho». Abrió su boca como para replicarle, pero la volvió a cerrar cuando alguien lo llamó.

—¿Sebastián?

Emma y Lya giraron sus rostros hacia la gruesa y ronca voz. La prima de Lya abrió mucho los ojos al ver a Joachim, al hermano mayor de Sebastián, que, al parecer, acababa de llegar al pueblo tras una dura misión en el cuartel.

—¡Achim! —gritó Sebastián y corrió hacia su hermano.

Joachim lo estrechó con fuerza entre sus brazos mientras Petra se acercaba para saludarlo también.

—Hola, Petra.

Emma dejó caer su bolso y cuando pensaba cogerlo, se encontró de cara con Joachim, que se había acercado a toda prisa para ayudarla.

—Hola —le saludó él con una amplia sonrisa.

Emma miró con atención aquellos ojos azules tan expresivos y misteriosos. Jamás había visto unos más hermosos en toda su vida.

—Hola.

Emma irguió y cogió su bolso con manos temblorosas. El soldado, que llevaba su uniforme, la miró con embeleso.

—Gracias.

Joachim se despidió de ella y cruzó la calle con su hermano y Petra. Emma suspiró hondo al tiempo que Samuel, su pretendiente, le rodeaba el hombro con el brazo en un gesto afectuoso. Joachim se dio la vuelta y la miró con ternura y cierto resquemor.

«Emma» musitó el soldado.

Lya y Sebastián intercambiaron una mirada revestida de melosidad. Nunca habían sentido tanta atracción por alguien en sus vidas hasta aquel momento. ¿Era normal? ¿Era un hechizo del destino?

«Joachim» pensó la joven.

Martín gritó cerca de la iglesia al ver a su hermano mayor.

—¡Teniente!

Sebastián cogió la pesada mochila del soldado para que pudiera abrazar a Martín. Magda los observó enternecida al igual que su hermana y su prima. Aquellos hermanos, altos, guapos y fuertes no tenían vergüenza de demostrar lo que sentían ante todos.

—¡Hijo! —chilló María—, ¡mi amor!

Acunó el rostro del soldado entre sus manos y le llenó la cara de besos. Ahora las primas sabían de dónde heredaron aquella manera espontánea de ser.

—Mutti, tengo hambre —dijo Martín.

Sus hermanos y su madre resoplaron.

—¿Cuándo no la tienes, hijo?

Martín se puso pensativo unos segundos, lapso en que sus ojos se encontraron con los de Magda. ¡Madre mía! ¡Qué belleza de mujer!

—Cuando duermo, Mutti —contestó tras desviar la mirada—, o cuando hago el amor —hizo una pausa—, aunque en ese momento como otra cosa.

María le pellizcó el brazo con violencia.

—¡Mutti! ¡Duele!

—Entonces hice bien mi trabajo.

Todos se echaron a reír.

—¡Bienvenido a casa, hijo! —chilló Karl desde la puerta—, ¡hijo!

Los tres hermanos giraron sus rostros antes de entrar en la casa e intercambiaron una mirada con las primas, que sonrientes, les saludaron con un leve cabeceo antes de entrar en el cine.

Aquel verano prometía grandes emociones y divertidas aventuras, pensaron los tres antes de cruzar la puerta.

Los hermanos Ackermann

Martín Ackermann salió corriendo de la granja de los Zuckerberg, completamente desnudo y con el corazón latiéndole a mil por hora tras la llegada de Frank, dueño y esposo de Eliette, su amante hacía un par de meses. La mujer lo empujó con poca delicadeza de la ventana.

—¡Vete! —le dijo, sudando frío—, no quiero que mi marido te haga daño, mi querubín.

Martín se asomó a la ventana y le dio un beso muy apasionado antes de salir corriendo del lugar. Eliette suspiró hondo mientras su amante corría desnudo por su jardín.

—¡Qué cuerpo! —dijo la mujer antes de esconder sus ropas debajo de la cama—. ¡Me vuelve loca!

Martín corrió hasta el bosque.

—No puedo llegar desnudo a mi casa —se dijo—, mi madre me despellejará vivo si me ve así.

Se rascó la barbilla con aire pensativo cuando de repente vio a unas ovejas que balaban cerca del río. Una lámpara imaginaria iluminó su mente obnubilada.

—¡Ach so! ¡Genial! —exclamó y se acercó a los animales—, hola, preciosa.

Cogió a la más pequeña de todas y la puso delante de su miembro.

—Protege mi mayor tesoro y seré un buen amo para ti, princesa.

La oveja baló a modo de respuesta y él se echó a reír hasta que escuchó unas palabrotas en arameo que procedían de la granja que estaba a pocos metros de él. Martín conocía algunas palabras judías, ya que Eliette solía usarlas durante el coito.

—¿Habrá encontrado mis ropas?

Martín salió corriendo con la oveja tapándole su parte íntima.

—Pobre, Eliette.

Sebastián y Joachim jugaban con Judith, la perra de la familia cuando vieron a su hermano menor llegar con una oveja entre manos.

—¿Qué te ha pasado? —le dijo Joachim, el mayor—, ¿Por qué pregunto

cuando ya conozco la respuesta?

Judith saltó y ladró alrededor de Martín con su peculiar alegría canina. Sebastián puso sus manos en su cintura y meneó la cabeza en un gesto negativo.

—Jud, esta salchicha no es para ti y tampoco mi ovejita salvadora —le advirtió y sus hermanos se echaron a reír—. Carnerito, creo que es machito.

—¡Martín! —gritó María desde la cocina—, pero ¿qué haces desnudo con esa oveja? ¿No te basta con las mujeres?

Sus hermanos se echaron a reír aún más ante la insinuación nada sutil de María, que furiosa, salió de la casa con un cinturón entre manos. Corrió detrás de su hijo, que se puso a corretear con la oveja por todo el patio trasero de la casa.

—¡Mutti! —chilló el joven de dieciocho años tras recibir el primer azote—, ¡ay! ¡Eso duele! —la mujer no cesó los golpes—, ¡ten piedad de mí, Mutti! Joachim y Sebastián se desternillaron.

—¡Ve a tu cuarto y tápate, desvergonzado! —le exigió su madre tras darle unos buenos azotes—, ¡eres un indecente, Martín!

El joven de pelo castaño claro, piel curtida, cuerpo atlético y ojos muy azules colocó al animal en el suelo tras darle un besito en la cabecita.

—Te debo una, amiguito.

Joachim y Sebastián soltaron un resoplido de indignación cuando se rascó su parte íntima con descaro. María le jaló de la oreja y lo llevó a la casa despotricando.

—¡Mutti! ¡Ay!

Sebastián meneó la cabeza en un gesto negativo mientras Joachim cogía una fruta del manzano.

—¡Degenerado! —chilló la madre—, hoy no habrá postre para ti.

—Mutti, yo quiero postre —le dijo Martín con voz quejumbrosa—, ay...

Durante el almuerzo, María y Karl reprendieron con dureza a Martín. El joven puso cara de niño inocente, alegando que le habían asaltado, por vigésima vez solo ese año.

—Al final trabajarás solo para comprarte ropas, hijo —le recriminó su padre—, ¿no puedes controlarte?

Martín quiso decirle que perdería la cabeza por una mujer, pero ante la mirada severa de su padre, decidió guardarse sus pensamientos. Martín siempre fue el más rebelde y travieso de los tres. Sebastián y Joachim, a su vez, eran dos jóvenes muy tranquilos.

—Hoy te toca lavar los platos —le dijo su madre en tono seco—. Y pobre de ti si coges un trozo de la tarta de chocolate.

«Scheiße» pensó Martín mientras sus hermanos saboreaban sus postres con apetencia. Enfurruñado, les enseñó el dedo corazón y ambos rieron por lo bajo.

—¿Has entendido, Martín?

El joven le dedicó el saludo militar de los nazis.

—Heil, Mutter —se mofó y se ganó una buena colleja—, ¡Mutti! ¡Duele!

Tras limpiar los platos, los hermanos salieron de la casa y subieron al tejado con algunas botellas de cerveza entre manos. Se sentaron y doblaron sus largas piernas a la altura de sus pechos. Martín encendió un cigarro y lo caló hondo mientras observaba la calle y bebía su cerveza. Joachim divisó a su tormento al otro lado de la acera, a Emma Schreck, que paseaba con su hermana y su prima por las cálidas calles del pueblo. Sebastián se ruborizó como un tomate al ver a Lya, cada vez que la veía, no lograba controlar sus emociones. Martín miró a sus hermanos y sonrió con picardía.

—Me las imagino en el río, desnudas y lavándose las una a las otras —soltó el menor de los hermanos—. ¡Dios! ¡Qué bello es el poder de la imaginación!

Sebastián y Joachim le fulminaron con la mirada antes de darle una colleja cada uno. Martín soltó un taco y ambos repitieron sus gestos.

—¡Ey!

Bebieron sus cervezas sin apartar la vista de las jóvenes que reían y bromeaban cerca de la cafetería más popular del pueblo cuando de pronto, Joshua, Samuel y Benjamín se acercaron a ellas. Las chicas se pusieron serias al instante.

—Esos tipos tienen dinero —dijo Martín con cierta amargura—, pero no nuestra belleza aria.

Joachim y Sebastián giraron trepidantes sus rostros y lo miraron con cierta perplejidad. ¿Belleza aria? ¿Desde cuándo hablaba de aquel modo?

—Según lo que leí, somos arios de pura cepa —defendió—, pobres, pero arios.

Martín evocó lo que Eliette le dijo por la tarde tras el clímax. La mujer le habló de los arios y los privilegios que estos tenían en la Schutzstaffel, conocida como las SS.

—Pienso alistarme a las SS —dijo Martín tras rascarse la barbilla—, soy alto, guapo, sagaz, rubio de ojos azules y bastante ambicioso —sonrió con

astucia—, tendría a mis pies a todas las mujeres —enarcó una ceja—, a todas —miró con intensidad a Magda, la hermana menor de Emma—, incluso a las más rebeldes y engreídas.

Joachim no dijo nada y Sebastián se puso pensativo.

—Tú eres militar, Joachim —le dijo Martín—, podrías entrenarme.

—Entrenarnos —le dijo Sebastián y Martín le rodeó el hombro con el brazo—, podrías entrenarnos durante tus vacaciones, Achim.

Joachim encendió un cigarro. Lo caló hondo y luego exhaló el humo por sus fosas nasales con aire pensativo. Martín y Sebastián lo miraban con expectación.

—Soy teniente en mi unidad —les dijo sin lograr apartar la vista de Emma un solo segundo—, soy bastante estricto —giró el rostro y enarcó ambas cejas—, y con vosotros dos sería tres veces más que con ellos. ¡Seré peor que el diablo!

Sebastián asintió sin mucha convicción y Martín lo miró desafiante.

—¿Peor que la Mutti entonces? —replicó y los tres rieron de buena gana, robándose la atención de las primas.

Los hermanos Rosenthal buscaron sus enfoques y miraron con desdén a los hermanos Ackermann, viejos enemigos de infancia. Joshua escrutó por el rabillo del ojo a Lya, que observaba embelesada a Sebastián, al poeta tonto, como lo llamaba él. Rodeó la cintura de la joven y la atrajo hacia sí de sopetón. Ella soltó un jadeo ante la sorpresa. Se miraron y sonrieron con aire misterioso. Joshua era un hombre muy atractivo, pero no tenía el mismo efecto que Sebastián sobre su cuerpo. Giró su rostro y se encontró con la mirada melosa del muchacho, que bebía su cerveza sin apartar la vista de ella. Lya esbozó una sonrisa, pero él no le devolvió el gesto. Aquello la dejó boquiabierta y algo hipnotizada. Sebastián tenía doble filo, podía ser el hombre más dulce del mundo, pero también muy posesivo.

—Hecho —dijo Martín.

—Hecho —dijo Sebastián.

Joachim alargó su mano derecha y los dos posaron las suyas sobre la misma.

—Todos por uno —les dijo Joachim.

—Y uno por todos —contestaron los dos—, todas por mí —acotó Martín y los dos le dieron una colleja—, ¡ey! ¡Más respeto con el futuro miembro de las SS!

Emma y Joachim se miraron con magnitud. Ella se ruborizó cuando él le

hizo una leve reverencia con la cabeza. Benjamín buscó el enfoque de la joven y apretó con fuerza los dientes antes de rodearle el hombro con el brazo y atraerla hacia sí con aire posesivo. Emma bajó la mirada y Joachim desvió la suya.

—Además, ya soy uno de las SS —soltó Martín y los dos le miraron con atención—, súper sensual.

Joachim y Sebastián resoplaron. ¡Era un engreído de lo peor!

—Espero que cuides mejor tu uniforme, Martín —se burló Joachim y los tres se echaron a reír una vez más.



Sebastián y Martín corrían por el campo a muy tempranas horas de aquel día bajo la supervisión de Joachim, un teniente mano dura que mal les dejaba respirar durante los entrenamientos. Para amenizar el ambiente, se pusieron a cantar alegres canciones alemanas mientras el sol emergía lentamente en el horizonte. Las vacas mugían, las ovejas balaban y los pájaros trinaban a todo pulmón entretanto ellos cruzaban el campo a pasos firmes.

—Muerdo por un baño —dijo Martín—, por la tarde iré al río.

Joachim tocó su silbato y ambos se pusieron a hacer flexiones de brazos sobre el césped. Los hermanos jadeaban con cierta agonía.

—¡Más rápido! —les ordenó el teniente.

Aceleraron sus movimientos.

—Por la tarde jugaremos al fútbol y luego iremos al río —le dijo Sebastián—. También muerdo por un buen baño.

Martín aumentó el ritmo, el menor de los hermanos siempre fue muy competitivo. Joachim sonrió al tiempo que caminaba con aire amenazador frente a ambos. Puso su pie derecho sobre la espalda de Martín y lo pisó con cierta violencia.

—¡No limpies tus botas por mis ropas! —protestó Martín—, ¡más respeto! Joachim se sentó sobre él y le gritó:

—¡¿Qué has dicho, soldado?!

Martín apretó con fuerza los dientes.

—¡No escucho, soldado!

Sebastián miró a sus hermanos sin detenerse en sus ejercicios. Moría por

reírse, pero temía al castigo que pudiera recibir. ¡Joachim era implacable!

—¡Puedes patearme el culo, señor! —contestó Martín—. ¡O lamérmelo!

Joachim se levantó y le ordenó que hiciera más cien flexiones de brazos. Martín soltó un gemido de dolor, que su hermano mayor ignoró. Sebastián se encargaría de contar las flexiones.

—Será un excelente soldado —musitó Joachim, henchido de orgullo—, tú naciste para comandar algún puesto —le dijo a Sebastián, que se puso al lado de Martín y empezó a hacer flexiones a toda prisa.

Por la tarde, tras el almuerzo, los hermanos Ackermann se enfilaron hacia el río tras correr por el jardín de [Gethmann](#). Se desnudaron y se sumergieron en las frías aguas como lo hacían desde que eran niños. Nadaron de espalda. El menor de los hermanos les comentó sobre su nuevo trabajo en la escuela de arte del pueblo.

—Tendré que posar para los alumnos de pintura —dijo antes de sentarse sobre una piedra—, posar así —imitó al pensador de Auguste Rodin—, seguro dos o tres de las alumnas se enamorará de mí.

Joachim y Sebastián resoplaron hastiados. Martín se puso de pie y empezó a posar en varias posiciones nada decorosas.

—¡Eres un libertino! —le gritó Joachim—, ¡deja de exhibir ese culo tan feo!

Los hermanos Rosenthal se asomaron al lugar para nadar cuando de pronto, vieron a los hermanos Ackermann en el río y cambiaron de opinión.

—Mira —dijo Benjamín e indicó las ropas de los Ackermann—, ¿qué pasaría si las lanzáramos al agua?

Joshua, el mayor, enarcó una ceja y sonrió con malicia antes de asentir. Cogieron las ropas y las lanzaron al agua sin rechistar. Miraron a los hermanos a través de los arbustos y sonrieron con picardía antes de salir del lugar sin dejar rastros. Joachim giró su rostro al percibir unas pisabas que no podrían ser de animales, sino de humanos. Intentó aplacar el ruido del agua y el grito de sus hermanos para confirmar sus sospechas, allí no estaban solos.

—¡Este culo es el sueño de todas las mujeres del pueblo!

Martín empezó a menear las caderas de un lado al otro con mucha sensualidad. Joachim le lanzó una manzana que había cogido de un árbol y casi lo derribó. Sebastián se echó a reír cuando Martín soltó un gritito bastante sospechoso.

—¡Ey!

Martín se lanzó de cabeza al agua y hundió a su hermano mayor de un

salto. Sebastián rio aún más sin percibir las miradas curiosas de Lya y sus primas entre las ramas.

—¡Vaya! —dijo Magda—, los hermanitos están de infarto.

Lya escrutó con verdadera adoración el dorso de Sebastián, que estaba parado sobre unas piedras con las piernas ligeramente abiertas. Tenía una ancha espalda, brazos y piernas bien torneados. ¡Y un culo muy prieto! Emma se sonrojó al ver a Joachim de frente. ¿Todos los hombres tenían sus partes íntimas de aquel tamaño?

—Salchicha alemana de la mejor calidad —se burló Magda y Lya rio por lo bajo.

Los hermanos reían y bromeaban mientras las primas los observaban desde sus sitios, a unos pocos metros del río, detrás de una piedra y bajo unos frondosos árboles que prácticamente cubrían todo el lugar.

—¿Os cuento un chiste? —dijo Martín.

Sebastián se volvió y dejó a la vista su atributo.

—Oh —dijo Lya algo impresionada—, la tiene...

Las palabras brillaron por su ausencia.

—¡Enorme! —completó Magda—, estos hermanos están muy bien dotados —susurró y las dos se rieron.

Martín subió a una piedra y cogió una manzana para comérsela.

—La fruta prohibida —susurró Magda, hipnotizada—, y no hablo de la manzana precisamente —resaltó.

Escrutó embelesada al joven. Los duros trabajos en la granja esculpieron cada músculo de su cuerpo y el sol se encargó de lamerle de pies a cabeza, dejándole de un tonito dorado delicioso. Lya se mordió el labio inferior cuando Sebastián se volvió hacia ella una vez más.

—Un hombre mayor fue a la iglesia local a confesarse —empezó a decir el menor de los hermanos—. Cuando el sacerdote abrió el tablero del confesionario, el hombre dijo: Padre, durante la Primera Guerra Mundial, una mujer bonita golpeó mi puerta y me pidió que la escondiera del enemigo. Así que yo la escondí en mi ático —Sebastián se sentó sobre una piedra y abrazó sus largas piernas—. ¡Eso fue una cosa maravillosa, hijo!, contestó el sacerdote. No Padre, es que ella empezó a agradecerme con ‘favores sexuales’—Joachim meneó la cabeza—. Estando en gran peligro y bajo esas circunstancias, dos personas pueden ser muy tentadas a actuar así. Pero si lo sientes verdaderamente, estás perdonado de hecho. Gracias, Padre. Ésa es una gran carga que le quita a mi alma. Pero tengo una duda más. ¿Y cuál es, hijo?

¿Cree usted que debería decirle que la guerra ha terminado?

Joachim y Sebastián se lanzaron al agua de espaldas tras soltar un resoplido de indignación.

—¡Amargados! —le gritó Martín al tiempo que cogía su miembro—, ¡chupáis esto!

Magda esbozó una sonrisa ladina.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó.

Evocó el libro indecente que había encontrado en la biblioteca de su padre, días atrás. Los hombres que aparecían en él tenían el cuerpo muy parecido al menor de los Ackermann, que exhibía su beldad sin mucho tapujo.

—Dicen que suele pasearse por la finca de su padre completamente desnudo —dijo Lya con una sonrisa ladina—, los otros dos son más reservados.

El teniente se echó a reír tras hundir las cabezas de sus hermanos. Emma no podía dejar de mirar a Joachim, que tenía una sonrisa preciosa y cautivante. ¡Y qué cuerpo! Lya la miró de reojo y sonrió con dulzura al comprobar sus sospechas.

«Está enamorada».

Joachim salió del agua y se sentó sobre una piedra y dobló una pierna mientras devoraba una manzana. Emma recorrió su fuerte cuerpo con timidez mientras su hermana y su prima se deleitaban con los hermanos. El militar bajó la mirada y se puso pensativo. La joven suspiró hondo al imaginarse en quién pensaba, en su novia, la odiosa Eva, hija del peluquero judío. Ella le decía a todo el mundo que pronto se casaría con Joachim, aunque nunca lo vio juntos durante aquel verano.

—Se hace tarde —dijo Sebastián—, Mutti odia que nos retrasemos para la cena.

Martín resopló.

—Odia poner la mesa —acotó y los tres rieron de buena gana—, hoy te toca a ti limpiar los platos, Joachim.

Joachim sonrió.

—Será un placer ayudar a nuestra Mutti.

Emma sintió una ternura indescriptible al escucharlo. Aquel joven de veintitrés años, fuerte y militar era tan atento y amoroso con su madre, pensó antes de girar y llevar sus manos a su pecho. Lya la miró con expresión de cordero degollado.

—¡Joder! —chilló Sebastián al salir del arroyo—, ¿dónde están nuestras

ropas?

—¿Qué?! —chillaron sus hermanos.

Salieron del agua y buscaron sus ropas por todo el lugar, pero lo único que encontraron fueron sus zapatos y sus cintos.

—¿Veis? ¡No os he mentado! ¡Hay ladrones de ropas en el pueblo! —chilló Martín.

Sus hermanos le dieron una colleja certera en la cabeza y él soltó un buen taco en arameo. Lya frunció su entrecejo al escucharlo. ¿Sabía hablar el idioma de los judíos?

—¿Desde cuándo hablas arameo? —le dijo Joachim.

Martín sonrió con malicia.

—Eliette suele enseñarme durante el coito.

Las primas levantaron sus cejas al mismo tiempo al oír la afirmación del joven. ¿La esposa de Zuckerberg era su amante? Lya sonrió con expresión taimada.

—Sé correrme en arameo —apostilló Martín y las primas se rieron—, ¿quién está ahí?

Los hermanos se taparon sus partes íntimas a toda prisa tras coger sus zapatos y cinturones. Sin esperar respuestas, salieron corrieron rumbo a sus casas. Las primas los miraron con ojos soñadores hasta perderlos por completo de vista. Martín retornó sobre sus pasos y cogió a una oveja. Magda frunció el entrecejo.

—Pero ¿qué haces? —le reprendieron Sebastián y Joachim a Martín—, ¡deja esa oveja!

Llegaron a la casa justo cuando la madre y sus amigas bebían café en el jardín. Los hermanos se detuvieron lado a lado con las mejillas ruborizadas y el corazón desbocado. Las mujeres abrieron mucho los ojos ante lo que veían. María fulminó a sus hijos con la mirada antes de levantarse con un tallo de manzano entre manos.

—¡Mutti! —chillaron los jóvenes tras recibir duros azotes—, ¡duele!

El color del pecado

Magda enarcó una ceja al ver a lo lejos a Martín Ackermann, uno de los empleados de la mueblería de su padre. El joven acababa de quitarse su ajada camisa blanca y se quedó con una camiseta de tirantes del mismo tono. Cogió un tronco de tamaño considerable y lo colocó sobre el hombro derecho riendo de algo que le dijo uno de sus compañeros de trabajo. Magda sonrió con expresión ladina antes de acercarse al joven con una cesta repleta de fresas y un frasquito de miel entre las manos.

Martín salió de la mueblería y se secó la frente perlada con el antebrazo. La hija de su patrón se quedó mirándole por unos segundos más. Se mordió el labio inferior con lascivia mientras sus ojos verdes como una oliva madura se deslizaban por el abdomen perfecto de aquel joven que la tenía hechizada desde el día que lo vio desnudo en el río con sus dos hermanos. Podían ser pobres como las ratas, pero eran los más atractivos del pueblo, mucho más que los hermanos Rosenthal.

—Hola —saludó la joven con su peculiar voz melodiosa—, Martín.

Él se volvió y la miró de pies a cabeza con cierta curiosidad. Magda tenía apenas dieciséis años, pero una mirada bastante inquietante para su poca edad. El alemán enarcó una ceja al deslizar sus atrevidos ojos azules por sus senos. Eran pequeños, pero tan apetitosos a simple vista.

«Es la hija de tu patrón» se dijo con reproche y toda excitación se disipó.

—Hola, niña.

¿Niña? ¿En serio?, se dijo Magda con cierta furia, pero no dejó a la vista del joven. No, según el libro que encontró, ella debía mostrar madurez para conquistar a un hombre libertino como Martín, el donjuán del pueblo, que según escuchó, amaba meterse en problemas de faldas.

—¿Quieres una fresa? —le dijo ella en tono sensual—. He traído unas de mi jardín y algo de miel.

Martín se rascó la barbilla sin apartar sus ojos de ella un solo segundo. ¿Qué pretendía aquella joven? ¿Seducirlo? ¿Era solo una niña! Magda lo miró con deseo y su ego de macho alfa se agrandó un par de centímetros.

—¿Qué pretendes, niña? ¿No eres muy pequeña para este tipo de juego?

Magda abrió sus rasgados ojos claros con cierta estupefacción al tiempo

que tragaba con fuerza. Martín sonrió con astucia al ver cómo se le ruborizaba las mejillas hasta las orejas. ¿Estaba nerviosa? ¡Pobrecilla! Pero las prefería más maduras, más vividas y menos inocentes. Desde que empezó a tener intimidad, Martín nunca había estado con una mujer virgen, era demasiada responsabilidad para alguien como él.

—¿Tienes miedo de perder la cabeza por mí, Martín?

Él se echó a reír, pero ella no. Mantuvo su expresión seria intacta. Martín dejó de reír cuando Magda se sentó sobre un viejo tronco caído y cogió una fresa de su cesta. La empapó con la miel y la llevó a la boca de un modo muy sensual. Martín deseó con toda el alma ser aquella fresa. Magda cruzó las piernas con mucho erotismo sin apartar la vista del atractivo joven que la miraba como si estuviera desnuda.

—Oh —susurró Martín con la boca apenas abierta—, qué rico...

Magda lamió la fresa con la punta de su lengua de un modo muy perturbador. Levantó la vista y oteó el resultado con ojos victoriosos.

—¿Quieres una?

Se levantó con una fresa entre las manos y se acercó al joven con pasos firmes. Magda apenas le llegaba a los hombros, a sus anchos y fuertes hombros. Martín olía a sudor, a jabón de coco y a madera. Metió la fresa en su boca con suma delicadeza sin apartar la vista de su cara empapada. El alemán tragó la fresca tras masticarla con mucho nerviosismo.

—¿Te gusta? —farfulló en un tono apenas audible—. El color de la fresa me recuerda al de mis bragas de encaje, las que llevo hoy.

Martín abrió mucho los ojos y la boca.

—¿Eh?

Magda asintió tras pestañear a cámara lenta, realzando el color de sus ojos que parecían más claros bajo el efecto de la luz solar. Martín no podía desviar la mirada de aquellos ojos tan grandes y expresivos.

—También mi sujetador es del mismo tono, ¿lo ves? —le dijo y le enseñó un trocito de su ropa interior—, ¿te gusta?

Martín abrió la boca como para replicarle, pero la volvió a cerrar cuando alguien gritó a lo lejos su nombre y lo arrancó de su trance lascivo/prohibido/pecaminoso de golpe.

—Eh...

¿Acaso su cerebro dejó de funcionar?!, se reprochó a voz en cuello para sus adentros. Magda deslizó su dedo índice en el labio inferior del muchacho y dejó algo de miel en él.

—No pienses en mí, Martín —le dijo tras parpadear—. Ni en mi ropa interior —acotó con voz insinuante—, mejor imagínate desnuda en el río, sentada sobre una piedra y tomando algo de sol.

—¿Quééé? —soltó él con una voz algo infantil—, quiero decir, ¿qué?

—La imaginación es peligrosa, Martín.

Magda cogió la cesta de fresas y se marchó a su casa con una sonrisa diabólica en los labios.

«Este caerá más rápido de lo que supongo» se dijo sin abandonar su sonrisa.

—¿Tiene dieciséis años en verdad? —se preguntó él con la respiración entrecortada—, necesito un baño frío.

Magda se volvió.

—Nos vemos en la misa —le dijo con su inquietante sonrisa de niña traviesa—, hasta pronto, Martín —vocalizó tras pasarse la lengua sobre los labios—. Y piensa en mí cuando te bañes...

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

—Necesito otra cosa —se dijo el muchacho—. Eliette, hoy es tu día de suerte.



Magda se metió en la iglesia con su tradicional chal de encaje y escrutó con expresión ladina la espalda de Martín. Aquel dorso era inconfundible, eso sin mencionar su prieto culo. Se despidió de su hermana y se acercó a su tormento con malas intenciones. ¿Había mejor lugar que aquel para poner a prueba a un hombre? Martín estaba rezando, pidiendo al cielo perdón por sus últimas acciones.

—Perdóname por fornicar —dijo con ojos implorantes—, pero ¿por qué es pecado hacer algo tan delicioso? No entiendo, señor.

Martín evocó la noche lujuriosa que pasó en el prostíbulo del pueblo con sus amigas, que nunca le cobraban por sus servicios. Ser guapo y una máquina sexual tenían sus ventajas.

—Hola —le dijo la hija de su patrón y le robó un jadeo de sorpresa.

—Hola.

Le cedió el paso con amabilidad y ella se puso de espaldas para pasar. Sus cuerpos se rozaron ligeramente.

«Señor, no me pongas pruebas que soy débil» pensó Martín antes de sentarse al lado de Magda, que observaba la cruz principal con mucha atención mientras él la miraba de reojo.

«No mires sus senos —se dijo, pero hizo exactamente lo contrario—. ¡Señor, apresúrate a socorrerme!».

Cuando llegó el momento de comulgar, Magda se levantó y dejó caer su chal a propósito sobre los zapatos de Martín, que rezaba sentado en su lugar.

—Perdón —dijo ella y se puso frente al joven.

Se reclinó con suavidad y Martín empezó a rezar con más fervor para distraerse de la tentación. La muchacha se sentó en su regazo sin querer y sus nalgas acariciaron la parte íntima del alemán, que puso los ojos en blanco.

—¡Perdón! —le dijo ella, sin levantarse—, lo siento —lo miró con ojos de cordero degollado.

«Señor, no me esperes porque iré a otro sitio por culpa de esta chica».

—Permiso, Martín.

Él se sentó con la cara arrebolada y puso su boina sobre su parte íntima.

—Necesito exorcizarte —le dijo a su miembro y le dio un golpecito—, este no es el sitio apropiado, desgraciado.

Una anciana lo miró de reojo y él se ruborizó aún más.

—No podré comulgar —susurró—, podría clavarle a alguien con esto.

Magda retornó y se tropezó, llevando su mano derecha a la entrepierna de Martín. El alemán tragó con fuerza ante el impacto.

—Oops, lo siento —le dijo ella sin apartar la mano—, vaya —solfeó con los labios antes de enderezarse—. Lo siento.

Martín tenía las mejillas ruborizadas y el corazón latiéndole a mil por hora. Magda sonrió satisfecha antes de sentarse a su lado y robarle la poca paz que aún le restaba. ¿Qué tenía aquella joven que lo inquietaba tanto? La miró de reojo y suspiró hondo cuando su pierna se rozó con la suya.

«Es hija de satán» pensó él tras santiguarse.

Su tío, el cura del pueblo y hermano de su padre, se acercó a él y le invitó a comer. Martín miró su entrepierna con cierta aflicción.

—Iré al rato, tío —le dijo—, necesito rezar un poco más.

Su tío enarcó la ceja derecha en un acto reflejo.

—Está bien, hijo.

Martín se puso a rezar y a rogar al cielo que Magda lo dejara en paz, pero, al parecer, Dios no entendía muy bien el alemán, ya que la joven retornó y le entregó unas hojas sueltas que olían muy bien. Martín la miró con cierto

resquemor antes de coger lo que le ofrecía.

—El otro día, tras la primera clase de pintura —le dijo ella con una sonrisa muy ladina—, te dije que te enloquecería sin tocarte un pelo.

Martín sonrió con ironía. Magda se reclinó a la altura de su oreja y le susurró:

—Lee mis relatos y piensa en mí mientras lo haces —le dijo la joven con una voz muy seductora—, en especial cuando te corras.

Martín dejó caer su gorro y Magda miró con expresión ladina su entrepierna. Sin decir una sola palabra, se agachó para coger su gorro, dejando su melena oscura deslizarse con suma gracia sobre su regazo. Martín se la imaginó haciendo otra cosa y su parte íntima creció unos centímetros más, si es que eso era aun humanamente posible. Magda le alargó el gorro sin abandonar su mirada picarona.

—Magda, ¿nos vamos? —le dijo Emma desde la puerta.

Magda sonrió.

—Ya voy, hermana.

Miró a Martín por unos segundos más antes de marcharse de la iglesia.

—Cuando escribí ese relato, pensé en ti, Martín —dijo con voz suave y mirada peligrosa—, en tu cuerpo desnudo y tu —posó sus ojos en su entrepierna— virilidad.

Martín quiso decirle tantas cosas, pero ante la rara situación, se limitó a jadear o algo bastante similar, lapso en que Jud, la perra de su familia, saludó con entusiasmo a Emma.

—¡Por Dios! —gritó Joachim cuando la perra derrumbó a la joven y empezó a lamerla como si fuera un cono—, ¡Jud!

Sebastián apartó a la perra y Joachim ayudó a Emma para que se incorporara, pero la mascota de los Ackermann quería más mimos y volvió al ataque. Magda miró estupefacta la escena. ¿Qué tenía su hermana que siempre le pasaban aquellas cosas tan raras? Evocó en ese lapso los conjuros, los baños y las promesas religiosas que hicieron los últimos meses para mejorar su suerte, pero, al parecer, las cosas iban de peor en peor.

—¡Jud! —gritó Sebastián—, ¡tío! —pidió auxilio—, ¡creo que necesita un exorcismo! —se mofó.

Joachim abrazó a Emma para protegerla del excesivo amor de Jud. La joven alemana enterró su cara en el pecho musculoso del soldado que olía maravillosamente bien.

—Bueno, tanta mala suerte no tiene —se dijo Magda y sonrió con

expresión ladina—. Nos vemos, Martín.

Él no dijo nada, continuaba serio y callado. Magda salió de la iglesia y su hermana maldijo por lo bajo. Se apartó de Joachim a duras penas o, al menos, lo intentó, ya que su pelo se había atascado a la placa del soldado, que apenado, intentó desengancharlo. Emma tenía la cara muy sonrojada. ¿Por qué aquellas cosas siempre le pasaban a ella? Martín se volvió y los miró con atención, lapso en que Jud apareció y se abalanzó sobre Emma de un impacto, derrumbándola de un modo muy patoso sobre el pavimento.

—¡Jud!

—Al menos liberó mi pelo —dijo Emma mientras la perra le lamía la cara—, yo también te quiero, Jud.

—¡Jud! —gritaron los Ackermann.

Joachim levantó a Emma por segunda vez y le limpió la cara con un pañuelo que olía a él. Emma tenía el pelo revuelto y olía a saliva de perro, pero estaba inmensamente feliz de poder estar tan cerca de Joachim, el chico que la tenía hechizada desde la primera vez que lo vio en el pueblo mientras tocaba la guitarra sobre el tejado de su casa. Tenía sus ventajas vivir en la casa de enfrente. Claro que en aquella ocasión, echó un jarrón de flores de su barandilla y casi acertó de lleno la cabeza de su padre, que por fortuna, se metió en la casa justo a tiempo. El soldado la miró con atención y ella perdió el equilibrio al intentar ocultarse detrás de la cortina, derrumbándose con torpeza en el suelo.

—Lo siento mucho —le dijo azorado—, ella es bastante antipática con los extraños, pero contigo fue amor a primera vista.

Ella parpadeó emocionada.

—Ojalá le pasara lo mismo al dueño —se mofó y quiso darse un tiro—, hasta luego —dijo antes de apartarse de él.

Joachim la miró con embeleso y mal podía disimularlo.

—Ojalá pudiera ser tan lanzado y decidido como Jud —musitó al tiempo que sus ojos se encontraban con un pendiente de la joven—, una buena excusa para volver a verte, Emma —dijo al coger la joya.

Magda y Martín se miraron por unos segundos eternos. El alemán se dio la vuelta y miró al Jesús crucificado del altar con ojos implorantes.

—Señor, sé que soy un pecador nato —le dijo con cierto recelo—, pero te pido que me des fuerzas para no caer en la tentación.

Miró los papeles que le había entregado Magda con cierta estupefacción. Aquellos dibujos mostraban con claridad ciertas acciones sexuales.

—¿Ella dibujó esto? —se preguntó, boquiabierto—, oh...

El joven leyó la primera hoja y sintió cosas que jamás imaginó sentir. ¡Magda tenía razón!

—¡Martín! —le gritó su madre desde la puerta—, ¡es hora del almuerzo!

El joven se puso su gorro y metió las hojas bajo su chaleco para que nadie pudieran verlas. ¡No quería que pensarán mal de él! Se puso pensativo unos segundos. ¡Todo el pueblo conocía su fama! Salió de la iglesia y se encontró con Magda, que charlaba con su prima Lya en la acera de enfrente. Le balanceó la mano con discreción y le dedicó una sonrisa bastante inquietante. Sebastián frunció el entrecejo al verlos. ¿Qué tenía su hermano con aquella joven? Lya le sonrió y sus mejillas se ruborizaron al instante, siempre que la veía no podía controlar las reacciones de su cuerpo. Tragó con fuerza e intentó desviar la mirada de aquella joven que lo tenía embobado desde el primer día que la vio.

—¡Sebastián y Martín! —gritó María desde la puerta—, ¿qué esperáis?

Ambos hermanos se miraron y se quisieron dar un tiro ante la colosal vergüenza que sentían. Las chicas rieron por lo bajo al ver a María con cara de pocos amigos.

—¡Jawohl, mein Führer! —exclamaron ambos y se ganaron una buena colleja—, ¡Mutti!

Una postal especial

En Blankenstein no se hablaba de otra cosa que no fuera el mercadillo anual del pueblo en honor al fundador del mismo. Muchos comerciantes del local montaban sus tienditas por las coloridas calles. Vendían dulces, palomitas, comidas típicas, flores, recuerdos y un montón de chucherías típicas de la zona. Karl y María montaron una tiendita de panecillos con la ayuda de sus hijos.

—Dinero extra nunca viene de más —dijo Karl—, hasta que el Führer logre levantar nuestro país como prometió, llevará su tiempo.

Martín se encargó de montar la tiendita y sus hermanos de hornear los panecillos con el padre. María también puso a la venta unos pañuelos hechos por ella misma.

—¡Jud! —gritó Martín desde arriba—, ¡deja de ladrar cada vez que una mujer hermosa pasa por aquí! —una joven le sonrió—, hola.

María puso los ojos en blanco.

—Por muy poco no ladras tú en su lugar, ¿no, hijo?

El simpático carpintero bajó de las escaleras tras clavar las maderas que formaban la pared de la tiendita.

—Guau guau —dijo y su madre le dio un golpecito en el brazo—, hola —saludó a unas chicas.

María miró satisfecha el trabajo de su hijo.

—Quedó perfecta, monito.

Su sonrisa ladina se convirtió en un rictus serio cuando vio a pocos metros de él a Magdalena Schreck, la hija de su patrón o del diablo, aún no estaba muy seguro al respecto. Ella llevaba un vestido rojo y unos zapatos del mismo color. Su pelo largo estaba suelto y se balanceaba con gracia de un lado al otro cada vez que la brisa perfumada de aquella cálida primavera le rozaba.

—Hola —vocalizó ella y él se ruborizó como un tomate.

¿Se ruborizó como Sebastián solía hacerlo ante una chica? Dios mío, dijo para sus adentros. ¿Qué le estaba pasando? Para completar, el martillo que sujetaba se le cayó sobre el pie y le hizo ver estrellitas tras los párpados. Soltó un taco antes de levantar el pie.

—¿Qué te ha pasado, hijo?

Magda enarcó una ceja y sonrió. Sus hoyuelos aparecieron y le robaron un suspiro. ¡Dios! Martín quiso ponerse a cuatro patas y ladrar como lo hacía Jud. Hasta se le antojó mover el rabo de un lado al otro. Su hermano salió de la casa que se encontraba detrás de la tiendita y se acercó a ellos.

—Los panes están casi listos —anunció tras secarse la frente perlada con un pañuelo—, hace un calor infernal en la cocina, Mutti.

Joachim llevaba unos pantalones crema y una camiseta de tirantes de color blanco como la nieve. Le gustaba estar pulcro, a pesar del duro trabajo. Las mujeres del pueblo se quedaron frente a la tienda y observaron a los hermanos con verdadera adoración.

—Venderemos todo en tiempo récord —dijo María—, tiene sus ventajas tener hijos tan apuestos.

—¿Mutti, nos prostituirás? —soltó Martín y se ganó una colleja—, ay, eso duele, Mutti.

Los Ackermann tenían un poder de seducción implacable, según María. Su marido, a pesar de sus años, seguía siendo el hombre más atractivo del pueblo. Más de una mujer quiso llevarlo a la cama, pero María le tenía embrujado y amenazado. Ni loca dejaría que la engañara con otra mujer. Era demasiado guapa y había sufrido mucho durante los partos de sus enormes hijos como para que la engañara. Además, en la intimidad eran como conejillos.

—Hola —saludó Eva—, ¿cómo estás, Joachim?

La joven le dio un beso en la mejilla.

—Hola, Eva —le dijo él con sequedad.

Emma recorría tiendita por tiendita con su prima Lya. Revisaba y compraba cosas que le llamaban la atención. En más de una ocasión, derrumbó algunas que otras cositas a su paso. Chocó contra las personas y dejó caer su bolso un par de veces, pero sin dejar de sonreír una sola vez.

—Joachim —susurró al ver al soldado cerca de Eva—, oh —suspiró hondo.

Lya siguió su enfoque y sonrió con dulzura. Su prima estaba muy enamorada del soldado. No la culpaba, aquel hombre era un espécimen admirable. Alto, de espalda ancha, brazos y piernas torneadas. Ojos muy azules, pelo muy rubio y sonrisa cautivante. Eso sin mencionar otras cualidades. Siempre atento y amable con todo el mundo, en especial con su prima, que estaba embobada con él desde que pisó el pueblo. Al menos eso

pensaba Lya, ya que en cada postal que le mandaba, hablaba de alguien con mucho entusiasmo. No le dijo ningún nombre y ahora ya no era necesario decirlo.

—¿Será su novia? —se preguntó Emma para sus adentros.

De pronto, los ojos de Lya se encontraron con Sebastián, que acababa de salir de su casa con un delantal blanco que le llegaba hasta las rodillas y una bandeja repleta de panecillos. Deslizó sus ojos claros por el dorso perfecto del alemán. Los músculos de sus brazos curtidos y envueltos en vello dorado le robaron un suspiro involuntario. Cada vez que lo veía, algo en su interior ardía. No sabía muy bien qué cosa o qué órgano era, pero se derretía lentamente ante su presencia.

Martín cogió un panecillo y lo devoró con apetencia. Sebastián le dijo algo riendo y Joachim soltó una carcajada.

—¡Mutti! —exclamó Martín—, acaba de llamarme cerdito.

María se acercó a su hijo menor y le apretujó los cachetes con afecto.

—Mi pequeño cuchi cuchi —le dijo y sus hermanos rieron aún más.

—Mutti —dijo él en tono quejumbroso—, el hambre es tan tirana.

El padre de los tres salió y Lya lo miró con atención. Karl Ackermann era un hombre muy alto, de casi dos metros de altura, fuerte, rubio y muy atractivo. Las mujeres siempre iban a la panadería para verlo, para coquetear con él y, quizá, robarle una mirada. Pero él era un hombre fiel y enamorado. Nunca miraba a ninguna mujer que no fuera la suya.

—Hijo, tú siempre tienes hambre —le dijo Karl con sorna.

Martín resopló.

—El hambre es una enfermedad incurable, padre.

Se echaron a reír.

—¡Alles Klar!

Joachim se dio la vuelta y sus ojos se encontraron de golpe con los de Emma, que empezó a toser de manera descontrolada tras el saludo del militar.

—Me tragué un mosquito —dijo después de recomponerse—, con sabor a pollo —acotó pensativa.

Lya la miró con el ceño fruncido.

—Eres tan ocurrente, prima.

Sebastián y Lya intercambiaron una mirada en ese lapso. Él la saludó con una sonrisa y ella con un leve cabeceo. El fuerte sol enmarcó sus rostros y dejó al descubierto por unos segundos los secretos más ocultos de sus almas.

—Mejor nos vamos a casa para cambiarnos —propuso Emma, cabizbaja.

Joachim seguía mirándola desde su sitio. El corazón le palpitaba con fuerza cada vez que la veía por el pueblo. Nunca sintió aquello antes por nadie.

«Es tan hermosa y delicada» pensó el soldado con el corazón desbocado.

Sebastián siguió a Lya con los ojos y ella se volvió para mirarlo. Sonrieron al mismo tiempo.

—Es muy guapa, ¿eh? —le dijo Martín con sorna.

Sebastián se ruborizó como una grana. Nunca lograba controlar las reacciones de su cuerpo cuando la tenía cerca de él. Martín sonrió con malicia antes de meterse en la casa con sus hermanos.

—¿Jugamos a piedra, papel o tijera para saber quién se bañará primero? —propuso Joachim.

—Sí —dijeron sus hermanos.

Ganó Joachim.

—Siempre ganas tú —protestó Martín—, ¿por qué el fuego no forma parte del juego?

Se encogieron de hombros.

—Eso se llama trampa, Martín —le dijo el soldado—, simplemente por eso.

Sebastián y Joachim se desnudaron completamente y se cubrieron con sus toallas mientras buscaban sus ropas en sus cómodas.

—Me bañaré yo primero —anunció Martín y salió de la habitación—. ¡Fuego gana a papel!

Joachim y Sebastián lo siguieron como alma que lleva el diablo.

—¡Primero yo! —dijo Joachim—, no tardo tanto como tú, monito.

Mientras ellos discutían, Sebastián entró en el cuarto de baño y cerró la puerta tras él. Joachim y Martín giraron sus rostros y miraron estupefactos la puerta cerrada.

—¡Será cabrón!

Entraron en el cuarto de baño y lo azotaron con sus toallas. Furioso, Sebastián corrió detrás de ambos en busca de venganza. Martín y Joachim gritaron como críos.

—¡Me las pagarán! —amenazó Sebastián—. ¡Capullos!

Les quitó las toallas antes de que cruzaran la puerta del taller.

—¡Mutti! —chillaron, riendo.

Frenaron sus pasos de golpe y abrieron como platos sus ojos al encontrarse de cara con Lya y sus primas. Taparon sus partes íntimas a toda

prisa.

—¡Joder! —dijeron los dos, asombrados.

Sebastián entró disparatado detrás de ambos.

—Oh —soltó, arrebolado.

Se tapó su miembro a toda prisa.

«Mierda».

—Vaya —masculló Magda con una sonrisa muy picarona en los labios—, la señora Ackermann no solo sabe hacer vestidos con maestría.

Lya y Emma la miraron de reojo.

—Pensaron lo mismo —susurró y ambas rieron por lo bajo—. Pero yo lo exterioricé.

María abrió mucho los ojos y la boca mientras ellas se limitaron a sonreír ante tan hermoso espectáculo. Lado a lado y sin voltear sus cuerpos se dirigieron hacia la puerta tras pedir disculpas a las primas. María pidió permiso y los siguió con la cara enrojecida por la rabia.

—Guau —dijo Lya soplándose la cara con ambas manos—, ¡qué calor!

Magda y Emma rieron de buena gana, en especial tras oír los quejidos de los hermanos en el pasillo.

—¡Mutti! —protestaron los tres tras recibir un azote de cinto cada uno—. ¡Duele!

María les dijo que ya no eran niños para andar desnudos por la casa. Los tres estaban sentados en la cama de Joachim, algo cabizbajos.

—¡Todo el pueblo ha visto vuestros culos!

Las primas estaban cerca de la puerta, atentas a ellos. —¡Qué culos! —dijeron las tres, risueñas.

María resopló.

—Al menos son bonitos, Mutti —acotó Martín y se ganó una colleja—, ¡duele, Mutti!

María despotricó un par de cosas más antes de salir del cuarto rumbo a su taller. Los tres se levantaron de golpe de la cama y se dirigieron a la puerta. El que lograra pasar primero, sería el afortunado. Ganó Sebastián tras tocarles el culo.

—¡Tramposo! —gritaron los dos—, ¡no se toca nunca esa zona!

—¡Jawohl! —profirió Sebastián, muerto de la risa.



Por la noche, los hermanos se dedicaron a vender los panecillos y los pañuelos de María. En menos de una hora la tiendita estaba casi vacía. Tenía sus ventajas tener hijos tan atractivos, pensó la modista con sorna.

—Podéis iros —les dijo María.

Joachim permaneció a su lado mientras bebía una botella de cerveza helada, lapso en que Emma se acercó a la tienda con timidez. Había comprado muchas cosas en las otras tiendas y le pareció descortés no comprar nada de su modista. Saludó a Joachim y a María sin levantar la vista. No podía mirar al soldado sin acalorarse tras lo que vio por la tarde. Joachim también se sonrojó. Por culpa de sus hermanos siempre terminaba metiéndose en líos como aquellos. Emma cogió uno de los pocos pañuelos que le sobraba a María. Era estampado y con unos bordados de flores muy delicados.

—Es precioso, señora.

María notó al instante que su hijo tenía interés en ella, que, ruborizada hasta el alma, mal podía mirarlo a la cara.

—Lo pago yo, Mutti —anunció el soldado—, acéptalo como una disculpa —sus mejillas ardían cada vez más—, por lo ocurrido esta tarde en mi casa.

El recuerdo abrasó el pecho de la joven.

—No se moleste.

Él le alargó el pañuelo y sus dedos se rozaron con delicadeza. Emocionada hasta el alma por aquel roce, dejó caer el pañuelo sin querer. Joachim se agachó para cogerlo y ella también. Sus cabezas entrecucharon con violencia.

—Ay —musitó ella.

Él alargó la mano y le acarició la frente con la mano.

—Lo siento, cielo.

Emma abrió mucho sus ojos y su boca. ¿Cielo? ¿La llamó cielo? Se tambaleó hacia un lado y derrumbó la mesa de la tienda, desparramando las cosas por todas partes y llamando la atención de todos los presentes. ¡Qué papelón! María soltó un grito ante el susto.

—Lo siento —dijo Emma—. Mu. Cho. —hipó.

Joachim la sujetó con presteza al ver que perdía el equilibrio.

—¡Te tengo!

Emma no podía dejar de hipar.

—Me desnudaré solo para ti —le dijo él en tono sensual y los hipos desaparecieron al instante—, sabía que funcionaría.

Emma lo miró con fascinación.

—No me asusté, me excité —le aclaró ella en un acto involuntario y él sonrió de oreja a oreja—, Dios mío, lo dije en voz alta, ¿no?

El soldado sonrió.

—Alto y claro, señorita Schreck.

Emma se apartó de él con las mejillas acaloradas y cogió el pañuelo.

—Gracias —dijo con nerviosismo—, hasta luego.

Joachim esbozó una sonrisa.

—Hasta luego, Emma.

Martín y Magda se encontraron mientras merodeaban por el pueblo entre las personas. Se quedaron frente a frente. Se miraron. Se observaron. Sonrieron. Suspiraron.

—Hola —le saludó ella—, casi no te reconocí con ropas.

Martín la miró fijo por unos segundos. ¿Aquella joven tenía solo dieciséis años en verdad? ¡Era tan resuelta! Y atrevida...

—Hola.

Magda recorrió su cuerpo con lujuria. Miró la mano del alemán con ojos melosos.

—¿No me invitas un poco de tu helado?

La forma en cómo sonó su pregunta, lo enardeció. Asintió con un leve movimiento de su cabeza. Ella sonrió satisfecha antes de acercarse a él. Martín era mucho más alto que ella. Magda sacó la lengua y lamió el helado con mucha sensualidad sin apartar la vista de él. El alemán abrió mucho la boca ante su gesto osado.

—Delicioso.

Se limpió las comisuras de los labios con los dedos con extremo erotismo, lapso en que sus ojos se encontraron con los de Eliette. Su amante lo fulminó con la mirada, pero a él no le importaba mucho. Magda era dueña absoluta de su atención en aquel momento.

—Oh —soltó, boquiabierto cuando ella volvió a lamer el helado—, Dios.

Ella le guiñó un ojo en señal de complicidad.

—Me hubiera gustado probarlo de tus labios, Martín.

—¿Eh?

—La próxima vez será.

Ella se alejó de él sin mirar atrás. Martín la siguió con los ojos hasta perderla por completo de vista.

—Jesús, María y José —susurró sin abandonar su deje—, debo confesarme.

Se dirigió hacia la iglesia tras devorar el resto de su helado. Petra le saludó de paso mientras se acercaba a Sebastián, que oteaba fijamente a Lya a pocos metros de él.

—Hola, patito.

Petra sonrió con malicia.

—Hasta luego, patito.

Sebastián miró divertido a su mejor amiga. Lya miraba concentrada unas postales en una tienda.

—Aprovecha, patito.

Sebastián se arregló el pelo y se acercó a Lya tras saludar a su mejor amiga, que iba hacia la tienda de su madre. Le deseó suerte con la judía. Cada vez que resaltaba su origen, él sentía algo raro en su interior. No sabía si era el tono que usaba o la mirada que lanzaba cuando lo hacía. Exhaló hondo antes de aproximarse a la chica de sus sueños. La mujer más hermosa que jamás había visto en toda su vida.

—Hola, Lya.

Lya se volvió y lo miró sonriente.

—Hola, Sebastián.

Se quedaron en silencio por unos segundos. Sebastián estaba muy nervioso y mal podía disimularlo. Lya, a su vez, estaba más serena, aparentemente, ya que por dentro ardía. Algo se incendiaba cada vez que lo tenía cerca de ella.

—¿Te gustan las postales? —preguntó él.

«Pregunta idiota del día» pensó Sebastián con las mejillas sonrojadas.

Lya quiso tocarle la cara. ¡Era tan mono con las mejillas ruborizadas! Fijó sus ojos en sus pies inquietos y en sus manos ocultas en sus bolsillos. ¿Tan nervioso lo ponía? Alzó la vista y sonrió al ver cómo las mejillas se le sonrojaban aún más. Era casi del color de su labial, rojo como la sangre. El alemán se sorprendió mirando sus carnosos y pequeños labios. Su nariz respingona, sus ojos claros y su piel de porcelana. ¡Era perfecta!

—Me encantan, Sebastián.

Él se acercó un poco más. Su perfume suave, pero viril, rozó las fosas nasales de la joven y le robó un suspiro involuntario. Él la miró fijo por unos segundos.

«Dios, ¡es hermosa!».

«Madre mía, ¡es precioso!».

—Me gusta esta —le dijo ella—, me gustan mucho los atardeceres.

Sebastián le preguntó a la dependienta de la tienda cuánto costaba y, tras ello, compró la postal para Lya. Ella no quiso aceptar, pero él le dijo que era una manera de pedirle disculpas por lo ocurrido en su casa por la tarde.

—Ninguna postal puede competir con lo que vi por la tarde —le dijo ella con picardía.

Sebastián la miró con cierto asombro. Las mejillas le ardían todavía más. Lya no pudo resistirse y le rozó la mejilla con el dorso de la mano. El alemán mal podía tragar su saliva ante aquel inesperado gesto.

—Tienes la piel tan tersa —le dijo sin desviar la mirada de él—, y tan delicada.

Sebastián estaba paralizado y enmudecido.

—Gracias por la postal —le dijo ella tras apartar su mano—, ¿me escribirías algo en ella?

Él asintió mientras ella retiraba una pluma negra de su bolso de mano. Sebastián tardó unos segundos en reaccionar. Cogió la pluma con manos temblorosas y puso la postal sobre la mesa de la tienda para escribir en ella. Era diestro, pensó Lya mientras escrutaba su mano. Tenía dedos largos y finos, dedos de pianista. Las uñas eran impecables. A pesar del duro trabajo en la granja, Sebastián siempre cuidaba mucho sus manos.

«Lya: Lamento lo ocurrido esta tarde. Espero que pronto podamos ver un atardecer juntos. Con cariño, Sebastián Ackermann».

No podía creer que había logrado escribir aquello. ¿Ver un atardecer juntos? ¡Qué atrevido! Le alargó la postal con un enorme nudo en el estómago. Ella leyó la preciosa caligrafía del alemán y sonrió con ternura.

—Yo no —soltó tras meterla en su bolso.

Él la miró algo desconcertado.

—¿Yo no?

Lya sonrió.

—Yo no lamento lo ocurrido —alargó la pluma—, para ti —le dijo—, ahora ya tienes una pluma para escribirme otras postales en el futuro, Sebastián.

Sus dedos se rozaron con suavidad.

—Nos vemos.

Lya acertó la distancia y depositó un beso en la mejilla encendida del

alemán. Su dulce perfume arropó las fosas nasales de Sebastián, y le robó un suspiro de paso.

—Hasta luego —le dijo ella.

Lya se alejó de él a cámara lenta.

—Hasta luego, Lya.

Ella se volvió y le sonrió con dulzura.

—Sebastián Ackermann —musitó mientras se alejaba rumbo a su casa—. ¿Por qué siento este cosquilleo extraño en mi interior cuando te tengo cerca?

—Lya Rubinstein —dijo él apretujando la pluma en la palma—. ¿Por qué no puedo controlar mi corazón cuando te tengo cerca?

Lya se volvió una vez y sus miradas se entrelazaron en una sola. Todo se había ralentizado alrededor de ambos, menos sus latidos.

Cosas del azar

Emma caminaba absorta en sus pensamientos por las calles del pueblo, sin percibir la presencia de Joachim al otro lado de la acera. El soldado se quedó mirándola con expresión bobalicona mientras ella, al parecer, conversaba consigo misma. Se detuvo de golpe cuando la falda de su vestido se enganchó a algo. Lo titó con cierta violencia y perdió el equilibrio al lograr desengancharlo.

—¡Oh, cielo! —chilló Joachim al tiempo que cruzaba la calle para ayudarla—, ¿te encuentras bien?

Joachim se reclinó sobre la muchacha. Emma levantó la cabeza y le golpeó de lleno la nariz.

—¡Oh, por Dios! ¡Lo siento!

El soldado se masajeó la nariz con la mano.

—No es nada —le dijo y le extendió la mano—, ¿te encuentras bien? —repitió.

Ella cogió su mano temblando como una hoja. Aquel soldado la tenía hechizada desde el primer día que lo vio por el pueblo, el día que casi le rompió un diente con su paraguas.

—Estoy bien —le dijo sonriendo—, oops —dijo al perder el equilibrio y llevarse consigo el reloj de pulsera del alemán—, ¡rayos! Lo siento.

Joachim la ayudó a levantarse por segunda vez.

—No pasa nada.

Emma se ruborizó como un tomate al tiempo que le alargaba su reloj estropeado. Joachim sonrió desenchajado antes de meterlo en el bolsillo del pantalón.

—¡Madre mía! ¡Estás tan guapo hoy! —exclamó y se tapó la boca con ambas manos en un acto reflejo—, no quise decir eso —él enarcó ambas cejas con una preciosa sonrisa en los labios—, o sea, no en voz alta.

«¡Calla, Emma!».

Joachim llevó su mano a su nuca en un gesto de nerviosismo sin percibir la mirada curiosa de sus hermanos al otro lado de la acera.

—Me tengo que ir —dijo Emma y giró sobre sus pies de manera trepidante, encontrándose de cara con un árbol—, ay —musitó.

Joachim la sujetó con presteza y la miró con ojos soñadores.

—Te tengo —le dijo con una melosa sonrisa en los labios—, debo estar más atento para que no te pase nada.

Emma quiso morirse en los brazos de aquel fuerte y perfumado soldado de ojos azules y labios carnosos cuya mirada le recordaba a Lizzy Bennet, su gatita. El alemán la enderezó y le arregló el pelo algo desordenado con sumo cuidado.

—¿Tomarías un café conmigo?

La joven se ruborizó un poco más. Emma siempre fue muy tímida, pero ante él, mucho más. Sujetó su bolso con las manos con nerviosismo.

—Solo si yo invito —le dijo ella con una sonrisa—, un café preparado por mí misma.

¿Lo sabía hacer? Si mal podía untar el pan con la mantequilla sin ensuciarse la mano. Margot le enseñará, no era cosa de otro mundo, se animó sin apartar la vista de Joachim. Se mordió el labio inferior al deslizar sus ojos en sus fuertes brazos ligeramente bronceados y en sus piernas torneadas.

—Me encantaría —le dijo él y sonrió—, llevaré pan hecho por mí mismo —acoto orgulloso y sus hoyuelos se hicieron presentes—, Emma —besó el dorso de su mano derecha.

Emocionada hasta el alma, ella llevó la mano libre hasta su cara y de paso le dio un buen golpe al alemán con su bolso.

—¡Ay! —soltó él ante el fuerte impacto.

Martín y Sebastián se echaron a reír.

—¡Oh, por Dios! —chilló Emma—, lo siento...

Joachim llevó su mano a su cara afectada.

—¿Qué tienes en el bolso? ¿Una cafetera de hierro?

Las mejillas de la muchacha eran casi moradas.

—No, una herradura de caballo —dijo azorada—, me dijeron que era para la suerte, pero ahora tengo mis dudas.

Alargó la mano y acarició la mejilla afectada del soldado, que emocionado, se tensó bajo la delicada palma de la muchacha.

—Sana, sana, culito de rana, sino sana hoy, sanará mañana —le dijo con dulzura y le robó una sonrisa—, lo siento.

Joachim puso su mano sobre la de ella en un gesto afectuoso, robándole un suspiro de paso.

—Creo que la herradura me ha dado suerte —le dijo el soldado y Emma, una vez más, casi se derribó sobre el suelo—, te tengo.



Sebastián y su perra Jud paseaban con las ovejas de la granja Rosenthal cerca del arroyo, aquel caluroso día de verano. El joven se acuclilló y se empapó la cabeza con agua, deseando meterse en ella para apaciguar el calor que sentía. Se secó con su pañuelo y visualizó su reloj de pulsera.

—Hora de volver a casa, preciosas.

Las ovejas balaban a modo de respuesta y Sebastián rio por lo bajo mientras Jud saltaba a su alrededor con su peculiar chispa.

—Jud, ve a por aquellas —le ordenó y ella obedeció sin rechistar—. ¡Muy bien!

Sebastián las encaminó hacia la granja antes de que el sol se hundiera por completo en el horizonte. Se olisqueó las axilas en un acto reflejo e hizo una mueca de reprobación.

—Necesito un buen baño —se dijo con una sonrisa—, huelo a vosotras, chicas —les dijo a las ovejas—. ¡Jud Ackermann!

Sebastián contó las ovejas antes de salir del establo.

—Hasta mañana, chicas.

Lya y su familia llegaron a la casa de los Rosenthal para festejar el cumpleaños de Ruth, madre de Joshua y futura suegra de la joven, según se rumoreaba por el pueblo. Se arregló los guantes mientras sus ojos se encontraban con el hijo de su modista, Sebastián Ackermann. Lo miró con suma cautela mientras sus padres saludaban a los anfitriones.

—¡Jud! —gritó Sebastián—, no seas Martín —le reprendió y la perra dejó de ladrar para quedar mirándole con atención—, lo siento, no quise ofenderte, preciosa —se rio de buena gana al ver cómo ella volvía a saltar a su alrededor.

Lya abrió ligeramente la boca y dejó escapar un suspiro de admiración. Sebastián estaba bastante mugroso tras un día ajetreado en la granja, pero seguía siendo el hombre más guapo que jamás había visto en su vida. Se quitó la boina ajada de color marrón claro y se rascó la cabeza con aire pensativo, sin percibir el escrutinio de la judía, a pocos metros de él.

—Hola —le saludó ella cuando sus miradas se encontraron.

Sebastián se ruborizó como una grana y Lya tuvo un enorme deseo de

apretujarle los mofletes. El alemán apretó con fuerza sus dientes al tiempo que jugueteaba con su boina.

—Hola —vocalizó, visiblemente nervioso.

«Dios mío, estoy tan impresentable» caviló tras tragar con dificultad su saliva.

Joshua acababa de salir de la casa cuando clavó sus ojos azules en Lya, que miraba con embeleso al mugroso empleado de su padre. Era la segunda vez que la pillaba observando al campesino muerto de hambre de aquel modo. Se arregló su elegante traje y se acercó a Moisés, uno de los empleados de confianza de su padre y le dijo algo a modo de confidencia. El hombre asintió con expresión ladina.

—Será un placer, señor.

Las primas de Lya acababan de llegar a la granja. Emma bajó del coche y casi se derrumbó de no ser por la habilidad de su hermana que la sostuvo antes de que terminara besando el suelo de piedras como de costumbre. Sin embargo, al pisar el pavimento, su zapato salió de su pie y, una vez más, se tambaleó.

—Cuidado, Emma —dijo Lya y se acercó—, Magda.

Se estrecharon con afecto.

—Estáis preciosas.

Emma se arregló su vestido color vino con ambas manos.

—Tu modista es magnífica, como sus tres hijos —se tapó la boca a toda prisa—, ¿quién ha dicho eso?

Magda y Lya se echaron a reír.

—Mi lengua tiene vida propia.

—¡Bienvenidos! —chilló Ruth—, adelante, pasen, por favor.

Lya se volvió y miró a Sebastián antes de meterse en la casa con sus primas. Joshua condenó aquel gesto antes de ceñir la cintura de la joven con el brazo y darle un beso en el hombro desnudo. Sebastián suspiró con tristeza.

—Qué afortunado es —susurró por lo bajo.

Moisés se le acercó y le dijo con voz insinuante:

—Me tiraría a la prometida del patrón.

Sebastián lo miró con indignación.

—¿Por qué me miras así? ¿Acaso tú no te la imaginaste desnuda sobre ti? ¡Las mujeres de la alta sociedad son más putas que las de los burdeles!

Henchido de rabia, Sebastián lo empujó con violencia y el hombre casi perdió el equilibrio.

—Pero ¿qué haces?! —gritó Moisés.

Jud ladró con rabia y Sebastián la sujetó a tiempo, antes de que saltara por el hombre.

—Eres un cerdo, Moisés.

El hombre le dio un puñetazo certero en la barbilla y lo derrumbó con violencia sobre el pavimento. Jud intentó morderle y recibió una patada del hombre, que la hizo gemir de dolor. Antes de que Sebastián pudiera levantarse, Moisés se abalanzó sobre él y le dio varios golpes certeros en la cara.

—¡Aprende a defenderte como hombre, pastorcito!

Lya y sus primas salieron como una exhalación en el porche frontal de la casa al oír los gritos.

—¡Alguien que lo defienda! —gritó Lya.

Joshua la fulminó con la mirada al tiempo que los otros invitados observaban la pelea con asombro. Emma fue a por el padre de Joshua, no sin antes derrumbar algo a su paso.

—Es bastante grandecito como para saber defenderse —dijo el médico con desdén—. ¿Por qué reaccionas así, Lya? ¿Acaso te gusta ese campesino muerto de hambre?

—¿De qué estás hablando, Joshua? —dijo la madre de Lya con estupor.

Lya miró con expresión severa a Joshua.

—Nada, madre —dijo ella en tono seco.



Joachim y Martín salieron de su casa para ir a jugar al fútbol con sus amigos y de paso buscarían a Sebastián en la granja, el portero del equipo.

—Manuel no podrá jugar hoy, Achim.

Achim era el apodo cariñoso del soldado, que miró de reojo a su hermano.

—Entonces ganaremos fácil —se mofó Joachim.

Esbozó una sonrisa ladina hasta que vio a su hermano a pocos metros de ellos siendo brutalmente atacado.

—¡Sebastián! —gritó y empezó a correr a toda prisa.

Martín lo siguió como un rayo. El soldado se precipitó sobre Moisés y le dio varios puñetazos certeros en la cara. El hombre intentó devolverle los

golpes, pero el soldado era demasiado ágil y terminó recibiendo más a cambio de su osadía. Martín levantó a Sebastián, que estaba bañado en sangre. Lya bajó las escaleras a toda prisa y le alargó un pañuelo de seda, despertando aún más la furia de su pretendiente.

—¡Qué está pasando aquí! —gritó el señor Rosenthal desde el porche.

Joachim estaba parado con el pie derecho sobre el cuello de Moisés, mirándole con ojos desafiantes y el corazón en la garganta. Por sus hermanos era capaz de todo, incluso de matar.

—Gracias, Lya.

Sebastián cogió el pañuelo y se limpió la nariz con él.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó ella con cierto temblor en la voz—, estás sangrando mucho.

Se sentía el ser más insignificante y miserable de la faz de la tierra, un cero a la izquierda, un inútil que no sabía defenderse.

—Estoy bien —le dijo tras tragar con fuerza—, gracias.

Emma bajó las escaleras y se acercó a su prima, lapso en que Jud saltó por ella y la saludó con su peculiar alegría.

—¡Jud! —gritó Martín antes de apartarla—. Lo siento.

Joachim se volvió y miró apenado a Emma. Apartó el pie de la garganta de Moisés, y la ayudó a levantarse. Ella lo miró con cierto resquemor, verlo enojado la impresionó bastante. El alemán tenía la respiración entrecortada y los ojos oscurecidos ante la ira que sentía por dentro.

—Lamento que hayas visto esto —le dijo a la muchacha en tono lastimero—, si no quieres verme mañana, lo comprenderé.

Emma negó con la cabeza a toda prisa.

—No he aprendido a preparar café para nada —le dijo con una dulce sonrisa—, nos vemos mañana, soldado —le hizo el saludo militar y de paso su anillo se enganchó a su pelo—. Oops, ya está —dijo algo cohibida al desenganchar su pelo.

Joachim sonrió, pero la sonrisa no le llegaba a los ojos.

—Nos vemos mañana, Emma —le dijo con ternura.

Ella sintió que el corazón le estallaría de la emoción. Joachim miró de soslayo a los curiosos que yacían en el porche.

—Morirás al probar mi café —le dijo ella con las mejillas encendidas—, espero que no —se dijo algo confundida al evocar los que había preparado los últimos días.

Joachim sonrió.

—Muero por probarlo, Emma.

Magda y Martín intercambiaron una mirada teñida de interrogantes. La joven parpadeó de aquel modo tan inquietante y partes de su cuerpo reaccionaron de manera involuntaria al instante.

«Señor, apresúrate a socorrerme» pensó el simpático campesino.

Joachim ahuecó el rostro lastimado de Sebastián entre sus manos y clavó sus ojos clarísimos en los de él.

—Te convertiré en un guerrero, Sebastián —le dijo con firmeza—, nunca más se burlarán de ti, hermano.

Sebastián le cogió de la cara y lo miró con intensidad mientras Lya los observaba.

—Nunca más, Joachim —repitió el joven con una dureza que su hermano nunca sintió antes—, lo que hoy me hizo, algún día, pagará con lágrimas de sangre.

Martín frunció su entrecejo sorprendido y Joachim asustado. Por primera vez, Sebastián dejó a la intemperie su lado más oscuro, su lado más sombrío. Giró su rostro y miró a Moisés con profundo desprecio.

«Juro que me las pagarás, Moisés».

Suspiros de amor

María limpiaba las heridas de Sebastián con sumo cuidado mientras sus otros hijos cenaban en silencio. Karl despotricaba en contra del patrón de su hijo, quien nunca fue santo de su devoción. Joachim mal probó bocado. Ver a su buen hermano con moratones por casi toda la cara lo llenó de ira e impotencia. Martín a su vez, se mantuvo en silencio, algo súper raro en él.

—¿Por qué te atacó ese animal? —preguntó Karl con las manos en la cintura—, a ti, ¡que eres incapaz de matar a una mosca!

María le limpió la herida de la boca y Sebastián soltó un gemido de dolor.

—Moisés es un cerdo, padre —dijo el muchacho—, pero algún día besaré mis pies.

Joachim y Martín clavaron sus ojos en él. Nunca lo habían visto de aquel modo antes, nunca lo escucharon hablar de aquel modo antes.

—Hitler se encargará de ellos, hijo —dijo con fervor Karl—, él vengará a muchos de nosotros.

Joachim se levantó y colocó el resto de su comida en el plato de Jud, que cojeaba un poco. Sebastián sintió un dolor sordo en el pecho al ver a su mascota así. Martín le acarició la cabeza y ella le lamió la mano con ternura.

—Jud es mucho más alemana que esos judíos —soltó Karl con rabia—. ¡La ley debería ser más dura con ellos, no sólo privándolos de votar o de trabajar en cargos públicos! —acotó antes de salir de la casa para fumar.

—¿Por qué papá habla así, Mutti? —preguntó Martín, aturdido—. Con tanto odio.

María se encogió de hombros tras besar la cabeza de Sebastián, que aquella noche se veía más pensativo que nunca.

Los tres hermanos ordenaron todos los cubiertos en sus sitios correspondientes y luego besaron a María con afecto.

—Buenas noches, hijos.

—Buenas noches, Mutti.

Los hermanos se metieron en sus cuartos. La habitación rectangular tenía una cama de soltero donde dormía Joachim, y una cama litera donde dormían Sebastián y Martín. Cerca de la ventana, de tamaño regular, se encontraba un

viejo escritorio repleto de libros y cuadernos. El recinto era pequeño, pero muy ordenado.

—¿Jugamos a las cartas? —propuso Martín.

Joachim y Sebastián negaron con la cabeza.

—Estoy cansado —dijo Sebastián, desanimado—, buenas noches.

Martín se desperezó con exageración y bostezó al tiempo.

—¿Les cuento un chiste?

—No —dijeron los dos.

Joachim se lanzó a su cama tras quitarse los pantalones y la camiseta de tirantes. Encendió una vela y Martín le preguntó por qué lo hacía, ya que tenían luz eléctrica.

—Me inspira para escribir —dijo el soldado—, la vela le da un aire más romántico a cualquier ambiente.

—Menos en los velorios —apostilló Martín.

—Mmm.

Martín enarcó una ceja al evocar el relato en donde una mujer derramaba la cera caliente en el pecho de su amante y luego en su parte íntima. ¡Joder! Magda Schreck había logrado su objetivo, ¡no podía arrancarla de su mente un solo segundo!

—Buenas noches —dijo el soldado con aire pensativo.

La voz de su hermano mayor lo arrancó de su trance lascivo de golpe.

—Buenas noches.

Martín subió las escaleras de la litera mientras Sebastián leía el libro que le había prestado Joachim en la suya.

—Dumas sí que sabía escribir —soltó con voz seria—, «El conde de Montecristo» será mi manual.

Martín se reclinó y miró a su hermano.

—Lee: El príncipe —le recomendó—, de Nicolás Maquiavelo —sonrió con astucia—, nunca lo leí, pero dicen que es muy bueno.

—¿Quién te lo recomendó? —demandó Sebastián, sorprendido.

«La hija de Satán» pensó Martín.

—Manuel.

¿Manuel su amigo? ¿Sabía leer?, se mofó Joachim para sus adentros.

—Ah.

Joachim cogió un cuaderno y escribió un poema para Emma o, al menos, lo intentó. Levantó la vista de manera involuntaria hacia su hermano menor y frunció el entrecejo en un gesto de confusión. ¿Desde cuándo leía?

Martín se puso a leer el relato que le dio Magda el otro día sobre la pastora y el soldado sin alma.

«La pastora miró con terror al soldado, que no tenía buenas intenciones aquella fría mañana de invierno. La cogió del brazo y la derrumbó sobre la nieve con poca delicadeza. Luego la desnudó sin tapujos y se acomodó entre sus piernas con una erección casi dolorosa entre las piernas. Ella le gritó que era virgen y él empezó a rozar su miembro contra su húmedo sexo. La nieve la estaba helando, así que la levantó y la puso contra un árbol. Cogió su cara entre sus manos y la penetró hasta el fondo, a pesar de sus gritos. El soldado fue implacable y no paró hasta correrse en su interior».

Abrió mucho sus ojos ante lo que aquella joven de dieciséis años había escrito. ¿Cómo sabía tanto sobre el sexo, si supuestamente era virgen?

—Joder —musitó.

Martín tenía la mandíbula algo colgada y la mano entre sus piernas mientras leía aquellas historias indecentes. Necesitaba apagar el fuego que lo estaba quemando entero. Empezó a tocarse sin parar y unos gemidos, apenas audibles, llegaron a los oídos de sus hermanos mayores, que estupefactos, intercambiaron una mirada socarrona. Sebastián llevó su dedo índice a sus labios reventados al tiempo que Joachim cogía el vaso con agua que estaba en su mesilla de luz. Se levantó con suma cautela y lanzó el líquido sobre su hermano, que, ante el gran susto, gritó como una damisela en apuros. Sebastián y Joachim se doblaron en una carcajada profunda mientras Martín bajaba de la cama completamente desnudo.

—¡Sois unos capullos! —chilló con cara de pocos amigos—, menos mal que me corrí antes.

Ambos resoplaron hastiados.

—¡Eres un cerdo!

Martín abrió la boca como para replicarles, pero la volvió a cerrar cuando su madre gritó desde su habitación:

—¡A dormir! ¡O iré allí con el cinto de la redención!

Martín subió a su cama tras secarse y exhibió su trasero antes de acomodarse en la misma. Joachim le puso la vela cerca y lo impulsó a saltar a la cama a toda prisa tras soltar un buen taco alemán.

—¡Idiota!

Joachim y Sebastián volvieron a reírse a mandíbula batiente.

—¡Ya tengo un pie en el piso! —amenazó María.

La madre de los tres era la única persona que lograba doblegarlos con tan solo gritarles.

—Buenas noches —dijo Joachim tras apagar la vela.

Sebastián cerró el libro y cogió su viejo cuaderno de dibujo. Lo abrió y miró con embeleso el rostro de Lya que había trazado días atrás. El talentoso joven deslizó su dedo índice por los labios carnosos de la mujer que lo tenía hechizado desde el primer día que la vio en el pueblo, caminando con sus primas. Él bromeaba con su mejor amiga, Petra, que aquel día casi perdió un diente al tropezarse contra una piedra. Lya se volvió y sus ojos claros se encontraron de golpe con los de él.

—Hola —le saludó ella y él casi perdió el equilibrio al intentar levantar a su amiga.

—Hola —le dijo él con los mofletes sonrojados.

Lya se convirtió en su musa desde aquel día. ¿Cómo eso era posible en tan poco tiempo? No podía arrancarla de su mente y, últimamente, tampoco de su corazón. Cerró su cuaderno con una sonrisa triste.

«Lya es inalcanzable para ti» se dijo con un enorme nudo en la garganta.

Joachim, a su vez, no lograba conciliar el sueño, ya que pensaba en Emma y sus extraños encuentros. El día que no recibiera un golpe por parte de ella, sabría que algo andaba mal.

—Emma —dijo antes de coger su cuaderno y escribir algo en él.

«Me cautiva cuando me regalas una sonrisa, porque significa que, al menos por un instante, he conseguido invadir la intimidad de tus pensamientos».

Cerró su cuaderno con una sonrisa torcida.

—Eres un sentimental —se dijo con sorna—. Buenas noches, Emma.



El destino y sus jugadas

Sebastián miró estupefacto a su patrón, que acababa de despedirle tras el escándalo del día anterior en la granja. El señor Rosenthal eligió a los suyos, al judío que lo atacó y ofendió a Lya, pensó el joven tras coger su paga. Se levantó de la silla y le preguntó si podía llevar a la oveja enferma como parte de su indemnización. Su patrón frunció mucho su entrecejo ante su extraña petición. Sebastián le dio el dinero que pidió por el animal sin rechistar. Aquel hombre era más avaro que su tío Max, hermano de su madre, y con quien solía discutir fuertemente sobre política y fútbol.

—Adiós, Sebastián —le dijo Jakob sin mirarle a la cara.

El joven lo miró con decepción. Siempre le tuvo mucho aprecio y respeto, pensaba que era recíproco, pero no, estaba equivocado.

—Adiós, señor Rosenthal.

Sebastián salió del despacho de su expatrón y se dirigió al establo de las ovejas con aire pensativo. Cogió a la que estaba enferma y se la llevó. Salió de la granja con el corazón hecho trizas. No era justo perder el trabajo por culpa de otro. Aquello generó sentimientos encontrados en él, sentimientos que nunca sintió antes. Su oveja baló y le robó una risita. Tarde o temprano la sacrificarían por su pata coja y por ello decidió comprarla. Le tenía mucho cariño.

—Te cuidaré como ninguno —le dijo al animal con ternura—, Lya.

Esbozó una sonrisa ladina. Nadie sabría el nombre que le había puesto, solamente él.

—Será nuestro secreto, princesita.

Se enfiló hacia el río con su nueva mascota y el bocadillo que su madre le había preparado por la mañana. Observó con amor infinito su sitio favorito en todo el pueblo desde que era niño. Allí había pasado sus mejores momentos con sus hermanos y sus amigos. Se sentó en el banco de madera que había hecho Martín días atrás por petición de las hijas de su patrón que solían ir al sitio con frecuencia durante las vacaciones de verano. Posó a la ovejita sobre el césped con mucha delicadeza antes de sentarse.

—¿Tienes hambre? —le preguntó y ella baló con cierta desesperación—, vale, no seas gruñona —le dijo él sonriendo.

Lya acababa de llegar al lugar con un libro entre manos. Se detuvo cerca de un árbol y observó a Sebastián con sigilo. El muchacho, a pesar de los moratones que tenía en la cara, continuaba siendo el hombre más atractivo del pueblo ante sus ojos.

—¿Desde cuándo una oveja come bocadillos? —se burló él y se echó a reír—, eres tremenda, Lya.

La muchacha enarcó ambas cejas al escucharlo. ¿La ovejita se llamaba Lya? ¿Lo escuchó bien? En lugar de enfadarse, aquello la enterneció profundamente. De repente, Sebastián se rompió a llorar y a decir palabras ininteligibles mientras trataba de secarse las lágrimas con el dorso de su mano. ¿Qué tenía? ¿Qué le hicieron? Lya llevó su mano derecha a su pecho al tiempo que un gemido de lamento se le escapaba de los labios. Miró con profundo dolor al joven, que parecía tan indefenso y tan dolido.

—No es justo que me hayan despedido, Lya —le dijo a la ovejita tras sorberse por la nariz—, yo solo la defendí de aquel cerdo.

¿A quién defendió? ¿A su novia? ¿A la rubia con quien solía verlo siempre? Sebastián retiró un pañuelo de su bolsillo y se secó las lágrimas con él. Luego comió su bocadillo sin dejar de sollozar.

—Pobrecillo —susurró Lya—, parece un crío pequeño.

Tras unos minutos, él se levantó y golpeó el árbol que estaba a un lado del banco con todas sus fuerzas.

—¡Las injusticias se pagan! —gritó con mucho rencor—, ¡tarde o temprano!

La judía se estremeció al oírlo y soltó un jadeo sin querer, robándose por completo la atención del joven. Sebastián la buscó con los ojos, pero no la vio por ninguna parte. Dio el resto de su bocadillo al animal.

—¿Quién está ahí? —dijo, vacilante.

La muchacha dio un paso hacia atrás y pisó unas ramas secas que crujieron bajo sus pies y la delataron ante los ojos de Sebastián. Sus miradas se encontraron con timidez.

—Lya —musitó é, emocionado.

Lya escrutó con cierto asombro al muchacho que estaba a unos pocos metros de ella.

—Hola —le dijo ella.

El pelo del alemán pelo era mucho más dorado y su piel más tersa ante el efecto luminoso del sol. Abrió la boca para decirle algo, pero un estrepitoso estallido se lo impidió.

—¡Sebastián! —gritó Lya al verlo caer sobre el césped con el hombro ensangrentado—, ¡Sebastián!

Se acercó a él a toda prisa y se arrodilló a su lado. Sebastián perdía mucha sangre del hombro izquierdo y mal podía mantener abiertos sus ojos. Lya miró hacia el pueblo y gritó:

—¡Auxilio! ¡Por favor! ¡Auxilio!

Lya se agachó a la altura de su rostro y lo miró con profundo dolor. Sebastián la miró con expresión melosa.

—Tranquilo, Sebastián —le rogó ella—, no te muevas —ella reclinó la cabeza y rozó sus labios con los suyos en un tímido beso—, shhh...

Nunca había tocado los labios de otro hombre antes. Nunca sintió el deseo de hacerlo, hasta entonces.

—Lya...

Sebastián abrió sus labios con mucha dificultad mientras veía cómo ella lloraba por él. ¿Le dolía verlo herido?, se preguntó emocionado hasta las lágrimas.

—Lya —susurró antes de cerrar sus ojos.



Martín estaba en la parada de autobús con la boina entre las manos y una sonrisa picarona en los labios. Magda acababa de salir de su clase de arte moderna cuando lo vio a lo lejos. Quiso ignorarlo, pero no podía, aquel joven la tenía hechizada como ninguno.

Mientras cruzaba la calle con su peculiar andar felino, evocó lo que Benjamín, su pretendiente, le dijo tras leer sus obscenos relatos.

—¿Quién te dio esto? —preguntó horrorizado—, es grotesco, Magda. ¡Indecente! —la miró con ojos censuradores—, no es digno de una chica decente y fina como tú.

¿En serio? ¿Una mujer no tenía derecho de experimentar aquellas sensaciones placenteras? ¿Era inmoral sentir deseo? ¿Tener curiosidad? No esperaba aquella reacción tan mojigata por su parte. Benjamín era un joven guapo, rico y bastante reservado. Magda sentía algo por él, pero tras su abrupta reacción, la atracción se esfumó. Volvió al presente cuando Martín la saludó con un bombón entre manos. Miró con expresión interrogante el dulce y

luego a él.

—¿Chocolate? —le dijo ella con sorna—, ¿te has enamorado de mí en tan poco tiempo? ¡Esperaba más resistencia por tu parte, Ackermann!

Martín puso cara de circunstancia. ¿Enamorado? Pero ¿de qué estaba hablando aquella hermosa criatura del infierno? Cogió el dulce y le quitó el envoltorio mientras ella lo miraba con atención. Magda cogió el bombón de las manos del joven con tal rapidez que él no pudo evitarlo. Le pasó la lengua al dulce sin apartar la vista del alemán, que la miraba con expresión bobalicona.

—¿Quieres un poco? —le dijo ella y él asintió sin abandonar su expresión—, abre la boquita.

Martín obedeció y ella le metió el dulce en la boca con mucha sensualidad. El alemán sujetó su mano y metió la lengua entre los dedos que sujetaban el bombón. Magda sintió calor en todo su cuerpo, en especial en aquellas zonas más erógenas y secretas.

—Hmmm...

Tras apartar la mano, metió los dedos que él había lamido en su boca y se los chupó con mucho erotismo. Martín enarcó ambas cejas y abrió ligeramente los labios.

—¿Vienes a por más relatos? —le dijo ella con voz insinuante—, ¿te han gustado?

—Sí —dijo él sin abandonar su deje—, mucho.

—Muy bien.

Se enfilaron hacia el pueblo a pie en lugar de coger un autobús. Martín le dijo que la próxima vez traería su bicicleta y ella le dijo que encantada se sentaría en el manubrio. Él abrió su boca como para decirle algo, pero la volvió a cerrar cuando ella dio unos saltitos. Martín clavó sus ojos en sus pechos que se bambolearon de un lado al otro.

—No llevo sujetador —le dijo ella y volvió a saltar—, nunca uso nada que me haga sentir prisionera. ¡Amo la libertad!

Martín la aplaudió con un deje que la hizo reír a carcajadas. Aquella joven estaba loca y él probablemente también. Impulsado por sus palabras, la cogió en brazos y la giró en el aire de manera trepidante. Magda gritó ante el susto y luego se echó a reír.

—¡Estás loco!

Martín la miró con magnitud y ella dejó de reír. El alemán se detuvo bajo un árbol frondoso que exhalaba un aroma muy dulce y fresco. Magda se puso

seria, algo inusual en ella cuando estaba con él.

—Entonces, ¿quieres más relatos?

Rodeó el cuello del muchacho con sus brazos y balanceó sus piernas con total naturalidad sin desviar sus rasgados ojos verdes de Martín, que tragó con dificultad su saliva.

—Los necesito —le dijo él—, lograste tu objetivo, Magda.

Ella lo miró con expresión de confusión. ¿Logró su objetivo? ¿Cuál de ellos específicamente? Decidió no averiguarlo y mantener así aquella rara relación que tenían.

—¿Qué gano yo a cambio, Martín?

Él la miró con sorpresa. ¿Qué quería a cambio? ¿Dinero? ¿Flores? ¿Peluches? ¿Su amistad? Magda empezó a dibujar su nuez de Adán con el dedo índice, alterando aún más su paz.

—¿Qué quieres a cambio, Magda?

Eso se preguntaba ella en aquel preciso instante. ¿Qué quería a cambio? Evocó las palabras hirientes de Benjamín.

«Esto es cosa de mujerzuelas, solo a ellas puede gustarles este tipo de cosas tan vulgares».

Magda se preguntaba si era pecado tener curiosidad sobre el sexo. Si fuera así, ¿por qué las parejas lo practicaban? Martín la miró expectante. Si le pidiera lo que tenía en mente, ¿la tildaría de mujerzuela? ¿Era una por sentir cosas al leer sus propios relatos?

—Quiero sentir lo que tú sientes cuando lees mis relatos, Martín.

El alemán abrió mucho los ojos y la boca ante su petición. ¿Quería sentir lo que él sentía cada vez que leía sus escritos? ¿Tenía certeza?

—Pero sin poner en riesgo mi pureza.

¡Vaya! Aquello era todo un desafío para el alemán. Magda quería sentir placer sin perder su virginidad. Era un trato justo y nada complicado. Así nadie saldría herido de aquel juego tan delicioso y peligroso al tiempo.

—¿Te parece justo?

Magda le acarició la mejilla sonrojada con su dedo. Martín era un hombre con piel de bebé.

—¿Cuándo quieres que empecemos? —le dijo él con una sonrisa taimada.

Magda sonrió satisfecha y él se estremeció. ¿Aquella joven tenía en verdad solo dieciséis años? Su actitud no era la de una chica de su edad, sino de una mujer de treinta como mínimo. Le recordaba a Dalila, la prostituta con quien solía acostarse los domingos por la noche a orillas del río.

—Te dejaré el nuevo relato en la casita de pájaros del tercer árbol de la carpintería —le dijo tras bajar de sus brazos—, y al final de las páginas el sitio y la hora de nuestro primer encuentro íntimo.

Toda la sangre del cuerpo de Martín se instaló en su entrepierna. Magda miró maravillada el resultado. Martín era un semental de pura cepa y sus reacciones físicas lo confirmaban. El simple hecho de imaginarla en paños menores, despertaba sus demonios más salvajes. ¿Era consciente Magda de que él tenía muy en claro lo que quería? ¿Era consciente él de lo que pasaría tras cruzar los límites? Magda era una adolescente curiosa y, además, era la hija de uno de los hombres más pudientes del pueblo. Si ese hombre descubriera lo que estaba pasando entre él y su inocente hija, lo mataría a golpes, literalmente hablando.

—Me gustaría verte mientras lees el relato —le dijo ella con una sonrisa muy picarona—, como suelo imaginármelo mientras escribo.

Martín quiso arrodillarse y agradecer a Dios por aquella gran oportunidad que tenía. Magda le hacía sentir miles de sensaciones nuevas, todas maravillosas y exquisitas. Ninguna de sus amantes logró tal efecto en él. Aquello era nuevo, era como el primer orgasmo que tuvo. ¡Inolvidable!

—¿Puedo pedirte algo, Magda?

Ella asintió.

—Ponte la ropa íntima roja de encaje —le pidió con expresión lasciva—, y si logro mi objetivo —se pasó la lengua sobre los labios con mucha sensualidad—, ¿me la regalarías?

Magda miró a los lados y luego se puso detrás de un árbol de tallo muy grueso. Martín ladeó la cabeza con expresión interrogante. ¿Qué estaba haciendo? Magda se quitó la ropa íntima que llevaba puesta aquel día. Martín casi tragó su lengua ante la impresión. Ella se la alargó sin titubear.

—Aquí tienes una de recuerdo —le dijo con una sonrisa maliciosa—, para que te inspires esta noche.

Magda se volvió y se echó a andar mientras él mal podía respirar.

—¿Vienes o no? —le dijo ella.

Martín olisqueó la ropa íntima y puso los ojos en blanco al sentir el aroma peculiar de la joven en la tela. Luego la metió en su bolsillo. Se santiguó y lanzó un beso al cielo antes de salir corriendo tras ella.

Los incidentes del amor

Emma y Joachim rieron de buena gana mientras se acercaban a la parada de autobús. Ella le narró lo que le había pasado en la casa de los Rosenthal la noche anterior, durante la cena. La simpática alemana le dijo que quería brindar. Se levantó de su silla y cogió su copa, la golpeó con un tenedor con demasiada fuerza. La copa se rompió, el champán manchó su vestido y empapó la cabeza de uno de los amigos del anfitrión que estaba sentado a su lado. Cuando intentó enjugarle el pelo con la servilleta, la peluca del hombre salió volando y terminó sobre el candelabro de tres velas.

—¡La peluca se incendió y todos empezaron a gritar! —exclamó Emma con lágrimas en los ojos—, cuando Joshua apagó el fuego, cogí lo que restó de la peluca y se la puse al señor, que enfurruñado, me fulminó con la mirada —sonrió con picardía—, y cuando le dije que su peluca me recordaba al pelo de nuestro perro, me miró con más desprecio aún.

Joachim se echó a reír de su mueca triste. ¡Aquella chica era todo un personaje! Emma se tropezó y casi se derrumbó en el suelo de no ser por la agilidad del soldado, que la pegó a su fuerte cuerpo de manera vertiginosa. Emma tragó con fuerza y tembló como una hoja entre los fuertes brazos del alemán.

—Me gusta el hoyuelo de tu barbilla —le dijo al soldado con ojos melosos—, como todo el resto.

Joachim sonrió con ternura sin lograr apartar la vista de aquel rostro esculpido por los ángeles.

—Me pasa lo mismo contigo —le dijo él al tiempo que reclinaba su cabeza—. Eres preciosa, Emma.

Para variar, ella perdió el equilibrio de uno de sus pies ante la emoción y casi terminó en el suelo con él encima. Joachim la ayudó a enderezarse, lapso en que ella dijo:

—Ahí viene nuestro autobús.

El autobús se detuvo en la parada. Esta vez se sentaron juntos. Emma junto a la ventanilla y el soldado con el brazo apoyado en el respaldo del asiento de ella. Emma olisqueó con discreción al alemán, que olía a colonia y a cigarro.

Joachim le sonrió de lado. ¡Era aún más hermoso cuando sonreía! Pensó que no era posible, pero lo era.

Se fijó en la sombra de la barba, la línea recta de la nariz, las cejas cobrizas y el pequeño hoyuelo de su barbilla. La piel bronceada hacía resaltar la blancura de sus dientes y aquellos ojos indecibles. Ni Da Vinci ni Botticelli lograrían plasmar la belleza de aquellos ojos en sus telas. ¿De qué color eran? ¿Azules verdosos o verdosos azules?

—¿Te sientes mejor? —le preguntó él con dulzura.

Emma asintió sin dejar de mirarlo un solo instante. Era tímida por lo general, pero bastante atrevida cuando se hacía de la tonta. El alemán la encaró desafiante. Aquel joven no era Samuel, aquel hombre no era un niño, aquel hombre era un fuerte y valiente soldado.

—Mejor —repuso ella en tono bajito.

Él le cogió la mano con suavidad y la miró con expresión melosa. A pesar de su entereza de soldado, en sus ojos se podía apreciar la dulzura de un niño o de un hombre enamorado.

—Estás temblando —le dijo él en tono preocupado.

Su mano blanca y pequeña desapareció en la de él, enorme y curtida. Estaba segura de que podía oír los latidos de su corazón a través de sus dedos.

—Estoy bien —ella no retiró la mano—. Joachim.

—Gracias por las pastas —le dijo él con una sonrisa—, estaban deliciosas.

Emma apartó la mano y posó sus ojos en las manos grandes de dedos largos y finos, con las uñas bien cortadas y muy limpias del alemán. Se volvió y miró la calle. Tenía la sensación de que él la estaba mirando y cuando se volvió, lo confirmó. Joachim la miraba con atención y ni siquiera lo disimulaba. Lya solía decir que su hermano menor se sonrojaba como un tomate cada vez que la veía, pero Joachim era distinto a él, era más maduro y más seguro, claro estaba. A Emma le hubiera gustado ser más osada y atrevida como lo era Lya o su hermana.

Evocó lo que su padre siempre le decía: una mujer hermosa es agradable a la vista, pero una mujer simpática es para amar toda la vida. Enarcó una ceja y dijo cantarina:

—¿Quieres que te cuente un chiste?

El alemán la miró con una sonrisa que iluminó todo su rostro. Cada vez que la tenía a su lado, su corazón latía diferente y sus labios siempre terminaban curvándose en una sonrisa casi involuntaria.

—Encantado.

Ella sonrió satisfecha.

—Un día, el Capitán le dice a uno de sus soldados: «Le han mandado una carta en blanco, soldado» —dijo Emma entusiasmada—. «Es de mi mujer» le dijo el soldado —Joachim sonrió—. ¿Cómo lo sabe, soldado? —replicó su superior—. Porque se enfadó y no nos hablamos.

Joachim se echó a reír con unas carcajadas muy sonoras, sin desviar su mirada alegre del rostro de Emma. Ella sintió por un instante que se derretía por dentro.

—Es muy bueno, Emma.

—Gracias.

Ambos sonrieron y luego desviaron las miradas. Joachim le habló de una fiesta que daría su superior el próximo fin de semana. Emma giró su rostro y miró con expresión melosa al oficial.

—Una fiesta para oficiales del ejército —repuso él con una sonrisa ladeada—. ¿Quieres venir conmigo?

El rostro de la muchacha se iluminó.

—Pero yo no soy un oficial —señaló Emma.

—Tú no, pero yo sí —repuso él henchido de orgullo—. Soy el teniente primero Joachim Ackermann.

Escéptica, Emma lo miró con atención como si fuera la primera vez que lo estaba viendo. Joachim se echó a reír al ver su mueca de desconfianza. Ella no creía que tuviera edad para ser un teniente primero.

—¿No eres demasiado joven para ser teniente primero?

Joachim se encogió de hombros.

—Me gané a pulso y con mucho esfuerzo ese rango —replicó él.

—Vaya.

Emma le sonrió con admiración.

—¿Qué hiciste? ¿Salvaste a muchos soldados? ¿A una ballena varada? ¿A unos niños a punto de caerse de algún peñasco? ¿A unas monjas vírgenes y ciegas de algún convento en llamas?

Joachim la miró con asombro y cierta jovialidad. ¡Vaya imaginación!

—Salvé a mis compañeros de un bombardeo durante el entrenamiento, poca cosa.

Emma asintió sin abandonar su deje de admiración.

—¡Vaya! —exclamó y por muy poco no se puso a aplaudir—. Yo una vez salvé un pajarito —apostilló con una sonrisa—, tenía mucha hambre.

—Qué tierno.

—Sí, pero cuando su madre retornó al nido, me atacó y me caí de espalda del árbol —golpeó su mano contra la otra—, y me rompí la pierna derecha —rio por lo bajo—, no gané ninguna medalla, camarada.

Se echaron a reír, una vez más. Joachim se sonrojó cuando ella lo miró con mucha fascinación, por primera vez en su vida, una chica logró intimidarlo. No quería que lo mirara de aquel modo, no quería decepcionarla en el futuro. Las expectativas solían ser crueles.

El autobús se detuvo en la parada.

—Nunca conocí a un oficial militar —comentó Emma, mientras se apeaban del vehículo—. Tampoco a un Papa —acotó con seriedad y se echaron a reír.

—¡Eres tan ocurrente, Emma!

—Y también soltera —le dijo ella y volvieron a reírse.

Emma miraba su rostro desde la frente despejada a la barbilla cuadrada, sus huesos faciales eran prominentes y sus ojos muy expresivos. Achinó los ojos en un acto reflejo sin desviar la mirada de aquel rostro tan perfecto.

—Me gustaría pintar tu rostro —le dijo sin querer.

Sus mejillas se ruborizaron ante su nueva metedura de pata.

—¿Sabes pintar?

—Ni siquiera el marco de una puerta —acotó y volvieron a reírse.

Se quedaron en silencio tras recomponerse.

—¿Nos vemos mañana? —le dijo él con ilusión—, ¿en el parque?

Uno de los tirantes del vestido se le había deslizado del hombro. Joachim, con un movimiento inesperado, tendió la mano y con el índice le colocó el tirante en su sitio, rozándole la piel con la yema. Emma se ruborizó.

—Gracias, teniente Ackermann —le dijo e imitó el saludo militar.

—Descanse, soldado —le siguió el chiste.

¿Qué era aquello que veía en sus ojos?, se preguntó ella sin desviar la mirada del alemán un solo instante. Joachim abrió su boca como para decirle algo, pero la volvió a cerrar cuando su madre le gritó desde su casa.

—¡Han herido a Sebastián!

Joachim cruzó la calle como alma que lleva el diablo. ¿Su hermano fue herido? Su madre le explicó lo ocurrido o lo que pudo haber pasado cerca del río tiempo atrás. Emma cruzó la calle a toda prisa y casi fue atropellada por el coche de su propio padre.

—¡Señorita Schreck! —gritó el chófer de la familia—, ¡cuidado!

Joachim le comentó lo sucedido y Emma le pidió al chófer de su familia

que los llevaran hasta el hospital del pueblo, donde según entendieron, fue a parar Sebastián con la ayuda de Lya. María les comentó lo que el empleado de los Rubinstein le dijo.

—¿Mi prima lo arrastró hasta su casa? —dijo Emma, sorprendida—, ¿cómo lo hizo?

María lloraba sin parar. Joachim se encogió de hombros sin decir una sola palabra al tiempo que rodeaba el hombro de su madre con su brazo y la apretujaba contra su cuerpo, un gesto que enterneció a Emma. Estaba preocupado y mal podía esconderlo. Llegaron al hospital y pasaron a la sala de Sebastián, que ya había sido atendido por el padre de Lya.

—¿Cómo está mi hijo? —preguntó María con el corazón latiéndole a mil por hora—. ¿Le han operado?

El padre de Lya negó con la cabeza al tiempo que trataba de calmar a la modista.

—Sebastián ya está bien —les explicó el médico—, por fortuna no hubo daño que lamentar.

El médico les explicó lo sucedido y la intervención que sufrió Sebastián. La bala prácticamente rozó el brazo izquierdo del alemán, pero nada grave.

—Más tarde pueden verlo tras despertarse de la anestesia —les dijo Albert, padre de Lya.

Emma se acercó a la habitación de Sebastián con sigilo y miró estupefacta a su prima, que lo estaba besando en la boca.

—Oh...

Cuando vio a Joshua, Emma entró con cautela, pero casi derrumbó algo y se delató ante los ojos de su prima, lapso en que el médico apareció en la puerta y escrutó con expresión pétrea a Lya.

—Agua —susurró Sebastián—, agua.

Joshua se acercó y le examinó tras apartar a Lya del muchacho. Sebastián tenía mucha fiebre y necesitaba unas compresas frías para bajarla. Lya se alejó a duras penas, abriendo una herida profusa en el ego del médico. Emma cogió la mano temblorosa de su prima sin apartar la vista de Joshua.

—Lya —dijo Sebastián y su ira aumentó a niveles insospechados—, Lya.

La judía miró con expresión de preocupación profunda al alemán, que repetía su nombre una y otra vez. Joshua se volvió trepidante y buscó alguna respuesta en los ojos de la mujer, que abrazada a Emma, lo miraba con cierta extrañeza.

—Lya —repitió Sebastián y su corazón latió de un modo distinto.

«Aquí estoy» susurró ella.

Coraza del corazón

Sebastián suspiró hondo ante el maravilloso sueño que tuvo en el hospital mientras deliraba. Lya le había dado un beso y ¡en la boca! Pero solo fue producto de la fiebre, según su hermano mayor.

Una semana se había pasado tras el incidente, Sebastián ya estaba en su casa y disfrutaba de los cuidados de su madre y toda su familia. Petra le visitaba todos los días tras salir de su trabajo, al igual que Lya, que sin falta iba a verlo tras el almuerzo. La joven siempre le llevaba un libro o un dulce que compartían juntos. A Lya le fascinaba la voz gruesa y potente del alemán, que le leía algunos capítulos de la novela que ella elegía mientras Jud buscaba la atención de ambos desde la moqueta.

—Me gustan mucho las novelas de ese autor —resaltó Sebastián al leer el título del libro—, Dumas era un genio.

María solía entrar en el cuarto con una bandeja de madera con dos tazas de café y unas galletas recién horneadas por ella. Ser amable con los extraños era cuestión de buenos modales y, ante todo, podía vigilarlos mejor con aquella excusa.

—Gracias, María —le dijo Lya, cierta tarde lluviosa—, esperaré que escampe —acotó tras beber el café—. Me estoy volviendo adicta a este café —soltó y sonrió.

Sebastián la miraba con ojos de cordero degollado mientras su madre lo miraba a él del mismo modo, consciente de que una mujer como Lya no se fijaría en alguien como él. Todos rumoreaban en el pueblo que era la prometida de Joshua, el hijo de uno de los hombres más ricos del lugar. Sebastián podía ofrecerle su amor y lo poco que ganaría en cualquier trabajo que hiciera. ¿Sería ella capaz de dejar todo por amor? ¿Amor?, repitió la modista al tiempo que estudiaba los gestos de la joven desde la puerta. Lya, como otras chicas del pueblo, sentía atracción por su hijo, pero nada más que eso.

—Terminaré ganándome unos kilitos —se mofó la simpática joven y la devolvió al presente de golpe—, por cierto, debo probarme el vestido, María —posó su taza sobre la bandeja—, o me olvidaré como ayer.

María le indicó la puerta y ella aprovechó el momento para probarse su

nuevo vestido. Sebastián se levantó de la cama y se metió en el cuarto de baño que estaba en el pasillo. Cuando salió vio a Lya, que se desnudó sin mucho tapujo en el taller de su madre. No podía verla, ya que una cortina la cubría, pero podía ver su sombra, su sensual sombra. Se mordió el labio inferior con lascivia y tragó con fuerza ante lo que estaba viendo. Su corazón latía de manera alocada en su pecho.

—Dios —musitó y dio un paso hacia atrás, chocando con cierta violencia contra el marco de la puerta—, ay —soltó al sentir una fuerte punzada en el hombro—, mierda...

Se dirigió a su cuarto a toda prisa cuando Lya salió del vestidor improvisado de su madre y se tumbó en la cama con cierta dificultad. El dolor agudo que sentía en el hombro le hizo gemir una vez más.

—¿Te pasa algo, Sebastián? —le preguntó Lya con dulzura—, estás sudando frío.

Sebastián tragó con fuerza.

—No es nada, Lya.

La muchacha cogió una caja de su bolso y retiró una pastilla de ella.

—Es para las molestias —le dijo con timidez—, me lo dio mi padre por si lo necesitabas.

«Ahora mismo» pensó él.

—Creo que te duele un poco. Te traeré agua —anunció ella y se levantó para coger el vaso de la mesilla—. Es buena para la fiebre y la inflamación.

Sebastián odiaba sentirse indefenso y débil ante los ojos de Lya. Le alargó el vaso y la pastilla. Él cogió ambos con cierto resquemor. La miró con embeleso mientras el analgésico le devolvía la calma en pocos minutos.

—¿Quieres que te lea un capítulo de la novela que empezamos ayer? —le demandó él con timidez.

Sus mejillas eran casi moradas ante el azoramiento. La joven esbozó una sonrisa al percibir su nerviosismo. ¡Parecía un adolescente!

Lya se sentó a su lado, en el borde de la cama mientras lo escrutaba con sigilo y lo escuchaba con atención. El alemán tenía una venda en el hombro, que cubría la pequeña herida que le abrió el roce de la bala perdida, que, según Joachim, procedía de algún empleado de la finca de los Rosenthal.

La joven clavó sus ojos en el rostro arrebolado de Sebastián, que trataba de concentrarse en la lectura. Levantó la vista y recorrió la barbilla saliente del alemán, su barba dorada de tres días, sus carnosos labios, su nariz respinga y sus ojos casi transparentes. Unas pequitas salpicaban el puente de

su nariz y se extendía por sus pómulos. Eran de un marrón muy claro, casi no se podía distinguir de lejos. Eran las huellas del fuerte sol de aquel verano.

—¿Cómo está Lya? —repuso ella cuando él cambió de página—, ¿sigue gruñona?

Sebastián mordió la piel interna de sus mofletes con cierta impaciencia. Aún recordaba el día que Lya le habló de su ovejita malhumorada, la que llevaba su nombre. La judía le dijo que la ovejita era muy parecida a ella.

—Está mejor —le dijo azorado—, Martín es su padrino y la adora.

«Eso cuando no la usa de escudo para ocultar su indecencia» pensó el alemán.

Hablando de él, Martín entró en el cuarto despotricando sin notar la presencia de Lya. Se quitó la camisa empapada sin darse la vuelta.

—Las mujeres están como cabras —dijo el simpático muchacho—, primero te dicen una cosa y luego otra.

Sebastián carraspeó para llamar su atención, pero Martín estaba muy enfrascado en su parloteo y no lo escuchó. Se quitó los tirantes y luego su cinturón de cuero.

—Mutti me dijo el otro día: ¡ponte en mis zapatos! —adujo tras menear la cabeza—, cuando traté de ponerme sus zapatos casi los estropeo —se rio—, de paso me gané un buen jalón de orejas.

—¡Martín! —chilló Sebastián al ver que se bajaba los pantalones.

Él se dio la vuelta de manera trepidante y soltó un gemido de susto al encontrarse con Lya, que sonreía al lado de Sebastián. ¿Qué hacía aquella chica allí?

—Hola —saludó Martín al tiempo que vestía su camisa empapada—, lo siento, no te vi, Lya.

Sebastián hizo una mueca de indignación y dolor al tiempo. Martín se disculpó y salió de la habitación a toda prisa.

—Mañana debo ayudar a mi tío en la iglesia —se dijo—, ¿irá Magda a ayudarme como me lo prometió? —miró hacia arriba—, ya la conocerás Jesús —musitó sin percibir la presencia de Joachim a pocos metros de él—, y me perdonarás al comprender que ella es enviada del otro para ensuciar mi alma un pelín manchada.

Joachim apretó los labios para no echarse a reír. Se metió en su habitación y miró conmocionado a Lya y a Sebastián, que estaban acostados en la cama como si fueran dos enamorados. Su hermano le leía algo y ella, con la cabeza recostada sobre la almohada, lo miraba con mucha atención. El soldado

frunció el entrecejo antes de salir sin hacer ruido. ¿Qué estaba pasando?

—Me gusta escucharte —le dijo Lya con suavidad—, tienes una voz preciosa, Sebastián.

El alemán la buscó con la mirada y mal pudo esconder su asombro al hallarla allí, a su lado, recostada sobre su almohada. Tragó con fuerza ante la cercanía de la joven.

«Está enamorado» se dijo ella con cierto aire victorioso. Días atrás había hecho una apuesta infantil con sus amigas de Berlín, que pronto llegarían al pueblo para pasar unos días con ella y su familia. El alemán asintió con un leve cabeceo.

«Mi corazón late con tanta fuerza que me hace doler la herida del hombro» caviló el joven con cierta inquietud. Lya lo miró desde su sitio con ojos curiosos. ¿Qué le estaba pasando con aquel joven? ¿Por qué no lograba sentir lo mismo por Joshua? Pronto serían novios y se casarían. ¿Nacería el amor tras ello como le dijo su madre días atrás?

—Debo irme, Sebastián.

Se levantó de la cama y se arregló el vestido algo arrugado. Sebastián cogió su mano y la miró con devoción.

—Gracias por la visita, Lya.

Aquel simple gesto desestabilizó por completo su corazón. Debía apartarse de él y evitar malos entendidos. ¿Malos entendidos? Se arregló el pelo y miró el humilde cuarto del muchacho. Luego oteó al alemán con la misma atención.

«Tan guapo y tan pobre» se dijo con un enorme nudo en el pecho. Su amiga, Bibiana, le había aconsejado que disfrutara de la vida antes de casarse, ¿sería eso una buena opción? Lya temía acabar como su madre, infeliz y aislada en su mundo. Según dijeron sus tías alguna vez, su madre amó con locura a un joven que mal tenía para comer. Ella decidió casarse con el chico adinerado, pero nunca olvidó al otro, nunca logró arrancarlo de su corazón. Lya volvió a mirar el cuarto y casi no logró ocultar sus emociones ante los ojos de Sebastián, que en silencio, la escrutaba desde su cama.

«Observa mi pobreza» se dijo el alemán con un enorme nudo en el pecho.

—Nos vemos, Sebastián.

Lya no volvió tras aquel día.



Martín trepó el árbol indicado por Magda como todos los días antes de que sus compañeros de trabajo llegaran al lugar. Metió su mano en la casita de los pájaros, encontrándose con un sobre de color marrón con unas pegatinas en forma de mariposas, el apodo de la joven desde que era una niña. ¡Al fin!, chilló para sus adentros con una enorme sonrisa en los labios. ¡Magda había tardado diez días! Bajó del árbol y se puso a leer la historia mientras devoraba una manzana. Abrió mucho los ojos y la boca a medida que leía aquel pecaminoso relato. Su miembro, para variar, reaccionó al instante.

—Joder —susurró.

—Buen día, Martín —le saludó su patrón.

Martín se levantó de un salto y le dedicó el saludo militar en un acto reflejo. El padre de Magda se echó a reír y él terminó riéndose con él. ¿Por qué reaccionó de aquel modo tan estúpido?, se preguntó tras meter las hojas dobladas en el bolsillo de su camisa.

—Buen día, señor Schreck.

Martín mal podía tragar su saliva ante el susto. Su patrón se alejó sin abandonar su mueca de asombro. Se volvió y miró con atención al muchacho. ¿Qué le pasaba a Martín? ¿Desde cuándo llegaba tan temprano a su trabajo? Meneó la cabeza al evocar a su dulce hija menor, que últimamente también se levantaba temprano, demasiado temprano. ¿Sería algún virus matutino que afectaba a los más jóvenes?, se preguntó el hombre antes de entrar en su despacho.

—¿Hoy a las cinco? —murmuró Martín, emocionado—, ¿no se arrepentirá a último momento?

Esbozó una sonrisa ladina al evocar sus ideas lujuriosas para darle placer sin manchar su pureza. Incluso las había puesto en práctica con Eliette.

—Ahí estaré, Magda.

Tras el almuerzo, Magda salió de su casa para coger fresas de la huerta. Le gustaba hacer ciertas tareas personalmente y no depender de otras personas. Petra solía ayudarla, pero los últimos días, tenía muchas tareas en la casa y en la joyería de su madre. Escuchó los aplausos y los gritos que procedían de la mueblería. Se levantó y se acercó al portón para fisgonear. Puso su mano derecha a modo de visera y escrutó con embeleso a Martín que acababa de

hacer unos saltos mortales para impresionar a sus compañeros de trabajo. Esbozó una sonrisa ladina al verlo con el torso desnudo y su hermosa sonrisa. Sus ojos se encontraron de golpe.

—Hola —vocalizó ella.

Martín le regaló una sonrisa afable antes de reclinarse para agradecer las ovaciones de sus colegas de trabajo. Cuando levantó la vista, Magda ya no estaba en el lugar. La joven se escondió detrás del manzano y sonrió con nerviosismo al evocar su encuentro con él.

—¡Eres muy bueno, monito! —le dijo alguien.

¿Monito? ¿Era su apodo? Martín sonrió sin desviar la mirada de la casa de su patrón.

—No —dijo cuando uno de sus colegas le dio una moneda—, era gratis.

—¡Es un regalo! —le dijo su compañero.

Aquella tarde, comprendió que su arte podía darle lucros. Juntó las monedas que le dieron sus compañeros y se las guardó en el bolsillo. Levantó la vista y escrutó la mansión de los Schreck con cierta tristeza. Aquel mundo era tan distinto al suyo.

—¡Dankeschön!

Magda volvió a sus tareas pensando en Martín, el chico que la tenía embobada desde el primer día que lo vio por las calles del pueblo.

—¿Qué tienes de especial, Martín? —se preguntó y sonrió—, ¿además de esa carita preciosa y ese cuerpo de infarto?

Había algo más en él, algo que pretendía descubrir personalmente. Cogió una fresa de la cesta y tras limpiarla la metió en la boca imaginándose la lengua del alemán. Entrecerró sus ojos y jugueteó con la fruta con mucha sensualidad, sin percibir la presencia sigilosa de Martín a pocos metros de ella. El joven la miró con expresión bobalicona. Un ramalazo de deseo se instaló en su entrepierna y agitó su parte íntima de un modo indescriptible. Carraspeó nervioso y la arrancó de su trance de golpe.

—Hola —saludó él desde el portón—, tu padre me envía a por sus pastillas contra la tos.

¿Desde cuándo venía a por las cosas de su padre? Lo miró con recelo, fingiendo una total y cruel indiferencia. Se levantó y entró en su casa sin decirle una sola palabra. Martín ladeó la cabeza con una expresión que rayaba la incredulidad y el desconcierto. ¿Por qué lo trataba de aquel modo? Petra salió de la vivienda con los caramelos entre manos.

—Hola, monito.

Martín cogió la caja redonda de metal.

—Hola, ratita.

Petra y Martín bromearon como siempre. Magda los vigilaba desde el balcón de su cuarto con cautela. Martín le dijo algo en el oído y ella le dio un golpecito en el pecho riendo a carcajadas. Aquella joven tenía una relación muy estrecha con los hermanos Ackermann, prácticamente había crecido con ellos. Martín se alejó tras echar una última mirada a la casa.

—¡Adiós, monito! —chilló Petra.

Magda sonrió al escuchar por segunda vez su mote. Se metió en su cuarto y se duchó para ir a su encuentro con él. Se puso la ropa interior de encajes de color rojo y luego su vestido sin mangas con estampado floral, muy popular en aquella época. Se recogió el pelo en un moño simple y se perfumó antes de bajar. Su madre le preguntó adónde iría y ella le dijo solemne:

—A la iglesia, madre.

Cruzó la puerta con una sonrisa ladina en los labios y un brillo peculiar en los ojos. Atravesó el famoso jardín del pueblo y se dirigió hacia el bosque, a pocos metros del cementerio. Miró a los lados para cerciorarse de que nadie estuviera allí por aquellas horas. Al llegar al sitio indicado, se encontró con Martín, que lanzaba piedrecitas en el río.

—Hola —dijo Magda con timidez—, monito.

El alemán se dio la vuelta y sonrió al oír su mote de los labios de aquella inquietante joven. Magda lo miró con curiosidad, ya que la barba oscurecía un poco su barbilla, a pesar de que era dorada como su pelo. Martín se arregló el chaleco marrón que llevaba sobre la camisa remangada y algo mugrosa tras un día ajetreado en la mueblería. Se quitó la boina y se acercó a ella con cierto resquemor. ¿Qué estaba haciendo? ¿Era consciente de que era la hija de su patrón? ¿De que tenía solo dieciséis años?

—Hola, Magda.

Martín olía a naranja, a madera de pino y a caramelo de canela.

«Qué rico huele».

Ella parpadeó de un modo muy misterioso, erizándole toda la piel con aquel simple, pero seductor gesto. Le indicó con la mano el árbol caído que se encontraba detrás de ella.

—Así que ya conoces mi mote —le dijo él al tiempo que tomaban asiento—, me lo puso mi madre —acotó—, solía trepar los árboles como los monos cuando era pequeño y muchas veces con una banana entre manos.

Su brazo rozó el de ella en un acto involuntario y agitó el corazón de la

muchacha. Martín clavó sus ojos claros en ella.

—Me gusta el tono de tu piel, Magda.

Magda estaba muy morena aquel verano, ya que solía hacerse baños de sol con su hermana y su prima cerca de la piscina.

—Ahora saltas vallas —se mofó ella—, ¿te conviertes eso en un caballo?

Martín soltó una carcajada cantarina. Magda lo miró divertida, ¡su risa era tan contagiosa! Reía con el corazón y eso siempre era una buena señal, al menos, según su padre. Los hombres que reían sin tapujos y gesticulaban mientras hablaban eran de fiar, porque no escondían nada, según él.

—¿Tú tienes un mote? —le preguntó Martín tras recomponerse.

«Hija de satán» pensó él con sorna. Ella asintió con una sonrisa que apenas curvaba sus labios.

—Mariposa —le dijo—, mariposa roja.

Magda le explicó que amaba el color rojo y que siempre lo llevaba en alguna prenda, visible o no. Martín enarcó una ceja con expresión ladina al tiempo que posaba su mano sobre la rodilla de la joven. Ella, en lugar de apartarla, separó levemente las piernas. ¿Era la señal?, se preguntó él con un enorme nudo en el pecho. Tragó con fuerza antes de posar su boina al lado de ella y acuclillarse entre sus muslos.

—Solo tengo una hora de tiempo —le dijo ella en tono bajito—, cincuenta minutos, en realidad.

El alemán la miró desafiante y no hubo un solo vello de su cuerpo que no reaccionara. Martín sabía jugar, sabía lo que hacía y lo que quería de ella. Tenía casi diecinueve años, pero actuaba como uno de treinta. Era decidido, atrevido y muy seductor.

—Necesito solo diez minutos —le dijo al tiempo que besaba sus rodillas con los ojos entrecerrados—, confía en mí, mariposa roja.

Magda estaba muy nerviosa, aunque no lo demostraba. Martín era consciente de su estado, pero fingía no darse cuenta o, caso contrario, ella huiría de sus pretensiones. ¿Acaso no era lo mejor? Las dudas asaltaron su mente, pero no lo detuvieron.

—Seré muy cuidadoso —le susurró en un tono revestido de lascivia—, no tengas miedo, no perderás tu virginidad.

El hecho de pedirle aquello, hacía que sintiera exactamente lo contrario. Se estremeció y miró hacia los lados para cerciorarse de que nadie estuviera allí. El pueblo era pequeño y cualquiera podía verlos sin que se dieran cuenta. Aquel comportamiento no era digno de una joven decente, diría su madre y su

padre. Magda adoraba a ambos y le dolería mucho decepcionarlos con sus actos.

—¿Quieres que siga, mariposa roja?

La voz añorada del alemán la enterneció. ¿Martín estaba nervioso como ella? Un leve temblor del muchacho comprobó sus sospechas. Sonrió y asintió al tiempo.

—Sí, monito.

Martín le levantó la falda del vestido con sumo cuidado y escrutó con deseo la ropa interior que llevaba puesta. Se agachó lentamente y exhaló hondo sobre la parte íntima de la muchacha. Magda soltó un jadeo y se estremeció ante aquel simple gesto.

—Déjate llevar, Magda.

Martín levantó la vista y sonrió con expresión socarrona antes de pasarle la lengua por encima de la ropa íntima que dejaba entrever su fino vello púbico. Magda empezó a respirar de manera entrecortada a medida que él acariciaba su sexo con la punta de la lengua. Una deliciosa sensación empezó a recorrerla y a despertar cada fibra de su ser.

—Martín —gimió al tiempo que se arqueaba—, es delicioso —susurró al borde del precipicio.

El alemán aumentó el ritmo de sus lametazos y Magda temió gritar de placer ante aquello que sentía. ¡Era indescriptible! Se aferró al pelo del joven a medida que el orgasmo se acercaba. Él le quiso quitar las bragas a mordiscos y enterrar su lengua en su interior, pero se contuvo, a duras penas.

—Martín —gimió con cierta desesperación.

—Déjate llevar por la sensación —le dijo él tras detenerse—, quiero sentirte.

¿Qué significaba aquello? ¿Sentirla? Magda convulsionó contra su boca cuando el clímax la atravesó como un rayo.

—Dioss...

Martín succionó hasta las últimas pulsaciones de su placer.

—Mar-tín —jadeó ella, sudorosa—, eso que sentí fue...

—Un orgasmo —le dijo él y se levantó tras arreglarle la falda—, y no hubo necesidad de... —se encogió de hombros—, ensuciar tu dignidad.

Magda llevó su mano a su pecho e intentó calmar los latidos apresurados de su corazón.

—¿Esto sientes cuando lees mis relatos?

Martín se sentó a su lado para evitar que ella se diera cuenta de su

entusiasmo. Se lamió los labios con sensualidad tras clavar sus ojos en ella.

—Sí —le dijo con una tímida sonrisa—, a veces dos o tres veces.

Magda abrió mucho sus grandes ojos rasgados.

—¿Se puede sentir más de una vez?

Él asintió sin abandonar su preciosa sonrisa. Magda lo miró con cierta devoción. Aquel joven era aún más bello de cerca y nunca pensó que eso era posible. Sus mejillas sonrojadas y sus labios rojizos realzaban su piel tersa. ¡Los recién nacidos sentirían envidia de su piel sedosa!

—¿Quieres más?

Aquella pregunta la devolvió al presente de golpe. Se levantó de un salto y se acercó a un árbol. Necesitaba alejarse del peligro lo antes posible. Solía leer el libro prohibido de su padre y sentir ciertas cosas, pero no podían compararse con lo que acababa de experimentar.

—Si no quieres repetirlo, yo lo entenderé —le dijo él algo compungido—, es normal tener miedo a lo desconocido.

Magda se volvió y lo miró con atención. Martín tenía las mejillas muy arreboladas y la respiración bastante agitada. Bajó la vista y clavó sus ojos en su entrepierna con descaro. Martín temió correrse si seguía mirándolo de aquel modo tan salvaje y retador.

—¿Miedo? —repitió ella con sorna—, pudor quizá, pero miedo, no.

Magda estaba temblando. Tenía pavor de perder su virginidad y ensuciar el buen nombre de su familia como lo hizo una prima de su madre en el pasado. Tenía solo dieciséis cuando se quedó embarazada de un hombre que desapareció tras enterarse de su estado. Ahora la comprendía mejor, ya que el contacto con un hombre era alucinante. El alemán enarcó una ceja en un gesto de suspicacia, un gesto que la molestó bastante.

—¿Tienes miedo tú?

Él negó con la cabeza, pero su expresión contradecía su gesto.

—Respeto, no miedo —le aclaró—, eres la hija de mi patrón y tienes solo quince años —se encogió de hombros—, y esto es un juego un tanto peligroso y adictivo.

Magda lo miró desafiante antes de sentarse sobre el tronco y abrir sus piernas de un modo muy sensual. Martín se mordió el labio inferior con lascivia. Quería marcharse y evitar con ello problemas, pero no podía. Magda ejercía un tipo de magnetismo sobre él.

—Me encantan los peligros, Martín.

Él sonrió con chulería antes de acercarse y acuclillarse delante de ella

como un sumiso esclavo de sus deseos. Magda gritó cuando el orgasmo la envolvió de pies a cabeza por segunda vez aquella tarde, aquella lujuriosa y pecaminosa tarde en que empezaban un abrasador juego de seducción y sumisión.

El azar de Joachim

Joachim se encaminó hacia el río con unos panecillos recién horneados. Había quedado con Emma días atrás, tras la recuperación de Sebastián. Empezó a silbar una melodía típica de los soldados alemanes mientras cruzaba el bosque a grandes zancadas. Se detuvo en seco para mirar a Emma, que corría detrás de algo a pocos metros del río.

—¿Qué está haciendo?

Temía que perdiera el equilibrio y terminara en el agua. La joven se reclinó y puso atención en algo. Se rio y luego gritó despavorida.

—¡Emma! —chilló él.

La joven corrió en su misma dirección y el impacto con el muchacho la derrumbó sobre el suelo con violencia. Joachim la levantó a toda prisa.

—¿Qué pasó, Emma?

Ella respiraba con cierta dificultad. Estaba temblando como una hoja y mal podía controlar los latidos alocados de su corazón.

—Era una rata enorme —dijo con resquemor—, bueno, no tanto, pero me enseñó sus dientes y pensé que saltaría por mi nariz.

Joachim tuvo un enorme deseo de abrazarla y llenarla de besos. Aquella joven lo tenía embobado desde el primer encontronazo.

—Tranquila, preciosa.

—Pensé que me atacaría —le dijo ella, temblando—, quería darle algo de comer —hizo un mohín—, pero empezó a correr.

—Ya pasó —le dijo él con voz suave.

Joachim la estrechó y ella se tranquilizó de manera inmediata. Se abrazó a él y empezó a ronronear como solía hacer su gata. El alemán sonrió con ternura, siempre sonreía de aquel modo cuando la tenía a su lado.

—Hueles a pan —le dijo ella.

Joachim miró el bolso de los panes que pendía de su brazo.

—He traído panes —anunció con una sonrisa—, recién horneados, como te lo prometí.

Emma se apartó del soldado a cámara lenta y lo miró con expresión bobalicona. Sabía que lo estaba haciendo, pero no podía evitarlo, su cara tenía vida propia cuando estaba a su lado.

—He traído café y mermelada de fresa —anunció ella henchida de orgullo—, hechos por mí.

Joachim la miró con expresión de sorpresa. ¿Había preparado el café y la mermelada? ¿En serio? La imaginó en la cocina y tragó con fuerza ante tal posibilidad. ¿La casa seguía en el mismo sitio o hubo alguna gran explosión?

—¿En qué piensas, soldado?

La dulce voz de la joven lo devolvió al presente de golpe.

—En ti.

Rozó su mano por la mejilla de la muchacha que empezó a hipar de manera incontrolable ante la impresión. Joachim frunció mucho el entrecejo.

—Di-os mi-o —dijo ella ruborizada hasta las orejas—, lo sien-to, pe-ro cuan-do me pong-go ner-vio-sa sue-le pa-sar-me es-to.

El alemán conocía una sola manera de espantar los hipos. Se reclinó de manera vertiginosa y acercó sus labios a los de Emma. Ella, en lugar de asustarse, le mordió el labio inferior con cierta violencia.

—¡Ay! —chilló él.

Emma llevó sus manos a su boca y lo miró perpleja. ¿Qué hizo? ¿Por qué lo hizo? ¿Podía repetirlo? Ningún pensamiento suyo tenía sentido. Joachim rozó su carnosos labio sin apartar la vista de la joven, de aquella peculiar joven. Su gesto, en lugar de asustarlo, lo sorprendió de un modo difícil de explicar con palabras.

—¡Lo siento! —gritó ella tras recomponerse—, ya no tengo hipos —se dijo—, ¡me he curado!

Joachim asintió sin abandonar su deje. Emma se volvió y le indicó con la mano el sitio que había elegido para el picnic. También le comentó sobre las galletas de almendra y uva pasas que le había hecho. El alemán la siguió con una enorme sonrisa en los labios.

—Espero que te gusten, Joachim.

Se sentaron sobre la toalla que Emma había tendido sobre el suelo, a pocos metros del río. Joachim no podía dejar de mirarla un solo segundo. Su rostro era tan dulce, tan perfecto y tan armonioso que lo tenía embobado. Acalorada, Emma cogió las tazas y sirvió el café que había preparado con tanto amor. Derramó un poco, para variar. Joachim colocó la bolsa de panecillos al lado de la cesta de mimbre que ella había traído.

—Me dijiste que te gustaba fuerte —acotó ella, risueña—, yo prefiero más suave.

Cogió las galletas que había hecho y se las ofreció al soldado, que tomó

una y se la llevó a la boca con avidez, pero el raro sabor del dulce lo hizo fruncir un poco el entrecejo. ¿Qué tenía aquella galleta? ¿Pescado? La masticó con voracidad al ver la mueca de alegría de la joven.

«¿Pescado con almendras, azúcar y uvas pasas?» dedujo al masticar mejor la galleta. ¿Los ricos comían aquello? ¿Era la última moda?

—Está exquisita, Emma —le dijo tras tragar con mucha dificultad—, lo más delicioso que probé en toda mi vida —mintió por compasión.

Emma aplaudió y rio al tiempo. Ahora él le comprendía mejor al pobre ratoncito que huía de ella y aquella rara galleta que sabía a los mil demonios. Cogió la taza de café y bebió un buen sorbo, bueno, al menos lo intentó.

—¿Te gusta?

—Mucho, Emma.

El sabor amargo del líquido atravesó la garganta del soldado y lo hizo gemir, pero no de placer. Emma lo miraba con ojos de cordero degollado mientras devoraba uno de los panes que había traído él. ¡Estaba delicioso! Joachim miró con ojos implorantes el río, moría por un poco de agua para anular el sabor del café extra fuerte que acababa de ingerir. ¿Cuánto polvo de café usó? ¿Para tres litros? Miró la taza con curiosidad. ¿No lo coló?

—Falta la mermelada —anunció ella—, lo hice con mucho amor, soldado.

Joachim asintió tras meter el resto de la galleta en el bolsillo de su pantalón sin que ella se diera cuenta. No quería herirla, pero era aún muy joven para morir.

—¿Merezco tanto? —le dijo él tras rascarse la barbilla—, no era necesario.

Emma retiró de la cesta el tarro de la mermelada que le había preparado días atrás. Joachim miró con atención el dibujo del frasco. Ella siguió su enfoque y le dijo que era unas fresas pintadas por ella misma. El alemán se rascó la cabeza con una expresión algo interrogante.

—¿Tienen ojos y patas?

Emma miró el dibujo con mucha atención y comprobó sus sospechas de días atrás, ¡era una terrible dibujante!

—En realidad son ojos y pestañas —le aclaró ella con una sonrisa—, aunque ahora que lo miro mejor, parece una fresa con patas de araña.

Joachim se rompió a reír y ella rio con él.

—¡Prueba la mermelada! —le dijo ella tras recomponerse.

Joachim cogió el bote de cristal y abrió la tapa tras el tercer intento. Emma lo había cerrado con mucha fuerza. Enterró la cucharita de metal en el dulce y

la misma se dobló. ¿Aquello era mermelada de fresa o de cemento? Emma estaba muy concentrada en su pan. El soldado simuló que retiraba un poco de la mermelada y la untaba en su pan. Frunció el entrecejo al ver cómo la muchacha quitaba el meollo de los panes para comérselos y luego colocaba el resto en el bolso. Aquel gesto le dibujó una sonrisa en los labios.

—¿Te gusta la mermelada?

Joachim asintió al tiempo que devoraba el pan. Muy en el fondo estaba gritando y golpeándose la cabeza contra algún árbol. Tomó nota mental: pedirle la receta de las galletas para torturar a los enemigos o a sus hermanos si se comportaran mal.

—¡Lecker! —le dijo con entusiasmo—, pero es solo para mí, ¿no?

El soldado quería evitar que probara la mermelada y descubriera su mentira. No quería desilusionarla con la verdad, así que, cogió el bote y lo tapó a toda prisa.

—Solo para ti —le dijo ella con las mejillas ruborizadas—, la próxima vez te haré de cerezas.

Joachim asintió con una amplia sonrisa que mal cabía en su cara. Emma le ofreció más galletas y quiso darse un tiro. Cogió una y se la llevó a la boca tras tragar fuerte.

—¿Sabes? Me pareció muy raro que en la receta de la galleta de almendra y uva pasas se colocara caviar.

Emma confundió los ingredientes del recetario y en lugar de leer canela, leyó caviar. La letra de su cocinera era ininteligible.

—¿Caviar? —dijo él algo desorientado.

Eso explicaba el raro sabor de la galleta. Su estómago empezó a protestar, minutos después. ¿Sería el efecto del café o las galletas? Emma intentó comer una, pero él le dijo que eran solo para él. Aquello alegró enormemente a la alemana.

—¿Quieres más café, soldado?

Joachim le dedicó el saludo militar y ella rio de buena gana al tiempo que le servía. La vibración de su risotada la hizo derramar el líquido caliente sobre la entrepierna del alemán, que soltó un gemido de dolor.

—¡Dios mío! —chilló ella—, espera.

Emma se levantó a toda prisa con su taza vacía y se acercó al rio. La llenó de agua y retornó. Ante la desesperación, derramó el líquido sobre la parte afectada del soldado.

—¡Qué torpe!

Emma se acuclilló a toda prisa y cogió el paño que tenía en la cesta. Se agachó y lo puso en la entrepierna del soldado. Empezó a moverlo sin parar, despertando los peores demonios de Joachim.

—Madre mía, ¿has traído tu arma? —le preguntó ella sin dejar de enjugarlo.

Los movimientos de la joven robaron un largo gemido de dolor y placer al tiempo a Joachim, que le dijo que aquello no era su arma, precisamente. Emma tardó en comprender lo que era en realidad. Apretujó el miembro del alemán en un acto involuntario y soltó un «oh» ante la impresión. Con la mano en el bulto del soldado dijo en tono bajito:

—Pensé que era un fusil.

Joachim no sabía si reírse o jactarse, así que se limitó a apartar con suma delicadeza las manos de Emma de su entrepierna.

—Lo siento.

Él asintió tras acariciarle la mejilla.

—Fue un accidente.

Ella suspiró hondo antes de entrecerrar sus ojos y disfrutar de aquella dulce caricia. Joachim tenía unas manos tan suaves y tan delicadas que no parecían las de un soldado, sino de un ángel.

—Me ha encantado pasar la tarde contigo, Emma.

Ella abrió sus ojos de golpe y lo miró con entrañable afecto.

—¿De veras, soldado?

Él asintió sin apartar su mano de la mejilla de la mujer.

—Palabra de honor.

El primer encuentro de los dos estuvo plagado de incidentes y risas. Emma resultó ser una chica bastante divertida y ocurrente, eso sin resaltar sus meteduras de patas y manos. Reía con el corazón y acariciaba el del soldado de paso. Joachim nunca sintió aquello que sentía por ella antes. Era tierno, dulce, auténtico y fuerte, muy fuerte.

—Hasta el próximo fin de semana —le dijo ella con una sonrisa—, llevaré mi mejor vestido en la fiesta.

Joachim le alargó la cesta y le arregló un mechón de su pelo de paso. La miró con devoción sin percibir al otro lado de la acera la mirada curiosa de su madre.

—Nos vemos, Emma.

El soldado se reclinó a cámara lenta para darle un beso en la mejilla. El simple roce la hizo suspirar hondo. Ya no tenía dudas sobre sus sentimientos,

estaba enamorada del soldado como nunca imaginó estarlo por nadie más. Pensó que los libros que leía exageraban al respecto, pero no, quedaban cortos al describir sobre el amor.

Joachim cruzó la calle tras coger el bote de la mermelada y las pastas. Se metió en su casa y los puso sobre la mesa. Jud corrió para saludarlo y él le regaló una de las galletas. El animal la metió en la boca y, tras unos segundos, la dejó en el suelo cerca de su pie.

—¿Tan mala es?

Jud ladró.

—Lo sé, no es muy buena.

Martín entró en la casa y lo saludó con su peculiar chispa. Joachim lo miró con atención y cierta suspicacia. Su hermano menor andaba muy raro y muy decente aquellos últimos días. ¿Acaso había conocido a una mujer especial?

—¿Puedo? —le dijo el carpintero—, se ven deliciosas.

Joachim asintió con expresión ladina al tiempo que se acuclillaba para acariciar a la perra. Martín soltó un gemido de placer y su hermano no pudo evitar mirarlo con asombro. ¿Le gustaba aquello que comía? ¿De verdad?

—¡Qué deliciosa! ¿De qué va? ¿Es dulce y salada?

Joachim se rascó la barbilla con aire pensativo.

—Algo así.

Martín se comió todas las galletas, fue el único que no las rechazó. Joachim decidió usar el frasco de mermelada como pisa papeles.

«Emma» dijo con un cosquilleo raro en el pecho.

En otro lugar, en ese preciso instante, Emma peinaba a su gata mientras recordaba su primer encuentro con el soldado. Sin darse cuenta, peinó la nariz del animal y se ganó un arañazo que la devolvió al presente de golpe. Soltó un gemido de lamento antes de levantarse de su cama y acercarse a la ventana.

—Eres mala, Lizzy.

Miró el cielo despejado y suspiró hondo, suspiró por él, por su soldado.

«Joachim» dijo y sin querer, derrumbó un jarrón de su ventana, puso cara de circunstancia y fingió no haberse dado cuenta del incidente.

—Hora de dormir —se dijo y corrió hasta su cama—, buenas noches, soldado —musitó con una sonrisa bobalicona, sin sospechar que, en ese mismo instante, él también pensaba en ella.

—Buenas noches, Emma.

Orgullo y prejuicio

Lya Rubinstein era demasiado orgullosa como para reconocer que el hijo del panadero le gustaba. Sebastián despertaba lo mejor y lo peor de su personalidad. Era una dualidad peligrosa. Desde que lo vio desnudo a orillas del río, aquella maravillosa noche estrellada, no lograba arrancarlo de sus pensamientos. En más de una ocasión soñó con él, soñó que hacían el amor en aquel lugar.

—No —se dijo cierta mañana—, ¿qué podría ofrecerte él, Lya?

Lya era practica y bastante ambiciosa. Soñaba con viajes, joyas caras, ropas de marcas, coches de lujos y casas suntuosas. Era prejuiciosa y también presumida. ¡Sus amigas se burlarían de ella si saliera con alguien como él!

—Es pobre, Lya —se dijo a través del espejo—, pero tan atractivo... —se mordió el labio inferior—, demasiado atractivo.

Lo que sentía por el alemán, cada vez que lo veía, era incontrolable como el hambre o el miedo.

—¿Lya Rubinstein intimidada por un simple don nadie? ¡Eso nunca! —se dijo con resolución.

Días después, fue a la casa de su modista, donde probablemente lo encontraría, ya que andaba en paro, según su prima Emma. Llegó a la casa y llamó a la puerta con sus nudillos enguantados. Sebastián la abrió y esbozó una amplia sonrisa al verla. Ella no le sonrió.

—Hola, Lya —la saludó—, ¿cómo estás?

Ella se ruborizó un poco ante su cercanía. Sebastián no necesitaba ropas de marcas o zapatos caros para llamar la atención de cualquier mujer. Le bastaba con su simplicidad y su belleza angelical para encandilarlas. Sus ojos azules eran tan expresivos y tan transparentes que podías incluso verle el alma.

Se miraron por unos segundos eternos mientras el ruido de la calle rellenaba el silencio incómodo que se había instalado entre los dos.

—Hola —le dijo ella con sequedad—, ¿está tu madre?

Sebastián parpadeó con cierto resquemor al tiempo que tragaba con mucha dificultad el trozo de la manzana que masticaba cuando ella llegó, como si en

lugar de la fruta estuviera tragando piedras punzantes.

—Sí.

Lya llevaba días tratándole de aquel modo tan frío y distante. ¿Qué le había hecho? ¿Por qué se portaba así con él después de aquellos días indelebles que pasaron juntos mientras se recuperaba de su lesión? Ella ni siquiera lo miraba.

—Está en su taller, Lya.

La joven pasó cerca de él y olfateó su aroma peculiar. ¿Era jabón de lavanda y naranja? Aquel joven olía tan rico, se dijo antes de cruzar la puerta del taller de María. Sebastián se quedó en su sitio un buen rato antes de cerrar la puerta y dirigirse al cuarto de baño, preguntándose por qué Lya había cambiado tanto.

«Te desprecia, patito feo» le dijo Petra el otro día. ¿Sería cierto? Quería creer que no, pero no la conocía lo suficiente como para saberlo. Se desnudó sin cerrar la puerta. Vertió el agua caliente en la bañera y la mezcló con el agua fría. Lya salió del taller y lo vio.

—Oh —soltó ella, embelesada.

Sebastián levantó la cabeza y miró hacia el rellano, pero no vio a nadie. Ella se había escondido detrás de una estantería de madera que se encontraba allí y lo observó con los ojos bien abiertos. El muchacho estaba de espaldas, quieto y meditabundo. Lya deslizó sus ojos por el cuerpo del joven con lascivia. Se mordió el labio inferior cuando llegó a sus nalgas inmaculadas. El sol nunca llegó a aquella zona, pensó ella con el corazón desbocado sin desviar la mirada del muchacho un solo segundo.

«Es perfecto». Sebastián era delgado, pero tenía cada músculo de su cuerpo bien definido.

«¿Por qué no consigo controlar esto que siento cada vez que te veo, Sebastián?».

—Necesito el champú —dijo el alemán antes de coger su toalla y cubrirse con ella de cintura para abajo.

Lya temía ser descubierta por él, así que se limitó a respirar lo más bajito posible. Sebastián se dirigió a su cuarto, lapso en que ella aprovechó para huir de su escondite.

—¿Lya? —le dijo María con expresión de desconfianza—, ¿te has perdido?

Sebastián salió de su habitación al oír a su madre. Lya y él se miraron con atención por unos segundos. La joven deslizó sus ojos por el atlético abdomen

del alemán con cierto descaro y él no pudo evitar ruborizarse.

—Me equivoqué de salida —dijo la muchacha—, perdón.

Sebastián sonrió con la mirada al percibir el nerviosismo de la joven. ¿Le intimidaba verlo en paños menores? María lo reprendió con la mirada. Él se encogió de hombros y sonrió con cierta petulancia. Su madre le dio una nalgada.

—Mutti...

Ella rio por lo bajo.

—¡Es el precio de haber parido hijos tan guapos!

Sebastián rio de buena gana al ver la mueca divertida de la mujer. Entró en el cuarto de baño con un júbilo indescriptible en el pecho. ¿Lya sentía algo por él? La mirada de la joven sembró ilusiones banas en su corazón, ya que, al día siguiente, volvió a tratarlo del mismo modo. Con desprecio.

Lya estaba con sus amigas de Berlín, que habían llegado al pueblo para quedarse unos días con ella. Sebastián la vio y la saludó, pero ella no le devolvió el saludo, parecía tener vergüenza de él. La joven se puso a hablar más alto para que sus amigas no se volvieran. Temía que el muchacho se acercara para saludarla y lo mejor era ignorarlo. La expresión del alemán le dolió profundamente, pero su orgullo fue mayor.

—¡Me encanta este sitio! —chilló Lya—, ¿entramos?

Sebastián se miró con un enorme nudo en el pecho. Aquella tarde llevaba unos pantalones marrones y una camisa gris bastante ajados.

—Eres demasiado pobre para ella —con lágrimas en los ojos—, y un estúpido llorica.

Se dijo a sí mismo que jamás volvería a flaquear por ella. Y así lo hizo. Lya sintió en la piel lo que él experimentó los últimos días.

—Hola, Sebastián.

Él no la miró.

—Hola —le dijo con indiferencia.

Aquello irritó profundamente a Lya. Las cosas empeoraron cuando sus amigas le echaron el ojo el día que lo vieron jugando al fútbol con sus amigos y sus hermanos.

—¡Vaya! —chilló Cecilie—, ¡el paraíso está aquí!

Magda y Emma estaban sentadas sobre unos troncos caídos con Jud. Las hermanas se habían alejado un poco de Lya tras la llegada de sus amigas, de sus engreídas amigas de la capital.

—Ella siempre cambia cuando está con esas víboras —soltó Emma con

amargura—, se torna como ellas.

—Arrogante y engreída —matizó Magda tras intercambiar una mirada teñida de segundas intenciones con Martín—, se une al clan de víboras —apostilló al tiempo que evocaba su último encuentro con el alemán—, ¡qué calor!

Emma y Joachim intercambiaron una mirada.

—Mucho —acotó Emma y se sopló la cara con la mano—, mucho... mucho...

Las amigas de Lya usaron sus manos a modo de visera para protegerse los ojos de los rayos solares. Escrutaron embelesadas a los jóvenes que jugaban al fútbol como si se tratara de un campeonato mundial.

—¿Quién es ese? —preguntó Heidi—, ¡es guapísimo!

Sebastián tenía un cuerpo de infarto, resultado de los duros trabajos en la granja y los entrenamientos de su hermano los últimos días.

—Ese rubio será mío —dijo Ingrid.

El corazón de Lya golpeó con violencia sus costillas. ¿Qué sentimiento era aquel? ¿Celos? ¿Rabia?

—Ni de coña —le dijo Heidi con prepotencia—, ¡será mío!

—Sebastián será mío —anunció Lya—, ¿qué apostamos, chicas?

Sus amigas sonrieron con malicia, lapso en que la bola terminó cerca de los pies de Lya. Ella se reclinó y la cogió.

—Un marco —dijo tajante Heidi—, tanto no vale.

El alemán se acercó a Lya, y saludó a sus amigas con galantería, algo que despertó los demonios más salvajes de la muchacha.

—Hola.

Heidi paseó sus ojos azules en el abdomen del alemán mientras las demás se mordían el labio inferior con lascivia. Aquel joven era aún más guapo de cerca.

—Hola —dijeron las chicas.

Sebastián cogió la bola de las manos de Lya, y acarició sus dedos con cierto atrevimiento. Una corriente eléctrica recorrió toda la espina dorsal de la muchacha ante su abrasadora mirada. ¿Quién era aquel? ¿Y dónde estaba el chico que conoció tiempo atrás?

—Gracias, Lya —le dijo con una voz muy insinuante.

Sebastián Ackermann ya no era el chico dulce y bobalicón que babeaba por ella, era otro, alguien que la hechizó por completo.

—De nada.

Los ojos azules de Sebastián desprendieron un brillo bastante peculiar, un brillo que ella reconoció al instante. ¿Estaba flirteando con ella? Sí, aquel chico seguía sintiendo algo por ella, aunque fingiera lo contrario.

—Hola, Sebastián, soy Heidi.

El alemán sonrió de costado y se robó un suspiro de la joven. Lya tragó con fuerza ante el descarado coqueteo de su amiga con él.

—Mucho gusto, Heidi.

Lya no descansaría hasta lograr su objetivo: tenerlo rendido a sus pies y darle una patada certera en el culo tras ello. ¡Nadie la despreciaba!

Sebastián se enfiló hacia la canchita a pasos firmes.

—Ese chico es hermoso —soltó Heidi—, ¿me casaría con él!

Lya, enfurecida, soltó:

—¡Lástima que es más pobre que una rata!

El alemán se detuvo y se volvió trepidante para mirar a Lya a los ojos. Todos la habían escuchado. Emma y Magda negaron con la cabeza mientras Joachim escrutaba con ojos lastimeros a su hermano. Lya sintió un fuerte dolor en el pecho al ver la triste expresión de Sebastián.

«Petra tenía razón, Lya me desprecia por ser pobre» dijo él con amargura.

Endureció su semblante y fulminó con la mirada a Lya antes de volverse.

—No me importa —dijo Heidi—, mis padres son muy ricos y pueden mantenernos.

Lya apretó con fuerza los dientes y los puños ante su terrible metedura de pata. El desprecio que vio en aquellos ojos le dolieron más de lo que era capaz de admitir. Joachim frunció el entrecejo al ver la expresión de su hermano. Sebastián lanzó la bola y con ella aquella horrible sensación que generó el desprecio de Lya en él.

—¿Estás bien, patito? —le dijo Joachim.

Sebastián clavó sus ojos azules en su hermano.

—¿Por qué estaría mal?

Martín y Joachim intercambiaron una mirada. ¿Quién era aquel?, se preguntaron para sus adentros. Tras el partido, Sebastián se acercó a Heidi y la invitó a tomar un café.

—¿Te gustaría conocer mi ratonera, Heidi?

Lya quiso pedirle disculpas, pero la rabia se la impidió. ¿A qué estaba jugando él? Heidi sonrió con aire victorioso antes de aceptar la invitación del alemán.

—Me encantaría, Sebastián.

El alemán miró a Lya de reojo con tal desprecio que ella soltó un suspiro en un acto reflejo.

—¿Te busco más tarde en la casa de tu amiga?

¿Tu amiga? ¿Ni siquiera decía su nombre? Lya tuvo un enorme deseo de darle una bofetada, pero fingió indiferencia.

—Te esperaré ansiosa, Sebastián.

El joven se reclinó y le dio un beso en la mejilla sin apartar la vista de Lya un solo segundo. Heidi suspiró hondo ante el inesperado beso.

—Hasta luego.

Lya lo crucificó con la mirada.

—Hasta luego, Lya.

La joven no le replicó, la ira no la dejó. Sebastián se alejó a pasos lentos y se volvió a mitad de camino, encontrándose con la mirada dura de la judía. Esbozó una sonrisa victoriosa al percibir la ira en ella. ¿Por qué estaba tan molesta?

«¿Estaba celosa?» pensó antes de volverse.



Sebastián se miró en el espejo con satisfacción antes de salir de su casa y dirigirse a la de Lya. Durante el camino, evocó lo que ella dijo y tuvo un enorme deseo de gritar. Le dolía en el alma el desprecio de la joven.

—Pensé que eras distinta —dijo al tiempo que cruzaba el portón de la mansión—, pero me equivoqué.

Llamó a la puerta tras exhalar hondo. Se alisó la camisa de color celeste y se arregló los tirantes negros con cierto nerviosismo. El ama de llaves abrió la puerta y lo saludó con amabilidad.

—Buenas noches, joven.

Sebastián miró embobado a Lya, qué en ese preciso instante, bajaba las escaleras con suma elegancia. Su vestido manga corta de color blanco realzaba su piel bronceada y su pelo castaño claro con gracia y sensualidad. La joven lo miró con ojos huidizos, quería pedirle disculpas por lo que había dicho durante el partido, pero cuando abrió su boca, Joshua apareció detrás de Sebastián, y se la impidió.

—¡Mi amor! —exclamó el médico—, estás preciosa.

Joshua se acercó a ella y pasó de Sebastián como si él fuera invisible. El joven tragó con fuerza ante el desprecio del hijo de su expatrón, a quien nunca le cayó bien.

—Hola, Joshua.

Sebastián la miró a través de sus espesas pestañas cobrizas muerto de celos. Lya lo miró de un modo bastante inquietante.

«Estás celoso» pensó ella.

Se miraron fijo por unos instantes.

«Me están matando los celos» caviló él.

Heidi y sus otras amigas bajaron las escaleras en ese lapso y saludaron a ambos con amabilidad.

—Hola, Sebastián.

Heidi le dio dos besos muy cercanos a sus labios, despertando los demonios más salvajes de Lya. ¿Por qué tenía un enorme deseo de estrangularla cada vez que lo veía cerca de él? Sebastián se sonrojó como un tomate como solía hacerlo cuando la veía a ella. ¿Le gustaba Heidi?, se preguntó Lya con un enorme nudo en el pecho. Ahora deseaba estrangularlo a él también. Joshua le rodeó la cintura con cierta posesión y la devolvió al presente tras sus asesinatos mentales.

—¿Nos vamos al cine? —propuso Heidi—, pagaré yo —le dijo a Sebastián a modo de confidencia.

El alemán la miró con indignación.

—Invito yo —le dijo él con firmeza.

Heidi no podía dejar de mirarlo, aquel chico era tan guapo y olía tan rico. Posó sus ojos en sus carnosos labios y se preguntó qué sabor tendrían. Sebastián la miró con magnitud y logró erizarle toda la piel. Lya quería derramarles agua fría y apagarles un poco el fuego.

«Desvergonzada» musitó con rabia. Sebastián y Lya se miraron con intensidad por unos segundos mientras los demás hablaban sobre la película que verían más tarde en el cine. La judía se abrazó a Joshua con afecto y Sebastián la azotó con la mirada.

«Desvergonzada» caviló él con una rabia que le carcomió las entrañas con saña. El padre de Lya cruzó la puerta principal con su maletín y saludó a todos con cortesía.

—¡Papá! —chilló Lya y bajó las escaleras a toda prisa—, ¿cómo te fue el día? —abrazó con mucho afecto a su padre.

Sebastián la miró con entrañable afecto mientras evocaba la manera en

cómo él y sus hermanos trataban a su madre tras el trabajo. Cada uno masajeando manos, hombros o pies de la mujer número uno de sus vidas. Su padre siempre les decía que los hijos trataban a sus padres como alguna vez tratarían a sus esposos o esposas. Contempló a Lya con más atención de la que se proponía y llamó la atención de Joshua.

—Muy ajetreado, pero este abrazo todo lo cura, cielo.

Albert abrazó a su hija con mucho cariño. Sebastián los miró con dulzura a los dos. Aquel lado de la joven lo encandiló y mal podía ocultarlo. Heidi miró con extrañeza al alemán. ¿Él estaba coladito por Lya como le dijo Cecilie? Joshua miró con desdén a Sebastián, preguntándose qué hacía allí. Con una sonrisa apenas perceptible en los labios, pensó en cómo podía humillarlo ante Lya, y sus amigas.

—Buenas noches, Sebastián —saludó el médico—, ¿cómo está el hombro?

Sebastián sonrió algo cohibido y Lya tuvo un enorme deseo de abrazarlo como lo hizo aquellos días que pasaron juntos tras su intervención.

—Mejor que nunca, señor.

La madre de Lya cruzó la puerta de la cocina y miró con atención a Sebastián. ¿Qué hacía aquel chico allí? Curiosa, se acercó a él tras saludar a Joshua con suma amabilidad.

—¿Vienes a por el trabajo de jardinero?

Sebastián la miró confundido. Lya abrió su boca como para replicarla, pero la volvió a cerrar cuando el alemán se adelantó a ella.

—Sí, señora —dijo y todos posaron sus ojos en él—, además de venir a por Heidi —acotó con una sonrisa encantadora.

La madre de Lya escrutó al joven de un modo bastante perturbador. No lo miraba con desprecio, no, lo miraba con cierto interés. Cecilie enarcó sus cejas al percibirlo. Aquella sombría mujer tenía una fama bastante discutible en la alta sociedad. Había escuchado rumores, pero nunca se los creyó, hasta entonces. ¿Le gustaba aquel joven? Cecilie posó sus ojos en Sebastián, y lo analizó con avidez. Cualquiera mujer en su sano juicio lo miraría.

—Perfecto, mañana hablaremos sobre el trabajo —anunció la mujer—, permiso, subiré para ducharme. ¡Disfrutaos de la velada!

Sebastián y Lya se miraron de soslayo antes de salir de la casa rumbo al cine. En el camino, él cogió la mano de la joven y la apretujó con suavidad. Nadie se dio cuenta, excepto ella, que sonrió con expresión ladina ante su inesperado gesto.

—¿Bebemos algo en el restaurante primero? —dijo Joshua con cierta

malicia—, la siguiente sesión empieza dentro de dos horas.

Todas asintieron con una amplia sonrisa en los labios. Sebastián tocó las monedas que llevaba en su bolsillo, aquel dinero apenas podría pagar la entrada del cine.

—Perfecto —dijo Berta.

Heidi entrelazó su brazo con el de Sebastián, y reclinó su cabeza en su hombro como si fueran novios. Lya apretó con fuerza los dientes antes de copiar el gesto de su amiga. Ambas parejas caminaban lado a lado. Sebastián cogió la mano de Lya por segunda vez. Se miraron de reojo mientras sus parejas respectivas hablaban de la película que verían. La judía apartó su mano con suavidad cuando llegaron al lugar.

—¿Qué te apetece, mi amor? —le preguntó Joshua tras retirarle la silla—, ¿lo de siempre?

Sebastián se sentía cohibido en aquel sitio. Nunca había entrado allí antes y nunca pensó hacerlo ya que era un lugar bastante exclusivo, según se rumoreaba por el pueblo.

—Sebastián, ¿tienes billetes de veinte? —le preguntó Joshua—, yo solo tengo de cien.

Un rubor casi morado tiñó las mejillas de Sebastián. Como mucho tenía unos diez marcos y en monedas. Tras su despido, gastaba con mucha cautela cada centavo que tenía. Lya lo miró apenada y aquello lo hirió profundamente. Joshua pretendía humillarlo ante ella y lo consiguió con creces.

—Yo tengo —anunció Heidi—, hoy me compré unos zapatos y me dieron varios billetes de veinte.

Sebastián miró la cantidad de billetes con un enorme nudo en el pecho.

—Aquí tienes, Joshua.

—Gracias.

Heidi miró a Sebastián con lástima y no pudo evitarlo. Ser pobre era como tener una grave enfermedad contagiosa para aquellas mujeres. Cogió la mano encallecida del alemán por debajo de la mesa y la apretujó con afecto. Lya miró el gesto con ojos interrogantes. ¿Heidi pretendía conquistarlo de verdad o estaba jugando como de costumbre? Sus otras amigas sonrieron con malicia al ver su reacción. Detestaban a Lya, pero fingían ser su amiga por pura conveniencia.

—¿Quieres beber algo, Sebastián?

¿El agua era muy cara en aquel lugar?, se preguntó él con cierto resquemor. Negó con la cabeza al tiempo que sonreía.

—Voy al servicio —anunció Heidi.

«Ahógate en el váter» pensó Lya.

—No tardo, Sebastián.

Lya estaba sentada al lado del alemán y aprovechó el momento de distracción de su novio para cogerle de la mano bajo la mesa. Sorprendido, la miró de soslayo con una mueca inquisitiva. La pena que él vio en sus ojos hizo que apartara su mano de la de ella en un acto reflejo. Lya lo miró con asombro y cierta perplejidad. Furiosa, le pellizcó la pierna con violencia y le robó un gemido de dolor. Sebastián la miró estupefacto.

—Lo siento —vocalizó ella con los labios— en realidad, no lo siento.

Sebastián apretó con fuerza sus dientes antes de posar su mano en el muslo de la judía, que sorprendida dio un leve respingo. Joshua la miró de reojo.

—¿Te pasa algo, cielo?

Sebastián deslizó su mano por su muslo con descaro. Lya tenía las mejillas encendidas y el corazón desbocado ante su osadía. Pero, ¿por qué no apartaba su mano? Porque muy en el fondo le gustaba.

—Nada, mi amor —le dijo con una voz algo ronca—, necesito un poco de agua.

Sebastián dibujó círculos en su muslo.

—¿Me perdí algo? —dijo Heidi al volver del servicio—, ¿por qué estáis tan serios?

Sebastián sonrió con expresión taimada sin dejar de acariciar el muslo de Lya un solo segundo. La joven cogió el vaso de agua que le ofreció Joshua, y bebió un sorbo con cierto nerviosismo, lapso en que Heidi posó su mano en la pierna del alemán. Lya miró desconcertada la mano de su amiga. Bajó el vaso sobre la mesa con manos temblorosas y el mismo terminó cayéndose sobre las piernas de Sebastián. El alemán se levantó de la mesa de un salto y miró el resultado del incidente con ojos críticos. Lya llevó sus manos a su boca al tiempo que se levantaba de la mesa.

—Oops, lo siento —le dijo, azorada—. O, quizá, no —acotó a muy pocos centímetros del oído de Sebastián.

Heidi la fulminó con la mirada.

—Debo irme a mi casa para cambiarme —anunció Sebastián y Joshua dijo que pronto empezaría la película—, creo que mejor nos vemos mañana, Heidi.

Lya miró con expresión ladina a Sebastián mientras él se despedía de todos.

—Lo siento —le dijo Lya.

Sebastián sonrió de un modo muy inquietante.

—Nos vemos mañana, Lya —le dijo sin abandonar su deje—. Yo también lamento el incidente de minutos atrás —hizo una pausa—. O, quizá, no.

Lya abrió mucho sus ojos. ¿A qué se refería exactamente? ¿A lo que le hizo bajo la mesa? ¿Por qué la miraba de aquel modo tan retador? ¿Acaso la estaba amenazando? Sebastián se volvió antes de cruzar la puerta acristalada y escrutó a Lya con ojos desafiantes. Lya soltó un jadeo ante la impresión. ¿Quién era aquel y dónde estaba el chico bueno y dulce que alguna vez conoció? Miró la ventana acristalada a un lado y lo vio cruzar la calle con pasos firmes, como si fuera un soldado. Llevó su mano a su pecho en un acto reflejo para calmar su pobre corazón que latía con desenfreno. Sebastián se volvió y se miraron por unos segundos más, unos segundos que la hicieron temblar. ¿Sebastián pretendía vengarse de ella?

«Este me gusta más que el de antes» se dijo ella.

Una sonrisa eléctrica imperó en los labios de la judía. Levantó la mano derecha y saludó al alemán, que con el mismo deje le devolvió el saludo.

—Buenas noches, Sebastián Ackermann —vocalizó ella.

Él sonrió. Ella sonrió.

—Buenas noches, Lya Rubinstein.

Encuentros secretos

Magda y Martín se encontraron en la torre del pueblo tras el almuerzo. El joven tenía media hora de descanso y pensaba aprovecharlo lo máximo posible. Magda ni siquiera llevó bragas aquel día y el alemán pensó morir al saberlo. La joven subía las escaleras con suma sensualidad mientras él se agachaba para comprobar lo que había dicho segundos atrás. Magda rio de buena gana cuando él tuvo un fuerte encontronazo con uno de los escalones.

—Eres un desvergonzado, Martín.

Él asintió con una amplia sonrisa al tiempo que se masajeara la frente lastimada con la mano. Magda y él habían pasado a la segunda fase de las preliminares.

—¿Puedo pedirte algo, Martín?

Él se detuvo en seco al escucharla. La última vez que le dijo aquello, Martín tuvo que desnudarse para que ella pudiera hacer su escultura de barro en la parte del bosque donde casi nadie iba nunca. El alemán se recostó sobre un tallo caído como había venido al mundo. Ella empezó a moldear el barro hasta que una avispa le picó una de las nalgas al alemán. Martín saltó y gritó de dolor, provocándole a ella un ataque de risas. Furioso, cogió un poco de su barro y se lo lanzó a la cara. Magda abrió mucho los ojos y la boca ante su reacción un pelín infantil. Cogió un poco del barro y se lo deslizó por la cara de Martín, dejando un rastro del mismo por todo su rostro. No satisfecha, continuó bajando por su cuello y terminó en sus fuertes pectorales. Se miraron con intensidad, con lascivia y con algo más, algo que no lograban descifrar.

—¿Martín? —dijo ella y lo devolvió al presente de golpe.

—Perdona, pídemelo lo que quieras, sargento Schreck.

Magda resopló hastiada al oír su nuevo apodo tras la última tarde que estuvieron juntos.

—¡No soy un sargento! —protestó ella.

Martín negó con la cabeza.

—Eres muy mandona —acotó—, y me tratas como si fuera tu esclavo sexual.

Magda se detuvo de golpe y la cara de Martín terminó chocando contra su

trasero. La joven meneó sus caderas con mucha sensualidad y él soltó un gemido de placer por lo bajo.

—Puedes abusar de mí —soltó él y ella rio de buena gana—, ¡siempre te sales con la tuya! ¿Cómo lo haces?

Magda se encogió de hombros con expresión ladina.

—Es la ventaja de que pienses con la cabeza de tu pene, Martín.

El alemán puso cara de confusión.

—La información llegará a tu cerebro entre mañana y pasado mañana —se mofó ella y se ganó una nalgada—, ¡más! —pidió riendo y se ganó dos más—, me encanta...

Martín tenía una erección casi dolorosa entre las piernas. Suspiró con resignación, ya que aún faltaba mucho para que llegara la noche y pudiera darse placer.

—¿Qué me ibas a pedir, mariposa roja?

Llegaron a la cima de la torre y escrutaron maravillados el paisaje que se extendía por todo el lugar. El pueblo era de cuento de hadas desde aquel sitio. Magda se acercó a la barandilla y aspiró una gran bocada de aire fresco. Martín entrecerró sus ojos en un acto reflejo.

—Lo que tú me haces —comenzó a decir ella—, ¿puedo hacértelo yo?

Martín carraspeó nervioso al oírla. ¿Lo escuchó bien? ¿Ella quería hacerle lo que él solía hacerle todas las tardes? La miró estupefacto, como si estuviera viendo a un fantasma y no a ella. Magda parpadeó con gracia y no cambió su deje taimado, al contrario, lo acentuó con una sonrisilla muy diabólica.

—¿Quieres hacerme lo mismo a mí?

Magda se puso pensativa unos segundos y tras analizarlo asintió con firmeza.

—Supongo que si tú me haces a mí, yo puedo hacértelo a ti, ¿no?

En general, solo las mujeres del prostíbulo le hicieron sexo oral. Eliette nunca cedió, le ponía cuernos a su marido, pero eso no la convertía en una mujer de la vida, como solía llamar a las prostitutas del burdel.

—¿Pensarías mal de mí, Martín?

El alemán se rascó la cabeza, luego la barbilla y por último el brazo.

—No, claro que no.

Magda se acercó a él y le tocó su parte íntima con manos temblorosas. Nunca le había tocado, nunca se atrevió, pero el día que lo vio desnudo en el bosque, una rara curiosidad nació en ella y necesitaba ahogarla lo antes posible. Apretujó con demasiada fuerza su miembro y le robó un quejido.

—No lo maltrates al pobrecito —le dijo con una sonrisa desencajada—, tócalo con más cariño y más delicadeza.

Magda siguió su consejo al pie de la letra y Martín temió correrse en cualquier momento. Se puso a pensar en cosas grotescas, pero aquellas caricias eran tan deliciosas que no consiguió ignorarlas, en especial cuando ella metió su mano en su ropa interior y cogió su miembro.

—¿Te gusta?

Martín se mordió el labio inferior y empezó a mover las caderas con sensualidad. Magda pensó morir al verlo tan excitado y entregado a ella. El poder que ejercía sobre aquel alemán la incitaba a ser más osada cada día que pasaba.

—Magda —jadeó a punto de dejarse ir—, no aguantaré mucho tiempo...

Unas voces que procedían de las escaleras, los despabilaron de golpe de aquel prohibido momento. Martín giró sus ojos varias veces al llegar al clímax, segundos antes de que su tío, el cura del pueblo, cruzara la puerta con unos fieles. Magda se había alejado a toda prisa y se escondió al otro lado de la torre, donde nadie podía verla.

—¿Martín? ¿Qué haces aquí?

Martín pensó en mil excusas, pero le soltó una que no tenía mucho sentido.

—Pensé que aquí estaría más cerca de Dios.

¿En serio?, se dijo él con cierta severidad para sus adentros. El cura de cincuenta años miró con expresión curiosa a su sobrino. Meneó la mano en el aire y le restó importancia al asunto.

—Pues mañana te toca limpiar el altar de la iglesia, Martín —anunció con una sonrisa—, me lo habías prometido y espero que lo cumplas.

«¡¿Quééé?!».

—¿Lo olvidaste?

«Sí».

—No, tío.

Magda apareció al otro lado de la torre y sonrió con expresión divertida. Martín quiso sonreír, pero se contuvo, a duras penas. Magda lamió su dedo índice con lascivia y Martín temió correrse por segunda vez sin la menor necesidad de que ella lo tocara.

—¿Te pasa algo, Martín?

—Me corro —soltó él y su tío lo miró perplejo—, debo correr al trabajo, tío —se corrigió.

Magda aprovechó el momento de distracción del cura y sus fieles para

bajar. Martín la siguió minutos después con una creciente erección y con el corazón desbocado. ¡Aquella joven lo mataría de un infarto fulminante a su poca edad!

—¿Dónde se metió? —se preguntó él al salir de la torre.

Magda estaba delante de la iglesia con las manos entrelazadas y la mirada clavada en el cielo. ¿Qué hacía? ¿Conversaba con Dios? Martín se acercó a pasos firmes y la saludó como si no la hubiera visto en días.

—¿Mañana te toca limpiar el altar?

Martín asintió con un deje de tristeza.

—Lo has escuchado ¿eh?

Ella asintió.

—¿Necesitas ayuda?

Martín se imaginó el tipo de ayuda que le estaba ofreciendo, así que lo declinó con un amable cabeceo. A pesar de todo, Martín creía mucho en Dios y no estaba bien hacer cochinas mundanas en su casa. Magda se cruzó de brazos a la altura de sus pechos y sonrió con malicia.

—No haré nada indecente, Martín.

Él la miró con suspicacia. El simple hecho de decir que no lo haría, lo excitaba más de la cuenta. Alzó la vista y miró la cruz que se encontraba en la pequeña torre de la iglesia con ojos implorantes.

«Señor, apresúrate en socorrerme»



Aquel caluroso sábado, Martín se enfiló hacia la iglesia con un cubo de agua y jabón entre manos para limpiar el altar antes de la misa de la tarde. Su tío había salido para visitar a un enfermo, lapso en que él aseararía el lugar con la ayuda de la hija de Satán, como solía llamar a Magda. Ella apareció a las dos de la tarde como habían acordado, tras su clase de piano. Martín le puso su ajada boina y ella rio por lo bajo ante su afectuoso gesto. Curioso, él la miró de pies a cabeza. Magda llevaba un delicado vestido de tirantes estampado que dibujaba con gracia su menudo cuerpo y realzaba su bronceado. Magda llevaba dos trenzas aniñadas y una mirada que derretiría incluso al Führer.

—¿Has traído bragas? —le preguntó él tras hundir una esponja en el agua.

Magda no le replicó, sino le enseñó su ropa interior. Martín miró la ropa con ojos de gato moribundo y ella no pudo evitar reírse a carcajadas. ¡Aquel joven era tan vulnerable ante sus encantos!

—¿Te gusta, Martín?

El alemán se volvió y miró al Jesús crucificado del altar con ojos implorantes.

—Que conste que ella me está tentando, señor.

Magda subió los tres escalones del altar y miró a Jesús con devoción. Luego miró a Martín con el mismo deje.

—El hijo de Dios hacía muchos abdominales —dijo ella y él se la quedó mirando con cara de idiota—, fíjate en sus músculos.

Martín entrecerró sus ojos en un gesto de indignación.

—¡No blasfemes, Magda!

Ella sonrió de costado y se encogió de hombros al tiempo.

—Te acuestas con una mujer casada —le recordó—, Él lo sabe.

Martín se ruborizó como un tomate y Magda se echó a reír al tiempo que cogía una hostia y se la llevaba a la boca.

—¡No hagas eso! —chilló él—, ¿quieres irte al infierno?

Ella detuvo a mitad de camino la hostia.

—¿Por comerme una hostia iré al infierno?

Martín asintió con firmeza.

—Tú estarás allí, así que valdrá la pena el viaje —soltó ella y metió la hostia en su boca—, amén.

El alemán se quedó pensando en lo que ella le había dicho. ¿Irá al infierno? Magda se acercó a él y le miró con intensidad.

—El infierno está en uno mismo, Martín —le dijo—, en el corazón de cada ser humano.

Martín creía en el cielo y en el infierno desde que era niño, pero ella tenía razón, sus últimas acciones no eran dignas de un buen cristiano. Acostarse con mujeres casadas o prostitutas no era cosa de hombres decentes.

—O sea que, ¿debo dejar mi vida mundana?

Magda ladeó la cabeza y tras meditarlo soltó:

—Según los mandamientos de Dios, sí.

Martín se puso muy triste antes de sentarse en la escalera y enterrar su cara entre sus manos. Magda lo miró con atención desde su sitio. ¿Qué estaba haciendo? ¿Orando?

—Iré al infierno —anunció él tras suspirar—, irás conmigo ¿no?

Magda sonrió.

—Puede.

Se pusieron a limpiar la iglesia de arriba abajo, por fortuna, el recinto sagrado era pequeño. Tras limpiar el piso, Magda se metió en el confesionario y se sentó allí para recuperar las fuerzas tras tanto trabajo. Martín la buscó.

—Estoy aquí —le dijo ella, acalorada—, aquí es fresquito, Martín.

El alemán frunció el entrecejo antes de meterse allí con ella. Se sentó a los pies de la muchacha y aspiró hondo. Magda le dijo que podía sentarse a su lado, que el banco servía para dos personas. Martín levantó la vista y la miró con expresión interrogante.

—Mmm.

Ella enarcó ambas cejas.

—¿Mmm qué?

Martín soltó una risita hasta que ella se desabrochó los botones delanteros de su vestido. Le llegaba mal el aire a los pulmones.

—¿Qué haces?

Ella continuó desabrochándose hasta llegar a sus senos.

—Refrescarme un poco.

—¿Calentándome a mí?

La joven soltó una risita por lo bajo al tiempo que Martín se arrodillaba entre sus piernas y clavaba sus ojos azules en los de ella con aire amenazador. ¿Qué pensaba hacer? ¿No dijo que aquel lugar no era el adecuado? Martín la miró con deseo mientras una gota de sudor cruzaba su mejilla arbolada. Sin decir una sola palabra, apartó sus manos de su vestido con suma delicadeza. El corazón de Magda se aceleró ante las pretensiones del muchacho. Martín reclinó la cabeza y besó el centro de su pecho con mucho apego al tiempo que dejaba al descubierto sus senos.

—Dios, eres preciosa —jadeó antes de meter uno de sus senos en su boca.

Magda se aferró a su pelo al sentir aquella dulce y abrasadora caricia. Martín succionó, lamió y mordisqueó su pezón con verdadera adoración.

—Siéntate —le pidió ella, gimiendo.

Martín obedeció como siempre. Se sentó en el banco de madera donde los pecadores solían confesar sus faltas. Magda se sentó en su regazo a horcajadas y se dejó llevar por los besos de aquel hombre.

—Martín —susurró al borde del precipicio—, ¿puedo pedirte algo?

El alemán soltó un «See» sin dejar de lamer los pezones erectos de la joven un solo segundo. Magda se contoneó a medida que el éxtasis se

apoderaba de ella y de su cordura.

—¿Me darías un beso en la boca?

Martín se detuvo en seco y la miró con expresión interrogante.

—¿Por qué me miras así?

Magda tenía los pezones húmedos y endurecidos tras sus lametones. El sol que irrumpía el lugar con cierta timidez, apenas iluminaba sus caras.

—Me dijiste que pensabas dar tu primer beso a alguien especial.

Magda reclinó a cámara lenta su rostro y posó sus labios sobre los de él. Martín sintió una rara sensación en el pecho ante la simple y candorosa caricia de aquella chica.

—Por eso te lo pido a ti, Martín.

Aquello le bastó para concederle su deseo. Martín capturó sus labios en un profundo y apasionado beso. Ella no sabía cómo devolverle la caricia ya que nunca había besado a otro antes. Martín le pidió que no tensara la mandíbula, que se relajara y se dejara guiar por el deseo. Ella siguió su consejo. Martín sujetó su cabeza con firmeza para profundizar aún más el beso, lapso en que alguien entró en el confesionario.

—Padre, he pecado —dijo una mujer.

Martín y Magda se miraron con estupor. ¿Estaban en el sitio que le correspondía al cura? Temerosos, decidieron quedarse quietos mientras la mujer confesaba sus pecados. Magda se abrochó sus botones y Martín se mordió el labio inferior con expresión de cordero a punto de ser sacrificado. Alargó la mano como para detenerla, pero ella lo empujó unas tres veces consecutivas. Le reprendió con la vista y sonrió con malicia cuando el alargó los labios. Incitada, Magda lo besó con mucha fogosidad mientras la mujer continuaba con su perorata.

—Debemos salir de aquí —susurró Magda tras apartarse—, esto sí es un pecado, Martín.

La mujer dijo algo que llamó la atención de Martín.

—¿Es Evelyn?

Magda lo miró con ojos interrogantes.

—¿Cómo sabes quién es?

—Lo siento, padre —dijo la mujer—, esto... —salió del confesionario como alma que lleva el diablo.

Martín la miró con cara de niño inocente incapaz de romper un plato. Magda supo al instante que el hombre con quién esa mujer fornicaba era él. Cuando Evelyn se marchó, ella le jaló de la oreja y lo sacó del lugar

refunfuñando palabras malsonantes.

—¿Te has acostado con todas las mujeres casadas del pueblo?

Martín se puso pensativo.

—Con tu madre no —soltó tras calcular y se ganó un fuerte pellizco en el pecho—, ay —musitó.

Magda negó con la cabeza antes de alejarse de él. Martín la cogió de la mano y la atrajo hacía sí de golpe y sin decirle una sola palabra, la besó con mucho ardor a pocos metros de la puerta principal. Magda se enganchó a su cuello y él la levantó en volandas. La joven le rodeó la cintura con sus piernas al tiempo que su lengua entablaba una dura batalla con la de él. Martín la puso contra la pared y profundizó el beso.

—Martín —jadeó tras apartarse de él—, pueden vernos.

Martín subió las escaleras que llevaban al balcón del coro a tientas sin dejar de besarla un solo segundo. Se sentó en el banco y la acomodó sobre sus piernas.

—¿Qué me has hecho, Magda?

Ella le mordió la barbilla con afecto.

—Encontrarte, Martín.

El alemán le bajó la cara y la besó como si no hubiera un mañana.

Guerra de titanes

La luz entró a través de la ventana, desparramando la mañana por toda la habitación. Lya corrió las cortinas de su cuarto y aspiró una gran bocanada de aire fresco de aquel tibio día de verano. Esbozó una sonrisa que apenas curvó sus labios al oír el trinar de los pájaros en los árboles. El sol bañaba todo el pueblo con sus imponentes rayos dorados, realzando los colores de las flores y los árboles.

—¡Judith! —gritó Sebastián desde el jardín—, ¡compórtate! —le dijo a su perra.

El animal saltó a su lado y él rio de buena gana. Lya no pudo evitar fijar sus ojos en el abdomen perfecto y dorado del nuevo jardinero, Sebastián Ackermann.

—Qué hombre —susurró, agitada—, ¿qué me está pasando contigo?

Sus amigas llevaban tiempo despiertas mientras ella dormía con serenidad. Para Lya dormir era más esencial que comer. Sebastián cogió la manguera y regó las flores con suma delicadeza. Judith cogió la misma con sus dientes y la tiró con fuerza. El chorro de agua salpicó a su dueño de pies a cabeza.

—¡Jud! —protestó Sebastián—, ¡estamos trabajando!

Lya abrió la boca y soltó un jadeo al tiempo que seguía la ruta de unas gotas cristalinas que se deslizaban por la ancha espalda curtida del jardinero hasta el inicio de sus nalgas. Sebastián se agachó para coger la manguera del suelo y un pequeño trozo de la piel inmaculada de sus nalgas quedó a la vista. Lya se mordió el labio inferior con lascivia al tiempo que llevaba su mano derecha a su pecho en un intento absurdo por controlar a su desbocado corazón.

«Sebastián despierta un lado mío que no conocía hasta ahora».

El joven se incorporó y cerró el grifo. Los ojos de Lya se clavaron en la cruz dorada que pendía del cuello del alemán mientras él se reclinaba contra el árbol de castaño con una sensualidad indescriptible. ¿Acaso era consciente de que ella lo estaba mirando? Llevó su mano a su cabeza y arrastró su pelo dorado hacia atrás sin abandonar su cautivante sonrisa. Lya volvió a morderse el labio inferior, sin lograr apartar la vista de aquel hombre cuyo cuerpo fue

esculpido por los dioses. Sebastián levantó la mirada en un acto reflejo y sus ojos se encontraron de golpe con los de ella.

—Hola, Lya —vocalizó con los labios al tiempo que doblaba la pierna derecha contra el tallo.

Levantó la mano derecha a modo de saludo. Lya no podía controlar los latidos de su corazón. Mal pudo levantar la mano. El jardinero la miró con magnitud mientras el agua de su torso se iba secando con cada roce de aquella tibia y perfumada brisa de verano. Lya contuvo el aliento antes de apartarse de la ventana.

—Necesito un baño —se dijo con las mejillas arreboladas—, debes controlarte, Lya —se dijo con la respiración entrecortada.

Sebastián se quedó mirando la ventana de Lya. ¿Qué hacía allí? ¿Lo estaba observando? ¿Desde cuándo? Esbozó una sonrisa torcida y negó con la cabeza al tiempo. La hija de su nuevo patrón era la futura esposa del hijo de su expatrón, el petulante médico, Joshua Rosenthal.

—Una mujer como ella jamás se fijaría en alguien como tú —se dijo con tristeza—, quizá las cosas cambien con el Führer —masculló, pensativo—, al menos eso lo prometió en sus tantos discursos.

Joachim no era muy a favor de la ideología nazi, pero su opinión solo lo conocía Sebastián, su mejor amigo y confidente.

—¿Y si me alistara a las SS como me dijo Petra el otro día? ¿Podría mejorar mi condición social y así luchar por el amor de Lya?

Lya lo vigilaba con discreción. Pensaba salir al balcón con su bañador más atrevido, hasta que...

—¡Hola, Sebastián! —saludó Heidi.

Lya frunció tanto el entrecejo que en lugar de dos cejas tenía una muy larga. Jud lamió la mano de su amiga, que asqueada, la apartó del animal, gesto que dejó a Lya estupefacta. No satisfecha, Heidi la empujó de su lado mientras Sebastián vestía su camisa.

«Idiota».

La ira aumentó cuando Sebastián le arregló el pelo a su amiga. ¿Estaba flirteando con ella? ¡Desvergonzado! ¡Inmoral! ¡Indecente!, dijo enfurecida antes de meterse en el cuarto de baño para asearse. Bajó a la cocina con su mejor vestido. Quería impresionar al nuevo jardinero y matar de envidia a su amiga.

—Hola, nana.

—Hola, mi niña.

Su nana le dio dos besos y le dijo que le prepararía su desayuno a continuación. Lya asintió con una enorme sonrisa en los labios. La joven le preguntó para quién era el zumo de naranja que se encontraba sobre la mesa. La mujer le dijo que era para el nuevo jardinero, el chico que despertaba pasiones en sus amigas, que prácticamente madrugaron por él. Un pinchazo en el cuello de Lya la hizo gemir de dolor. ¿Todas estaban coladitas por él?

—Ah ¿sí? —dijo Lya con desinterés al tiempo que se acercaba a la mesa con malas intenciones—, no me había fijado en él.

Su nana preparaba su desayuno de espaldas a ella, lapso en que aprovechó para poner un poco de sal y pimienta en el vaso para Sebastián.

—Es un chico muy amable y muy servicial —acotó su nana y ella sintió pena de él—, creo que le gusta tu amiga, Heidi —aquello la hizo considerar sus sentimientos anteriores y colocó más sal en el vaso—, quizá salga una boda, mi niña, quién sabe, ¿no?

Lya sintió que la bilis le subía por la garganta.

—Quizás, nana.

Heidi entró en la cocina y saludó a Lya con alegría. ¿Qué le estaba pasando a su amiga? ¿Seguían apostando o no?

—Pensé que seguías durmiendo, Lya.

¿Le molestaba su presencia o era solo impresión suya? Su amiga estaba perdiendo el control de su corazón a toda prisa. ¿Se estaba enamorando de él? No, Heidi no era de esas. ¿O sí?

—Gracias por el zumo, nana.

—De nada, Heidi.

Su amiga cogió el vaso de la mesa y lo llevó al jardín. Lya la siguió y observó con una enorme sonrisa en la cara la reacción de Sebastián tras beber el primer y último sorbo del zumo del infierno.

—¡Qué asco!

El alemán le preguntó si se había confundido de azucarero. Heidi soltó un gemido de lamento y pidió disculpas al joven. Evocó la presencia de su amiga en la cocina. ¿Lo hizo, Lya?, se preguntó azorada. Sí, ¡fue ella!

—¡Un punto para mí! —exclamó Lya muerta de la risa hasta que sus ojos se encontraron con los de él de golpe—, ¿por qué me mira de aquel modo tan desdenoso?

Heidi la miró con desconcierto desde su sitio.

—Lo siento, Sebastián —le dijo Heidi.

La muchacha deslizó su mano en el pecho del alemán, que desvió la

mirada y le sonrió de un modo muy lascivo. ¡Era un desvergonzado!, pensó Lya con rabia.

—Schamlos! —dijo Lya, enfurecida—. Sinvergüenza.

Sebastián se reclinó y le susurró algo a Heidi, que divertida, se rio.

—Me vengaré —musitó Lya con los dientes apretados—. Me las pagarás, Sebastián.

El alemán se volvió y la escrutó desafiante.

—¿Celosa? —le vocalizó con los labios.

Lya achicó los ojos.

—En tus sueños —solfeó y él sonrió de un modo muy inquietante.

Heidi levantó la cabeza y clavó sus ojos cafés en los de él. Desde el sitio de Lya parecían dos enamorados a punto de unir sus bocas. Lya corrió hacia la sala y cogió una de las bolas de su perrita y la lanzó hacia los dos.

—¡Ve a por ella, Katy!

La perrita corrió detrás de la bola ladrando. Sebastián y Heidi se apartaron de golpe al escuchar al animal. El rictus de Sebastián dejaba muy en claro su estado anímico. ¿A qué estaba jugando ella? Si lo despreciaba por ser pobre, ¿por qué le molestaba que otras mujeres se interesaran en él?

—¡Muy bien, princesita! —chilló con una amplia sonrisa—, hola, no les había visto.

Sebastián enarcó una ceja en un gesto de suspicacia e incredulidad.

—¿Qué hacíais? —preguntó Lya con jovialidad—, tomaré sol aquí —anunció tras suspirar hondo—, el día está precioso.

Heidi se quedó mirándola con cara de póker. ¿Qué estaba haciendo, Lya? ¿Acaso estaba vigilándolos? ¿Estaba celosa u obsesionada por ganar la estúpida apuesta? Miró a Sebastián con atención, aquel chico, a pesar de sus vestimentas, seguía siendo el más guapo que jamás había visto en toda su vida. Solo sus hermanos podían competir con su beldad.

—¿No te broncearás, Heidi?

Heidi era una joven alta, delgada, de pelo color miel y unos ojos color café muy intensos. Tenía buena figura, pero carecía de la gracia y sensualidad de Lya.

—Sebastián tiene mucho trabajo —resaltó Lya mientras Jud la saludaba con su peculiar alegría—, el jardín está bastante abandonado y solo un milagro podría salvarlo antes de que termine el verano.

Sebastián enarcó una ceja. ¿Lo estaba desafiando o poniendo a prueba?

—Este jardín florecerá antes de que termine julio —lanzó él—, ya lo

verás, señorita Rubinstein.

Lya sonrió con malicia mientras Jud y Katy, la pequeña caniche de color blanco, empezaban a jugar a su lado. Heidi clavó sus ojos en ella y luego en él. Esbozó una sonrisa torcida al percibir la antipatía que uno sentía por el otro. Allí podría nacer cualquier sentimiento, menos el amor, dedujo henchida de gozo.

—Me cambiaré —dijo Heidi.

—También yo —anunció Lya.

Lya subió a su cuarto y se puso su traje de baño más atrevido. Bajó con una toalla entre manos y una pamelita de color negro de tamaño considerable. Heidi hizo lo mismo, ¡ni loca pensaba ser menos que Lya!

—¡El día está precioso! —dijo Lya antes de quitarse el pareo.

Sebastián mal podía tragar su saliva al verla con aquel bañador tan sensual. ¿No era un delito ser tan guapa y atrevida? Se mordió el labio inferior con lascivia cuando ella se acomodó en la tumbona cerca de la piscina. Heidi también llevaba uno muy sensual, pero no lucía como Lya ante sus ojos. Agobiado, se puso a arreglar el jardín sin dejar de mirarla un solo segundo. La piscina estaba a pocos metros de allí, Lya pensaba nadar más tarde, tras fastidiarle el día, claro estaba. Se levantó con mucha sensualidad minutos después.

—Sebastián —dijo Lya con su voz más melosa—, ¿puedes acercarme la tumbona más hacia la piscina?

Heidi levantó la cabeza y miró a su amiga con expresión enfurruñada.

—Claro —le dijo él.

Sebastián se acercó y cogió la tumbona que no pesaba mucho. La colocó cerca de la piscina tras grabar a fuego en su retina el cuerpo escultural de Lya. Ella lo miró con una dulce expresión.

—Gracias, Sebastián.

Lya se arregló con descaro la parte de arriba de su bañador. El alemán sintió una fuerte punzada en su parte íntima al ver su gesto, aquella joven despertaba lo peor y lo mejor de él.

—De nada, Lya —le dijo y se quitó la camiseta—, volveré a mi labor.

Lya recorrió su espalda dorada, adornada con algunas pecas y lunares, con ojos lujuriosos. Se sopló la cara con una mano mientras Heidi la miraba boquiabierta desde su sitio. ¿Lya estaba interesada en Sebastián? Él se volvió y bebió un poco de agua a través de la manguera con una sensualidad no apta para cardíacas. Sus otras amigas llegaron del centro y las saludaron con

amabilidad tras devorar al alemán con los ojos. ¡Todas eran unas indecentes!, pensó encolerizada Lya, muerta de celos. Nunca sintió eso antes por nadie. Tenía un enorme deseo de ahogar a todas sus amigas y luego a él, que estaba encantado con todas. ¡Era un cualquiera!

—Permiso —dijo Heidi y se levantó—, Sebastián, ¿puedes atarme la cinta de mi bañador?

Lya abrió mucho los ojos y la boca ante el descaro de Heidi, que de espalda exhibía su trasero al alemán que sonrojado hasta las orejas, le ató el lazo del cuello del bañador con manos temblorosas.

«Trasero plano» pensó Lya antes de ponerse de espalda y exhibir el suyo.

El alemán clavó sus ojos en las nalgas redondeadas de Lya y casi ahorcó a Heidi al apretar demasiado el lazo alrededor de su cuello. La muchacha carraspeó y Lya giró su rostro hacia ella. Una sonrisa muy maquiavélica se adueñó de sus labios.

«Me estabas mirando, Sebastián».

—Lo siento, Heidi.

«Por tu culpa casi cometo mi primer crimen, Lya».

—¿Te encuentras bien, Heidi?

Heidi la fulminó con la mirada.

—Sí.

Más tarde, Sebastián cogió sus cosas dispuesto a marcharse a su casa tras un día ajetreado en el jardín. Se detuvo en seco a mitad de camino para observar a Lya que se columpiaba con gracia en la hamaca de cuerdas y asiento de madera. Tenía los pies descalzos y el vestido subía hasta sus muslos cada vez que se mecía mientras canturreaba una dulce melodía. Embobado, grabó aquella imagen a fuego en su retina. Ella se detuvo y se volvió, encontrándose de cara con él.

—¿Me espías, Sebastián?

A pesar de estar ruborizado hasta las orejas, él dijo solemne:

—Ya te gustaría, Lya.

Con una sonrisa muy ladina, ella se acercó a él con pasos firmes y lo encaró con osadía.

—¿Por qué me mientes, Sebastián?

Acercó sus labios a los de él, tenía sus ventajas ser alta, pensó ella con osadía.

—Yo no miento —le dijo él—, mi madre me enseñó a no mentir.

Lya posó su dedo índice sobre su labio inferior sin apartar sus ojos de los

de él un solo segundo.

—Entonces ¿no te gusto, Sebastián?

Con la otra mano acarició su pecho y le robó un suspiro. Lya miró hacia abajo y sonrió con malicia al ver el resultado de sus caricias.

—Un gesto vale más que mil palabras —se pasó la lengua sobre los labios—, o una reacción, Sebastián.

Se apartó del joven sin abandonar su deje divertido mientras el alemán maldecía a su entrepierna.

«Traidora» dijo, enfurruñado.

El baile del pavo

Emma se puso su vestido nuevo de tirantes de color blanco con detalles en dorado, largo hasta sus rodillas. Giró sobre sus pies con gracia y perdió el equilibrio, cayéndose sobre la moqueta de un modo muy patoso.

—Hola, Lizzy.

Su gata estaba sentada frente a su cara, lamiéndose la patita con gracia. Emma la miró con asombro. ¿Por qué no se asustaba como cualquier gato normal? No, Lizzy ya estaba muy acostumbrada a sus caídas.

—Mmm.

La gata maulló.

—Eres muy desconsiderada, Lizzy.

Ella volvió a maullar antes de subirse a la cama y acomodarse sobre la almohada tras masajearla con sus patitas delanteras.

—Ni siquiera mi gata me respeta.

Se levantó y se arregló su vestido con ambas manos. Cogió su bolso de mano y el abanico que le había regalado su abuela el verano pasado. Miró embelesada aquel accesorio vital para cualquier mujer fina y romántica, según su abuela.

—Moderna y sofisticada —se dijo tras lanzarse un beso a través del espejo—, ahora me pondré los guantes de encaje y ya estaré lista para mi soldado.

Miró con ojos soñadores sus zapatos de tacones de color blanco. Sonrió satisfecha antes de bajar y dirigirse al lugar acordado con el soldado. En la parada de autobús la estaba esperando él. Cuando lo vio, se le iluminó el rostro. Se detuvo por un momento y se llevó la mano al corazón para calmarlo un poco. El teniente le sonrió con dulzura y ella se ruborizó, apartó la mano del pecho y siguió caminando.

«Está guapísimo» pensó con el pulso alterado.

El soldado tenía la gorra en la mano y la mirada clavada en ella. Se mordió la piel interna de los mofletes en un acto reflejo. ¿Estaba nervioso? Aquella joven lo intimidaba mucho más que su superior en la guarnición.

—Hola, Emma.

Le dio un beso en la mejilla y ella se mordió el labio inferior, emocionada. Olfateó su perfume con muy poca discreción. El soldado olía tan rico, tan fresco.

—Hola, Joachim —respondió, ruborizada hasta las orejas—. Estás muy elegante con tu uniforme oficial —apostilló—, muy guapo —él sonrió con melosidad—. ¿Hacía mucho que me esperabas? —preguntó.

Su voz era suave, dulce, y tenía un deje que no terminaba de identificar. ¿Era miedo? ¿Emma le tenía miedo? No, quizá estaba algo intimidada, pero no temerosa.

—No mucho —contestó él—, estás preciosa, Emma.

Ella contuvo el aliento mientras alzaba la mirada para contemplar mejor al soldado y siguió alzándola. Era mucho más alto que ella. Vestía el uniforme de gala, y en la gorra llevaba la insignia del Reichsheer. En el bolsillo superior izquierdo de la guerrera llevaba una medalla de plata, supuso que era la insignia de un teniente.

—Gracias, Joachim.

Él se fijó con expresión tímida en los ojos de la muchacha, que eran de color azul intenso, apenas un poco más oscuro que el cielo de aquel día tan primoroso. ¿Eran los ojos de un ángel? Su mirada era plácida y alegre. Cálida e inocente.

—Nuestro autobús —anunció Joachim y le cedió el paso—, lamento no poder ofrecerte un medio de transporte más sofisticado —se disculpó.

Subieron al autobús.

—No te preocupes —le dijo ella con una sonrisa—. Es más divertido.

Joachim pensó que decía aquello por amabilidad, pero no, ella lo decía de verdad. A Emma le gustaba pasearse en aquel transporte público, la hacía sentir libre e independiente.

Después de pagar el billete, fueron hacia la parte trasera del autobús y se sentaron.

—¿Es el cumpleaños de tu superior?

Emma se arregló los pliegues del vestido y siguió con los dedos el bordado dorado de las flores. Se agachó para ajustarse las hebillas de los zapatos.

—Así es, Emma.

Se quedaron en silencio por unos segundos. Para alegrar un poco el ambiente, Emma le contó sobre su última aventura culinaria.

—¿Tus galletas de chocolate tenían sabor a ajo?

Emma le explicó, que en lugar de colocar una pizca de sal puso un poco de ajo al confundirse de frasco. El soldado se rio de buena gana, en especial cuando le dijo que su perro salió corriendo de la cocina cuando ella le ofreció una.

«Pobrecillo» pensó él sin dejar de reírse.

—A Magda le encantó —acotó riendo—, fue la única que las comió.

Lo que Emma no sabía era que aquellas galletas terminaron en el estómago de Martín. Magda quiso gastarle una broma al alemán y le ofreció las galletas en uno de sus encuentros, él, en lugar de sentir asco, le pidió más. ¡Era un chico tan raro!

—Era horrible, Joachim.

El soldado rio por lo bajo al ver la mueca divertida de aquella chica. De pronto, se puso serio cuando uno de los tirantes del vestido se deslizó del hombro de la joven. Con suma cautela, lo levantó y ella se estremeció ante el simple contacto.

—Gracias, Joachim.

Él deslizó su dedo índice por su mejilla y le robó un suspiro.

—De nada, preciosa.

¿Preciosa? ¿La consideraba preciosa? Su corazón terminó en su estómago y luego en alguna parte de sus pies para luego volver a su pecho. Joachim le preguntó por su familia. Ella le dijo que estaban bien y luego le hizo la misma pregunta.

—Están bien también.

—Me alegro.

Joachim la miró con atención mientras ella jugueteaba con su bolso con cierto nerviosismo.

—¿No te han preguntado adónde irías o con quién? —quiso saber él.

Emma se sonrojó.

—Les dije que iría a Hagen.

¿No les dijo que iría a un cumpleaños con él?, se preguntó el alemán con el entrecejo algo fruncido. Emma mordió la piel de sus mejillas con cierta intranquilidad.

«Mis padres son prejuiciosos» pensó la muchacha con un enorme nudo en el pecho. ¿Cómo reaccionarían si algún día se tornaran más que amigos? ¿Lo aceptarían? ¿Lo rechazarían por ser un simple soldado? Su madre sí, su padre quizá tras unos treinta o cuarenta años lo pensaría. Las dudas le robaron la paz por completo. Joachim se puso serio, muy serio.

—¿Nada más?

Emma se volvió y miró la carretera a través de la ventanilla.

—Nada más.

Joachim decidió no alargar el tema. Eran amigos, nada más, se dijo con cierta tristeza. ¿Tenía vergüenza de él? ¿De salir con un simple soldado? Emma siempre fue muy independiente y sus padres confiaban en ella ciegamente. La muchacha no les mencionó sobre su amistad con el soldado, aún no era el momento. Quería disfrutar de aquello sin la invasión de sus padres y su hermana. La única que sabía sobre sus encuentros con él era Lizzy. Pero a ella poco o nada le importaba, en más de una ocasión la ignoró o la arañó. Se rio al evocar la noche que la gata bostezó por su cara mientras ella le contaba sus aventuras con el soldado en el bosque. ¡Era tan petulante!

—Llegamos —anunció Joachim y la devolvió al presente de golpe.

Sin prisas, bajaron del autobús y cruzaron la calle. Se detuvieron delante de un edificio de cuatro plantas que sólo se distinguía por no tener puerta. Un pasadizo oscuro era la vía de entrada.

—Éste es el cuartel —le informó Joachim—. Aquí está mi regimiento.

«¿Éste es el cuartel?» se preguntó ella, curiosa. Contempló la fachada con mucha meticulosidad.

—Parece una cárcel —comentó—, nunca estuve en una —le aclaró—, aun no —repuso y Joachim se echó a reír.

Avanzaron por el pasadizo y, a medio camino, llegaron a una verja de hierro. Un centinela joven saludó a Joachim.

—Adelante, teniente. ¿Quién es la persona que le acompaña?

—Se llama Emma.

El centinela miró a Emma a hurtadillas, pero no tanto como para que Joachim no se diera cuenta.

—Bienvenida, Emma —le dijo Joachim antes de rodearle la cintura con el brazo.

El centinela desvió la mirada al instante. El teniente saludó a un oficial y después se detuvo unos momentos para charlar con unos soldados que fumaban, antes de continuar su camino con ella. Emma observó el lugar con ojos críticos a los soldados. Joachim era el más guapo. El más fuerte. El más rubio. El más interesante.

—Buenas tardes, teniente Ackermann —le saludó su superior—, buenas tardes, señorita.

—Buenas tardes, señor —dijeron ambos.

Emma conoció a otras chicas, todas novias de algún soldado. Joachim conversaba con sus compañeros y también con ella, que se sentía un poco cohibida ante tantas personas desconocidas.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó él.

Ella asintió.

—Vuelvo enseguida, Emma.

Unas chicas se acercaron a la joven con malas intenciones.

—Hola, ¿eres la nueva novia del teniente Ackermann?

Emma se quedó mirándolas como si acabara de salirles otras cabezas.

—¿Nueva novia? —logró repetir tras tragar el enorme nudo que se le había formado en la garganta.

Las chicas asintieron con una maquiavélica sonrisa en los labios.

—Una más —dijo la hija del peluquero de pronto—, a ver cuánto dura —acotó.

Emma mal podía respirar. Las jóvenes se alejaron al ver al teniente.

—¿Así que soy una más? —murmuró, entristecida.

El teniente retornó con algunos canapés y unas bebidas entre manos.

—¿Te pasa algo, Emma?

Ella que no era de esconderse nada, soltó a bocajarro:

—¿Soy una más para ti, Joachim?

El alemán la había visto con las otras chicas minutos atrás. Su ex, actualmente novia de un compañero, nunca superó la ruptura y siempre lo perseguía soltando rumores falsos acerca de él con sus nuevas conquistas. No era un santo, pero tampoco era el hombre libertino que se suponía que era en la boca de su ex.

—Emma, tú eres especial —le dijo con sinceridad—, si no lo fueras, hoy no estarías aquí.

Aquello le robó un largo suspiro a la alemana.

—¿Palabra de honor, soldado?

Joachim le dio un beso en la mejilla, despertando los celos de su ex y de todas aquellas que tenían interés en él.

—Palabra de honor, camarada.

Emma le dedicó el saludo militar y él deslizó su dedo índice en su pequeña nariz.

—Tengo hambre, soldado —adujo ella y él rio de buena gana al ver su mueca exagerada—, aliménteme, teniente —más risas.

Comieron y bebieron algo mientras el sol bañaba el lugar con

majestuosidad. Emma retiró de su bolso su abanico y empezó a soplarlo con él con mucha gracia mientras Joachim retornaba del servicio.

—¿Quieres bailar, Emma?

Ella se levantó de la silla tras coger la mano del soldado con cierto nerviosismo. Una de las chicas, rubia como el mismísimo sol, la miró con cierto desdén. ¿Por qué la miraba de aquel modo tan despectivo? ¿Acaso estaba interesada en él? ¿Era eso? No, la mirada desdeñosa iba más por sus vestimentas de marca que por otra cosa. ¿Envidia? ¿Era eso? Sí, era eso.

—Bailas muy bien —le dijo el soldado con su hermosa sonrisa—, Emma.

—Espera, Joachim.

Ella quería sorprenderlo, se apartó de él y cogió su abanico de la silla. Retornó junto a él y empezó a hacer unos raros movimientos. ¿Estaba imitando a un ave? Giró alrededor del soldado meneando sus brazos como solían hacer las gallinas de su madre, pensó él algo azorado. Todos la miraban con curiosidad y cierto estupor. Ella los ignoraba, llevaba ensayando aquellos pasos desde el día que él la invitó a la fiesta. Colocó el abanico frente a su cara, dejando al descubierto solamente sus ojos. Cerró el mismo y al levantarlo, golpeó la cara de Joachim con cierta violencia. Emma volvió a girar alrededor del soldado imitando los pasos de las gaviotas. Los cisnes eran para las bailarinas de ballet, pensó ella mientras giraba con su abanico abierto de par en par. El alemán se rascó la nuca algo cohibido, lapso en que las demás chicas se pusieron a imitar a Emma. ¿Era el baile de moda en la alta sociedad? Joachim miró con ojos soñadores a la alemana antes de atraparla entre sus fuertes brazos.

—Eres única —le dijo con una sonrisa.

Emma se puso de puntillas tras rodear el cuello del teniente.

—¿Eso es bueno o un gran alivio para la humanidad, soldado?

Joachim reclinó su cabeza sobre la de ella y le dijo:

—Un milagro para mi corazón.

Tanta fue la emoción de la pobre chica, que perdió el equilibrio y terminó en el suelo. Joachim la levantó a toda prisa y se ganó un golpe extra de su abanico.

—¡Lo siento!

La mano de la muchacha rozó el cinturón del soldado y su guante de encaje se enganchó a la hebilla sin querer. Ella trató de desengancharlo, pero no pudo. Joachim la ayudó, lapso en que su pendiente se cayó.

—Lo cogeré —dijo ella y se agachó de golpe.

Su pelo se quedó enganchado por la hebilla junto a su guante. Ante los ojos de todos, parecía que estaban haciendo otra cosa. Joachim miró estupefacto a la joven, que al intentar liberar su pelo rozó su cabeza por su miembro de un modo muy inquietante. Emma giró su rostro y miró estupefacta el bulto del soldado.

«Vaya» susurró.

La situación era como mínima, caótica. Joachim logró desenganchar el pelo de la joven y también el guante. Emma estaba roja como un tomate. No sabía cómo mirarlo o qué decirle tras el bochornoso momento. Joachim soltó una carcajada y ella, tras recuperarse del azoramiento, se echó a reír con él. ¡Era la más patosa del mundo!

—Gracias por la hermosa jornada —le dijo el teniente en el autobús de regreso al pueblo—, fue muy divertido.

Emma no sabía si se refería a su gran baile, su metedura de pata o la paliza que le dio al superior de Joachim con su abanico al despedirse del mismo.

—Me ha encantado, Joachim.

El alemán cogió la mano de la joven y la apretujó con afecto sin desviar su mirada azul de su rostro arrebolado por el calor y el alcohol que había bebido.

—Gracias, Emma.

Él se reclinó a cámara lenta. ¿Qué pretendía hacer? ¿Besarla? Emocionada, Emma acercó su rostro a toda prisa y su cabeza terminó saludando con violencia la nariz del soldado.

—¡Dios mío! —chilló ella al ver la sangre que emanaba de la nariz del alemán—, ¿por qué señor?

Joachim terminó con uno de los guantes incrustado en una de las fosas nasales de la joven para evitar la hemorragia que generó el golpe. Y Emma terminó sin su beso, sin su primer beso de amor. ¡Maldita suerte!

Un contrincante a la altura

Una semana se había pasado desde la contratación de Sebastián, que a diario tenía algún que otro altercado con la caprichosa hija de su patrón, que estaba obstinada en hacerle la vida imposible tras sus salidas con su amiga, con quien mantenía una relación amistosa más que amorosa. Petra disfrutaba de sus aventuras amorosas y odiosas, como las calificó.

—Está coladita por ti, patito feo —afirmó Petra con rotundidad—, es evidente —hizo una pausa—. Al menos uno de los dos tiene suerte en el amor.

Sebastián la miró con tristeza a través de sus largas pestañas. Petra estaba enamorada de Joshua, el pretendiente de Lya, desde que tenía uso de razón.

—Lo siento, ratita.

Petra se encogió de hombros.

—Es mi destino morir como la protagonista de Cumbres borrascosas —se mofó y él rio de buena gana al ver su deje divertido—, loca ya estoy —acotó y él rio aún más.

Lya estaba cabreada con Heidi hacía días, no solo por flirtear con el jardinero, sino por su afán de acaparar el afecto de sus padres y su nana a toda costa. Ingrid y Cecilie le habían advertido desde el inicio que Heidi siempre quería las cosas de los demás, en especial las suyas.

—Me tengo que deshacer de ella lo antes posible —dijo Lya.

Días después, mientras merodeaba por la casa, escuchó una conversación entre su nana y Heidi.

—Pobrecito —dijo su nana—, ¿tiene fobia a las víboras?

Lya observó a su nana y a Heidi con curiosidad desde la puerta. Se escondió detrás de la misma para oírlas mejor.

—Sí, nana —le dijo Heidi con pesar—, el otro día vio una víbora pequeña y casi perdió el conocimiento.

Una ceja de Lya cobró vida y se alzó en un gesto de sorpresa. ¿Así que le tiene miedo a las víboras? ¿Por qué no huía de Heidi entonces? Sus malévolos pensamientos le dibujaron una sonrisa muy ladina en los labios.

—Katy, tenemos tarea —le dijo a su perrita—, vámonos.

Tras el almuerzo y mientras todos descansaban, Lya se dirigió hacia el

jardín con su perrita y una víbora de trapo que había hecho a toda prisa tras saber sobre la fobia de Sebastián. El jardinero acababa de llegar a la casa cuando la vio con algo largo y de color verde entre manos. ¿Qué era aquello? Achinó los ojos ante los hostigadores rayos del sol mientras se acercaba.

—Esto le robará un buen grito a Sebastián —logró escuchar—, esta víbora hecha con amor le dejará sin aire en los pulmones a ese desvergonzado.

¿Desvergonzado él? ¿Por qué? ¿Por salir con su amiga? ¿Qué le dolía? ¿El hecho de no estar arrastrándose detrás de ella como siempre? El alemán alzó ambas cejas en un acto reflejo. No le bastaba con llenar el jardín de hormigas días atrás lanzando azúcar, sino que también quería matarlo de un buen susto. Se ocultó detrás del frondoso árbol de castaño y la vigiló con atención. Por fortuna, Jud se quedó con Martín aquel sábado. Lya se retiró del lugar con su perrita saltando y riendo como una cría. Sebastián se acercó al jardín y cogió la víbora de trapo.

—Alguien debe enseñarle a coser —se dijo con sorna al ver el terrible trabajo de la joven—, ser hijo de una modista tiene sus ventajas.

Lanzó la víbora de trapo entre las flores y se metió en el jardín tras colocarse sus guantes de podar. Lya y su perrita habían retornado.

—Ya está allí —dijo la joven con picardía—, en breve gritara como una doncella en apuros.

Sebastián escuchó el ladrido de Katy y sonrió con astucia. Tres minutos exactos después, se levantó de golpe y soltó un gemido de asombro. dio tres pasos hacia atrás y se desplomó en el suelo. Lya abrió mucho los ojos y la boca ante la exagerada reacción del muchacho. ¿Y si lo mató de un susto? Temerosa, se acercó a él con su perrita entre brazos y se acuclilló a su lado.

—¿Sebastián?

Nada, él no se movió, no reaccionó. Lya le dio unas buenas bofetadas y él quiso protestar, pero se contuvo, ea duras penas. Lya bajó a su perrita a su lado y empezó a zarandear el cuerpo del jardinero.

—Dios mío —dijo con angustia—, ¿qué hice?

Sebastián sonrió sin querer. ¿Lo habrá notado? Lya se mordió el labio inferior con rabia. ¿Le estaba tomando el pelo? ¡Eso no se hacía! Por su culpa casi sufrió un colapso ante el susto.

—Dios —dijo con la voz agitada—, creo que le haré respiración boca a boca.

El alemán sintió un cosquilleo delicioso en el pecho al escucharla. ¿Le haría respiración boca a boca? ¿Sus labios rozarían los suyos? ¿Y si no se

resistía y terminaba besándola? Lya cogió a su perrita y la colocó cerca del rostro del jardinero. El animal empezó a lamerle la boca. Sebastián abrió de golpe sus ojos y miró horrorizado a la perrita.

—¡Qué asco!

Jud solía despertarlo con lametazos, pero era su perra y tenía ciertos privilegios, ¡pero aquella perrita era una extraña! ¿En verdad dijo aquello? Sebastián se levantó a toda prisa mientras Lya se partía de la risa sin tapujos.

—¡Heidi se pondrá muy celosa! —chilló muerta de la risa—, ¡eres un desvergonzado!

Enfurecido, Sebastián la cogió en brazos y la llevó hasta la piscina.

—¿Qué haces?!

Lya pataleó y le golpeó con los puños durante todo el camino al comprender cuáles eran sus intenciones.

—Si lo haces perderás tu empleo —le amenazó—, ¡te lo juro!

Sebastián sonrió.

—Mmm, ¡valdrá la pena perderlo!

Sebastián la lanzó en el agua sin miramientos. Lya sujetó la camisa del alemán y terminó llevándose con ella a la piscina. El alemán soltó un taco y ella le salpicó con el agua muerta de la risa. Sebastián golpeó el agua con ambas manos en un gesto de furia.

—¡Grita! ¡Patalea! —exclamó ella, riendo—, ¡no seas llorica!

Sebastián la atrapó entre sus brazos y Lya dejó de reírse al instante. ¿Qué pretendía hacer? El alemán reclinó su cabeza a toda prisa y acercó sus labios a los de ella.

—¿Tan valiente hasta que pierdes el control de la situación, Lya?

Su corazón se encogió tanto que casi desapareció de su caja torácica. Enmudecida ante la cercanía del joven, solo pudo parpadear y jadear al tiempo.

—¿Tienes miedo, Lya?

¿Miedo? ¿Lya Rubinstein sabía lo que era eso? Osada, rodeó el cuello del alemán con sus brazos y la cintura con las piernas, dejándolo sin aire en los pulmones.

—¿Miedo, señor Ackermann?

El roce de sus cuerpos despertó terminaciones nerviosas en él que ni siquiera sabía que tenía hasta entonces. Se sentía como el día que se subió al árbol más alto del bosque y no sabía cómo bajar cuando era pequeño. Sí, eso sentía cada vez que Lya estaba a su lado.

—No es miedo lo que siento —musitó él sobre los labios de la joven—, es... —las palabras se atoraron en su garganta ante la fuerte emoción que sentía.

Lya tragó con fuerza sin lograr desviar la mirada de aquel rostro tan perfecto esculpido por Dios personalmente. Sebastián olía a lavanda, olía a algo fresco y su aliento sabía a vainilla. ¿Sería el aroma del postre que le dio su madre?, se preguntó ella con el corazón latiéndole a mil por hora.

—¿Es? —replicó ella casi con agonía.

El pelo del alemán era tan dorado bajo el sol que parecía de oro y sus ojos eran tan transparentes como el agua de la piscina. Su piel bronceada le recordaba a la miel que solía servirle su nana por las mañanas y sus labios a la fresa que solía hundir en ella.

—Es —repitió él en un susurro.

El alemán la miró embobado, Lya era aún más hermosa de cerca. Sus ojos eran de un verde que le recordaba mucho al césped bajo el rocío de la mañana y los primeros rayos del sol. Su nariz era tan pequeña y tan respingona como las de las muñecas que su madre coleccionaba. Su piel era sedosa y pálida como la de un recién nacido. El sol solía acariciarle, pero quedaba intimidado ante su belleza y no se atrevía a dejar marcas en ella.

—Lya...

La judía olía a fresa y a pecado en su estado más puro. Sebastián abrió su boca y dejó al descubierto sus dientes blancos como las perlas.

—¿Sí? —murmuró ella y su aliento cálido rozó los labios del alemán, erizándole toda la piel.

—¡Lya! —gritó su madre a todo pulmón.

Ambos se volvieron hacia ella de manera trepidante.

—Sufrí un calambre y me caí, mamá —dijo ella—, Sebastián vino a socorrerme.

El alemán frunció su entrecejo sorprendido ante la agilidad de Lya para mentir. La miró fijo por unos segundos.

—Sí —dijo él al tiempo que posaba su mano en la nalga de Lya—, eso es, señora.

Lya abrió mucho sus ojos al sentir la palma del joven en su nalga. Un leve apretón la hizo soltar un gemido en un acto involuntario.

—¿Estás bien, hija?

Lya bajó la mano y pellizcó el culo de Sebastián con mucha violencia, tanta que, él soltó un gemido de lamento.

—Muy bien madre —le dijo cantarina—, muy bien.
Sebastián le dio un fuerte azote bajo el agua.

—¡Ay!

Se miraron con expresión socarrona por unos minutos, lapso en que las amigas de Lya aparecieron en el jardín y miraron estupefactas la escena. Heidi los fulminó con la mirada. Lya, en lugar de apartarse de Sebastián, se aferró a él con más fuerza alegando que los calambres habían retornado.

—¿Me estás metiendo mano, Sebastián? —se quejó en tono retador.

—No, te estoy ayudando con los calambres imaginarios —se burló él.

Lya esbozó una sonrisa ladina. ¡Aquel alemán era un contrincante a su altura!

El chico de la boina roja

Martín protestó durante todo el camino ante la insistencia de Magda de jugar al fútbol como si fuera un chico. Le dijo que aquel deporte era para machos alfas y no damiselas inocentes como ella, aunque, pensándolo mejor, de inocente aquella chica no tenía nada. El otro día, en plena misa le metió mano mientras él, fervoroso, trataba de negociar algo con Dios. Además de los relatos súper eróticos, Magda empezó a tocarle de un modo muy pecaminoso durante sus encuentros, tanto que, en más de una ocasión, se corrió.

—¿Quién dijo que el fútbol fue hecho solo para los hombres?

Martín resopló hastiado.

—¿Es necesario explicar lo obvio, mariposa revoltosa?

¿Magda quería convertirse en un gusano tras ser una mariposa? ¡Siempre oponiéndose a la naturaleza! ¡Era tan cabezota! En ese lapso, vieron a Joachim y a Emma a pocos metros de ambos. Corrieron hacia la misma dirección y chocaron entre sí antes de lograr meterse en un matorral. Lado a lado y de rodillas, los observaron.

—Mi hermana está coladita por tu hermoso hermano —susurró Magda.

Martín la miró con desaprobación. ¿Hermoso hermano? ¡Si él era diez veces más guapo que él!

—Y mi hermano por ella —acotó, lapso en que Emma perdió el equilibrio y casi se tropezó—, mi hermano apareció ayer con un chichón enorme en la frente —comentó sonriente—, eso sin contar la vez que llegó con un guante ensangrentado incrustado en la nariz.

Magda achicó sus ojos.

—¿Uno de encaje?

Él asintió.

—Mmm.

¿Por qué Emma no le dijo nada? ¿Por qué ocultaba su amistad con el soldado? Miró con atención a su hermana que acababa de entrelazar su mano con la del soldado. ¿Estaban saliendo como novios? Emma y Joachim se perdieron entre los árboles. Martín estaba muy callado y aquello la alarmó.

—Magda —dijo él en tono bajito—, no te asustes, pero detrás de nosotros hay una colmena repleta de avispas.

Magda giró su rostro a cámara lenta y abrió mucho sus ojos al ver la cantidad de avispas que salían de la colmena. Una avispa posó sobre la nariz del alemán y antes de que pudiera reaccionar, le clavó su aguijón en la punta.

—Scheiße! —chilló él con la mano sobre la parte afectada—, ¡duele mucho!

—¡Vámonos! —gritó ella al ver que más avispas se acercaban a ambos—. ¡Están locas!

Salieron del matorral y emprendieron carrera. Cuando vieron a sus hermanos, decidieron cambiar de dirección. Llegaron jadeantes hasta el mirador. La nariz de Martín estaba bastante inflamada.

—¡Una nariz de patata! —se burló ella, carcajeándose.

Martín soltó un taco antes de tocarse la nariz.

—Eres cruel —le dijo con profundo dolor—, desconsiderada y mala amiga.

—¡No seas llorica!

—Lo soy y a mucha honra —replicó él y ella rio aún más.

Tras recomponerse, Magda insistió con lo de jugar al fútbol con los chicos el domingo por la tarde en la canchita. Él se levantó del banco y la dejó hablando sola. Ella lo siguió soltando palabrotas nada dignas de una señorita fina, le dijo él con una seriedad casi hiriente. ¿Desde cuándo él daba consejos de moralidad? Magda, furiosa, le bajó los pantalones cuando vio a dos ancianas a pocos metros de ellos y salió corriendo del lugar. Las mujeres gritaron y Martín, ante el apuro, se tropezó de un modo muy patoso sobre el suelo.

—¡Magda!

La joven le lanzó un beso antes de marcharse a su casa.

—¡Me vengaré!

Más tarde, cuando llegó a su casa, su madre le jaló con violencia de la oreja. La vecina ya le había contado lo sucedido en el parque.

—¿Qué hice para merecer un hijo tan indecente como tú?

Martín protestó.

—Mutti, duele...

Su madre hundió sus uñas en el lóbulo de su oreja y él soltó un gemido de lamento.

—Mutti —se defendió el joven, lloriqueando—, la goma de la cintura de

mis pantalones de trabajo estaba muy floja.

Magda estaba en el balcón de su habitación cuando los vio. Esbozó una sonrisa ladina ante la jocosa escena.

—¿Ahora es mi culpa? —protestó la mujer y le dio una nalgada cuando él asintió—, ¡ve a limpiar los cubiertos!

María entró en la casa despotricando. Martín levantó la cabeza en ese preciso instante y Magda le balanceó la mano derecha con una mueca muy ladina. Furioso, le sacó la lengua y ella le devolvió el gesto.

—¡Martín! —gritó su madre desde la casa.

—¡Ya voy! —bramó a todo pulmón y su madre salió con un cinturón entre manos y le dio varios azotes con él—, ¡Mutti! ¡Duele!



Faltaba un jugador para completar el equipo de Martín, lapso en que un chico menudo apareció y pidió para jugar con ellos. Joachim y Sebastián le echaron un ojo. Aquel niño no tenía más que doce años, calcularon mentalmente. Martín se volvió para mirarlo y casi se tragó la lengua al reconocerlo. ¡Era Magda! A pesar de llevar unos pantalones y una camisa masculina, aquellos ojos, aquellos preciosos ojos claros, la delataban ante los suyos. Tras recomponerse, se acercó a ella con pasos decididos y le dijo:

—¿Qué haces aquí? ¿Estás loca?

Magda tenía la cara sucia y el pelo bien recogido bajo su boina roja. Martín la miró horrorizado mientras los chicos ocupaban sus puestos dentro de la canchita. Lya y sus amigas tomaban asiento sobre unos bancos que el padre de Magda había donado para el lugar. Sebastián y Lya intercambiaron una mirada teñida de malicia. Si el alemán marcaba un gol aquel día, Lya sería su ayudante por una semana y si no lo hiciera, sería su esclavo por el mismo tiempo.

—Ni loco pienso perder esta apuesta —pensó Sebastián—, ella sería implacable conmigo —hizo una pausa y sonrió—, como yo lo seré con ella.

Joachim se acercó a Emma con cierta timidez.

—Hola, Emma.

Las amigas de Lya escrutaron con embeleso al militar, que aquel día, estaba con el torso desnudo. Emma las fulminó con la mirada.

—Hola, Joachim.

Tras el incidente en el autobús, el alemán no volvió a intentar besarla y eso que ella hizo de todo para seducirlo, pero siempre terminaba golpeándole o cayéndose patosamente en el suelo. La joven miró ensombrecida el pequeño moratón que tenía el soldado en la frente tras recibir un codazo por su parte el otro día mientras se paseaban en el parque.

—¿Estás bien, Joachim?

El soldado sonrió con ternura.

—Sí, no fue nada, Emma.

Emma era mucho más peligrosa que un soldado enemigo, se burló Sebastián la noche anterior.

—¿Quieres una galleta, soldado?

Aquello si le hizo temblar. Llevó la mano a su nuca y sonrió algo desenchajado.

—Antes del partido no es bueno comer —le dijo.

Emma le enseñó la pequeña cestita de mimbre repleta de galletas.

—Son de vainilla —le dijo—, las hice pensando en ti.

Joachim se preguntó si aquellas, aparentemente apetitosas galletas, tendrían algún ingrediente extra como las anteriores. Emma siguió al pie de la letra la receta de Margot, excepto por un pequeño detalle, en lugar de colocar una pizca de canela, colocó curry sin darse cuenta.

—Se ven deliciosas —le dijo él con una mirada melosa—, gracias por haberlas preparado.

«Martín estará la mar de contento» pensó el alemán con cierta tristeza. Le dolía en el alma tener que mentirle, pero herirla no estaba en sus planes. Una mentira piadosa era mejor que una verdad hiriente, se dijo.

—Es un placer —le dijo ella, cantarina—, la próxima vez te prepararé tu plato favorito: «Bratkartoffeln».

La saliva de Joachim atravesó a cámara lenta su garganta. ¿Qué le pondría al famoso plato de patatas? ¿Azúcar? ¿Canela?

—No veo la hora de probarlo, preciosa.

Martín y Magda seguían discutiendo.

—¿Tienes miedo que juegue mejor que tú, Martín?

—Tengo miedo que te lastimen.

Ella parpadeó con mucha gracia.

—Deja de parpadear así —aseveró él—, me siento raro ante el escrutinio de un chico.

Magda frunció mucho el entrecejo.

—Soy una chica —replicó algo molesta—, ¿quieres que levante mi camisa y te lo demuestre?

Martín la miró con asombro. ¡Aquella chica era capaz de todo!

—Hagamos una cosa, si me dejas jugar y hago un gol —empezó a decir ella—, volveré a hacerte con la boca lo del otro día.

El alemán ladeó la cabeza con un deje difícil de definir. ¿Lo estaba chantajeando?

—¿En serio?

Ella asintió.

—Hecho —le dijo Martín—, lo hago para que aprendas que el fútbol es para chicos y no para chicas.

Magda se sintió profundamente ofendida y rebatió:

—Te demostraré lo contrario.

Y así fue. Magda marcó dos goles y Martín tuvo que tragarse sus palabras. La joven jugaba muy bien, debía reconocerlo.

—¡Soy la mejor!

Magda se tapó la boca.

—El mejor —le corrigió Martín.

Emma observó con atención al menudo chico de la boina roja. Aquel andar, aquella manera de gritar y aquella boina.

—¡Magda! —soltó en un acto reflejo y su hermana se volvió de manera trepidante—. Oh, Dios mío.

Magda se acercó a ella y le susurró al oído.

—No le digas a nadie, Emma.

La muchacha mal podía respirar ante lo que veían sus ojos. ¡Su hermana estaba loca! Lya ladeó la cabeza con expresión curiosa. ¿Quién era aquel niño y por qué hablaba con tanta familiaridad con su prima? ¿Era uno de sus alumnos de matemáticas? Joachim frunció mucho los ojos al ver a Emma con aquel renacuajo atrevido que acababa de reclinar la cabeza a la altura de ella. ¡Qué atrevido! Sebastián, aunque lo intentó, no marcó un solo gol y ahora debía pagar su deuda.

—Hola, esclavo —le dijo Lya.

—Serás dura, ¿eh?

—Como tú lo hubieras sido conmigo.

—Hmm.

Heidi estaba furiosa, llevaba días vigilando a Lya y a Sebastián de hito en

hito. Odiaba profundamente a la judía, aunque fingiera lo contrario por conveniencia. Cecilie y Berta intercambiaron una mirada de complicidad al notar la incomodidad de Heidi, la arpía del grupo.

—Nos vemos, esclavo.

Sebastián se reclinó a la altura de Lya y la miró con intensidad a través de sus espesas pestañas cobrizas.

—¿Qué harás conmigo, Lya?

Lya fijó sus ojos en los labios rojizos del alemán que sudoroso, exhalaba un aroma peculiar tras el partido. Aquel olor despertaba algo en ella que desconocía hasta ese entonces.

—Todo lo que se me antoje.

Sebastián sonrió con expresión taimada.

—¿Desnudo o vestido?

Lya abrió su boca como para replicarle, pero la volvió a cerrar cuando Joshua la llamó con cierta impaciencia al otro lado de la canchita. ¿Qué le pasa a este?, pensó Lya, fastidiada.

Furioso, el médico se quedó mirándola con aprehensión. ¿Qué hacía con aquel muerto de hambre? ¿Era cierto lo que Heidi le dijo días atrás? ¿Lya estaba encaprichada por el jardinero? Sebastián la miró desafiante y con cierta rabia.

—Vete, esclava —le dijo—, tu amo te llama.

El alemán tenía la mirada clavada en ella.

—Al final y al cabo, eso eres, su esclava.

Lya le dio una fuerte bofetada. Todos quedaron estupefactos ante su reacción. ¿Qué hizo o dijo Sebastián para merecer aquel golpe? Heidi sonrió henchida de gozo mientras las otras amigas de Lya se limitaron a mirarlos. Joshua sonrió satisfecho

—Nunca seré esclava de nadie, Sebastián.

El alemán apretó con fuerza sus dientes al tiempo que le lanzaba una mirada suplicante.

—Nunca —repitió con una rabia que no era habitual en ella—, ya no me interesa jugar contigo.

El alemán abrió su boca como para pedirle disculpas, pero ella se alejó de él y la volvió a cerrar. Lya Rubinstein saludó a Joshua con un beso en los labios, clavando una daga en el corazón de Sebastián.

El sabor de la indiferencia

Petra no podía dar crédito a las cosas que su amigo había hecho para reconquistar la amistad de Lya tras aquella infeliz reacción que tuvo en la canchita. Ninguna funcionó, ella era demasiado orgullosa y dura cuando se enfadaba. Cansado de sus rechazos, él decidió concederle su último deseo: dejarla en paz.

—¿Eso te dijo, patito feo?

El alemán y su mejor amiga estaban sentados sobre el tejado de la casa de ella mientras devoraban unas cerezas.

—Metí la pata hasta lo más hondo, ratita —dijo él, suspirando—, Lya jamás volverá a dirigirme la palabra.

—No puedo creer que haya destrozado la flor —acotó Petra, con incredulidad—, está muy cabreada.

—Ella ama los tulipanes y el hecho de haber rechazado cada uno de los que le regalé, demuestra lo enfadada que está conmigo.

El recuerdo irrumpió su mente y agitó su corazón...

Lya cogió la flor, la miró con dulzura por unos segundos y luego la aplastó con la mano con una rabia indescriptible. No satisfecha, lanzó el resto contra la cara del alemán.

—No me interesan tus disculpas, Sebastián —le dijo, iracunda.

Lya estaba herida y, ante todo, muy celosa. El día anterior, lo había visto con Petra en el parque del pueblo, riendo y bromeando. Emma le dijo que era su mejor amiga, pero la manera en cómo se trataban, no lo parecían. Siempre abrazados y dándose apapaches en público. ¡No era normal!

—Lo siento —repitió él una vez más.

Ella lo miró con desdén y abrió una profusa herida en su pecho.

—Somos de mundos muy distintos, señor Ackermann —adujo con firmeza—, ten más dignidad y déjame en paz, por favor.

Él se quedó mirándola por unos largos segundos, hasta que, Joshua apareció con un enorme ramo de rosas. Lya cogió el mismo con un entusiasmo que hirió profundamente su ego y su corazón.

—Limpia eso —soltó ella con voz severa—, láncelo al bote de basura.

«Junto con mi corazón» pensó Sebastián antes de coger los restos del tulipán morado. Lya sintió un dolor sordo en el alma al ver la triste expresión del alemán.

—¿Salimos, mi amor? —le preguntó Joshua.

Lya asintió al tiempo que escrutaba con ojos ensombrecidos uno de los pétalos del tulipán que Sebastián le había regalado. Se acuclilló y lo cogió con un enorme nudo en el pecho mientras Joshua saludaba a su madre que acababa de bajar las escaleras. Aquel pétalo valía mucho más que aquel costoso ramo que Joshua le había regalado. ¿Por qué le costaba tanto perdonar? ¿Por qué era tan dura con él? Lya siempre fue muy orgullosa y caprichosa. Le costaba perdonar y aún más pedir perdón. Sebastián hizo de todo por recuperar su amistad, pero cansado y humillado ante los rechazos de ella, desistió y se dio por vencido.

—Lo siento, patito.

La voz de su amiga lo devolvió al presente de golpe. Petra le dio unas palmaditas en el hombro a modo de consuelo. Sebastián estaba muy triste y no era el único. Cuando llegó a su casa, se encontró con un ensombrecido Joachim. Emma, al parecer, sentía vergüenza de él o, al menos, eso le pareció al no invitarlo a la fiesta de Lya, donde toda su familia y amigos estarían.

—¿No te ha invitado a la fiesta? —preguntó Sebastián mientras Martín devoraba las galletas que Emma había hecho el otro día—, qué raro.

Joachim se desnudó para cambiarse de ropa sin lograr controlar su rabia.

—Peor, la vi con Samuel Rosenthal horas atrás y parecían muy acaramelados.

Martín frunció el entrecejo con escepticismo. Emma estaba coladita por el soldado, según Magda. Aquello no tenía sentido, en absoluto.

—Lo siento, Achim.

Joachim se puso su uniforme y luego su gorro de plato sin abandonar su deje. Cogió su mochila y se despidió de sus hermanos antes de marcharse al cuartel, donde le esperaba un fin de semana ajetreado con los nuevos soldados.

—Buen viaje, hijo —le dijeron sus padres—. Te echaremos de menos.

Emma acababa de salir de la joyería de su madre cuando vio a su soldado. Balanceó la mano derecha con entusiasmo, pero él no le devolvió el saludo, al contrario, la miró con una expresión desapasionada antes de subir al coche militar que lo esperaba frente a su casa. Jud, la perra del alemán, empezó a

correr y a ladrar detrás del vehículo. Emma bajó a cámara lenta su brazo con una expresión muy triste. Sus ojos se llenaron de lágrimas y la punta de su nariz se enrojeció ante el enorme deseo de llorar. ¿Si se ponía a correr y a ladrar detrás del coche, Joachim le dedicaría una mirada también? Se imaginó haciéndolo y prefirió descartar la idea.

—¿Por qué estaba enfadado? —se preguntó con un enorme nudo en el pecho—, ¿por no invitarlo a la fiesta de Lya?

¡Era más claro que el agua! ¿Por qué no lo invitó?, se preguntó. Muy en el fondo, temía que él rechazara su invitación. Eso le hubiera roto el corazón. Siempre fue muy segura de sí misma, pero desde que Joachim apareció en su vida, era más miedosa y cautelosa con respecto a sus acciones. Furiosa consigo misma, empezó a patear con rabia y sin querer, golpeó a una persona que pasaba por allí.

—¡Lo siento!

El hombre fue a parar en el suelo. Emma trató de ayudarlo, hasta que una gran idea cruzó su mente y soltó la mano del hombre para chasquear los dedos en el aire en un gesto de aprobación. El hombre volvió a caerse en el suelo.

—¡Lo siento! —repitió ella—. Es que acabo de tener una gran idea para reconquistar a mi soldado, señor.

Emma decidió ir a la base militar donde Joachim entrenaría el fin de semana para darle una sorpresa. Le prepararía algo especial y se pondría su vestido favorito, el que le gustaba a él, el sin tirantes y largo hasta sus rodillas. Según el alemán, era el vestido más sensual que tenía, ya que enseñaba sus hombros níveos y sus torneadas piernas.

—¿Matándome a mí a golpes, jovencita? —se mofó el hombre, y Emma, una vez más, lo soltó para echarse a reír.

—¡Lo siento!



Al día siguiente, Lya observaba a Sebastián desde su ventana mientras él podaba unas flores. El alemán no volvió a dirigirle la palabra tras el día que ella le pidió que la dejara en paz. Se mantuvo lo más alejado posible de ella.

—Tan obediente —susurró ella, abatida—, echo de menos nuestras disputas.

Todas las mañanas, ella se acercaba a su ventana y lo escrutaba. Sentía envidia de los rayos solares y de la brisa, ya que ambos podían acariciarle cuando quisieran.

—Sebastián —musitaba cada día—, ¿por qué no consigo arrancarte de la mente y del cora...? —se detuvo—, no lo digas.

Sebastián nunca más la miró con aquellos traviesos ojos azules, nunca más le dedicó su sonrisa preciosa o le hizo cumplidos indecentes como antes.

—¿Lista para probar tu hermoso vestido de cumpleaños? —le preguntó Emma con entusiasmo y la devolvió al presente de golpe—, ha llegado ayer de la capital.

Lya escrutó con ojos vacíos la caja blanca que contenía el vestido que usaría en su cumpleaños número dieciocho el fin de semana. Abrió la misma sin abandonar su deje y observó el atuendo con cierta indiferencia. Los vestidos que solía hacerle la madre de Sebastián tenían más vida y más estilo que aquel caro vestido de marca. Además, siempre que iba a probarlos, veía a su hermoso hijo en paños menores comiendo algún trozo de pan o manzana. Se puso sería de repente. ¿Por qué no lograba controlar sus latidos cada vez que pensaba en él?

—¿Te diste cuenta que Heidi dejó de molestar a Sebastián? —soltó Cecilie—, claro, como a ti ya no te gusta.

Lya la miró con atención tras volver en sí. Era cierto, Heidi no volvió a flirtear con Sebastián tras su repentino alejamiento del alemán, incluso lo llegó a ignorar, ya que era un simple empleado de la casa. Y hablando de ella...

—Hola, chicas —saludó Heidi y todas se miraron entre sí—, Samuel será mi acompañante en tu fiesta, Lya.

Claro, Samuel tenía dinero y Sebastián no. Aunque sintiera algo por el humilde jardinero, exhibirlo ante todos era como mínimo humillante.

—¡Hilda! —gritó de pronto Sebastián desde el jardín y les robó por completo la atención—, te dije que nos veríamos más tarde.

Lya y sus amigas se acercaron al balcón a toda prisa. Sebastián regaba las plantas con la manguera mientras una joven entradita en carne lo acosaba sin tapujos. Lya apretó con mucha fuerza los dientes cuando la fulana de los exuberantes pechos manoseó al alemán.

—¡Hilda!

La joven se abrazó a Sebastián por detrás.

—Soy tu garrapata —afirmó la joven—, mi hermoso pastor alemán.

Hilda le llenó la espalda de besos.

—Necesitas ponerte a dieta, garrapata —susurró él sin aliento—, ¡Hilda!
—profirió cuando le mordió la espalda.

Sebastián suspiró hondo. ¡Era inútil luchar contra aquella mujer tan obstinada! Al menos ella no lo despreciaba como Lya, se animó para sus adentros. Hilda era la hija de un empresario muy adinerado, incluso más que la familia de Lya y Joshua.

—¿Es la novia de Sebastián? —dijo Ingrid—, ¿le gustan las más rellenitas?

Hildegard Fischer alias Hilda Huracán como la llamaba Sebastián, había venido al pueblo para pasar el verano en la finca de su familia. Desde que eran niños, perseguía al muchacho con mucho ahínco tal como lo hacía con la buena comida

—Te he traído unas camisas preciosas —le dijo a Sebastián—, todas de marca, mi amor.

Sebastián se puso muy serio.

—¿Me quieres comprar con regalos, Hilda?

Ella se apartó de él a regañadientes y lo miró con expresión de falso disgusto.

—No —dijo con rotundidad—, ¿funcionaría?

Él resopló hastiado.

—Bueno, nunca se sabe, mi hermoso pastor alemán.

Los hermanos de Sebastián la habían llamado «garrapata» y a él «pastor alemán» cuando eran adolescentes. Ella, aludida, pensó que el apodo de Sebastián era en verdad pastor alemán. Y es que la joven no era muy despabilada que digamos.

—¿Cuántos kilos le sobrarán? —matizó Berta—, ¿treinta?

Hilda era de estatura normal, muy blanca y de pelo oscuro. Tenía un rostro muy bonito y un cuerpo bastante exuberante. Le sobraban unos kilos, pero le faltaban algunas neuronas, decía siempre Petra.

—También te traje zapatos, pantalones, cinturones y muchos chocolates —le dijo ella henchida de orgullo—, bueno, algunos desaparecieron durante el viaje.

Sebastián le salpicó con algo de agua y ella soltó un grito ante el susto.

—¡Me las pagarás, Sebastián!

Hilda lo empujó con violencia y lo tumbó en el suelo. Acto seguido, se acuclilló y empezó a hacerle cosquillas. El alemán reía con toda el alma.

—Me encanta cuando ríe —musitó Lya y todas la miraron con asombro—, eh, debo probarme el vestido.

Al día siguiente, Lya se puso a recorrer el jardín mientras intentaba ordenar sus pensamientos y, ante todo, sus sentimientos. A lo lejos vio a Sebastián con su perrita Katy. Él estaba sentado contra el árbol de castaño mientras acariciaba la cabecita del animal. ¿Ni las mascotas se salvaban? ¿Todas se enamoraban de él? Se acercó un poco más y escrutó maravillada el dibujo que Sebastián trazaba con tanta agilidad. ¡Qué talentoso era! Alargó el cuello para apreciar mejor, pero su perrita ladró y la descubrió.

—Hola —saludó al muchacho con las mejillas encendidas.

Sebastián se levantó y la miró con ojos de cordero degollado.

—Hola, señorita.

Sonaba tan solemne y tan distante el trato que ahora le dedicaba. Lo miró con atención.

—No sabía que dibujabas —dijo con timidez.

Sebastián clavó sus ojos en los de ella y le robó un suspiro involuntario.

—Casi nadie lo sabe.

Cortante. Sebastián estaba herido por la manera dura con la que ella le había tratado los últimos días. Ya no era el mismo chico socarrón y competitivo, y mucho menos, atrevido como antes.

—Mañana es mi cumpleaños —anunció ella—, ¿vendrás con tu amiga?

Los padres de Hilda fueron invitados a la fiesta por la madre de Lya, que deseaba entablar amistad con ellos tras conocer el estatus de la adinerada familia en la capital, donde vivían. Sebastián abrió la boca para contestarle, pero la volvió a cerrar cuando Heidi llamó a Lya desde el balcón del cuarto.

—Joshua te llama por teléfono, Lya.

Según Petra escuchó en la casa de Emma, Joshua y Lya se comprometerían formalmente la noche del sábado durante la fiesta de cumpleaños de la joven. Aquella noticia estrujó con saña el corazón del muchacho.

—Espero que vengas —le dijo Lya.

Sebastián la miró por unos instantes.

—No somos del mismo mundo, señorita.

Lya quiso decirle tantas cosas, pero ante la mirada felina del alemán, solo se limitó a parpadear.

—Permiso, señorita.

Sebastián se detuvo a mitad de camino y dijo sin volverse:

—Lamento haberte llamado esclava aquel día.

Lya no se volvió. No dijo nada. Emma le había dicho que su reacción fue un pelín exagerada, pero el tono que había usado él desencadenó a la fiera que llevaba dentro.

—Te esperaré —soltó ella.

Sebastián no dijo nada.

«Sé que vendrás».



Sebastián entró en la mansión de los Rubinstein de brazos entrelazados con Hilda. Llevaba puesto un elegante esmoquin que le había alquilado la joven el día anterior. Tras meditarlo bastante y seguir los consejos de su mejor amiga, decidió ir a la fiesta. Muy en el fondo tenía la esperanza de volver a conquistar la amistad de la judía.

—Eres el más guapo de la fiesta, Sebastián —le dijo Hilda.

Las amigas de Lya no podían dar crédito a lo que veían. El jardinero era, sin lugar a dudas, el hombre más atractivo del lugar, ni siquiera Joshua, con su peculiar belleza y elegancia podía compararse con él. Sebastián no parecía el hijo de un humilde panadero, sino de un noble. La madre de Lya, que llevaba tiempo observándolo, se quedó boquiabierta al verlo.

—Todas están babeando por ti —le dijo Hilda—, estás tan guapo.

Sebastián sonrió y reclinó la cabeza para darle un beso afectuoso en la mejilla. La joven puso su mano sobre su moflete y simuló arrastrar el beso hasta sus labios, robándose una risotada del muchacho.

—Gracias, Hilda.

En ese lapso, Lya bajó las escaleras con suma elegancia, luciendo un vestido morado sin tirantes corte princesa y unos guantes blancos de seda que le llegaban hasta los codos. Sus ojos se encontraron con los de Sebastián, que tenía la boca ligeramente abierta ante la impresión.

—Es perfecta —musitó el jardinero.

Joshua fue a su encuentro con una caja de joyas de color rojo entre manos y todos los invitados posaron sus ojos en él. Lya mal podía respirar, ¿qué le estaba pasando? ¿Por qué no podía dejar de mirar a Sebastián? ¿Por qué su corazón latía de aquel modo tan alocado? Respirar era tan simple hasta que lo vio.

—Falta algo —le dijo el médico con chulería al tiempo que abría la caja y exhibía una gargantilla de diamantes—, una joya única como tú, mi amor.

La madre de Lya se aproximó y sujetó la caja mientras un enorme nudo se le formaba a la joven en la boca del estómago. Joshua cogió la joya y se la puso mientras ella escrutaba con ojos entristecidos a Sebastián. El alemán sintió vergüenza del regalo que le había traído, un dibujo de Lya sentada en su columpio de cuerdas. Ante aquella ostentosa joya, su presente no valía nada. Joshua sonrió satisfecho al ver la cara del jardinero.

—Felicidades, mi amor —le dijo a Lya y le dio un beso en los labios ante todos.

Todos los invitados aplaudieron, menos Sebastián, que se quedó mirándolos con expresión entristecida. Hilda fijó sus ojos en él y luego en Lya. ¿Aquella joven le gustaba? ¿Aquella esquelética joven? No, a él le gustaban las regordetas como ella, se tranquilizó, ya que si era cierto, debía ponerse a dieta y eso sí sería una gran tortura para ella.

—Hola —les saludó Heidi—, qué vestido más elegante, Hilda.

Emocionada, Hilda se apartó de Sebastián para charlar con las amigas de Lya, que fingían amabilidad para ganarse la simpatía de la cerda rica, como la llamaban entre ellas. El padre de Lya y otros invitados rodearon a Sebastián y al padre de Hilda mientras la madre conversaba con la madre y la tía de Lya a un lado. Joshua se acercó con una copa de champán entre manos y se unió al grupo con una mirada muy maliciosa.

—¿No bebes, Sebastián? —preguntó el médico de veinticinco años con cierta ironía en la voz.

El jardinero negó con la cabeza sin desviar la mirada de aquellos ojos azules tan ponzoñosos.

—Bebe un poco —le dijo Joshua al tiempo que cogía una copa y se la alargaba—, es gratis.

¿Qué quería decirle? ¿Acaso no era evidente?, se dijo tras deducir solo la respuesta. Con los dientes apretados, cogió la copa mientras observaba embobado a Lya, que saludaba a sus invitados poco a poco. Joshua no necesitaba volverse para saber a quién estaba mirando con cara de idiota enamorado, a su futura novia. Esbozó una sonrisilla astuta antes de beber un sorbo de su copa.

—Creo que es descortés hablar de negocios delante del jardinero de la familia Rubinstein —soltó el padre de Joshua, tan peyorativo como el hijo—, perdónanos, Sebastián.

El alemán se limitó a asentir con un leve cabeceo.

—Sebastián es un chico muy inteligente —defendió el padre de Hilda—, me dio unas ideas impresionantes para ciertos negocios el otro día —palmeó la espalda del alemán con afecto.

El padre de Lya lo miró con atención y su expatrón con curiosidad. Era cierto, aquel chico tenía muy buena madera para los negocios, pensó el padre del médico, pero no lo exteriorizó.

—Ah, ¿sí? ¿Tienes agallas para los negocios? —dijo con incredulidad Joshua—, Sebastián es un chico muy tímido —sonrió—, incluso para llevar una mujer a la cama.

Sebastián lo miró con indignación y los otros con estupor. ¿Cómo sabía que nunca había estado con una chica? ¿Quién se lo dijo? ¿Lo escuchó? La única persona que conocía su secreto era Petra, y ella sería incapaz de contárselo a nadie.

—¿Aún eres casto? —soltó el padre de Joshua con sorna—. ¿Cómo eso es posible a tu edad?

Las mejillas de Sebastián eran casi moradas.

—¡Y eso que tenías a más de una detrás de ti cuando trabajabas para mí!

Lya acababa de acercarse a ellos cuando escuchó con claridad que Sebastián seguía siendo casto. Ruborizado hasta el alma, el jardinero dijo con jovialidad:

—Quizá me esté guardando para alguien especial.

Todos se echaron a reír al ver su mueca divertida. Lya, en lugar de reírse, lo miró con profunda admiración.

—¡Eres todo un personaje! —chilló el padre de Hilda—, quizá esa mujer esté aquí en la fiesta entre nosotros —le guiñó un ojo en señal de complicidad.

Lya y Sebastián se miraron con intensidad mientras todo se ralentizaba alrededor de ambos.

—Quizá —musitó él sin apartar la vista de ella.

Joshua apretó con fuerza sus dientes al ver el brillo peculiar que destellaban los ojos de Lya por el jardinero. ¿Qué vio en él? ¿Acaso era consciente de su pobreza? Se acercó a ella.

—Ven, cariño —le dijo—, han llegado más invitados.

Media hora después, Sebastián decidió marcharse de la fiesta sin que nadie se diera cuenta, excepto Lya, que no le quitó el ojo de encima toda la noche. Al verlo salir de la mansión, decidió seguirlo.

—Sebastián —dijo antes de que este cruzara el portón.

El alemán retornó sobre sus pasos y se detuvo cerca del árbol de castaño, frente a ella. Los rayos plateados de la luna enmarcaban sus cuerpos bajo el tímido canto de los grillos y las ranas camuflado por la música que procedía de la casa.

—Lo siento, me olvidé felicitarte —le dijo él con un enorme nudo en el pecho.

Después, cogió un pergamino finamente atado con un lazo blanco de raso del bolsillo interno de su chaqueta. Le entregó con manos temblorosas.

—No vale nada, pero fue hecho con mucho amor.

Lya retiró el lazo con cierta impaciencia y desdobló el pergamino que olía a él. ¿Le puso su perfume? Observó maravillada su retrato hecho a lápiz. Luego clavó sus ojos en él.

—Es hermoso, Sebastián.

El alemán sonrió sin abandonar aquel deje tan triste.

—Debo irme, Lya —le dijo con los ojos encapotados—, no pertenezco a este lugar.

Los ojos de Lya se llenaron de lágrimas al escucharlo. Ella personalmente le inyectó aquel veneno en el alma. Los comentarios desdeñosos de Joshua y su padre solo aumentaron su dolor.

—Disfruta de tu fiesta, Lya.

Con la mandíbula apretada y el corazón encogido, Sebastián alargó la mano y la deslizó por la mejilla de la judía. Lya posó su mano sobre la de él y entrecerró sus ojos emocionada.

—No te vayas, Sebastián.

Una lágrima recta, cristalina y tibia atravesó el rostro del alemán al tiempo que recitaba el poema de Friedrich Schiller:

Tres palabras de fortaleza

I

*Hay tres lecciones que yo trazara
con pluma ardiente que hondo quemara,
dejando un rastro de luz bendita
doquiera un pecho mortal palpita.*

II

*Ten Esperanza. Si hay nubarrones,
si hay desengaños y no ilusiones,
descoge el ceño, su sombra es vana,
que a toda noche sigue un mañana.*

III

*Ten Fe. Doquiera tu barca empuje
brisas que braman u ondas que rugen,
Dios (no lo olvides) gobierna el cielo,
y tierra, y brisas, y barquichuelo.*

IV

*Ten Amor, y ama no a un ser tan sólo,
que hermanos somos de polo a polo,
y en bien de todos, tu amor prodiga,
como el sol vierte su lumbre amiga.*

V

*¡Crece, ama, espera! Graba en tu seno
las tres, y aguarda firme y sereno
fuerzas, donde otros tal vez naufraguen,
luz, cuando muchos a oscuras vaguen.*

Lya abrió de golpe sus ojos cuando él terminó de recitar el poema. Miró con ternura infinita al alemán, que intimidado, bajó la cabeza para ocultar la gran pena que llevaba en el alma.

—Es precioso, Sebastián.

Acortó la distancia y escrutó al alemán con ojos soñadores.

—No todos tenemos esperanza, fe y amor —musitó ella, conmovida—, no todos logramos reunirlos en una sola vida.

Sebastián retiró su mano de su rostro y la miró con profundidad.

—Cuando te conocí la esperanza y la fe me hicieron creer que algún día lograría ser el dueño de tu amor, Lya.

Las lágrimas anegaron el rostro de la joven. Sebastián enjugó las mismas

con los pulgares mientras de sus ojos brotaban otras más que ella con un beso las secó.

—Oh, Sebastián.

Sin decir una sola palabra más, el alemán reclinó su cabeza a cámara lenta y se adueñó de sus labios y, de paso, de su corazón.

En busca del soldado

Emma cogió las galletas que le había preparado a Joachim la primera vez, eran las favoritas del soldado, según él mismo. Se puso su sombrero rojo y cogió su bolso del mismo tono con una amplia sonrisa. Tenía una gran misión, ¡reconquistar a su soldado!

Salió de la casa rumbo a la parada de autobús con ese pensamiento revestido de optimismo.

—¿Y si no quiere verme? —se dijo tras sentarse en el autobús—, ¿y si no me perdona?

Descartó tal posibilidad. Pensaba incluso alistarse a las fuerzas armadas disfrazada de hombre para convencerlo. Miró su larga melena castaña con ojos ensombrecidos. ¿El rapado le quedaría bien?, se preguntó algo atribulada.

—No será necesario —se dijo—, ¿o sí?

Emma bajó del autobús media hora después y se dirigió hacia el cuartel. Se santiguó en un acto reflejo frente al lugar y una mujer que pasaba por ahí la miró con expresión interrogante.

—¡Malditos mosquitos! —exclamó Emma, y fingió espantarlos con las manos—, buenas tardes, soldado —saludó tras acercarse al centinela que custodiaba la puerta—, vengo a ver al teniente Ackermann.

Avisaron a Joachim que lo buscaban en la entrada. Se apresuró a bajar las escaleras pensando que era su superior, pero no, para su sorpresa, era Emma, que acababa de golpear al guardia con su bolso cuando este intentó levantarlo del suelo.

—¡Lo siento!

El soldado llevó su mano a su mejilla con un gesto de asombro.

—Le dije que no era necesario —acotó Emma—, ¿quiere una galleta?

El soldado cogió con apetencia una de las tantas galletas del recipiente y Joachim temió lo peor. El soldado puso cara de circunstancia y cuando ella miró hacia atrás, escupió a un lado con una expresión difícil de definir con palabras.

«Pobrecillo» pensó el teniente.

La joven compró un periódico de un chico que empezó a coquetear con

ella con descaro. Joachim apretó con fuerza sus dientes. ¿Sentía celos incluso de aquel niño que mal tenía quince años? ¿Qué le estaba pasando? ¿Desde cuándo no lograba controlar sus emociones como le enseñaron en el Reichsheer? De pronto, evocó lo que Emma hizo el otro día con Samuel en plena vía pública y la rabia retornó con fuerza a su corazón. La imagen de ellos dos hablando y bromeando como si fueran novios estrujó con saña su órgano vital. No se veía con fuerzas para enfrentarse a ella en esos momentos.

—Soldado —le dijo a uno que pasaba cerca de él—, dile a la chica que no estoy —le indicó con la mirada a Emma.

El soldado salió junto a ella y le dio el recado del teniente.

—No quiere verme —dijo entristecida—, está ahí ¿no?

El soldado le dedicó el saludo militar antes de alejarse de ella. Joachim subió a su habitación y se preparó para el ensayo a gran escala de maniobras militares en el campo de entrenamiento. Aquel día tocaba ejercicios de campo y él como teniente debía comandar a su pelotón, uno de los mejores del cuartel.

—Lo siento, Emma —dijo apenado—, pero no puedo distraerme con tonterías en estos momentos.

¿Tonterías? ¿Qué quería decir con ello?, se preguntó algo azorado.

—Nada de lo que digo últimamente tiene mucho sentido.

Emma caminó cabizbaja hasta la parada de autobús cuando de pronto vio uno de los coches militares que acababa de aparcar frente al cuartel. Un soldado levantó un tipo de carpa que cubría la parte trasera del mismo y una absurda idea cruzó su mente.

—¡Ey, tú! —le gritó al chico del periódico—, ¿vives muy lejos de aquí?

El joven de quince años, pelirrojo y lleno de pecas, la miró con cierta desconfianza. ¿Para qué quería saber aquello? ¿Pretendía violarlo o algo así? ¿Y quién coño era él para oponerse? Emma, al ver su rara expresión, le explicó:

—Necesito tus ropas —repuso con firmeza y él abrió de par en par sus ojos verdes, demasiado emocionado para su gusto—, mira, creo que me expresé mal —le enseñó unos billetes—, serán para ti si me vendes tus ropas —miró sus pies con atención—, ¿cuánto calzas?

El joven la llevó a su casa a unas manzanas del cuartel y le vendió sus ropas sin protestar. Una camisa ajada, unos pantalones aún más ajados, unos tirantes negros bastante usados y unos zapatos gastadísimos. Emma se cambió de atuendo con rapidez en el cuarto de baño de la casa.

—Pobre de ti si me estás espiondo —amenazó Emma—, fresa.

¿Fresa? ¿Por ser pelirrojo o pecoso?, se preguntó el adolescente tras resoplar y apartarse de la puerta. Emma dejó sus cosas en la casa del muchacho.

—Puedes comer las galletas —le dijo cantarina.

Él puso cara de asco.

—Lo hice, ¿qué tienen? ¿Son galletas de pescado?

Ella asintió henchida de orgullo.

—Es la galleta favorita de mi soldado.

No comprendía por qué a Joachim le había gustado tanto, pero algo aprendió con la antigua cocinera de Lya: hay paladares exquisitos y recetas aún más exquisitas para ellos. El chico se rascó la barbilla con expresión de sorpresa.

—Está loco, ¿no?

Emma le dio un golpecito en la cabeza y derrumbó su boina de paso.

—Volveré a por mis cosas antes del anochecer, fresita.

—¡No soy marica! —protestó el chico—, soy un macho alfa —exhibió su delgado brazo—, ¿no ves mis músculos?

Emma miró su brazo de cerca.

—Sin lupa, no —se mofó y él resopló—, alístate a las fuerzas armadas y tendrás unos músculos deliciosos como mi soldado.

El muchacho asintió sin abandonar su deje entre divertido y horrorizado.

—Estás loca, ¿no?

Emma recogió su pelo en un rodete y se puso la boina ajada del chico con una amplia sonrisa.

—Un poco.

El joven le dijo que debía lavarse la cara o pensarían mal de él.

—Ya ni sé lo que digo.

Emma se lavó la cara y salió de la humilde casa saltando como una niña traviesa.

—¡No saltes como una niña! —le gritó el joven desde el jardín de su morada—, o pensarán mal de ti.

Emma dejó de saltar y se puso a pensar en su primo Ingo, un semental de pura cepa. Evocó sus modales e intentó copiarlo. Se rascó sus partes con chulería y luego intentó eructar, pero le daba asco y desistió. Se encaminó con sigilo hasta el coche militar y se metió en la parte trasera bajo la carpa entre unas mochilas repletas de cosas redondas. ¿Qué eran?

Joachim salió del cuartel y miró hacia los lados con la esperanza de encontrarse con Emma, pero ella ya no estaba. Pensó que sería más insistente, siempre lo era a la hora de darle sus famosas galletas raras, no obstante, aquel día desistió. Tragó con fuerza antes de ponerse su gorro de combate.

—¿Listo? —dijo alguien con su grave y firme voz—, ¡Jawohl! —dijo Joachim antes de subirse al coche y arrancarlo.

Emma soltó un largo suspiro y Joachim miró con extrañeza a su superior. ¿Por qué suspiraba como una damisela en apuros? El hombre de cuarenta años le ofreció un cigarro y le sacó de sus raros pensamientos.

—Gracias, señor.

Emma volvió a suspirar y Joachim volvió a mirar a su superior con expresión interrogante al tiempo que este hacía lo mismo con él.

—De nada, soldado.

Su mejor amigo, Udo Schneider, se encargó de conducir el camión blindado. Transportaba a los soldados y las armas para el ensayo. A la izquierda se abrían los campos de cultivo, y a la derecha había un bosque. Joachim aparcó el coche y cogió su fusil de la parte trasera sin sospechar que allí estaba Emma, acurrucada a unas mochilas.

—Hoy sabrán lo que significa ser un buen soldado —amonestó el alemán con voz seria—, no todos nacieron para serlo.

Emma enarcó ambas cejas al oírlo tan duro y tajante con sus hombres. Por un lado, se sorprendió y por el otro... ¿se excitó? Algo entre sus piernas palpitaba con fuerza. ¿Era su corazón? ¿Qué hacía allí? ¿Se descolgó de sus arterias y terminó allí? ¿Con quién hablaba?

—Estás loca —se dijo y asintió.

«Totalmente» le dijo alguien en su cabeza.

—Hmmm.

Cuando el silencio irrumpió el lugar, la joven levantó con suma cautela la carpa y miró el sitio con ojos curiosos. Al no ver a nadie, salió de su zona de confort con mucho cuidado, pero, como de costumbre, perdió el equilibrio y se cayó con torpeza en el suelo. Su boina salió volando de su cabeza y uno de sus zapatos de su pie. Se los puso a toda prisa mientras se rascaba la cabeza con cierta impaciencia. ¿Qué le pasaba? ¿Eran piojos? ¿Era eso? Abrió la boca como para maldecir su suerte, pero la cerró a toda prisa al ver a unos soldados bien armados que se acercaban al coche de Joachim. Se escondió detrás de un cubo de basura y los observó con atención. Los soldados eran muy altos y muy rubios como Joachim, aunque su soldado era mil veces más

guapo que aquellos dos. Cuando se marcharon, decidió adentrarse en el bosque donde estarían los hombres de Joachim y, ante todo, él. Se tropezó unas cuantas veces y soltó unos grititos al oír unos estallidos. ¿Estaban en plena guerra? ¿Eran bombas de verdad? ¿Acaso no eran solo simulaciones? Se escondió detrás de un tronco caído cuando vio a unos soldados. ¿Qué pasaría si la vieran por aquellos lados? ¿Le dispararían?

—Schneller! —gritó uno de los soldados—. Scheiße!

Emma levantó la cabeza y miró como el soldado que soltó la palabrota recibía disparos de tinta. Por fortuna, eran ensayos militares como supuso.

Joachim ordenó a sus hombres que no se movieran de sus sitios. Fue a buscar al capitán Hoffmann, que estaba al mando de la línea defensiva. El teniente observó con los prismáticos el bosque al otro lado del río y llegó a la conclusión de que sus enemigos ya habían avanzado lo suficiente para establecer contacto, pero que aún no se habían desplegado en posición de ataque.

—¿Dónde estará Joachim? —se preguntó Emma en ese preciso instante.

Una rata apareció y ella soltó un grito que ahogó con su mano para no delatarse. La rata le mostró los dientes y, ante el susto, se sentó de golpe sobre una piedra punzante. Un grito titánico se le escapó al tiempo que un estallido de bomba asaltaba el lugar, camuflando de aquel modo su alarido.

—Mi popo fue duramente atacado por el enemigo —se dijo con voz llorosa—, levántate, soldado —se animó—, ¡Dios mío!

Emma corrió al ver que la rata venía detrás de ella. Un soldado le gritó a voz en cuello desde lejos, pero ella no se detuvo. El soldado la siguió y le rogó que no entrara en la casita de madera. Ella giró su rostro en un acto reflejo y al volverse chocó contra el superior de Joachim. El impacto del encontronazo la derrumbó con violencia en el suelo.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —le preguntó el hombre con una voz muy seria—, ¿se pinta los ojos?

—Hola —le dijo ella con la voz entrecortada—, en realidad, soy una mujer, señor.

El capitán frunció tanto el entrecejo que si le colocaban una moneda entre ellos no se caería, pensó Emma con una sonrisa desencajada. El alemán le sacó la boina y su larga melena se hizo presente.

—¿Qué hace aquí, señorita?

Emma se sonrojó hasta las orejas.

—Busco al teniente Ackermann.



Los hombres de Joachim cavaron un gran agujero junto al bosque y sepultaron unas piedras que representaban a las personas que habían muerto durante el combate. Un soldado vino corriendo del otro lado y jadeante dijo:

—¡Señor, el capitán Hoffmann recibió un impacto de bala en un pie! — Joachim lo miró con estupor—, una chica disfrazada de hombre sostuvo su arma y lo disparó pensando que era de juguete.

Joachim se levantó de golpe y tronó con el corazón en un puño:

—¡Emma!

El soldado corrió hasta el lugar indicado por su subalterno y miró estupefacto a la joven, que estaba al lado del médico que atendía a su superior.

—¡Ackermann! —chilló el capitán con una alegría inusual en él—, ¡tu chica es todo un personaje!

Un rubor casi morado tiñó sus mejillas al tiempo que se acercaba a ellos con pasos lentos. Emma lo miró con timidez, temiendo lo peor.

—Hola, Emma.

El capitán encendió un cigarro y lo caló hondo.

—Me estaba contando por qué se disfrazó de hombre —dijo el oficial tras exhalar el humo por sus fosas nasales—, le dije que tenía huevos para hacer semejante locura y ¿qué me dijo ella? —Joachim se encogió de hombros—, ¡que probablemente se los había comido en el desayuno!

Todo se echaron a reír, incluso Joachim. Emma terminó riéndose con ellos. El teniente quiso saber cómo se encontraba su superior tras el impacto de bala.

—Por fortuna la bala solo rozó mi dedo gordo, pero nada que lamentar, teniente.

Joachim cogió la mano de Emma con ternura.

—Llévala a su casa y trae de paso sus galletas —le dijo el capitán.

El teniente mordió la piel interna de sus mejillas con nerviosismo. ¿Quería probar aquellas galletas del infierno? ¿Y si no le gustaba lo fusilaría? Él lo haría en su lugar.

—Me ha invitado unas que había traído en los bolsillos para usted.

Joachim no sabía cómo reaccionar al respecto. ¿Había probado las galletas? ¿Y le gustaron? Emma retiró una de su bolsillo.

—Para ti, soldado.

El oficial decidió darle una segunda oportunidad, quizá la mejoró. La metió en la boca con apetencia. El raro sabor de aquella galleta solo acentuó su opinión anterior. ¡Era horrible!

—Vuelvo enseguida, señor —anunció él tras tragar la galleta.

—¡No se apure!

Emma y Joachim se enfilaron hacia la casa del joven que le había prestado sus ropas. La alemana entró en la casa y se cambió de atuendos lo más rápido posible. El teniente fumaba cerca del coche cuando la vio salir de la vivienda con el vestido que le dejaba sin aire en los pulmones. La joven sonrió y decidió caminar como Lizzy, su gatita, pero al dar el siguiente paso, se cayó con torpeza en el pavimento. Joachim se acercó como una exhalación y la ayudó a levantarse.

—¿Estás bien?

Los últimos rayos del sol de aquel día iluminaron el rostro del oficial y realzaron su belleza. Emma se quedó mirándole con expresión embobada.

—Estoy muy bien, soldado.

Él sonrió y dejó al descubierto sus alineados dientes blancos. Emma clavó sus ojos en el pequeño hoyuelo de su barbilla. Tuvo deseos de darle un mordisco, pero se contuvo.

—Te llevaré a casa, preciosa.

Durante el viaje, ella le preguntó por qué estaba tan cambiado. Él, que conducía con suma elegancia y fumaba al mismo tiempo, le dijo solemne:

—Te vi con Samuel el otro día, frente a tu casa —hizo una pausa para exhalar el humo por sus fosas nasales—, parecían novios.

Emma lo miró con curiosidad por el rabillo de su ojo.

—¿Sentiste celos, soldado?

Joachim apretó con fuerza su mandíbula.

—Como nunca en mi vida —confesó él y con ello dibujó una amplia sonrisa en los labios de la muchacha—, y eso que nunca fui celoso.

Emma le dijo que Samuel era su amigo y que nunca tuvo nada con él. En realidad, con nadie. Aquello encendió una alarma en el cerebro del soldado. ¿Emma nunca tuvo novio? ¿Nunca estuvo con nadie? Su corazón latió tan fuerte que temió perder la audición.

—Temí que rechazaras la invitación para ir a la fiesta conmigo —le confesó ella mientras él aparcaba el coche frente a su casa—, por eso no lo hice.

El soldado bajó del vehículo y abrió la puerta del copiloto con suma delicadeza. Ofreció su mano a la muchacha, que emocionada hasta el alma, la cogió. Se apeó sin lograr esconder la enorme felicidad que sentía. Joachim la miró con ojos melosos.

—Oh, Emma —le dijo él al tiempo que la envolvía con sus fuertes brazos—, muero por besarte.

Ella enarcó ambas cejas.

—Tienes permiso para besarme, soldado.

El alemán reclinó a cámara lenta su cabeza y capturó los labios de Emma en un tierno beso. Ella abrió la boca para que él pudiera explorar su interior con su voraz lengua.

—Hasta mañana, Emma —le dijo él sin apartar del todo sus labios de los de ella—, descansa.

Ella acarició la mejilla del soldado con ojos soñadores. Aquel hombre era aún más guapo con su uniforme de oficial.

—¿Almorzarías mañana conmigo, Joachim?

Él sonrió.

—Me encantaría.

Emma se apartó de él lentamente, giró sobre sus talones y se alejó del coche o, al menos, lo intentó. El ruido peculiar de la tela rasgándose les sacó a ambos de aquel delicioso momento.

—¡Oh, Dios mío!

La falda del vestido se enganchó a la puerta y cuando ella se alejó se rasgó en el costado. Joachim miró con el corazón en la garganta las blancas piernas de la joven, que trataba de cubrirse con lo que había restado de la falda.

—¡Qué vergüenza! —chilló ella.

Joachim se acercó para ayudarla, pero a cambio se ganó una fuerte bofetada.

—¡¿Por qué me pegaste?!

Ella no sabía qué decirle, así que se abalanzó sobre él y le dio un apasionado beso que lo dejó sin aliento.

—Hasta mañana —dijo Emma tras apartarse—. ¡Madre mía! —jadeó, soplándose la cara con una mano.

Corrió a su casa cubriéndose con torpeza las piernas desnudas. Joachim se quedó mirándola con cara de idiota.

—Hasta mañana —susurró al tiempo que se masajeaba la mejilla—, Emma —sonrió ampliamente—, eres única.

—¡Buenas noches, soldado! —chilló ella antes de entrar y derrumbar un jarrón de paso—, serás torpe, mujer —refunfuñó.

—Buenas noches —musitó él antes de subirse al coche y marcharse.

Dulces besos

Sebastián y Lya se metieron en el sótano de la mansión tras el almuerzo. Reían y bromeaban mientras bajaban las escaleras a toda prisa. Él la colocó contra la pared de manera trepidante y se metió entre sus piernas decidido. La joven apretujó las nalgas del alemán con lascivia mientras él dibujaba su cuello con sus labios.

—Sebastián —gimió ella—, ¿me has embrujado?

Él se apartó y la miró con devoción.

—Pensaba lo mismo de ti, Lya.

Ella lo llevó hasta el sofá y lo empujó con poca delicadeza antes de levantar su vestido y sentarse a horcajadas sobre sus piernas. Sebastián soltó un gemido de placer cuando ella enterró su lengua en su boca con avidez.

—Me encanta el sabor de tus labios, Sebastián.

No tenía mucha experiencia como creía él, simplemente se dejaba llevar por el deseo.

—Oh, Lya —gimió él sobre sus labios.

Las manos del alemán se deslizaron por su espalda hasta llegar a sus nalgas, con las mejillas encendidas y el corazón latiéndole en alguna parte de su cuerpo que no lograba reconocer, las apretujó. Lya, excitada hasta los tuétanos, soltó un gemido que se mezcló con los de él. ¿Cuánto tiempo soportarían sin cruzar los límites?

—Lya —jadeó él antes de posar su boca en el hombro desnudo de la joven—, te deseo con locura.

Ella sujetó su cabeza para no perder el equilibrio y la razón de paso. ¿Aquella quemazón en su parte baja era normal? ¿La humedad entre sus piernas también? El corazón le latía por todas partes, como si tuviera varios repartidos por todo su cuerpo.

—Nunca... nunca sentí esto antes, Sebastián.

Él la recostó sobre el sofá y se acomodó entre sus piernas al tiempo que le levantaba la falda del vestido con expresión ladina. ¿Quién era aquel chico y dónde estaba el dulce joven con quién andaba liándose desde la noche de la fiesta de su cumpleaños?

—Tampoco yo, Lya.

Reclinó la cabeza y capturó los labios de la joven en un profundo y apasionado beso, un beso que abrasó cada centímetro del cuerpo femenino.

—Te deseo —jadeó él tras apartarse—, tanto que me duele respirar.

Lya arqueó la espalda cuando él besó la piel suave de su clavícula y fue bajando hasta el inicio de sus senos. Él levantó la mirada y la dejó sin aire en los pulmones cuando descifró sus intenciones.

—Dios —susurró ella, bajito.

Con sumo cuidado, le bajó la parte de arriba del vestido y escrutó embobado sus senos cubiertos por un delicado sujetador de color blanco.

—Dios —susurró emocionado—, eres lo más hermoso que vieron mis ojos.

Una corriente eléctrica agitó la parte íntima del alemán, que se agachó a cámara lenta, dispuesto a saborear aquellos pechos blanquecinos tan perfectos.

—No —dijo de pronto ella—. No estoy preparada, Sebastián.

Él sonrió con ternura al ver el terror en su cara. Con mucho cuidado, cubrió sus senos sin apartar la vista del rostro de la muchacha, que temblaba como una hoja bajo su cuerpo.

—Lo siento, cielo —se disculpó él—, me dejé llevar por el momento.

Lya sintió el impacto de su excitación contra su entrepierna. Sebastián tenía una erección a punto de estallar. Ruborizado hasta las orejas, se incorporó y se arregló la camisa con cierta timidez. Lya se sentó sin apartar la vista de él.

—¿No me odiarás por esto?

Él giró su rostro con el entrecejo fruncido en un gesto de confusión.

—Nunca —le dijo con una sonrisa preciosa—, eso nunca pasará, Lya —cogió su mano y depositó un tímido beso en el dorso—, ni en esta ni en las otras vidas lograría odiarte, mi amor.

Ella alargó la mano y acarició la mejilla sonrojada del alemán.

—Me gusta cuando unos puntos rojos tiñen tus mofletes —le dijo con sorna—, porque me revelan lo que sientes en ese preciso instante.

Él ladeó la cabeza con chulería.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

Sebastián carraspeó.

—¿Y qué siento ahora mismo según mis mofletes?

Lya se puso seria, casi meditabunda. Él sonrió al ver su mueca enigmática.

—Que mueres de vergüenza —acotó ella y miró con discreción su entrepierna—, aunque no te arrepientes de lo que la ocasionó.

Sebastián puso cara de asombro y ella le dio un golpecito en el brazo.

—¡Eres un payaso, Sebastián!

El alemán se abalanzó sobre ella y le hizo cosquillas. Lya pataleó y gritó bajo su cuerpo hasta que él se detuvo y en lugar de continuar con las cosquillas, la besó con toda la pasión que albergaba su corazón.

«Te quiero, Lya» pensó él mientras el beso aumentaba cada vez más la intensidad de aquel sentimiento que había nacido en su corazón casi desde el primer día que la vio por el pueblo. ¿Cuánto tiempo debía esperar para decirlo? Lya no era como las demás chicas, no, ella era distinta a todas, pensaba distinto y actuaba distinto. Lo mejor sería esperar a que ella lo dijera primero, se convenció antes de enterrar su lengua en la boca de la joven.

—¿Dónde está, Lya? —dijo de pronto la madre de ella en el pasillo—. No la veo por ninguna parte.

Ambos se petrificaron al oírla.

—¡Saldré por la ventanilla! —exclamó él.

Lya le rodeó la cintura con sus largas piernas y lo apretujó contra cuerpo tras envolverle el cuello con sus brazos.

—Lya —le dijo él con cierta aprehensión—, si nos descubren, no podremos volver a hacer las cosillas que hacemos todas las tardes.

Refunfuñando, lo soltó tras darle un inquietante beso.

—Te quiero, Sebastián.

El alemán la miró con profundidad, sin lograr dar crédito a lo que acababa de escuchar. Con la lengua algo trabada y la respiración enrecortada, dijo en un acto reflejo.

—Muchas gracias.

Ella se sorprendió ante su inesperada respuesta. Enarcó ambas cejas y ladeó un poco la cabeza.

—¿De nada?

¿Muchas gracias? ¿En serio? ¡Eres un imbécil!, se gritó él para sus adentros. Abrió su boca como para replicarla, pero la volvió a cerrar cuando la madre de Lya gritó:

—¿Lya? ¿No estarás en el sótano como siempre?

¿A Lya le gustaba estar en el sótano? ¿Por qué? Miró el lugar lujoso, algo desordenado, pero repleto de muebles caros. Lya siguió su enfoque y sonrió

con ternura.

—Es mi fortaleza —susurró—, me gusta la paz que me envuelve cuando estoy aquí.

—¡Lya! —gritó la mujer y golpeó la puerta—, ¿estás ahí, hija?

Sebastián se levantó a toda prisa y salió del sótano por una de las tres ventanillas que se encontraba en el lugar, Lya tuvo un ataque de risas cuando su precioso trasero se quedó atascado.

—¡Ay! —chilló él cuando ella le mordió una de las cachas.

Ella lo empujó con ambas manos o, al menos eso lo intentó.

—¡Lya! —protestó él cuando ella empezó a manosearle—, ¡no seas desvergonzada!

Ella hizo exactamente lo contrario, así era ella, caprichosa y rebelde como su ovejita, que llevaba días durmiendo con las gallinas y no con el carnero que alguna vez Martín robó durante sus escapadas.

—Tienes un culo perfecto, Sebastián —le dijo y le mordió por segunda vez—. ¡Duro como el granito!

—¡Ay! —chilló él antes de salir—, ¿me has mordido dos veces?

Ella asintió con una sonrisa muy ladina en los labios. El sol enmarcó el cuerpo del alemán y realzó aún más su belleza mítica, ¡aquel joven parecía un ángel! Lya nunca vio un rostro más perfecto que aquel en toda su vida y eso que había viajado bastante por el continente.

—Te quiero, Lya —le dijo él con el corazón en la mirada—, con toda el alma.

La joven lo miró con picardía.

—Muchas gracias, Sebastián.

El jardinero se echó a reír.

—¡Jaque mate! —estalló él y ella le quiso comer a besos—, nos vemos más tarde.

Ella le lanzó un beso y él simuló que lo cogía con la palma. Lo llevó a su boca con los ojos entrecerrados. Lya lo miró boquiabierto por unos segundos mientras evocaba lo que su nana le había dicho días atrás.

«El amor es el sentimiento más peligroso cuando se adueña de tu corazón, termina adueñándose de tu cabeza y te transforma en su esclava».

«Soy esclava de tu amor, Sebastián».



Emma quiso preparar algo especial para su soldado, y para ello necesitaba carne de gallina fresca, según el recetario de su abuela.

—¿Y la carne, Margot?

La mujer le dijo que la gallina que había comprado para su receta estaba en el patio trasero de la casa. Emma alzó ambas cejas en un acto reflejo.

—¿Está viva?!

La cocinera asintió.

—Querías carne fresca ¿no?

La joven no podía respirar bien.

—¡No tan fresca!

La mujer le dijo que debía ir al centro a por algunas cosas para su madre, y que no podría ayudarla con el asesinato de la pobre gallina. Emma llevó su mano a su pecho en un gesto de asombro.

—¿Cómo se mata una gallina, Margot?

—Como a los malvados del pasado, degollándola, Emma.

Emma soltó un gemido de estupor. ¿Debía degollarla? ¡Pobrecilla!

—Debes apurarte, cielo.

Emma miró el reloj de la cocina.

—Oh...

Con el alma a los pies, Emma salió al patio trasero de la casa con un cuchillo filoso entre las manos. Miró al animal con ojos lastimeros.

—Gallinita, no quiero ser mala, pero te necesito para conquistar aún más a mi soldado.

El animal cacareó como si le hubiera entendido. Emma se detuvo en seco cuando una idea cruzó su mente. Chasqueó los dedos en el aire y entró en la casa como alma que lleva el diablo. Cogió el libro que siempre le daba sueño: Utopía de Tomás Moro.

—¡Seguro funcionará!

Retornó al patio con el libro entre manos y un objetivo en mente. Luego buscó una piedra de tamaño considerable y la colocó cerca de la gallina, que picoteaba el césped como si ella fuera invisible.

—Perfecto.

Emma empezó a leer el libro, esperando que la gallina se aburriera y

cayera dormida sobre la piedra. El impacto podía causarle alguna lesión mortal en la cabeza, se dijo fehaciente, pero la única que terminó bostezando fue ella.

—No funciona.

Otra idea iluminó su mente.

—¡Sí!

Corrió a su cuarto y cogió un tipo de cuerda. Le hizo un nudo del tamaño del cuello de la gallina y lo ató a un arbusto. Se quitó el colgante y empezó a moverlo delante de la gallina.

—Mira la medalla —le dijo—, te ordeno que te suicides —acotó con voz misteriosa sin percibir la presencia sigilosa de Magda a pocos metros de ella—, el mundo es cruel y lo mejor es morir.

—¿Qué haces?

Emma gritó y saltó ante el tremendo susto que le provocó su hermana.

—¿Me quieres matar de susto?

Se puso seria y chasqueó los dedos en el aire. ¡Buena idea! Miró a la gallina y le gritó de repente. Magda frunció mucho el entrecejo.

—¡Esta gallina es inmortal! —chilló—, me rindo.

Emma le explicó a su hermana sobre sus brillantes métodos para matar a la gallina que pretendía cocinar para el soldado.

—¿Por qué no le preparas Bratkartoffeln? —le propuso Magda.

Decidió seguir el consejo de su hermana y preparó patatas salteadas para el soldado, que hambriento, la probó con cierta impaciencia cuando llegó a la casa.

—¿Te gusta, Joachim?

El hambre siempre fue una mala consejera, pensó el alemán tras probar el primer bocado. Masticó y masticó las patatas, que al parecer, estaban semicrudas, al igual que las cebollas. Emma lo miraba con embeleso mientras devoraba el delicioso pastel de carne que Margot había hecho. El soldado miró con ojos melosos su plato entretanto trataba de tragar aquello que llevaba minutos masticando.

—Está exquisito el plato, Emma.

Nunca había probado patatas crudas en su vida hasta ese momento. Emma le dijo que primero frío la cebolla y luego colocó las patatas troceadas para que se cocinaran juntas, pero se olvidó de un pequeño detalle, encender la cocina. Lo único que pudo saborear con apetencia fueron los trocitos de bacón y el pan que había traído.

«Por amor somos capaces de tantas cosas» se dijo el oficial tras tragar.
¿Amor? Aquello lo dejó petrificado.

—¿Quieres zumo de manzana?

—Sí, por favor.

El alemán se levantó al ver a la madre de Emma.

—Buenas tardes —saludó la mujer con sequedad tras echarle un vistazo—, hija, hoy tienes clases de violín, no lo olvides.

Joachim llevaba su uniforme de campo, aquel día había entrenado a sus hombres y no le dio tiempo para cambiarse de atuendo.

—Buenas tardes, señora.

Emma escrutó a su madre con cierta rabia. ¿Por qué siempre era tan antipática con las personas que no formaban parte de su círculo de amistades?

«Porque son pobres» se dijo al deducir solita la razón.

—Lo siento —le dijo al soldado con un enorme nudo en la garganta—, mi madre es un poco arisca al inicio, pero con el tiempo te acostumbrarás a ello.

Por un segundo, el soldado pensó que diría que con el tiempo cambiaría, pero no, Emma nunca mentía.

—No te preocupes, preciosa.

Bebió un buen sorbo de zumo de manzana.

—¿Te llevo a tu clase?

Emma lo miró con expresión ladina.

—Nunca monté una moto.

Joachim sonrió ampliamente.

—Siempre hay una primera vez para todo, cielo.

¿Cielo? Aquello casi la hizo perder la consciencia.

—Ya vuelvo, soldado.

Cogió su violín y su bolso tras limpiarse los dientes. Joachim metió una goma de menta para neutralizar el sabor de la cebolla cruda.

—Perfecto —se dijo él.

Moría por un beso y ni loco la besaría apestando a cebolla cruda. Salió de la casa y la esperó cerca de la moto.

—¡Aquí estoy, soldado! —chilló ella al tiempo que imitaba el saludo militar.

Joachim le puso el casco.

—¿Lista?

—Señor, sí señor.

El alemán sonrió de lado antes de ayudarla a montar la motocicleta.

—Sujétate con firmeza a mi cintura, cielo.

Ella obedeció tras acomodar mejor sus cosas.

—Lista, soldado.

Joachim arrancó y se dirigieron a la escuela de música de la joven. Emma reclinó su rostro por la espalda del soldado mientras la brisa le acariciaba las nalgas. ¿Eh? Giró su rostro y miró estupefacta la falda de su vestido que volaba con gracia y dejaba al descubierto su trasero. ¡Qué papelón!

—Joachim —dijo ella con cierto nerviosismo—, ¿por qué no me llevas a otro sitio?

El alemán frunció su entrecejo al oírla.

—¿Tienes certeza?

—Llévame a tu sitio favorito, Joachim.

Ella logró cubrir su trasero mientras el soldado cambiaba de dirección, rumbo a un sitio donde solía ir para pensar y ordenar sus ideas. Emma miró maravillada el lugar cubierto por árboles frondosos.

—Es precioso.

Joachim le alargó la mano y la llevó a la torre de estilo medieval que se encontraba en medio del bosque. Nadie iba allí nunca. Subieron las escaleras y se acomodaron en la cima.

—Aquí vengo para pensar —le dijo él mientras ella bajaba sus cosas en el suelo.

—Ah, ¿sí? ¿Y pensaste en mí alguna vez?

El soldado la atrajo contra sí y reclinó su frente sobre la de ella con suma delicadeza.

—Las últimas veces solo he pensado en ti, Emma.

Un gemido se le escapó de la garganta a la joven ante la emoción.

—¿Hablas en serio, Joachim?

Él asintió y sin decirle una sola palabra, la besó como si en aquella caricia se le fuera la vida.

El sabor del desprecio

Un jardín con arbustos y macetas con flores falsas adornaban el palco del teatro municipal del pueblo donde Magda y otros amigos solían ensayar sus piezas durante el verano. En un extremo, se encontraba un tipo de edificio con un balcón. Martín miró el sitio donde los hijos de los más ricos del pueblo solían pasar horas y horas los fines de semana. Magda asomó en el balcón vestida de Julieta de repente, robándose por completo su atención.

«Madre mía» susurró, embobado.

—Romeo, Romeo. ¿Dónde estás que no te veo? —dijo ella con una sonrisa inquietante en los labios.

—¡Aquí, Julieta!

—¡Oh, mi amor!

¿Mi amor? aquello sonó tan real y tan natural, pensó él con un cosquilleo extraño en su interior. ¿Qué era? ¿Miedo? ¿Hambre? ¿Deseo? Magda se quitó el tocado de la cabeza a cámara lenta y se arregló el pelo con suma sensualidad.

—Romeo, ¿dónde estás que no te veo?

—Aquí, Julieta.

Magda sonrió con malicia y él supo al instante que haría de las suyas.

—¿Y tu espada, Romeo?

Martín puso cara de desconcierto.

—¿Acaso no lo ves, amor mío?

Julieta bajó las escaleras tras levantar el vestido hasta sus rodillas.

—¿Dónde está que no lo veo? —repitió ella y se arrodilló frente a él—, oh, Romeo, ¡qué hambre te tengo!

Martín soltó una risotada, hasta que ella empezó a acariciarle el miembro y su risa se convirtió en jadeos.

—Oh, Julieta.

Magda lo miró con intensidad sin dejar de tocarlo.

—Oh, Romeo, hago lo mejor que puedo.

Cuando el clímax estuvo a punto de envolver al alemán, alguien entró en el lugar y los interrumpió. Magda se levantó a toda prisa y se escondió detrás del balcón. Martín se levantó la cremallera a toda prisa y sin querer, se pinchó uno

de sus testículos.

—Joderrr —soltó con lágrimas en los ojos—. ¿Es un castigo divino? —dijo mirando hacia arriba.

—¿Martín? —dijo Eva, la enemiga número uno de Magda en el instituto—, cuánto tiempo.

Magda frunció mucho su entrecejo. Pero ¡este tío se la montaba con todas?!, gritó para sus adentros antes de meterse en el camerino para cambiarse de ropas. Se puso sus ropas mientras Eva y Martín conversando en el palco. Cogió sus cosas y se marchó del lugar soltando humo por las orejas. Atravesó el bosque refunfuñando palabras malsonantes.

—¡Magda! —gritó Martín—, ¡espérame, caperucita!

Furiosa, Magda se detuvo y al volverse le dio una fuerte bofetada, tanta que, él giró su rostro a un lado.

—¿Te has acostado con todas?!

Martín la miró con expresión enfurruñada.

—Con tu madre no —le dijo con rabia—, no me dio tiempo.

Magda soltó su bolso y se abalanzó sobre él como una leona salvaje. Jaló el pelo del alemán con una furia irrefrenable. Martín trató de apartarla para no lastimarla.

—¡Todas son tus putas! —gritó encolerizada—. ¡Maldito! ¡Eres un cualquiera! ¡Te vendes por unas monedas como todos rumorean aquí!

Martín la empujó con todas sus fuerzas y ella perdió el equilibrio, cayéndose con brusquedad en el suelo. Soltó un gemido de dolor ante el fuerte impacto. Martín trató de ayudarla, pero ella le arañó la cara.

—¡No me toques con tus sucias manos, maldito muerto de hambre!

Aquello dejó paralizado al alemán, que la miró como si acabara de salirle otra cabeza. Magda se arrepintió al instante de lo que había dicho, pero ya era tarde para ello.

—Martín...

Él se levantó y la miró fijo por unos segundos sin emitir una sola palabra. Los ojos de la joven se nublaron al ver la expresión de aquellos ojos que hoy la miraban con otro matiz, el del dolor.

—Siempre pensaste eso de mí —le dijo él tras coger su boina del suelo—, por eso mantienes a escondidas lo que... —hizo una pausa—, tuvimos.

¿Tuvimos? ¿En pasado? Magda soltó un gemido por lo bajo y se rozó la nuca con la mano al sentir un ardor peculiar allí. ¿Le picó algo?

—Nunca sentí vergüenza de lo nuestro —defendió ella—, aunque nunca

supe lo que era.

Martín apretó con fuerza sus dientes mientras un enorme nudo le impedía tragar con normalidad su saliva. Miró hacia un lado para no desmoronarse ante ella. Los hombres no lloran, le decía siempre su padre. Pero le había mentido, porque aquel día quería llorar como un crío.

Silencio.

—Soy un humilde carpintero —le dijo él entretanto ella se rompía a llorar—, que te dio todo lo que tenía —se echó un vistazo—, no tengo coches, casas lujosas, ni caballos de razas para ofrecerte.

Magda intentó tocarle, pero él se apartó como si le tuviera mucho miedo.

—Pero tenía...

Ella cogió su mano derecha con cierta desesperación.

—¿Qué?

—Ya no importa, Magda. Ya no.

Apartó su mano y se volvió, marchándose del lugar con lágrimas en los ojos. El juego había llegado a su fin. Petra le dijo cierta vez sobre los prejuicios de las hermanas Schreck, él se negaba a creer, hasta aquel día. La manera en cómo se expresó y el tono que usó, reveló el secreto oscuro de su corazón.

—Eres un reverendo imbécil, Martín —se dijo.

Magda lo vio partir, pero no atisbó las lágrimas que aquel simpático joven derramaba por ella mientras se alejaba. Todo empezó a darle vueltas de repente. ¿Qué le estaba pasando? Sintió una fuerte punzada en la nuca antes de caerse en el suelo.

«Martín» musitó sin fuerzas, pero él no la escuchó.



Martín entró en el corral de las gallinas para coger los huevos como todas las tardes tras salir de su trabajo. Tenía una gran pena en el corazón y mal podía disimularlo. ¿Por qué Magda lo trató con tanto desprecio en el bosque? ¿De verdad pensaba aquello de él? Joachim siempre le decía que no debía decir cosas impensadas durante las peleas, porque las palabras tendían a herir mucho más que las balas. Hoy comprendía mejor lo que significaba aquello. Su carnero lo saludó con alegría.

—Hola, emperador Otto von Bismarck —le saludó—, ¿qué tienes?

El animal se acercó y baló con cierta agonía. Lya, la oveja engreída de Sebastián, al parecer, lo despreciaba. Se sentó y su mascota se acomodó entre sus largas piernas.

—Mal de amores, ¿eh?

Martín le acarició la cabeza al tiempo que se rompía a llorar con una amargura lacerante. Intentó contener las lágrimas, pero aquello que sentía lo impulsaba a hacer exactamente lo contrario. Retiró de su bolsillo un juguete que había hecho para Magda días atrás.

—¿En verdad pensabas regalarle esto?

Miró el monito de madera que movía sus extremidades con gracia mediante unas cuerdas. Metió el juguete en su bolsillo y se secó las lágrimas con el dorso.

—Soy como Lulú —le dijo al animal—, era un pajarito que salvé con mis hermanos —se enjugó las lágrimas con la mano—, pero que nunca trino para nosotros, porque el susto que padeció lo enmudeció —sonrió con tristeza—, y Magda enmudeció mi corazón con su desprecio.

Abrazó al animal con afecto y lloró aún más. Lya se acercó y baló con cierta desesperación, robándose la atención del alemán por completo. ¿Estaba suplicando amor? ¿O atención por pura vanidad?

—¿Qué tienes, brujita?

Martín bajó al carnero sobre el suelo y miró a la oveja con mucha atención. Abrió mucho sus ojos y su boca al notar algo.

—¿Estás preñada? —dijo en tono severo y miró a su carnero con reproche—. ¿Emperador Otto von Bismarck tienes algo que ver con esto?

Miró el gallinero y el establo de los cerdos.

—¿Quién más? —se dijo con el ceño fruncido—. ¿Seré abuelo o tío? —se preguntó confundido—, si Lya es hija de Sebastián y tú eres mi hijo —se detuvo con cara de póker—, estás más loco que una cabra, Martín —sentenció antes de meterse en la casa.

Una gran confusión

Al día siguiente, tras el desayuno, Martín soltó en el taller de su madre, antes de marcharse a su trabajo:

—Lya está embarazada, Mutti.

La amiga de María, Lieselotte, el cotilla número una del pueblo, puso mucha atención en el parloteo de los dos mientras se probaba su vestido en el cambiador. Apartó la cortina y miró con ojos voraces la espalda de Martín, el joven más deseado del lugar por las mujeres casadas, especialmente. Ella, que era regordeta, debía conformarse solo con mirarlo.

—¿Estás seguro, hijo?

—Sí, Mutti, Lya está preñada.

Lieselotte mal salió del taller de María, y ya repartió el gran chisme del momento. Lya, la hija de los Rubinstein, estaba embarazada de su futuro marido, el médico judío, Joshua Rosenthal. Petra, hija de Carmen, la mejor amiga de Lieselotte, quedó boquiabierta al enterarse.

—¿Está esperando un bebé de Joshua? —dijo con tristeza—. Pobre, Sebastián.

Cuando vio a su amigo, soltó la noticia a bocajarro:

—Dicen que Lya ya está embarazada, patito.

Sebastián la miró estupefacto, como si acabara de recibir una bala en el corazón.

—¿Cómo dices?

Petra soltó un largo y lastimero suspiro.

—¿No lo sabías, patito?

El alemán pensó que se desmayaría ante tal noticia.

—¡No!

Furioso, llegó a la torre, donde todas las tardes se encontraba con Lya, y ladró al verla:

—¿Cuándo pensabas decirme sobre tu estado?

Lya lo miró como si tuviera gusanos por toda la cara.

—¿Estado? ¿De qué estás hablando?

El alemán llevó sus manos a su cintura y soltó un taco bastante soez. Lya lo fulminó con la mirada. ¡Odiaba aquel lenguaje tan insultante!

—¿Estás esperando un bebé de Joshua?! —bramó él.

La sangre abandonó el rostro de la joven, que casi perdió el equilibrio ante aquello que escuchaba. ¿Esperando un bebé? ¿De qué demonios estaba hablando él?

—¡Eso es imposible!

Sebastián cogió sus manos y la miró con severidad.

—¡Pues todos en el pueblo lo comentan!

Lya apartó sus manos de un empujón.

—¿Crees en un rumor absurdo antes que a mí? —le preguntó con lágrimas en los ojos—, ¿eres un imbécil, Sebastián!

—¡Lo soy! —gritó él con rabia—, ¡por amarte!

—¿Amarme? ¡Quién ama no desconfía! —rebatía ella—, no estoy embarazada —apostilló con la voz entrecortada—, ¡nunca estuve con nadie!

Aquella afirmación lo dejó petrificado.

—¿Qué? —dijo él sin aire en los pulmones y con las rodillas temblorosas.

—¡Soy virgen, imbécil!

Lya bajó las escaleras como alma que lleva el diablo. Lloró durante todo el camino hasta que llegó a su casa y los reproches la dejaron seca. Sus padres la atacaron.

—¡No es verdad! —gritó ella—, ¡no estoy embarazada! ¡Soy virgen!

Indignada, subió a su cuarto y trancó la puerta. Su padre trató de hablar con ella, pero no lo consiguió. Lya era demasiado orgullosa como para ceder a sus súplicas tras aquella mordaz desconfianza.

—¿De dónde salió aquella mentira? —se preguntó, iracunda—, ¡maldita sea! —golpeó el colchón con sus puños.

Sus amigas llevaban días en la capital, ¿fue Heidi quizás? ¿Dejó alguna esquila a su nueva mejor amiga, a la tal Hilda? No tenía sentido. ¿Quién pudo haber inventado tal mentira absurda en su contra y justo ahora que estaba tan bien con Sebastián?

El alemán llegó a su casa con el alma hecha trizas. Martín le invitó una de las horribles galletas de Emma, pero él no aceptó.

—Lya está embarazada —le dijo el carpintero.

Sebastián lo fulminó con la mirada.

—¡No lo está! ¡Es virgen!

Martín puso cara de asombro con la galleta a mitad de camino. Tragó con fuerza ante la efusiva afirmación de su hermano.

—¿Cómo sabes que es virgen?

Sebastián contó hasta diez antes de cometer su primer asesinato.

—¡Ella me lo dijo!

Martín enarcó ambas cejas en un gesto de sorpresa y alivio. ¡No era el único que hablaba con los animales! Espera un momento, pero ¿él podía entenderlos? Cuando su carnero balaba, él deducía que podían ser dos cosas: o tenía hambre o tenía sed.

—Vaya —le dijo Martín más confundido que un pez en una taza de café—, ¿habla ovejez?

Sebastián frunció mucho su entrecejo.

—¿Qué?

—El idioma de las ovejas —repuso Martín.

Sebastián resopló hastiado.

—No entiendo, Martín, y, la verdad, tampoco me interesa hacerlo.

—Bueno, pensé que te gustaría saber que Lya, tu ovejita, está preñada.

Sebastián miró estupefacto a su hermano menor.

—¿Tú hablabas de Lya, mi oveja?

Martín ladeó la cabeza y lo miró con extrañeza.

—¿Tú de qué Lya estabas hablando?

Un puño helado estrujó el corazón del alemán con saña.

—Scheiße! —profirió llevando las manos a su cabeza y arrastrando su pelo hacia atrás—, ¡metí la pata hasta el fondo!

Al día siguiente, Sebastián intentó hablar con Lya por todos los medios mientras María repartía la verdadera noticia por todo el pueblo, limpiando con la verdad la honra manchada de Lya, su mejor cliente.

—Lya —dijo el jardinero con desesperación al verla en el jardín—, por favor —se arrodilló frente a ella con las manos en actitud de oración—, lo siento, fue un mal entendido, mi amor.

La joven se mordió los labios para no echarse a reír de su exagerada reacción. Se cruzó de brazos en actitud severa y clavó sus ojos en el rostro dorado de aquel precioso joven.

—No quiero hablar contigo, Sebastián.

Se volvió para que no viera su sonrisa y se alejó de él.

—Haré lo que quieras para que me perdones —le dijo él mientras se arrastraba detrás de ella—, seré tu esclavo de cuerpo y alma.

Lya se detuvo en seco y giró sobre sus pies con una expresión que estremeció a Sebastián.

—Ah, ¿sí?

Un escalofrío recorrió toda la espina dorsal del alemán al ver el brillo que desprendían sus ojos. ¿Qué tenía en mente? Lya le dijo que lo perdonaría con una sola condición. Él se levantó con una amplia sonrisa en los labios e intentó besarla, pero ella sujetó su cara con su mano y le dijo que no habría besos antes del castigo, que duraría exactamente: tres días. Sebastián apartó su cara y asintió. Cuando Lya se descuidó, él la atrapó entre sus brazos y la besó con mucha pasión. Ella trató de empujarlo, pero, al final, terminó cediendo y le devolvió el beso con el mismo frenesí.

—Te quiero, imbécil —le dijo antes de morderle el labio inferior.

—Ay —masculló él—, yo también te quiero, mi salvaje.

Lya rio con toda el alma antes de cogerlo de la mano y llevarlo al sótano. Sebastián pensó que la pasarían bien como las otras tardes, pero no, Lya tenía unos macabros planes en mente.

—Lya —dijo Sebastián tiempo después—, cuando dije que haría cualquier cosa, no me refería a esto precisamente.

El alemán se miró horrorizado en el espejo de cuerpo entero. Lya le maquilló y le puso una peluca rubia con flequillos y larga hasta los hombros.

—Eres la chica más hermosa que jamás vi, Bettina.

Sebastián la miró por sobre su hombro con una expresión difícil de definir con palabras.

—¿Bettina?

Ella lo ignoró. ¡Era tan petulante! El alemán se miró por segunda vez en el espejo. Lya se puso detrás de él y sonrió con mucha picardía.

—Espera, ya vuelvo, Sebastián.

Lya subió al cuarto de su madre y cogió la faja de cuerpo entero que parecía un vestido ceñido de color piel, largo hasta los muslos que solía usar su madre para moldear mejor su cuerpo bajo sus vestidos. Se metió en su cuarto a continuación.

—Este vestido le quedará muy bien —dijo tras coger un vestido suyo—, ni manga corta ni larga —sonrió—, perfecto para ocultar los pelos de sus brazos.

Pensó en los calzados, ¿existían zapatos para pies tan grandes? Chasqueó los dedos en el aire.

—Iremos a la zapatería del pueblo —dijo con una amplia sonrisa—, su primera aparición en público.

Bajó a toda prisa las escaleras y alargó la faja y el vestido al alemán que la miró ceñudo desde su sitio.

—No me vestiré de mujer, Lya.

Lya bajó los tirantes de su vestido y dejó al descubierto los montículos de sus senos. Sebastián abrió mucho sus ojos y su boca. Alargó la mano, pero ella lo empujó con cierta violencia. Volvió a intentarlo, otro golpe. Una vez más y esta vez, Lya le mordió.

—Ay.

Ella lo miró con expresión taimada.

—Entonces, nunca podrás tocarlos —le dijo ella y bajó un poco más su vestido—, sentirlos —Sebastián sintió que estallaría en cualquier momento—, besarlos —enseñó un pedacito de su pezón derecho—, lamerlos y chuparlos cuando quieras.

Sebastián entrecerró sus ojos al tiempo que llevaba las manos a su cabeza en un gesto de derrota.

—Está bien, seré mujer por tres días —dijo con firmeza—, aunque si sigues provocándome así, terminaré siendo lesbiana.

Lya rio con toda el alma. Sebastián se abalanzó sobre ella y la besó como si no hubiera un mañana.

—¡Bettina! —gritó ella y él le dio un azote en el culo—, ¡ay!

Mal de amores

Martín paseaba por el campo con Jud mientras intentaba apagar los malos recuerdos que el desprecio de Magda había dejado en su corazón. Cogió su juguete «diávolo» y empezó a hacer malabarismo hasta que Eliette apareció en el lugar y lo saludó con amabilidad. El carpintero se detuvo y le devolvió el saludo con menos efusión. La mujer no pudo evitar mirarlo con deseo, Martín era un joven extremadamente atractivo y apasionado.

—No has vuelto, Martín.

Eliette se acercó y deslizó su dedo índice por su pecho.

—Te echo tanto de menos.

Martín suspiró con tristeza tras lanzar una piedrecita en el río. Eliette intentó besarlo, pero él la rechazó. Echaba de menos a Magda. No quería a otra. La quería a ella. Solo a ella.

—Estás distinto —le dijo Eliette—, ¿es verdad lo que andan diciendo en el pueblo de ti?

Martín se sentó al lado de su perra en el césped y dobló las piernas a la altura de sus pechos. Eliette le ofreció unas ciruelas que había cogido de su jardín. El alemán cogió dos, pero no las comió, las guardó para más tarde. La mujer frunció su entrecejo al ver su gesto. Era la primera vez que no devoraba las ciruelas, su fruta favorita en todo el mundo, aunque, a él le gustaban todas las frutas.

—¿Qué dicen en el pueblo? —quiso saber él.

Eliette se sentó a su lado y le acarició el brazo sin percibir a lo lejos la mirada curiosa de Magda, que se había fugado de su casa para hablar con Martín.

—Que estás enamorado.

Magda se quedó a mitad de camino.

—De ella —acentuó Eliette al tiempo que clavaba sus ojos en la joven.

Martín siguió su enfoque y frunció mucho el entrecejo al verla por aquellos lados. ¿Qué quería? ¿Humillarlo una vez más? Furioso, se levantó de un salto y se acercó a Magda con cara de pocos amigos.

—¿Qué quieres?! —chilló, iracundo.

Eliette frunció mucho el ceño al ver su reacción. ¿Por qué estaba tan furioso? Magda dio un paso hacia atrás y casi perdió el equilibrio. Con un enorme nudo en el pecho le dijo:

—Necesito hablar contigo, Martín.

El alemán la miró con un desdén que nunca imaginó sentir por nadie en toda su vida. El ego seguía sangrando. Tras el desprecio de Magda, algo en su interior se congeló y, quizá, para siempre.

—Me has dicho todo el otro día —dijo con ironía—, ¿o vienes a darme un poco de pan? —una lágrima atravesó el rostro de la muchacha—, ¡al muerto de hambre!

Eliette comprendía mejor por qué su amante andaba tan triste. Aquella joven lo lastimó profundamente con su desprecio.

—Por favor, Martín.

Martín se apartó de Magda, y se despidió de Eliette a toda prisa. La mujer sintió lástima de Magda, que no se veía nada bien. ¿Acaso estaba enferma?

—Ven, Jud.

Magda se quedó en su sitio por varios minutos mientras veía a Martín enfilándose hacia su casa con su perra. Eliette decidió irse a la suya sin dirigirle la palabra.

—Me moriré pronto —susurró Magda—, aunque por dentro ya lo estoy.



Ningún médico sabía al cierto lo que Magda tenía, pero era grave, muy grave. La joven, mal podía retener lo que comía o bebía. La fiebre alta y la falta de apetito eran muy malas señales.

—Lo siento, monito, lo siento mucho —dijo llorando con amargura al tiempo que se arrodillaba y enterraba sus manos en el césped—, ¡perdónameee! —gritó con un dolor agudo en el pecho—, por favor...

Martín se secó las lágrimas con el dorso de su mano antes de llegar a su casa.

—¿Por qué lloras? ¿Acaso eres un marica? —se reprochó al tiempo que sus ojos se encontraban con la mujer más hermosa que jamás había visto en toda su vida—, ¿quién es ese ángel?

Lya y Sebastián salieron de la zapatería con dos bolsas entre manos. El alemán despotricaba sin parar mientras todos los hombres, sin excepción

alguna, giraban para hacerle algún que otro piropo. Lya reía a mandíbula batiente cada vez que él soltaba un taco ante los cumplidos.

—Eres muy guapa, Bettina.

Sebastián caminaba como un macho resentido y se rascaba su parte íntima cada dos por tres con muy poca delicadeza. Lya lo reprochaba, pero a él poco le importaba.

—¡Esta faja me está matando! ¿Por qué se torturan de este modo?

Lya empujó su mano con cierta violencia de su entrepierna.

—¡No hagas eso en público!

Sebastián hizo exactamente lo contrario y con más efusión. Martín se acercó a ambas con aire chulesco y saludó a la extraña con mucha galantería. Lya se mordió los labios para no echarse a reír como una loca.

—Hola, preciosa.

Sebastián achicó mucho los ojos. ¿Su hermano también sentía atracción por su otro yo? Quiso darle un puñetazo certero en la cara para que se despabilara, pero ante la mirada censuradora de Lya, se contuvo, a duras penas.

—Hola —dijo con una voz bastante suave tras soplar hacia arriba para apartar su flequillo de sus ojos—, soy Bettina —acotó con voz de macho alfa.

Lya le dio un codazo y Sebastián carraspeó con fuerza, alegando que estaba algo constipado. Martín cogió su mano enguantada y depositó un beso en el dorso sin apartar la vista de su rostro. Lya se mordió los labios con más fuerza.

—Eres la chica más hermosa que vieron mis ojos, Bettina.

Sebastián apartó su mano tras fulminar a su hermano con la mirada. Martín frunció el entrecejo al escrutarla mejor. Aquella joven tenía unos hombros muy fuertes y era muy alta, casi tanto como él. Lya se dio cuenta de su escrutinio y soltó a toda prisa:

—Es nadadora profesional.

Sebastián se rascó su parte íntima con discreción, pero no la suficiente como para que Martín no se diera cuenta.

—¿Te pasa algo, Bettina?

Él asintió y su peluca rubia se tambaleó con cierta violencia de un lado al otro.

—Me pican las pelotas —soltó sin pensarlo y Lya carraspeó con fuerza—, tengo alergias —apostilló con su dulce voz—, es el polen.

Martín clavó sus ojos en sus manos.

—Ah...

Sebastián y Lya se despidieron de Martín a toda prisa, antes de que este se diera cuenta que acababa de echarle los tejos a su hermano. —Qué bella, pero algo tosca —murmuró Martín, pensativo—, nada delicada.

El carpintero sintió una gran atracción por la joven desconocida, pero no la suficiente como para relegar lo que sentía por Magda, con quien volvió a encontrarse aquella tarde. Magda se acercó a él una vez más y le rogó que la perdonara antes de que...

—¿Antes de qué? —soltó él con rabia—, ¿de qué te vean conmigo?

La fiebre la hacía delirar y mal podía respirar.

—Somos de mundos diferentes, Magda —le dijo él con tristeza—, lo nuestro fue un juego —hizo una pausa—, y ese juego se acabó.

Martín cruzó la calle sin mirar atrás. Magda se rompió a llorar quedamente mientras los latidos de su corazón se hacían cada vez más lentos.

—Dentro de poco seremos de mundos muy lejanos, mi amor —masculló ella con el alma a sus pies—, adiós, monito.

La dama misteriosa

Sebastián y Lya llegaron a la casa de la misma, dispuestos a terminar con aquel juego, al menos por aquel día. Detrás de ellos, Joshua llegó con una tarta y un hermoso ramo de rosas para Lya. Sebastián soltó un taco por lo bajo, muerto de celos.

—Bettina —le dijo Lya.

Él la miró enfurruñado.

—¿Qué?

La judía miró a Joshua y luego a Sebastián.

—Ah, hola.

El médico miró con deseo a la amiga de Lya, algo que llamó mucho la atención del jardinero. ¿La estaba mirando a ella frente a su futura novia? Pero, ¡qué atrevido!

—Hola, mucho gusto —dijo Joshua con galantería—, soy Joshua.

Lya y Sebastián intercambiaron una mirada de soslayo.

—Hola, soy Be-tti-na —vaciló un poco—, mucho gusto.

Joshua cogió su mano y depositó un beso en el dorso mientras clavaba sus ojos en los de él. Sebastián se preguntó para sus adentros, ¿cómo reaccionaría si supiera que estaba interesado en un hombre?

«Tú eres ese hombre» se recordó y apartó de un plumazo su mano.

Lya no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. ¡Sebastián era irresistible siendo hombre o mujer! Nadie se resistía a ese rubio. Lo miró con atención y si no supiera que era él, pensaría que era una mujer algo atlética, pero muy hermosa. Levantó ambas cejas en un acto reflejo.

«¿Acaso eres lesbiana?» se dijo ella y se ruborizó.

Sebastián acarició el trasero de Lya con mucha discreción y Lya hizo lo mismo con él. Se miraron con cierta extrañeza antes de apartar sus manos. Aquello era bastante raro.

—¿Merendamos? —preguntó Joshua con una amabilidad empalagosa—, por favor.

Bettina y Lya asintieron antes de meterse en la casa con el médico. La nana de la joven miró embobada a la nueva amiga de su niña, nunca había visto un rostro más angelical que aquel en toda su vida. ¡Parecía una muñeca de

porcelana! Luego fijó sus ojos en sus brazos y miró con curiosidad los vellos de los mismos. Enarcó ambas cejas antes de servir el café.

—Tu pretendiente está caliente por mí —susurró Sebastián con sorna.

Lya sonrió y le apretujó el muslo al tiempo.

—Eres irresistible, Bettina.

—Hmmm.

Joshua se pasó toda la tarde coqueteando con la amiga de Lya sin tapujos.

—¿De dónde eres, Bettina?

—De Hagen.

Los padres de Lya anhelaban con demencia que Joshua la desposara, pero ella estaba muy enamorada de su rubio perfecto, del jardinero. Sí, no podía negarlo más, Sebastián era el único dueño de su corazón.

—Suelo ir a Wuppertal, Bettina —dijo el médico con voz insinuante.

El alemán levantó la mirada y se encontró con la de Lya.

«Te quiero» le vocalizó Lya.

Sebastián sonrió hasta que Lya posó su mano sobre su pierna y una creciente erección empezó a forzar sus calzoncillos bajo la faja súper apretada que mal le dejaba respirar bien.

—Bettina es nadadora —anunció Lya—, la conocí en la escuela de natación de Hagen, de donde es.

Joshua la miró con deseo y Sebastián quiso darse un tiro. Primero su hermano y ahora él, ¡por Dios santo! ¿En qué líos se metió por culpa de aquel trocito de pezón tan apetitoso? Su labio inferior se colgó un poco ante la imagen pecaminosa de Lya.

—¿Eres nadadora?

Oteó a Joshua con ojos curiosos mientras una lámpara iluminaba su mente en aquel preciso instante. Tras pasarse la lengua sobre sus carnosos labios rojizos, Sebastián empezó a comer como si se muriera de hambre, como solía hacerlo Hilda. Aquello le daba asco a él, así que, probablemente, le daría asco al médico también. Bebió como si fuera un mendigo, todo para que Joshua dejara de molestarla.

—Así es —contestó tras varios segundos de silencio—, estoy hambrienta, la natación abre mucho mi apetito.

Habló con la boca llena y hasta eructó para que Joshua sintiera asco, pero aquel hombre era bastante insistente. Lya se levantó un momento y Sebastián casi tuvo un infarto al percibir que la persona que le tocaba la pierna era en realidad Joshua y no ella.

«Joder».

Tragó con fuerza antes de levantarse de la mesa. Joahua le copió el gesto y cuando Lya desapareció del comedor, le tocó con sutileza la nalga. Sebastián no lo pensó dos veces y le clavó en el culo con el tenedor que tenía en la mano.

—¡Ay! —chilló el médico—, solo quería ponerte bien el vestido —se defendió.

Sebastián le gritó y Lya entró a toda prisa en el salón.

—Bettina —dijo con voz suplicante—, tu vestido.

Sebastián giró el rostro y comprobó lo que Joshua decía, su vestido se había subido tanto que, dejaba sus piernas peludas y sus nalgas a la vista.

—Oops, lo siento —dijo apenado—, pero bien que me metiste mano por debajo de la mesa —apostilló con voz gruesa.

Lya carraspeó nerviosa y Joshua miró estupefacto a la joven misteriosa.

—Ando medio constipada —dijo Sebastián con voz suave—, lo siento, pero debes cuidar mejor donde metes su mano, doctor.

Lya se puso muy seria.

—¿Es verdad lo que dices, Bettina?

Joshua parpadeó, molesto.

—¡Miente!

Sebastián cruzó sus brazos a la altura de sus pechos como un hombre y Lya le llamó la atención con la mirada, en especial porque sus pechos falsos se aplastaron demasiado.

—No miento —objetó Sebastián—, me tocaste la pierna.

—¡La rocé sin querer!

Aquel hombre mentía sin pelos en la lengua, ¿o decía la verdad? Quizás Sebastián estaba exagerando. Miró a Lya y luego a Joshua con expresión interrogante.

—¿Me crees a mí o a él, Lya?

La joven enarcó ambas cejas en un gesto involuntario.

—Eh...

Profundamente dolido, Sebastián salió de la casa echando humo por las orejas. Lya lo siguió, sin saber si actuaba o no.

—Te veo en el sótano —le dijo Sebastián—, muero por saborear ese pezón delicioso.

Lya sonrió con expresión ladina.

—Tu pretendiente me metió mano —le dijo con fervor—, soy demasiado

guapa —matizó con una voz muy afeminada y Lya le pellizcó el brazo—, ay...
—soltó con voz ronca y ella rio por lo bajo—, nos vemos abajo.

Lya le tocó el culo y Sebastián soltó un gemido bastante sospechoso.

—Bettina...

Sebastián caminó como siempre, como un macho resentido y Lya no pudo contener la risa.

—¡Estás loco!

Sebastián se volvió.

—¡Por ti!



La magia del primer amor

Magda retornó a su casa a duras penas. Mal entró, corrió al cuarto de baño y vomitó. Emma le preparó paños fríos para bajar la fiebre mientras las lágrimas surcaban su rostro. Aquel día fue uno de los más hermosos de su vida, hasta que su tío, el médico de cabecera de la familia, anunció que Magda estaba desahuciada.

—¿Qué tienes, Magda?

Emma lloraba sin consuelo al lado de su hermana, que repetía sin parar un solo nombre: «Martín»

—Martín me odia —susurraba llorando—, me voy a morir, Emma.

Emma soltó un sollozo profundo al escucharla.

—No digas eso ni de broma, mariposa roja —le reprendió—, iré al bosque donde está la imagen de aquella santa —acotó—, iré a pie hasta allí el día que te cures.

Magda vomitó algo amarillento y abrió mucho sus ojos.

—Me moriré, Emma. Me moriré...

Emma llamó a grito pelado a sus padres.

—No... no... digas eso... —imploró anegada en lágrimas—, me muero contigo, Magda, no puedo vivir sin ti, hermana.

Magda sonrió con tristeza.

—Reencarnaré en tu primera hija —susurró sin fuerzas—, te lo prometo, Emma.

—¿Quieres que vaya a por Martín?

Los ojos de Magda se iluminaron.

—¿Harías eso por mí?

—Te daría mi vida, Magda.

Emma no podía dejar de llorar, su hermana se estaba muriendo y ella se estaba partiendo por dentro ante la impotencia.

—Te quiero tanto, hermana.

El corazón de Emma se paralizó.

—Y yo a ti.

Sus padres aparecieron en la habitación y se rompieron a llorar al ver a Magda tan mal.

—No creo que pase esta noche —dijo Margot, llorando—, Dios mío, mi niña.

Emma se puso su abrigo a toda prisa y salió de la casa rumbo a la de Joachim. Magda le había contado todo sobre las locas aventuras que vivió con Martín los últimos días. Aporreó la puerta con ambas manos, era tarde, casi las once de la noche. Karl abrió la puerta con el pelo alborotado y el ceño fruncido.

—Señor, ¿puedo hablar con Martín?

Martín y Sebastián aparecieron tras el padre.

—Emma, ¿qué pasa? —preguntó Martín con el corazón en la garganta—, es Magda, ¿verdad?

—¡Se muere! —gritó ella, consumida por el dolor—, no sé qué hacer, Martín.

María apareció y escuchó lo que Emma le decía a su hijo. Llevó su mano a su boca y lloró con amargura. Magda era una de sus clientes más fieles y más simpáticas. ¡Era tan joven!

—Pero ¿qué tiene? —demandó Martín con lágrimas en los ojos—, ella estaba tan bien el otro día.

De pronto, evocó su último encuentro con ella. Sí, Magda no se veía nada bien, ahora que lo analizaba mejor. ¡Fue un reverendo imbécil!, se reprochó para sus adentros. Emma no podía dejar de llorar.

—No saben lo que tiene —repuso tras secarse las lágrimas con la muñeca de su abrigo—, piensan que algún bicho le picó o que comió algo venenoso, pero sin saber al cierto qué es, no pueden darle nada.

Martín evocó a la gitana del pueblo, la mujer que sabía preparar remedios contra enfermedades inexplicables. A él le había salvado la vida cuando era pequeño, según le contó su madre.

—Iré a ver a Esmeralda —anunció él, decidido—, ella puede salvarla.

María le explicó a Emma quién era Esmeralda. La joven le dijo que el chófer de su familia podía llevarlo, pero Martín declinó su oferta, ya que el camino era muy estrecho y solo con un caballo o una bicicleta podía llegar hasta la casa de la mujer. Sin acotar nada más, se puso sus pantalones y sus zapatos como pudo. Luego vistió su camisa y salió corriendo rumbo a la finca de Eliette, que solía prestarle sus caballos para cualquier emergencia. Golpeó la ventana de la mujer con cierta impaciencia.

—¿Qué haces aquí, Martín?

El joven estaba debajo de la repisa de la ventana, masticando una goma de

mascar de menta para calmarse, siempre que se ponía nervioso, metía una en la boca.

—Necesito un caballo, Eliette.

La mujer lo miró confundida.

—¿A estás horas?

Martín le explicó sus motivos y la mujer, enternecida, personalmente lo llevó al establo y le prestó a «Zafiro», su caballo más hermoso. La mujer le prestó además unas botas de montar de su marido, que por fortuna, calzaba el mismo número que él.

—¿Irás junto a Esmeralda? ¿La bruja?

Martín montó el caballo con maestría.

—Estoy desesperado y solo ella puede salvarla —dijo con la voz apagada—, me muero si no...

Un enorme nudo en la garganta le impidió terminar su frase.

—¡Vete, monito!

Martín asintió antes de marcharse a toda prisa hasta la casa de la famosa gitana. Necesitaba llegar al lugar lo antes posible o perdería a Magda para siempre.

—La ama —susurró Eliette, llorando—, aunque aún no lo sabe.

Martín intentó contener las lágrimas, pero el dolor no lo dejó.

—No me dejes, mariposa roja, por favor.

Magda abrió sus ojos y dijo en un hilo de voz apenas audible:

—Te quiero, monito.

Una lágrima se deslizó de su ojo derecho mientras Martín cruzaba el mismísimo infierno para salvarla de la muerte.



Martín llegó dos horas después a la casita de la bruja, ubicada en un monte bastante empinado a las afueras del pueblo. Allí vivía con su perro y sus siete gatos negros. Desesperado, aporreó la puerta y la despertó. La mujer abrió la puerta con cara de pocos amigos y miró con expresión sanguinaria al apuesto joven que tenía el rostro de un ángel, pero el alma de un demonio.

—Vienes a por un milagro, joven —repuso ella y él mal pudo ocultar su asombro—, entra, tenemos poco tiempo —hizo una pausa—, fue una araña —

anunció sin mirarlo.

¿Una araña? ¿Cómo lo sabía? ¿Era en verdad la hija de satán como decían en el pueblo? Se estremeció de pies a cabeza ante tal posibilidad. Esmeralda no necesitaba escucharlo para saber lo que venía a buscar. Cogió un frasquito con un líquido verdoso entre los tantos que tenía en una vieja estantería de madera y dijo unas cuantas palabras ininteligibles antes de alargarlo al alemán.

—Debe beberlo antes de que el sol emerja en el horizonte, joven.

Martín sintió un dolor sordo en el pecho.

—Hoy te toca a ti, mañana a ella.

¿Qué le quería decir con aquello? La mujer hablaba en claves. Martín apretó con fuerza sus dientes antes de secarse la única lágrima que se le escapó.

—¿Cuánto le debo?

La mujer posó su mano huesuda sobre su pecho y lo miró con ojos implorantes.

—Algún día tendrás la oportunidad de pagarme, joven.

El alemán abrió su boca como para replicarle, pero la volvió a cerrar cuando ella añadió con suma cautela:

—Nunca manches tu alma por culpa de otros, Martín.

Martín abrió mucho los ojos y la boca cuando ella pronunció su nombre. ¿Cómo lo sabía? ¿Aún lo recordaba? ¡Era imposible! Se habían pasado casi quince años desde que lo salvó.

—Vete, joven.

Ella le dijo que el tiempo se agotaba. Martín cogió sus manos y depositó un beso en cada una antes de salir corriendo de la casa. La mujer entrecerró sus ojos emocionada con su noble gesto.

«Espero que el bien venza el mal en tu corazón en el sombrío futuro».

Martín cabalgó a toda prisa por el lúgubre bosque que rodeaba la morada de la bruja, rumbo a la de Magda. Llegó a las cuatro de la mañana y le entregó a Emma el antídoto sin levantar sospechas de los padres de la misma.

—Gracias, Martín.

Emma lo estaba esperando atenta en la sala de estar cuando lo vio por la ventana.

—¡Corre! —le dijo él.

La joven corrió al dormitorio de su hermana y sin que sus padres se dieran cuenta, le dio el antídoto mientras Martín esperaba en la acera por

alguna señal.

Retiró de su cartera la vieja estampilla de San Judas Tadeo que le había regalado su abuelo cuando era niño y con lágrimas en los ojos le pidió:

—Sé que no fui muy buen devoto, y que probablemente nunca lo seré —farfulló—, pero sálvala, por favor, ella es tan joven y tan hermosa —frunció su entrecejo en un gesto de reproche—, y tan loca. En el cielo haría mucho desorden y en el infierno no necesitan de alguien tan sagaz, así que, por favor, sálvala.

Empezó a rezar mientras Zafiro relinchaba a su lado. Se sentó en el muro que rodeaba el pequeño jardín frontal de la casa con la cara enterrada entre las manos mientras a lo lejos, el sol empezaba a emerger lentamente. Levantó la vista y clavó sus ojos en el horizonte con el corazón en un puño.

—¡Martín! —chilló Emma, y él se levantó a toda prisa—, ¡Martín!

Emma abrió la puerta de golpe por la cara del alemán, que podía jurar haber visto estrellitas tras sus párpados. La joven le pidió disculpas llorando. ¿Por qué lloraba? Dios mío, el pulso de Martín se aceleró a niveles insospechados.

—Magda está reaccionando —lloriqueó ella—, está... está... viva...

Martín se rompió a llorar y Emma, conmovida, lo abrazó y lloró con él.

—¡La has salvado, Martín!

—No fui yo, Emma —apostilló anegado en lágrimas—, fue Dios.

El alemán le pidió que no le dijera nada a sus padres tras recomponerse, Emma no comprendía por qué le pedía aquello, pero ante su insistencia, decidió obedecerle.

—Gracias, Martín.

Con la estampilla en el pecho, él le dijo:

—Vendré a verla más tarde, Emma.

Ella le dedicó el saludo militar y él soltó una risita por lo bajo.

—Lo siento —se disculpó ella, llorando—, fuerza de la costumbre.

Martín le dio un beso en la mejilla.

—Joachim es muy afortunado.

Emma suspiró.

—Gracias por decirlo, Martín.

Martín se dio la vuelta y miró el cielo con un júbilo indescriptible en el pecho. Alzó la vista y sonrió ampliamente al tiempo que vocalizaba:

«Gracias».



Una semana después, Magda comía con apetencia, como si nunca hubiera estado a punto de morir. Sus padres mal podían creer en su recuperación milagrosa. Emma se sentó a su lado cuando estuvieron a solas y, tras meditarlo mucho, le dijo:

—Martín te trajo la cura la semana pasada, mariposa roja.

Los ojos de Magda se llenaron de lágrimas. Emma se levantó y cogió una caja de madera que tenía una inscripción en la tapa.

«Un beso tuyo abrió el portal más secreto de mi corazón».

—Me lo entregó al mediodía —le dijo Emma—, lo hizo para tu cumpleaños, me lo dijo emocionado como un crío —suspiró hondo—. Muchas noches lo dejé entrar a hurtadillas para que te viera estos últimos días.

Magda la miró con los ojos bien abiertos.

—¿En serio?

—Sí.

Magda abrió la caja y se encontró con unos móviles en forma de mariposas de madera pintadas por el mismo con sumo cariño. Una sonrisa eléctrica ensanchó sus labios mientras unas lágrimas atravesaban su rostro de manera incesante.

—Me preguntó si querías verlo tras su comportamiento, Magda.

Ella mal podía tragar su saliva ante la fuerte emoción que oprimía su pecho. Emma vio que asentía con fuerza y, entonces, Martín entró en su cuarto a través de la ventana de su balcón, a escondidas, como si fuera Romeo.

—Hola.

Los corazones de ambos dieron varias piruetas en sus pechos.

—Hola.

Con las manos unidas se acercó y se sentó en el borde de la cama. Separó las manos y una mariposa salió volando de ellas.

—Mi mariposa volverá a volar —le dijo el carpintero con una preciosa sonrisa.

Emma quiso perseguir a la mariposa, pero se contuvo, a duras penas. Solía hacerlo cuando estaba con Joachim en el bosque, robándose varias carcajadas del soldado con sus ocurrencias pueriles.

«Mi soldado» pensó al evocarlo.

—Es preciosa, monito.

Emma se acercó con discreción a la puerta, pero se tropezó con el sofá y terminó derrumbándose de culo sobre la moqueta. Martín se incorporó de la cama de un salto y la ayudó a levantarse.

—Lo siento, quería salir sin hacer ruido —se disculpó ella con las mejillas arreboladas—, os dejo —les guiñó un ojo—, mantendré ocupados a mis padres lo máximo posible.

Se dio la vuelta trepidante y chocó contra la estantería de libros. Unos volúmenes y unos peluches cayeron sobre su cabeza antes de aterrizar en el piso. ¡Era la reina de las torpes!

—Nos vemos.

Magda y Martín intercambiaron una mirada divertida.

—Hasta luego —le dijo él.

Magda se veía tan bien, ¿cómo eso era posible? Martín se acercó y la miró con ternura. Ella tiró de su camisa y lo atrajo hacia sí, resoluta. Obediente, él se precipitó sobre su cuerpo y capturó sus labios en un profundo beso, en un sanador beso.

—Te eché tanto de menos, monito.

—Y yo a ti, mariposa.

La joven se apartó y clavó sus ojos en los de él, robándole la paz por completo al joven que mal podía respirar ante la gran emoción de tenerla como antes, de tenerla viva y sana como antes. Y atrevida, desvergonzada y pretenciosa como antes.

Magda empezó a desabrocharle los botones de su camisa. ¿Qué pretendía hacer?

—Magda, tus padres están abajo.

Ella deslizó su camisa por sus brazos y reclinó la cabeza para besar sus fornidos pechos. Martín soltó un gemido de placer ante la inesperada caricia.

—Te necesito, Martín.

El alemán gimió al tiempo que ahuecaba el rostro de la joven entre sus manos y la recostaba sobre la cama.

—Y yo a ti, Magda.

Ella besó sus labios con mucha pasión a la vez que arqueaba su espalda.

—Quiero ser tuya, Martín.

Una mano helada tocó la parte íntima del alemán y lo estremeció. ¿Cómo? ¿Escuchó bien? ¿O era efecto de la fiebre? Impulsado por la curiosidad, le tocó la frente para comprobar su temperatura, pero no, ella no tenía fiebre.

—Magda...

Ella resopló hastiada y él no pudo evitar reírse. ¡Era tan revoltosa!

—¿No quieres hacerme el amor, Martín?

Él sonrió con ternura.

—Es lo que más deseo, mariposa.

Magda se quitó el camisón rosa con delicadeza, exhibiendo su desnudez ante sus voraces ojos.

—Yo igual, monito.

Martín se incorporó algo vacilante y se quitó todas sus ropas. Sin emitir una sola palabra. Se acomodó entre las piernas de Magda temblando como una hoja. Nunca había estado con una chica virgen, nunca había estado con alguien tan especial como ella.

—Seré muy cuidadoso, mariposa.

Ella le arañó la espalda y le robó un gáñido de dolor.

—No tanto —le desafió ella y él se echó a reír—, o terminaré buscando a otro.

Martín le dio un azote en el culo.

—No me tientes, Magda.

Empezaron a discutir, como de costumbre, hasta que ella le bajó la cara para besarle, para robarle la paz de una buena vez. Martín obedeció a su instinto, pero, ante todo, a su corazón.

Un mal entendido

Lya y Sebastián discutían fuertemente en el jardín de la mansión mientras ordenaban algunos jarrones en compañía de Katy y Jud, ambas mascotas tumbadas cerca de una estatua de Venus. La joven estaba furiosa tras el comentario infeliz de Hanna, una de las mucamas. Según ella, el alemán solía dormir con su mejor amiga, ¡dormían juntos y en la misma cama! Aquello era demasiado para Lya, que cuando se trataba de él, perdía los estribos, la compostura y la cordura a la vez.

—¿Qué pensarías de mí en una situación similar, Sebastián? —soltó con rabia—, durmiendo con un amigo en la misma cama.

La simple idea estrujó el corazón del alemán con saña. Petra solía dormir entre sus brazos, pero nunca del modo equivocado. Nadie comprendía la amistad de ambos, ni siquiera sus hermanos o sus padres. Enmudecido, se acercó a ella y la cogió de la mano. Con ojos implorantes, le dijo con la voz algo trémula tras sentarse en el columpio de cuerdas:

—Petra suele llamarme cuando su madre no está —Lya terminó sentándose sobre su regazo—, su padre murió cuando ella apenas tenía unos dos años en un accidente laboral —la joven lo miró con profundo arrepentimiento—, ¡somos prácticamente hermanos!

Petra era una joven muy hermosa, rubia, alta, delgada y de unos ojos azules muy claros. ¡Y súper inteligente! Cualquiera sentiría atracción por ella, pero él no y ella le creía, porque una de sus mayores cualidades era su sinceridad.

—Lo siento.

Con una sonrisilla picarona en los labios, el alemán le dio un beso en la mejilla y logró dibujar una sonrisa apenas perceptible en los labios carnosos de la muchacha.

—Es demasiado guapa —dijo Lya con los labios apretados—, ¿te ha visto desnudo?

Sebastián no dejó de mirarla ni por un solo instante.

—Cuando éramos pequeños, constantemente —afirmó él con sorna y ella le dio un golpecito en el hombro—, auf...

Lya le dio un beso muy apasionado mientras él se mecía en el columpio de cuerdas con mucha delicadeza. El beso se profundizó y los gemidos se convirtieron en jadeos.

—Nunca fui celosa —le confesó ella tras posar su frente sobre la de él—, hasta que me enamoré de ti, Sebastián Ackermann.

Él, emocionado hasta los tuétanos, le dijo con voz misteriosa:

—¡Que te he tratado horriblemente y vas a vengarte! ¿Cómo vas a vengarte, torpe ingrato? ¿Cuándo te he tratado horriblemente yo?

Lya soltó una carcajada cantarina al oírlo.

—¿Una frase de mi novela favorita? —preguntó con incredulidad—. ¡Amo Cumbres borrascosas! ¡No es justo!

Sebastián se levantó del columpio con ella en brazos y empezó a girar sobre sus pies mientras recitaba algunas de las tantas frases que había anotado en su cuaderno cuando leyó la novela, una rara costumbre que tenía desde niño.

—Era un ángel entonces. Verdaderamente, era imposible no desear proporcionarle todas las alegrías que fuera posible.

Lya lo miró con una dulzura imposible de describir con palabras y acotó con la voz trémula:

—El pensar en él llena toda mi vida. Si el mundo desapareciera y él se salvará, yo seguiría viviendo, pero si desapareciera él y lo demás continuara igual, yo no podría vivir.

Sebastián se detuvo con el corazón y el alma en un puño al escucharla.

—Estoy loco por ti, Lya.

Se quedaron sumidos en aquella dulce mirada por más tiempo del que calcularon. La nana de la joven los llamó desde alguna parte de la casa y los despabiló de golpe. Lya bajó de los brazos del alemán a toda prisa.

—Nos vemos en el sótano —le dijo ella tras besarle los labios—. Antes de la merienda.

Sebastián la cogió de la mano de repente y la atrajo hacia sí. Le dio un beso apasionado, un beso que ella correspondió con toda el alma.

—Tengo un castigo perfecto para ti, Sebastián.

El alemán soltó un gruñido al imaginarse cuál podría ser su castigo. La semana pasada casi fue violado por sus amigos en la canchita. Más de uno le dedicó un gol y más de uno intentó seducirlo. ¡Fue tan bochornoso!

—No volveré a vestirme de Bettina —le advirtió, ceñudo—. ¡Ni loco!

Lya puso cara de póker.

—Tengo mis armas, Ackermann.

Saltó entre los arbustos, imitando los pasos de un conejo y le robó una risotada. ¡Estaba loca! Como él por ella. No satisfecha, meneó su cola como solían hacer aquellos simpáticos animalitos.

—Te amo —vocalizó Lya—. ¡Cabezota!

Él abrió mucho los ojos y la boca al escucharla. ¿Te amo? ¿Ha dicho te amo? Impactado, la miró con el labio inferior algo descolgado y el corazón latiéndole en alguna parte de su cuerpo que no lograba reconocer al cierto.

—¿Me ama?

Llevó su mano a su nuca y rio por lo bajo, emocionado hasta los tuétanos. Luego juntó sus manos en actitud de oración y rio por lo bajo, incrédulo ante lo que acababa de escuchar. ¿Me ama? ¿Me ama?, repitió varias veces

—¡Te amo! —chilló y unos pájaros empezaron a trinar a todo volumen sobre su cabeza—, te amo —repitió antes de sentarse en el columpio.

La madre de Lya llegó a la casa tras visitar a su odiosa hermana, con quien no mantenía buenas relaciones, pero, a pesar de todo, fingían ante la sociedad y, sobre todo, ante sus hijas y sus maridos.

Martina giró su rostro hacia el jardín del fondo y oteó al jardinero, al atractivo y joven jardinero. Se arregló su tocado y sus guantes antes de acercarse a él con una propuesta de trabajo irrecusable.

—Buenas tardes, Sebastián.

El alemán se levantó del columpio a toda prisa y se alisó la camisa gris con ambas manos. Martina recorrió con sus ojos el atlético cuerpo del joven. Sebastián levantó los ojos y la miró con expresión interrogante. El otro día, mientras podaba unas rosas, la mujer le tocó la rodilla de un modo muy inquietante. Martín le dijo que aquellos roces significaban mucho más de lo que él suponía, aquellas caricias podían ser una invitación peligrosa. La voz de su patrona le devolvió al presente de golpe.

—¿Sabes conducir, Sebastián?

Él asintió tras bajar la vista.

—Sí, señora.

La timidez de aquel muchacho la tenía encandilada desde el primer momento que lo vio. Martina acortó la distancia entre sus cuerpos y posó su mano enguantada en su antebrazo. Un escalofrío recorrió la espina dorsal del joven, que mal podía respirar ante la impresión. ¿Aquella mujer estaba coqueteando con él? Levantó un poco la vista y la miró con mucha atención. La madre de Lya era tan guapa como ella y aún era muy joven, según entendió,

tenía el doble de la edad de su hija.

—¿Le gustaría ganar más dinero?

¿A qué se refería exactamente? Tragó con fuerza antes de replicarle con el alma a punto de abandonar su cuerpo.

—Claro, señora.

La mujer le explicó que los fines de semana necesitarían un chófer para llevarlos a la sinagoga de la ciudad vecina y que él sería perfecto para el puesto, ya que Lya lo apreciaba mucho y eso era bastante inusual en su hija. Algo similar le había dicho la nana de la joven el otro día.

«Mi niña tiene un corazón muy rebelde y un carácter muy difícil. A pocos aprecia y a muchos menos abraza». Sebastián desconfiaba que ella los había visto el otro día cerca de la fuente, abrazados. Últimamente, les costaba estar cerca el uno del otro sin tocarse, besarse o apapacharse.

—Mi hija quedará contenta, lo estima mucho —repitió y lo sacó de su trance de golpe—, señor Ackermann.

Él se preguntó qué diría si supiera las cosas que solía hacer con su hija en el sótano. Aquello era mucho más que aprecio, aquello era mucho más que un simple flirteo.

—Tu belleza es hipnotizante, Sebastián —señaló la mujer y lo dejó petrificado—, y quizá mi hija esté embrujada por ti.

El joven frunció mucho su entrecejo al no comprender lo que se ocultaba detrás de aquella afirmación con matices de advertencia. ¿Sabía algo? ¿Se había dado cuenta de algo? Probablemente toda la casa notó el cambio radical de Lya desde que empezaron a salir. Ella era simplemente otra, una joven dulce y amistosa, todo lo contrario de la que llegó al lugar meses atrás.

—Mañana iremos al centro para comprar telas para tu nuevo uniforme —anunció ella con solemnidad—, trabajo para tu madre, por cierto.

El tono que usó la mujer abrió una pequeña herida en su orgullo. ¿Le estaba dando trabajo o una limosna para que recordara quién era?

—Gracias, señora.

La mujer le tocó el antebrazo a la vez que clavaba sus ojos en los de él.

—De nada.

Martina se alejó y él soltó un gritito ahogado. ¡Ahora vería a Lya incluso los fines de semana! Jud ladró y él la levantó por las patas delanteras y empezó a bailar con ella. El animal le lamió la cara y le robó una risotada cantarina que acarició el corazón de Lya, quien los miraba atenta desde el balcón de su habitación.

—Mi amor —susurró al tiempo que posaba sus codos sobre la barandilla de piedras y aparcaba su cabeza sobre sus manos—. ¿Es normal querer tanto a alguien y en tan poco tiempo?

Jud se abalanzó sobre el alemán y lo derrumbó sobre el césped.

—¡No, Jud!

Lya rio de buena gana al ver cómo el animal tiraba de sus tirantes de goma. ¡Era ella en versión canina!

—¡Eres terrible, Jud!

¡Igualita a ella!



Sebastián entró por la ventanilla del sótano con mucha dificultad, pero, el simple hecho de poder estar con Lya, lo hacía valer la pena. Ella lo esperaba en la vieja cama de hierro con unos lazos entre manos y con el vestido levantado hasta las rodillas. Sebastián moría por recorrer su cuerpo con su boca y, con ese pensamiento, terminó en el piso de culo. Lya rio por lo bajo.

—Pensé que no vendrías, Ackermann.

Sebastián se puso de pie a toda prisa.

—Aquí estoy, Rubinstein.

Lya se incorporó de la cama de un salto y le envolvió el cuello con sus brazos.

—Te eché de menos, Sebastián.

El alemán la besó como si se estuviera muriendo de hambre, siempre la besaba de aquel modo tan explosivo. Se apartó para mirarla.

—Y yo a ti —jadeó él a la vez que le dibujaba el cuello con los labios—, ¡mucho!

Los besos se tornaron cada vez más incitantes y frenéticos, a tal punto que, las caricias los siguieron y despertaron sus cuerpos de un modo muy abrasador.

—¿Listo para tu castigo, Sebastián? —le dijo ella, tras apartarse—, tú eliges —acotó al tiempo que cogía unos lazos de color rojo—, sin besos por una semana o mi castigo sorpresa.

Sebastián tenía las mejillas muy sonrojadas, el sol había dejado sus huellas en su piel de porcelana. Los vellos de sus pómulos eran clarísimos y contrastaban muy bien con su piel dorada. Eso sin mencionar la prominente

barba de tres días tan dorada como su pelo. ¡Y sus ojos! ¡Eran portales celestiales con un tono algo infernal! Una dualidad bastante embriagadora para ella.

—Tu castigo sorpresa —le dijo él tras meditarlo bastante—, aunque tenga que resucitar a Bettina.

Lya se echó a reír al ver su mueca de fastidio.

—No me tientes, Sebastián.

Se acercó a él y empezó a desabrocharle la camisa sin apartar la vista de sus ojos. ¿Qué tenía en mente? Con una sonrisa chulesca, deslizó la camisa por los fuertes brazos del alemán y la dejó caer en el piso.

—Tumbate en la cama, esclavo.

Una mueca de asombro se estampó en la cara del jardinero.

—¿Perdona?

Lya lo empujó sobre el colchón con poca delicadeza.

—¿Acaso eres sordo?

Un ramalazo de deseo se instaló en la entrepierna de Sebastián al recibir sus órdenes. ¡Era una tirana! Lya le echó una mirada de soslayo, evocando el día anterior, el día que tuvo su primer orgasmo sin siquiera quitarse las ropas. Montada a horcajadas sobre él en el sofá, empezó a menear las caderas de una manera muy sensual sobre la erección portentosa del alemán. La fricción continua de su parte íntima con la de él la hizo gemir de un placer bastante adictivo, tanto que, lo hicieron unas tres veces consecutivas solo aquella tarde.

—¿Qué harás, cielo? —le dijo él al ver como jugueteaba con un pañuelo —, miedo me das...

Lya se precipitó sobre su cuerpo con un pañuelo de color vino que olía a ella y, sin replicarle, le vendó los ojos con suma delicadeza mientras él posaba sus manos en sus caderas, pero la dicha no duró mucho, ya que ella le ató las muñecas a la cabecera de hierro, inmovilizándole por completo.

—Lya, esto no me gusta.

Ella se apartó y se acercó a la puerta para cerciorarse de que la había trancado. Cogió su cámara fotográfica último modelo y tomó varias fotos de su esclavo, de aquel dios mítico que cayó del cielo por equivocación.

—Lya...

Ella continuó inmortalizando aquel momento, como tantos otros que él ni siquiera conocía. Quería darle un regalo especial por su cumpleaños y nada mejor que unas fotos de sus mejores momentos con ella. Tenía sus ventajas haber estudiado fotografía, pensó.

—Shhh —le dijo ella tras bajar la cámara sobre la mesilla—, no seas impaciente, mi amor.

Se mordió el labio inferior a la vez que se desnudaba por completo. Sebastián no podía verla y tampoco podía tocarla.

—Nunca olvidarás este castigo, Sebastián.

A Lya le gustaba el peligro, el misterio y el secretismo, por eso prefería vivir aquel romance a escondidas por el momento. Lo vedado siempre sabía a gloria, pensaba mientras se aproximaba a la cama como había venido al mundo. Se abalanzó sobre Sebastián y se sentó a horcajadas sobre su creciente erección. Cogió un trozo del chocolate que había traído y lo comió. Luego colocó otro trozo sobre los labios del alemán, que lamió el dulce pensando que eran sus labios.

—¿Me das el postre? —se burló y se removió.

Lya metió el trozo del chocolate en su boca y él no tuvo más remedio que saborearlo.

—Es mi chocolate favorito —anunció ella—, chocolate con almendras.

Sebastián degustó el mismo con apetencia. Lya le lamió el labio inferior con lascivia y sus pechos rozaron los de él. Sebastián se puso tenso. ¿Estaba desnuda? ¿O solo era impresión suya?

De pronto, Lya se arrastró un poco hacia arriba, de modo que sus pechos cayeron sobre la cara del muchacho.

—¿Lya? ¿Estás desnuda? ¡Joder! ¡No me hagas esto! —exclamó, desesperado.

Ella metió su pezón derecho en su boca y él lo succionó con tal fuerza que la hizo chillar. Sebastián dobló las piernas por inercia e intentó soltarse las manos, pero Lya se encargó de que no lo consiguiera.

—¿Me quieres matar? —protestó él, removiéndose bajo su cuerpo con impaciencia una vez más—. ¡Dios! ¡Eres cruel!

La joven soltó una risita. Se reclinó para capturar sus protestas en un abrasador beso que lo dejó aún más intranquilo. Descendió lentamente sus labios por su barbilla, su cuello y sus pechos, despertando cada fibra de su ser con ellos.

—Estoy completamente desnuda sobre ti, Sebastián.

¡¿Cómo?! ¡¿Qué?! El alemán soltó un gemido de lamento al tiempo que arqueaba la espalda con cierta agonía, pero Lya fue implacable y en lugar de soltarle como le rogaba casi a gritos, empezó a moverse sobre su miembro duro como un granito.

—Quiero volver a sentir aquel cosquilleo delicioso del otro día —susurró ella sobre sus labios—, quiero que tú lo sientas conmigo, mi amor.

Sebastián dejó de protestar y patear para empezar a gemir. Lya lo estaba enloqueciendo con aquellos peligrosos juegos íntimos. No obstante, ninguno podía parar, ninguno podía negarse, ninguno quería hacerlo.

—¿Te gusta tu castigo, Ackermann?

Sebastián tenía los labios fríos y la respiración entrecortada por la extrema excitación. ¿Si le gustaba? ¡Era la tortura más deliciosa jamás inventada por nadie!

—Muhoooo...

—¿Quieres que siga?

—Sí, por favorrr...

Lya lo montó a toda prisa y con mucha fuerza, haciendo que la cama rechinara bajo sus cuerpos. Minutos después, convulsionó contra el cuerpo del muchacho cuando el clímax la atravesó como un rayo feroz. ¡Aquella sensación era indescriptible! No dejó de moverse hasta que él alcanzó su propio orgasmo. Exhausta, se derrumbó sobre el pecho del alemán dando una última sacudida. Sebastián respiraba con cierta dificultad tras el intenso orgasmo. Se corrió como nunca antes y eso sin la necesidad de estar desnudo.

—Te amo —le susurró él con una sonrisa que la derritió entera—, con locura.

Sebastián quería verla, pero ella le dijo que no, que aún no era el momento de verla como había venido al mundo.

—Seré paciente, cielo.

Lya entrecerró sus ojos.

—Te amo, Sebastián.

Un pensamiento oscuro cruzó la mente de la joven mientras escuchaba la dulce melodía que el corazón de Sebastián le dedicaba. ¿Podría vivir sin él tras conocerlo? ¿Podría dejar de amarlo algún día? No, aquello que sentía era muy fuerte, era amor verdadero y ese tipo de amor era para toda la vida, para toda la eternidad.

La promesa

Emma se preparaba para su gran caminata hacia la pequeña capilla que se encontraba a unos veinte kilómetros del pueblo para cumplir su promesa. Magda se había salvado por un milagro y era hora de saldar su deuda con Dios. Cruzó la calle y empezó a caminar a grandes pasos bajo el cálido sol de aquel verano. Evocó en ese lapso a su soldado, que no pudo venir para acompañarla ya que tenía entrenamiento. Durante el trayecto, pensó en él y en la rara sensación que experimentaba cada vez que lo tenía a su lado. Llevó su mano a su boca y suspiró hondo al acordarse de los besos, ¡de los tantos besos que se dieron los últimos días! Emocionada hasta el alma, giró sobre sus pies con los brazos en cruz y le dio un fuerte bofetón a una mujer, que iracunda, trató de devolverle el golpe con su paraguas. Emma le pidió disculpas, pero la mujer estaba poseída y la persiguió unas cuantas manzanas. Al menos acertó la distancia, se dijo Emma con el corazón latiéndole a mil por hora. Cogió un regaliz en forma de espiral de su bolso y se los llevó a la boca con apetencia. ¡Amaba aquel dulce! Y, por fortuna, a Joachim también le gustaba. Su hermana y Lya lo detestaban con todas sus fuerzas.

—¡Emma! —chilló de pronto alguien—, ¡cielo!

Aquella grave y ronca voz la reconocería incluso estando sorda. Se volvió trepidante y chocó contra un hombre con tal fuerza que, terminó en el suelo.

—¡Cuidado! —le gritó el hombre.

Joachim corrió para ayudarla a levantarse. Emma parpadeó con expresión bobalicona al verlo con su ropa de trabajo. ¡Era aún más guapo con aquel uniforme!

—Joachim —musitó con una sonrisa que mal le cabía en la cara—, ¿qué haces aquí?

El alemán sonrió y ofuscó al sol con su belleza. Se acuclilló y le alargó la mano para que la cogiera. Emma se incorporó con su ayuda sin abandonar su deje bobalicón.

—He venido para acompañarte, cielo.

Antes de que ella pudiera reaccionar, le dio un dulce beso en los labios y no le importó un comino que los vieran, aunque, debía resaltar que estaban

algo alejados del pueblo, en medio del bosque que rodeaba la carretera que los llevaría a la otra ciudad.

—¿En serio?

Joachim le acarició la mejilla con ternura.

—Sí, cielo.

El soldado asintió antes de cogerle de la mano para emprender el largo camino. Para un hombre entrenado como él aquello no era gran cosa, pero para Emma, que mal practicaba deportes, era todo un desafío.

—He traído regalices, soldado mío.

Joachim sonrió de costado antes de coger el dulce que ella le ofrecía.

—Muero por unos besos —farfulló ella con aire pensativo—. Lo dije en voz alta ¿verdad? —apostilló al ver la expresión socarrona del alemán.

Tras meterlo en la boca y engullirlo, el soldado se detuvo y le dio un apasionado beso contra un árbol, como el día que estuvieron en su sitio favorito. Emma sintió un cosquilleo muy raro en su estómago y en otras partes más secretas de su cuerpo. Era como si una corriente eléctrica la recorriera de arriba abajo mientras unas mariposas imaginarias aleteaban en su interior sus alas todas a la vez.

—Tu deseo es una orden para mí, Emma.

Emma no le replicó, se limitó a besarlo, a besarlo como si no hubiera un mañana.

—Si te pidiera otras cosas, ¿me las concederías, soldado?

Él sonrió con expresión ladina.

—Miedo me das, cielo.

Tras la fogosa caricia, prosiguieron el viaje entre risas y bromas.

—¿Has intentado hipnotizar a una segunda gallina? —se mofó Joachim tras encender un cigarro—, ¿y ahora esa gallina y la otra tienen pollitos? —enarcó ambas cejas—, ¿algo no encaja?

—¡Sí! —chilló ella con mucha euforia—, resultó ser un gallo y el amor verdadero de María Josefina Rosa Tascher de la Pagerie.

Joachim se detuvo en seco.

—¿De quién? —dijo con expresión interrogante.

Emma saltó a su lado con una gracia muy candorosa y su coleta se meció de un lado al otro al compás con su lazo. El soldado la miró con curiosidad. Aquella alegría no era muy natural. ¿Sería el calor el culpable?

—María Josefina Rosa Tascher de la Pagerie es la primera gallina y Napoleón Bonaparte es el gallo, su verdadero amor.

El soldado se echó a reír mientras Emma metía su quinto regaliz en la boca, aquel dulce solía despertar un lado suyo muy distinto al habitual. Se detuvieron para beber agua de una fuente que se encontraba en medio del bosque y, tras ello, continuaron.

—Estoy muerta, soldado.

Joachim ni siquiera respiraba con dificultad mientras que ella tenía la frente perlada y la lengua colgada sobre la barbilla. El alemán abrió su boca como para replicarle, pero la volvió a cerrar cuando ella gritó:

—¡Es allí! ¡Llegamos!

Subieron hasta la pequeña capilla que se encontraba en la parte más empinada del bosque. El lugar estaba desértico por aquellas horas. Se santiguaron a la vez al entrar y tomaron asiento en el banco que estaba frente al altar. Emma se arrodilló de un momento a otro y se puso su chal de encaje para rezar. Joachim no podía dejar de mirarla ni por un solo segundo, hasta que ella habló y lo arrancó de su ensoñación de un plumazo.

—Gracias por el milagro —soltó con lágrimas en los ojos—, ahora te toca concederme el otro deseo —le guiñó el ojo a la cruz principal del altar—, a cambio te traeré un buen vino, Jesús.

El soldado frunció mucho su entrecejo al escucharla. ¿Estaba negociando o chantajeando al hijo de Dios? ¡Qué osada era! Contuvo el deseo de reírse a duras penas, en especial cuando ella acotó:

—Sé que los soldados son difíciles de conquistar, pero este es el amor de mi vida —Joachim la miró embobado—, y lo sé porque hoy me mandaste la señal que te pedí anoche —le levantó el dedo pulgar—, ¡eres la caña, Jesús!

El soldado carraspeó nervioso cuando unas ancianas entraron en el lugar y la escucharon con nitidez. Cuchichearon algo antes de sentarse al lado del alemán, que cohibido se puso colorado como un tomate.

—Hola, viejitas —dijo Emma con una euforia inusual en ella—, nos vemos...

Las mujeres la miraron con la boca abierta.

—¿No vienes, soldado?

Joachim se levantó y la siguió. Emma se acercó a un grifo que se encontraba cerca de una imagen sagrada y bebió un buen sorbo de agua directo de él. Aquello no era digno de una dama, pensó Joachim con sorna.

—¿Quieres conocer un sitio muy bonito, Joachim?

Él asintió y ella le cogió de la mano de manera trepidante. Lo arrastró por el bosque hasta llegar a una casita de madera abandonada.

—Es preciosa —dijo Joachim—. Lástima que está tan abandonada.

Emma se sentó en el viejo columpio de madera que se encontraba en el porche frontal. Golpeó el asiento y el soldado se acercó. Se sentó a su lado y ella se puso a horcajadas en su regazo, robándole un gemido de asombro. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué lo estaba haciendo? Le quitó el gorro de plato y se lo puso riendo de manera frenética.

—¿Te gusta, soldado?

Joachim la miró con estupefacción.

—¿Te pasa algo, cielo?

Emma envolvió su cuello con sus brazos y empezó a menear las caderas de un modo muy incitante. El gorro cayó al suelo y también la resistencia del joven.

—¿Has traído tu arma, soldado?

Si continuaba moviéndose de aquel modo, pronto su arma dispararía, pensó él al borde del precipicio.

—Cielo, ¿estás bien? —repitió él en un susurro.

Emma hundió su lengua en su boca sin dejar de moverse un solo segundo. Joachim, que no era de hierro, la apretujó contra su cuerpo con tal fuerza que la hizo chillar.

—Cielo, ¿sabes que no debes tentar a los leones con un trozo de carne?

El soldado le bajó el tirante del vestido y empezó a succionarle el cuello, el hombro y el inicio de sus senos. Emma sintió un enorme deseo de gritar y llorar a la vez. El roce continuo de su parte íntima contra el bulto del alemán la hizo perder por completo el control y cuando el orgasmo la bañó entera, abrió mucho los ojos y la boca en un grito que no llegó a salir de su garganta. Joachim tenía la respiración muy agitada y el corazón a punto de estallarle. Su nuez de Adán subía y bajaba con mucha dificultad cada vez que tragaba su saliva.

—Dios mío, ¿qué fue eso, Joachim? —preguntó Emma con la respiración muy entrecortada—. ¿He perdido mi virginidad? —su tono preocupado enterneció al alemán.

Joachim ahuecó su rostro perlado entre sus grandes manos y la obligó a que lo mirara a los ojos. Ella tenía los suyos empañados por la vergüenza.

—No has perdido tu pureza, cielo —le dijo con ternura—. Pero tu cuerpo experimentó algo nuevo, algo delicioso.

Evitó usar la palabra «orgasmo» para no herir su sensibilidad. Emma apartó su rostro de sus manos y lo enterró en su cuello como si fuera una niña

pequeña. Joachim la apretujó contra él con suavidad.

—Me duelen los pies, soldado —afirmó con una mueca de dolor—, ¿cómo iré al pueblo?

—No te preocupes, cielo, yo te llevaré en brazos.

Ella soltó un leve gemido de emoción que dibujó una amplia sonrisa en el rostro del soldado.

—¿No seré muy pesada para ti, Joachim?

—No, cielo.

Se incorporó con ella en brazos y se acuclilló con sumo cuidado para coger su gorro de plato del suelo. Lo puso y se enfiló hacia el pueblo. Eran más de veinte kilómetros, pero para él era como llevar su mochila de combate.

—¿Estás bien, cielo?

Ella olisqueó el perfume fresco y varonil del soldado con los ojos entrecerrados.

—Tengo mucho sueño, Joachim.

El soldado se detuvo y la miró con ojos melosos. Le dio un beso en la cabeza y le dijo con voz suave:

—Descansa, pequeña.

Emma se quedó dormida entre sus brazos tan pronto como él le pidió.

—Mi pequeña traviesa —murmuró con tristeza—, cuando me rompieron el corazón en el pasado —hizo una dolorosa pausa—, me juré a mí mismo que jamás volvería a enamorarme —sonrió— hasta que te conocí.

Llegó a la casa de la joven antes de que el sol se hundiera por completo en el horizonte, donde la madre lo recibió con cara de pocos amigos.

—¿Qué le pasó a mi hija?

—Está muy cansada tras su larga caminata, señora.

La mujer se puso a la defensiva.

—¿Cumplió su estúpida promesa?

El soldado la miró con desaprobación. Emma solía contarle sobre el trato que le daba su madre. Para ella, su hija era estúpida y torpe. Para él era la mujer perfecta. La mujer de su vida.

—Buenas tardes, Joachim —saludó el padre de Emma al entrar en el recibidor—, ¿qué le ha pasado a mi hija?

El soldado le explicó lo que le sucedió a Emma y el hombre, con el corazón henchido de gozo, le agradeció el gesto de haberla acompañado hasta el último momento.

—Es mi deber, señor.

—¿Deber? —soltó Olga con ironía—, su deber es defender el país no perseguir a jovencitas inocentes como mi hija.

—¡Olga! —gritó su marido—, por aquí, joven, pase.

Le indicó el cuarto de la joven en el segundo piso. Emma tenía varias ampollas en la planta de los pies tras su larga caminata, comentó el soldado mientras subían las escaleras.

—Le traeré una vasija con agua tibia —anunció el padre.

Magda y Martín se quedaron quietos al oírlos. Llevaban toda la tarde haciendo el amor, una y otra vez, sin descanso ni intervalos. ¡Estaban exhaustos! Pero siempre querían más y más. Alguien golpeó la puerta y los despabiló de un plumazo.

—¡Joder! —dijo Martín antes de levantarse a toda prisa para esconderse detrás de las cortinas.

Era el padre de la joven.

—¿Estás bien, hija?

Silencio. Magda logró ponerse su ropa de dormir antes de que entrara. Fingió estar profundamente dormida. Su padre miró con expresión curiosa la puerta de la terraza del dormitorio. ¿No la había cerrado ya? Se aproximó y corrió las cortinas sin percibir la presencia de su empleado detrás de ellas. Magda abrió un ojo y miró estupefacta los grandes pies del joven.

«Ay, Dios» pensó ella, con el pulso a mil por hora.

Su padre era un hombre muy sereno, pero nunca se sabe cómo reaccionaría si encontrara a un hombre desnudo en la habitación de su hija, de su candorosa hija.

—Buenas noches, pequeña.

Besó la cabeza de su hija y luego apagó la luz de la mesilla. Martín apartó la cortina con parsimonia y miró a la joven desde su sitio. Ella sonrió con malicia, con aquella malicia que lo tenía embrujado desde el primer día. Se acercó a la cama con una erección orgullosa entre sus torneadas piernas, pero cuando pensaba meterse en la cama, el padre de Magda retornó y no tuvo más remedio que esconderse debajo de la cama.

—Olvidé la vasija —se dijo el hombre—, la edad no viene sola.

Martín tenía certeza de que su corazón había salido volando de su pecho a través de su boca y que estaba en el suelo a punto de dejar de latir.

—Puedes subirte —le dijo Magda, minutos después.

—Es peligroso —le dijo él.

Magda rio por lo bajo antes de empezar a gemir. ¿Qué estaba haciendo?,

se preguntó el alemán.

—Si no vienes, tendré que darme placer yo sola.

En un abrir y cerrar de ojos, Martín salió de su zona de confort y se lanzó a la cama dispuesto a apagar el fuego de su musa insaciable mientras en el cuarto contiguo, la madre de la misma, reprendía duramente al soldado.

—Quiero que se aleje de mi hija, joven.

Joachim le quitó los zapatos a Emma con suma delicadeza y luego miró las plantas repletas de ampollas con expresión lastimera.

—Señora, en esta vida solo obedezco a mis padres, a mis superiores y a Emma —dijo con firmeza—, si su hija no me lo pide, no pretendo alejarme de ella.

La mujer lo fulminó con la mirada.

—¡Es usted bastante insolente!

Joachim se puso su gorro de plato sin apartar la vista de la madre de Emma.

—Con su permiso, me retiraré, señora.

Emma abrió sus ojos con pereza y dijo en un tono muy bajito.

—¿Joachim? ¿Dónde estamos?

El soldado giró su rostro hacia ella y sonrió con melosidad. Se acercó y se acuclilló a su lado sin abandonar su deje afectuoso. La madre de la muchacha se cruzó de brazos en un gesto de indignación.

—Estás en tu habitación —deslizó su dedo índice por el puente de su pequeña nariz—. Descansa, cielo.

¿Cielo? ¡Qué descaró!, dijo la madre para sus adentros al tiempo que miraba con atención al soldado. Joachim era tan atractivo y tan dulce como lo fue... entrecerró sus ojos y apretó con fuerza sus dientes ante sus nefastos recuerdos.

—Gracias por todo, soldado.

El alemán le dio un beso en la mejilla, si estuvieran a solas, le hubiera dado uno en la boca.

—De nada, cielo.

Joachim se incorporó de golpe y se retiró del lugar tras saludar a la mujer, que ni siquiera le dirigió la mirada. El soldado se volvió antes de abrir la puerta y la miró por última vez. ¿Por qué siempre los trataba tan mal a él y a sus hermanos? ¿Solo porque eran personas humildes? ¿O había algo más detrás de su antipatía? Salió con ese duro pensamiento de la habitación.

«No desistiré de Emma» pensó con firmeza.

—Nunca lo haré —repuso.

El precio del desprecio

Sebastián y Joachim jugaban con Peter, el bebé de Gisela, prima de ambos cuando Martín entró en la casa y los vio. Con una expresión bobalicona se acercó e hizo una carantoña que divirtió al niño de apenas diez meses de vida. Curioso, preguntó de quién era. Sus hermanos decidieron gastarle una broma, alegando que aquel niño era suyo. La impresión del joven fue tanta que, soltó un grito bastante discutible. Sus hermanos no pudieron contener las risas y se desternillaron al ver la palidez del pobre muchacho, que furioso, les dijo que casi se hizo encima ante el susto.

—¡Soy muy joven para morir!

María entró en la cocina y les dijo que cuidaran al niño hasta que ella y Gisela retornaran. Joachim quiso protestar, pero ante la mirada elocuente de su madre, decidió acatar a sus órdenes. Aquella mujer era más temible que su superior.

—¡Jawohl, Mutti!

Ella sonrió con chulería antes de salir con su sobrina para comprar algo en la tienda de comidas. Sebastián hizo una mueca de asco al olisquear algo en el aire.

—Creo que se ha hecho encima —repuso con cara de espanto—, ¿qué le dan de comer? ¿Hígado a la cebolla?

Joachim se levantó con el niño en brazos y luego lo recostó sobre la mesa para cambiarle el pañal. Martín y Sebastián soltaron un gemido de asco al ver lo que aquel pequeño ser humano había hecho.

—¿Alguien sabe hacerlo?

Karl entró en la cocina y se rompió a reír al ver cómo sus tres hijos intentaban cambiar el pañal del bebé como si se tratara de desarmar alguna mina o algo similar. Se remangó la camisa y se aproximó a ellos dispuesto a ayudarlos.

—Padre, es tan fácil y delicioso hacerlos —dijo Martín con pesar—, pero cuidarlos requiere de tanto esfuerzo.

Karl limpió al niño con maestría, ciertas cosas nunca se olvidaban, claro estaba.

—¿Me dirás a mí? ¡Prácticamente os he criado solo!

Los tres fruncieron mucho sus entrecejos.

—Vuestra madre era mi superior.

Sus hijos se echaron a reír al oírlo.

—¡Karl cambia el pañal! ¡Karl prepara el biberón! —sonrió con ternura—, María debió ser algún coronel en su vida pasaba.

Más risas. Joachim y Sebastián miraron concentrados a su padre mientras Martín evocaba lo que Magda le había dicho el día anterior.

«Mi regla no ha venido, Martín». Al inicio, él pensó que hablaba de la regla de medir y ella le dio un buen golpe con una de madera que tenía en el escritorio de su habitación. No, Magda podía estar embarazada a sus dieciséis años. Se imaginó colgado en algún árbol por obra de su suegro. ¿Suegro? Todo su cuerpo se estremeció. ¡Era tan joven, tan fuerte y tan guapo para morir! Cogió un trozo de pan y empezó a devorarlo con nerviosismo. Sus hermanos intercambiaron una mirada interrogante.

—A ver quién me dará el primer nieto —soltó Karl y todo empezó a darle vueltas al carpintero.

Tras unos segundos, se desmayó.

—¡Martín! —chillaron los tres.

El carpintero volvió en sí cuando Sebastián le derramó agua a la cara.

—¿Estás bien, monito? —le preguntó Joachim—, ¿por qué te desmayaste?

«Porque seré padre» pensó con el alma a sus pies mientras Sebastián posaba el biberón del niño sobre la mesa. Martín meneó la cabeza a la vez que llevaba el mismo a la boca.

—¡Martín! —le chillaron sus hermanos—, pero ¿qué haces?

Karl cogió el biberón con expresión ceñuda.

—¿Te encuentras bien, hijo?

«No».

—Sí, padre.

Sebastián miró su reloj de pulsera y salió disparado hacia el cuarto de baño para ducharse y vestirse. Aquel sábado debía llevar a los Rubinstein a la boda de la hija de un amigo de la familia. Se arregló la corbata negra. Luego se puso la chaqueta del mismo tono tras perfumarse y peinarse.

—¡Uau! —exclamó Joachim mientras mecía al bebé—, estás muy elegante, hermano.

Sebastián se puso su gorro de plato negro.

—Un chófer muy elegante —repuso algo desanimado—. Un simple chófer.

Joachim y Martín conocían su historia con Lya, como él conocía las suyas

con sus primas. Nunca tuvieron secretos entre ellos, aunque, Martín aún no les había confesado que, probablemente, pronto serían tíos.

—Vuelvo antes de la medianoche —anunció Sebastián con una sonrisa que no le llegaba a los ojos—. Nos vemos, pequeñín.

La voz de Petra resonó en su cabeza mientras se retiraba de la casa.

«¿Lya se acostumbraría a tu vida, patito? ¿Podría vivir sin lujos y sin todas esas comodidades a la que está acostumbrada desde niña?». Su mejor amiga le hizo ver la triste realidad que se negaba mientras estaba entre los brazos de Lya.

—Sois de mundos muy distintos, patito.

—¡Lo sé, ratita!

Aquel día fue la primera vez que discutieron.

—No quiero que sufras, patito —repuso ella—, y haré cualquier cosa para evitarlo.

—¿Cómo puedes asegurar con tanto fervor que esto no durará más que un verano, Petra?

—¡No he dicho tal cosa, Sebastián!

Sebastián llevó sus manos a su cabeza en un gesto de indignación.

—Invítala a mi fiesta de cumpleaños —le dijo Petra—, para que la vean contigo tus amigos y tus conocidos.

La miró con el entrecejo fruncido.

—¿Quieres que la ponga a prueba?

—¿A qué le temes, patito? ¿A que no acepte? ¿A que ponga excusas baratas para no ir contigo?

«Ella no es así» se dijo sin mucha convicción al volver al presente.

Lya le dijo que probablemente haría una que otra escapada para estar con él mientras sus padres disfrutaban de la fiesta. Con esa ilusión cruzó la calle.

—¡Patito! —gritó Petra a lo lejos.

Tras la fuerte discusión, se reconciliaron el mismo día. Sebastián se detuvo y la miró con una amplia sonrisa en los labios. Ella se lanzó a sus brazos y le dio un tierno beso en la mejilla.

—¡Vaya! ¡Estás guapísimo!

Petra llevaba un vestido floreado sin tirantes y su larga melena rubia la llevaba en una trenza de costado. Sebastián la miró por primera vez como hombre y no como su mejor amigo. La chica desgarbada del pasado se había

convertido en una bella mujer.

—¿Adónde vas tan guapa?

Entrelazaron sus brazos y se dirigieron hacia la casa de Lya.

—Hilda me invitó a cenar —repuso ella algo pensativa—, te queda muy bien ese traje negro, patito.

Sebastián esbozó una sonrisa más interna que externa. Petra le acarició la mejilla con una ternura bastante inquietante.

—Estás raro, patito.

No estaba raro, sino incómodo ante su caricia. Lya siempre le reprochaba que no era normal la relación de ambos y, hoy, a pesar de su lucha interna, debía reconocer que tenía razón.

—No es nada, ratita.

Petra lo acompañó hasta el portón y antes de despedirse le recordó que su cumpleaños era al día siguiente.

—¿En serio? —soltó él, fingiendo no recordarlo.

El joven soltó una risita por lo bajo cuando ella le hizo cosquillas, sin percibir a lo lejos, la mirada ceñuda de Lya.

—Amigos ¿eh? —dijo con rabia antes de entrar en su habitación.

Petra se alejó tras lanzar un beso en el aire a su mejor amigo. Sebastián entró en la mansión con una sonrisa melosa y con las manos ocultas en los bolsillos. Miró la residencia de Lya con otros ojos aquella tarde. Él nunca podría darle una remotamente parecida. Se acercó al coche de la familia mientras se la imaginaba con él, cocinando, cuidando la casa y a sus hijos mientras él trabajaba en alguna fábrica o mansión para poder darles lo mejor, como su padre lo hizo toda la vida, con la gran diferencia de que su madre no procedía de una familia adinerada como Lya. Evocó el día que fueron a la tienda de zapatos, donde ella eligió cinco pares sin mirar siquiera los precios. Luego fueron a la tienda de bolsos y otros accesorios. Lya estaba acostumbrada a tener todo aquello que se le antojara, quizá, muy en el fondo, él era solo un caprichito de momento, el chico guapo que la tenía embelesada, pero que con el tiempo, las diferencias la harían recapacitar mejor y terminaría eligiendo a otro, a un hombre más rico que pudiera darle todo aquello que él no podría darle jamás.

—Eres el chófer —se recordó con amargura—, su empleado.

Lya y sus padres salieron de la casa elegantemente vestidos. Sebastián se quitó el gorro y miró embobado a la hija de sus patrones que aquella noche llevaba un vestido largo color vino sin tirantes corte sirena. Una sonrisa

melosa afloró en sus carnosos labios al verlo. Sus ojos se entrelazaron en una sola mirada mientras la madre de la joven observaba al nuevo chófer con ojos lascivos.

—¡Buenas noches! —saludó de repente Joshua, que llevaba un elegante traje negro—, perdónenme el retraso, pero el hospital estaba repleto hoy.

Sebastián lo vio cruzar el jardín como alma que lleva el diablo. Subió las escaleras a toda prisa y depositó un beso en la mejilla de Lya, que mal podía esconder su asombro.

—¿Nos vamos? —dijo el médico.

Sebastián abrió la puerta para que pudieran entrar. Lya buscó su mirada con desesperación, pero él mantuvo la cabeza gacha todo el tiempo. Durante el viaje, Joshua comentó sobre las tierras que había comprado en la ciudad de Hagen, donde pretendía construir un hospital en el futuro. Lya mal hablaba y su padre al notar lo, le preguntó qué le pasaba. Sebastián y ella se miraron por el espejo retrovisor de soslayo.

—Nada, padre.

«Nada» repitió Sebastián. Cuando lo veía con Petra se enfadaba, pero cuando él la veía con Joshua debía actuar de la manera más normal posible.

Llegaron al lugar repleto de amigos y conocidos.

—Para ti —dijo Joshua antes de meter unos billetes en el bolsillo de la chaqueta de Sebastián—, para que te compres unas cervecitas, Ackermann.

—Joshua —le reprendió Lya—, qué descortés.

El médico se justificó:

—Siempre le doy una propina al chófer de mi familia, cielo.

«Cielo» resonó en la cabeza de Sebastián como un cruel eco.

—Gracias, señor —dijo con los dientes apretados.

Lya le dio un papel antes de alejarse del lugar con sus padres. Con un enorme nudo en la garganta, el alemán leyó la pequeña nota escrita por ella.

«Pronto gritaremos nuestro amor a los cuatro vientos».

Alzó la vista de repente y vio cómo Joshua cogía la mano de Lya. Ella intentó apartar la suya de la de él, pero el médico la cogía con demasiada fuerza. Sebastián arrugó la nota y la lanzó al suelo con rabia.



Lya salió de la casa dos horas después para hablar con Sebastián, que

dormía plácidamente en su asiento. Lo miró con ternura antes de entrar en el coche. Lya retiró el gorro que cubría el rostro de Sebastián con suma cautela y se quedó mirándolo por varios segundos. El alemán tenía ligeramente abierta la boca y un ronquido apenas audible se le escapaba de ella.

—Mi vida —musitó con dulzura.

Lya deslizó sus ojos en el rostro de Sebastián, cuyo color de piel le recordaba al del melocotón. Quiso morder aquella apetitosa boca roja como la fresa, pero decidió quedarse allí, en silencio, entretanto evocaba su última locura con él aquella misma tarde.

—¿Sebastián? —susurró mientras se adentraba en el pequeño bosque que se encontraba detrás de la mansión—, ¿dónde estás?

El joven la atrapó por detrás.

—Aquí estás —gimió ella cuando sus manos posaron sobre sus senos de un modo casi salvaje—, me vuelves loca, Sebastián.

El alemán le besó con ardor desmedido el cuello a la vez que le bajaba el vestido de tirantes y dejaba al descubierto sus senos. Lya se arqueó y soltó un gemido de placer cuando él empezó a jugar con sus pezones erectos.

—Tú me vuelves loco a mí, Lya.

Lya rozó con sensualidad sus nalgas contra su erección. El alemán soltó un gemido antes de girarla y colocarla contra un árbol. Reclinó su cabeza y metió uno de sus pezones en su boca mientras con el pulgar pellizcaba el otro. Succionó uno y luego el otro con verdadera adoración mientras ella enterraba sus dedos en su pelo y lo apretujaba contra ellos con cierta desesperación.

—¿Estamos locos, Sebastián?

Él se enderezó al escucharla y asintió con una sonrisa ladina que la postró a sus pies. Se acomodó entre sus largas piernas y la obligó a que le rodeara con sus brazos y piernas.

—Completamente, cielo.

—¿Lya? —susurró él y la arrancó de su ensoñación—, ¿la fiesta terminó? Sebastián se enderezó con los ojos algo achicados.

—No, pero necesitaba verte.

Él la miró con atención y cierto reproche.

—¿Necesitabas ver al chófer?

Lya lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué estás tan odioso hoy?

Él resopló.

—¿Por qué?! ¡Eres muy cínica!

—¿Cínica yo?

—¡Sí, tú!

—¡El muerto hablando del degollado!

—¿Qué quieres decirme?

—¡Te vi con tu «supuesta amiga» cerca del portón a punto de darte un beso en la boca!

Lya le lanzó el gorro a la cara tras mandarle al infierno y decidió salir de allí, pero Sebastián la detuvo a tiempo y sin decirle nada, la besó con mucha pasión. Aquello carecía de lógica, aquello era amor en su estado más puro.

—Te amo tanto —dijo ella con agonía sobre sus labios—, tanto que mal puedo respirar sin ti.

Sebastián la miró con ojos de cordero degollado.

—Lya, somos de mundos muy diferentes —repuso él para su sorpresa—, ¿qué puedo ofrecerte yo? ¡Nada! A mi lado no tendrías los lujos que otros hombres pueden darte.

¿A qué venía aquel comentario? Ceñuda, lo miró con aprehensión y cierto recelo.

—Lo único que quiero es tu amor, Sebastián.

Él sonrió con amargura.

—A las fiestas lujosas prefieres ir con el médico adinerado —soltó entristecido—. Mientras al jardinero ves a escondidas en el sótano.

Los ojos del alemán se nublaron lentamente, advirtiéndola de que aquel parloteo iba en serio.

—Sebastián, ¿qué quieres decirme?

Con un enorme nudo en el pecho y con lágrimas en los ojos, él le dijo con toda la sinceridad que albergaba su corazón:

—No tengo nada para ofrecerte, Lya.

Ella suspiró con pesar.

—No tienes que ofrecerme nada más que tu amor, Sebastián —repitió.

Él asintió tras desviar la mirada.

—Eso lo dices ahora, pero cuando la realidad golpee nuestras puertas, las cosas cambiarán, cielo.

Una lágrima atravesó el rostro de la joven.

—¿Estás terminando con lo nuestro? ¿Es eso?

Sebastián bajó la mirada y empezó a jugar con el gorro con nerviosismo.

—¿Lo nuestro? —repitió tras un minuto de silencio—, ¿y qué se supone que tenemos, Lya?

Ella enjugó sus lágrimas con el dorso de la mano.

—Amor —le respondió con firmeza—, al menos de mi parte —acotó con cierta rabia.

Sebastián giró su rostro y la miró con atención por unos segundos. ¡Dios! Era, sin lugar a dudas, la mujer más hermosa que jamás había visto en su vida. ¡Y cuánto la amaba!

—Amor secreto —repuso él—, Romeo y Julieta no terminaron muy bien, cielo.

Ella cogió su mano y la depositó sobre su pecho izquierdo.

—Romeo y Julieta tuvieron su historia —dijo ella—, nosotros tendremos la nuestra y le daremos el final que queramos, no la que otros impongan.

¡Qué fácil era decirlo! Pero ¿pensaría igual tras conocer su realidad?

—¿Vendrías conmigo a la fiesta de Petra?

Lya tragó con fuerza.

—Por ti iría incluso al infierno —adujo ella y él rio por lo bajo al comprender su comparación—, aunque Petra me caiga mal.

Sebastián sujetó la nuca de la muchacha y la atrajo para darle un apasionado beso de amor, de amor profundo. Lya le devolvió el beso con el mismo frenesí sin percibir la mirada aciaga de Joshua a pocos metros de ellos.

«Debes desposarla para obtener todo aquello que te propones, hijo. Nosotros tenemos dinero, pero no el prestigio de los Rubinstein y, además, la joven es muy hermosa y te gusta».

—Nadie se burla de mí, Lya —dijo el médico antes de volver al salón.

Sebastián descendió sus labios por su cuello donde se detuvo para saborearlo con apetencia. Un escalofrío, que nada tenía que ver con la temperatura del ambiente, recorrió la espina dorsal de Lya y la hizo respingar en un acto reflejo.

«Qué sensación más rara» pensó con el corazón apretado.

Las hermanas

Lya y Petra se tornaron buenas amigas tras la fiesta de cumpleaños de la misma. El alemán estaba la mar de contento y, por primera vez desde que empezó a estar con Lya, se sentía más seguro. Emma y Magda también quedaron encantadas con Petra y sus amigas. Hilda, a su vez, no cesó fuego toda la noche y persiguió a Sebastián por toda la casa mientras Lya se partía de la risa de su amor, que furioso, le pedía auxilio cada dos por tres.

—¿Te divierte esto?

Lya asintió tras soltar una risita.

—¡Mucho!

Hilda no era mala gente, solo era un poco «expresiva» con respecto a sus sentimientos, según Lya.

—Me divertí mucho, mi amor —le dijo frente a la casa de sus primas, donde dormiría aquella noche—, me encanta formar parte de tu vida —acotó y le dio un largo beso bajo la mirada atenta de la reina nocturna.

Emma y Joachim se dieron un largo y apasionado beso cerca del jardín mientras Magda y Martín hacían lo mismo a pocos metros de ambos.

—Hasta mañana —dijeron las chicas tras despedirse.

Subieron a la habitación de Emma a toda prisa para saludarlos una vez más. Los hermanos estaban lado a lado en medio de la calle con las manos en los bolsillos de sus pantalones. Las jóvenes salieron al balcón y lanzaron besos a sus amados.

—Estoy enamorada —soltó Emma, entre suspiros.

Antes de que su hermana o su prima pudieran abrir la boca, derrumbó un jarrón y provocó un ruido feroz que terminó despertando a sus padres. Los hermanos se miraron y luego salieron corriendo hacia sus casas antes de que los descubrieran. Las chicas se partieron de la risa.

—¿Qué te pareció Petra? —preguntó Magda tras ponerse su ropa de dormir.

Lya se puso pensativa unos instantes.

—Creo que fui injusta con ella.

Emma se tropezó y casi perdió el equilibrio.

—Yo también sentía celos de ella —comentó—, una vez la vi abrazada a

Joachim y me puse histérica, pero luego comprendí que los tres la querían como a una hermana.

Magda levantó una ceja en un gesto de suspicacia. Petra era demasiado amable, demasiado buena y demasiado fingida para su gusto. Algo no encajaba en su manera dócil y desinteresada de ser.

—¿En qué piensas, mariposa roja?

La voz de Lya la devolvió al presente de golpe.

—En nada —mintió con una sonrisa ladina—, creo que tengo hambre.

Emma y Lya pusieron sus ojos en blanco.

—Pero ¡si has comido mucho en la fiesta!

Magda estaba feliz, ya que su regla al fin había dado las caras y eso significaba que no estaba embarazada. Martín saltó de alegría en un primer momento, luego lloró por el bebé que no existía.

—Soy insaciable —comentó ella.

—Ajá —dijeron Lya y su hermana.

En otro lugar, Joachim se desnudó y se metió en la cama al igual que sus hermanos en la suyas. El calor era insoportable aquella noche. Martín leía algo concentrado y Sebastián hacía lo mismo con la nota que le dio Lya el día anterior. Tras arrugarla y lanzarla, la volvió a coger del suelo y la guardó.

—Sebastián —dijo Martín, de repente— tu futura suegra ¿sigue acosándote?

Joachim levantó la vista y la enfocó hacia su hermano, que con los dientes apretados dijo:

—El otro día entró en el cuarto de baño mientras me duchaba con el pretexto de que necesitaba mi ayuda.

Martín dejó de leer y se agachó para mirar a su hermano, que tenía la pierna derecha doblada a la altura de su pecho. Joachim se levantó y apagó la luz central para evitar que el calor aumentara. Los rayos plateados de la luna bañaron con cierta prepotencia el piso a través de la ventana.

—Joder, ¿te quiere engatusar! —exclamó Martín—, soy experto en el tema.

Joachim negó con la cabeza tras cubrir su parte íntima con la sábana de lino. Sebastián lo miró.

—Esa mujer me da miedo —soltó—, a veces mira a su hija con unos ojos muy fríos y sombríos.

Joachim evocó a la madre de Emma en ese lapso, tan discriminativa como su hermana.

—Los ricos son raros —soltó Martín—, Magda me dijo que su madre y la

tía son enemigas mortales —sus hermanos lo miraron—, pero ante todos son las mejores amigas del mundo.

Sebastián soltó una risita y les robó la atención por completo.

—Mutti y su hermana se agarraron a golpes el verano pasado y luego tomaron café como si nada.

Los tres se echaron a reír a mandíbula batiente al recordar aquel día.

—¡A dormir! —chilló la mujer desde su dormitorio—, ¡hay quienes debemos madrugar!

Los tres taparon sus bocas con las manos para ahogar la risa.

—¡Me estoy levantando! —amenazó la mujer con una sonrisa en los labios.

Karl la miró con expresión ladina a la vez que se precipitaba sobre ella y le hacía el amor como un salvaje. Los hijos pusieron atención a los ruidos y al deducir la razón, soltaron un gemido de asco bastante alto.

—¿Cómo creéis que fueron concebidos? —soltó Karl y se ganó un buen pellizco en el culo—, ¡Mutti!

Los hijos taparon sus cabezas con sus almohadas antes de resoplar. ¡Así eran los Ackermann! ¡Sin tapujos ni vergüenza!



Lya y sus primas recibieron una dura reprimenda el lunes a primera hora por parte de sus madres, que descubrieron que las tres no asistieron a sus respectivas clases los últimos días. Furiosas, las madres decidieron castigarlas duramente.

—¡¿Una semana sin salir de la habitación?! —chilló Lya con cierta exasperación—, ¡no somos unas crías!

Martina, su madre, la miró con reproche.

—Si sigues quejándote, serán dos.

Lya se sentó en el sofá soltando fuego de sus ojos. ¿Una semana sin poder ver a Sebastián? ¡Era demasiado tiempo! Emma y Magda protestaron, patearon y chillaron sin éxito alguno. Sus madres estaban muy cabreadas y ante sus miradas fulminantes, decidieron acatar a las órdenes o el castigo duraría más tiempo y ellas no podrían ver a sus alemanes, a sus Ackermann.

—Pero, ¿y el cumpleaños de Hilda? —soltó de repente Martina—, es

dentro de tres días, ¿no?

Las primas resoplaron hastiadas, ninguna quería ir a la fiesta de Hilda.

—Ella os ha invitado, ¡no seáis maleducadas! —soltó Olga.

Las tres asintieron con desgana. Lya escribió una nota para Sebastián y sus primas para sus hermanos. La nana de la misma se encargó de entregarle al jardinero.

—Gracias, nana. ¡Te quiero!

Sebastián podaba concentrado unas rosas mientras se preguntaba ¿por qué Lya no había aparecido aquel día en el jardín para fastidiarle? La muchacha solía hacerle mil preguntas sobre su trabajo o robarle sus herramientas y hacerle correr detrás de ella hasta alcanzarla y llenarla de besos. El simple recuerdo dibujó una sonrisa en sus labios.

—Hola, Sebastián.

La nana de Lya era la única en la casa que sabía sobre la relación de ambos. No solo conocía el secreto de su niña, sino que también la apoyaba. Sebastián era el mejor candidato para ella, ya que Joshua no le caía nada bien. Su alma era negra como la de un escorpión.

—Esto es para ti y estos para tus hermanos.

Sebastián se incorporó y se quitó sus guantes de podar antes de coger las notas. Leyó la que era suya con suma atención.

«Mi amor, mi madre me ha castigado y no podremos vernos por una semana. Te amo más que ayer y siempre, siempre menos que mañana, Lya».

El alemán abrió con exageración sus ojos antes de tragar el enorme nudo que se le formó en la garganta. ¿Una semana sin poder verla o estar con ella? ¡Era demasiado tiempo! Sus hermanos reaccionaron del mismo modo cuando leyeron las esquelas de sus chicas. Petra, que comía una manzana al lado de Martín, les comentó sobre la fiesta de Hilda, a la que no podría ir porque tenía otro compromiso.

—Pero es una fiesta para mujeres —soltó Martín—, ¿crees que la madre de Hilda no nos delataría? ¡Es una cotilla!

—Es verdad —replicó Petra, apenada—, su madre es capaz de vender su alma para formar parte del círculo de amistades de esas dos.

Una idea absurda cruzó la mente de Sebastián en ese preciso instante.

—¿Y si fuéramos a la fiesta sin levantar sospechas? —soltó.

Joachim caló hondo el cigarro que acababa de encender y lo miró con

curiosidad. ¿Qué quería decir con aquello? Martín ladeó la cabeza y lo miró del mismo modo.

—No entiendo —dijo Petra, más confundida que un pájaro en una pecera—, ¿cómo harían eso?

Con un enorme nudo en el pecho, Sebastián soltó casi en un susurro.

—Disfrazados de mujeres.

Martín y Joachim se miraron con expresión de asombro y, tras ello, se rompieron a reír como dos locos. Petra lo miró atónita y luego se desternilló. Sebastián se ruborizó como un tomate.

—¿Recuerdas a la rubia de casi dos metros que viste cierta vez en la calle con Lya, Martín?

Su hermano dejó de reírse y se pasó la lengua sobre los labios con sensualidad al evocar a Bettina, la chica más hermosa que jamás había visto en su vida.

—¿Me conseguiste su dirección? ¿Lya al fin cedió?

Sebastián lo miró desafiante.

—Era yo.

Martín abrió mucho los ojos y la boca antes de perder el equilibrio y caerse en el suelo. Joachim y Petra lo miraron con cara de espanto.

—Lya me disfrazó tras perder una apuesta que hicimos —acotó el alemán con las mejillas encendidas—, tú incluso me tiraste los tejos, Martín.

Su hermano menor se arrodilló y puso sus manos en actitud de oración mientras Joachim calaba su cigarro con nerviosismo.

—¡Dime que no es verdad! —imploró—, ¡he tenido sueños húmedos contigo! —se santiguó—, ¡soy un perverso!

Se levantó y se sentó en la silla tras coger una pequeña libretita azul.

—Debo anotar este pecado para esta semana.

Joachim y Sebastián alargaron sus cuellos y leyeron sus pecados de aquella semana con perplejidad. La palabra «fornicación» aparecía más de veinte veces.

—¿Anotas tus pecados? —le dijo Petra, desconcertada.

—Por si se me olvida uno, Petra.

Tras unos minutos de silencio, Sebastián les dijo que Lya tenía varias pelucas en su sótano y que podía prestar tres para la noche de las chicas. Petra se ofreció para maquillarles y vestirles. Su madre era un poco rellenita y sus vestidos le servirían a la perfección ya que también era bastante alta.

—¡Ni de coña! —exclamó Joachim con rotundidad—, ¡nunca!

Días después, tras recibir una segunda nota por parte de Emma, a través de Petra, las cosas cambiaron rotundamente y terminó accediendo a la loca idea de su hermano. Petra no paraba de reírse mientras los maquillaba. Joachim y Martín eran muy musculosos, mucho más que Sebastián.

—¡Qué fea soy! —exclamó Martín—, esta peluca cobriza realza mis ojos y aumenta el tamaño de mi nariz.

¡Qué vanidosa resultó ser! Sebastián seguía siendo la más guapa, aunque Joachim no estaba nada mal con su peluca oscura corte Chanel y sus grandes ojos azules claros casi transparentes.

—El vestido manga larga cubre muy bien los brazos y los vellos —repuso Petra mientras maquillaba a Joachim—. Y los guantes las manos.

Martín se cambió de ropa unas tres veces, tras alegar que los vestidos o le dejaban muy cuadrado o muy ancho. Joachim se miró al espejo horrorizado. ¡No podía estar haciendo aquello! Si su superior lo veía de aquel modo, sería expulsado del cuartel sin rechistar.

—Sois muy altos —apostilló Petra—, y esa nuez de Adán sobresale mucho.

—Mi nuez de Martín, no —adujo Martín y todos posaron sus ojos en él—, ¿qué?

Joachim le explicó que el nuez o bocado de Adán era universal y no llevaba el nombre de uno mismo como él suponía. Martín se puso serio por unos segundos mientras Sebastián se ponía un collar de perlas para tapar su nuez.

—Esto es ridículo —soltó Joachim tras quitarse la peluca—, soy un soldado y podré entrar en la casa de Emma sin que nadie me vea.

Martín sopló su flequillo con poca delicadeza.

—Hoy estarán revelando sus secretos más inconfesables —soltó el carpintero con expresión ladina—, si no saben que somos nosotros —miró a Sebastián—, confesarán sin muchos tapujos.

—Lya me reconocerá —dijo Sebastián.

—Pero Emma y Magda no.

Joachim llevaba días queriendo comprender las raras reacciones de Emma, algo la inquietaba, pero no se animaba a decirle. Quizá Martín tenía razón y aquello no era del todo una locura.

«Lo es» se dijo para sus adentros, pero decidió seguir el consejo de su hermano, de su loco hermano.

Salieron de la casa de Petra rumbo a la de Hilda caminando como machos

resentidos. Martín dijo que era fea y si la viera por la calle, bueno, la follaría de todos modos. Sus hermanos se echaron a reír tras darle un buen golpe en la cabeza.

—¡Ay! —soltó Martín como si fuera una damisela en apuros—, quiero decir «AY» —puntualizó con voz ronca y sus hermanos volvieron a reírse.

Martín dijo que sus pechos eran demasiado grandes y sus caderas demasiado anchas. Sebastián y Joachim intercambiaron una mirada de soslayo.

—¿Te estás escuchando? —le dijo Joachim tras arreglarse su parte íntima con poca delicadeza.

Martín parpadeó y sus espesas pestañas cobrizas se movieron con mucha gracia.

—Es la gran alegría de mi vida —soltó el simpático joven—, ¡el que llega último besaré mi culo!

Los tres salieron corriendo del lugar rumbo a la fiesta, donde el ama de llaves los atendió con expresión sobrecogida. ¿Quiénes eran aquellas chicas tan altas y musculosas? Hilda apareció detrás de la mujer con Lya saludó a su amiga Bettina con una enorme sonrisa.

—¡Has venido!

Sebastián tenía las mejillas muy coloradas.

—No podía perderme esta gran fiesta —dijo con una voz muy afeminada—, os presento a Joana y a María.

Joachim y Martín sonrieron algo desencajados. Lya los miró con atención por unos segundos, sin poder dar crédito a lo que aquellos hermanos estaban haciendo para estar con ellas. Sebastián achicó los ojos al percibir el brillo peculiar en los ojos de Lya. ¿Estaba borracha? La fiesta había empezado a las seis de la tarde y para amenizar el aburrimiento, bebieron varios tipos de licores que Hilda cogió de la bodega de sus padres. Emma y Magda aparecieron y miraron con cierto estupor a las chicas gigantes.

—Hola —saludó una Emma algo embriagada—, el licor de menta me encanta —acotó—, y me gusta mucho decir «lii-corr de men-ta».

Joachim sonrió con ternura hasta que Martín le dijo:

—No seas lesbiana, hermana.

El soldado le dio un fuerte codazo que lo dejó sin aire en los pulmones.

—Marimacho —refunfuñó Martín.

Hilda se puso delante de Sebastián.

—¡Bienvenidas!

Y con ese caluroso saludo, los hermanos entraron en la casa para descubrir

los más ínfimos secretos de sus amadas y sus locas amigas.

Secretos inconfesables

La fiesta se llevaba a cabo en la sala de estar de la mansión de Hilda. Martín comía su quinto canapé mientras las chicas cacareaban a su alrededor sobre asuntos femeninos muy interesantes, a punto estuvo de coger un papel para anotar ciertas sugerencias a la vez que miraba a Eva, la enemiga número uno de Magda. ¿Qué hacían dos fieras indomables encerradas en la misma jaula? Sus hermanos observaban atónitos a Lya y a Emma que canturreaban una famosa canción alemana algo achispadas. Magda, a su vez, no dejaba de mirar a Martín. El muchacho la encaró con una sonrisa en los labios, seguro de que ella lo había reconocido, pero no, al parecer ella estaba coqueteando con la joven desconocida. Se puso pálido como el papel ante tal posibilidad. ¿Le gustaban las mujeres? Hilda soltó unos gruñidos bastante estrepitosos y lo sacó de su trance de golpe.

—¿Qué os parece si hablamos de sexo? —soltó Elsa, la vecina de la anfitriona.

Martín enarcó una ceja a modo de sorpresa y satisfacción. Aquello se estaba poniendo cada vez más interesante. Metió un canapé en la boca tras arreglarse la peluca con suma delicadeza.

—¡Genial! —chillaron todas.

La joven de pechos exuberantes cogió varios almohadones y los lanzó al suelo formando un círculo alrededor de la mesa de café. Sebastián y Joachim apartaron el sofá para que tuvieran más espacio.

—¡Esto será muy divertido!

Lya abrazó a Sebastián por detrás y empezó a ronronearle palabras cariñosas que fueron subiendo de tono a medida que el alcohol se adueñaba de su cordura. Con sumo cuidado, le dijo que no era apropiado toquetearle en aquellas condiciones o sus amigas pensarían mal de ella.

—¿Entonces no puedo tocarte como ayer? —replicó ella con voz insinuante—, pensé que te gustó...

El recuerdo abrasó cada centímetro del cuerpo del alemán. El día anterior, Lya le tocó su parte íntima por encima de su ropa interior de un modo muy, pero que muy incitante.

—Qué pena.

Lya le guiñó un ojo en señal de complicidad y le plantó un beso en la mejilla antes de sentarse sobre uno de los almohadones. Sebastián miró hacia abajo y soltó un taco para sus adentros al ver la erección que se alzaba orgullosa entre sus piernas.

«Scheiße».

Hilda y sus amigas sirvieron más bebidas antes de tomar asiento con las piernas entrelazadas como unas crías.

—Prost! —dijeron todos tras empinar sus copitas de licor.

Emma se sentó al lado de Joachim y el soldado se puso muy tenso cuando su mano terminó en uno de sus pechos falsos. ¿Por qué le estaba tocando de aquel modo? ¿Era normal que una mujer tocara a otra de aquel modo?

—Los tienes grandes —acotó ella con la mirada desenfocada—. Los. Míos. Son. Muy. Pequeños —bajó un poco su vestido—, ¿no lo crees?

Joachim tragó con fuerza ante la creciente erección que sobresalía entre sus piernas tras ver un trocito del sujetador de la joven. Cogió un cojín y lo puso sobre su regazo a modo de escudo.

—Qué va —le dijo con nerviosismo—, están perfectos, Emma.

Emma se arregló su vestido con una amplia sonrisa en los labios. Agradeció el cumplido y posó su mano en el regazo del soldado, despertando cada fibra de su cuerpo con aquel inocente gesto. Aquella mujer lo tenía embrujado.

—¡Hora de los chismes! —chilló Greta—, ¿nos ponemos al día?

Martín aplaudió con entusiasmo y sus hermanos lo codearon, uno a cada lado. El carpintero soltó un chillido de dolor muy sospechoso y sus hermanos pusieron sus ojos en blanco al oírlo.

—¡Me encantan los chismes! —matizó Martín tras codear a ambos con cierta brusquedad—. ¿No, hermanitas?

Joachim y Sebastián soltaron un taco por lo bajo ante el golpe que recibieron.

—Claro —dijeron los dos a la vez—. ¡Hermanita! —le devolvieron el golpe.

«Ay» musitó Martín.

Joachim quiso encender un cigarro y calarlo hondo para aplacar los nervios, pero no había traído sus cigarros, así que, optó por beber un poco de licor de anís, el licor favorito de su abuela. Emma se recostó contra él y un enorme deseo de tocarla se apoderó del soldado, pero se contuvo, a duras penas.

—¡Primera pregunta! —soltó Eva—, Lya, ¿tú y Joshua os habéis besado en la boca?

Sebastián miró a Lya con expresión seria, casi severa al tiempo que apretujaba con vigor un cojín. Nunca pensó sentir tantos celos de alguien en toda su vida.

—Una vez me besó en la fiesta de mi cumpleaños —adujo ella con total tranquilidad—, pero no fue correspondido —oteó de reojo a Sebastián—. Mi primer beso se lo di a otro, alguien muy especial —miró al alemán—, mientras él dormía.

Sebastián entornó mucho los ojos al oírla.

—A ti —le cuchicheó Lya—, el día que te dispararon.

Las mejillas del alemán se ruborizaron y su corazón latió con mucha fuerza en su pecho. ¿Su primer beso se lo dio a él? ¡A él! Quiso saltar y gritar de alegría, pero no podía, infelizmente.

—¿No te gusta? —apostilló Hilda—, tu madre le dijo a la mía que se casarán en el futuro.

Lya la miró estupefacta.

—¿Cómo dices?

Sebastián bebió un sorbito de la copita de licor y soltó un gemido de indignación a la vez que movía sus largas piernas de arriba abajo. Martín y Joachim clavaron sus ojos en él.

—¡Eso no es cierto! —protestó Lya—, ¡lo estás inventando!

Hilda irguió su pecho como un gallito de lucha y la desafió:

—¡Yo no inventé nada! ¡Tu madre se lo dijo a la mía el otro día! —escupió parte de su licor—, y tu padre se lo dijo a mi padre.

Una profunda tristeza se acomodó en el pecho de Lya y Sebastián ante aquello que escuchaban. ¿Sería cierto? ¿Y si lo fuera? ¿Qué harían? Lya miró al alemán con ojos de cordero degollado.

—No es cierto —vocalizó ella.

Sebastián quería creerle, pero no podía, los celos y las dudas no lo dejaron. Eva, que estaba más borracha que un cosaco, soltó con malicia:

—¿Es verdad que te gusta tu jardinero, Lya?

Hilda escupió su bebida y salpicó a casi todos.

—¡Sebastián es mío! —gritó la anfitriona.

Lya se puso de rodillas de manera trepidante y miró con ojos desafiantes a Hilda.

—¡En tus sueños! —le replicó y todos soltaron un gemido de asombro—,

¡Sebastián Ackermann es mío!

El corazón de Sebastián latió con fuerza al oír la acalorada afirmación de Lya mientras Hilda y ella se miraban con desdén por unos segundos. El joven sonrió emocionado hasta los tuétanos.

—¿Harás una apuesta como lo hiciste con Heidi? —soltó Hilda con maldad—, ¿cuánto valía su amor?, ¿un marco?

La sonrisa de Sebastián desapareció de un manotazo de su cara. ¿De qué apuesta estaban hablando? Martín y Joachim intercambiaron una mirada de soslayo mientras Sebastián giraba y miraba a Lya con ojos inquisitivos. Ella se encogió de hombros con indiferencia.

—Fue una estupidez —declaró ella—, cosas de niñas mimadas.

Entonces, ¿era cierto? ¿Lya había apostado con Heidi que lo conquistaría por un marco? ¡Vaya! ¿Solo un marco? ¡Aquello merecía una gran revancha! Lya lo miró con atención y supo al instante que aquel delicioso alemán se traía algo entre manos. Le dio un leve empujoncito y él le devolvió el gesto, dibujándole una amplia sonrisa en la cara.

—¿Te parece poco o mucho el costo de su amor, Bettina?

Sebastián le tocó las nalgas con mucha discreción.

—Un absurdo, Lya.

«Le diste gratis tu corazón» se recordó él y sonrió por lo bajo.

—Ah, ¿sí? —le desafió ella y él apretujó una de sus cachas con mucha sensualidad—, ¿merezco un castigo?

Él la miró con expresión socarrona.

—Pronto lo sabrás, Lya.

Hilda observaba con atención a los dos mientras bebía su licor con cierta impaciencia. Lya le caía tan mal como Petra, la zorra del pueblo, según Eva. ¿Y esa Bettina quién cojones era? ¿Cuánto medía? ¿Dos metros? Tenía un rostro muy hermoso, pero un cuerpo muy masculino para su gusto. ¡Eso sin mencionar sus vestidos de abuela!

—¿Alguna de vosotras habéis visto un pene en vivo y en directo? —lanzó Elsa.

Todas, sin excepción alguna, levantaron sus manos entre risitas picaronas. Los hermanos se preguntaron si los suyos contaban, así que, terminaron levantando las manos también.

—¡Yo vi tres de una vez! —soltó Eva—. ¡El. De. Los. Hermanos. Ackermann!

Los tres hermanos casi se atragantaron al escucharla. ¿Los vio desnudos?

¿Cuándo? Un rubor casi morado tiñó las mejillas de Joachim y Sebastián mientras Martín se limitaba a mirarlas con expresión divertida.

—¡Son enormes!

Una mueca muy fanfarrona se estampó en la cara de Martín mientras sus hermanos querían salir corriendo del lugar. Siempre solían bañarse en el río completamente desnudos, pero en una zona bastante alejada del pueblo. ¿Qué hacía Eva por aquellos lados? Lya y sus primas intercambiaron una mirada matizada de malicia. Ellas también tuvieron ese privilegio tiempo atrás. Magda empujó su copita y ellas le copiaron el gesto sin abandonar sus dejes.

—¡Y eso que estaban dormidos!

Linda, la más lenta de todas, dijo confundida:

—¿Dormidos? No entiendo.

Eva salió de la sala como alma que lleva el diablo y se dirigió a la cocina para coger un plátano del frutero. Retornó con la fruta entre manos y un propósito en la mente.

—El pene es flácido cuando no está excitado —repuso Eva, la experta del grupo—, cuando está despierto, es tres veces más grande que su tamaño normal.

Martín metió varios canapés en la boca para evitar pensar en cosas indecorosas. Su parte íntima estaba a punto de «despertarse» y prometía llamar la atención de todas si así lo hiciera. Pero, cuando Magda cogió la fruta y la peló con mucha sensualidad, las cosas cambiaron y lo inevitable sucedió.

«Scheiße».

—A ellos les encantan que se los meta en la boca —dijo Magda sin apartar la vista de Martín—, los enloquece.

Magda metió la fruta en la boca y la movió de un modo muy voluptuoso. Las chicas la miraron con perplejidad, como si acabara de salirle otra cabeza.

—Jo —susurró Martín a punto de correrse.

Eva soltó una carcajada bastante inquietante.

—¡Martín adora meter su pene en mi boca! —todas la miraron con asombro—, ¡siempre me lo pedía!

Magda se puso muy seria antes de morder con rabia la fruta. La excitación de Martín se convirtió en terror. El carpintero miró a Eva con expresión sobrecogida. Magda lo fulminó con la mirada. ¿Qué? ¿Ella sabía quién era él? ¿En serio?

«Es muy sagaz» le dijo su cerebro.

—Y muy vengativa —se dijo tras tragar su saliva—. Oh. Oh.

—Martín es mi novio —dijo Eva con firmeza.

El alemán la escrutó con reprobación. Joachim y Sebastián intercambiaron una mirada teñida de interrogantes.

—¡No es cierto! —soltó él a viva voz—, porque... él... es... —hizo una pausa expectante—, mi novio.

Magda soltó una risita por lo bajo, fue inevitable.

—¿Qué?! —chilló Eva—, ¡él nunca se fijaría en una chica tan poco agraciada como tú!

Martín se levantó como si tuviera unos resortes bajo sus piernas y la empujó con poca delicadeza.

—¿Fea yo? —su voz salió rasposa—. ¿Te has mirado al espejo?

Eva trató de jalarle el pelo, pero él sujetó sus manos y se la impidió. Magda trató de atacarlo por el otro lado y utilizó el mismo método con ella.

—¡Sois unas salvajes! —dijo Martín y miró a Sebastián—. ¡Están locas!

Hilda se acercó a Lya con aire amenazante y la miró de pies a cabeza con desprecio. Lya apartó a Sebastián con poca gentileza y la encaró.

—¡Sebastián no se fijaría en una chica tan escuálida y sin gracia como tú, Lya!

Lya contó exactamente hasta tres antes de saltar por la cabeza de Hilda. Sebastián abrió mucho sus ojos y su boca al ver el arrebato de la joven.

—¡Zorra! —chilló Lya—. ¡A Sebastián no le gusta la carne de cerdo!

Hilda jaló a Lya del pelo con mucha violencia.

—¡A él no le gustan los espárragos! —chilló Hilda.

Sebastián se puso pensativo, en realidad tanto la carne de cerdo como los espárragos le gustaban mucho, pero no creyó que fuera un buen momento para aclararlo. Se metió entre ambas y trató de separarlas, pero aquello era una misión realmente difícil. ¡Estaban poseídas!

—¡Ey! —dijeron las demás invitadas—, ¡¿estáis locas?!

Emma recostó su cabeza en la pierna del soldado, vencida por el cansancio y el alcohol. Joachim le acarició la cabeza y ella empezó a llorar con cierta amargura. Joachim la miró con tristeza.

—¿Qué tienes? —le preguntó con su vozarrón de macho alfa, olvidándose por completo de su papel—, ¿te duele algo? —acotó con una voz más suave.

La joven se sentó y echó hacia atrás su cabeza sollozando con desfallecimiento. El soldado no sabía cómo reaccionar ni qué decirle. Le dio unas palmaditas en la espalda a modo de consuelo mientras Magda y Eva discutían acaloradamente a su lado.

—Mi mamá odia a Joachim —dijo Emma—, me dijo que prefiere perderme como hija a aceptar mi relación con él.

Aquello estrujó el corazón del soldado con saña.

—Oh, cielo —le dijo con voz lastimera—, lo siento tan...

Emma vomitó a un lado y su frase quedó flotando en el aire.

—¡Qué asco! —dijeron todos.

Emma se sentía muy mal tras tantos tragos. El soldado se levantó a toda prisa y la llevó hasta el cuarto de baño en brazos. Las chicas lo miraron con perplejidad. ¡Qué fuerte era aquella mujer!

—¡Martín es mío! —tronó Eva—, ¡tú eres una más del montón!

Magda saltó sobre ella y rodaron sobre la moqueta. Martín abrió mucho los ojos y la boca ante lo que presenciaba. ¿Por qué aquello lo estaba excitando?

—Cielo, eso, desecha todo —dijo Joachim mientras le sujetaba la cabeza a Emma—, bebiste demasiado.

La joven desechó hasta la última gota de las bebidas que había tomado. Joachim frunció el entrecejo cuando Martín empezó a gritar como una histérica ante los ataques de Magda y Eva, que se unieron para darle un buen escarmiento. Pero, ¿qué estaba pasando?

—Joachim merece una mujer de verdad —dijo Emma tras limpiarse la boca con el dorso de la mano—, no una tan torpe como yo, que se tropieza con los pies —sollozó por lo bajo—, que ni siquiera ha tenido un novio antes de él. ¿Por qué se enamoraría de alguien como yo?

Aquella declaración enterneció profundamente al soldado. La ayudó a incorporarse y le lavó la boca con agua. Emma cogió un poco de bicarbonato de sodio del bote que se encontraba en el armario del lavabo y se limpió los dientes con él.

—Él es tan seguro de sí mismo, Joana —se giró y se reclinó contra el lavabo—, tan fuerte, tan valiente y tan hermoso.

Suspiró hondo.

—Eres perfecta para él, Emma

Ella lo miró con ojos curiosos. Lo analizó y tras comprobar sus sospechas soltó con un temblor en la voz:

—¿Joachim?

El soldado abrió mucho sus ojos ante su metedura colosal de pata. Se maldijo por lo bajo al ver la rara expresión de la joven.

—Cielo, puedo explicártelo...

Todo empezó a darle vueltas a la joven antes de perder la consciencia.

—Oh, cielo —masculló Joachim al cogerla en brazos—. Mi princesa —miró hacia la sala y suspiró cansado—, debemos marcharnos antes de que nos descubran —salió del cuarto de baño y miró a sus hermanos con seriedad.

Estos captaron el mensaje de sus ojos al instante. Sebastián cogió a Lya y la echó sobre el hombro mientras Martín hacía lo mismo con Magda. Ambas golpearon sus espaldas con los puños, pero no les impidieron de salir de la casa por la puerta que llevaba al jardín. Hilda y sus invitadas los miraron con expresión de horror.

—¡Te odio, Hilda! —gritó Lya sin dejar de removerse—, ¡Sebastián Ackermann es mío!

La joven retrucó:

—¡Ni en tus mejores sueños, Lya!, ¡él es mío! ¡Mi pastor alemán es solo mío!

Sebastián gruñó como si fuera un perro y Lya le mordió la espalda, robándole un quejido de lamento. ¡Aquella mujer mordía con fiereza!

—¡Odio a esa marrana, Sebastián!

El alemán se detuvo y le dio un azote firme en el culo, para luego acariciarle las nalgas con descaro. Lya se removió aún más.

—¿Me estás metiendo mano, Sebastián?

Otro azote.

—¡No seas abusivo!

Magda, a su vez, mordió la espalda de Martín, que soltó un taco muy soez y con una voz muy, pero muy ronca. ¡Parecía un cavernícola!

—¡Eres un cualquiera, Martín Ackermann!

—¡Lo soy! —le dijo él con rabia—. ¡Siempre lo supiste!

Joachim salió con suma discreción de la casa con Emma en brazos, aprovechando la distracción de Hilda y sus amigas. Nadie se dio cuenta, ya que estaban muy concentradas hablando de lo ocurrido.

—¿Quiénes eran esas mujeres tan hombrunas? —dijo Linda—, ¡medían casi dos metros!

Hilda y Eva se sirvieron unas copitas mientras planeaban una gran venganza en contra de Lya y Magda.

—¡Nos las pagarán! —zanjaron antes de beber.

Sebastián y Martín se detuvieron en el parque del pueblo y las bajaron en el suelo. Magda empujó a Martín y Lya prácticamente se lanzó a los brazos de Sebastián para besarlo con mucho ardor.

—Eres mío —gimió tras morderle el labio inferior—, solo mío.

Sebastián la puso contra un árbol.

—Solo tuyo —farfulló antes de enterrar su lengua en la cavidad sedosa de la judía.

Martín siguió a Magda, que soltaba humo por las orejas y los ojos mientras unas palabras malsonantes salían de su pequeña boca. Se detuvo para escucharla, algunas ni siquiera las conocía.

—¿Cómo sabías que era yo, mariposa roja?

Magda lo miró con retintín tras cruzarse de brazos a la altura de sus pechos.

—Tus ojos son inconfundibles —dijo con seriedad antes de sentarse en el banco—, eres un cualquiera —repitió.

Martín se acuclilló entre sus piernas y le pidió que lo mirara a los ojos. Ella suspiró hondo antes de obedecerlo.

—Desde que estamos juntos —empezó a decir—, no he estado con nadie más, mariposa.

Magda no sabía por qué estaba actuando así, cuando desde el inicio quedaron con que serían una pareja sin derechos ni obligaciones, sin embargo, saber que había estado con Eva Goldenstein le hervía la sangre de un modo letal.

—Y con Eva mucho menos.

Magda parpadeó.

—¿Lo juras?

Martín se indicó con ambas manos.

—Mira lo que hice para verte —acotó con expresión socarrona—, ¿en serio necesito jurar?

Magda reclinó su cabeza y capturó sus labios en un profundo beso.

—Es la primera vez que beso a una mujer —jadeó ella sobre los labios del alemán.

—Mmm.

—¡Cállate y bésame!

Lya y Sebastián estaban abrazados cerca de un castaño. La joven tenía el pelo alborotado y los labios ligeramente hinchados tras recibir los golpes de Hilda, que quedó igualmente lastimada. El alemán trató de tranquilizarla con bellas palabras mientras Joachim se asomaba con Emma al lugar.

—Debo llevarla a tu casa —le dijo a Magda—, necesita descansar.

—Vale.

Se dirigieron a la casa de la misma con sumo cuidado para no ser pillados por nadie. Era tarde, y, por fortuna, la mayoría de los pobladores ya dormían.

—Mi madre duerme como piedra —dijo Magda—, siempre bebe una infusión de valeriana o algo así.

Subieron las escaleras con mucho cuidado. Joachim acomodó a Emma en la cama y le dio un beso en la frente.

—Descansa, cielo —le dijo con ternura—, tú eres la mujer de mis sueños, Emma.

Magda y Lya se despidieron de sus parejas con un beso muy apasionado casi vedado. Joachim carraspeó nervioso al verlos, era lo más raro que había visto nunca.

—Mejor nos vamos —dijo con firmeza militar—, me siento raro con estos atuendos.

—Estáis muy guapas —soltó con sorna Lya y se ganó un azote de Sebastián—, ay...

Lya le dedicó una sonrisa muy ladina, muy ella.

—Mañana hablaremos de tu castigo, señorita Rubinstein.

Él sonrió.

—No veo la hora, señor Ackermann.

Salieron de la casa y cruzaron la calle a toda prisa. Sebastián se detuvo antes de cruzar la puerta de la suya cuando Lya pronunció su nombre desde el balcón.

—¡Te amo, Sebastián!

El alemán llevó su mano derecha a su pecho con una expresión muy bobalicona.

—¡Y yo a ti!

Lya entró en la habitación tras lanzar unos besos. Sebastián dio media vuelta y se encontró con algo inesperado. Su expresión se endureció.

—¿Qué significa esto?

Se escondió detrás de un cubo de basura a toda prisa y observó estupefacto a Petra, que bajaba de un coche tras besar a alguien muy familiar.

—¿Petra y él son amantes?

Cuando el vehículo se alejó lo suficiente, Sebastián se levantó de golpe y dijo con voz ronca:

—¿Qué hacías con él, Petra?

Un puñal en el corazón

Sebastián se desnudó frente a su amiga sin mucho tapujo mientras ella lloraba con amargura en su cama. El alemán se vistió a toda prisa antes de acercarse a ella y acucillarse entre sus piernas. La alemana no podía dejar de llorar, tenía mucha vergüenza de su amigo. El haber sido descubierta en plena acción ponía en duda cualquier mentira que pudiera inventarse para tapar la verdad, la terrible verdad.

—¿El padre de Joshua es tu amante, Petra? —le preguntó con un enorme nudo en el pecho.

Ella sollozó un poco más mientras él trataba de consolarla con unas palmaditas en las piernas.

—No —logró articular.

El alemán la miró con expectación y cierta tristeza. Petra no pasaba por un buen momento. El delicado estado de su madre la llevó a tomar caminos espinosos y sin retorno. Se sorbió por la nariz con fuerza.

—Es mi cliente, Sebastián —disparó y lo desangró—, uno de mis tantos clientes en el pueblo.

La sangre abandonó la cara del joven ante su confesión. ¿Petra era...? Ni siquiera se animaba a pronunciarlo dentro de su cabeza. Se incorporó y llevó sus manos a su cabeza en un gesto de impotencia. Petra se levantó de la cama y le cogió de la mano con ojos implorantes.

—Necesitaba el dinero para los medicamentos de mamá y para mis estudios de enfermería —defendió ella, lo indefendible.

Sebastián la sujetó por los hombros y clavó sus ojos en los de ella.

—¿Por qué no me lo dijiste? Podía ayudarte...

Petra se apartó de él y soltó un resoplido de indignación. ¿Cómo podría ayudarla ganando tan poco? ¡Si apenas podía con sus gastos! Enfadada con su afirmación, soltó con rabia:

—¿Ayudarme? ¿Es coña verdad, Sebastián?

Una profunda tristeza se instaló en el corazón del joven. Petra se maldijo para sus adentros ante su extrema sinceridad, pero las palabras ya habían salido de su boca y no tenían retorno. Eran como las flechas, una vez que las

lanzabas, no volvían jamás.

—Lo siento, patito —se disculpó, llorando—, si esto cambia algo entre nosotros, lo entenderé.

Sebastián la estrechó con mucho afecto y Petra se rompió entre sus brazos como un cristal contra una piedra. El alemán no podía juntar sus pedazos, pero al menos no la juzgaría por el trabajo que hacía.

—Lamento no poder ayudarte, ratita —repuso él con lágrimas en los ojos—, lamento mucho.

Sebastián se quedó a dormir con ella aquella noche o, al menos, lo intentó. Petra tenía la cabeza recostada sobre su pecho mientras él pensaba en Lya, pensaba en su realidad. ¿Qué podía ofrecerle? Muy poco. Ella estaba acostumbrada a los lujos, lujos que él era incapaz de darle siendo un simple jardinero o chófer. Evocó lo que Martín le dijo días atrás tras el almuerzo:

«Las SS será uno de los organismos más poderosos de Alemania, Sebastián». En dicho organismo, se admitían solo a jóvenes de hasta veintidós años, altos, rubios, fuertes y atractivos, según su narcisista hermano menor. Los que formaban parte de la elite tendrían muchos privilegios y un mejor porvenir.

«Me alistaré a las SS por ti, Lya, por ti, mi amor» pensó con firmeza antes de cerrar sus ojos.



Sebastián trepó el árbol de cerezo que se encontraba cerca del balcón de su amada tras el almuerzo. Su nana le había comentado que no se encontraba bien y que estuvo casi todo el día en la cama. Aquello alarmó su corazón. Moría por verla y no tenía más remedio que ir a por ella.

—Te cuidaré, mi amor —susurró él, a medida que subía por el árbol.

Lya llevó sus manos a su vientre con un gesto de dolor. Su regla siempre le causaba aquellas molestias insoportables. Se acostó en su cama sin abandonar su gesto, lapso en que su madre entró gritando a su habitación. Lya se sentó de golpe y la miró estupefacta. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué estaba tan furiosa? Martina la cogió del brazo con brusquedad y la zarandeó con violencia.

—¿Es verdad lo que andan diciendo por el pueblo, Lya?!

Su hija la miró con expresión de confusión. ¿A qué se refería exactamente?

Sebastián la vio desde su sitio antes de bajar al balcón con suma cautela. Se ocultó detrás de la puerta acristalada cubierta delicadamente por una cortina blanca con el corazón latiéndole a mil por hora.

—¿Qué dicen en el pueblo, madre? —replicó Lya luego de apartar su brazo de su mano—. ¡No soy adivina! —acotó con sorna y se robó una risita del alemán.

Martina le dio una fuerte bofetada que la hizo soltar un grito y voltear la cara a un lado. Sebastián apretó con fuerza sus dientes y sus puños. Lya se volvió con la mano en la mejilla y miró perpleja a su madre, que soltaba humo por sus ojos y orejas.

—¿Tú y el jardinero muerto de hambre tenéis algo?!

El corazón del alemán se encogió al igual que su estómago. El tonillo que usó la mujer era de puro desprecio. Lya la encaró con audacia, así era ella, indomable y rebelde. Abrió su boca como para replicarle, pero la volvió a cerrar cuando vio a Sebastián a través del pequeño cristal descubierto de la puerta acristalada. Él le hizo un gesto con la mano.

«No. Le. Digas. Nada» le vocalizó.

Lya se masajeó la cara y decidió tragar sus palabras, al menos las que anhelaba escupir.

«Te. Amo» solfeó él y dibujó un corazón las manos.

Lya suspiró hondo antes de mirar de nuevo a su madre, que tenía muy mala cara, estaba muy enfadada, aunque, con ella, siempre lo estaba.

—Es mentira, madre —le dijo con un temblor en la voz—, es mentira —repitió con los ojos llorosos.

Sebastián la miró con profundo dolor desde su sitio, clavándole una daga en el pecho. Una lágrima cristalina y brillante cruzó el rostro del alemán ante las barbaridades que la madre de Lya le gritaba en su contra.

—¡Sería una vergüenza! ¡La hija de un renombrado médico con un jardinero muerto de hambre! —chilló encolerizada—. ¿Sabes cuánto gana ese chico? ¡No podrías comprarte ni siquiera un vestido con su sueldo! —se burló la mujer—, ¡pasarías muchas necesidades! —se volvió y Sebastián se agachó a toda prisa para que no lo viera—, ¿estarías dispuesta a dejarlo todo por amor? —repuso con sorna.

Sebastián se sentó de espaldas a la puerta al lado de unos jarrones de flores que parecían unas copas. Dobló sus piernas a la altura de sus pechos y las abrazó mientras un enorme nudo se le formaba en el pecho.

—¿Y si fuera cierto, madre? —la desafió—, ¿y si tuviera algo con él o con

otro de su misma clase social? ¿Me repudiarías? ¿Aún más? —soltó con retintín.

Martina la miró con desdén.

—Sería una gran decepción —apostilló la mujer con los dientes apretados —, después de tu nacimiento —soltó con impiedad antes de salir del dormitorio.

Lya se sentó en el borde de la cama de golpe. Una mueca de incredulidad se estampó en la cara del alemán al escuchar lo último que había lanzado la mujer. Un lagrimón cruzó la mejilla de Lya.

—Cielo —musitó Sebastián al entrar en la habitación—, no lo dijo en serio.

Lya estaba petrificada. Su madre siempre fue muy fría con ella, pero nunca le dijo nada parecido antes. Sebastián se puso de cuclillas frente a ella y la miró con infinita tristeza.

—Siempre supe que no me quería —masculló ella, anegada en lágrimas—, pero nunca pensé que lo comprobaría, Sebastián —se incorporó con pasos tambaleantes—. ¡Abrazame! —le rogó.

El alemán se levantó y la estrechó entre sus brazos. Lya se rompió a llorar como una cría. Él le dijo dulces palabras de consuelo, pero ninguna calmaría aquel profundo desconsuelo que atosigaba su corazón desde que era niña. Se abrazó a él con más ímpetu, quería entrar en él, quería abrazar su alma. Él la apartó y sin emitir una sola palabra, capturó sus labios en un profundo beso de amor.

—Mi niña —dijo su nana al entrar en la habitación—, ¿Sebastián?

Los dos se apartaron de manera trepidante ante el susto. La mujer soltó un gemido antes de bajar la bandeja que sostenía sobre la mesa rinconera, lapso en que Sebastián observó la lujosa alcoba con un enorme nudo en la garganta.

«¿Sabes cuánto gana ese chico? ¡No podrías comprarte ni siquiera un vestido con su sueldo!» resonó la voz de Martina en su cabeza.

—Debéis tener más cuidado —les reprendió la mujer—, tu madre acaba de salir, cielo.

Lya lloraba con desconsuelo a la vez que llevaba sus manos a su vientre. Los cólicos se intensificaron tras la fuerte discusión con su madre. Sebastián se acercó a la niñera de Lya con pasos decididos.

—Nana —le dijo con voz implorante—, ¿tienes una botella de vidrio vacía?

Ella asintió y negó al tiempo. No estaba muy segura al respecto. Bajaron a

la cocina a toda prisa y calentaron agua. Sebastián le explicó que su madre solía hacer aquello cuando le dolía la tripa de niño. La mujer le cogió de la mano y lo miró con ojos suplicantes.

—Te van a despedir, Sebastián.

Él asintió con un enorme nudo en el pecho. La madre de Lya anunció su despido antes de salir de la casa como alma que lleva el diablo. No satisfecha, se encargaría de que Martín también perdiera el suyo e incluso su madre. Martina estaba dolida por sus constantes rechazos y mucho más tras saber que sentía algo por su hija, según la madre de Hilda. Los chismes maliciosos volaban como virus en aquel pueblo.

—Lo supuse, nana.

Cogió la botella que le alargaba ella y vertió el agua caliente en ella. La tapó con un corcho y la cubrió con un paño fino.

—Pero siempre podrás verla, Sebastián —le dijo ella con una sonrisa ladina—, yo te ayudaré.

Una sonrisa eléctrica imperó en los labios del muchacho antes de plantar un beso en la mejilla derecha de la mujer.

—Gracias, nana.

Ella le palmeó el brazo con ternura.

—Tienes el corazón puro y no como ese médico de los ojos de serpiente.

Sebastián rio de buena gana al ver su mueca.

—Ve a cuidarla.

Él le dio otro beso antes de subir a la habitación de Lya con la botella entre manos. Se acercó a la cama tras trancar la puerta, por petición de ella, que seguía llorando en posición fetal. Sebastián se puso detrás de la joven y le colocó la botella en la tripa en forma horizontal. Ella soltó un gemido de alivio. El calor logró aplacar el dolor que sentía.

—¿Te gusta, cielo?

Lya suspiró hondo y le dijo con la voz entrecortada que le gustaba la manera en cómo la cuidaba. Él le replicó que siempre sería así mientras vivieran.

—Quiero estar así siempre, Sebastián.

Él la abrazó con dulzura y empezó a canturrearle una dulce canción que solía cantarle su madre cuando era niño.

—Te amo, Sebastián.

El corazón se le erizó, aunque sonara ilógico, fue así. Lya se volvió y lo miró con magnitud a través de sus húmedas pestañas. Entrelazaron sus largas

piernas y se estrecharon con afecto tras posicionar la botella entre sus cuerpos.

—Me duele no ser el hombre ideal para ti, Lya.

Ella le besó los labios con dulzura.

—Eres el hombre de mis sueños, Sebastián.

Se estrecharon con más fuerza y se miraron por unos minutos eternos mientras todo alrededor se había ralentizado.

—Nunca desistiré de ti, Lya.

Y con esa promesa, se quedaron dormidos, sumidos en un profundo sueño de amor.

El amigo secreto

Martina despidió a Sebastián al día siguiente de su fuerte discusión con su hija. Lya trató por todos los medios impedir aquella injusticia, pero su madre fue tajante al respecto. Su padre, a pesar de apreciar mucho al joven, no tenía armas para defenderlo y terminó acatando a la determinación de su mujer, como de costumbre.

—¡No es justo, papá!

Albert no necesitaba preguntarle si lo que su madre decía era cierto o no, ya que le bastaba con ver la reacción eufórica de su hija al defender al joven.

—Señora —dijo Sebastián—, lo que han dicho es mentira.

El alemán trató de convencer a la madre de Lya de lo contrario por todos los medios posibles, pero ella no cedió, al contrario, terminó expulsándolo a grito pelado de la mansión.

—¡Eres una bruja! —gritó Lya.

Martina levantó la mano como para pegarla, pero Sebastián se interpuso a tiempo y se ganó una fuerte bofetada. Lya fulminó a su madre con la mirada al tiempo que masajeaba la mejilla sonrojada del alemán con la mano.

—¿Estás bien?

Sebastián tragó su saliva con sabor a sangre con cierta dificultad, ya que tenía muy inflamada la garganta.

—¡Vete! —gritó Martina con poca delicadeza—, ¡ahora!

Sebastián la miró con dureza. Se despidió de Lya antes de que su madre volviera a gritarle. La joven intentó seguirle, pero Martina se la impidió interponiéndose delante de ella con cara de pocos amigos. Su padre se limitó a bajar la mirada. ¿Por qué nunca decía nada? ¿Por qué nunca la contradecía? Martina y Albert intercambiaron una mirada de soslayo. No necesitaban hablar para desvendar el mensaje oculto en sus miradas. El secreto que los unía impedía que él pudiera intervenir en las determinaciones que Martina tomara. Era el trato.

—Te odio —susurró Lya para sí misma—, con todo mi ser, madre.

El médico sintió una fuerte punzada en el pecho, pero decidió ignorarlo como las últimas veces.

«Mi corazón empieza a fallar como me lo temía».

—¡Vete a tu habitación, Lya!

Lya se apartó de ella y miró a su padre con censura antes de subir a su habitación. Cuando entró, se encontró con Sebastián, que la esperaba sentado en la cama. Trancó la puerta dando unos saltitos que iluminaron el rostro del alemán. Lya se lanzó a sus brazos y terminaron tumbados en la cama entre risitas y bromas.

—¿Estás loco?

Él la tumbó boca arriba sobre el colchón y le arregló el pelo con ternura mientras sus ojos se perdían en los de ella.

—Por ti, solo por ti, Lya.

Ella le bajó la cara para poder capturar aquellos carnosos labios que la tenían embelesada desde la primera vez que los probó. Sebastián enterró su lengua en su boca para que pudiera copular con la suya.

—Tus padres irán a la sinagoga —repuso él a la vez que deslizaba su boca por el cuello de Lya—, volverán dentro de tres horas.

Lya se arqueó cuando el deseo la atravesó como un rayo.

—Sebastián, ¿qué haces?

Él le besó el cuello con más ardor al tiempo que sus manos le acariciaban sus senos por encima de su vestido. Lya le rodeó la cintura con sus largas piernas y lo pegó a su cuerpo con posesión.

—Te amo —le dijo él jadeante—, ¿es normal amar tanto a alguien?

Ella le acarició el rostro encendido con la mirada clavada en sus ojos clarísimos. Sebastián estaba tan nervioso, tan excitado y tan enamorado que temía perder la cordura en cualquier momento.

—Me duelen las venas cuando no te veo, Sebastián —rozó la punta de su nariz con la suya en un gesto muy cariñoso—, no puedo explicarte con palabras, pero el alma abandona mi cuerpo y se va con la tuya cada vez que te alejas de mí.

—Me pasa lo mismo, cielo —él suspiró sobre los labios de la muchacha con cierta agonía—, me duele tener que estar tanto tiempo sin ti.

Lya le succionó el labio inferior con voracidad y le robó un gemido de placer. Con el corazón en la mirada, él le dijo con voz casi implorante:

—¿Qué haremos, Lya?

Ella ahuecó su rostro entre sus manos y sintió el calor de su piel contra sus palmas. Suspiró hondo antes de grabar a fuego en su retina aquel rostro esculpido por los ángeles.

—Huiremos —dijo con total tranquilidad—, si no te aceptan a la buena, lo

harán a mi manera.

Sebastián parpadeó atónito ante su propuesta. ¿Estaba dispuesta a huir con él? ¿A vivir en su precario mundo? La miró con verdadera adoración. Ella deslizó su dedo índice por su nariz respingona y luego por sus labios. Detuvo su dedo en el centro de su labio inferior.

—Somos menores de edad, Lya —repuso él con tristeza—, pueden mandarme a la cárcel y a ti a un internado lejos de mí.

Lya frunció mucho su entrecejo al escucharlo. ¡Se sentía como la protagonista de Cumbres borrascosas! Con una sonrisa ladina, dijo con voz cantarina:

—¿Y si nos casamos?

Las cejas del alemán se alzaron en un acto reflejo. ¿Casarse? Pero, ¿una judía podía hacerlo con un católico? Pensó en su tío y una sonrisa bobalicona imperó en sus labios. Lamió los de Lya con mucha sensualidad, ella sacó la lengua para acariciar la suya. Sus besos sabían a caramelo de menta y canela. Con el ceño algo desencajado, tocó la frente del alemán y comprobó sus sospechas, Sebastián tenía fiebre.

—¿Estarías dispuesta a convertirte al catolicismo, Lya?

Aquella pregunta la dejó sin aire en los pulmones. ¿Convertirse al catolicismo? ¿Dejar de ser judía?

—Creo que mi tío podría ayudarnos.

Lya era consciente de que era más simple convertirse al catolicismo a que él se convirtiera en un judío. Con una sonrisa candorosa, se abrazó a él con fuerza y le susurró:

—Por ti soy capaz incluso de convertirme en hombre, Sebastián —alegó con tal firmeza que lo estremeció—, como tú, Bettina.

Él se apartó de ella y la miró con estupor. Lya tuvo un ataque de risas y él, para evitar que la escucharan, la besó, la besó con toda el alma.



Una semana se había pasado desde el despido de Sebastián. El alemán pilló un fuerte resfriado tras volver de la ciudad vecina bajo una terrible tormenta. Su madre le preparó té de jengibre con miel y canela que odiaba con todas sus fuerzas. La mujer le reprendió cuando se negó a beberlo. Sebastián

pataleó mientras ocultaba su cabeza bajo su cojín.

—Tomarás el jarabe también —dijo su madre y él volvió a patalear—, ¡no eres un crío!

María rio de buena gana cuando Martín le metió en la ropa interior un piñón, lapso en que Joachim se puso detrás de él y lo sujetó con firmeza para que su madre pudiera meter la cuchara con el jarabe verdoso en su boca.

—¡Qué asco!

María salió de la habitación tras entrechocar los cinco con Martín y Joachim. Sebastián se puso serio.

—Os odio.

—Lo sabemos —le dijo Joachim—, pero al menos te curarás.

Martín cogió una naranja y la peló con un cuchillo.

—¿Continuamos con las clases sexuales, Sebastián?

Joachim rio de buena gana al ver la mueca de horror de Sebastián.

—¿Antes o después de hablar de tu primera vez? —espetó el soldado—, ¡me parto cada vez que evoco lo que dijiste ayer!

Martín lo miró con mucha seriedad.

—¡Tenía quince años! ¡Por el amor de Dios! —retrucó Martín tras lanzar un cojín hacia Joachim—, ¡no sabía que una mujer tenía dos bocas!

El soldado sujetó con presteza el cojín y se acostó en su cama tras quitarse sus botas. Lo colocó debajo de la cabeza al tiempo que cruzaba sus largas piernas una sobre la otra.

—¿En verdad le preguntaste dónde estaban los dientes de su vagina? —le dijo con sorna Sebastián.

Martín puso los ojos en blanco.

—Ella me dijo: bésame en la otra boca como lo haces con esta —apostilló el menor de los hermanos—, cuando vi su parte íntima y comprobé que tenía labios y una lengüita —sus hermanos se echaron a reír como locos—, quería saber si tenía dientes o era como la Oma que los quitaba para dormir —Joachim golpeó el colchón con los puños muerto de la risa—. Era un niño inocente.

Resopló hastiado y prosiguió con sus instrucciones sexuales. Cogió la naranja y metió la lengua en el agujero que le había hecho. Luego movió la lengua y realizó unos círculos con ella.

—Así se hace, Sebastián —hizo una mueca muy rara—, aunque sus cuevitas no saben a naranja.

Sebastián alzó ambas cejas en un acto reflejo.

—¡Saben a gloria! —chilló Joachim y los dos posaron sus ojos en él—.
¿Qué? ¡Es la verdad!

Martín se sentó a su lado y alzó y bajó sus cejas de un modo muy cómico.

—¿Tú y Emma ya han...?

Joachim lo fulminó con la mirada.

—No es de tu incumbencia —le dijo con voz severa.

Martín sonrió con malicia, pero no replicó, conocía muy bien a su hermano mayor y era consciente de que no les revelaría nada sobre él y Emma, ni bajo tortura. Nunca habló de las otras y mucho menos de ella, la chica que logró lo imposible, entrar en su corazón.

El soldado sonrió con expresión enigmática al tiempo que evocaba la noche que él y Emma casi hicieron el amor en el coche de su superior. Joachim la hizo tocar el cielo con su lengua cuando la enterró en su parte íntima. Emma estaba sobre el capó con las piernas bien abiertas y el corazón latiéndole a mil por hora mientras él la saboreaba con verdadera adoración.

—¿En qué piensas, Achim?

Nada. Joachim se desconectó por completo.

Martín cogió una almohada y la puso sobre su parte íntima entrecerrando sus ojos.

—¡Oh, sí, Joachim! —chilló y su hermano le dio una colleja—, ¡así!
¡Muévete más y más! ¡Oh, por Dios! ¡Me corroooo!

Karl entró en el dormitorio de sus hijos y miró estupefacto a su hijo menor que, al parecer, estaba liándose con un cojín frente a sus hermanos. Se aclaró la garganta con fuerza y Martín abrió sus ojos al reconocer aquel peculiar carraspeo varonil. Sebastián y Joachim se partieron de la risa al ver la cara de circunstancia de Martín, que ruborizado como un tomate dijo casi en un susurro:

—Papá.

Karl miró a sus otros hijos y luego a Martín con ojos inquisitivos y divertidos.

—¿Interrumpo algo?

Martín colocó el cojín en la cama y negó con la cabeza.

—No, papá.

Karl negó con la cabeza con una sonrisa ladina en los labios antes de girar su rostro en dirección a Sebastián.

—Un amigo vino a verte, hijo.

Sebastián supuso que era Hermann.

—Un tal Lukas Roth.

¿Lukas Roth? ¿Y ese quién era? Abrió su boca como para replicar a su padre, pero la volvió a cerrar cuando vio al joven detrás del mismo. Lo miró con atención y cierto estupor. Martín y Joachim también lo miraron con el mismo deje.

—¡Hola, Sebastián! —exclamó tras arreglarse las braguetas—. ¿Cómo estás, amigo?

Sebastián miró el rostro del joven con curiosidad. Sus ojos claros, su pequeña nariz, sus labios carnosos y su delgado cuerpo larguiducho no le eran nada familiar, hasta que... reconoció la mirada bajo las espesas pestañas castañas.

«No me jodas» musitó para sus adentros al recocerlo o, mejor dicho, al reconocerla. ¡Lya cumplió su promesa de días atrás!

—¡Luka! ¡Cuánto tiempo! —chilló al recomponerse de la impresión.

Martín miró al amigo de Sebastián con ojos inquisitivos. No recordaba haberlo visto nunca por el pueblo. Joachim lo miró con la misma atención.

—Permiso —dijo la madre de los tres.

María entró con una bandeja repleta de galletas y dos tazas de café humeante para servir al amigo de Sebastián. Ella siempre era muy amable con las visitas, ya que ellas siempre hablarían maravillas de ella con las demás personas. ¡Así era ella! ¡Pobre y soberbia!

—¡Qué rico! —dijo el misterioso amigo de Sebastián con voz ronca—, muchas gracias, señora —volvió a arreglarse la bragueta con chulería.

Martín frunció su entrecejo al ver su gesto un pelín tosco. ¿Tan grande lo tenía?

«¿Qué pensamiento más raro?». Perplejo, se retiró tras despedirse de todos. Joachim hizo lo mismo, ya que tenía un encuentro a escondidas con Emma en el bosque. Moría por verla y repetir el incasable ritual de los últimos días. Saborearla se le hizo vital.

—Disfrutaos —dijo María antes de cerrar la puerta.

Sebastián miraba con ojos divertidos a su visita.

—Te dije que haría locuras por volver a verte, Sebastián —le dijo Lya tras rascarse su parte íntima con cierta impaciencia.

Sebastián la miró estupefacto.

—Emma me dio la cabeza de una muñeca de trapo —metió su mano y quitó la misma de su ropa interior—, me rasqué todo el camino y muchos me miraron con estupor. ¡No lo hacía por chulo!

Se echaron a reír.

—¡Te amo! —le dijo Sebastián y ella se lanzó a sus brazos—, estás loca, eres consciente de ello ¿no?

Lya le dio un apasionado beso.

—Solo por ti, Sebastián Ackermann. Solo. Por. Ti.

Solo tuya, solo mío

Una semana después...

Lya canturreaba una dulce melodía judía mientras limpiaba los platos con una alegría que postró a Sebastián a sus pies. El alemán preparaba el almuerzo a su lado con una sonrisa que mal cabía en su cara. La judía nunca limpió nada en toda su vida, siempre había alguien para ello en su mansión.

—Me encanta esto, Sebastián.

Él troceaba unas patatas con suma atención para que no le salieran muy gruesas. Quería prepararle el Bratkartoffeln, su especialidad.

—Mi madre saltaría de alegría si te escuchara, Lya.

Soltaron una risa cantarina que recorrió toda la cocina de la humilde casa.

—No puedo creer que mis padres y los tuyos hayan viajado el mismo fin de semana, mi amor —acotó ella mientras enjugaba los platos con un paño—, ¡tenemos dos días para nosotros solos!

Para alegría de ambos, Martín decidió dejarlos a solas, al igual que Joachim. Ambos con sus respectivas chicas pasarían un fin de semana que prometía grandes aventuras e inolvidables locuras.

—¡Tampoco yo, cielo!

Sebastián dejó su labor y se limpió las manos antes de ponerse detrás de Lya. Reclinó la cabeza y succionó su lóbulo con sensualidad a la vez que le acariciaba los senos por sobre su vestido de tirantes de color rosa.

—Sebastián —gimió ella al arquear su espalda—, si continúas besándome de este modo no podré seguir limpiando —soltó un jadeo cuando él rozó su duro miembro contra sus nalgas—, ¿me quieres matar, mi amor?

Habían hecho una absurda apuesta el día que ella apareció en su casa disfrazada de hombre. Lya le dijo que no cedería a sus encantos. El alemán le dijo que se encargaría de que cambiara de idea. Y, al parecer, lo estaba logrando.

—Sebastián —gimió—, esto es trampa...

El joven le bajó un tirante y luego el otro con mucha sensualidad. Lya

pensó morir de tesón ante sus besos y caricias atrevidas. ¡Aquel hombre sabía muy bien lo que hacía! Osada como ninguna, empezó a rozar sus nalgas con más ímpetu contra su erección.

—No tientes al león con un palo corto, Lya.

Ella rio por lo bajo y volvió a oscilar sus caderas con erotismo.

—Te avisé.

Sebastián le bajó de golpe la parte de arriba del vestido y apretujó sus voluptuosos senos con mucha lascivia, tanta que, ella soltó un gemido bastante ruidoso que despertó cada nervio erógeno del joven.

—Quiero que me dibujes —susurró ella a punto de partirse en dos—, antes de entregarme al deseo.

Aquello dejó sin aire en los pulmones al muchacho, que sorprendido, se apartó de ella y la volvió trepidante para mirarla a la cara con expresión jubilosa y dubitativa.

—Quiero que plasmes mi pureza con tus manos y guardes ese recuerdo para siempre, Sebastián.

Intentó no perder la concentración ante sus atributos, pero le fue imposible. Se inclinó sin emitir una sola palabra y empezó a chuparle los pechos como si tuviera mucha hambre. Lya se arqueó con sensualidad a la vez que se aferraba a su pelo con vigor.

—Eres deliciosa, Lya —musitó él con la voz ahogada por la excitación—, Dios, me pasaría horas aquí.

Metió un pezón en la boca y luego el otro, los lamió y succionó con verdadera adoración. A Lya le fallaron las rodillas y el corazón le latía tan fuerte que la ensordeció por completo. Él no se detuvo, al contrario, aumentó el ritmo de sus caricias.

—Trazaré cada centímetro de tu cuerpo con el lápiz —dijo él en medio de su neblina sexual—, y luego lo sustituiré por mi lengua.

Ella tragó con fuerza.

—Me vuelves loca, Sebastián.

El alemán levantó la vista sin dejar de lamer, succionar o mordisquear sus pechos un solo segundo. Sus ojos azules se oscurecieron y soltaron unos destellos que la hicieron estremecerse como si tuviera mucho frío.

—Será tu regalo de cumpleaños, mi amor.

Él sonrió, conmovido.

—Tú eres mi regalo, Lya.

Ella lo miró con expresión bobalicona. ¡Dios! ¡Estaba tan enamorada de

él! Nunca pensó que el amor de las novelas que leyó a lo largo de su vida existía de verdad. Nunca imaginó vivirlo con tanta intensidad como alguna vez lo vivieron sus personajes favoritos. Pero aquello era distinto, aquello era real. Muy real.

—Pero quiero que me dibujes en nuestro sótano, Sebastián.

Él se detuvo en sus caricias y la miró con ojos ensombrecidos. Lya le acarició la mejilla con ternura.

—Hoy por la noche.

El alemán asintió antes de levantarse y capturar sus labios en un profundo beso cargado de lujuria y deseo. Sin apartar sus labios de los suyos, la encaminó a su habitación a tientas. Lya tenía los pechos húmedos y los pezones enhiestos tras sus lametazos. La recostó en su cama con suma delicadeza y con una orden silenciosa se arrodilló entre sus piernas con una expresión que la hizo temblar. ¿Aquel chico nunca había hecho aquello? ¿O le había mentado desde el principio? Lya no tenía experiencia, pero había leído los relatos de su prima, los eróticos relatos que escribió tras leer el libro de Marqués de Sade.

—¿Confías en mí?

Ella asintió con cierto resquemor en la mirada. Sebastián levantó la falda de su vestido con una lentitud martirizante, despertando sus demonios más salvajes con aquel simple, pero cautivante gesto. dibujó un largo camino de besos por sus piernas hasta llegar a su centro.

—Quítate la camisa —le pidió ella.

El alemán la miraba con vehemencia indómita mientras se quitaba la camisa y dejaba al descubierto su torso definido y bronceado. Sus ojos flamearon al ver cómo ella se tocaba los senos.

—¿Te gustan?

Él se pasó la lengua por sobre sus labios con impudicia.

—Mucho, cielo.

Lya miró sus pechos con ojos críticos.

—¿No son muy grandes?

Él negó con la cabeza.

—Son perfectos.

Ella sonrió de lado.

—El sol te ha curtido mucho la piel —le dijo ella tras morderse el labio inferior—, me encanta el calor que irradia cuando tiene contacto con la mía —parpadeó a cámara lenta—, mis bronceados no tuvieron ese mismo efecto.

La piel de Lya, blanca como la nieve, contrastaba muy bien con la de él,

dorada como la miel del bosque bajo el sol.

—Me encanta el color de la tuya, Lya. Tensa, sedosa y delicada como la de un recién nacido.

Le lamió los labios.

—Amo tu abdomen —susurró ella con picardía—, cada músculo se puede ver a simple vista.

Sebastián siguió su enfoque. Él no era tan musculoso como Joachim o Martín, pero las duras tareas que realizó a lo largo de su vida, esculpieron cada músculo de su cuerpo.

—Mi nuevo trabajo es exigente, cielo —le dijo él mientras acomodaba su cabeza entre sus piernas—, debo cuidar a los animales y sus establos.

Lya se tensó cuando él exhaló su aliento contra su parte íntima. Sebastián no le quitó la ropa interior, no, él quería seducirla, conquistarla y devorarla cuando ella se lo suplicara.

—¿Y qué tal es la hija de tu patrón? Me dijeron que tenía una —demandó ella con voz enfurruñada y le robó una risita—, ¿de qué te ríes?

Sebastián le acarició la parte íntima con la punta de la lengua y la hizo gemir de placer.

—Es hermosa —le dijo él con sorna—, rubia como el sol —Lya frunció su entrecejo con mala cara—, delgada y un poco bajita —la miró con socarronería—, ¡y súper antipática! —ella enarcó sus cejas—, ¡nunca me saluda!

Lya lo miró con desconfianza.

—¿De verdad, Sebastián Ackermann?

Cuando lo llamaba de aquel modo, algo se incendiaba en su interior.

—Te lo juro, cielo.

Evocó a la hija de su patrón, Erika, la joven maleducada que nunca le devolvía el saludo. Era guapa, pero no como Lya, ninguna era como ella.

—¿Te gusta esa chica?

Sebastián rio a mandíbula batiente al ver su mueca rabiosa. ¡Lya era celosa incluso de su sombra! Con cierta impaciencia, él apartó la ropa interior de Lya a un lado y miró con embeleso el sexo de la joven. Lya empezó a respirar de manera entrecortada.

—Después de conocerte, ninguna podría ocupar tu lugar en mi corazón, Lya Rubinstein —declaró antes de enterrar su lengua en su pubis—, sabes tan bien, mi amor —el rumor profundo de la voz de Sebastián le erizó toda la piel—, exquisita.

—Oh, Diosss...

Se sentó en la cama, conmocionada cuando la boca de Sebastián la succionó con más ímpetu, con más fuerza. Se preguntaba si no había sido demasiado impulsiva la decisión de entregarse a sus deseos. Pero aquello que sentía por él era mucho más intenso, mucho más abrumador de lo que se habría imaginado jamás. Escrutó las ondas de cabello dorado que contrastaban con la piel pálida de sus muslos. Le daba demasiada vergüenza dejar que le hiciera aquello, pero sus inhibiciones salieron huyendo con la primera caricia firme de la lengua masculina.

—¿Te gusta, cielo?

Ella gimió de deseo cuando la presión dulce y cálida de los labios de Sebastián envió oleadas de placer que resonaron por cada una de sus terminaciones nerviosas.

—Mu. Cho. —Bisbiseó.

La lengua del muchacho se deslizó en su interior y le ensanchó la entrada, atormentando un puñado de nervios que ella ni siquiera sabía que tenía allí.

—Es. Delicioso.

La imagen del alemán entre sus piernas envió una descarga de placer que la atravesó entera.

—Se. Bas. Tián. —tartamudeó con los ojos en blanco—, ¡es delicioso!

Sus gemidos de placer se fundieron con los chupeteos cálidos y húmedos de los besos del alemán. La presión firme de la lengua de Sebastián entrando y saliendo sin prisas, la succión suave de sus labios la hicieron caer en una espiral de deseo. Se arqueó aún más, llevando sus manos a sus senos y mordiéndose los labios con el pulso muy acelerado.

—¡Sebastián!

Lya no hubiera podido contener el orgasmo, aunque hubiera querido. Arqueó la espalda y la levantó de la cama, después se corrió en una oleada que parecía interminable.

—Sabes asombrosamente bien, cielo.

Podrían haber pasado segundos u minutos mientras yacía allí, un poco aturdida tras el explosivo clímax. Dejó caer las manos con las palmas hacia arriba a ambos lados de su cabeza vacía de pensamientos.

—Sebastián —musitó—. Fue increíble.

Él la miró con ojos soñadores.

—¿Te encuentras bien, mi amor? —le preguntó.

Ella entrecerró sus ojos.

—Muy bien, mi vida.

Tras unos minutos de silencio, Lya se sentó de golpe en la cama y lo miró con expresión taimada. Sebastián la miró con terror, en especial cuando ella se acercó a él a gatas sin abandonar su deje.

—¿Puedo verlo? —soltó en un tono muy angelical—. Tu...

Las cejas del alemán se arquearon en un acto reflejo.

—¿Verlo?

Ella asintió con energía y él rio de buena gana al ver su mueca un pelín páfida.

—Quiero ver cómo es —repuso—, ¿por favor? —imploró con las manos unidas en actitud de oración—. ¡No lo tocaré!

Sebastián echó hacia atrás su cabeza con la boca repleta de risas. Lya lo miró embobada. Cada vez que reía, lo miraba de aquel modo. ¡Era lo más hermoso que vieron sus ojos!

—¿Me lo enseñarás?

Sebastián dudó unos segundos antes de desabrocharse el botón del pantalón y bajarse la cremallera sin desviar la mirada de la joven un solo segundo. Un rubor casi morado tiñó sus mejillas ante la vergüenza que sentía. Lya se mordió el labio inferior con impaciencia al ver por primera vez su miembro en todo su esplendor.

—Oh —soltó ella—, es... muy... grande y grueso —musitó ruborizada hasta las orejas.

Alargó la mano y cogió la erección del alemán con cautela, como si se tratara de un capullo de flor. ¿No prometió no tocarlo? ¡Así era ella! ¡Indomable y rebelde! Sebastián soltó un gemido de placer.

—Está así por ti, mi amor —le dijo él, jadeante—, Lya, si sigues así —la miró con ojos implorantes—, no podré contenerme por mucho tiempo más.

Lya sonrió con perversidad antes de deslizar la mano por su miembro mirándolo con mucha adoración.

—Quiero que sientas lo mismo que yo hace unos minutos atrás, Sebastián.

Él resolló con fuerza, retorciéndose de placer con cada caricia que le dedicaba Lya.

—Lya —bufó él con ardor—. Gott...

La joven se deleitó con su dureza, su textura y su sabor. Verlo a punto de gritar la excitaba de un modo inenarrable.

—¿Lo hago bien? —demandó sin dejar de tocarlo—, nunca lo hice antes.

Sebastián tenía la frente perlada, la respiración vacilante y el corazón

acelerado.

—Lo haces muy bien, cielo.

Lya continuó con su sensual asalto, hasta que él se levantó y se metió en el cuarto de baño para acabar.

—¿Estás bien, Sebastián?

Él soltó una risita al oír el timbre de su voz.

—¡Maravillosamente bien!

Se lavó las manos y retornó junto a ella. Se detuvo en seco y la miró con ansia desde su sitio.

—¿Me quieres dibujar ahora?

Lya estaba completamente desnuda en su cama, la gargantilla con la cruz de oro que él le había regalado el día anterior era la único que llevaba puesto.

—Eres lo más hermoso que han visto mis ojos, cielo.

Tragó con fuerza antes de coger una hoja de papel y un lápiz. Embelesado, se sentó en la butaca del escritorio y la miró con atención unos segundos, necesitaba grabarla en su mente y en su retina antes de retratarla en el papel.

—¿Estoy bien así?

Lya tenía la pierna derecha ligeramente doblada y los brazos a cada lado de su cabeza con algunos mechones caídos sobre sus senos. Sebastián mal podía respirar ante aquella extraña y apasionante sensación que experimentaba en su interior.

—Sí, mi amor —logró articular.

Con mucha habilidad empezó a trazar el rostro de Lya mientras ella se perdía en su mirada, en su dulce mirada.



Sebastián escrutaba con embeleso el dibujo que acababa de trazar. Lya continuaba desnuda en su cama, exhibiendo su escultural cuerpo ante sus ávidos ojos. Con una sonrisa picarona, se sentó en la cama y se tapó con la almohada. Magda siempre decía en sus relatos que una mujer semidesnuda era más sensual que una totalmente descubierta. El alemán acentuó algunos rasgos, como las mejillas, las manos, las piernas y la gargantilla. Lya era judía, pero su corazón pertenecía a un católico devoto.

—Eres tan perfecta, Lya.

Ella se puso sus ropas con parsimonia sin desviar la mirada de él, que embrujado, retocaba el dibujo. Lya sonrió con picardía.

—¿Y por qué desististe?

Ella se acercó para observar el resultado final del dibujo.

—Está maravilloso, mi amor.

Sebastián no firmó como solía hacer con sus dibujos, esta vez puso «te amo» y se robó un latido del corazón de su amada.

—Es el mejor regalo del mundo, mi amor —le dijo él con una sonrisa—, pero nunca podré enseñarlo a nadie —se ruborizó—, primero muerto a que alguien te vea desnuda.

Lya le dio un beso muy apasionado, tanto que, volvieron a la cama y repitieron una vez más aquella deliciosa y pecaminosa experiencia de horas atrás.

Tras el almuerzo, salieron al patio trasero de la casa para lavar y tender algunas ropas. Lya estaba la mar de contenta persiguiendo a su tocaya versión oveja, tan salvaje y gruñona como ella, según Sebastián. Vengativa como ninguna, la joven se acercó a él que lavaba concentrado sus ropas de trabajo en el lavadero y le bajó los pantalones de sopetón. No satisfecha, le mordió una nalga con todas sus fuerzas.

—¡Scheiße! —chilló Sebastián—, ¡eso duele!

Lya se rompió a reír antes de salir corriendo por el patio con Jud ladrando sin parar a su lado. Sebastián la persiguió obstinado, hasta que una mujer muy misteriosa aplaudió a un lado de la casa y los despabiló de golpe. Sebastián la miró con atención y Lya con curiosidad.

—¿Dika? —soltó la mujer al ver a la judía.

Lya y Sebastián se miraron con curiosidad.

—No, soy Lya.

La mujer la miró por unos segundos más antes de desviar la mirada. ¿Quién era Dika?, se preguntó Lya. Aquel nombre le era tan familiar, pero no lo recordaba muy bien dónde lo escuchó antes.

—¿Tu madre está, Sebastián?

El muchacho negó con la cabeza.

—Dile que Esmeralda vino a verla.

¿Esmeralda? ¿La bruja del pueblo?, musitó Lya antes de acercarse a ella con pasos firmes. La mujer de casi sesenta años la observó con estupor, como si estuviera viendo a un fantasma.

—¿Tu padre es Albert Rubinstein?

Lya asintió al tiempo que acariciaba la cabeza de Jud.

—¿Lo conoces?

La mujer asintió sin abandonar su deje. Lya sonrió de lado y un hoyuelo se dibujó en su mejilla.

—Nunca pensé que volvería a su pueblo algún día.

Lya asintió sin lograr desviar la mirada de aquella mujer tan enigmática y temeraria a la vez. Un escalofrío recorrió toda su espina dorsal y la hizo respingar. Se frotó los brazos con las manos en busca de calor.

—Vuestro amor pasará por pruebas muy duras —soltó la mujer y Lya dio un paso hacia atrás—, pruebas impuestas por la sangre y la maldad.

Sebastián abrazó a Lya con afecto mientras clavaba sus ojos en la mujer.

—Nunca olvides quién eres —le dijo al joven con una voz muy misteriosa—, tu alma se salvará únicamente si vence el amor la dura batalla que librará con el odio en tu corazón.

Lya miró a Sebastián con atención. ¿De qué estaba hablando aquella mujer? ¿Tenía algo que ver con la religión? La mujer se alejó tras echarle una última mirada.

—Esa mujer me da miedo —murmuró Lya—, me recuerda a la chica de la torre, la famosa fantasma de Blankenstein.

Sebastián se volvió y la miró algo perplejo.

—¿Hablas de la gitana que se suicidó?

—Ajá.

No alargó el tema y él tampoco. Lya se acercó al manzano y lo trepó con agilidad. Sebastián se quedó mirándola por unos segundos. Ella se colgó bocabajo en el tallo sujetándose por las piernas.

—¡Soy un murciélago! —se mofó y él se echó a reír—, mi mundo es así, del revés.

Sebastián se acercó y la miró con entrañable afecto. Sus rostros estaban en la misma altura. Se miraron. Se adoraron. Se dijeron mil cosas en silencio. Aquello que palpitaba en sus pechos no eran los latidos de sus corazones, sino el amor que había nacido y usurpado el lugar de los mismos. Sin emitir una sola palabra, Sebastián la besó, la besó con mucha pasión.

—Te amo, Sebastián —musitó ella sobre sus labios.

—Y yo a ti, Lya.

La magia del primer amor

Por la noche, Sebastián fue a la casa de Lya, y se metió en el sótano por la ventanilla tras lanzar varias cosas dentro. Miró el lugar por unos segundos antes de empezar a ordenarlo.

Lya, que le prometió bajar tras la cena, se arreglaba en su habitación sin lograr esconder la enorme alegría que sentía en el corazón. Una sonrisa eléctrica imperó en sus labios al evocar las clases de baile que le dio a él por la tarde bajo los frondosos castaños.

—Soy terrible bailando —le dijo Sebastián tras tender las ropas—, ¡tengo dos pies izquierdos!

Lya, que corría con Jud, por todo el patio, se detuvo en seco y lo miró con las cejas levantadas.

—¡Te daré unas clases!

Lya le enseñó paso a paso cómo debía invitar a una dama a bailar. La postura correcta y los movimientos exactos para cada nota. Se tropezaron un par de veces. Rieron y continuaron sumidos en aquel mágico momento.

—Te gusta la composición de Smetana ¿Moldau?

Sebastián la miró con soberbia.

—Mucho.

Lya no quiso mirarlo con asombro, pero lo hizo y se odió por ello. Sebastián rio por lo bajo al ver su mueca.

—Soy pobre, no inculto, Lya.

Ella ladeó la cabeza.

—Eres sorprendente, Sebastián Ackermann.

Bailaron por el patio como si estuvieran en un salón de fiesta repleto de personas importantes mientras ella tarareaba la melodía de Smetana a viva voz. Claro, en ese salón, Jud no estaría presente ladrando y robándoles risotadas cada dos por tres.

—Bailas muy bien, Sebastián.

Él sonrió de lado.

—Soy buen alumno.

Volvió al presente de golpe y sonrió nerviosa. Recogió su larga melena en un rodete al estilo romano y dejó algunos mechones sueltos sobre sus hombros. El vestido largo estilo griego realzaba su belleza mítica.

—Perfecto.

Se roció un poco de su perfume antes de dirigirse al sótano con pasos temblorosos. A pesar de estar segura de lo que hacía, muy en el fondo, tenía miedo como cualquier chica de su edad.

—Sebastián —musitó por lo bajo antes de acercarse a la puerta con el corazón latiéndole por todo su cuerpo—, hoy te entregaré mi cuerpo y mi alma entera, mi amor.

Su nana y los demás empleados de la casa cenaban en la cocina mientras ella abría la puerta. Exhaló hondo antes de cruzarla.

—Dios mío —musitó al entrar en el lugar.

Sebastián la esperaba al pie de la escalera de piedras vestido con su mejor ropa y exhibiendo una sonrisa que dejaba al descubierto toda su dentadura. Lya miró embobada las velas que iluminaban cada escalón.

—Buenas noches, cielo.

Una lágrima atravesó su mejilla y posó en sus labios semiabiertos.

—Es precioso, Sebastián.

Bajó las escaleras con el corazón desbocado por la enorme emoción que sentía. ¿Cómo podía describirla? ¿Había palabras precisas para ello? El alemán sujetaba con manos temblorosas un tulipán morado, el favorito de Lya.

—Es tan poco lo que puedo ofrecerte, cielo.

Lya miró maravillada la cama rodeada por velas gruesas y tulipanes repartidos por todo el lugar.

—Es maravilloso, Sebastián.

La luz central estaba apagada y la lumbre de las velas iluminaba sus ojos e incluso sus almas. Él le dijo que tenía sus ventajas ser el sobrino de un cura que preparaba sus propias velas. Ella sonrió enternecida ante su extrema sinceridad. Así era él, sincero y dulce como un niño pequeño.

—Me ofreces el mundo entero, mi amor —le dijo ella con un nudo enorme en la garganta—. Tu mundo.

Cogió la flor de su mano y depositó un beso en los labios entumecidos del alemán. Ella se apartó y lo miró con curiosidad. ¿Estaba nervioso?

—¿Te sientes bien, mi amor?

Él, azorado con la situación, se rascó la nuca con intranquilidad y Lya tuvo deseos de comerle a besos. Sus mejillas se ruborizaron en el centro y en la

parte de los pómulos, respondiéndole de manera tácita a su pregunta.

—Tengo miedo de no llenar tus expectativas, cielo.

Lya posó su frente sobre la de él y suspiró hondo. Se miraron con magnitud, con ternura y, aunque sonara ilógico, con nostalgia desmedida.

—Por la tarde me pediste que confiara en ti —masculló ella con un brillo peculiar en los ojos—, y yo confío en ti, plenamente.

Empezaron a oscilar sus cuerpos de un lado al otro sumidos en una canción muda que sonaba en sus corazones.

—Estás muy hermosa, cielo.

Lya le besó la punta de la nariz con ternura y le robó un suspiro ahogado.

—Tú también, mi amor.

Con mucha delicadeza, Sebastián posó sus manos en su cintura sin apartar la vista de su rostro un solo segundo. Sonrió y la besó ardientemente mientras le quitaba el vestido con un temblor en las manos. Lya se estremeció cuando el mismo se deslizó hasta terminar en el suelo, arremolinado sobre sus pies.

—¿Confías en mí, cielo?

Lya asintió con timidez. Cogió la flor y la colocó sobre la cama. Luego la tumbó a su lado con sumo cuidado y le abrió las piernas. Se puso sobre ella, le besó el rostro y la garganta con los labios, y le acarició todo el cuerpo con sus manos.

—Seré muy cuidadoso, cielo.

Le quitó el sujetador y las bragas de algodón blanco con una lentitud martirizante.

—No tengas miedo.

Él se apartó de ella y se levantó. Se miraron con complicidad mientras las velas se consumían como el deseo los consumía a ambos.

—De acuerdo.

Un escalofrío recorrió toda la espina dorsal de la joven cuando Sebastián se quitó sus ropas. Las llamas de las velas enmarcaron su cuerpo desnudo como un halo dorado. Lya abrió ligeramente la boca ante lo que sus ojos veían. Sebastián era perfecto como solo los dioses míticos podían serlo. Él apoyó una mejilla en su pecho.

—Mi corazón te grita lo que siente por ti, Sebastián.

Él le chupó los pezones con dulzura y ella pensó morir de placer con aquella simple caricia.

—¿Qué siente por mí?

Con las manos puestas en el pelo dorado del hombre, ella le susurró:

—Amor.

Una corriente eléctrica recorrió todo el cuerpo del alemán ante la sincera declaración de Lya, que expuesta y vulnerable ante sus ojos, le abrió su caja de Pandora sin recelo alguno.

—Dime lo que quieres que haga, y lo haré —dijo Sebastián, inclinado sobre ella—. Hoy soy esclavo de tus deseos más recónditos.

Lya no podía responderle, el nudo que tenía en la garganta se la impidió. Quería que él le diera alivio para el fuego que ardía en su vientre y en su pecho, pero no podía emitir una sola palabra. Sebastián, con una mano apoyada en el vientre de la muchacha, dijo en un susurro apenas audible:

—Eres hermosa como el alba de cada mañana, Lya.

Sebastián se puso a su lado tras coger la flor que le había regalado. Ella entrecerró sus ojos cuando él empezó a acariciarle el cuerpo con el tulipán. Centímetro a centímetro fue rozando la misma por su cuello, sus senos, su vientre y su entrepierna. Ella soltó un gemido. La pasión que aquel joven despertaba en ella era enardecedora.

—Mira tus pezones —jadeó él—, están implorándome a que los deleite.

—Hazlo —gimió ella.

El alemán no se hizo rogar. Su boca, su lengua, sus dientes, devoraron sus pechos mientras su espalda, su pecho y sus caderas se arqueaban hacia él, ofreciéndose entera. Metió una mano entre los muslos apretados y comenzó a acariciarle muy suavemente la entrepierna mientras le pasaba un brazo alrededor del cuello.

—Lya, confía en mí. —El cuerpo de ella se puso rígido—. ¿Te gusta? —murmuró con los labios en su mejilla.

Ella apretaba los puños a los lados de su cuerpo. Mantenía los ojos cerrados.

—¿Sientes eso, Lya?

Ella gimió.

—Sí.

Sebastián la acarició arriba y abajo con mucha suavidad. Lya apretó todavía más los puños. Él la acarició un poco más fuerte y ella se tensó aún más. ¿Por qué estaba tan nerviosa? ¡No era la primera vez que la tocaba!

—¿Quieres que pare?

Negó con un cabeceo.

—No, por favor.

Se inclinó sobre ella y volvió a chuparle los pezones mientras continuaba

con las caricias, esta vez, en círculos y más profundos. Lya se arqueó un poco más y temió gritar en cualquier momento ante aquella deliciosa sensación que experimentaba. Él apartó los dedos de sopetón y el cielo cayó sobre ella.

—¡No! —murmuró con desesperación—. ¡No pares! —pataleó y le robó una risita a él.

Abrió los ojos.

—¿Me estás torturando?

Sebastián se echó encima de Lya para calmarla, con la frente apoyada en la de ella.

—No, te estoy venerando.

Se miraron con ojos soñadores.

—No puedo esperar ni un segundo más.

Se apoyó en los codos. Lya sintió el roce de su miembro en los muslos. Se besaron como si no hubiera un mañana. Lya separó más las piernas cuando él se acomodó entre ellas, sin dejar de besarlo.

—¿Estás preparada, cielo?

—Sí.

—Cógete de mi cuello, cielo.

Ella lo hizo con mucha fuerza, como si se le fuera la vida en ello. Él comenzó a penetrarla lentamente, poco a poco. Lya tenía la sensación de que la estaban desgarrando por dentro. Gimió suavemente, abrazada a su cuello. Sebastián la besó en los labios mientras trataba de moverse. Ella soltó un gemido de dolor.

—¿Te duele, cielo?

Las manos de Lya lo apretaron un poco más. Miró el rostro arrebolado de su amado con cierto temor.

—Sí —farfulló con timidez—. Pero continúa, mi amor.

Le latía todo el cuerpo. Levantó un poco las caderas.

—¿Preparada?

Se retiró un poco y muy despacio, después empujó. Lya apretó los labios ante el ardor que sentía en su parte íntima. ¿Era normal? Miró hacia abajo y observó con atención la unión de sus cuerpos. Consciente de que ahora era suya completamente.

—Espera.

Sebastián sacó su miembro y volvió a empujar hasta el fondo. Lya casi gritó. Lo volvió a sacar y lo volvió a meter. Ella se aferró a sus brazos, sin dejar de gemir.

—Abrazate a mí, cielo.

El dolor que sentía era como si la quemaran.

—¿Te hago daño?

Lya le mordió el hombro a la vez que aspiraba su aroma peculiar. Él siempre olía a lavanda y colonia fresca.

—No —respondió.

—Voy todo lo despacio que puedo.

Lya se abrazó a él, con la boca abierta en un grito mudo cuando la penetró hasta lo más hondo de su ser.

—¿Quieres que pare?

—No.

Y entonces comenzó a entrar y a salir de ella con tanta fuerza y con tanta rapidez que Lya creyó que se desmayaría. Gritó de dolor y de pasión mientras sujetaba la cabeza del hombre hundida en su cuello.

—Oh, Sebastián —jadeó—, ¿qué me estás haciendo?

Él no paró. No podía. No quería.

—Amándote con todo mi ser, Lya.

El corazón de Lya latía con un ritmo enloquecido; tenía la garganta seca, los labios húmedos, y la cabeza vacía de pensamientos. El orgasmo la atravesó como un rayo y la partió en dos.

—¡Dios! —gritó, convulsionando contra el cuerpo del alemán—, es-to es... esto es... ¡maravilloso!

Sebastián la cogió de la barbilla y la obligó a que lo mirara a los ojos mientras alcanzaba su propio orgasmo.

—Soy tuya para siempre —gimió con lágrimas en los ojos—. Solo tuya, Sebastián Ackermann.

Él soltó un grito gutural al llegar al clímax. Se movió cada vez más despacio hasta detenerse y después permaneció encima de ella durante unos minutos.

—Soy tuyo, de cuerpo y alma, Lya Rubinstein.



Lya notó un cosquilleo agrisado donde él había estado. Sebastián le sopló suavemente en la frente y el pecho sudorosos sin salir de ella. Lya le rodeó la

cintura con sus largas piernas para impedir que saliera de su cuerpo. Ahora que sabía lo que era tenerlo allí, no quería olvidar jamás aquella sensación.

—¿Estás bien, cielo? ¿Te he hecho daño?

Lya ahuecó el rostro encendido de Sebastián entre sus manos y lo miró con amor infinito. ¿Cómo podía explicarle lo que estaba sintiendo en su pecho en aquel preciso momento?

—Estoy bien —contestó con una sonrisa tímida—. ¿Tú estás bien?

Él le besó los labios con dulzura.

—Soy feliz, Lya.

Su sonrisa brillante reflejaba tal felicidad que a Lya le entraron ganas de llorar. Apretó su rostro contra el de su amado. La mano de Sebastián descansó en su cadera.

—Eres tan hermoso, Sebastián.

Estaba fascinada con el cuerpo del hombre.

—¿Los ángeles pueden hacer estas cosas? —preguntó y él sonrió ampliamente.

—Lo acabas de hacer, cielo.

Lya deslizó su dedo índice por su cara y dibujó su nariz, sus labios y su barbilla. Él entrecerró los ojos y disfrutó de aquellas caricias.

—Si algún día —empezó a decir ella—, nos separamos...

Sebastián abrió de golpe sus ojos y la miró con profundo pesar. ¿Separarse? ¿Si mal podía salir de su cuerpo en aquel momento

—Prométeme que nunca me olvidarás.

Él la miró por varios segundos en silencio mientras las velas se consumían alrededor de ambos.

—Eso sucederá solo si tú me olvidas, Lya.

Ella sonrió.

—Eso nunca sucederá, Sebastián.

—¿Cómo lo sabes?

Los ojos de Lya se nublaron.

—Porque somos almas gemelas y las almas gemelas nunca se olvidan.

Sebastián la miró con ojos soñadores a través de sus espesas y largas pestañas cobrizas.

—¿Somos almas gemelas?

Ella sonrió y dejó al descubierto sus dientes bien alineados.

—Sí. Y tú lo sabías mucho antes que yo.

Las palabras de Esmeralda cruzaron su mente y agitaron su corazón.

—Si algún día me odias, Sebastián, no olvides que yo te amaré a pesar de ello.

Él la miró con el ceño algo desencajado.

—Nunca podré odiarte, Lya. Y, aunque lo hiciera, el amor siempre será más fuerte.

—¿Lo juras?

—Ante ti y ante Dios.

La segunda vez que se amaron, a ella le dolió menos. La tercera y la cuarta, Lya experimentó un placer indescriptible.

—Dios, no pares —gritó.

—¿No? —replicó Sebastián y se detuvo.

Lya soltó un resoplido de indignación que le hizo gracia a él. ¡Era tan mandona e insaciable!

—¿Qué haces?! —gruñó ella.

Lo miró con los labios entreabiertos.

—Te dije: «No pares».

—Quiero escucharte suplicar que no pare.

Ella le mordió uno de los hombros y él soltó un gemido de dolor.

—¡Eres cruel!

Apretando los muslos contra los de él, con las manos alrededor de su cuello y la respiración acelerada pidió con voz melosa que continuara.

—Por favor, Sebastián.

Obediente, empezó a salir y a entrar en su cuerpo sin parar. Un cuarto orgasmo se aproximaba cuando él decidió detenerse.

—¿No escucho?

—Te lo suplico, no pares.

Sebastián volvió a entrar y salir lenta y profundamente. Ella gritó cuando él empezó a moverse sin parar y a toda prisa removiendo toda la cama que chirriaba con cada embestida suya.

—¿Así?

—¡Así!

Sebastián se movió cada vez más rápido y Lya temía perder la razón ante el fulminante orgasmo que se aproximaba. Se arqueó con fuerza cuando él aceleró aún más sus movimientos.

—Es tan delicioso...

Lya sintió cómo todo su cuerpo se tensaba para después estallar en una oleada de placer que parecía no tener fin.

—¿Es pecado sentir tanto placer?

Él apretó su mejilla contra la mejilla ardorosa de la muchacha tras tocar el cielo.

—No, mi amor.

Sebastián se tumbó a su lado y Lya se acurrucó en sus brazos. Le tocó con los dedos la barbilla, el cuello, la nuez y los labios hinchados. Apretó el dedo índice en la arteria que latía casi a flor de piel en su cuello.

—¿Estás muy cansado?

Sus manos no dejaban de moverse ni un solo instante.

—Un poco, cielo.

Silencio.

—No sé cómo sobreviviré sin ti cuando vaya a la universidad en Berlín.

Aquello desestabilizó por completo al alemán que la miró con extrañeza.

—¿Irás a Berlín?

Lya se reprendió mentalmente. ¿Por qué soltó aquello en aquel momento tan maravilloso en que sus cuerpos se conectaban más allá de la piel?

—Sí.

El temor se filtró en su voz y agitó con brusquedad el corazón del alemán. Se quedaron en silencio por varios segundos.

—Pues, si nos casamos —soltó él y ella lo miró con ilusión—, tendré que irme contigo.

Lya se precipitó sobre él gritando con alegría pueril y le llenó la cara de besos. Sebastián rio de buena gana.

—¡Nunca te librarás de mí! —chilló él, riendo—, ¡nunca!

Los labios de Lya no dejaron ni por un momento los suyos. Le succionó con voracidad la lengua al tiempo que oscilaba su cuerpo con sensualidad sobre el de él.

—Tienes la piel de un bebé —le dijo ella a la vez que bajaba sus labios por su cuello—. ¿Lo sabías?

—No —contestó él, gimiendo.

—Te amo tanto que me duele respirar cuando estás lejos de mí.

Sebastián ahuecó el rostro de Lya tras sentarse en la cama y la miró con amor, con amor infinito.

—Tú eres mi primer amor. ¿Lo sabías?

Él le apretó las nalgas y ella soltó un gemido de placer apenas audible.

—Tú eres mi primer y único amor, Sebastián.

Se dieron un largo y apasionado beso de amor, un beso que selló sus

declaraciones ante Dios.

El color del amor

Joachim y Emma viajaron hasta la vieja cabaña de los abuelos del soldado, que estaba a unos veinte kilómetros del pueblo. La joven se levantaba cada dos por tres del asiento del jeep que él había tomado prestado de su superior y gritaba de alegría como una cría pequeña. El alemán le pedía que tuviera cuidado, conociendo su gran historial de accidentes, pero ella lo ignoraba. Aquello despertaba un lado suyo que no conocía. ¿Siempre sería tan desobediente?

—Llegamos —anunció el oficial con su grave y profunda voz—, mi amor.

Aparcó el coche cerca de unos árboles de sauce. Emma miró boquiabierta el lugar de ensueño.

—Es precioso —dijo—, ¡me encanta, soldado! —le dedicó el saludo militar tras apearse del vehículo.

Joachim se puso detrás de ella y le besó el cuello.

—Bienvenida a nuestro nido de amor, Emma.

Posó sus grandes manos en su cintura y le robó un gemido bastante llamativo.

—Achim, no es el sitio adecuado.

El soldado le apretujó contra su cuerpo con más vigor.

—Es tu culpa —le susurró él—, este vestido tiene poder sobre mis acciones.

Emma llevó sus manos hacia atrás para coger la cabeza del soldado mientras este le devoraba el lóbulo de la oreja sin abandonar sus caricias cada vez más atrevidas.

—Mi amor —gimió ella—, ¿no es mejor ir a la casa? Ya sabes que cuando me excito —hizo una pausa para respirar—, grito de manera descontrolada.

Joachim gruñó a modo de protesta, pero ella tenía razón, si continuaba terminaría haciéndole el amor allí mismo, en medio del bosque o contra el capó del coche.

—Ven, cielo —dijo él tras coger la enorme mochila.

Emma se preguntó todo el viaje qué traía en ella. ¿Alguna sorpresa? Sí, Joachim siempre le hacía algún que otro regalo inesperado.

—¿Eres feliz, Emma?

Ella lo miró de reojo con una sonrisa enorme en los labios.

—Como nunca imaginé, mi amor.

Entraron en el bosque y siguieron por el sendero que conducía hasta la cabaña de manos dadas.

—No puedo creer que le menté a mis padres, Joachim.

Él asintió con una mueca triste.

—¿Te arrepientes, mi amor?

Ella alzó y bajó las cejas de un modo muy cómico, robándose una risotada cantarina del alemán.

—De no haberlo hecho antes, soldado.

Él le dio un beso cariñoso en la mejilla, lapso en que ella perdió el equilibrio al pisar una piedra y casi se lo llevó a él de paso.

—Lo siento —dijo azorada—, ¿cómo te enamoraste de una chica tan torpe como yo?

El soldado la cogió en brazos sin mucha dificultad tras deslizar la mochila por la espalda. Emma pesaba como mucho cincuenta kilos, calculó él, acostumbrado a levantar pesas de más de cien kilos en los duros entrenamientos. La miró con adoración a través de sus espesas pestañas castañas. Emma lo miraba hechizada, aquellos ojos casi transparentes eran el portal del cielo y su cuerpo... del infierno.

—No eres torpe —le dijo él con dulzura—, eres la mujer de mi vida.

«La mujer de su vida» resonó en la cabeza de la alemana.

—¿Lo soy?

Él la miró con seriedad.

—¿Tienes dudas al respecto, mi amor?

Emocionada, aplaudió con alegría pueril y de paso, como de costumbre, sin querer, le dio una bofetada. Joachim apretó la mandíbula ante el incidente y ella alargó sus labios en un gesto de asombro.

—¿Decías, soldado?

Joachim se echó a reír al ver la expresión ladina de la joven.

—Hoy te demostraré cuánto te amo, Emma.

Una corriente eléctrica le recorrió toda la espina dorsal a la muchacha, que abrió mucho los ojos y la boca ante el tono seductor y decidido que él usó.

—Oh...

Ella evocó la noche anterior, la noche que vio por primera vez la parte íntima del soldado. Bueno, no era la primera vez que la veía, pero nunca de tan cerca. El tamaño, el grosor y la textura la dejaron sin aliento. Joachim le

había cogido de la mano y le pidió que la tocara, que no le tuviera miedo, pero ella lo tenía, y mucho.

—¿Tienes frío, mi amor? —preguntó Joachim mientras se adentraba en el lugar.

—No —repuso ella. «Es miedo, en realidad».

No podía creer que aquello debía entrar en su parte íntima. ¿Era anatómicamente posible?

«Según Lya, tras el dolor, llegará el placer más delicioso e intenso del mundo».

Su prima y Sebastián llevaban poco tiempo teniendo intimidad, pero al menos ya no sentía dolor cada vez que la penetraba. Magda, a su vez, llevaba semanas manteniendo relaciones íntimas con Martín, era experta en el tema y eso que apenas tenía dieciséis años la muy condenada. El recuerdo la transportó a aquella noche...

—Debes coger así el pene —le enseñó su hermana al tiempo que apretujaba una banana—, con suavidad para que no le duela.

La palabra «pene» sonaba tan vulgar y tan grande, pensó ella con el corazón latiéndole a mil por hora. Algunos hombres lo tenían como una pistola y otros como un fusil, que era el caso de Joachim.

—Luego lo metes en la boca, pero sin rozarle los dientes —continuó Magda tras pelar la fruta—, y le succionas como si fuera una paleta de fresa, aunque el sabor... —puso cara de circunstancia— de fresa no tiene nada.

Emma le lanzó un cojín y acertó de lleno su cara. Magda, furiosa, cogió otro y le dio un golpe certero en la cara también. Lya cogió otro y empezaron a golpearse entre sí por varios minutos, hasta que las plumas salieron volando de ellos.

La voz del alemán la arrancó de su trance de golpe.

—¿En qué piensas, mi amor?

Emma soltó un suspiro sin abandonar su deje de preocupación.

—En tu pene —dijo sin pensarlo—, ¡quiero decir, en ti! —chilló ruborizada hasta la raíz de su pelo.

Joachim se detuvo y echó hacia atrás su cabeza muerto de la risa.

—¡Es bueno saberlo! —exclamó él, riendo.

Emma hundió su cara en el cuello del alemán. ¡Por Dios! ¿Desde cuándo

las damas hablaban de aquel modo tan abierto y soez? ¿Pene? ¿Por qué no dijo parte íntima o miembro?, se dijo atribulada.

Llegaron a un claro rodeado de pinos muy altos y castaños. Los peñascos marcaban la orilla del pequeño arroyo que resplandecía bajo el imponente sol de aquel cálido verano. En el lado izquierdo del claro, y a la sombra de los pinos, se alzaba una pletórica cabaña de madera y ladrillos.

—¿Es ésta? —dijo Emma con ojos soñadores—, ¡es preciosa!

El soldado sonrió y la bajó en el suelo como si se tratara de una niña. Ella saltó y aplaudió al tiempo, alegrándole enormemente. Acto seguido, bajó la pesada mochila a un lado.

—Es perfecta, Joachim.

Él la abrazó con entrañable afecto y ella empezó a ronronear como una gatita.

—Te he echado tanto de menos, Emma.

El oficial se reclinó y le besó en los labios mientras sus manos acariciaban su espalda con cierta timidez. Aquel día no solo ella estaba nerviosa.

—Yo también —afirmó Emma, con los labios abiertos, y acariciándole la espalda—. Tanto...

Joachim dejó de besarla por un momento y se apretó contra la muchacha, como si quisiera acogerla en su pecho al lado de su corazón, porque aquel músculo ya no sabía vivir sin ella. Ya no podía latir sin ella.

—Nunca quise a nadie como te quiero a ti, Emma.

Los ojos de la muchacha brillaron fulgorosos a través de la fina cortina de lágrimas.

—Y yo a ti, Achim.

Y con esa declaración, él capturó los labios de la joven con una desesperación casi insana. Él siempre la besaba como si la vida se le fuera en aquellos besos tan apasionados y tan tiernos a la vez.

—Te deseo con locura, Emma —jadeó tras apartarse—, nunca deseé a alguien de este modo tan posesivo y tan altruista al tiempo.

Emma no conseguía pensar con claridad.

—No entiendo, soldado —susurró.

—Soy egoísta cuando se trata de ti, mi amor —le aclaró él—, te quiero solo para mí, de cuerpo y alma —hizo una pausa—, pero ante todo, quiero hacerte feliz, muy feliz.

Ella se apartó y lo miró con devoción.

—Ya lo soy, mi amor.

El soldado la besó con desesperación. Sus labios eran cada vez más exigentes, sus manos reclamaban cada vez más. Ella se dejó envolver por el deseo, incapaz de mantener los ojos abiertos, aunque anhelara con demencia ver aquel rostro tan perfecto.

—Debo hacer algo, Emma —dijo él tras apartarse de ella—, ¿me esperarías aquí? ¿Sentada allí? —le indicó el banco de madera que se encontraba a unos metros de la cabaña.

Ella asintió tras darle un beso en los labios.

—No tardaré.

El sol se despedía de aquel día lentamente. Emma se acercó al banco y se sentó con el corazón henchido de un gozo que nunca sintió antes en su vida. Miró a un lado y suspiró hondo al ver el arroyo donde su soldado pasó gran parte de sus veranos cuando era niño. Curiosa, se acercó al arroyo a pasos lentos y observó con ojos soñadores el efecto que causaba las piedras que obstaculizaban el paso del agua. ¡Parecía una pequeña cascada!

—Ni el mejor pintor lograría plasmar la belleza de este sitio en sus telas —masculló, embobada.

Se acercó un poco más y escrutó embelesada una mariposa que acababa de posar sobre un árbol que se encontraba algo inclinada sobre el arroyo.

—¡Hola! —la saludó con entusiasmo e intentó tocarla con el dedo índice —, qué colores más bucólicos.

Joachim salió de la casa y la llamó, el susto la hizo gritar y saltar hacia atrás. El alemán corrió a toda prisa para evitar que se cayera en el arroyo.

—¡Te tengo! —gritó él al sujetarla con mucho brío—, Dios, por muy poco, mi amor.

Emma se pegó a él con la respiración entrecortada y el corazón desbocado. Joachim la apretujó contra su fuerte cuerpo y le besó la cabeza con mucho afecto.

—Lo siento, mi amor.

Se apartó de ella para mirarla. Le sujetó el rostro con las manos y le llenó la cara de besos.

—Me muero si algo malo te pasa, Emma.

La mirada de la joven cambió en el acto. Se reflejó en ella la alegría, el alivio y el amor. Lo abrazó.

—Ya no tengo miedo, Joachim.

El soldado se apartó y la cogió en brazos con suma delicadeza. Entraron en la casa y se dirigieron al cuarto principal apenas iluminado con algunas

velas. Emma abrió de par en par sus ojos al ver la cantidad de tulipanes blancos repartidos por todo el recinto. ¡Eran decenas! El alemán la depositó en la cama.

—Es precioso, Joachim.

—No más que tú, mi amor.

Él se acuclilló y le quitó los zapatos sin desviar la mirada de su arrebolado rostro un solo segundo.

—¿Confías en mí, Emma?

Se levantó y le quitó el vestido con suavidad. Emma quiso cubrirse los senos desnudos con los brazos, pero él se la impidió.

—Totalmente, Joachim.

El alemán se quitó las ropas, los zapatos y los calcetines, quedándose únicamente con sus calzoncillos. Emma deslizó sus ojos en su cuerpo musculoso. Abrió los labios y un suspiro se le escapó de lo más hondo de su ser.

—No tengas miedo —le pidió él con la voz enronquecida—, el ser humano inventó las palabras para expresar lo que siente y el amor para demostrarlo con hechos —le rozó la mejilla con dulzura—, y hoy quiero demostrarte cuánto te amo, Emma.

Ella mal podía respirar.

—Y si... —hizo una pausa—, ¿no te gusto, Joachim?

Él le dio un tierno beso en los labios.

—Eso es imposible, mi amor.

—¿En serio?

Él asintió sin abandonar su deje.

—Una vez le dije a mi abuelo que solo traería a la chica de mis sueños aquí —le besó la punta de la nariz—, la mujer que alguna vez desposaría.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas mientras él la tumbaba en la cama. Se precipitó sobre ella y le besó el rostro, la garganta y el centro de su pecho. Emma enterró sus dedos en su pelo y se arqueó con fuerza cuando él le besó sus pezones.

—Te necesito, Emma, como mis pulmones necesitan el aire para vivir.

Ella entrecerró sus ojos de golpe.

—¿Tan esencial soy para ti?

Él lamió un pezón y luego el otro con una veneración digna del más devoto de los hombres.

—Eres todo para mí, Emma.

Él dibujó un camino largo de besos hasta llegar a su centro. Le quitó las bragas de algodón con mucha delicadeza. Emma se estremeció. Ahora estaba totalmente desnuda ante él.

—No tengas miedo, mi amor.

—De acuerdo —susurró ella, con las manos puestas en su pelo.

—¿Confías en mí?

Emma no podía responderle. Quería, pero no podía. Esbozó una sonrisa torcida y suspiró, suspiró varias veces seguidas.

—Mira cómo tienes los pezones —le dijo Joachim con una mano apoyada en su vientre—. ¿Puedo saborearlos?

—Son solo para ti, soldado.

El teniente lamió un seno de arriba abajo y luego el otro con los ojos entrecerrados. Emma se aferró a su pelo con tal fuerza que, le robó un gemido de dolor, pero ella no podía escucharlo ya que sus gemidos eran más altos.

—Gime todo lo fuerte que quieras, grita si así te lo pide tu cuerpo, mi amor.

Su boca, su lengua, sus dientes, devoraron sus pechos mientras ella se arqueaba hacia él con cierta desesperación. Joachim se tumbó a su lado tras unos minutos y metió una mano entre los muslos apretados de la joven.

—Ábrelas para mí.

Le separó los muslos y comenzó a acariciarle muy suavemente la entrepierna. La tocó con un dedo y luego con dos. El cuerpo de ella se puso rígido.

—¿Te gusta, mi amor? —murmuró con los labios en su mejilla—. ¿Quieres que pare?

Emma apretó los puños y los dientes ante la extraña, pero deliciosa sensación que experimentaba ante aquellas caricias tan íntimas. Mantenía los ojos cerrados y la respiración entrecortada.

Joachim la acarició arriba y abajo. Emma apretó todavía más los puños. Él la acarició un poco más fuerte a la vez que rozaba su miembro contra su muslo.

—Emma, ¿puedes sentir mi entrega?

Notaba el calor de su aliento en el cuello.

—¿Tienes certeza de que no es el cañón de tu fusil?

Joachim soltó una risita por lo bajo.

—Está así por ti, mi amor. Solo por ti.

Se inclinó sobre ella y volvió a chuparle los pezones mientras continuaba

con las caricias.

—Joachim —gimió ella con fuerza—, tengo miedo de gritar ante esto que siento.

Él sonrió enternecido.

—Grita, mi amor —le besó—, grita por mí y para mí.

Se quitó los calzoncillos y se arrodillo delante de ella.

—Oh, Dios mío, Joachim —murmuró, incrédula—. Está aún más grande que el otro día.

Emma se sentó en la cama de golpe y retrocedió ante la impresión. Analizó el sexo del soldado y luego el suyo. ¿Cómo aquello entraría en ella? ¡La destrozaría!

—Confía en mí —replicó él, con una mirada de lujuria—. Seré muy cuidadoso, mi amor.

La tumbó en la cama.

—Necesito estar dentro de ti ahora mismo.

—Oh, Dios.

Joachim se puso encima de ella y se apoyó en los codos.

—Al fin serás mía —le dijo como si él mismo no se lo creyera.

Sintió el roce del miembro en los muslos. Se besaron con mucha pasión. El soldado se acomodó entre sus muslos con mucha cautela. Emma separó las piernas como él se lo pidió, sin dejar de acariciarlo, besarlo o mirarlo.

—¿Estás preparada, mi amor?

—No.

Su sinceridad le robó una risita al alemán.

—Primero quiero hacer algo, cielo.

Se deslizó hasta su parte íntima y posó su boca hambruna en ella. Emma lo miró estupefacta. Abrió la boca como para decirle algo, pero ante la sensación deleitosa que experimentaba, se limitó a gemir, a jadear y a gritar.

—¡Dios! —chilló y apretó sus muslos contra la cabeza del soldado—, ¿me quieres matar de placer?

El soldado le lamió, le chupó y le mordisqueó hasta lograr que se lubricara lo suficiente.

—Ahora estás listas, soldado Schreck.

Él comenzó a penetrarla lentamente, muy poco a poco. Emma se cogió a sus brazos, a la manta y luego a sus hombros. Gimió, parpadeó y respiró con dificultad mientras él se adentraba en ella cada vez más.

—Ya estoy dentro de ti.

Le dio un beso y aspiró profundamente.

—Estoy dentro de ti, Emma.

La muchacha gimió abrazada a su cuello. La besó en los labios.

—Tú y yo somos uno solo, Emma.

Ella se quedó muy quieta, con los labios del soldado en la frente. Su cuerpo estaba muy tenso. Le latía todo el cuerpo. Levantó un poco las caderas.

—¿Lista?

Ella asintió sin mucha convicción. Joachim sacó la mitad y volvió a meterlo.

—Achim...

Él lo sacó casi todo y volvió a empujar hasta el fondo, y Emma gritó. Lo volvió a sacar y lo volvió a meter hasta el fondo. Ella se aferró a sus brazos, sin dejar de gemir.

—Abrázate a mí, mi amor.

El alemán se movió más rápido. Sin tantos miramientos. El dolor que sentía Emma en su parte íntima era casi insoportable. ¿Por qué Magda le dijo que era excitante? ¡Aquello era una tortura!

—¿Te hago daño?

—No —mintió.

Joachim se dio cuenta que mentía, así que, decidió retirarse para darle un poco de alivio.

—Continúa —le rogó ella—, no pares, soldado.

Se posicionó de nuevo entre sus piernas. Y entonces, bruscamente, comenzó a entrar y salir de ella con tanta fuerza y con tanta rapidez que Emma creyó que se desmayaría. El corazón le latía con un ritmo enloquecido.

—¡Dios! —bramó ella cuando el clímax la bañó entera—, ¡Joachim!

El soldado se movió cada vez más despacio hasta detenerse, después de haber estallado dentro de ella toda la pasión que sentía; respiró con fuerza y sonrió. Emma era suya. Solo suya.

—¿Qué fue eso?

Joachim le besó la cara sudorosa.

—La conexión de nuestras almas, mi amor.

Ella lo miró con asombro.

—Pensé que era un orgasmo.

El soldado rio a mandíbula batiente. Emma se ruborizó como un tomate ante su metedura de pata.

—Fue un orgasmo, uno de los miles que te daré, mi amor.

Joachim le besó los labios hinchados con mucho afecto. Emma levantó los brazos de un sopetón y le dio un derechazo al soldado, que cayó de culo a un lado de la cama.

—¡Joachim!



Joachim le sopló suavemente en la frente y el pecho. Emma miraba el techo con ojos melosos, como si estuviera viendo algo mágico allí.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

Le besó los senos sudorosos con ojos entrecerrados sin salir de ella.

—Cariño, dime que estás bien.

Ella no podía responderle. Joachim le chupó con fuerza un pezón y la hizo gemir bajo sus labios.

—Estoy bien —contestó con una sonrisa tímida, mientras lo abrazaba—. ¿Tú estás bien?

—En el paraíso.

Le acarició desde el rostro hasta las pantorrillas, una y otra vez.

—Nunca me he sentido mejor.

Su sonrisa reflejaba tal dicha que a Emma le entraron ganas de llorar. Apretó su rostro contra el de él. La mano de Joachim descansó en su cadera.

—¿Nunca sentiste esto por las demás?

Joachim levantó la vista y la miró con devoción. Emma acarició su mejilla empapada en sudor con manos temblorosas.

—Nunca.

Emma sintió un extraño cosquilleo en su interior al escucharlo. El tono que utilizó la desarmó entera. El teniente se retiró de su interior y se tumbó a su lado con el brazo doblado bajo su cabeza. Emma se acomodó sobre su pecho cuando él se lo pidió.

—Nunca sentí esto por nadie, Emma —le besó la mejilla encendida con ojos entrecerrados—, ¿y tú?

Ella se puso de lado. Joachim le besó los ojos.

—Nunca, mi amor.

Silencio. Emma sonrió con picardía y él supo al instante que diría una de sus tantas ocurrencias.

—¿Te ha gustado?

Joachim sonrió de lado.

—Mucho más de lo que puedas imaginarte, cielo

La abrazó.

—Dime, ¿tú qué esperabas?

Hizo correr sus dedos con mucha suavidad desde la garganta hasta el vientre definido de Joachim. Dibujó cada músculo de su estómago con el dedo.

—La verdad es que no lo sé —contestó después de pensarlo—. Es increíble que el dolor se convirtiera en algo tan excitante.

Emma se sentía muy avergonzada y deseó que él no la mirara con tanta adoración. La besó mientras ella lo miraba en silencio, el fuego en su interior continuaba ardiendo.

—Pronto el dolor desaparecerá y solo restará el placer —le prometió él con una sonrisa.

Emma estaba fascinada con el cuerpo del soldado. Le acarició el vientre con la punta de los dedos y dibujó su ombligo con la mirada algo ausente.

—¿Hemos acabado o podemos repetirlo? ¿Cuántas veces?

Joachim rozó la punta de su nariz contra su mejilla ardorosa. Emma tenía la respiración algo agitada aún y la frente perlada tras el clímax, el brutal clímax.

—¿Quieres que se acabe?

—No —respondió ella.

—¿Quieres repetirlo?

—¡Sí! —exclamó con demasiado entusiasmo—, sí —repuso con más seriedad, pero no pudo evitar que el alemán se echara a reír.

—Podemos repetirlo las veces que quieras y yo pueda —acotó con una sonrisa ladina—, los hombres tardamos un poquito más en recuperar el aliento.

Transcurrió otro momento de silencio.

—¿Podemos repetirlo ahora, Joachim?

El soldado se precipitó sobre ella sin rechistar. La segunda vez que se amaron, le dolió menos. La tercera, Emma experimentó un placer exquisito que no lograba definir con palabras.

—Dios, no pares, por favor —se retorció bajo el cuerpo del soldado—, ¡así! —bramó a la vez que le arañaba la espalda—, ¡Joachim!

Él se movió cada vez más rápido.

—No pares, Achim... —suplicó ella.

—No pararé, mi amor.

Emma sintió cómo todo su cuerpo se tensaba para después estallar en una oleada interminable de placer. Los temblores que la sacudían terminaron sacudiendo al soldado.

—Gime para mí, soldado.

Joachim soltó un grito gutural al llegar al más primoroso clímax de toda su vida. Al cabo de unos minutos, ella soltó:

—¿Has descargado toda tu artillería, soldado?

El alemán la miró asombrado. ¿Quería más? ¡Increíble! Emma tenía sed, pero no sabía si necesitaba agua u otra cosa. También tenía hambre, pero no estaba segura si quería comida o a él. Aquel mítico hombre que tenía entre las piernas la tenía embrujada. ¡Era adicta a él!

—Necesito otro cartucho, cielo —se mofó él—, traeré agua.

Bebieron agua y comieron algo para recuperar las fuerzas.

—¿Te gusta el pan con mantequilla y mermelada de fresa, cielo?

Ella devoró el último trozo con apetencia.

—Mucho.

El soldado se levantó de la cama y Emma casi se atragantó al ver su prieto trasero. ¡Era perfecto! El alemán corrió las cortinas blancas y abrió las ventanas para refrescar un poco el cuarto. La brisa fresca rozó el cuerpo desnudo de Emma y le erizó toda la piel. Joachim la miró con deseo antes de tumbarse a su lado. La atrajo hacia sí y la estrechó con fuerza. Ella entrecerró sus ojos.

—¿Me dirás la verdad si te la pregunto, Emma?

—Siempre.

Sonrió, sin abrir los ojos.

—¿Alguna vez habías tocado a un hombre?

Emma abrió los ojos.

—Jamás.

Se movió un poco para besarle el cuello. Notó que su corazón se aceleraba. Sonrió.

—¿Por qué me lo preguntas, soldado?

—Curiosidad —replicó él con voz ronca—. ¿Nunca besaste a otro?

—Antes de ti, nunca besé a otro.

Él sonrió y luego se puso de lado, para mirarla con una expresión de escepticismo, como si la muchacha le hubiese escamoteado parte de la verdad.

Ella se volvió y apretó todo su cuerpo contra el de su amado.

—¿Me lo juras?

Se puso de lado y comenzó a acariciarle los pechos y el vientre.

—Nunca he querido besar a nadie antes que a ti.

Joachim la besó.

—¿Estás preparado para más?

—Emma...

Joachim meneó la cabeza con una expresión incrédula.

—¿Qué te he dado?

Emma se echó a reír. Le acarició el vientre.

—¿Estoy pidiendo demasiado?

—No, pero vas a matarme.

Emma se echó a reír una vez más al ver su mueca. Se quedaron en silencio por unos minutos. Ella se mordió el labio inferior con nerviosismo. Quería preguntarle algo, pero la timidez la impedía.

—¿Puedo ayudarte, soldado? —le preguntó tras coger su miembro—, ¿puedo hacerte lo mismo que tú me hiciste a mí?

Él la apartó para mirarla con perplejidad. Ella le miró en silencio.

—Sólo tendrás que decirme lo que debo hacer, mi amor.

—¿Tienes certeza, mi amor?

—Sí.

Emma apoyó la cabeza en su estómago musculoso. Le besó la línea de vello dorado que bajaba desde el ombligo, y luego le rozó el miembro con los labios.

—Mmm —gimió él.

Se puso de rodillas y se lo sujetó con las dos manos. Se lo metió en la boca como él le pidió.

—Oh...

Emma sintió cómo se le endurecía el miembro entre sus labios y sus manos.

—No pares —jadeó él al borde del precipicio—, Dios...

Un segundo antes de acabar, le apartó la cabeza.

—Emma, voy a acabar.

Ella sonrió con malicia.

—Quiero verte acabar.

Joachim osciló sus caderas con sensualidad mientras ella deslizaba su mano en su miembro. Un gemido de placer se le escapó de lo más hondo de su

ser cuando llegó al frenesí.

Entre viento y marea

Sebastián llevó su mano a su cara en un gesto de sorpresa cuando Matilde, la cocinera de sus nuevos patrones, le dijo que Erika, la hija de los mismos, era sordomuda de nacimiento. Ahora el alemán comprendía mejor su indiferencia. La chica de la melena larga y rubia siempre lo miraba desde el columpio que se encontraba en el jardín. Él, en más de una ocasión, la saludó con amabilidad, pero ella nunca le devolvía el gesto, al contrario, siempre salía corriendo sin dirigirle la palabra.

—Sus padres buscaron a los mejores médicos, pero nada funcionó, Sebastián.

—Lástima —dijo el muchacho.

Aquella tarde, Sebastián se acercó a ella que se encontraba en su sitio favorito con un conejo entre las manos. Cuando el alemán se acuclilló frente a ella, Erika abrió mucho sus ojos claros y soltó un gemido mudo ante la impresión.

—Hola —le saludó él con una sonrisa encantadora—, me dijo Matilde que sabes leer los labios.

Ella lo miró fijo por unos segundos. Nunca había estado tan cerca de un hombre como en aquel momento y menos de uno tan atractivo. ¿Era normal ser tan hermoso como los ángeles que solía ver en sus libros de historia del arte? ¿Conocían aquellos artistas a un hombre tan perfecto como aquel?

—Me llamo Sebastián.

Ella deslizó sus ojos en su rostro curtido por el fuerte sol de aquel verano con suma discreción, evocando el día que lo vio sin camisa en la cocina.

—Hola —le respondió con el lenguaje por señas.

Sebastián alargó su mano a modo de saludo y ella, tras meditarlo, decidió cogerla. Él se la volteó y le depositó un beso en el dorso, un beso que estremeció a la muchacha de pies a cabeza.

—Mucho gusto, Erika.

Ella se ruborizó hasta el alma.

—¿Me enseñarías el lenguaje por señas?

Ella asintió con una tímida sonrisa.

—Seré buen alumno —le dijo con una amplia sonrisa.

El padre de Erika los vio desde su despacho y sonrió con ternura ante el gesto del muchacho, su mejor empleado tras mucho tiempo. Sebastián era un joven amable, educado, servicial y muy trabajador. Nunca se quejaba de las tareas que le daban, al contrario, siempre las hacía con mucho ahínco.

—Nos vemos —dijo Sebastián antes de incorporarse—, hasta luego.

La joven lo vio partir lentamente hacia los establos. Un cosquilleo extraño irrumpió su corazón y la hizo gemir en un acto reflejo. Sebastián se montó en un caballo y se enfiló hacia el otro lado de la granja para ver cómo estaban los caballos y las yeguas.

«Sebastián» musitó Erika con el corazón laténdole a mil por hora.

Desde aquel día, la muchacha siempre lo saludaba y le regalaba su mejor sonrisa. Erika siempre fue muy tímida, pero con el alemán se sentía a gusto como si lo conociera de toda la vida.

—Creo que mi hija ha encontrado al novio perfecto —masculló el padre de la joven con una amplia sonrisa.

Por otro lado, Lya tuvo un ataque de celos cuando Sebastián le habló de Erika. No le gustó el tono que usó y, mucho menos, la mirada empalagosa que lanzó mientras le describía con lujos de detalles las clases de equitación que le daba a ella.

—Un ángel —se burló ella y se volvió.

—¿Estás celosa?

Ella se volvió y se encogió de hombros restándole importancia al asunto.

—Para nada.

Sebastián la tiró hacia sí con todas sus fuerzas y sin darle la oportunidad de reaccionar, la puso contra un árbol y la besó con sed desmedida.

—Te amo —le dijo él con los labios pegados a los suyos—, ¿qué parte no has entendido?

Ella lo empujó contra el árbol contiguo con cierta brusquedad y le arrancó la camisa de golpe. Los botones salieron volando por el aire.

—¡Lya!

Ella le besó todo el torso con adoración, despertando con aquel gesto los demonios más salvajes del alemán.

—Me gusta mucho estos lunares —gimió ella sobre su piel—, sabes tan bien, mi amor.

Sebastián le sujetó la cabeza con ambas manos tras echar la suya hacia atrás en un acto reflejo. Lya succionó sus pezones y le robó un gemido de placer.

—Oh, Lya.

Ella le acarició la parte íntima con mucha sensualidad. Le bajó la cremallera casi a cámara lenta.

—Oh, Lya, ¿qué?

Sebastián tenía las mejillas encendidas, la respiración entrecortada y el corazón muy acelerado.

—¿Pretendes matarme?

Sebastián la puso contra el árbol y se acomodó entre sus largas piernas. La penetró tras apartar a un lado sus bragas.

—Mírame —le exigió él—, es una orden.

Lya sonrió con malicia.

—Nunca obedezco órdenes, Sebastián.

Él sonrió con argucia y, tras ello, salió de ella. Lya abrió mucho los ojos y la boca.

—¿Qué haces?!

Él acercó su boca a la suya y le dijo con voz insinuante:

—Suplícame que continúe, Lya.

Lya esbozó una sonrisa de superioridad antes de apartarlo de ella.

—Habrá quien quiera terminar tu trabajo, Sebastián.

Enfurecido, la cogió del brazo y la puso de espaldas a él y sin replicarle, la embistió hasta el fondo. Lya gritó de placer cuando el clímax usurpó el lugar del suplicio. Sebastián no se detuvo hasta hacerla gritar por segunda vez.

—Estamos locos, Sebastián.

Gimiendo, se estrecharon.

—Te amo, Lya.

Se miraron con adoración.

—Y yo a ti, Sebastián.

Magda permaneció tendida al lado de Martín durante un buen rato, estremecida por las caricias de sus dedos, que se deslizaban por su piel tras el fulminante clímax. El alemán besó sus pechos con adoración mientras ella evocaba las posiciones que habían puesto en práctica tras mirar un antiguo libro hindú llamado «Kama-sutra». Magda lo había encontrado en el sótano de su casa meses atrás.

—Me encanta cuando me follas de pie —soltó ella y él sonrió con picardía—, ¿te gusta cuando te digo follar?

Martín enarcó ambas cejas sin abandonar su sonrisa.

—Era tan decente antes de conocerte —se mofó él y ella se echó a reír—. Me encanta follarte hasta hacerte perder la cordura por completo.

Se quedaron en silencio mientras observaban el cielo estrellado lado a lado como habían venido al mundo.

—Estamos locos, Martín.

—Sí.

Magda había salido de su casa tras la cena sin que nadie se diera cuenta. Martín hizo lo mismo, aunque Jud casi lo delató. Sebastián y él se encontraron en el pasillo, al parecer, su hermano también pretendía salir de la casa por aquellas horas. Se despidieron y se enfilaron hacia sus destinos a toda prisa. Martín volvió al presente al oír el suspiro de Magda. La miró con atención.

—¿Qué pasa? —quiso saber él—. ¿En qué piensas?

Magda no le miró. Seguía concentrada en el cielo perfecto de aquella cálida y fragorosa noche. Suspiró una vez más.

—¿Has querido a muchas otras chicas? —le preguntó con una voz casi de niña.

Martín se puso pensativo.

—No —respondió él, y la acarició—. No he querido a muchas chicas. Es más, creo que nunca he querido a ninguna.

Magda sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Martín la miró perplejo. ¿Qué respuesta esperaba? Apretó con fuerza los dientes y los puños.

—No sé qué respuestas quieres escuchar, siempre que abro mi corazón te quedas muy rara.

Magda no quería enamorarse nunca, no quería sufrir como su madre, quien según escuchó alguna vez sin querer, amó locamente a un hombre, un hombre que nunca la quiso del mismo modo. Miró el rostro perfecto de Martín, aquel rostro angelical que la tenía embobada desde la primera vez que lo vio por el pueblo.

—Sólo dime la verdad, monito.

—Tengo miedo de decirlo, mariposa.

Magda parpadeó.

—Entonces no me lo digas.

Se abrazaron con afecto y se besaron como si no hubiera un mañana. El deseo renació y volvieron a amarse, esta vez, con mucha más pasión que las otras veces. Magda lo empujó con poca gentileza y se precipitó sobre él. Se movió con sensualidad al tiempo que le apretujaba el cuello. Martín quiso apartar sus manos, pero ella tenía una fuerza casi bestial.

—¿Te falta el aire?

—Si —balbució él—, ¿qué haces?

Magda apartó sus manos y lo miró con ojos lujuriosos.

—Me siento así cuando no te veo, Martín.

Él respiraba entrecortadamente sin dejar de moverse un solo segundo. La miró fijo y con los ojos muy abiertos. Poco a poco comprendía mejor lo que se ocultaba detrás de aquellas palabras. Su temor le era muy familiar.

—Y no quiero sentirme así.

Él la miró condescendiente.

—¿Y qué puedo hacer para que no te sientas así, mariposa?

Aceleró sus movimientos y sus senos empezaron a bambolearse de arriba abajo, enloqueciéndolo. Soltaron un gemido gutural al llegar al más pecaminoso y ardiente clímax. Martín la abrazó con fuerza y ella enterró su cara en su cuello.

—Quiero que disfrutes de la vida como antes, Martín.

Él apenas podía pensar.

—¿No entiendo?

Magda se apartó de él y ahuecó su hermoso rostro entre sus manos. Le dio un beso en los labios y luego en los ojos para terminar de nuevo en su boca.

—Quiero que salgas con otras mujeres, monito.

Un signo de interrogación enorme apareció sobre la cabeza de Martín.

—¿Perdona?

Ella posó su frente sobre la de él y sonrió con picardía.

—Solo quiero que disfrutes de tu juventud, Martín.

¿Lo entendió bien? ¿Ella quería verlo con otras mujeres?

—¿Tienes certeza?

Ella asintió.

—Sí.

Al día siguiente, Martín llevó a Anne, una de las mucamas de Lya a la casa abandonada que se encontraba en el bosque. Magda estaba escondida detr

—¿Por qué no puedo controlar esto que siento? ¿Qué es? ¿Celos?

Quizás, muy en el fondo, Magda solo quería ponerlo a prueba. No esperaba que él aceptara con tanta facilidad. El alemán y la joven entraron en la vivienda entre besos y caricias vehementes.

—Me vuelves loca, Martín.

El sol apenas iluminaba la casa, dándole un aire más bien sombrío y triste. Martín la besó y la acarició sin lograr conectarse con ella un solo segundo.

Quería a otra. A Magda. A nadie más.

—No puedo, Anne, no contigo.

La mujer le dio una fuerte bofetada.

—¡Eres un imbécil!

Salió de la casa como alma que lleva el diablo. Magda salió de su escondite y la miró con extrañeza. Martín nunca fue tan rápido. Entró en la casa y lo miró perpleja. Él estaba vestido.

—¿Qué pasó, Martín?

—No lo sé, mariposa, pero no pude hacerlo con ella.

Él posó su frente sobre la de ella mientras le quitaba su vestido. Ella no opuso resistencia. Solo se dejó llevar por lo que él sentía y, ante todo, por lo que ella sentía. Podían mentirse, podían fingir no comprender lo que tenían, pero sus corazones eran conscientes de lo que estaba pasando, de lo que le estaba pasando a ambos.

—Simplemente no pude hacerlo. No quise hacerlo con ella.

Dicho esto, la levantó contra su cuerpo y la hizo suya con un desenfreno que la dejó sin aire en los pulmones.



Los hermanos y las primas

Sebastián andaba muy cansado aquellos días, tanto o más que sus hermanos. Se tumbó en el sofá con el cuerpo agarrotado y soltó un resoplido de puro cansancio antes de cerrar sus ojos. A pesar de su estado, por la tarde se encontraría con Lya aquel cálido domingo para llevar unos juguetes que ella había encontrado en su sótano a unos niños gitanos que vivían en el pueblo. Una sonrisa eléctrica imperó en sus labios al evocar su último arrebató.

—Odio a la prima de Petra —le dijo enfurruñada mientras le masajeaba los hombros—, es una coqueta desvergonzada.

Sebastián meneó la cabeza en un gesto de incredulidad.

—¿Por qué eres tan atractivo?

La prima de Petra, Helene, era una joven bastante hermosa y desinhibida que tenía un fuerte interés en Sebastián.

—Helene me rechazó en la adolescencia —comentó él tras tumbar a Lya sobre el césped y meterse entre sus largas piernas—, me dijo que era feo —ella abrió mucho los ojos—. ¡Y lo era!

Sebastián le dijo que no era un niño guapo, sino un sapo. Lya enarcó ambas cejas en un gesto de incredulidad.

—¿Tú fuiste feo alguna vez?

Sebastián le besó el cuello con pasión y ella no pudo evitar gemir bajo sus labios. Se aferró a su pelo y arqueó la espalda para ofrecerle mejor su cuerpo.

—Muy feo —le dijo él sin detenerse en sus besos—, aún lo soy.

Lya le rodeó la cintura con las piernas y lo pegó a su cuerpo con cierta urgencia. Sebastián sonrió al ver su expresión exagerada de incredulidad.

—¿Tú feo?

Él asintió y ella negó con la cabeza.

—No tienes por qué sentir celos, cielo.

Ella le mordió la barbilla con afecto y le robó una risita por lo bajo.

—Es el condimento extra de nuestra relación, mi amor.

—No tiene sentido en este caso, Lya.

Pero él no dijo lo mismo cuando llegó al pueblo Ludwig von Witzleben,

el hijo del dueño de la fábrica de porcelana, un joven petulante y bastante atractivo que le echó el ojo a Lya desde la fiesta de cumpleaños de su madre. El joven le enviaba un ramo de flores casi todos los días, como solía hacerlo Joshua.

—Tus padres estarán encantados con él —le dijo Sebastián con amargura—. ¡Tiene pasta y buen apellido!

Lya le comentó sobre las flores para gastarle una broma, pero lo único que consiguió fue despertar un lado de Sebastián que no conocía, aunque le gustaba, a pesar de todo.

—Pero no es el dueño de mi corazón, Sebastián.

El alemán le arregló un mechón de su pelo con sumo cuidado antes de posar su frente sobre la de ella. Suspiraron a la vez mientras los pájaros trinaban a viva voz alrededor de ambos.

—¿Quién es el dueño de tu corazón, Lya?

Ella sujetó su cara entre sus manos y sonrió al notar la intranquilidad en su voz.

—Tú sabes quién es, mi amor.

Él entrecerró sus ojos.

—Dímelo, por favor.

Lya lo miró fijo por varios segundos, como si estuviera comprobando lo evidente.

—Tú, solo tú, Sebastián Ackermann.

Martín y Joachim entraron en la casa con la respiración entrecortada tras tender las ropas en el patio y lo arrancaron de sus recuerdos.

—¡Qué calor! —chilló Martín antes de sentarse en el sofá—, muero por nadar un poco.

Sebastián lo miró con curiosidad y cierta desconfianza. Joachim se sentó al lado de Martín con la cara arbolada.

—Estoy muerto —dijo el soldado—, los entrenamientos me están matando.

Martín y Sebastián se pusieron muy serios. Solían correr por las mañanas como les aconsejó Joachim, pero no eran esas carreras matutinas las que les estaban disecando vivos, sino el intenso amor que estaban viviendo. Joachim evocó la última vez que había estado con Emma, que resultó ser una gran cómplice en la intimidad. Había estado con otras chicas, pero ninguna lo dejó tan exhausto como ella. ¡La pasión era infinita cuando estaban juntos!

—¿Sebastián? —dijo Joachim—, se durmió —apostilló con incredulidad.

Martín abría y cerraba los ojos con pereza. Magda lo estaba matando con sus locuras, con sus deliciosas locuras, pero moriría feliz, se dijo antes de acomodarse entre las largas piernas de Sebastián, que roncaba suavemente. Reclinó su cabeza sobre su pecho y se durmió tan pronto como cerró los ojos. Joachim, a su vez, se acomodó entre sus piernas y se dejó vencer por el sueño. Sus padres entraron en la sala y los miraron con atención y cierta lástima.

—Pobrecillos —dijo María en tono quejumbroso—, mis bebés están muy cansados estos últimos días.

Karl la abrazó por detrás y le dio un beso en la mejilla.

—Trabajan mucho, mi amor.

María y Karl intercambiaron una mirada teñida de lujuria.

—¿Hacemos una siestita, señora Ackermann?

Ella sonrió con malicia.

—Mmm, ¿dormir?

Los tres abrieron sus ojos de golpe y soltaron un resoplido de hastío. Sus padres se echaron a reír ante sus muecas.

—¿Cómo pensáis que fueron concebidos?

Los tres se taparon sus rostros entre sus manos en un gesto de indignación mientras Jud ladraba alrededor de sus padres.



Joshua miraba horrorizado las fotos que uno de sus hombres de confianza le había tomado a Lya y a Sebastián días atrás. Ambos corrían por el campo como dos conejitos salvajes. Reían. Se besaban. Se abrazaban. Bromeaban.

—¡Maldita sea! —rugió encolerizado—, ¿Lya y el muerto de hambre andan juntos? —arrugó una de las fotos con rabia—, ¿me desprecias por él?

Durante meses, el médico intentó conquistar a la hija de su colega, la insoportable y caprichosa joven de la capital. Pero ¡hermosa como la Venus! Lya le atraía como ninguna y su indiferencia, en lugar de apagar aquella llama que ardía en su interior cada vez que la veía, la encendía más y más. La quería. Sería suya. Costara lo que costara, se propuso tras ver las fotos.

No era obsesión.

Ni cuestión de orgullo.

Era deseo en su estado más puro.

Encendió un cigarro y lo caló con nerviosismo mientras evocaba el día que entró en el cuarto de Lya y la encontró durmiendo de espaldas. Parte de sus piernas estaban descubiertas y el inicio de su trasero. Aquella mañana se desfogó dos veces pensando en ella.

—¿Qué tienes que me enloqueces?

No podía dejar de pensar en ella un solo segundo tras aquel día. Cogió las fotos y las guardó con cierta rabia.

—Me las pagarás, Lya Rubinstein —juró—, no descansaré hasta que me supliques por un beso.

Se acercó a la ventana y miró el jardín con ojos ausentes. Se cruzó de brazos tras suspirar hondo. Enarcó una ceja al tiempo que evocaba lo que había escuchado el otro día en la mansión de los Rubinstein tras salir del servicio.

—¡No soporto a tu hija! —gritó Martina con todas sus fuerzas—, ¡cada día se comporta peor!

¿Tú hija? ¿No nuestra hija? Aquello encendió una alarma en el médico. ¿Lya no era hija de Martina? ¿Quién era su madre? Obstinado en descubrir la verdad, buscó el historial médico de Martina en el hospital, donde solía consultar. Al parecer, según unos estudios ginecológicos, ella era estéril de nacimiento.

—¿Quién es tu madre, Lya? —dijo al volver al presente—, ¿quién eres en realidad, bastardita?

Martina bebió un sorbo de su copa entretanto Albert trataba de convencerla de algo que nunca pasaría mientras viviera. Nunca querría a Lya como hija, nunca. Cuando se casó con él, por puro interés, pensó que podría, pero veía en ella a la otra, la mujer que Albert amó con todo su ser, la gitana muerta de hambre que se quitó la vida tras una supuesta depresión post-parto.

Martina y Albert estaban comprometidos cuando él la engañó con la hija de la cocinera. Dika era una joven hermosa y caprichosa que encandiló a varios hombres con su belleza exótica. Entre ellos, al hijo de su déspota patrón, Isaac Rubinstein. Del romance secreto, nació Lya, a quien Albert amó desde el primer momento que la vio. Decidido a dejarlo todo por ella, no esperaba la triste decisión de su amada, que se lanzó de la torre cuando Martina, a escondidas de todos, le dijo que su hija había muerto tras el

parto.

—Tú mataste a tu hija mientras dormía —le dijo Martina.

Dika había sufrido una hemorragia el último mes de gestación y fue internada en el hospital que pertenecía a los Rubinstein.

—No —dijo Dika, llorando con amargura—, ¿yo la maté?

Dika perdió la razón ante el dolor y días después, bajo una terrible tormenta, se lanzó de la torre del pueblo, de aquel sitio que habían usado como nido de amor con Albert.

—¿Martina? —dijo Albert y la devolvió al presente de golpe—, ¿qué opinas?

La mujer se volvió y miró a su marido con indiferencia. Albert le habló de los rumores sobre su hija y Sebastián.

—Debes convencerla antes de que quede embarazada del jardinero muerto de hambre —Albert suspiró hondo—, las historias suelen repetirse.

Joshua le dijo días atrás que Sebastián anhelaba ser rico con todas sus fuerzas, era su mayor sueño y que su hija era el mejor medio.

—Debo evitar que mi hija sea infeliz como yo —susurró con tristeza—, cuando alguien ama el dinero, nunca ama a las personas.

Un viaje inolvidable

Joachim tomó prestado una vez más el coche de su superior para viajar hasta la cabaña de sus abuelos. Sus hermanos y sus respectivas chicas estaban la mar de contentas con el fugaz viaje en grupo que habían organizado a última hora. Las primas aprovecharon la ausencia de sus padres en el pueblo para hacer aquella escapada romántica. Durante el camino, canturrearon alegres canciones alemanas entre risitas y bromas. ¡Sería un fin de semana inolvidable!

—¿Estás bien, Sebastián?

El alemán sonrió antes de depositar un beso en los labios de Lya, que embobada, lo miraba mientras Magda y Martín bromeaban al lado de ambos.

—Sí, cielo.

El alemán no podía dejar de pensar en el encuentro que había tenido con Martina, días atrás, tras salir de su nuevo trabajo. Ella estaba en su coche con cara de pocos amigos.

—Hola, Sebastián.

El alemán se quitó su vieja boina antes de acercarse a ella.

—Hola, señora Rubinstein.

Ella lo miró de pies a cabeza con interés. Aquel joven, a pesar de sus ajadas ropas, seguía siendo el hombre más atractivo que vio nunca en toda su vida. Pero estaba enamorado de Lya, la bastarda que crio como hija.

—Sube, Sebastián.

Él tardó un poco en obedecerla. Abrió la puerta del copiloto con el corazón en la garganta y se acomodó en el asiento. Martina arrancó el coche rumbo al pueblo. Durante el camino le habló como madre y como mujer.

—¿Crees que podrías hacerla feliz?

Sebastián mantuvo la cabeza gacha todo el tiempo.

—Lya es una mujer ambiciosa y vanidosa —prosiguió ella—, sus vestidos y sus zapatos de marcas reconocidas son su gran pasión —sonrió con malicia—, eso sin mencionar los restaurantes caros, los coches, los

perfumes, maquillajes y viajes —miró de soslayo al muchacho—, ¿cómo solventarías esos caprichos? ¿Con tu miserable salario que mal podría cubrir el costo de un par de zapatos?

Sebastián levantó la cabeza y la miró indignado.

—Lya sabe con quién está, señora.

Ella asintió.

—Ahora lo sabe, pero ¿qué pasará cuando la realidad la golpee? ¿Qué pasará cuando el entusiasmo del amor se apague?

—Lya encontrará en mis brazos lo que el dinero no puede comprar, señora.

Martina rio por lo bajo a la vez que meneaba la cabeza de un lado al otro en un gesto negativo.

—Lya cuenta con nuestro dinero —apostilló ella con aire malévolo—, ¿qué pasará si ese dinero no existe? ¿Te animarías a ponerla a prueba?

Lya y Magda rieron de buena gana y lo devolvieron al presente de golpe. Miró a su amada con un enorme nudo en el pecho. ¿Y si su madre tenía razón? ¿Podría Lya vivir sin los lujos a los que estaba acostumbrada desde niña? Aunque trabajara día y noche, jamás podría darle la vida que ella tenía. No, su salario no podría solventar sus caprichos.

—¿Mi amor? ¿Te pasa algo?

La besó a modo de respuesta.

—Te amo, Lya.

Ella le devolvió el beso y le acarició la mejilla sonrojada.

—Y yo a ti, Sebastián.

Aparcaron cerca de unos árboles y atravesaron el bosque cargados con las compras a las espaldas. Los jóvenes lo llevaban casi todo. Las chicas cargaban solamente con las almohadas y sus bolsos. Ordenaron todo y luego salieron al jardín para comer y beber algo entre bromas y risas.

—¿Martín hizo qué? —dijeron las chicas.

El carpintero puso cara de póker.

—¿No lo olvidaréis jamás?

Sebastián y Joachim se miraron con expresión divertida y luego clavaron sus ojos en Martín.

—¡Nunca! —chillaron tras chocar los cinco.

Magda besó la mejilla de su amante sin abandonar su deje ladino.

—Vale, yo quería más perros y pensé que si colocaba unos huevos debajo

de nuestra perra, en aquel entonces —repuso con las mejillas encendidas—, tendríamos unos cachorritos.

Todos se echaron a reír, menos Martín.

—Luego tuve miedo que en lugar de cachorritos, tuviera unos pollitos con cabeza de perritos —apostilló y aumentó la frecuencia de sus risas—, o perros con plumas.

Más risas. Tras recomponerse y limpiar los cubiertos, Emma soltó:

—¿Quiénes juntarán las leñas para la fogata?

Magda y Martín levantaron las manos al mismo tiempo.

—No tardéis tanto —les dijo Joachim y ambos le dedicaron el saludo militar—, muy simpáticos...

Emma sonrió de oreja a oreja.

—¿Y quiénes pueden coger manzanas para la compota?

Lya saltó al lado de Sebastián con una alegría que lo conmovió profundamente.

—Nosotros —dijo ella, aplaudiendo.

Joachim observó con atención a su hermano, que casi no habló durante todo el viaje. No necesitaba escucharlo para saber que algo le preocupaba, algo delicado que envolvía a Lya.

—¡No me cogerás, Sebastián!

Sebastián salió como alma que lleva el diablo detrás de Lya. Emma se abrazó a Joachim con una amplia sonrisa.

—Lya es otra —dijo, emocionada—, alguien mucho mejor.

Joachim le dio un beso en la cabeza.

—El amor nos cambia, mi vida.

Emma y Magda se tornaron amigas inseparables tras sus confesiones íntimas. Lo mismo ocurrió con Lya. Las tres mosqueteras, como se tildaron la noche anterior. Una por todas y todas por una, sería siempre el lema de las tres.

—La quiero como si fuera mi hermana, Joachim.

Unas lágrimas se acomodaron en los ojos de Emma.

—Algunos hermanos no llevan la misma sangre, pero sí la misma esencia, mi amor.

—Sí.

Sebastián y Lya atravesaron el bosque gritando como dos críos hasta llegar a un pequeño lago. Se detuvieron en seco y escrutaron con embeleso el sitio idílico oculto entre los árboles. Intercambiaron una mirada y una sonrisa

cómplice.

—¡Es hermoso!

Lya se quitó el vestido y las ropas íntimas a toda prisa mientras él buscaba en su memoria el recuerdo del lugar. Abrió como platos sus ojos al verla desnuda. Miró hacia atrás para cerciorarse de que no estuviera nadie por aquellos lados.

—¿Qué haces, cielo?

Ella se lanzó al lago de cabeza sin replicarle. Un gesto valía más que mil palabras, claro estaba.

—¡¿Qué esperas, Sebastián?!

Se desnudó a toda prisa y zambulló en el agua. Lya se acercó a él y le envolvió con sus brazos y piernas. Sebastián posó su frente sobre la de ella y suspiró hondo, muy hondo.

—¿Estás loca?

Lya le besó la nariz.

—Por tu culpa, Sebastián.

Él la miró con atención y con amor, con amor infinito.

—Me encanta el efecto del sol entre las copas —le dijo ella, maravillada—, parece una cueva de árboles.

El sol bañaba el lugar con sus rayos dorados a través de las copas, iluminando con delicadeza sus cuerpos. Sebastián levantó la cabeza y observó el cielo azul en medio de las ramas. Los pájaros trinaban sus mejores melodías al mismo ritmo de sus corazones.

—¿Y podrás vivir conmigo en mi humilde realidad, Lya? —lanzó él de sopetón.

Ella asintió sin abandonar su dulce sonrisa. Ahuecó su rostro entre sus blancas manos y le dio un tímido beso en los labios.

—Cuando sea una famosa estilista, ¿podrás vivir conmigo en mi suntuosa mansión? —retrucó ella con sorna.

Sebastián aprendió con su padre, que las personas decían la verdad a través de sus bromas. Lya estaba embrujada por el sentimiento que experimentaba por él, pero la realidad tarde o temprano la golpearía y aquella chispa inicial se apagaría dando lugar a la frustración y a la amargura.

—Hazme un hijo, Sebastián —soltó ella y lo desarmó—, si tenemos un bebé, nadie podrá separarnos jamás.

Lya lo miró con una inusitada seriedad. Sebastián parpadeó varias veces y siseó algo que ella no comprendió. ¿Hablaban en serio? ¿No estaba

bromeando? Ella le repitió que un hijo los uniría para siempre y el resto le tocaba a Dios. Aquello lo postró a sus pies, porque un hijo solo se deseaba cuando el amor era verdadero.

—¿Hablas en serio?

Ella no le respondió, prefirió besarlo. Sebastián le devolvió el beso con la misma ternura y pasión. En medio de aquel pequeño lago mágico, sus cuerpos se conectaron más allá de lo visible.



Al día siguiente, Lya y Sebastián se levantaron casi al mediodía y salieron de la casa sin hacer ruido rumbo al arroyo. Se metieron en el agua fría con sus bañadores y nadaron un poco mientras los otros seguían durmiendo. La joven sonrió con malicia al evocar los gritos de Emma durante la madrugada y el ruido feroz que provocó la cama de Magda y Martín al desmantelarse. Ella y Sebastián rieron a carcajadas cuando escucharon el grito un pelín afeminado de Martín y la reprimenda de Magda tras ello. ¿Quién era la damisela en aquella relación? Ellos dos optaron por amarse bajo la luz plateada de la luna, cerca de la ventana y tumbados en el piso sobre una manta tras realizar algunos rituales judíos.

—Nunca olvidaremos este fin de semana —dijo Sebastián mientras le lavaba el pelo con el jabón que olía a lavanda—, hay recuerdos que marcan el alma.

Lya se volvió y se abrazó a Sebastián. Le rodeó la cintura con las piernas y le dio un apasionado beso. Él la sujetaba con una mano mientras la acariciaba con la otra. Ella se apartó y lo miró con intensidad.

—¿Crees en el destino, Sebastián?

Él asintió.

—La primera vez que te vi, supe que mi destino sería amarte hasta el último día de mi vida, Lya.

Ella lo miró con suspicacia.

—¿Cómo lo supiste?

Sebastián le dio un tierno beso en los labios.

—Me lo dijo el corazón.

—¿Y cómo lo supo él?

El sol los abrasaba más allá de la piel.

—El tuyo se lo reveló.

La besó con desesperación; le separó las piernas. Lya lanzó un grito cuando él la penetró. La boca de Sebastián estaba en sus hombros, en su cuello, en sus labios.

—Te amo, Lya.

Ella se aferró a él con todas sus fuerzas y se dejó ir cuando el amor del alemán estalló en su interior en oleadas.

—Te amo, Sebastián.

Y con un beso muy apasionado sellaron la declaración de sus corazones.

«Por siempre» pensaron ambos.

Después del delicioso momento de conexión, salieron del agua y se dirigieron a la cabaña para cambiarse de ropas y comer algo.

—Buenos días —saludaron todos.

Sebastián y Lya se metieron en el cuarto tras devolverles el saludo. Se cambiaron de ropas y se enfilaron hacia la cocina.

—Hoy nos toca a nosotros preparar la comida —anunció Martín mientras hacía malabares con tres huevos que terminaron en el suelo—, y también la limpieza.

Todos se echaron a reír de su siempre exagerada mueca. Prepararon la comida entre risas y bromas. Deleitaron la comida y decidieron salir de la cabaña en busca de aire fresco tras ello.

—¡Ey! —chilló Martín cuando Magda le bajó los pantalones—, pero ¡qué falta de respeto!

Magda salió corriendo y él la persiguió mientras Joachim con el torso desnudo y los pies descalzos estaba en cuclillas muy atareado mientras Emma no dejaba de dar saltitos a su alrededor. Lya y Sebastián pelaban unas manzanas y unas patatas para preparar: Reibekuchen con compota de manzana, una típica comida alemana que Sebastián sabía preparar como ninguno.

—¿Puedo adoptarlo, Joachim? ¿Por favor? —dijo Emma por tercera vez.

Joachim la sujetó por los hombros y se la llevó en dirección a Lya y Sebastián.

—Quédate aquí.

Sebastián y Lya negaron con la cabeza al ver cómo Emma seguía a Joachim imitando los pasos de una rana.

—Las truchas son para comer, cielo, no para adoptarlos como mascotas.

Emma dejó de saltar y de vez en cuando se acercaba para espiar por

encima del hombro de su amado.

—Déjame ese más pequeño, Joachim.

El soldado negó con la cabeza con una amplia sonrisa en los labios. ¡Emma era imposible!

—¿Qué estás haciendo?

Emma miró el cubo con agua y truchas con ojos soñadores. Le daba pena ver sus destinos, pero al mismo tiempo, sentía un placer indescriptible cuando los comía.

—Limpiando los peces que voy matando.

Comenzó a dar saltitos otra vez.

—¿Puedo quedarme con ese más pequeñito, soldado?

Joachim la miró con atención. Emma casi murió de tristeza el día que su madre mandó matar a su gallina.

—Te dije que no, cielo.

Emma se sentó en la hierba con las piernas cruzadas, y se echó a llorar como una cría. Joachim la miró durante unos momentos, perplejo. Sebastián y Lya intercambiaron una mirada de estupor ante la reacción de Emma.

—Está bien, cielo.

Emma dejó de llorar de manera automática.

—¿En serio?

El soldado deslizó su dedo índice en su pequeña nariz y le dibujó una amplia sonrisa en la cara.

—Sí, mi amor —dijo Joachim, arrodillándose a su lado—, pero ya no llores, ¿sí?

Emma se lanzó a sus brazos y él perdió el equilibrio ante el impacto. Ella le llenó la cara de besos.

—¡Te amo!

Emma cogió al pez tan pronto como pudo y tras unos minutos, volvió a llorar.

—¿Qué pasó, cielo?

Ella lanzó el pez al cubo sin dejar de llorar.

—Qui-se po-ner-le un lazo —hipó—, pero cuando lo hice, dejó de moverse.

Sebastián y Lya se echaron a reír. Joachim contuvo las ganas, a duras penas. Emma se abrazó a él hipando.

—Puedes jugar con mi fusil, cielo.

Ella levantó la cabeza y lo miró confundida.

—¿De qué fusil hablas, soldado?

Él pegó su cuerpo contra ella, que abrió mucho los ojos al comprender a cuál fusil se refería él.

—Oh —soltó antes de arrastrarlo al cuarto.

Lya y Sebastián entraron en la cabaña detrás de ambos. Intercambiaron una sonrisa ladina al ver cómo Joachim cogía a Emma en brazos y la llevaba al dormitorio para una sesión tórrida de amor. Pronto los gritos de la muchacha irrumpirían la casa. Colocaron las patatas y las manzanas peladas sobre la mesa.

—Podríamos ir más tarde a buscar fresas para hacer una tarta, Lya.

Ella lo miró embelesada.

—¿Sabes hacer tarta de fresa?

Los gritos de Emma asaltaron toda la casa y ambos rieron por lo bajo.

—Sé hacer muchas cosas, cielo —afirmó él, que la cogió por la cintura—.

Muchas cosas —le dibujó el cuello con los labios.

Lya estuvo a punto de soltar un gemido.

—Mejor vamos a por las fresas, cielo.

Ella negó con la cabeza al tiempo que lo colocaba contra la pared con cierta impaciencia.

—No —le dijo y le besó con mucho ardor.

Tras hacer el amor, sin molestarse en quitarse las ropas o ir a la cama, fueron al bosque a por las fresas que ella había visto cerca del lago encantado, como lo bautizaron.

—¡Hola! —saludaron Magda y Martín a unos metros de ellos.

La tarde era calurosa y tranquila. Martín estaba cortando un tronco en trozos pequeños. Magda no se apartaba de su lado.

—¿Qué? —chilló Martín—. ¡No! ¡Eso es perversión!

Ella le empujaba y le pedía para seguir a Sebastián y a Lya, para verlo por si hacían el amor.

—¿Qué? ¡No!

—¿Por qué no?

Martín negó con la cabeza.

—Luego querrás ver a mis padres haciendo el amor —se burló él en tono serio.

—¿Se puede? —se mofó Magda y le bajó los pantalones antes de salir corriendo.

Él se las levantó a toda prisa y salió disparado detrás de ella.

—¡Eres terrible!



Los pájaros trinaban a todo pulmón en el campo entre tanto Lya y Sebastián juntaron varias fresas bajo el cálido sol de aquel día. Conversaban sobre Erika, la hija del patrón del alemán.

—¿Sientes atracción por ella?

Sebastián la miró con una sonrisa incrédula.

—Estás bromeando, ¿no?

—Venga, es guapa y muy dulce. ¿Me dirás que no te atrae? —Le hizo cosquillas—. ¡Admítelo!

—Para.

Lya volvió a hacerle cosquillas.

—Yo siento atracción por Joshua o por Ludwig —dijo ella antes de incorporarse—, son tan guapos... —dio varios pasos.

Sebastián la miró ceñudo.

—Se acabó.

Salió corriendo detrás de ella. Lya ya le había sacado medio prado de ventaja.

—¡Ruega para que no te pille!

Él la alcanzó en cuanto entraron en el bosque. La cogió en brazos y la tumbó en el suelo con mucho cuidado. Se acomodó entre sus piernas y le sujetó las muñecas por encima de la cabeza.

—Retira lo dicho, Lya.

Él le cogió los pechos tras bajarle la parte de arriba del vestido.

—¡Lo retiro! —gritó Lya casi sin aliento—. ¡Tú eres el único hombre que me atrae!

Le metió las manos debajo del vestido y le acarició las nalgas.

—Sebastián, me sujetas demasiado fuerte. No puedo moverme.

—Lo sé. No quiero que te vayas a ninguna parte.

Ella le dio un beso en los labios.

—Estaré siempre contigo, en tu corazón, Sebastián.

—Y yo en el tuyo, cielo.

—Siempre.

La liberó y la hizo suya con abandono.



El sol estaba en lo más alto de su trayecto. Joachim limpiaba las truchas en la mesa mientras Martín y Sebastián encendían una hoguera en el jardín con sus chicas. Lya y Magda canturreaban alegres canciones tras beber un poco de vino.

—No quiero volver, soldado —le dijo Emma, entristecida—, quiero estar siempre contigo, mi amor.

Joachim utilizaba su cuchillo militar para cortar las cabezas y vaciarles las tripas a los peces. Emma permanecía a su lado, con una bolsa para los desperdicios y una cacerola con agua para echar los pescados limpios.

—Yo también, cielo.

Le dio un beso en los labios.

—¿Qué plato harás, soldado?

—Prepararé sopa de pescado con patatas.

El alemán manejaba con mucha habilidad el cuchillo.

—¿Enseñan a cocinar en el cuartel? —le preguntó ella, que lo miraba con admiración.

—Esto lo aprendí con mi Oma, cielo —le dijo él con expresión melancólica—, aprendí a cocinar con ella en mis vacaciones de verano.

—Sabes hacer tantas cosas, mi amor —le dijo ella, ruborizada hasta las cejas—, yo en cambio...

Joachim se inclinó y comenzó a besarla, y no se detuvo hasta que ella gimió en su boca.

—Sabes hacer algo que otras no.

Emma ladeó la cabeza a un lado con una sonrisa picarona en los labios.

—Ah, ¿sí?

Él la miró con infinita ternura. ¡La quería tanto! Nunca pensó querer tanto a alguien. Nunca pensó necesitar tanto a alguien. Nunca se imaginó con alguien. Hasta que ella llegó a su vida.

—Sí, hacerme feliz, mi amor.

Emma le besó el brazo, apretó el rostro contra su hombro.

—Te amo, soldado.

—Y yo a ti.

Sebastián y Lya entraron en la casa riendo. Se metieron en el cuarto mientras los otros hacían sus cosas. La levantó sin mucho esfuerzo y la colocó sobre un mostrador. Se miraron con los ojos casi a la misma altura, y después se besaron. Él le metió las manos debajo del vestido y le acarició los muslos hasta las caderas. Ella no llevaba ropa interior. Nunca la llevaba los últimos días.

—Mmm.

Sebastián se bajó la cremallera del pantalón sin desviar la mirada de ella.

—No grites, cielo —murmuró él, mientras la penetraba y la atraía hacia él.

—De acuerdo —contestó ella con voz ronca.

Sus manos se aferraron al borde del mostrador. Sebastián la sujetaba por las caderas mientras se movía rítmicamente y después le bajó el vestido hasta la cintura para poder chuparle los pezones.

—Sebastián...

—¿Dime?

—Me corro.

—Yo también.

Salieron tras el delicioso y fugaz clímax para cenar fuera de la casa, en el jardín iluminado con los últimos reflejos del día y con la luna llena que asomaba con cierta petulancia en el cielo. Magda había preparado una ensalada de lechugas y tomates para acompañar la sopa del pescado y patatas. Lya preparó rebanadas de pan negro con mantequilla mientras los chicos servían la cena entre risitas.

—Prost! —dijeron a coro con sus copas empinadas—, ¡por el mejor fin de semana de nuestras vidas!

El último latido

El domingo, casi a la medianoche, Joachim aparcó el coche a dos cuadras de su casa para no hacer ruido. Los pobladores dormían serenamente en sus casas y lo mejor era no despertarlos. Bajaron entre risas y bromas, recordando una y otra vez la partida de póker que los chicos perdieron horas atrás, después de la sabrosa cena.

—¡Sois crueles! —dijo Martín—, pedirnos que nadáramos desnudos en el arroyo y por aquellas horas fue cruel.

Magda le dio un beso y le dijo que era el trato que hicieron antes de jugar.

—Si no te quejas, no eres tú, monito.

Lya moría por revelar las fotos que tomó aquel fin de semana de juerga y sueños. Nunca, en toda su vida, se sintió más feliz. Emma le guiñó un ojo en señal de complicidad mientras se dirigían a la casa de ella. Sus primas se convirtieron en hermanas tras aquellos días indelebles. Esbozó una sonrisa nostálgica al evocar las locuras que cometieron con sus chicos, los Ackermann. Sebastián estornudó y la sacó de su trance de golpe. Se volvió y le tocó la frente.

—Tienes fiebre, mi amor —le dijo con voz preocupada—, te cogiste un buen resfriado.

Sebastián le dio un beso en la frente.

—Pronto estaré mejor tras el horrible té de jengibre y miel de mi madre — se mofó y ella rio por lo bajo.

Martín se detuvo en seco al ver algo a lo lejos. Todos se detuvieron.

—¿Jud? —dijo con lágrimas en los ojos—, ¿Jud?

Soltó su mochila y salió corriendo. Sebastián y Joachim hicieron lo mismo.

—¡Jud! —gritó Martín con desesperación—, ¡Jud!

Se arrodilló al lado de su perra que yacía sobre el pavimento bañada en sangre. Sebastián se arrodilló al lado de Martín y se rompió a llorar como un crío. Joachim llevó sus manos a su cabeza, incapaz de tocarla.

—Jud, ¿qué te hicieron, princesa?

Las chicas se aproximaron con lágrimas en los ojos.

—¿Jud, me escuchas, pequeña? —le dijo Sebastián, sin lograr contener las lágrimas.

Jud levantó la mirada y soltó un gemido de dolor antes de exhalar su último aliento.

—¿Jud? ¿Jud? —repitió Sebastián con cierta exasperación—, no nos deje, por favor...

Martín la cogió en brazos y lloró con toda el alma mientras Sebastián recostaba su cabeza sobre el cuerpo sin vida del animal anegado en lágrimas. Emma se abrazó a Joachim y se rompió a llorar. Lya y Magda no sabían cómo reaccionar, petrificadas ante el dolor que sus amados sentían en aquel instante.

—¡Jud! —gritó Martín con todas sus fuerzas—, ¿por qué, mariposa? ¿Por qué le pasó esto?

Martín se sentía culpable, ya que su mascota dormía con él todos los días. Quizás lo estaba buscando.

—Lo siento, monito —le dijo ella, impotente.

Martín besó la cabeza de su mascota con mucho afecto mientras evocaba sus mejores momentos con ella desde que tenía diez años. Jud era la perra más loca, desobediente y cariñosa del mundo. No respetaba sus órdenes, le lamía la cara a modo de despertador cada mañana, le ensuciaba los domingos antes de ir a misa, le robaba sus panes o bollos, escondía sus zapatos o le arrancaba la toalla frente a las amigas de su madre por las tardes. Jugaba al fútbol con los tres, les hacía piruetas cada vez que los veía llegando del trabajando o incluso iba con ellos a trabajar, o incordiar. Fue el último regalo de su abuelo, el último regalo de navidad.

—Cielo —dijo Lya antes de acucillarse al lado de Sebastián—, lo siento mucho.

Sebastián lloraba abrazado al cuerpo del animal con tal amargura, que ella terminó llorando con él con la misma efusión.

—¿Quién esconderá mis zapatos o me ensuciará la ropa antes de salir? —dijo el joven con la voz rota—, ¿quién me recibirá cada tarde tras mi trabajo?

Joachim no podía más y se echó a llorar en los brazos de Emma, que mal podía respirar ante el dolor que sentía en el pecho. Amaba a Jud, y su manera única de demostrar su cariño, derrumbándola sin falta y lamiéndole la cara de arriba abajo con una alegría única.

—Jud —masculló Joachim—, adiós, princesa.

Los padres de los hermanos salieron de la casa y soltaron un grito al ver a Jud entre los brazos de Martín y Sebastián.

—¡Mutti! —gritó Martín, llorando—, ¡Jud murió!

Magda no consiguió moverse de su lugar. No consiguió darle consuelo a Martín. Nunca enfrentó la pérdida de nadie querido, no sabía cómo hacerlo. Se quedó allí, llorando en silencio mientras Martín se partía por dentro ante el triste adiós de su amiga de cuatro patas.

—¡Jud! —chilló él—, ¿por qué me dejaste?

María y Karl se arrodillaron al lado de ellos y sollozaron con amargura el triste final de un miembro más de la familia. Jud no era una mascota, era como si fuera una hija.

—Siempre te recordaremos —susurró Sebastián—, siempre.



Martín colocó una vieja pelota, la cabeza de una muñeca y unas galletas en una caja de madera pequeña mientras escrutaba el dibujo que hizo Sebastián años atrás de Jud. Joachim se puso su uniforme de gala para el entierro de su mascota, la única hembra que durmió en su cama sin mucha resistencia por su parte. Sebastián estornudó tras entrar en el cuarto.

—Lamento llegar tarde —se disculpó él tras sonarse la nariz—, hoy tenía mucho trabajo.

Petra entró detrás de él, con los ojos muy hinchados. Saludó a todos con la voz ronca. Jud, su amiga de cuatro patas, había muerto y llevado parte de su corazón con ella. Alargó una caja a Sebastián y le dijo que debía tomar las pastillas cada ocho horas para evitar una pulmonía, muy común por aquellos días en Alemania. Él le agradeció con un beso y ella se abrazó a él llorando, preguntándole por qué tuvo que pasarle aquello a Jud.

—¿Ya sabéis quién la atropelló?

Al parecer, Jud fue atropellada a altas horas de la noche y a una velocidad considerable, ya que tenía varias costillas y las dos patas delanteras rotas.

—No —dijo un Martín algo extenuado—, os esperaré en el jardín.

Joachim estaba muy callado, él nunca decía nada ante el dolor. Le pasó lo mismo cuando sus abuelos fallecieron, con un mes de diferencia.

—Permiso —dijo el soldado y se enfiló hacia el jardín.

Petra y Sebastián salieron de la casa abrazados como si fueran novios, algo que molestó bastante a Lya. A pesar de que se llevaba bien con la amiga

de Sebastián, la manera en cómo ella solía abrazarse a él la molestaba mucho. Él se apartó de Petra al verla y la estrechó con fuerza.

—¿Estás bien, mi amor?

Sebastián negó con la cabeza.

—Tienes fiebre —resaltó ella—, ¿tomaste las medicinas que te traje?

Él negó con la cabeza y ella sonrió con ternura.

—Te comportas como un crío.

Él asintió y ella le dio un beso en la mejilla. María y Karl intercambiaron una mirada de soslayo al ver el gesto de la joven. Sabían que Sebastián estaba coladito por ella, pero no pensaban que ella también lo estaba por él. María, a pesar de que apreciaba mucho a Lya, muy en el fondo, temía que lo hiriera. Su hijo era muy buena persona, pero pobre, muy pobre para alguien como ella.

—Hola —dijeron Magda y Emma al llegar a la casa con unas cajas de galletas entre manos.

Martín y Magda intercambiaron una mirada teñida de dolor. El joven carpintero tenía el corazón roto y necesitaba un abrazo de su chica, pero ella fue incapaz de acercarse y darle consuelo. Magda se mantuvo distante de él, triste, pero distante.

El tío de los chicos, el cura del pueblo, llegó a la casa y dieron inicio al sepelio de Jud, calificado por la vecina como «exagerado» y «ridículo». Martín la escuchó y le dijo que era normal que una mujer sin alma no pudiera comprenderlos. Que los animales, en especial los perros, tenían un corazón tan noble que cada ser humano debía tener uno. Algunos tenían un músculo vital que les servía para vivir, pero no siempre para sentir. Aquello enmudeció a la vecina y a su madre, que por muy poco, no lo aplaudió.

—Sé que para muchos —comenzó a decir Martín con la voz enronquecida—, Jud era solo una mascota —las lágrimas cruzaron su rostro una tras otra—, que era solo un animal, pero para nosotros ella era parte de la familia —tragó con fuerza—, parte de nuestro corazón.

Sebastián se rompió a llorar mientras colocaba con la ayuda de Joachim el cuerpo de Jud sobre una sábana blanca que su madre le había hecho para aquella ocasión.

—A Jud le bastaba con que le entregaras tu amor para que ella te lo diera el suyo de manera incondicional —apostilló Martín tras secarse las lágrimas con un pañuelo—. También le gustaba tus dulces favoritos, tus comics o tus zapatos más nuevos —todos se rieron—, a ella no le importaba que fuera pobre, inculto o mal vestido, no, a ella solo le importaba que fuera feliz para

ser feliz conmigo. No pedía nada más.

Miró a Magda con magnitud.

—Jud compartió lo mejor y lo peor de nuestras vidas. Cuando papá enfermó y apenas teníamos para comer —sus padres se echaron a llorar—, ella nos ayudó a cazar y prácticamente nos alimentó —se sorbió por la nariz con fuerza—, cuando Sebastián enfermó gravemente, dos años atrás y se quedó en cama por casi dos meses, ella estuvo allí —se rompió a llorar—, muriéndose con él —Lya llevó su mano a su boca en un acto reflejo—, y cuando se curó, ¡Dios! Ladró tanto que casi se quedó sin voz. ¡Así era ella! Pura... pura...

Sebastián abrazó a su hermano y se echaron a llorar con toda el alma mientras Joachim acariciaba la cabeza del animal con lágrimas en los ojos, evocando sus travesuras a lo largo de aquellos nueve años. Sus hermanos hicieron lo mismo. Se despidieron de ella con un tierno beso en la cabeza antes de tajarla con la sábana. Karl y Joachim colocaron el cuerpo en el hoyo que había hecho Martín. Sebastián se encargó de soterrarla mientras las lágrimas caían sin cesar de sus ojos.

—Adiós, Jud —dijeron todos.

Tras el sepelio, tomaron café y pastel como mandaba la tradición alemana tras el entierro de un ente querido. Los vecinos criticaron aquella actitud, pero a ellos poco o nada les importaba. Magda se acercó a Martín con una caja de galletas de chocolate, las favoritas del carpintero.

—Para ti, monito.

Él la cogió con una sonrisa apenas perceptible en sus labios. Tenía los ojos muy hinchados y la punta de la nariz muy enrojecida. Había llorado por horas hasta quedarse dormido la noche anterior. En el trabajo, apenas habló, se mantuvo alejado de todos, en especial de los más burlones, que no comprendían su reacción ante la muerte de una simple mascota, su amiga, su alma gemela.

—Lamento no poder darte el apoyo que esperas, monito.

Martín la atrajo hacia sí y le dio un beso en la cabeza. Magda se abrazó a él con todas sus fuerzas.

—El sentimental de la relación soy yo —le recordó él—, no lo olvides, mariposa.

Emma ofreció sus famosas galletas de caviar con uva pasas y almendras a Joachim, que tuvo deseos de llorar y no precisamente por la muerte de Jud.

—Gracias por todo, cielo.

Emma le acarició la mejilla con ternura.

—Sé lo que sientes, mi amor.

Sebastián tosía sin parar y su madre no tuvo otro remedio que prepararle su té mágico. Lya la acompañó y tomó nota mental de cómo se hacía aquel remedio casero infalible contra el resfriado. Sebastián pataleó, protestó y lloriqueó en vano, ya que María no desistió hasta lograr que bebiera el té.

—Es asqueroso, Mutti.

María le dio un beso en la frente y le dijo bellas palabras a su hijo. Lya sintió una dulzura indescriptible, le hubiera gustado tanto que su madre fuera así con ella, pero no, Martina nunca la trató con afecto, nunca la trató como a una hija.

—Quiero mimos —le dijo Sebastián, y la sacó de su trance de golpe—, ¿me los darías?

Lya se sentó en su regazo, frente a todos y le dio un beso en los labios enfebrecidos. Sebastián tenía mucha fiebre y aquello la preocupaba bastante, ya que había una gran epidemia de pulmonía por el país. Tras beber el café, se metieron en la habitación del alemán.

—¿Te sientes mejor, mi amor?

Estaban acostados en la cama del joven, abrazados. Él no podía dejar de mirarla y ella de besarlo.

—A tu lado siempre, Lya.

Prueba de amor

Días después...

Sebastián salió corriendo bajo la embravecida tormenta que caía sobre la granja «Esperanza» aquel día. Erika había salido por la tarde para dar un paseo y no retornó. Su padre estaba desesperado, ya que la joven no podía ni siquiera pedir auxilio. El alemán, a pesar de su estado, decidió buscarla en el único lugar que se le ocurría, cerca del arroyo, donde ella solía pasar horas bajo el árbol de cerezo con algún libro o su conejito. Calado hasta los huesos, gritó el nombre de la joven con todas sus fuerzas mientras el viento enfurecido le bofeteaba con violencia. Tosió con dificultad tras gritar.

—¡Erika! —bramó mientras sus compañeros de trabajo la buscaban por otros sitios—. ¡Erika! —se detuvo—, no puede oírte —se dijo, ensombrecido—, ¡Dios mío! ¡Erika!

Al verla dentro del arroyo, sujetada a una rama, apretó los pasos para poder ayudarla a salir de allí sana y salva. Ella intentó salvar a su conejito, pero no lo consiguió y la tristeza la estaba matando. Sebastián se acercó a ella tras trepar un árbol con mucha agilidad. Tosió con dificultad y sintió un ardor doloroso en el pecho al tratar de aspirar hondo. Entrecerró sus ojos hasta recuperar el aliento.

—Tranquila —le dijo con voz temblorosa y le alargó la mano lo más que pudo—, coge mi mano, Erika.

Ella negó con la cabeza sin dejar de llorar.

—Cógela, por favor.

Un rayo furioso los hizo temblar a ambos. Erika soltó la rama, pero Sebastián logró cogerla a tiempo y evitó que la corriente la arrastrara a la muerte más que segura. Erika trepó el árbol con su ayuda y se abrazó a él llorando.

—Ya pasó —le dijo Sebastián—, estás a salvo, pequeña.

Bajaron del árbol y él la cogió en brazos al verla tambalear. Erika no podía dejar de llorar. Sebastián se detuvo y le dijo dulces palabras de consuelo. Ella, impulsada por el corazón, levantó la cabeza y le besó los

labios. Sorprendido, él se apartó de ella a toda prisa y la miró consternado por unos segundos. Erika llevó su mano a su boca y lo miró del mismo modo. Un relámpago estrepitoso los devolvió a la realidad. Sin decir una sola palabra, Sebastián avanzó hacia la casa, pensando en Lya y en aquel fugaz, pero inquietante beso inesperado. No quería guardar secretos con su amada, pero temía que aquel arrebato de Erika tuviera consecuencias negativas para él. Lya le exigiría que dejara el trabajo y por el momento, no podía hacerlo, necesitaba el dinero para cubrir los gastos de la universidad.

—¡Hija! —gritó su patrón al verlos—, Dios mío, ¡gracias, Sebastián.

Sebastián la llevó hasta su cuarto y la depositó sobre la silla con mucha delicadeza. Erika lo miraba con embeleso. Él tosió sin parar y el dolor que experimentó en los pulmones le hizo soltar un gemido de lamento que alarmó a su patrón y a su hija.

—¿Te sientes bien, hijo? —le preguntó el hombre de tripa abultada y bigote dorado—, estás tosiendo mucho.

Le tocó la frente por instinto.

—¡Estás ardiendo en fiebre!

Llamaron al médico del lugar a toda prisa, pero la tormenta era tan feroz que no pudo venir. Sebastián se dio un baño caliente y se acostó en la cama como había venido al mundo. Su patrón providenció que le lavaran las ropas y le dieran unas suyas por el momento. El ama de llaves, una mujer mayor y médica empírica, le preparó una cataplasma que le ayudaría a remover la flema de sus pulmones.

—Mejor que permanezca desnudo, señor —le dijo la mujer—, sudará tanto que empapará toda la ropa en pocos minutos y no le conviene estar con ropas mojadas.

Erika se mantuvo en el cuarto de huéspedes todo el tiempo tras bañarse y cambiarse de atuendos.

—Este joven no está nada bien, señor —le dijo la mujer—, creo que tiene pulmonía o tuberculosis.

—Lya —repetía Sebastián una y otra vez—, Lya...

¿Quién era Lya? ¿Y por qué la clamaba tanto? El alemán se arqueó con fuerza y soltó un gemido de dolor sin abrir los ojos. La frente perlada y las mejillas muy sonrojadas eran el resultado de la alta fiebre que padecía. Su patrón, impulsivo de nacimiento, le quitó la manta empapada en sudor de sopetón y pidió otra a su ama de llaves.

—Trae paños fríos para colocarle en la frente y bajo las axilas, mujer —

ordenó—. Debemos bajarle la fiebre lo antes posible, me dijo mi amigo médico.

Erika abrió mucho los ojos y la boca, jamás había visto un hombre en toda su plenitud y menos a uno tan apuesto como Sebastián. A pesar de la timidez, deslizó sus ojos azules en el torso definido del alemán hasta llegar a los finos vellos dorados que cubrían el inicio de su parte íntima. Desvió la mirada a toda prisa cuando el ama de llaves entró en el cuarto con una vasija con agua fría y unos paños colgados del hombro.

—Tranquilo, hijo —le dijo su patrón—, pronto estarás bien.

El ama de llaves tapó el cuerpo desnudo de Sebastián con dos mantas de lana para que sudara lo máximo posible. Fuera llovía cada vez con más inclemencia.

—Cuanto más sude, mejor —dijo la mujer—. Está muy mal el pobre —se santiguó.

Su patrón la miró condescendiente mientras Erika rezaba en un rincón de la habitación con los ojos nublados por la enorme pena que sentía al verlo tan mal por su culpa.

—Él saldrá de esta —dijo el padre de la chica—, es un chico fuerte.

Lya subió a su dormitorio con el pergamino que Sebastián le había regalado la noche anterior. Lo había leído más de diez veces, pero nunca era suficiente. Con una sonrisa bobalicona en los labios, encendió una vela y apagó la luz central. Leyó las partes que Sebastián había elegido de la carta de Beethoven a su amada inmortal:

*Mi ángel, mi todo, mi mismo yo.
Porque este profundo dolor cuando
habla la necesidad puede nuestro amor existir, sino
a través del sacrificio de no pedir todo del otro
puedes cambiar el hecho de que tu
no seas completamente mía, yo no
completamente tuyo.
Oh Dios, mira la hermosa naturaleza
y consuela tu alma acerca de lo que debe ser el amor
lo pide todo y completamente y con razón.
Así es para mí contigo, para ti conmigo,
solo que olvidas tan fácilmente, que yo debo vivir para mí
y para ti, si estuviéramos completamente unidos,*

*tu sentirías este dolor tan poco como yo.
si estuvieran nuestros corazones siempre juntos y
unidos, yo por supuesto, no tendría nada qué decir,
mi corazón está lleno de tanto para decirte.
Oh, hay todavía momentos cuando encuentro
que la palabra no es nada, en absoluto, alégrate
permanece mi fiel y único tesoro, mi todo, como yo para ti.
El resto los dioses deben comunicarnos lo que deba ser para nosotros.*

Lya sintió un enorme deseo de llorar, ¿por qué su corazón se sentía tan agobiado aquella noche? Se levantó de la cama con el pergamino entre las manos y se acercó al baúl que se encontraba frente a la misma. La abrió y cogió la camisa que Sebastián le había regalado el fin de semana, era la que usaba para dormir. Estaba ajada y olía a él, solo a él.

—Mi ángel, mi todo, mi mismo yo —masculló tras abrazar la camisa con lágrimas en los ojos—, ¿pensarás en mí?

En ese preciso instante, en la granja de los Hoffmann, Sebastián dijo su nombre y toda la piel de la joven se erizó al oír su voz con nitidez. Soltó un jadeo al tiempo que sus ojos se nublaban.

«Sebastián me necesita» musitó y el pergamino cayó al suelo junto a la camisa.

La tormenta

Lya salió de la casa de los Ackermann dispuesta a cruzar todo el pueblo hasta llegar a la granja Esperanza, donde trabajaba Sebastián. María le había dado el recado de Max Hoffmann, el patrón de su hijo, que estaba en cama hacía dos días con mucha fiebre, dolor de tórax y tos. El médico del pueblo les dijo que, probablemente, tenía pulmonía. La terrible tormenta que caía impedía su retorno a su casa o al hospital más cercano.

—Debo llevarte este medicamento lo antes posible, mi amor —dijo decidida antes de ponerse su chubasquero—, ni siquiera esta tormenta me impedirá de ir a verte.

Aquel lúgubre día no circulaban los autobuses, ni los trenes, ni los coches por las calles inundadas. Lya se enfiló a la granja a pesar de los ruegos de Emma y Magda.

—Es muy peligroso, prima —le dijo Emma—, ¡ni siquiera los coches pueden circular!

Ella cogió la mochila con los medicamentos que consiguió en el hospital de su padre, los chocolates favoritos de Sebastián, un buen libro y un peluche que le había comprado.

—Rezáis por mí —dijo con una sonrisa—, cuando llegue a mi destino, sino me muero en el intento, llamaré.

Emma y Magda la acompañaron hasta la puerta. Lya cruzó la calle a toda prisa impulsada por el corazón y la intuición. Algo en su interior le decía que si no fuera, él no sobreviviría. Aquella voz femenina, misteriosa y desconocida, le decía: arriégate y sálvalo de la muerte, Lya. A pesar de prestar atención en ella, no lograba reconocerla. Era la voz de su ángel de la guarda, la voz que la salvó de la muerte cuando apenas tenía ocho años y casi murió ahogada en un arroyo en Berlín. El día que su madre, indiferente ante su desesperación, se quedó mirándola sin hacer nada para salvarla, alegando tiempo después que fue producto de la conmoción.

—¿Crees que su intuición le dijo la verdad, Emma?

Emma asintió con firmeza.

—Lya siempre acierta, Magda.

Desde pequeña, Lya solía soltar predicciones muy acertadas acerca de

algunas cosas. Era un don natural que siempre la distinguió de las demás niñas.

—Espero que lo que dijo años atrás, sobre el hambre, el dolor y el sufrimiento no sean verdaderos —repuso Magda con un enorme nudo en la garganta.

Emma se santiguó, lapso en que un feroz rayo cruzó el cielo y las estremeció. Se abrazaron en un acto reflejo.

—Tengo mucho miedo que le pase algo, Magda.

Magda asintió.

—Debimos impedirle a tiempo.

Lya caminó sin parar mientras canturreaba una dulce melodía que nunca supo dónde la escuchó. Según su nana, podría ser la melodía que usó su madre durante su embarazo, pero Lya la descartó, ya que Martina era incapaz de hacer algo tan dulce como ello.

—Mi ángel, pronto estaré contigo —susurró.

Sebastián amaba aquella melodía, en especial tras hacer el amor mientras le tocaba la cabeza. Suspiró hondo al evocar el fin de semana pasado, el maravilloso fin de semana.

—Tengo miedo de perderte, Sebastián.

Él sonrió con ternura.

—No permitiremos que eso pase, cielo.

Ella asintió tras ahuecar su rostro entre sus manos.

—¿Harás lo posible e imposible porque eso no pase, Sebastián?

El alemán estaba entre sus piernas, dentro de ella y con el alma expuesta bajo los rayos plateados de la reina nocturna.

—Haré que te repudien —le dijo él con sorna—, o te raptaré, cielo.

Lya se estremeció ante la primera posibilidad. ¿Repudiarla? Moriría de pena si eso llegara a pasarle, no podría ser feliz sabiendo que su padre estaba triste. Él no merecía semejante decepción por parte de su única hija.

La caída de un árbol, a pocos metros de ella, la hizo volver al presente de golpe. Soltó un grito ante el susto y llevó su mano a su pecho para calmar su corazón desbocado.

—Tranquila, Dios está contigo, Lya —se animó y prosiguió.

Llegó a la granja antes del anochecer, tras preguntarle a la señora de la casa vecina, donde buscó refugio cuando la tormenta empeoró. Ella la llevó

tras darle de comer y beber. Lya cojeaba un poco por culpa de las múltiples ampollas que tenía en los pies tras tanto caminar.

—Buenas tardes —le saludó el dueño de la granja—, ¿en qué puedo servirle, señorita? —preguntó en tono seductor.

Lya se quitó la capucha de su chubasquero y el hombre no pudo evitar admirar su exótica belleza. Con el corazón en la mirada, ella le dijo:

—Busco a Sebastián.

Él frunció mucho el entrecejo.

—¿Quién lo busca?

Lya lo miró con firmeza bajo sus espesas pestañas castañas.

—Su novia.



Lya entró en el cuarto donde se encontraba Sebastián, se detuvo en seco cuando vio a una joven de pelo muy rubio con la cabeza recostada cerca de la de él. Un enorme nudo se le formó en la boca del estómago ante la impresión. El patrón del alemán carraspeó nervioso y Erika levantó la cabeza para mirarlo. Lya tragó con fuerza, en especial cuando vio el torso desnudo de Sebastián.

—Hola —saludó con los dientes apretados.

Erika la saludó con el lenguaje de los signos. Lya asintió sin abandonar del todo su deje. Aquella joven estaba enamorada de Sebastián, lo dedujo por la manera en cómo lo miraba. Sin decir una sola palabra, se acercó a la cama y rozó su mano por la frente del alemán, que ardía en fiebre.

—Lya —dijo él sin abrir los ojos—, Lya...

Su patrón le dijo que la había nombrado todos los días desde que se enfermó. Aquello alivió el corazón de la joven como la penicilina lo haría con la pulmonía que él padecía.

—Aquí estoy, mi amor —le dijo tras besarle sus labios encendidos—, aquí estoy.

Sebastián abrió los ojos con pereza, horas después de haber tomado la penicilina que Lya le había traído. Frunció el entrecejo ante lo que sus ojos veían. ¿Lo estaba soñado? Lya estaba acostada a su lado en posición fetal sobre la manta que le cubría a él. Llevaba un vestido blanco algo corto, ya que

era de Erika, mucho más baja que ella. Lya no solo se cambió de atuendos, sino también se vendó los pies y comió algo. La hija del dueño del lugar resultó ser una joven muy amable y muy dócil. Lya, a pesar de sentir unos terribles celos, empezó a verla con otros ojos, aunque siempre atenta a sus gestos y miradas. Confirmando de aquel modo, lo que ya desconfiaba, Erika estaba enamorada de Sebastián, de su amado inmortal.

—¿Lya? —susurró el alemán con voz soñolienta—, ¿mi amor?

Lya abrió los ojos lentamente y sonrió con ternura al verlo despierto.

—Mi ángel —masculló tras rozarle la mejilla—, aún tienes fiebre.

Sebastián tosió con dificultad.

—¿Estoy soñando?

Ella le dio un beso muy fogoso que sabía a penicilina y a dicha. Sebastián suspiró con dificultad.

—¿Te parece un sueño, mi vida?

Él negó con la cabeza antes de levantar la manta e invitarla tácitamente a que se acercara a él. Lya miró con deseo su cuerpo desnudo y él sonrió.

—¿Estabas desnudo todo este tiempo?

Él se encogió de hombros al tiempo que tosía con mucha dificultad. Lya se abrazó a él con fuerza.

—Tranquilo, mi amor.

Cuando se recuperó, Lya se apartó un poco, solo un poco y cogió su mochila que reposaba sobre la silla al lado de la cama. Abrió la cremallera y retiró de ella el peluche marrón con una cinta roja alrededor de su cuello.

—Para ti —le dijo a él con una candorosa sonrisa—, nuestro primer hijo.

Sebastián olisqueó el juguete y soltó un gemido de placer al reconocer la colonia de vainilla de Lya. Era tan dulce, tan suave y tan cautivante como lo era ella.

—¿Cómo se llama?

Ella se puso pensativa unos segundos.

—Dirk.

—¿Por qué ese nombre?

Ella sonrió.

—Porque me gusta.

Él sonrió antes de besar la cabeza del peluche.

—Dirk —repitió sin abandonar su sonrisa—, ¿cómo has venido aquí?
¿Con tu chófer?

Lya enarcó ambas cejas y él supo al instante que había hecho de las suyas.

—Te contaré, pero no te enfades, mi amor.

Sebastián tosió y sintió un fuerte dolor en el pecho tras ello. Lya le besó el cuello con ternura y le erizó toda la piel.

—Eso quiere decir que lo haré —refunfuñó él—, pero, trataré de no enfadarme.

—Mmm.

Lya le contó a continuación sobre su gran y peligrosa aventura. Sebastián se sentó de golpe en la cama, conmocionado ante lo que acababa de escuchar. La reprendió duramente y Lya empezó a ladrar como un perrito herido. Tras mirarla, se echaron a reír.

—¡Eres imposible, Lya! —chilló y tosió al tiempo—, me matarás antes de que lo haga la pulmonía —ella le fulminó con la mirada—, es broma, cielo.

Se abrazaron con mucha añoranza y amor bajo la manta. Sebastián tosió sin parar y Lya se apartó para darle un poco de agua con penicilina. Cuando vio la sangre que emanaba de su boca, gritó a voz en cuello:

—¡Ayuda!

Sebastián se recostó con la respiración muy entrecortada, sintiendo un dolor indescriptible en el pecho. Lya se levantó de la cama a toda prisa y, a pesar de no poder caminar bien, se acercó a la jofaina y empapó un paño que se lo puso a él en la frente para bajarle un poco la fiebre.

—No puedo respirar, cielo —tartamudeó—, no consigo respirar...

Lya no sabía qué hacer, el patrón de Sebastián y el ama de llaves entraron en la habitación como una exhalación.

—No sé qué hacer —dijo Lya, con el pecho del vestido manchado en sangre—, está muy mal.

Sebastián empezó a convulsionar.

—¡Llama al médico! —gritó el señor Hoffmann—, ¡este chico se muere!

«Hazle respiración boca a boca» resonó aquella extraña voz en la cabeza de Lya, que sin rechistar se subió a la cama de rodillas y le hizo lo que le aconsejaba. Sebastián recuperó el aliento y por muy poco, no murió asfixiado. El patrón del mismo miró estupefacto a la joven.

—Mi amor —susurró ella, llorando—, tranquilo.

Sebastián empezó a respirar con más normalidad. Lya le masajeó el pecho con las manos y aumentó su alivio.

—Lya, te amo, no lo olvides —gimió—, si me muero, por favor, no me olvides, cielo.

Lya se rompió a llorar con amargura.

—No te morirás, no te lo permito —le dijo con voz firme—, ¿me escuchas? —él asintió—, o me casaré con otro.

Sebastián trató de enfocarla.

—Volveré del más allá para hacerte la vida imposible, Lya Rubinstein — se mofó él y ella rio entre lágrimas—, o hacerte el amor mientras tu marido duerme.

El señor Hoffmann y el ama de llaves intercambiaron una mirada interrogante. ¿De qué estaban hablando aquellos dos? ¡Vaya declaración de amor! Erika los observaba desde la pequeña brecha de la puerta semiabierta con lágrimas en los ojos. ¿Por qué le dolía tanto verlos juntos? ¿Por qué su corazón le dolía al verlo con aquella joven? Se retiró del lugar y se metió en su cuarto llorando con desconsuelo.

—¿Estás mejor, mi amor?

Sebastián entrecerró sus ojos y respiró hondo antes de estrecharla entre sus brazos. Ella enterró su cara en su pecho encendido.

—Ahora sí.

Días lúgubres

Tres días se pasaron desde la llegada de Lya a la granja Esperanza. Sebastián estaba mucho mejor y la tormenta al fin cesó. La familia Hoffmann era muy hospitalaria, tanto que, ella se sentía como si estuviera en su propia casa. Erika, a pesar de lo que sentía por Sebastián, se portaba muy bien con ella e incluso le enseñó toda la casa al día siguiente. Quizá nunca serían amigas, pero al menos, no serían enemigas.

—Así me gusta —dijo Lya mientras daba de comer a Sebastián—, no pongas esa cara —le pidió, riendo—, ¡es sopa de espinacas!

Cuando Lya entró en el cuarto con la bandeja entre manos y él olisqueó el aire, pataleó bajo la manta como un crío. Ella se echó a reír ante su reacción un pelín infantil. Sebastián la odiaba con todas sus fuerzas y tomarla era una verdadera tortura.

—Te daré muchos mimitos y besitos si te la comes toda —le propuso ella.

No restó ni una sola gota de la sopa, ni una sola miga del pan. Incluso lamió el plato. Lya se echó a reír, una vez más.

—El sol brillará mañana —le dijo ella tras ofrecerle un vaso de zumo de manzana—, bébetelo todo, mi amor.

Y como le prometió, mientras todos hacían la siesta, ellos se dedicaron a mimarse.

—Te amo tanto, Sebastián.

Sujetó la cara arrebolada del alemán entre las manos y clavó sus ojos en los de él.

—Y yo a ti, cielo.

El señor Hoffmann mandó averiguar el número de teléfono de la casa de la joven, que le había dicho su nombre completo durante el almuerzo. Como era menor de edad, lo mejor era avisar a sus padres y evitarse un futuro problema. A leguas se notaba que aquella joven venía de una familia pudiente.

—Aquí tienes el número de la chica, señor —le dijo su ama de llaves.

Marcó sin rechistar y avisó a la familia de Lya, que furiosos, llegaron al lugar antes del anochecer.

—¿¡Dónde está mi hija?! —chilló Martina, encolerizada—, ¡Lya!

Albert intentó sujetarla, pero su mujer estaba poseída por la ira. Lya se

levantó de la cama como si tuviera unos resortes bajo las piernas.

—¡Es mi madre!

Sebastián abrió con pereza los ojos. ¿Aquella voz era de...? Antes de que se completara su frase, Martina entró en la habitación como alma que lleva el diablo.

—¡¿Quieres matarnos de angustia?! ¡Llevamos dos días buscándote!

Sebastián se levantó de la cama algo mareado y miró estupefacto a la madre de Lya. Martina lo fulminó con la mirada.

—Si no vienes ahora mismo conmigo —amenazó con rabia—, este joven irá a la cárcel por retenerte en contra de tu voluntad.

Lya la miró con censura antes de ladrar:

—¡Nadie me obligó, madre! —miró a Sebastián de soslayo—, ¡lo hice por amor!

El señor Hoffmann entró en el cuarto impulsado por lo que Martina soltó.

—Señora, ¿de qué lo acusaría? Su hija llegó aquí por voluntad propia y nosotros somos testigos de ello.

La madre de Lya soltó un taco por lo bajo al tiempo que Albert se acercaba a ellas y miraba con profundo dolor a su hija.

—Hija.

Lya lo miró con la misma profundidad.

—Papá, por favor.

Negó con la cabeza.

—Me has decepcionado mucho.

Martina cogió a su hija del brazo y la arrastró por el pasillo rumbo al coche. Sebastián intentó seguirla, pero su patrón le impidió el paso y le rogó que no cometiera una locura.

—Aléjate de mi hija —le pidió Albert—, sois de mundos muy diferentes, Sebastián.

—Pero, señor, la amo.

Lya gritaba todo el trayecto.

—Si la amas, aléjate de ella —musitó en tono suplicante—, no tienes nada para ofrecerle, Sebastián. ¿Qué le darás, hijo?

Aquellas palabras abrieron una profunda herida en su alma. Erika observó atónita la escena desde su cuarto.

—Lo siento, pero deberías ser menos egoísta, Sebastián.

Albert se volvió y se alejó sin decir nada más. El patrón de Sebastián meneó la cabeza en un gesto negativo. Miró a su empleado con ojos

lastimeros.

—Te amo, Sebastián —gritó Lya antes de meterse en el coche—, no lo olvides.

¿Olvidarlo? Cómo relegar lo que hizo para verlo, para salvarlo de la propia muerte. ¡Era imposible! Lya se rompió a llorar con amargura, sabía que su madre sería implacable y que su padre se limitaría a aceptar cada una de sus determinaciones.

—Te amo, Lya —musitó Sebastián con lágrimas en los ojos—, con toda el alma.

Sintió una fuerte punzada en el pecho, una punzada que lo hizo caer de rodillas en el suelo con la respiración muy entrecortada. Todo empezó a darle vueltas.

«Lya» gimió tosiendo con mucha dificultad.



Sebastián volvió a su casa días después, al no lograr comunicarse con Lya por ningún medio. La llamó, pero siempre le decían que no estaba o que dormía. Emma y Magda no podían darle noticias, ya que estaban de castigo tras lo de Lya. El alemán se estaba volviendo loco, en especial porque supo por Petra que la madre de Lya había organizado una fiesta en honor al hijo del dueño de la fábrica de porcelana. Al parecer, era más rico y más conveniente que Joshua. Luwig estaba obsesionado por Lya, y mucho más tras sus constantes rechazos. Cierta vez, una de sus mucamas, amiga de Petra, lo escuchó decir que no descansaría hasta tenerla rendida a sus pies. Aquello enfureció a Sebastián.

—Hijo, ten cuidado —le pidió su padre—. Aun tienes fiebre.

Sebastián estaba poseído por la rabia y el rencor. Las palabras del padre de Lya resonaban una y otra vez en su cabeza. Nunca sintió tanta rabia de una persona como en aquel momento. Petra le rogó que pensara muy bien en lo que haría. Los Rubinstein estaban cabreados y tenían mucha influencia. ¡Podían mandarlo a la cárcel!

—Su nana me ayudará, Petra.

La nana de Lya le había entregado la carta que ella le había escrito días atrás:

Amor mío:

Cierro los ojos y sueño que estás aquí, conmigo, a mi lado. Pero cuando los abro, no te veo y lloro, lloro con un dolor que nunca he experimentado antes. ¿Por qué Dios nos castiga de este modo? No lo comprendo. Nuestro amor no le ofende, al contrario, nació por su obra.

¿Crees que pronto podremos estar juntos? ¿Para siempre? Me siento en una horrible encrucijada. Te amo con vesania, pero también amo a mi familia, ¿es pedir mucho poder tenerlos a ambos en mi vida como os tengo en mi corazón?

¿Sabes? Mi padre me dijo que lo decepcioné, que mi comportamiento abrió una profunda herida en su ser. Le dolió mi actitud, pero, ante todo mi elección. Le dije que ambos creíamos en el mismo Dios y en el mismo amor, ¿por qué no lo puede comprender? Nada tiene sentido.

Sin ti mi vida no tiene sentido y se lo dije. A cambio me gané un duro castigo, no poder verte, besarte, tocarte, amarte. ¡Qué infeliz soy sin ti!

Mañana será la dichosa fiesta para el petulante hijo del dueño de la fábrica de porcelana. Me niego a asistir y mi madre me dijo, que, si no lo hago, no podré salir por un mes de la casa. Le dije que prefiero lamer un cactus a bailar con ese joven y ella me dio una fuerte bofetada. Volví a gritarle y me gané otro golpe. Cuando me dejó a solas, empecé a tocar el piano que mi padre me compró durante mi estancia en la granja de los Hoffmann. Toqué nuestra dulce melodía, pronto lo podrás escuchar mi amor. La toco mientras las lágrimas atraviesan mi cara y empapan mis manos. ¡Dios! ¡Necesito verte!

Te amo con locura.

Siempre tuya, solo tuya

Lya.

P. D.: Mi nana te ayudará para que puedas entrar en el sótano sin que nadie lo note. ¡Te esperaré ansiosa en nuestro rincón!

Sebastián leyó la carta una y otra vez. Con una sonrisa bobalicona dijo:

—Ahí estaré, amor mío.

Por la noche, se puso su camisa blanca, sus pantalones grises, su chaleco del mismo tono y se dirigió a la mansión a escondidas de todos. La nana de la

joven lo esperaba en el portón en la hora acordada. Mientras en el salón de fiesta las parejas bailaban, Lya encendía velas en el sótano a la espera de su amado. Su nana abrió la puerta y Sebastián entró sin percibir la mirada curiosa de Martina a pocos metros de ambos.

—No tardéis —le aconsejó la mujer.

Martina apretó con fuerza los dientes antes de esconderse detrás de un mueble. Cuando la mucama se marchó, se dirigió al despacho de su marido y marcó el número de la comisaría.

—Buenas noches —saludó un oficial.

—Buenas noches, agente, quiero denunciar la invasión de mi propiedad por parte de un joven llamado Sebastián Ackermann.

Lya se lanzó a los brazos de Sebastián y le llenó la cara de besos. Él rio por lo bajo al tiempo que ella le quitaba la camisa y los pantalones. Él aprovechó el momento para dibujarle el cuello con los labios y acariciarle la espalda con ambas manos.

—Hazme el amor, Sebastián —le rogó ella en un susurro—, necesito sentirte, mi amor.

Tras desnudarla y quitarse las últimas prendas, Sebastián la llevó hasta la cama y veneró su cuerpo con sus labios desde la cabeza hasta sus pies. Lamió cada dedo de los mismos y luego se deslizó hasta llegar a su parte íntima. Lya se arqueó con fuerza, entregándole su cuerpo y su alma entera. Se aferró a su pelo a medida que el clímax se acercaba.

—Quiero tocar el cielo contigo, Sebastián —suplicó—, quiero que me hagas un hijo para que nadie pueda separarnos.

Él levantó la cabeza y la miró desde su sitio con una ilusión que iluminó la cara de la joven. Se acomodó entre sus piernas y la penetró hasta el fondo.

—Eres mía —le dijo él y empezó a moverse sin parar—, solo mía.

Sebastián entró y salió del cuerpo de Lya sin parar hasta que el clímax los atravesó como un rayo feroz.

—Solo tuya, Sebastián.

Se mimaron, se besaron, se amaron una y otra vez mientras fuera empezaba a llover. Sebastián se arrodilló entre las largas piernas de su amada de un momento a otro. Lya deslizó sus ojos por su inmejorable cuerpo y sonrió con picardía al notar como su miembro volvía a despertarse.

—Lya, amor de mi vida —dijo el alemán tras coger sus pantalones y retirar algo de uno de sus bolsillos—, no es un anillo valioso, pero es de corazón —los ojos de la joven se llenaron de lágrimas al ver la joya—, para

que nadie pueda separarnos, nunca más —tragó con fuerza—, ¿te casarías conmigo?

Las lágrimas anegaron en pocos segundos el rostro de Lya, que se arrodilló frente a él y lo miró con amor infinito a través de sus espesas y húmedas pestañas.

—Sí, acepto, mi amor.

Sebastián le aclaró que solo podrían casarse por civil, ya que ni él era judío ni ella católica. Ella asintió al tiempo que las lágrimas caían de sus ojos y el anillo se deslizaba por su dedo anular. Miró la joya delicada y luego lo miró a él con adoración.

—¿Y si me convierto al catolicismo, Sebastián?

Él la miró con ojos soñadores.

—Es más simple que convertirte al judaísmo —meditó ella—, ¿no?

Él se abalanzó sobre ella de golpe y la besó con mucha pasión.

—¿Serías capaz de ello?

Lya pensó en su padre, pero a pesar de amarlo con toda su alma, también amaba con la misma devoción a Sebastián, con quien quería vivir por el resto de su vida. Podría vivir sin vestidos caros, zapatos de marca o joyas caras, pero no sin él, no sin su alemán, no sin su amor.

—Sí —le dijo ella tras ahuecar su rostro entre sus manos—, por ti daría mi vida, Sebastián.

—Y yo por ti, Lya.

Sebastián enterró su lengua en su boca mientras se hundía en ella y sellaba aquel pacto con la entrega de sus cuerpos ante Dios, único testigo de aquel amor prohibido por los hombres.

La maldición del odio

Sebastián se levantó de la cama casi a la medianoche y miró con ternura a Lya, que yacía entre sus brazos completamente rendida tras hacer el amor una y otra vez hasta que sus cuerpos perdieron las fuerzas. Se apartó de ella con sumo cuidado para no despertarla, pero, aunque hiciera ruido, derrumbara parte de los muebles o gritara, ella no se despertaría. Y es que a Lya le encantaba dormir, era su bella durmiente, le decía siempre él.

—Te amo, pequeña.

Le dio un beso en sus labios semiabiertos. Ella dijo algo ininteligible, pero no se despertó. Sebastián se vistió y retiró un pequeño pergamino envuelto con una cinta de seda negra. Lo colocó sobre la almohada contigua con un pequeño tulipán morado de tela que le había hecho su madre el día anterior por petición suya. Se sentó en la cama y le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Soy esclavo de tu amor, Lya.

Le dio un último beso en los labios antes de cubrirla con la manta de algodón. Apagó las velas para evitar cualquier incidente y subió las escaleras. Abrió la puerta con cautela y la cerró con el mismo cuidado. Miró a ambos lados antes de dirigirse hacia el cuarto de la nana de Lya, pero cuando salió al pasillo, unos policías lo esperaban con cara de pocos amigos al lado de los padres de Lya.

—Sebastián Ackermann, queda usted detenido por invasión a una propiedad privada.

Martina lo miró con ojos victoriosos y Albert con censura. Uno de los agentes lo esposó mientras le leía sus derechos. Bajaron las escaleras mientras los invitados lo miraban y cuchicheaban entre ellos lo sucedido. Joshua sonrió satisfecho desde su sitio.

—Te pedí que te alejarás de mi hija, Sebastián —le recordó Albert mientras se dirigían al coche de los policías—, ella no es para ti.

Albert sintió un fuerte dolor en el pecho y en la cabeza al decir aquellas palabras, al repetir las palabras de su padre en el pasado. Además, su mujer, bajo amenaza, lo obligó a aquello.

«Lo siento, Sebastián, pero no tenía otra salida».

Sebastián lo miró con ojos lacrimosos, nunca se sintió tan miserable y desgraciado como en aquel momento. Sus padres morirían de tristeza y vergüenza al verlo tras las rejas. ¿Qué les diría? ¿Qué estaba allí por amor? Encaró a Albert antes de entrar en el coche.

—¿Por ser pobre, señor? ¿Por no tener un apellido? ¿Por eso?

Albert lo miró con intensidad.

—Mi hija merece a alguien de su misma condición social y no a un don nadie como tú.

Una lágrima recta, tibia y cristalina atravesó el rostro del muchacho ante aquella cruel afirmación. Albert tragó con fuerza antes de darle la espalda.

—Me las pagarán —susurró él antes de subir al coche—. Lo juro.

El precio del rencor

Albert subió a su despacho como alma que lleva el diablo. Martina lo siguió y despotricó al cerrar la puerta con violencia:

—¿Qué te pasa? ¿Te has arrepentido?

Albert la miró con severidad.

—Hemos enviado a ese joven a la cárcel, Martina. ¡Lya no nos perdonará!

Martina se volvió y sonrió con malicia.

—¿Prefieres que Lya conozca la verdad, Albert? ¿Cómo reaccionaría al saber que es hija de una gitana suicida?

Albert se acercó a ella y la volteó con violencia. La cogió por los hombros y la zarandeó con una ira que llevaba dentro hacía años. Martina siempre usaba aquello para conseguir todo lo que se proponía.

—¡Me prometiste que nunca se lo dirías!

Ella nunca lo vio de aquel modo. ¿Serían efectos de las gotitas mágicas que solía colocarle en las comidas? Albert se apartó con la respiración muy entrecortada. Llevó su mano a su pecho y trató de recuperar el aliento.

—Tu hija es una yegua indomable, Albert, como lo fue su madre.

Albert la miró con profundo desprecio.

—Al menos ella pudo darme un hijo —soltó él y la desangró.

Aquel comentario tendría sus consecuencias, tarde o temprano. Martina se retiró del despacho y se enfiló hacia el salón de baile, donde Joshua, el atractivo médico, la invitó a bailar. Con una sonrisa forzada en sus finos labios color vino, aceptó la invitación y disfrutó de lo que restaba de aquella fiesta mientras Lya dormía serenamente en el sótano, sin sospechar que Sebastián, arrinconado en una fría celda y abrazado a sus piernas, lloraba la humillación que había pasado frente a todos los amigos de su familia.

«Petra tiene razón, algunos judíos no valen nada y merecen lo peor. Te salvaré de tu raza, Lya, te salvaré a tiempo, mi amor».

Se enjugó las lágrimas mientras observaba la luna a través de la pequeña ventanilla de su celda. Su mente lo transportó al fin de semana que pasó con Lya en la cabaña de sus abuelos, donde fueron tan felices...

Lya preparaba la sopa de Matzá, una receta típica de los judíos

entretanto él amasaba el pan sobre la encimera con mucho ahínco. Lya canturreaba una dulce melodía judía, alegando que aquello era el secreto principal de la misma. Sebastián tenía el torso desnudo y la frente perlada. Hacía mucho calor aquel día. Bebió un sorbo de agua y luego dio un poco a su amada, que lo bebió con cierta impaciencia. Unas gotas se fugaron de sus labios y él las lamió con sensualidad, despertando con aquel gesto cada fibra del cuerpo femenino.

—No me distraigas, Sebastián.

Él sonrió con expresión ladina antes de sentarse sobre el mostrados al otro lado de la estancia. Sus piernas se movían a la vez que ella removía la olla con una espátula de madera.

—La masa del pan debe reposar —dijo él tras beber otro sorbo de agua—, está cansada —se mofó y ella rio con ganas.

Lya le habló un poco de sus costumbres tras pelar una manzana y trocearla para su amor. Sebastián le dio un beso en la nariz a modo de agradecimiento. Ella le guiñó un ojo antes de volver a los fogones.

—Los judíos nos guiamos por la «cashrut» para la alimentación, ya que designa aquello que es apropiado para ser ingerido. Los alimentos que cumplen sus preceptos son considerados casher o kosher.

—Casher o Kosher —repitió él.

Ella asintió satisfecha.

—Los que no cumplen los preceptos de la religión son denominados trefá o teref.

Sebastián repitió las palabras y dibujó una tierna sonrisa en los labios de la judía mientras ella colocaba los últimos ingredientes en la olla de hierro. Verla cocinar con aquel paño envolviéndole la cabeza y descalza encendió partes de su cuerpo que ni siquiera sabía que existían.

—Antes de comer hay que lavarse las manos y recitar la correspondiente «berajá» —comentó ella con un orgullo que mal le cabía en el pecho—, después el «hamosí»: la bendición sobre el pan.

—Mutti nos exige lo mismo, solo que nosotros agradecemos a Dios por la comida, generalmente después de que Martín haya metido un poco de pan en la boca y ganado una colleja de nuestra madre.

Lya rio por lo bajo, en especial al decir que su hermano sería un pésimo judío, ya que no respetaba ninguna norma. Aunque, no pensaría lo mismo tras alistarse a las SS, pensó él en secreto, evocando los folletines de las SS y sus reglas. Miró a Lya con ojos soñadores.

«Ella será mi esposa y se convertirá al catolicismo, dejará de ser judía» se dijo, pero sin la convicción que necesitaba su corazón.

—Cuando se termina la comida se dice la «bircat hamazón», una oración de Acción de Gracias. Los sábados y los festivos, antes de la bendición sobre los panes, se canta «el quindús»: la santificación sobre el vino.

Sebastián se puso muy serio de un momento a otro.

—Tu circuncisión te lo haré yo, mi amor —soltó ella y lo sacó de sus pensamientos de golpe—, ¿sabía que te despabilaría esto! —soltó una risita, pero él no—, ¿te convertirías al judaísmo por mí, Sebastián? —lanzó ella con cierta vacilación.

Se miraron por varios segundos, segundos que les parecieron eternos.

—Por ti cruzaría el infierno, Lya.

Ella lo contempló con atención, como si estuviera analizándolo. ¿Por qué tardó tanto tiempo en contestar? ¿Acaso pensaba igual que Hitler?

—¿Y tú, Lya?

Esta vez ella tardó más de lo normal en contestarle, no porque tuviera dudas al respecto, sino porque se puso a analizar con meticulosidad ambas posibilidades.

—Por ti sería capaz de pelear incluso contra Hitler.

Sebastián volvió al presente con un enorme nudo en el pecho.

—Me conformaría con que lucharas contra tus padres, mi amor.



Lya se puso las ropas que Emma le consiguió para ir a la cárcel como Luka, el amigo judío de Sebastián. Se colocó la boina tras recoger su larga melena en un rodete. Emma la miró con atención por detrás de ella. Sus ojos se encontraron y se gritaron tantas cosas en silencio. Sebastián llevaba tres días preso y pronto lo trasladarían a otra prisión. Desesperada, se presentó en la cárcel, donde al fin pudo volver a verlo.

—Lya —dijo él desde la celda—, mi amor, no debiste venir aquí.

No podían tocarse, abrazarse o besarse ya que un policía los vigilaba a pocos metros de la celda.

—Tu patrón te quitará de aquí, mi amor —le dijo Lya con lágrimas en los ojos—, tu padre habló con él y creo que es amigo del juez o algo así, no estoy muy segura.

Los ojos de Sebastián se llenaron de lágrimas al percibir la tristeza en el rostro escuálido de Lya, que mal podía comer.

—¿Estás bien, cielo?

Sebastián y Lya estaban agarrados a las rejas de hierro con todas sus fuerzas.

—No consigo retener nada en el estómago, Sebastián —le confesó ella, con agonía—, todo me causa náuseas.

Él le dijo que eran efectos de los nervios, la desesperación y las incertezas. El alemán rozó los nudillos de la joven con discreción a la vez que clavaba sus ojos azules en los de ella. Una lágrima atravesó la mejilla de la judía y él se la secó con el pulgar.

—Casémonos lo antes posible, Lya.

El corazón de la muchacha se detuvo por unos segundos y luego empezó a aporrear su caja torácica con violencia. Un gemido se le escapó ante la fuerte emoción que sentía.

—Sí —dijo sin rechistar—, cuando salgas de aquí, nos casaremos, mi amor.

Se miraron con intensidad por varios minutos, hasta que el policía les dijo que el horario de visitas había terminado. Lya y Sebastián no podían decirse nada, ya que aquel agente estaba al lado de ella, pero no era necesario, a través de sus ojos se gritaron «te amo». Lya salió del lugar muy conmovida, tanto que, perdió el conocimiento entre los brazos de su prima. Cuando abrió los ojos, a la primera persona que vio, fue a Petra.

—¿Petra?

La amiga de Sebastián y Emma la miraron fijo por unos segundos. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía allí? ¿Qué pasó? Una fuerte punzada de dolor en la cabeza la hizo soltar un gemido de dolor.

—¿Te sientes mejor, Lya?

Ella negó con la cabeza, al tiempo que las lágrimas atravesaban su rostro sin parar. Estaba desesperada, al borde de un colapso nervioso. Petra le ofreció una taza de tilo para tranquilizarla. Luego se levantó y cogió algo de su armario. Emma se sentó en la cama y cogió la mano de Lya entre las suyas.

—Este vestido te compró Sebastián el otro día —le dijo Petra—, para vuestra boda.

Lya alargó la mano tras depositar la taza sobre la mesilla. Cogió el delicado vestido estilo medieval manga corta y blanco como las nubes en pleno verano. En el centro del delicado escote se encontraba un pequeño tulipán morado, símbolo de amor eterno para ambos.

—Mi amor —dijo, llorando.

Petra le contó el plan que habían armado con Sebastián los últimos días. Lya y Emma la escucharon con suma atención. Era una locura, una dulce locura.

—¿Estás lista para huir con él, Lya? —le preguntó Petra—, una vez que lo hagáis, no hay vuelta que dar.

Lya pensó solamente en su padre, en la vergüenza que pasaría delante de sus amigos y conocidos. En ningún momento pensó en su fría y distante madre, que probablemente, abandonaría a su padre tras su huida. Sebastián pretendía llevarla a Suiza, lo más lejos posible de todos, dejando atrás incluso a su familia.

—Tengo certeza —dijo Lya—, completamente.

Petra le cogió de las manos y sonrió con ternura.

—Sé que no confías en mí —soltó la joven con un temblor en la voz—, pero tu amor sí y tú confías en él, ¿no?

Lya evocó lo que Sebastián le dijo en la cárcel sumido en rabia y rencor: *«Te salvaré a tiempo, mi amor»*.

Lya no comprendía a qué se refería exactamente, pero temía adentrarse en ello y encontrarse con el abismo que se ocultaba detrás de aquellas palabras. Nunca había visto a Sebastián tan dolido, tan decepcionado y tan tajante con respecto a sus sentimientos.

—Tengo miedo —soltó Lya en un acto reflejo.

Petra frunció el entrecejo.

—Es normal, Lya.

El miedo podía asumir el control de sus sentimientos y acciones. Pero el amor que sentía por Sebastián era mucho más poderoso que cualquier otro sentimiento. Podía vivir sin su familia, pero no sin él.

En otro lugar, el señor Hoffmann consiguió liberar a Sebastián tras pagar una fianza considerable. Su buen patrón le invitó a un trago tras salir de la cárcel. Con una apariencia más desprolija, Sebastián aceptó la invitación tras rascarse la barbilla oscurecida por una barba dorada de tres días. Por primera vez, Max Hoffmann le habló de su hija y lo que significaría para él que la desposara. El joven mal podía tragar su saliva tras escucharlo. ¿Aquel sería el

precio de su ayuda?

—Erika es una buena chica, pero me temo que su discapacidad genere lástima en cualquier pretendiente. Además de interés.

Max le explicó sobre su estado de salud. A pesar de los tratamientos, su corazón seguía creciendo, según le dijo su médico y las probabilidades de que sobreviviera tras una difícil cirugía eran mínimas. Por tales razones, buscaba un buen marido para su única hija y heredera. Sebastián enarcó una ceja cuando él puso énfasis en la última palabra: «heredera». ¿Qué se ocultaba detrás de aquella propuesta?

—Lo siento, señor.

No le dijo nada más, porque pronto se casaría con Lya, y huirían juntos sin dejar rastro. El señor Hoffmann posó su mano sobre la de él y lo miró con afecto.

—Serías un buen marido y un buen padre, Sebastián.

Su patrón decidió ser más directo y objetivo.

—Confío plenamente en que tomarás la mejor decisión, hijo.

Él asintió, no podía hacer nada más. Pensó en Erika, y sintió una profunda lástima por ella, quiso evitar sentir aquello, pero fue mayor que su voluntad. Aquella dulce joven le inspiraba paz, ternura y compasión. Si no hubiera conocido a Lya antes, quizá se hubiera enamorado de ella, quizá.

—Te estaré esperando, Sebastián —le dijo su patrón con una sonrisa—, descansa este fin de semana y vuelve a la granja con la mente despejada y el corazón aliviado.

Max Hoffmann no le dijo que su antecedente estaba limpio como el alma de un recién nacido. Prefirió guardar aquella sorpresa para cuando él regresara a la granja, dispuesto a concederle su último deseo.

—Gracias, señor, por todo.

Alargó la mano en dirección de su patrón, pero él lo estrechó con cariño y le palmeó la espalda con vigor.

—De nada, hijo.

Sebastián se apartó de él y se alejó a cámara lenta rumbo a su casa, donde sus padres y Martín lo recibieron con besos y abrazos.

—Mi hijo —dijo María, llorando—, has vuelto a casa.

Ella maldijo a los Rubinstein, en especial por la manera fría en que Martina la trató el día que fue a verla para pedirle de rodillas que sacara a su hijo de la cárcel.

—Espero que algún día paguen cada lágrima que derramé por ti, hijo.

El tono de María era frío y severo. Su padre opinaba lo mismo y Martín, aunque no decía nada, pensaba igual que ambos.

—Me bañaré —dijo Sebastián.

Sebastián oteó a sus padres y a su hermano con un enorme nudo en el pecho. ¿Cómo viviría sin ellos? ¿Cómo lograría ser feliz sin ellos? En la bañera, las lágrimas se le cayeron de los ojos y se entremezclaron con el agua. En dos días se casaría con Lya en un pequeño pueblo llamado «Radevormwald» donde uno de los clientes de Petra les realizaría la boda civil sin el permiso de los padres de Lya. Todo estaba listo, menos sus corazones.

—¿Por qué, Señor? —preguntó Sebastián—, ¿por qué el amor no es suficiente?

Lya guardó el vestido en una pequeña maletita que había preparado a escondidas tras la cena mientras evocaba el dulce abrazo que le dio a su padre aquella noche. Cogió la carta que le escribió y la puso debajo de su novela favorita. Tarde o temprano, su nana la encontraría y se la daría a su padre.

—Lo siento, papá.

Pero cuando eso ocurriera, ella ya estaría lejos con el amor de su vida. Lejos de ellos. Lejos de todos.

—No me dejaron otra opción, papá.

El destino y sus jugadas

Sebastián subió al autobús con su maleta tras despedirse de sus padres y sus hermanos aquel caluroso sábado en que pretendía marcharse de su tierra para siempre. Mientras se alejaba de su pueblo, evocó el adiós de aquellos que siempre recordaría y amaría, a pesar de la distancia y el tiempo.

Joachim ahuecó su rostro entre sus manos y lo miró con fijeza, como si supiera algo. ¿Lo sabía? ¿Se lo dijo Emma? Intercambiaron una mirada teñida de complicidad. El soldado lo abrazó con todas sus fuerzas, como si presintiera que aquel sería el último día en que se verían.

—Sé feliz, hermano —le dijo él y las lágrimas empañaron sus ojos—, no temas serlo.

Martín lo abrazó.

—Cuidate, patito.

Aquel dolor que sentía en el corazón era insoportable.

—Lo haré, monito.

—Buen viaje, hijo —le dijo su madre—, saludos al señor Hoffmann, tu ángel de la guarda.

Sebastián estrechó con afecto a su madre, con una añoranza que arañó con saña su corazón.

—Te amo, Mutti, nunca lo olvides y nunca, nunca lo dudes.

Las lágrimas anegaron el rostro de su madre, ¿acaso conocía el secreto de su corazón? Ella era su madre y muy en el fondo, lo presentía.

—¡Vuelve pronto, hijo! —le dijo su alegre padre—, tus ovejitas te esperarán —bromeó y lo abrazó con afecto.

—Sí, papá. Gracias por ser el mejor padre del mundo.

Aquella declaración inesperada robó un largo suspiro de Karl.

—Tú eres el mejor hijo del mundo, Sebastián.

Sebastián miró su adorado pueblo natal a través de la ventanilla del autobús con ojos lacrimosos mientras evocaba sus mejores momentos vividos allí. Esbozó una tímida sonrisa cuando Lya apareció entre ellos. Era su destino

conocerla y enamorarse.

—Te amo tanto, Lya.

El conductor anunció la parada final y lo devolvió al presente de golpe. Cogió su maleta y se bajó del vehículo. Levantó la cabeza y observó boquiabierto el cambio de tiempo. Pronto llovería.

Petra lo esperaba en el pueblo con una amiga, ambas serían testigos de aquella locura llamada amor. Emma decidió no ir, no tenía fuerzas para ello. Magda, ignoraba la decisión de Lya, su hermana optó por lo mejor, protegerla del dolor.

—¡Sebastián! —chilló Petra frente al ayuntamiento—, ¿estás listo para...?

Petra sonrió con tristeza.

—Hola —saludó Sebastián—, gracias por formar parte de esto, ratita.

La alemana lo estrechó con afecto.

—Tu felicidad es la mía, patito.

Se apartó y le ayudó con la pajarita. Sebastián llevaba un traje color crema que realzaba su pelo dorado y su piel curtida. Eso sin mencionar sus ojos casi transparentes aquel día un tanto gris.

—¿Qué hora es?

Petra visualizó su reloj.

—Las doce en punto.

Impaciente, Sebastián metió una goma de mascar en la boca y la masticó sin parar mientras se movía de un lado al otro con nerviosismo cerca de la parada de autobús. Las horas pasaron en un suspiro...

—No ha venido —susurró Sebastián.

Esperaron dos horas, pero Lya nunca apareció.

—El encargado del registro ya no puede esperar, Sebastián —le dijo Petra, entristecida—, tendrán que esperar hasta la semana que viene.

Él asintió con un enorme nudo en el pecho. Sin decir una sola palabra, cogió sus cosas y se marchó al pueblo bajo la tímida lluvia que empezaba a regar el lugar. Petra intentó detenerlo, pero él la ignoró. En lugar de coger un autobús, decidió caminar los casi veinte kilómetros.

—¿Por qué no viniste, Lya? ¿Por miedo? ¿O te pasó algo?

La lluvia se intensificó a medida que se acercaba a su pueblo. Sin rechistar, se dirigió a la casa de Lya, donde su nana le comentó lo sucedido con el padre de la joven.

—El señor Rubinstein sufrió un derrame cerebral y está en peligro de

muerte, Sebastián.

Con el corazón en la mano, salió de la casa y se enfiló hacia el hospital. Preguntó a la recepcionista dónde se encontraba el señor Rubinstein. Lya lo vio en el pasillo y se acercó a él con pasos firmes y mirada fría.

—¡Lya!

Sin decirle una sola palabra, le dio una fuerte bofetada que resonó por todo el lugar. El rostro de Sebastián quedó marcado por los dedos de la joven, que furiosa le gritó a voz en cuello frente a todos:

—¡Por tu culpa mi padre está a punto de morir!

El alemán la miró atónito. ¿Qué quería decirle con aquello? ¿Qué había hecho él? Confundido, la miró con ojos interrogantes.

—¿Por qué me hiciste esto, Sebastián? —le dijo ella llorando con amargura—, ¿es por lo que te hizo? ¿Por eso?

Los ojos de Sebastián se llenaron de lágrimas.

—Lya, amor mío, ¿qué hice para merecer esto?

Con el rostro anegado en lágrimas, Lya le dijo entre sollozos:

—Mi padre recibió tu carta —ella lloraba con mucha amargura—, recibió el dibujo que me hiciste, ¿por qué me humillaste de este modo ante él? —golpeó el pecho del alemán con sus puños—, ¡¿por quééé?! —él le sujetó las muñecas y la obligó a que lo mirara a la cara—, ¡si mi padre muere, jamás te perdonaré, Sebastián!

Joshua los observaba con atención mientras bebía café con ojos victoriosos. Visualizó su reloj de pulsera con aire desapasionado, esperando el momento correcto para acercarse a ambos y darles la terrible noticia sobre su colega.

«Jaque mate, Sebastián» pensó el médico con una sonrisa burlona en los labios.

—¡¿Crees que yo haría algo así?!

Lya se apartó y cogió el dibujo que él le había hecho tiempo atrás de su bolso. En él, la joven aparecía completamente desnuda con una gargantilla de la cual pendía una cruz. Sebastián miró estupefacto el diseño que había guardado en un pequeño baúl de madera bajo su cama. Nadie tocaba sus cosas, ni siquiera Martín, que siempre fue un fisgón.

—¡¿Esto responde a tu pregunta?!

—Lya, yo no sé cómo esto fue a parar en las manos de tu padre —le dijo él con lágrimas en los ojos—, mi amor, te lo juro, yo no...

Lya negó con la cabeza.

—¡Basta! ¡Por favor! —rogó gritando—, estabas cabreado con él y cómo íbamos a huir, pensaste en la mejor manera de vengarte —las lágrimas caían sin cesar de sus ojos—, humillándolo a él y a mí a la vez —la voz se le apagó—. No. Quiero. Volver. A. Verte, Sebastián.

El alemán abrió mucho sus ojos antes de caer de rodillas ante ella con el rostro encharcado de dolor. Ella sintió un dolor sordo en el pecho.

—Lya, mi amor, por favor, ¿mírame? En mis ojos encontrarás la verdad, yo no hice esto, te lo juro por nuestro amor, te lo juro.

Joshua se acercó a ambos con expresión seria.

—Lya, tu padre entró en coma.

Lya soltó un profundo llanto cargado de dolor antes de abalanzarse sobre Sebastián como una fiera herida.

—¡Por tu culpa mi papá está así! ¡Por tu culpa! ¡Vete! ¡Vete de aquí! ¡No quiero volver a verte!

Joshua la sujetó.

—Vete, Sebastián —le pidió él.

Sebastián tenía la cara enrojecida tras los golpes que recibió. Miraba a Lya a través de la cortina de lágrimas que empañaba sus ojos. No entendía nada, no podía hacerlo, aunque lo tratara.

—¡Veteeee! —gritó Lya, afónica—, ¡no quiero volver a verte! ¡Nunca más!

En ese lapso, él se dio cuenta de que llevaba el vestido blanco que él le había comprado en el mercadillo del pueblo días atrás. Lya pensaba ir al ayuntamiento, pero al enterarse lo de su padre, todo cambió. Su alma. Su corazón. Su destino.

—¡Vete! ¡Vete! —gritaba ella con un odio que caló hondo el corazón de Sebastián—, ¡me haces daño estando aquí!

Sebastián salió del hospital con el corazón latiéndole a todo vapor. Lloraba como un crío, sin comprender muy bien lo que acababa de pasar. Una enfermera se acercó y le aplicó un sedante a Lya, que tras unos segundos, dejó de gritar. Joshua la cogió en brazos y la llevó a una sala. La depositó sobre la camilla y miró horrorizado el chorro de sangre que se deslizaba de la entrepierna de la joven. En pocos segundos, la cama quedó completamente manchada bajo ella.

—Es una hemorragia —dijo la enfermera—, está perdiendo demasiada sangre, doctor.

Atónito, Joshua tardó en reaccionar.

—Llama al ginecólogo —le dijo a la enfermera—, ¡ahora!

Joshua no necesitaba ser un especialista para saber que Lya acababa de sufrir un aborto.

—¿Estabas embarazada?

El médico la miró por unos segundos mientras evocaba lo sucedido con su padre horas atrás...

Llamó a la casa a toda prisa tras socorrer a Albert, que por muy poco, no tragó su lengua. Lya apareció en el hospital llorando a lágrima viva.

—¿Qué le ha pasado, Joshua?

El médico apretó con fuerza sus dientes antes de alargarle el dibujo que Sebastián le había hecho tiempo atrás. El papel estaba arrugado.

—Tu padre tenía esto entre las manos, Lya.

Albert, al parecer, recibió una carta de Sebastián, donde este le contaba sobre su huida con su hija, seguro de que Lya nunca se enteraría, pero el destino quería otra cosa.

El ginecólogo del hospital entró en el cuarto y lo devolvió al presente de golpe.

—¿Qué ha pasado? —dijo su colega al entrar—. Madre mía, está perdiendo mucha sangre.

Joshua miró con rabia a Lya, por primera vez sintió asco de ella.

—Creo que está sufriendo un aborto —dijo Joshua tras recomponerse.

El ginecólogo se propuso a revisarla.

—Puede que aún salvemos al bebé —soltó.

Joshua se acercó a su colega y lo miró con atención.

—No quiero que se salve, Isaac.

Su colega lo miró desconcertado por varios segundos. ¿Qué le estaba pidiendo? Sin adentrarse en el tema, llamó a la enfermera y le pidió que preparara todo. A pesar de sus esfuerzos, Lya perdió el bebé.

—Ella no necesita saberlo —dijo Joshua—, suficiente tiene con lo de su padre.

Isaac no dijo nada.

—Mañana puede revisar su cuenta, doctor Liebermann —repuso Joshua en tono serio—, sé que su hijo necesita el dinero para estudiar en Suiza.

Isaac no dijo nada, nunca dijo nada.

El silencio de los inocentes

Dos semanas después...

Sebastián bebió hasta perder la cordura aquel último fin de semana. Su aspecto dejaba mucho que desear, la barba de una semana, el pelo revoltoso y la ropa mugrienta le daban un aire desprolijo y atormentado. Sus padres y sus hermanos trataron de consolarlo, pero él no los escuchaba.

—¡Te vas a matar! —le gritó su madre, iracunda—, ¡maldita sea!

—¡Pues eso quiero, Mutti! ¡Me quiero morir!

María le dio una fuerte bofetada que le hizo girar la cara al otro lado.

—¡Todo por culpa de esa maldita judía!

—No digas eso, Mutti —le rogó él, llorando como un crío—, fui yo quien le rompió el corazón.

Martín había viajado con su padre para alistarse a las SS y no podría cuidarlo como los otros días.

—No salgas, hijo —le imploró ella, pero él no la obedeció—. ¡Hijo! ¡Por favor!

Sebastián salía a muy tempranas horas de su casa todos los días y se sentaba frente a la mansión de Lya con una botella de whisky entre manos hasta el anochecer. Lya no atendía sus ruegos, no lo recibía y la mayoría de las veces, salía de la casa en su coche sin dirigirle la mirada siquiera. Él solía correr detrás del vehículo hasta perder las fuerzas, anegado en lágrimas.

—¡Lyaaa! —gritaba con desesperación—, ¡perdónameee!

Albert seguía luchando por su vida, según le dijo Petra. Lya iba todos los días al hospital y se quedaba cerca de su padre hasta el atardecer. No hablaba con nadie, no comía bien y mal podía respirar sin sentir dolor. Emma y Magda iban a verla todos los días, pero ella no decía nada, solo lloraba.

—Lya, cariño, debes comer por tu padre —le dijo Emma, la última vez—, él te necesitará fuerte.

Lya, con la cabeza recostada sobre sus piernas, en posición fetal en el sofá de la sala de espera, lloraba con amargura la suerte de su padre, que continuaba en estado de coma. Su mujer, Martina, vino a verle solamente dos

veces, algo que conmocionó profundamente a Lya.

—¡No tienes corazón, madre! —le gritó antes de salir de su casa.

—Al menos yo no dejé a mi padre al borde de la muerte, Lya.

Martina la escuchó sin querer cierto día en el hospital mientras ella lloraba en los brazos de Joshua la suerte de su padre. Lya dijo claramente: mi padre está así por mi culpa, por lo que pensaba hacer con Sebastián. A pesar de preguntárselo, su hija no le dio mayores detalles de lo que pensaba hacer con el jardinero. Aquello abrió una profunda herida en el corazón de la joven, que salió de la mansión anegada en lágrimas. Para empeorar la situación, vio a Sebastián cerca del portón, parado y agarrado a las rejas con expresión vacía. Nunca lo había visto de aquel modo, tan dejado y tan triste. A pesar de sentir una profunda lástima por él, decidió que no volvería a dirigirle la palabra mientras viviera. Aunque lo amara con toda el alma, no podría vivir tranquila con aquella culpa tan feroz que cargaba en su corazón.

—Lya, Sebastián sería incapaz de hacer algo así —le dijo Emma con firmeza—, te ama demasiado.

Lya no quería escucharla.

—Iré al servicio.

Se lavó la cara y se miró al espejo con ojos huidizos al tiempo que deslizaba sus manos en su vientre vacío. Por un momento, pensó que estaba embarazada de Sebastián, ya que tenía más de dos semanas de retraso. Pensaba decirlo en la luna de miel en la cabaña de sus abuelos, donde pensaban pasar una noche antes de marcharse a Suiza. Sin embargo, Dios tenía otros proyectos, otro destino para ambos. Según le dijeron en el hospital, sufrió una hemorragia ante las fuertes emociones, pero no un aborto, como pensó al inicio. El vestido manchado de sangre, su vestido de novia, se lo llevó Emma, quien lo lavó y lo puso en una caja de cartón como le pidió Lya. Dentro, días después de salir del hospital, metió todas las cosas que le recordaban a él, a Sebastián. Cartas, poemas, algunas fotos, flores secas, libros y un peluche. No quería nada del hombre que mató el alma de su padre. Sebastián lloró con amargura al recibir la caja, tras lo cual empezó a beber como un cosaco en busca de consuelo.

—Nunca podré perdonarte, Sebastián, nunca.

Sebastián caminó en zigzag hasta llegar a la casa de Petra, que aquel día llevaba una peluca oscura y un vestido floreado muy familiar. ¿Era de Lya? Confundido, entró en la casa y lloró en los brazos de su amiga, que lo consoló hasta la hora de su cita laboral.

—Duérmete, patito.

Deslizó sus dedos por su pelo rubio y sonrió con tristeza ante su gran pena. Como amiga se sentía imponente, no sabía qué hacer para ayudarlo. Lya fue muy tajante la única vez que trató de hablar con ella.

—¡No quiero verlo! ¡Nunca más!

Con el alma a sus pies, salió de su casa rumbo a su cita de aquella noche. Su misterioso cliente la esperaba cerca del bosque. Cuando la vio, sin decir una sola palabra, la hizo suya allí mismo, contra un árbol.

—Me encanta tu aroma —le susurró—, y el pelo oscuro te queda muy bien.

Petra sonrió satisfecha al recibir su paga.

—Tú solo pídemme y yo obedeceré.



Sebastián abrió sus ojos con mucha pereza aquella turbia mañana de sábado. Se sentó en la cama con un dolor de cabeza insoportable mientras Petra se bañaba en el cuarto de baño al son de una alegre canción alemana. Tragó con fuerza al sentir una terrible quemazón en la garganta. Petra salió del cuarto envuelta en una toalla blanca y con el pelo mojado. Lo miró con una sonrisa torcida en los labios y una gran pena en la mirada. Su amigo estaba irreconocible. Nada había restado del atractivo joven que despertaba pasiones en las chicas.

—Buenos días, Sebastián.

Él bajó la mirada al percibir que estaba desnudo bajo las sábanas. Conmocionado ante ello, le preguntó a su amiga si había pasado algo entre ellos. Petra rio de buena gana.

—¡Nooo! ¡Aunque me pagarás! Somos como hermanos, Sebastián.

Petra le explicó que, durante la madrugada, había vomitado y tuvo que quitarle las ropas.

—¿Incluso mi ropa interior?

Ella asintió al tiempo que le decía, que tras quitarle la camisa y los pantalones, también vomitó por sus calzoncillos. Y, además, se pasó toda la noche llamando y llorando por ella, por Lya.

—Lo siento mucho, Petra.

Su amiga se desnudó frente a él sin mucho tapujo. Se vistió como si él no estuviera allí. Sorprendido, desvió la mirada mientras ella le decía que iría a su casa a por sus ropas y dejaría las sucias allí.

—No lo hagas —le rogó él sin mirarla—, las lavaré y luego me las pondré.

Petra se sentó a su lado tras vestirse.

—¿Quieres quedarte aquí, patito?

Sin levantar la mirada, él asintió.

—Está bien. Ya sabes dónde están las cosas y, por favor, come algo. ¡Estás muy delgado!

Ella se retiró de la casa y lo dejó a solas. Sebastián se levantó y cogió sus ropas del sillón. Las llevó al lavadero, y las metió en el agua. Miró con atención las mismas, ¿y el vómito? Negó con la cabeza.

—Seguro deseché solo líquido —se dijo, desanimado—, Lya, mi amor —musitó y las lágrimas se hicieron presentes—, no desistiré de nosotros. Te demostraré que soy inocente.

Sumergió sus ropas en el agua mientras trataba de encontrar respuestas a sus tantas preguntas. ¿Cómo aquel dibujo llegó a las manos del doctor Rubinstein? ¿Por qué Lya pensaba lo peor de él? ¿Acaso no lo conocía lo suficiente como para saber que él sería incapaz de hacerle daño a ella?

—¿Cómo pudiste pensar eso de mí, Lya?

El alemán se puso en su lugar, ¿hubiera reaccionado del mismo modo? ¿Le hubiera creído? Con un enorme peso en el corazón, empezó a llorar entretanto la melodía de Lya, aquella que solía canturrearle tras hacer el amor o mientras se lavaban en la bañera, sonaba en su cabeza y aumentaba su desazón a niveles insospechados.

—Sebastián —repetía Lya cerca de la camilla de su padre—, ¿por qué me hiciste esto? ¿Por qué?

La razón le gritaba que debía odiarlo, pero el corazón se refugiaba detrás del amor que sentía por él, que siempre sentiría por él.

«Soy esclava de tu amor, Sebastián.

Su amado salió de la casa de Petra a la medianoche, tras coger una botella de vino de la misma. Durmió gran parte del día tras lavar sus ropas. Apenas probó bocado después de levantarse y bañarse. Se dirigía a su casa cuando decidió cambiar de rumbo. Se volvió y se fue hacia el bosque bebiendo cada tanto un sorbo del vino. Las lágrimas se hicieron presentes y el dolor tomó de rehén su corazón.

—Lya, mi amor —dijo con agonía.

De pronto, escuchó unas pisadas que venían en su dirección. Cuando se volvió, alguien le dio un puñetazo certero en la mandíbula, que terminó derrumbándole con violencia en el suelo. Antes de que pudiera reaccionar, tres hombres empezaron a golpearlo con los puños y los pies. Sebastián trató de defenderse, pero estaba muy borracho y mal pudo gritar ante los fuertes golpes que recibía. La sangre emanaba a chorros de su nariz y de su boca. Su rostro estaba irreconocible. Uno de ellos le jaló del pelo con brusquedad y le dijo con voz amenazante:

—Lya quiere que la dejes en paz.

Sebastián soltó un jadeo. ¿Lya estaba detrás de aquel ataque? ¿Tanto lo odiaba?

—Creo que hemos exagerado —dijo otro en tono sombrío.

—Mejor nos vamos —dijo un tercero.

Sebastián se arrastró unos metros tras despertarse, mal podía pararse tras las palizas que recibió. Nunca había sentido semejante dolor en su vida. Incluso respirar se hizo doloroso. Trató de levantarse, pero una punzada en el abdomen, lo hizo perder el equilibrio. Soltó un gemido de lamento, pero nadie acudiría a su auxilio, ya que todos dormían por aquellas horas.

—Lya —musitó él, llorando con amargura—, perdón...

El alemán perdió la consciencia, lapso en que Lya abrió sus ojos de golpe. «Sebastián».

Susurros de amor

La lluvia golpeaba de manera incesante las ventanas del cuarto mientras Lya cogía la mano vendada de Sebastián, que llevaba días internado en el mismo hospital que su padre tras ser brutalmente atacado. Tanto Martín como Joachim buscaban la manera de descubrir quiénes fueron sus opresores, pero no habían encontrado nada hasta el momento. Emma visitó a su prima y le comentó lo sucedido y ella decidió visitar al alemán, que estaba postrado en una camilla, inconsciente. Unos vecinos lo socorrieron y lograron salvarle la vida:

—¿Quién te hizo esto?

Lya escrutó con lágrimas en los ojos al hombre que amaba con toda su alma. Sebastián tenía los ojos muy hinchados y azulados. Los pómulos eran de un morado muy intenso y los labios estaban muy inflamados. Tenía unas costillas rotas y una mano enyesada. Estaba irreconocible.

—Mi padre se ha despertado —le dijo ella, llorando—, pero no puede hablar, ni moverse —las lágrimas anegaron su rostro—, jamás volverá a ser el mismo de antes por tu culpa —miró a su amado con infinita tristeza—, quisiera entender por qué lo hiciste y por más que lo haga, no logro hacerlo.

Un trueno en el cielo la hizo respingar en un acto reflejo.

—Quisiera odiarte, pero no puedo, aunque lo intento, no puedo odiarte.

Se levantó de la silla y acercó su rostro al de él con mucho cuidado. Le acarició el pelo dorado con mucha ternura mientras depositaba un tímido beso en su magullada cara.

—He decidido perdonarte porque te amo —le susurró—, y con ello dejarte libre, Sebastián.

Petra los observaba desde el umbral al lado de Emma. No podía escucharla, pero presentía lo peor, al igual que la prima de Lya, que con lágrimas en los ojos escrudiñaba la escena mientras esperaba a Joachim, que llegaría en cualquier momento.

—¿Sabes de una cosa? Saúl, el mejor amigo de mi padre, vino ayer a verlo y me dijo que él siempre soñó con verme casada con un buen judío.

Sus lágrimas empaparon el rostro de Sebastián como las gotas de la lluvia

lo hacían con los cristales de las ventanas. Lya le habló de Saúl y sus charlas con su padre los últimos meses. La culpa que sentía ella la impulsaron a decidir algo, algo que cambiaría para siempre sus destinos.

—Decidí concederle su deseo, Sebastián —farfulló con un enorme nudo en el pecho—, decidí casarme con un judío —se le quebró un poco más la voz—, amándote a ti por el resto de mi vida.

Joachim y Martín llegaron al lugar algo empapados. Se quedaron a pocos metros de la puerta sin acercarse del todo a Petra y Emma, mirando a Lya con ojos interrogantes. ¿Sebastián la escucharía? ¿Se despertaría tras ello?

—Tú debes abrir tus ojos y seguir viviendo —le dijo Lya—, casarte con una buena mujer y tener muchos hijos con pelo dorado y ojos muy azules —suspiró muy hondo—, lo nuestro fue maravilloso e inolvidable, porque los romances imposibles así lo son.

Depositó un beso en sus labios.

—Te perdono y te dejo libre, mi amor.

Lya cogió su bolso y salió del cuarto sin dirigirle la mirada a nadie, ni siquiera a su prima. Durante el camino, se rompió a llorar mientras evocaba sus mejores momentos al lado de Sebastián. Sus peleas, sus reconciliaciones, sus risas, sus llantos y sus promesas. Cruzó la puerta principal y se enfiló hacia su casa bajo la fuerte tormenta que caía aquella triste tarde de verano en que decidió cumplir el sueño de su padre y enterrar el suyo de paso. Se detuvo bajo el árbol de cerezo de su jardín donde solía pasar todas las tardes con Sebastián tras el almuerzo. Se puso de espalda a él y lloró con desfallecimiento mientras se deslizaba contra el tallo hasta caer sentada entre sus raíces.

—¡Sebastián! —gritó con todas sus fuerzas—, ¡te amo!

En ese mismo instante, su eco resonó tan fuerte en el corazón de Sebastián que lo despertó de su letargo de golpe. Abrió sus ojos de par en par.

—Lya —susurró sin fuerzas—, te amo.

Unas lágrimas desbordaron sus ojos inflamados mientras Joachim y Martín gritaban de alegría al verlo despierto, sin sospechar que por dentro estaba muerto.

«Te perdono y te dejo libre, mi amor» resonó en su cabeza como un eco frío y lejano que despertó cada fibra de su cuerpo al comprender que Lya había desistido de todo, había desistido de él.

—¡Déjame libre, Sebastián! —chilló Lya—, ¡déjame libre!

Ella era consciente de que aquello que rogaba al cielo era imposible.

Jamás podría olvidarlo, jamás podría dejar de amarlo mientras viviera.

—¡Soy esclava de tu amor! —chilló, sollozando con desesperación—, ¡soy tu esclava!



Sebastián volvía a la vida, volvía a la vida sin ella, sin Lya, sin su amor. Todos festejaban su regreso, menos él, que parecía un muerto viviente. Emma lo miraba con profundo dolor mientras su madre le decía dulces palabras. Giró su rostro de un momento a otro y escrutó con un enorme nudo en el pecho el anillo que le había dado a Lya el día que le pidió en matrimonio. Aquella joya representaba la unión de sus corazones que hoy, estaban libres para seguir sus caminos, lejos el uno del otro.

—Se acabó —pensó él—, todo se acabó.

Joshua y Lya se comprometieron dos semanas después del alta de Albert, que yacía postrado en una silla de ruedas, incapaz de moverse o hablar. Martina, en lugar de conmoverse ante su triste destino, se mostró aún más fría y distante. Lya ya no le reprochaba, ya no le pedía nada, solo que no molestara a su padre.

—¿Estás bien, papá?

Martina escrutó con malicia a su marido mientras él evocaba el día que sufrió el derrame cerebral por su culpa, por lo que leyó en su diario.

«Dika caminó bajo la lluvia rumbo a la torre del pueblo. La seguí con sigilo bajo mi paraguas mientras los rayos tronaban con fiereza en el cielo. Ella subió las escaleras como un fantasma, dispuesta a dar fin a su martirio. Cuando llegó a la cima, grité su nombre. Ella se volvió trepidante y la empujé sin pensar dos veces. Un grito camuflado por unos truenos se le escapó de la garganta antes de caerse. Salí corriendo del lugar y regresé a mi casa con una alegría indescriptible en el pecho. Al día siguiente, la encontraron muerta y al fin mi destino se cumplió».

—Esposo —le susurró Martina en el oído—, mi diario se convirtió en cenizas al igual que tu amada Dika.

Los ojos de Albert se llenaron de lágrimas cuando Martina le confesó que

llevaba días envenenándole con unas hierbas venenosas. Decepcionada, resopló al decirle que debía morir y no sobrevivir como un «ser inservible».

—Nadie jamás descubrirá la verdad, mi amor —acotó y se alejó de él con una sonrisa muy maquiavélica.

«Dios sí y él sabrá darte tu merecido» pensó Albert.

Magda y Emma se miraron con extrañeza mientras Lya fingía una alegría que en verdad no sentía. Todo lo contrario de su futuro marido, que sonreía victorioso y con un júbilo indescriptible en el corazón. Pronto sería el esposo de la única heredera del doctor Rubinstein, dueño de una de las clínicas más modernas del país.

—No entiendo a Lya —dijo Magda tras beber un sorbo de champán—, todo es tan precipitado.

Emma chocó contra un camarero, derrumbó su bandeja y salpicó a varios invitados de paso. Pidió disculpas y se apartó de allí con su hermana.

—Lya está huyendo del dolor, Magda.

Su hermana se volvió y miró por encima del hombro el desastre que acababa de hacer su hermana. Sonrió con expresión ladina.

—¿Metiéndose en la boca del lobo?

Emma se encogió de hombros.

—Lo que hizo Sebastián fue muy mezquino, Magda.

Magda enarcó una ceja en señal de confusión.

—Hay algo raro en esta historia, Emma. Algo no cuadra.

Magda miró a su prima con atención. Nunca la había visto más infeliz en toda su vida. Aunque decidió casarse con Joshua, muy en el fondo, siempre amaría a Sebastián.

—Pienso lo mismo, Magda. Pero ¿qué podemos hacer?

—Tratar de impedir que cometa una locura, Emma.

Su hermana asintió.

—Tenemos solo un mes para evitarlo.

—Será suficiente o muy poco, pero lo haremos.

Las dos asintieron tras brindar con una sonrisa que no les llegaba a los ojos. Aquella fiesta parecía más un funeral que una celebración.

—¡Felicidades a los novios! —chillaron todos con las copas empinadas.

Joshua besó a Lya en los labios con mucha pasión y por unos segundos, la transportó al pasado, a los brazos de Sebastián. Correspondió al beso con todo el amor que él la inspiraba.

—Te quiero, Lya —le dijo Joshua tras apartarse.

Su voz la devolvió al triste presente, a la triste realidad. Abrió sus ojos y se encontró con su nuevo destino, con su único destino.

—Permiso, veré cómo está mi padre.

Su indiferencia abrió un enorme agujero en el pecho del médico.

«Pagarás cada uno de tus desprecios, Lya» juró Joshua para sus adentros mientras Lya limpiaba la boca de su padre con una servilleta.

—¿Te encuentras bien, papá?

«No te cases con él, hija. Tú no lo amas».

—Algún día volverás a hablar, papá —le dijo ella con lágrimas en los ojos—, te lo prometo.

Después de la fastuosa cena, Lya se apartó de todos y se encaminó hacia el jardín. Se sentó en el borde de la fuente y lloró quedamente. ¿Qué estaba haciendo con su vida? ¿Por qué se sentía tan desgraciada? Un profundo sollozo se le escapó de lo más hondo de su ser; cuando de repente, alguien le alargó un tulipán morado. Con el rostro anegado en lágrimas, levantó la vista y se encontró con él, con Sebastián. Toda su piel se le erizó al verlo allí, con los ojos enrojecidos y el corazón en la mano.

—No cometas una locura, Lya —le rogó él, arrodillándose entre sus piernas—, no te cases con él por despecho.

Sebastián lloraba como un crío, lloraba con toda el alma.

—¿Quieres que mate de una buena vez a mi padre, Sebastián?

Él bajó la cabeza y negó con ella tras sorberse por la nariz con fuerza.

—Quiero que te cases por amor, Lya.

Ella lo apartó y se alejó de él, dispuesta a huir de lo que sentía, de lo que siempre sentiría por él.

—Dime que no me amas y me bastará para dejarte libre, Lya.

Ella se detuvo cerca del árbol de cerezo, a pocos metros de la puerta. Sebastián se levantó y se acercó a ella con la flor entre las manos.

—¿Quieres escuchar la única verdad que existe, Sebastián?

Él la volvió y clavó sus ojos en los de ella. Tras suspirar hondo, asintió sin fuerzas.

—Ya no te amo como antes —le confesó, llorando a lágrima viva—, tú mataste ese amor con tus propias manos —mintió—, ahora cumple tu palabra si en verdad me amas, cumple...

Sebastián le dio un apasionado beso, un beso que ella correspondió de cuerpo y alma mientras la flor caía a cámara lenta sobre sus pies. Aquel beso era el último, era el beso del adiós. Ella se apartó con brusquedad de él,

dispuesta a huir de aquello que sentía.

—Lya —le dijo él, con la voz rota—, prométeme que serás feliz.

Lya no le replicó, el dolor no la dejó. Salió corriendo sin mirar atrás, llevándose su corazón con ella para siempre.

—Cumpliré mi palabra, mi amor —susurró él antes de coger la flor—, espero que seas muy feliz al lado del hombre que elegiste.

Caminó hasta el otro lado y lanzó la flor a través de la ventanilla del sótano, donde ella buscaría refugio. Se marchó sintiendo un enorme vacío en el pecho. Las lágrimas atravesaron una tras otra su rostro entretanto evocaba sus mejores momentos a su lado.

—Fuiste tan mía —musitó mientras cruzaba la calle arrastrando los pies y el alma—, ¿por qué Dios decidiste separarnos de este modo? ¿Por qué?

Lya bajó las escaleras del sótano con cierta desesperación y se lanzó a la cama de golpe tras despedirse de su futuro esposo. Enterró su cara en la almohada y gritó con todas sus fuerzas:

—¿Por qué no puedo arrancarte de mi corazón, Sebastián?! ¿Por quééé?!

Al cabo de unos minutos, tras girar su rostro a un lado, vio el tulipán morado sobre la otra almohada. Se sentó en la cama y la cogió sin lograr controlar su llanto.

«Nunca podré olvidarte, mi amor».

Sebastián se detuvo y observó el cielo sin dejar de llorar.

—Te amo, Lya, siempre te amaré.

Lya llevó la flor a su pecho y lloró con desconsuelo.

—Te amo, Sebastián, siempre te amaré.

El adiós

Un mes después...

Con un costoso vestido diseñado por una gran estilista de la capital, la novia bajó las escaleras con su ramo de rosas blancas entre manos y el corazón palpitándole a mil por hora en el pecho. Lo que sentía era miedo, no emoción ante lo que estaba a punto de hacer. Cada peldaño que bajaba retumbaba en su cabeza como si fueran golpes.

—Estás hermosa, cielo —le dijo su tía Olga—, pero te ves muy triste.

Lya siempre decía lo mismo para justificar su estado anímico.

—No es fácil ver a mi padre así, tía.

En parte era cierto, ver a su padre postrado en una silla de ruedas sin poder hablar o moverse, le partía el corazón.

—Pues hoy está feliz como nunca y se le nota en los ojos.

Lya asintió con lágrimas en los ojos. Emma se acercó y le arregló el velo que le llegaba hasta los hombros.

—Puedes desistir, prima —le susurró con discreción—, no cometas esta locura.

Emma abrió su palma y le enseñó el pequeño tulipán morado de tela que se encontraba allí. Una lágrima recorrió la mejilla de Lya,

—Tu felicidad está en tus manos, prima.

Lya cogió el tulipán y depositó un beso en él antes de volver a ponerlo en la palma de su prima. Cerró la misma con suma delicadeza.

—Debemos irnos, Emma.

«Acabas de renunciar a ella» pensó Emma con un enorme nudo en el pecho.

Su prima la miró con lágrimas en los ojos antes de asentir con un leve movimiento de su cabeza. Lya subió al coche sin lograr abandonar aquella enorme tristeza que cargaba en su corazón. Sebastián seguía allí, siempre estaría allí.

—Llevas una semana sin ver a tu futuro esposo, Lya —le dijo su tía en el

coche—, como manda la tradición judía.

—Esto aumenta la expectación y la emoción del evento —acotó Martina con una sonrisa—, todos han venido para la boda, ¡qué emocionante!

Llegaron a la sinagoga con puntualidad. Lya miró a su futuro esposo con un enorme nudo en el estómago. Joshua llevaba un kitel, la túnica blanca tradicional usada en Jom Kipur. Se veía tan feliz, tan realizado, todo lo contrario de ella, que mal podía ocultar su dolor.

—¿Lista?

Lya asintió antes de bajar del coche. Como mandaba la tradición, saludaron a sus invitados por separado. Después entraron en la sinagoga y Lya se sentó en un tipo de trono para recibir a sus huéspedes, mientras Joshua estaba rodeado de invitados que le cantaban y alegraban.

Las madres de ambos rompieron un plato mientras Lya recordaba el fin de semana de ensueño que pasó al lado de Sebastián. Por primera vez sonrió aquel día, y ni siquiera era por las razones que todos suponían. El recuerdo la transportó a aquel tiempo, a aquel feliz tiempo...

—¿Rompen un plato durante la ceremonia de boda?

Lya asintió mientras lavaba los platos.

—Es para mostrar la seriedad del compromiso —le explicó ella con una sonrisa—, al igual que un plato no puede ser reparado completamente, también una relación que se rompe no puede ser nunca reparada totalmente.

Sebastián cogió un plato y la lanzó contra el piso.

—¿Qué haces?

Sebastián se rascó la nuca algo cohibido.

—Quiero mostrarte con este gesto la seriedad de mi amor por ti, cielo.

Le levantaron el velo y la devolvieron al presente de golpe. Joshua, acompañado por familiares y amigos, se acercó hasta donde estaba sentada Lya, y bajó el velo sobre su cara, que significaba el compromiso del novio, el de vestir y proteger a su mujer.

—Estás hermosa, mi amor —le vocalizó Joshua.

Ella no le replicó, se limitó a mirarlo, a analizarlo en silencio mientras se realizaban los demás rituales. Lya observaba todo como si no formara parte de ellos. Bebió el vino de la copa tras la bendición del rabino mientras evocaba el mismo ritual hecho por Sebastián en la cabaña, bajo una tienda que armaron en honor a la jupá (palio nupcial), un símbolo de la casa que se construirá y

compartirá por la pareja tras la boda.

—*Me gustan vuestras costumbres, Lya.*

Sebastián estaba completamente desnudo, sentado en su frente con las piernas cruzadas una sobre la otra y con la copa de vino entre las manos. Una vela iluminaba el lugar y sus miradas.

—*La jupá, generalmente, se celebra afuera, bajo las estrellas como una señal de la bendición dada por Dios al patriarca Abraham, de que sus hijos serán «como las estrellas de los cielos» —le dijo Lya.*

La voz del rabino la sacó de su trance. Joshua tomó el anillo de boda en su mano, y ante la mirada atenta de dos testigos, le declaró a su esposa:

—He aquí, que estás comprometida a mí con este anillo, de acuerdo con la ley de Moshé e Israel.

Colocó el anillo en el índice de la mano derecha de Lya, que dejó caer sus lágrimas al comprender que estaba casada con él, que era su esposa y que no podía dar marcha atrás.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el rabino.

Joshua la miró con dureza.

—Eres mi esposa y te exijo que dejes de llorar —le dijo el médico en tono severo.

Lya lo miró fijo por unos segundos. ¿Quién era aquel hombre tan autoritario? ¿Dónde estaba el hombre dócil y sereno que le propuso matrimonio?

—Estoy emocionada —musitó ella—, solo es eso.

Durante la lectura de la ketubá «contrato matrimonial» Joshua la miró con el mismo deje. Parecía otro, quizá lo era. Tras firmarlo, fueron recitadas las siete bendiciones (Sheva Brajot) ahora sobre la segunda copa de vino por el rabino. Al término de las siete bendiciones, los novios nuevamente bebieron un poco de vino.

—Esposa mía —dijo Joshua en un tono que la hizo suspirar hondo.

Sus ojos eran voraces y asustadores. En aquellos ojos azules no había la dulzura y la devoción de Sebastián. Aquellos ojos no eran suyos, sino de su esposo, el hombre que eligió para ser su compañero y padre de sus hijos.

—Esposo mío.

Lya se vio corriendo con Sebastián por el campo tras la boda que nunca sucedió. Ella se veía feliz con su ramo de tres tulipanes morados y su

vestido sin marca. Él se veía tan feliz como ella, corriendo detrás suyo para luego cogerla en brazos y girarla en el aire.

—¡Te amo, esposa mía!

—¡Te amo, esposo mío!

Joshua rompió una copa con su pie y la devolvió al presente de golpe. Con gritos de «Mazel Tov» les saludaron sus invitados. Tras estar a solas en una habitación privada como mandaba la tradición, salieron de la sinagoga como marido y mujer.

—¡Mazel Tov! —gritaron los invitados.

Sebastián decidió ver con sus propios ojos lo que su corazón se negaba a aceptar. Sus hermanos lo acompañaron, ya que no se encontraba muy bien de salud. Miró a Lya a través de las lágrimas mientras ella se retiraba de la sinagoga con su esposo, con Joshua. Una daga muy punzante atravesó el corazón del alemán mientras las lágrimas encharcaban su rostro magullado. Todos gritaban de alegría, menos las primas de la novia, que en silencio la miraban con expresión interrogante. ¿Qué estaba pasando? Aquello no tenía sentido para ellas. Lya sonreía entretanto las lágrimas caían sobre su rostro sin parar. Martín y Joachim se acercaron a su hermano y posaron sus manos en sus hombros a modo de consuelo.

—La perdí para siempre —masculló—, para siempre.

Lya se volvió trepidante como si lo hubiera escuchado. Paralizada, lo miró anegada en lágrimas mientras Joshua saludaba a los invitados con una amplia sonrisa en los labios. Su suegra se acercó y le secó las lágrimas tras reprocharle. Una novia que lloraba nunca era buena señal.

«Sebastián» musitó con los labios temblorosos.

Emma buscó su enfoque, lapso en que Sebastián perdió el equilibrio y cayó de rodillas frente a sus hermanos. Joachim se acuclilló a su lado y le dedicó palabras de consuelo, pero el dolor que sentía, era incurable.

—Ven, hermano —le dijo Martín—, es hora de decir adiós.

Con la ayuda de Joachim lo levantaron del suelo. Lya dio exactamente dos pasos cuando su esposo la cogió del brazo y la miró con expresión amenazante. Ella desvió la mirada antes de enfilarse hacia el coche. Después de subir, oteó por última vez a su amor, a su amor perdido.

«Adiós, mi amor».

Sebastián lloraba con mucha amargura al lado de sus hermanos, que no sabían cómo consolarle. ¿Existía alguna manera humana para ello?

«No comprendo tu decisión, Lya, nunca podré hacerlo mientras viva. El tiempo curará mis heridas, el tiempo sanará mi alma, pero nunca, nunca borrará el amor que tú sembraste en mi corazón. Nunca. Mi amor».

El coche descapotable que transportaba a los novios hasta la mansión pasó al lado de los hermanos, seguido de los otros invitados que tocaban sus cláxones y gritaban de alegría ante la nueva pareja. Lya y Sebastián se miraron en ese breve lapso, anegados en lágrimas.

—Adiós —masculló él.

El velo de encaje que cubría la cabeza de la judía salió volando y terminó sobre los ajados zapatos de Sebastián. Él se acuclilló a cámara lenta y cogió el mismo llorando con mucha amargura, como si estuviera en el funeral de quien alguna vez amó con todo su ser.

«Te amo» musitó ella.

«Te amo» masculló él.

Segunda parte

La decisión final

Lya y Joshua se sentaron a la mesa tras saludar a sus tantos invitados. Había mucha música y baile en la granja de los Rosenthal para festejar el día más importante de los nuevos novios.

Tras la bendición del challah «delicioso pan trenzado tradicionalmente servido en el Sabbath y otras celebraciones judías», dieron inicio a la fiesta.

—Lya se ve tan triste —comentó Magnolia, prima de Joshua—, parece que está en un velorio y no en su boda.

—Su padre no se encuentra bien, ¿qué querías? ¿Qué esté saltando de alegría?

Joshua cogió la mano de su esposa y depositó un tierno beso en el dorso.

—Estás hermosa, esposa mía.

Su vestido era el sueño de cualquier mujer, la fiesta el deseo de cualquier novia, pero nada de aquello llenaba el enorme vacío que ella estaba sintiendo.

—Gracias, esposo.

«Esposo. Esposo. Esposo. Esposo. Esposo» resonó en su cabeza como un eco espectral que la hizo gemir en un acto reflejo.

«Pronto serás mía de cuerpo y alma, Lya» pensó él mientras aplaudía.

El banquete de bodas era bastante ostentosa y tradicional como le gustaba a su padre. Pero Lya añoró con vesania la sencilla cena que Sebastián pensaba preparar. El recuerdo asaltó su mente y agitó con violencia su corazón.

—Prepararé pescado con arroz —le dijo él, un día antes—, dicen que el pescado es símbolo de fertilidad y yo quiero muchos hijos.

Lya se echó a reír cuando él se abalanzó sobre ella y le besó el cuello, su punto más sensible.

—¿Dos? —soltó ella, riendo.

—¡No! ¡Una docena como mínimo!

La voz de Joshua la devolvió al presente de golpe.

—Cambia de cara —le pidió un Joshua exigente y nada gentil—, es nuestra boda no el funeral de nadie.

«Estoy en el funeral de mi alma» pensó ella con lágrimas en los ojos.

Durante la cena, el rabino ofreció un brindis especial a los novios. Los padres de los novios, el cortejo nupcial y familiares cercanos también ofrecieron brindis deseándoles lo mejor.

—Come algo, esposa —le dijo Joshua con una sonrisa ladina—, la noche será larga y muy extenuante.

Un escalofrío recorrió toda la espina dorsal de Lya al escucharlo. Había algo en su voz que la inquietaba mucho.

—Prost! —dijo Joshua sin abandonar su deje.

Al terminar de cenar, todos los presentes ofrecieron una bendición de agradecimiento por la cena y las siete bendiciones se recitaron de nuevo. Finalmente, se hizo la bendición sobre el vino a la vez que dos copas se vaciaban en una tercera, simbolizando la creación de una nueva vida: los novios unidos en matrimonio. Emma se acercó a su prima tras casi derrumbar al rabino de paso.

—¿Te sientes bien, prima? —le preguntó.

Lya sonrió con tristeza.

—Sí —mintió.

—Llevar alegría y diversión a los novios el día de su boda es un mitzvah —le dijo Benjamín a una Magda totalmente desconectada del mundo—. ¿En qué piensas, Magda?

Ella sonrió con expresión picarona al evocar la deliciosa tarde que pasó con Martín.

—En el pecado —soltó y lo enmudeció—, siempre pienso en él.

«Martín».

—Eres tan rara.

—Lo soy.

Lya y Joshua se sentaron en un lugar especial mientras los invitados bailaban frente a ellos portando máscaras, disfraces divertidos, y todo tipo de accesorios y utilería chistosa para alegrarlos.

—¡Hora del baile nupcial! —chilló la madre de Joshua.

Levantaron al novio y a la novia en sillas mientras todos bailaban alrededor de ellos al ritmo de Hava Nagila.

—¡Mazel tov! —gritaron todos.



Antes de la medianoche, los novios se retiraron del lugar sin dejar rastro. Lya caminó por el pasillo de la mansión de su marido como si estuviera haciéndolo hacia un paredón. El novio abrió la puerta con impaciencia y la llevó hasta la cama casi arrastrándola. No había dulzura ni romanticismo en sus gestos.

—Muero por sentirte, Lya.

Joshua le quitó el vestido con cierta brusquedad y se desnudó en un tiempo récord. La besó con una sed desmedida mientras sus manos la acariciaban de arriba abajo con posesión. Lya decidió cerrar los ojos y no ver la cara de aquel hombre que estaba profanando su cuerpo, el templo sagrado que alguna vez perteneció a Sebastián.

—Eres tan hermosa —jadeó antes de acomodarse entre sus piernas—, esta noche serás mía de cuerpo y alma.

Lya quiso decirle que solo podía ofrecerle su cuerpo, porque su alma pertenecía a otro, pertenecía únicamente a Sebastián.

—No sabes cuántas noches soñé con este momento, Lya.

Sus cuerpos estaban unidos desde las caderas hasta los muslos. Joshua le quitó las horquillas del pelo y le desenredó los mechones con los dedos, haciendo que cayeran sobre sus hombros. A continuación, se inclinó sobre ella y le dio un mordisco en el lóbulo de una oreja. Lya dio un respingo.

—Quiero que disfrutes esta noche —le dijo él en un tono bastante sombrío—, porque virgen ya no eres.

La besó en los labios y le introdujo la lengua en la boca mientras le separaba las piernas. Lya contuvo las lágrimas a duras penas entretanto él comenzaba a lamerle los pechos, a succionarle los pezones y a mordisqueárselos.

—Eres deliciosa, mi amor.

Lya se tensó cuando sintió que su miembro empezaba a adentrarse en su interior, a borrar las últimas huellas de Sebastián, que en ese preciso instante, acababa de coger el arma de su padre, dispuesto a terminar con su agonía lo antes posible.

«Sebastián» pensó Lya mientras su marido la penetraba un centímetro, luego otro. A ella casi le entró el pánico al pensar que por fin le pertenecía, al pensar que ella nunca lo desearía como alguna vez deseó a Sebastián. Como si se percatara de sus emociones, Joshua se detuvo.

—¿Demasiado rápido? Dime algo.

—No, estoy bien.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y en su cara se reflejaron todas sus emociones. Lya vio la agonía que se reflejó en su semblante antes de que dejara de moverse y se inclinara para besarla.

—Eres mía, Lya Rubinstein.

Lya gritó cuando él la penetró hasta el fondo. Joshua levantó las manos y se las pegó con fuerza a la almohada mientras comenzaba a moverse sobre ella con cierto salvajismo, desgarrándola por dentro y por fuera. Joshua gritó cuando llegó al clímax y Lya se rompió a llorar mientras él continuaba moviéndose hasta las últimas pulsaciones de su frenesí solitario. Rodó sobre el colchón con la respiración muy agitada. Ella se volvió, con la mejilla sobre su almohada y el pelo cubriéndole la cara.

El alemán colocó el arma de su padre en su sien derecho mientras en otro lugar, Lya lloraba con desconsuelo la noche de nupcias al lado de su marido, al lado de un hombre que no amaba y que nunca amaría.

—¡Sebastián! —gritó María al verlo bajo su árbol favorito, sentado al lado de sus ovejitas—, hijo, mi amor...

Sus hermanos y su padre salieron al patio al oír el grito de María. Sebastián lloraba con desfallecimiento y con el arma en la cabeza.

—No soporto este dolor, Mutti.

Joachim decidió ir por el otro lado para intentar impedir a su hermano de que cometiera un error irreversible. María se arrodilló y le suplicó que no cometiera una locura.

—No quiero vivir, Mutti —le dijo él, sollozando cada vez con más desesperación—, sin ella no quiero vivir.

Martín llevó sus manos a su cabeza ante la enorme impotencia que sentía. Karl miró con ojos lastimeros a su hijo que estaba al borde de la locura tras perder a su amada de la manera en que la perdió. Joachim se acercó a pasos lentos y con un solo movimiento logró coger el arma de la mano de su hermano, evitando que este llevara a cabo su propósito. María se abalanzó sobre Sebastián, y lo estrechó con fuerza entre sus brazos.

—¡Hijo! —gritó la mujer con agonía—, mi pequeño.

Sebastián se abrazó a su madre con fuerza y soltó un grito de dolor que conmovió a sus hermanos y a su padre.

—¡Quítameee este dolor, Mutti! ¡Por favorrrr!

Joachim y Martín levantaron a su hermano y lo llevaron al cuarto. María se acostó a su lado y lo estrechó con fuerza mientras lloraba con él. Sebastián,

cansado, se quedó dormido en los brazos de su madre mientras sus hermanos intentaban conciliar el sueño, preguntándose cómo sobrellevaría el resto de su vida sin ella.

—Lya —susurró Sebastián tras suspirar.

Lya, por su parte, se metió en el cuarto de baño y acurrucándose en posición fetal sobre la moqueta, se rompió a llorar con tal desesperación que casi perdió el aliento.

—Sebastiánnn —gimió, ahogada en un dolor que le carcomió el corazón —, ¿podré vivir sin ti?

El corazón de Sebastián

Sebastián se levantó a muy tempranas horas de aquel caluroso sábado, dispuesto a marcharse a la granja de los Hoffmann para recuperar su puesto de trabajo.

Una semana se había pasado desde la boda de Lya. Una semana de martirio en que no pudo levantarse de la cama. María pensó en más de una ocasión que su hijo no volvería a levantarse de la cama. No comía. No decía nada. No lloraba. Estaba encerrado en sí mismo y en aquel terrible dolor que sentía en el pecho.

—Lo que no mata nos fortalece —dijo él antes de estrechar a sus padres—, lamento todo lo ocurrido.

Sus padres lo abrazaron con mucho afecto.

—También nosotros, hijo.

Comió y bebió antes de coger su mochila. Se despidió de ellos y salió de la casa tras tantos días de haber estado encerrado bajo la penumbra de su gran pena. Levantó la vista y oteó el cielo azul con ojos lacrimosos.

—¡Lya! —chilló Olga al otro lado de la acera y lo sacó de su trance—, bienvenida, señora Rosenthal.

Miró hacia el otro lado y su mirada gris se encontró con la mirada lastimera de Lya. Sus ojos se nublaron al mismo tiempo. ¿Por qué estaba tan triste tras su boda?, se preguntó. Una lágrima recta, brillante y tibia cruzó la mejilla de la joven mientras otra cruzaba la del alemán. En aquel pequeño lapso, sus corazones volvieron a encontrarse en un solo latido.

—¡Ven, Lya! —chilló Olga desde la puerta.

Sebastián desvió la mirada para protegerse. Se sentía vulnerable ante el escrutinio de la mujer que amaba con todo su ser. Lya deslizó sus ojos en él, grabando cada centímetro de aquel cuerpo que jamás volvería a tocar, a sentir o a amar. Con un enorme nudo en el pecho, Sebastián se enfiló hacia la parada de autobús sin mirarla. Lya suplicó al cielo por una última mirada, pero él no la miró. Él no se volvió. Él la dejó ir.

—Adiós, mi amor —masculló ella con los ojos lacrimosos—. Quizá en otra vida tengamos mejor suerte.

Sebastián lloró todo el camino mientras las personas hablaban y reían a su alrededor. Supuso que algunos se preguntaban qué le pasaba, y él quiso decirles que el amor de su vida había decidido dejarlo por otro. Que el amor de su vida nunca confió del todo en él y que en la primera oportunidad lo condenó a muerte. Con lágrimas en los ojos, retiró de su mochila una postal con la foto del pueblo.

«Permanece conmigo siempre, toma cualquier forma, haz que enloquezca, pero no me dejes solo en este abismo donde no puedo encontrarte. Oh, Dios mío, ¡es inconcebible! ¡No puedo vivir sin mi alma!»!

Era la frase favorita de Lya.

—Cumbres borrascosas —musitó él—, el mismo final trágico nos tocó vivir, mi amor.

Lya amaba las postales. Tenía miles de ellas en su caja de madera. Lugares que conoció y otros que soñaba en conocer. Sebastián decidió comprar todas las postales que encontrara pensando en ella, solo en ella. Era la manera de tenerla siempre cerca, aunque estuviera lejos de él.

«Siempre tuyo» firmó.

—Adiós, mi amor —musitó—. Espero que seas muy feliz al lado del hombre que elegiste para ser tu marido.

En ese preciso momento, toda la piel de Lya se le erizó, como si una brisa helada acabara de rozarle la nuca. Era el beso de la despedida. El beso del adiós.

—¿Lista para viajar a París? —le preguntó Emma con una sonrisa que mal curvaba sus labios—, ¿lista para tu nueva vida?

Lya la miró con infinita tristeza a través de sus largas pestañas oscuras.

—Lista para seguir respirando, prima.

Emma cogió algo de la gaveta de su cómoda. Era un tulipán de tela de color morado que ella le había hecho el otro día. Aquella flor siempre la llevaría a él, a su amor perdido. Cogió la misma y se secó las lágrimas con sus pétalos de algodón.

—Es símbolo de tu fortaleza, Lya.

Ella asintió tras besar la flor.

—La llevaré siempre conmigo, Emma.

Se despidió de sus primas con lágrimas en los ojos y un enorme nudo en el pecho. Por la noche viajaría con su marido a la capital francesa de luna de miel.

—Sé feliz —le dijo Magda con una voz muy rara—, al menos inténtalo.

Lya evocó los besos, las caricias y las palabras de su marido mientras le hacía el amor por la mañana. Joshua era insaciable. Era egoísta. Era posesivo. No era dócil. No era romántico. No era él. No era Sebastián.

—Nos vemos a la vuelta —les dijo con una sonrisa débil.

Sin sospechar que, su marido y su madre, tenían otros planes para ella.

—Nos mudaremos a Berlín tan pronto como llegemos aquí —anunció el médico—, para la inauguración del nuevo hospital y la sinagoga.



Sebastián llegó a la granja y conversó con su patrón, que lo recibió con mucha alegría. Sorprendido, se limitó a agradecerle por la oportunidad de seguir allí con ellos. Tras instalarse en uno de los cuartos que le ofrecían, salió al jardín y observó el atardecer reclinado contra un árbol de sauce llorón. Su mente atrajo un viejo recuerdo, un doloroso recuerdo...

Lya y él subieron al tejado de la mansión con unas manzanas que habían recolectado por la tarde. Se sentaron allí lado a lado y contemplaron uno de los atardeceres más hermosos que habían visto jamás.

—¿Sabes una cosa, Sebastián? —le dijo Lya mientras devoraba una manzana—, cada vez que veas el atardecer me recordarás a mí.

Él sonrió antes de darle un beso en los labios.

—Y tú de mí, cielo.

Ella le devolvió el beso.

—Incluso los grises, Sebastián.

Lya tenía razón, cada vez que veía el crepúsculo, la recordaría. Erika se acercó con timidez con un plato entre las manos. Sebastián estaba sentado al pie del árbol cuando la vio. Se levantó a toda prisa y la miró con ojos curiosos. Ella sintió que se le formaba un enorme nudo en el pecho al verlo tan triste y apagado. Su padre le contó lo sucedido con su novia, la judía que lo cambió por un judío rico. Las expresiones de su padre la dejaron muy confundida. ¿Por qué hablaba de aquel modo tan despectivo de los judíos? Miró a Sebastián con timidez, ya que él estaba con el torso desnudo.

—Perdona —le dijo él antes de coger su camisa—, había sudado mucho hoy y me quité la camisa para que se secara un poco —se disculpó.

Sebastián se puso su camisa a toda prisa. Erika recorrió con la vista la longitud de los músculos de sus abdominales con ojos huidizos.

—Ya está —le dijo él con una sonrisa.

Ella nunca sintió aquello por nadie antes. ¿Qué era? No podía dejar de mirarlo. No podía dejar de pensar en él. No podía dejar de suspirar cuando lo tenía cerca.

—¿Cómo estás? —le preguntó ella con el lenguaje de signos.

Sebastián dibujó un corazón con ambas manos y lo puso sobre su pecho. Luego separó las manos y le dijo que lo tenía roto en mil pedazos. Ella le preguntó si le dolía.

—Mucho —le contestó él con sinceridad.

Erika le enseñó la tarta de chocolate en forma de corazón y le dibujó una tímida sonrisa que mal dejó al descubierto sus dientes.

—¿Me has hecho un corazón nuevo?

Ella se encogió de hombros con una sonrisa algo desencajada. Sebastián le acarició la mejilla con el dorso de la mano y su corazón dejó de latir por unos segundos. Abrió mucho sus ojos y su boca ante la sorpresa.

—Gracias —le dijo él con una voz teñida de dolor—, pero no la comeré solo. ¿Me acompañarías?

Ella quiso decirle que incluso iría al infierno con él, pero no podía. Se limitó a asentir con un cabeceo. Sebastián se volvió y observó el atardecer una vez más antes de entrar en la mansión. Lya, a su vez, contemplaba el horizonte al lado de su padre en el balcón de su cuarto. Una lágrima rodó por su mejilla mientras rememoraba sus mejores momentos al lado de Sebastián. Sus risas, sus discusiones, sus apuestas, sus besos, sus caricias y su amor incondicional. Frunció el entrecejo y oteó de reojo a su padre.

«Elegiste hacerle feliz a alguien, Lya» se dijo al otear a su padre una vez más.

En ese preciso instante, Sebastián y Erika deleitaban la tarta de chocolate mientras intercambiaban miradas y sonrisas. El padre de la joven los observaba con discreción desde la puerta. Una sonrisa melosa imperó en sus labios cuando Sebastián cogió la mano de su hija y depositó un beso en ella.

«Las mejores historias comienzan tras la tormenta» pensó el hombre antes de alejarse.

Un secreto sombrío

Dos meses se habían pasado, Lya y su familia retornaron a Berlín como ella siempre lo deseó, pero esta vez, quería volver a Blankenstein con todas sus fuerzas. El ser humano tendía a desear siempre aquello que no podía. Lya se dedicó de cuerpo y alma a su padre mientras su marido se encargaba del hospital de la familia, lo único que le interesaba, al parecer. Por las noches, tras la cena, le hacía el amor con un desenfreno que la lastimaba. Nunca sintió placer entre sus brazos. Nunca lo sentiría.

—Cada día te deseo más y más, Lya —le decía siempre.

Su madre, a su vez, se dedicaba a sus amistades y a las compras. Nunca preguntaba por su marido, nunca le dedicaba su tiempo ni su atención. Albert pasó a ser un mueble viejo y deslucido ante sus ojos.

—¿Cómo estás, papá?

Él intentaba alzar la vista y comunicarse con su hija. Trataba de decirle la verdad, la verdad detrás de su estado. Lya le dijo en más de una ocasión que el culpable era Sebastián, pero aquello no tenía sentido. La única culpable era Martina, la mujer que destruyó su vida y que actualmente tenía un romance con su mejor amigo, un hombre tan ruin y desleal como ella. Él los vio con sus propios ojos el otro día mientras ellos mantenían relaciones frente a él.

«Hija, ¿por qué te casaste con Joshua amando a Sebastián? ¿Por qué cometiste el mismo error que yo en el pasado?».

Para empeorar las cosas, Joshua resultó ser un hombre calculista y sin escrúpulos, capaz de todo por conseguir sus objetivos.

—Mamá está extraña —le dijo ella mientras le daba su papilla de frutas y avena—. El otro día gritó en su cuarto y fui a verla —Lya le limpió la boca—, cuando me vio me llamó: Dika —miró a su padre con atención—, ¿quién es Dika, papá?

«Tu verdadera madre».

—Ese nombre me es tan familiar y tan extraño al tiempo.

Albert se preguntó por qué Martina andaba tan rara aquellos días. Llevaba tiempo fumando con nerviosismo y hablando con cierta vacilación. Eso sin mencionar sus ataques de ansiedad y la necesidad de que siempre hubiera luz.

La oscuridad la aterraba.

—Emma ya está mejor —le comentó Lya—, ayer perdió el equilibrio en la escalera y se rompió la pierna.

En aquel momento, Joachim entró en la habitación donde se encontraba Emma que comía un poco de fruta cuando lo vio llegar. La mar de contenta, soltó un gritito y derrumbó el plato en el piso. El soldado sonrió ampliamente antes de coger el plato y colocarlo sobre la mesilla.

—¿Cómo estás, mi pequeña?

Joachim le dio un apasionado beso. Emma sintió un dolor casi agudo en el centro de su pecho ante aquella caricia tan dulce y candente al tiempo. Llevaban días sin verse y la añoranza era cruel.

—Muy bien, soldado —contestó ella con una sonrisa.

Otro beso, otro suspiro.

—¿Cómo está tu pierna?

—Bien. Muy pronto estará como nueva.

El soldado le arregló las mantas de la cama y acomodó mejor un cojín debajo de la pierna enyesada. Parecía inquieta de una manera que Joachim no había visto en semanas.

—¿Por qué me miras de este modo, mi amor? —preguntó Emma.

Una enfermera abrió la puerta para que entrara un poco de aire fresco y de paso se llevó la bandeja de la cena. Echó una mirada al apuesto soldado y Emma tuvo ganas de lanzarle la manzana a la cabeza. Joachim sonrió con malicia al deducir lo que estaba pensando.

—Porque estoy enamorado —manifestó el soldado en cuanto estuvieron solos otra vez—. Locamente enamorado.

—Ah, ¿sí?

Lo único que ella quería era que él la besara otra vez. Joachim acercó una mano para tocarla. Ella entrecerró sus ojos al sentir su cálida palma contra su mejilla encendida.

—Totalmente.

Emma permanecería en el hospital hasta que las costillas se soldaran lo suficiente como para permitirle caminar con muletas. Tenía la tibia rota y la habían enyesado hasta la rodilla.

—¿Te dolió, cielo?

El dolor físico no se podía comparar con el aburrimiento que sentía en aquellas cuatro paredes blancas. No veía a nadie excepto a aquellas personas que venían a visitarla de vez en cuando y no eran muchas: su padre y Magda,

ya que su madre casi nunca tenía tiempo para visitarla.

—Me duele más estar lejos de ti, Joachim.

Aquello estrujó el corazón del soldado con saña.

—Vendré cada vez que me den permiso en el cuartel, mi amor.

Los días se le hacían eternos a Emma, y por la noche no podía dormir. Pensaba en su prima Lya, en las locuras de Magda y en su madre, especialmente en su madre. Pero la ausencia de su amado la destrozaba más que todo lo demás.

—Para ti, cielo —le dijo él con una sonrisa.

Joachim le trajo una caja de bombones.

—Muchas gracias —le dijo en voz baja.

—De nada, cielo —respondió él con el mismo tono, y después se sentó en la silla junto a la cama y la miró mientras se comía un bombón—. Me duele verte así, cielo.

Tendió una mano para tocarle el brazo.

—No sufras por mi culpa, soldado —le rogó ella con ojos melosos—, eso es más doloroso que tener la pierna rota.

Emma lo miró con el corazón en la boca, casi sin respirar. Él tenía las manos sobre la manta. Se miraron y se dijeron tantas cosas sin emitir una sola palabra.

—¿Me echas de menos, Emma?

Él le cogió las manos y las apoyó contra su pecho. Mantuvo la cabeza gacha. Permanecieron en silencio por unos segundos que parecieron eternos.

—Mucho más de lo que puedas imaginar o pueda yo soportar, Joachim.

Emma se alzó hacia él y le besó el pelo. Olía a jabón y humo. Joachim levantó la cabeza y la miró. Estaban separados por unos centímetros.

—Me hace tan feliz que hayas venido a verme, Joachim...

—susurró, mientras sentía una sensación casi dolorosa en el vientre.

El soldado inclinó la cabeza y la besó en los labios. Le soltó las manos y ella le echó los brazos al cuello, para apretar su cuerpo contra el suyo. Se besaron con mucha pasión, se besaron como si el aliento abandonara sus cuerpos.

—¿Qué me has hecho, Emma? ¿Me has embrujado?

Ella abrió la boca y gimió. Joachim le sujetó el rostro entre las manos. Le besó los labios, se los lamió, le besó los ojos, las mejillas y el cuello con ansia feroz. Emma volvió a gemir, sin soltarlo; sintió como si tuviera fuego en las entrañas. Los labios del alemán eran tan hambrientos que Emma, de pronto,

se vio incapaz de respirar.

—Oh, Joachim —murmuró extasiada.

Ella sintió cómo las manos del hombre se movían suavemente por su espalda desnuda allí donde la bata estaba entreabierta. Él le desató los cordones de la misma con suma delicadeza.

—Necesito verte desnuda, mi amor, besarte y llevarme parte de ti conmigo.

El teniente la besaba mientras le quitaba la bata. Emma tuvo la sensación de que estallaría en cualquier momento.

—Nunca amé a nadie de este modo, cielo.

Movió las manos para sujetarle justo por encima del vendaje que le rodeaba las costillas.

—Joachim —musitó ella—. Yo tampoco, mi amor.

El soldado le cogió los pechos y le acarició los pezones con las palmas en un movimiento circular. Emma gimió. Él se los acarició más fuerte. Luego, se apartó y con la mirada puesta en sus pechos, dijo con una voz apenas audible:

—Te amo con toda el alma, Emma.

Él se inclinó sobre su pecho, se metió uno de sus pezones en la boca y se lo chupó, mientras le acariciaba el otro pezón con los dedos. Luego le chupó el otro.

—Y... yo... —gimió ella en un tono casi doloroso—, mucho. Mucho.

Sentir los labios de Joachim en sus pezones la hizo enloquecer. Le sujetó la cabeza con las manos y gimió tan fuerte que el teniente se apartó y apoyó una mano sobre su boca.

—Shhh —susurró—. Te escucharán desde el pasillo, cielo.

Le acarició un pezón con el pulgar, y el otro con el meñique. Emma volvió a gemir con la misma fuerza de antes. Él aumentó un poco la presión de la mano izquierda sobre su boca.

—Shhh —repitió, con una sonrisa.

Ella lo besó con ardor, sin apartar las manos de su pelo. La fricción y la presión de sus dedos en sus pechos la volvía loca; ella gimió con tal abandono que él se apartó.

—Termina con mi agonía, Joachim —añadió—. Por favor...

Joachim fue a cerrar la puerta con llave con una sonrisa muy ladina en los labios. Volvió junto a su amada, la tendió en la cama, le tapó la boca y le chupó los pezones hasta que ella casi perdió el conocimiento.

—No gimas tan alto, cielo —le dijo él tras deslizarse hasta llegar a su

entrepierna—, quiero que te corras en mi boca para poder llevarte conmigo.

Emma cogió un cojín y lo mordió para no gritar mientras Joachim exploraba su parte íntima con un abandono que la dejó sin aliento.

—Córrete para mí —le pidió y ella lo hizo de buena gana—, así, necesito esto para seguir respirando unos días, mi amor.

De pronto, alguien intentó abrir la puerta. La voz de una enfermera sonó en el pasillo.

—¿Estás bien, Emma?

Emma se puso rápidamente la bata, lapso en que Joachim vio un moratón en su antebrazo, parecía el golpe de una regla.

—Sí —dijo Emma—, estoy con mi novio, Celia —acotó y la enfermera rio por lo bajo—, ella es de fiar —le dijo a Joachim.

El soldado se sentó a su lado y la miró con intensidad. Emma bajó la cabeza intimidada por sus ojos. Él colocó su dedo índice bajo su barbilla y le levantó la cabeza para mirarla.

—Si te pregunto algo, ¿me dirás la verdad, cielo?

Ella asintió sin mucha convicción.

—Siempre.

Joachim le cogió de las manos y la miró con una enorme pena en el corazón. Apretó sus dientes con tal fuerza que un hueso de su cara vibró ante la presión que ejercía sobre ellos.

—Lo que te pasó, no fue un accidente, ¿verdad?

Los ojos de Emma se llenaron de lágrimas y la respuesta brilló antes mismo de que saliera de su boca temblorosa. Joachim llevaba tiempo desconfiando de que aquellos moretones no eran resultados de sus caídas, sino de golpes intencionados por alguien muy cercano a ella.

—¿Fue tu padre?

Ella bajó la cabeza anegada en lágrimas. Negó con firmeza tras sorberse por la nariz. Su buen padre nunca la tocó, la amaba demasiado como para lastimarla. Joachim exhaló hondo tras tragar las piedras que tenía en la garganta.

—Fue tu madre.

Ella se echó a llorar entre sus brazos. Joachim apretujó su cabeza contra su pecho y entrecerró sus ojos ante el dolor que sentía su amada. ¿Por qué la golpeaba? Emma tenía el alma de una niña, era incapaz de hacer daño a nadie. Pero él sabía por qué lo hacía.

—Es por lo nuestro, ¿no, cielo?

Emma asintió con timidez a la vez que se abrazaba a él con todas sus fuerzas como si quisiera penetrarle.

—Ella no acepta lo nuestro —confesó, llorando—, me dijo que nunca lo aceptaría y empezó a golpearme casi a diario.

Joachim apretó con tanta fuerza sus dientes que pensó que se romperían en cualquier momento.

—¿Por qué no me lo dijiste, cielo?

Ella sollozó con amargura.

—Por vergüenza, mi amor.

Emma le contó todo lo que su madre le hacía tras llegar a la casa. Primero venían los gritos y luego los golpes. Olga necesitaba un motivo para levantarle la mano y su amor por él era el mayor de todos.

—Lo siento, mi amor —le dijo él con el corazón encogido—, lo siento mucho.

Era soldado y su deber era proteger a los suyos contra los enemigos.

—Sé cómo evitar que vuelva a pasar, cielo.

Se apartó de su amada y retiró algo de su guerrera. Emma miró embelesada el anillo con una delicada piedra de color verde que él acababa de coger.

—Este anillo perteneció a mi abuela —le dijo él con la voz enronquecida—, ella me dijo una vez: el dedo de la chica que entre en él, será la mujer de tu vida.

El anillo fue hecho para una mujer de dedos muy finos. Su anterior pareja, tenía los dedos muy gruesos y el anillo no le sirvió. Joachim no creía en ciertas cosas, pero en su abuela sí. Se levantó de la cama y se arrodilló con el anillo empinado hacia ella. Emma no podía controlar sus lágrimas, su respiración o sus latidos. Su corazón estaba por todas partes.

—Emma —dijo con un enorme nudo en el pecho—, amor de mi vida —ella se rompió a llorar un poco más—, ¿quieres casarte conmigo?

Emma llevó sus manos a su boca. Lloró. Lloró un poco más. Joachim enarcó su ceja derecha algo preocupado con su reacción y, ante todo, ante su silencio.

—Sí —logró articular tras secarse las lágrimas con la sábana—, quiero ser tu esposa —los ojos de Joachim se llenaron de lágrimas—, quiero ser la señora Ackermann, mi amor.

El alemán se puso de pie y deslizó el anillo en su dedo anular sin ningún problema. Era perfecto. Ella era perfecta. Todo era perfecto.

—Te amo, futura señora mía.

Se dieron un largo, apasionado y duro beso de amor.

Alas de mariposa

Magda y Martín corrían por el campo detrás de unas mariposas entre risas y bromas. La joven se tumbó bajo un árbol de tilo y él recostó su cabeza sobre su regazo. Se quedaron en silencio por unos largos minutos mientras observaban el cielo azul a través de las copas de los árboles. Ella entrecerró sus ojos al aspirar el aroma peculiar del tilo. Él la miraba a ella. Él la olisqueaba a ella. Bajó los ojos al comprender al fin por qué le dolía tanto su decisión de ir a Berlín a estudiar Leyes.

«Porque la echarás de menos» se dijo en un murmullo que llegó a los oídos de ella con claridad.

Magda sintió una punzada rara en su pecho. ¿Por qué Martín estaba tan raro aquellos últimos días? ¿Por qué hacían el amor bajo la luna y no en cualquier sitio como antes? ¿Por qué siempre la sujetaba de la barbilla mientras la penetraba? ¿Por qué la miraba de aquel modo tan dulzón? No, ellos tenían un pacto: no envolver el corazón. Nunca.

—¿En qué piensas, mariposa?

«En ti, siempre en ti». ¿Pensaba en él siempre? ¿Y el pacto? Escrutó a Martín con ojos curiosos. Aquel simpático campesino la tenía embrujada desde el primer día que lo vio. Su belleza era dolorosa. Cautivante. Y su pasión: adictiva.

—En lo que hicimos horas atrás.

Evocó lo que hicieron en la casa abandonada, ella reclinada sobre la vieja mesa y él acometiéndola con un salvajismo que la hizo gemir de dolor más que de placer. Martín estaba poseído por los celos. Estaba dolido por su afán. Estaba aterrorizado por aquello que sentía cada vez que ella le hablaba de su partida.

—Estaba pensando en ello, también.

Ella quería estar con otro hombre. Martín la quería solo para él. El simple hecho de que otro pudiera tocarla, lo desbordó. Magda le acarició la cabeza con ternura mientras revivía en cada fibra de su ser las sensaciones que aquel joven le provocaba. ¿Sentiría aquello por otro? ¿Su cuerpo se adaptaría a otro que no fuera el suyo?

—¿Te acuerdas lo que hicimos en la iglesia? —le dijo él con una sonrisa. Aquella sonrisa era digna de un cuadro. Deberían dibujarlo. Plasmar la belleza de aquel gesto para la eternidad.

—¿Cómo olvidarlo? —le dijo ella con una sonrisa muy débil.

Martín se sentó y se volvió con una expresión muy ladina en el rostro. Magda le sonrió con picardía al deducir sus oscuras pretensiones.

—Quería hacerte esto en plena misa —le dijo él antes de acomodarse entre las piernas de ella—, pero solo pude acariciarte con los dedos.

La imagen de Martín chupándose los dedos que había introducido en su interior despertó su lujuria en plena misa.

—Iré al infierno por tu culpa, mariposa.

Ella separó las piernas cuando recibió la orden visual del alemán.

—Estaré allí.

Martín le levantó la falda de su vestido con una lentitud martirizante. Besó un camino de besos en sus muslos antes de apartar a un lado su ropa íntima.

—Entonces no podría ir a otro lugar —le dijo él antes de enterrar su lengua en su parte íntima.

Magda se arqueó con fuerza contra su boca y disfrutó de aquellos besos tan lascivos que solo él podía darle. Solo él conocía sus puntos. Solo él era capaz de darle el placer más mundano y celestial. Solo él.

«Solo tú» repitió ella.

Martín levantó la vista sin detenerse en sus caricias. Magda clavó sus ojos en los de él. Aquellos ojos azules eran tan transparentes. Eran tan limpios. No había secretos en ellos. No había maldad.

—Quiero sentirte —le dijo ella, tajante—, dentro de mí.

Martín se puso de rodillas a toda prisa y se bajó los pantalones de un tirón. Se acomodó entre sus piernas y la penetró de una estocada. Magda no podía dejar de mirarlo. De desearlo. De quererlo solo para ella. Martín se movía sin parar, luego salía de ella y volvía a empujar. Estaba tan dentro que parecía estar cerca de su corazón.

«No» se dijo ella con resolución.

—No te enamores —le dijo jadeante—, era el pacto.

Martín disminuyó la velocidad de golpe y la miró con ojos interrogantes.

—No lo haré —le juró—, nunca.

«Mi amor».

Tras el clímax, Magda se arregló las ropas y se acomodó entre las largas piernas del alemán, que mal podía respirar aún. Ella levantó la cabeza y miró

el cielo a través de las copas de los árboles.

—Algún día te llevaré a Nueva York, Magda.

Ella lo miró con una amplia sonrisa.

—Te lo prometo.

Magda soñaba con conocer otros países, en especial los americanos.

—¿Me cantarías la canción Auld Lang syne, Magda?

Ella asintió.

—No la recuerdo muy bien, pero, allí va, monito.

*¿Deberían olvidarse las viejas amistades
y nunca recordarse?*

*¿Deberían olvidarse las viejas amistades
y los viejos tiempos?*

*Por los viejos tiempos, amigo mío,
por los viejos tiempos:
tomaremos una copa de cordialidad
por los viejos tiempos.*

*Los dos hemos correteado por las laderas
y recogido las hermosas margaritas,
pero hemos errado mucho con los pies doloridos
desde los viejos tiempos.*

*Los dos hemos vadeado la corriente
desde el mediodía hasta la cena,
pero anchos mares han rugido entre nosotros
desde los viejos tiempos.*

*Y he aquí una mano, mi fiel amigo,
y danos una de tus manos,
y jechemos un cordial trago de cerveza
por los viejos tiempos!*

—Cantas tan bien, Magda.

Él le dio un beso.

—Algún día te la cantaré en Nueva York, monito.

Martín le dijo que aprendería la canción que ella le había traducido al

alemán días atrás. Y que algún día, él la cantaría en Nueva York.

—¿En la estatua de la libertad? ¿Y en navidad?

Martín no sabía cómo lo haría, pero vendería incluso su alma al diablo para realizarle aquel sueño.

—Sí, mariposa. Te lo prometo.



Sebastián tenía los ojos clavados en el horizonte con las manos ocultas en sus bolsillos. Observaba el atardecer mientras Erika jugueteaba con Oskar, su nuevo conejito, el que él le había regalado por su cumpleaños número dieciocho.

«Piensa en ella» caviló la muchacha con un enorme nudo en el corazón.

El alemán evocaba cada día el último atardecer que compartió con Lya, preguntándose si ella lo recordaba con tanta nitidez como él. ¿Se acordaría de él? ¿De lo que vivieron? Bajó la cabeza al recordar las palabras de Petra el último fin de semana:

—Lya está feliz —le dijo ella tras alargarle una foto—, la robé para ti.

En la imagen, Lya aparecía con Joshua frente a la torre Eiffel. Llevaba un vestido muy elegante de color azul marino. Aquella joven de mirada triste y ropas serias, nada tenía que ver con la joven que él conoció y amó.

—No es feliz —dijo él con firmeza—, sus ojos la delatan.

Petra insistió, pero no lo convenció. Lya no podía estar feliz sabiendo que su padre jamás volvería a ser el mismo de antes. Lya era caprichosa, era orgullosa, altanera, pero no era indiferente. Ella sufría por aquellos que amaba.

—¿Nunca pensaste que ella armó todo ese teatro?

«Todos los días» pensó Sebastián sin replicarle. Algo en su corazón le gritaba que no era cierto. La conocía. Conocía su alma. Conocía su corazón.

Erika le tocó el antebrazo y lo devolvió al presente de golpe. La miró y sonrió con dulzura al ver la postal que ella le alargaba.

—¿La compraste para mí?

Ella asintió con una sonrisa casi imperceptible en sus labios. Él cogió la postal y se sentó a su lado sobre el césped. Le arregló el pelo rubio con delicadeza tras depositar un beso afectuoso en su cabeza.

—Gracias, pequeña.

Erika y Sebastián se tornaron muy buenos amigos. Siempre estaban juntos e incluso dormían juntos las siestas o cuando el tiempo era muy feo. Ella buscaba refugio en sus fuertes brazos. Buscaba consuelo para aquello que sentía cada vez que lo tenía cerca. Dolía amarlo sin esperanza alguna. Dolía verlo triste. Tan triste.

—¿Estás bien? —le preguntó ella con el lenguaje de las señas—, te veo mejor.

Sebastián aprendió su lenguaje. Ella le enseñó. Pero, a veces, bastaba con una mirada para comprender lo que se querían decir. Él era tan expresivo. Tan transparente.

—No —le dijo él con sinceridad.

Era tan sincero. Ella quiso arrancarle aquel dolor que cargaba, pero no sabía cómo hacerlo. Él escribió el nombre de Lya, el nombre de su amor perdido en la postal. Ella tuvo un enorme deseo de llorar.

—¿Te gustó el perfume que te regalé, Erika?

Era dulce. Era suave. Era cautivante. Era el aroma de Lya. Ella olía a vainilla. Ella olía a vida. Ella olía a amor. Erika usaba aquel perfume todos los días para que él pudiera olerlo. Para que reclinara su cabeza y olisqueara su cuello desnudo. A veces, él depositaba un ligero beso y le robaba mil suspiros a cambio.

—Mucho —le dijo con señas.

Erika no era ella. No era Lya. Era inocente. Era pura. Era buena. Pero no era Lya. Nunca lo sería. Desvió la mirada y escribió:

«Cada atardecer lleva tu rostro Lya».

Erika se enderezó contra el árbol con su conejito entre manos. Sebastián se reclinó contra el árbol contiguo y la miró desde su sitio con una dulzura que la derritió entera. Él era tan expresivo. Sus ojos eran tan sinceros. Su corazón tan hermoso. ¿Por qué Lya lo dejó? ¿Por qué alguien en su sano juicio lo dejaría? Sebastián dobló su pierna derecha a la altura de su pecho sin desviar la mirada de Erika un solo segundo. ¿Por qué la miraba? ¿Qué buscaba en su rostro? Ella se sonrojó. Era tan tímida. Tan inocente. Lya lo hubiera encarado. Lya lo hubiera desafiado. Lya lo hubiera besado. Mucho. Hasta perder el aliento. Hasta volar en el cielo.

«¿Por qué me mira así?» se preguntó ella tras bajar la mirada.

Erika evocó el día que lo vio en el cuarto de baño como había venido al mundo. Él estaba rasurándose la barba de tres días. Ella quiso decirle que le gustaba su barba. A Lya también le gustaba y por eso la quitaba. Para no recordarla. Para no sentir dolor. Sebastián posó su mano sobre su brazo y la obligó a que lo mirara.

—¿Alguna vez te han besado, Erika? —le preguntó con señas.

Ella lo miró con atención antes de menear la cabeza en un gesto negativo. Él quiso probar sus labios. Quiso comparar su sabor con los de Lya. Pero ella no era Lya. Volteó su cara y miró el crepúsculo con un enorme deseo de llorar. Para él, Lya no se había casado con otro. Para él, Lya había muerto. Dobló su otra pierna sin voltear su rostro y posó sus brazos sobre sus rodillas mientras su mente lo transportaba al pasado, al dulce pasado...

—*¿Crees en las almas gemelas, Lya?*

Sebastián acababa de meter una fresa en la boca cuando sus ojos se clavaron en los suyos. Se miraron. Se estudiaron. Se besaron sin labios. Se abrazaron sin brazos.

—*Ahora sí, Sebastián.*

Un escalofrío recorrió toda la espina dorsal del alemán y lo sacó de sus recuerdos. Frunció el entrecejo y soltó un largo suspiro pensando en ella, solo en ella.

«Lya» moduló con los labios y clavó un puñal en el pecho de Erika.

El abogado del diablo

Erika se puso su mejor vestido para la cena que su padre organizó con tanto ahínco para su amigo Heinrich Himmler, el Reichsführer, encargado de las SS. Se puso el perfume que le regaló Sebastián y los pendientes de rubíes que su padre le había regalado en su cumpleaños. Su larga melena rubia iba suelta y le llegaba hasta la cintura. Parecía un ángel.

—Tranquila, niña —le dijo su ama de llaves—, estás preciosa.

Erika sonrió con cierto nerviosismo.

—Alguien quedará hipnotizado al verte —se mofó la mujer—, ya sabes quién, ¿no?

Erika se ruborizó como una amapola ante tal posibilidad.

—Le he planchado el traje que tu padre le regaló —comentó la mujer mientras le arreglaba los bucles que le había hecho en la punta de su pelo—, ese chico parecerá un príncipe de cuento de hadas.

Ella asintió.

—Es guapo a rabiar el condenado.

Se rieron.

—Y sería muy tonto si no se fijara en ti, mi niña.

Erika bajó la mirada y la mujer le levantó la barbilla con delicadeza.

—Lo quieres mucho ¿no?

Erika asintió con lágrimas en los ojos.

—Pues tienes todo para conquistarlo, mi niña.

Quería creer en ello.

Quería soñar con ello.

Pero tenía miedo.

Mucho miedo.

Erika bajó las escaleras con cierta vacilación. Su delicado vestido rojo se amoldaba a su cuerpo de tal modo que parecía una segunda piel.

—¡Estás hermosa, hija! —exclamó su padre al verla—, ¡una princesa!

Sebastián se puso su mejor traje y salió de su cuarto tras perfumarse. Se detuvo cerca de la escalera y la miró embobado. Erika se ruborizó un poco más ante la intensa mirada que le dedicaba el alemán. Su padre palmeó la espalda de su empleado con vigor, pero él no desvió la mirada de ella un solo

segundo.

Seis meses se pasaron desde que Lya se casó.

Seis meses en que no dejó de pensar en ella.

Seis meses en que trabajó día y noche para no pensar en ella.

Seis meses que no probaba un beso.

Seis meses que no hacía el amor con nadie.

Seis meses en que ninguna mujer le llamó la atención.

Hasta ese momento.

—Estás preciosa —le dijo a Erika tras alargarle una rosa roja que había cogido de un jarrón—, para ti.

Erika cogió la rosa y una espina le atravesó el dedo pulgar. Una mueca de dolor se estampó en su cara al sentir el pinchazo en su dedo. Sebastián cogió su mano y le limpió la sangre con su pañuelo.

—Lo siento, cielo.

¿Lo siento, cielo? ¿Dijo cielo? ¿La llamó cielo? ¿Era su cielo? Quería ser su universo, pero solo podía ser su cielo. Lya era su universo. Lya siempre sería su todo. Se entristeció. A pesar de la dulce mirada que él le dedicó al verla, algo en su corazón le decía que nunca la miraría como alguna vez lo hizo con Lya.

—¿Estás bien?

No la llamó cielo. Quizá nunca volvería a llamarla así. Asintió sin apartar su mano de la de él. Dejaría su mano allí para siempre. Suspiró hondo sin querer.

—¿Estás triste?

Estaba muy triste, pero no podía decirle la razón. Él era la razón. Sebastián alargó la mano para acariciarle la mejilla con toda la delicadeza que ella le inspiraba. Era tan tersa. Era tan suave. Era tan dulce. Sebastián tuvo un enorme deseo de dibujarla. De plasmar su belleza en un papel. De inmortalizar su delicadeza. Pero no podía dibujarla. Lya le pidió que nunca dibujara a otra mujer, porque hacerlo significaría que la estaba olvidando. Y él no quería olvidarla. Él nunca la olvidaría. El ruido de unos coches le arrancó de su trance de golpe. Era el invitado.

—¡Bienvenido! —chilló el señor Hoffmann—, ¡Heinrich!

Sebastián se arregló el traje azul oscuro que llevaba con nerviosismo. El Reichsführer entró en la casa con su mujer con una elegancia indescriptible. Saludó a su amigo y luego a su hija, a quien miró de un modo muy despectivo. Sebastián frunció un poco el entrecejo al notar la sutil mirada de desprecio

que aquel hombre le dedicó a Erika. ¿Por qué la miró de aquel modo? ¿Y por qué le molestó tanto? El encargado de las SS miró con atención y embeleso a Sebastián. Sus rasgos le llamaron mucho la atención.

—Un ario de pura cepa —soltó con una sonrisa—, ¿cuántos años tienes, joven?

El corazón de Sebastián dejó de latir por unos segundos.

—Veintiún años, señor.

Himmler lo miró de pies a cabeza con fascinación.

—¿Cuánto mide?

Erika miró a Sebastián con atención. Siempre quiso saber cuánto medía, pero nunca se animó a preguntarle.

—Metro noventa y dos, señor.

Era alto. Muy alto. Himmler le aconsejó que se alistara a las SS y formara parte del partido. Sebastián asintió sin mucha convicción hasta que él le dijo que allí podría triunfar en la vida.

—¿Puedo tutearlo?

El padre de Erika le dijo su nombre en ese lapso.

—Sí, señor.

Pasaron al comedor y se acomodaron en la mesa. Erika se sentó a su lado y él le cogió de la mano de manera cariñosa. Un millón de mariposas empezaron a aletear sus alas en el estómago de la muchacha mientras un escalofrío la recorría de pies a cabeza. Siempre que tenían contacto, todo su cuerpo reaccionaba.

—¿Podría estudiar una carrera?

Himmler asintió con un cabeceo tras palmearle la espalda con afecto. Martín soñaba en conocerlo, pero no era tan simple como suponía.

—¿Qué carrera te gustaría estudiar?

Sebastián esbozó una sonrisa de lado.

—Medicina.



Sebastián siguió el consejo de Heinrich Himmler y se presentó en la sede de las SS. Según le dijo Martín, aproximadamente de cada cien candidatos a opositar, solo eran elegidos diez debido a los estrictos requisitos exigidos por la organización. De hecho, nada más presentarse en las oficinas, Sebastián

debía contar con un historial limpio en los ficheros policiales, demostrar un correcto comportamiento político por parte de sus padres, no poseer enfermedades hereditarias y tener un árbol genealógico puramente ario hasta mediados del siglo XVIII, que fue lo más difícil.

—Con la llegada al poder de Adolf Hitler, las SS se nutrieron básicamente de policías de la Gendarmería y las Juventudes Hitlerianas —le dijo su hermano, que ya formaba parte de la elite.

Sebastián miró asombrado a su hermano, que tras alistarse a las SS cambió totalmente.

—Seguro te aprobarán, Sebastián. ¡Me aprobaron a mí!

Y así fue. La Comisión Racial compuesta por expertos en medicina y eugenesia le realizaron unas pruebas médicas tras revisar los documentos pertinentes.

Ellos valoraron la forma de su cabeza, el color de sus ojos, su altura y su buena constitución física.

—El último examen consiste en una prueba de disciplina durante la cual te formularán una serie de preguntas —le dijo Martín.

Sebastián le preguntó si eran difíciles tales preguntas. Él negó con la cabeza tras calar su cigarro con fuerza.

—Tienes que responder con serenidad, sin ser demasiado servil, pero tampoco autoritario, Sebastián.

Una vez concluidos todos los exámenes, evaluaron el aspecto físico de Sebastián, la pureza racial y la ideología política para definitivamente determinar su incorporación o no a las SS.

—¡Te han llamado! —gritaron sus padres con euforia—, ¡serás un soldado de las SS!

Martín sonrió de oreja a oreja. Joachim abrazó con afecto a su hermano. Le felicitó y le dijo que pronto sería un gran guerrero.

—¡Bienvenido! —le dijo Martín—. El infierno empieza ahora, hermanito.

—Martín —le dijeron sus padres.

—Es la verdad.

Una colleja voló hacia él.

—¡Mutti! ¡Duele!

—No esperaba menos —se mofó ella y todos se echaron a reír.

Sebastián recibió el uniforme negro sin insignias, porque todavía no fue admitido en la organización. Mientras eso sucedía, le instruyeron duramente a

nivel físico e ideológico.

—¡Heil, Hitler! —le saludó Paul Bachmann, su compañero de habitación —, ¿duro eh?

Paul se desnudó para ducharse tras el duro entrenamiento. Aquel joven era de hierro, pensó Sebastián.

—No puedo respirar sin sentir dolor, Paul.

Paul sonrió con expresión ladina.

—Tiene sus ventajas haber entrenado siempre —le dijo el joven de dieciocho años—, mi padre fue militar.

—Ah, tiene sus ventajas —le dijo Sebastián tras desnudarse—, pero no descansaré hasta ser el mejor del pelotón.

Paul enarcó una ceja.

—Después de mí, Ackermann.

—Ya veremos, Bachmann.

Aquello sonaba a revancha. Era una revancha. Sebastián entrenó duro y logró romper récords impuestos por grandes soldados.

—Eres bueno, soldado —le dijo Paul—, no como yo, pero...

—Ajá.

Ambos se tornaron muy buenos amigos, en especial tras el heroico rescate de Sebastián que evitó que Paul se ahogara después de perder la consciencia en pleno mar.

—Te debo la vida, Ackermann.

Sebastián le palmeó la espalda con afecto.

—Me conformo con un trago, Bachmann.

Paul levantó ambas cejas.

—¿Eso vale mi vida?

Sebastián lo miró con expresión ladina.

—Lo dijiste tú, no yo.

Paul rio por lo bajo.

—Pero lo pensaste, Ackermann.

—¿Lees la mente, Bachmann?

—No, pero descifro miradas —rebatíó con una sonrisa franca—. Ten cuidado, que otros no descubran tus secretos con tanta facilidad, Ackermann.

Sebastián tenía un solo secreto: amaba a una judía.

—Así será, Bachmann.



El 30 de junio de aquel año, no se hablaba de otra cosa que no fuera la Noche de los cuchillos largos.

—Fue una purga política dentro del Partido Nazi —dijo Paul tras calar su cigarro bajo el árbol de cerezo del jardín—. Eliminar al enemigo antes de que se convirtieran en grandes problemas.

Sebastián encendió un cigarro. Allí aprendió a fumar, a controlar sus emociones, a esconderlas y a desintegrar las que no servían. Paul soltó el humo por su boca sin apartar la mirada de su compañero.

—Una serie de asesinatos cuyo blanco principal fue la cúpula de la SA y su líder, Ernst Röhm —acotó Sebastián, pensativo—. Nuestro Führer es implacable.

Paul se recostó contra el árbol y asintió sin mirar a su amigo. Sebastián lo observaba, siempre lo hacía. Aquel joven parecía esconder mil secretos. Todos ellos inconfesables.

—Si te enamoraras de una judía, ¿qué harías, Paul?

Paul alzó la cabeza y lo miró desafiante.

—La amaría.

Aquella respuesta lo dejó sin palabras. Paul caló su cigarro sin desviar la mirada de Sebastián un solo segundo.

—Como tú amas a la tuya, Ackermann.

Sebastián lo miró con ojos interrogantes. ¿Cómo sabía que amaba a una judía? Apretó con fuerza sus dientes y también sus puños.

—¿De qué estás hablando, Bachmann?

Paul sonrió con expresión victoriosa.

—Lya es un nombre judío, el nombre de la dueña de tu corazón es judía.

Sebastián no pudo evitar mirarlo con asombro y cierto resquemor. Tras entrar a las SS, comprendió lo que significaba la ideología nazi. Comprendió que su raza no era compatible con la de Lya. Que eran distintos. Que nunca podrían estar juntos. Nunca.

—¿Alguien te lo dijo?

Paul negó con la cabeza.

—El día que enfermaste, repetiste ese nombre en la tienda sin cesar.

El corazón de Sebastián dejó de latir por unos segundos, para luego latir

con mucha fuerza, tanta que, pensó que saldría de su pecho de un solo impacto.

—Tu secreto está a salvo mientras estés sano, Ackermann.

Sebastián confiaba en Paul plenamente. Como Paul confiaba en él. Era una amistad limpia y leal, muy leal.

—Por suerte nunca me enamoré, Sebastián —le dijo Paul con firmeza—. Tuve una chica, la quise mucho, pero nunca la amé.

El alemán sonrió con nostalgia tras clavar sus ojos en el cielo.

—Algún día lo harás, Paul. Amarás a una chica con todo tu ser —sonrió con tristeza—, con toda tu alma —se miraron desafiantes—. Ella será tu alma.

Paul arrojó la colilla de su cigarro a un lado sin desviar la mirada de su amigo. Sebastián suspiró hondo. Paul suspiró hondo. Los pájaros trinaban tan alto que apenas podían oír los latidos de sus corazones aquella tibia tarde.

«Un año» pensó Sebastián. Hacía un año que Lya y él vivieron su amor prohibido. Hacía un año que él le había entregado su alma en una cajita. Una cajita que ella lanzó a la basura. Paul carraspeó y lo devolvió al presente de golpe.

—Y será judía —le dijo Paul, y lo dejó sin aire en los pulmones—, ya sabes, el corazón no conoce reglas, al contrario, las rompe.

—¿Las romperías por amor, Paul?

Paul sonrió de un modo muy enigmático.

—Solo por amor, Sebastián.

A inicios de septiembre, Sebastián fue nombrado cadete de las SS, se le entregó las insignias en el uniforme y también el carnet de afiliado.

—Heil, Hitler! —le saludó Martín—, felicidades, cadete, Ackermann.

Martín llevaba el mismo uniforme que él.

—Lo conseguimos, monito.

—Así es, patito.

Tan sólo dos meses más tarde, el 9 de noviembre, coincidiendo con el aniversario del “Putsch de Munich”, los cadetes se convirtieron en soldados e hicieron el juramento de fidelidad a Adolf Hitler, lo que les convirtió en miembros de pleno derecho dentro de la Orden Negra.

«Ich schwöre bei Gott diesen heiligen Eid, dass ich dem Führer des Deutschen Reiches und Volkes, Adolf Hitler, dem Oberbefehlshaber der Wehrmacht unbedingten Gehorsam leisten und als tapferer Soldat bereit sein will, jederzeit für diesen Eid mein Leben einzusetzen».

Juro por Dios este sagrado juramento, que yo debo obediencia incondicional al líder del imperio y pueblo alemán, Adolf Hitler, comandante supremo de la Wehrmacht, y que como un valiente soldado, estaré preparado en cada momento para defender este juramento con mi vida.

Emma & Joachim

Meses después...

Sebastián y Martín viajaron al pueblo para asistir a la boda de Joachim y Emma. Aún no podían creer que se casarían. María les recibió con una alegría que los dejó muy emocionados. Llevaba meses sin verlos y la añoranza la estaba matando. Karl, a su vez, no podía estar más orgulloso de sus hijos, de los nuevos cadetes de las SS.

—¡Bienvenidos! —chilló Joachim—, ¿habéis crecido?

Sebastián y Martín lo estrecharon con mucho afecto.

—Hola —saludó Emma con timidez por detrás de su futuro esposo.

Ella vivía con ellos desde que su madre la expulsó de su casa. Olga no aceptaba la relación. Nunca lo haría. Joachim le dio un beso en la frente.

—¡Hola, cuñada! —la saludaron Sebastián y Martín con alegría—, bienvenida a la familia.

Martín le preguntó por sus galletas y todos lo miraron con cierto estupor. ¿En verdad le gustaban aquellas horribles galletas?, se preguntaron. Emma sonrió orgullosa antes de coger un bote repleto de aquellas exquisitas galletas que sabían a caviar. Martín cogió varias y las llevó a la boca con apetencia. Sebastián y Joachim intercambiaron una mirada de soslayo. Una mirada de asombro.

—¡Ahora comprendo por qué mi hermano perdió el corazón por ti, cuñada!

Joachim levantó ambas cejas en un gesto de duda. Por fortuna, se enamoró antes de haberlas probado, pensó con sorna. Sebastián se quitó la visera y la guerrera con aire pensativo.

—¿Te encuentras bien, Sebastián?

—Sí.

Su hermano mayor le aseguró que Lya no estaría en la boda ya que su padre fue internado y no se encontraba nada bien, según Emma. Martín, a su vez, se preguntaba cómo estaría Magda. ¡La echaba mucho de menos! Aquellos meses, alejado de ella, abrieron un portal en su corazón, un portal secreto.

—¿El almuerzo cómo está, Emma? —preguntó María.

Emma llevó sus manos en actitud de oración a su boca y dio una pirueta sobre sí misma.

—La gallina ya está en la olla.

Joachim esbozó una amplia sonrisa al ver el entusiasmo de su futura esposa. La tiró hacia sí y le dio un tierno beso en los labios mientras María entraba en la cocina.

—Te amo, ¿lo sabes no?

Ella asintió.

—Tanto como yo, soldado.

María soltó un grito. Todos se dirigieron a la cocina para ver qué le sucedía. La mujer miró horrorizada la olla. Sus hijos y esposo se aproximaron y escrutaron asombrados la gallina con plumas, patas y cabeza rodeada por enormes trozos de patatas y cebollas en la olla.

—Al menos la metió muerta allí, ¿no? —preguntó Sebastián en un susurro—, espero que sí.

Martín acercó su rostro a la olla y miró con ojos interrogantes el contenido.

—¿Sopa de plumas?

Todos lo miraron con ojos curiosos.

—No veo la hora de probar esta sopa —dijo cantarina Emma—, mi nana solía hacerlo a menudo, pero claro, ella nos servía sin plumas.

Todos asintieron sin desviar la mirada de la olla.

—Joachim —dijo María con suma delicadeza—, qué te parece si se pasean un poco por el jardín mientras yo trato de salvar el almuerzo, hijo.

Joachim tenía los ojos clavados en la olla.

—Sí, Mutti.

Emma dio varios saltitos cuando él la invitó a pasear un poco por el jardín. María llevó la olla hasta el fregadero y la volcó sin tapujos. Mientras trataba de limpiar la gallina, comentó sobre las clases de costura que trató de darle a su futura nuera.

—Cuando se levantó de la máquina de coser y trató de coger unas telas, la parte frontal de la falda de su vestido se rasgó, ya que la había cosido a la manta que trataba de arreglar.

—¡Es todo un personaje! —dijo Karl, muerto de la risa.

Sebastián y Martín se echaron a reír.

—Joachim tiene más moretones que cuando entró recién al ejército —acotó María, risueña—, pero es muy buena y será muy buena esposa.

Joachim la escuchó desde la puerta y sonrió.

—Será una gran esposa —replicó Karl.

El soldado había ido a por un vaso de agua, pero al escucharlos, se detuvo y sintió un júbilo indescriptible en el pecho. Su familia la quería, la aceptaba tal cual era. Emma conversaba con una de las ovejas.

—Eres tan guapa —le dijo y le dio un besito.

La oveja, la hija de Lya y Emperador, le hizo encima y le robó un gemido de asco. Joachim la miró apenado desde su sitio.

—¡Solo a mí me pasan estas cosas!

Su futuro esposo se acercó sin abandonar su deje. Emma bajó la oveja en el suelo y trató de limpiarse, pero, en lugar de ello, repartió el excremento por toda su falda.

—Oh, cielo —dijo Joachim, aturdido—, dicen que trae suerte, ¿no?

Emma ladeó la cabeza y lo miró fijo por unos segundos. Tras analizar lo que le dijo, se echó a reír. Joachim rio con ella, hasta que ella adoptó un gesto muy sospechoso.

—Cielo...

Emma dio un paso hacia él.

—Mi amor.

Joachim empezó a correr por el jardín cuando ella lo persiguió, dispuesta a darle un abrazo muy perfumado. Emma se tropezó y terminó en el charco de los cerdos de culo. Joachim llevó sus manos a su cabeza.

—¡Mi amor! —exclamó al tiempo que se acercaba—, ¿estás bien?

Emma lloriqueó como una niña pequeña y le rompió el corazón a su futuro esposo, que le alargó la mano para ayudarla a salir del lodo. Ella cogió su mano y tras ello lo tiró hacia sí. Joachim terminó en el lodo con ella, que reía a mandíbula batiente.

—¡Eres muy confianzudo, soldado!

Joachim terminó riéndose con ella.

—Me gusta verte así, Emma.

Ella dejó de reírse y lo miró con ojos soñadores.

—Feliz —acotó él.

Emma se sentó a horcajadas sobre su regazo y sin darle tiempo para reaccionar, le dio un apasionado beso de amor.

—Te amo, futura esposa mía.

Ella le llenó la cara de besos.

—Y yo a ti, futuro esposo mío.

Martín comía las galletas cuando salió al patio y los vio en el charco de los cerdos.

—Mutti, tenemos nuevos cerditos —se mofó.

Sebastián y sus padres asomaron sus cabezas en la ventana y observaron divertidos la escena. Joachim y Emma salieron del lodo y escrutaron a Martín con picardía. Asintieron al mismo tiempo.

—Oi oi oi —se burló Martín—, no —dijo dando un paso hacia atrás—, no seríais capaces...

Joachim y Emma lo atraparon en un abrazo muy enlodado.

—¡Nooo! ¡Mutti!

Todos se echaron a reír.



Por la noche, los hermanos salieron a beber algo cerca del río. Una despedida de soltero entre hermanos. Llevaron varias botellas de cerveza y unos bocadillos mientras Emma festejaba su última noche de soltera con Petra, Magda y Helene. Martín encendió una pequeña fogata en el bosque entretanto Joachim y Sebastián se desnudaban para nadar.

—¿Qué apostamos, soldado? —dijo de pronto el futuro marido.

Sebastián soltó un gemido al entrar en el agua helada.

—¡Tu colección de libros de Alejandro Dumas!

Joachim se lanzó al agua de cabeza y empezó a nadar hasta la otra orilla. Sebastián lo siguió tras soltar un taco bastante soez.

—¡Serás tramposo, teniente!

—¡Habilidoso, cadete!

Martín se quitó las ropas ensimismado en sus recuerdos. Esbozó una sonrisa ladina al evocar la tarde apasionada que tuvo con la cuñada de su hermano en la casa abandonada...

—¡Martín!

La voz de Joachim lo sacó de sus pensamientos. Miró hacia ellos, que se encontraban al otro lado del río cerca de unos árboles. Sonrió con expresión divertida antes de lanzarse al agua y nadar hasta ellos.

Se acostaron sobre el césped y doblaron sus brazos debajo de sus cabezas a modo de almohada. Observaron el cielo estrellado con nostalgia. Solían

hacerlo desde niños. Contar las estrellas y pedir millones de deseos.

—¿Eres feliz, Joachim? —preguntó Sebastián.

Joachim sonrió de oreja a oreja.

—Siento mariposas en el estómago solo en pensar que mañana Emma será mi amada esposa.

Su voz estaba revestida de amor, de amor verdadero.

—Recuerdo cuando Milena me dijo que sentía mariposas en el estómago cuando tenía unos diez años —recordó Martín—, yo pensé que se comió mariposas —sonrieron—, como estaba gordita, pensé que se comía de todo.

Joachim y Sebastián rieron a carcajadas. ¡Martín era un payaso! Se recompusieron y se quedaron callados por varios minutos. Las ranas, los grillos y los búhos rellenaron el lugar con sus cánticos nocturnos. Sebastián suspiró hondo y sus hermanos ladearon sus rostros en su dirección. Él se encontraba en medio de ambos.

—Decidí casarme —anunció de sopetón—, con Erika.

Joachim y Martín enmudecieron. ¿Casarse? ¿Con la hija de su patrón? ¿Estaba enamorado?

—¿Hablas en serio? —le preguntó Martín.

Sebastián se sentó y dobló ambas piernas a la altura de su pecho. Suspiró una vez más. Joachim y Martín le copiaron el gesto. ¿Por qué suspiraba tanto?, se preguntó el teniente. Aquel suspiro era de agobio, no de amor.

—En las SS valoran mucho la familia y ella es perfecta para ser mi esposa y madre de mis hijos.

Joachim y Martín intercambiaron una mirada de soslayo mientras Sebastián observaba el río iluminado por la luna llena con una gracia indecible. Joachim evocó a la joven. Era guapa, delicada, sumisa, dulce y muda. Mientras no hablara, él nunca echaría de menos la voz de otra mujer, la voz de Lya.

—Papá y mamá están la mar de contentos —dijo un apagado Sebastián—, y Erika también.

Erika se desmayó cuando él le propuso matrimonio, dos días atrás mientras corrían por el campo. Su reacción conmovió profundamente al soldado, que por primera vez la había besado aquel día. Sintió ternura al saborear sus labios, pero no sintió fuego, no sintió emoción o ganas de gritar. Su beso era tan distinto a los de Lya.

—¿Y tú? —le preguntó Joachim—, ¿eres feliz?

Martín clavó sus ojos en su hermano. Sebastián se puso muy serio,

demasiado serio. No necesitaba responder, su actitud lo hacía por él. No estaba enamorado de ella, pero podía llegar a quererla. A adorarla.

—¿Sientes mariposas en el estómago? —le demandó Martín—, ¿o algún otro insecto?

Joachim le dirigió una mirada elocuente.

—Luwig von Witzleben la pretende y no puedo dejar que un hombre como él la despose. Ella necesita a alguien que la cuide, la mime y la haga sentir única.

—¿Crees que eres el indicado?

Sebastián se levantó.

—Por eso me casaré con ella.

Se lanzó de cabeza al río y nadó hasta el otro lado sin agregar nada más. Martín y Joachim tardaron unos segundos en reaccionar. Lo siguieron.

Cuando llegaron a la otra orilla...

—¡No me fastidies! —chilló Sebastián, iracundo—, ¡no encuentro nuestras ropas!

Joachim rio a mandíbula batiente.

—Me estáis gastando una broma ¿no?

Sebastián negó con la cabeza y empezaron a buscar sus ropas por todo el lugar sin éxito alguno. Joachim maldijo por lo alto tras llevar sus manos a su cabeza. Un aullido feroz los despabiló de golpe.

—¿Es un lobo? —preguntó Martín—, no me gusta el gruñido.

Apararon a toda prisa el fuego y corrieron hacia la izquierda con las manos en sus partes íntimas. Retornaron sobre sus pasos y se dirigieron hacia la derecha cuando vieron algo parecido a un lobo. Cruzaron el cementerio como alma que lleva el diablo.

—¡Qué hermosa está la luna! —chilló Martín—, ¡me encanta la luna llena!

Sebastián miró hacia atrás con la expresión algo desencajada.

—A los lobos también, hermano.

Martín soltó un grito muy sospechoso cuando una cruz de hierro se cayó cerca de sus pies. Se arrodilló y empezó a persignarse sin parar. Sus hermanos se detuvieron y se echaron a reír de su siempre exagerada reacción hasta que, el aullido del lobo resonó por todo el lugar. Los tres se abrazaron.

—Estamos desnudos —dijo Sebastián en tono serio—, y yo estoy en medio de ambos.

Martín le dio un beso en la mejilla.

—Te quiero, pero no te deseo, eso es incestuoso.

Joachim ladeó la cabeza y lo miró fijo por unos segundos.

—Somos soldados alemanes —repuso el mayor de los hermanos—, ¿y tenemos miedo de un lobo?

Sebastián se puso pensativo por unos instantes.

—¿Olvidas que ellos viven en manada? —apostilló Sebastián—, donde hay uno, hay cinco o diez más.

Miraron hacia atrás y luego se miraron entre sí. Cuando sus cerebros procesaron la información, salieron corriendo del lugar.

—¡Mierda! —chillaron.

Era casi medianoche cuando llegaron a la casa. Con las ropas se habían perdido también la llave. Se miraron y tras analizar la situación, golpearon la puerta con los nudillos. Alguien encendió la luz en la sala de costura de María.

—Mutti, somos nosotros —dijo Joachim con timidez—, nos han robado las ropas.

María abrió la puerta sin rechistar y miró asombrada a sus tres hijos que tapaban sus partes íntimas con sus manos. Tres hombres hechos y derechos. Altos. Guapos. Fuertes. Soldados. ¡Completamente desnudos! ¡Era inaceptable!

—Adentro —dijo la mujer con poca delicadeza.

Joachim fue el primero. María le dio un azote feroz en la nalga.

—¡Mutti! ¡Duele!

Martín y Sebastián se empujaron como dos críos.

—Doble nalgada para ambos —anunció la mujer.

Sebastián cruzó la puerta y se ganó sus azotes correspondientes.

—¡Mutti! ¡Soy de las SS!

María le dio otra nalgada.

—¡Eres hijo mío ante todo!

Martín corrió hacia el jardín para escaparse del castigo. María salió detrás de él y lo persiguió bajo la luz de la luna. Joachim y Sebastián rieron a carcajadas cuando lo trajo de la oreja a la casa.

—¡Mutti! ¡Duele!

El amor verdadero

A media mañana, Emma y Joachim se presentaron en el ayuntamiento del pueblo para la boda civil. El funcionario, sentado ante un pequeño escritorio en una de las oficinas del registro civil, les preguntó si ambos estaban en su sano juicio y si se casaban libremente. Escuchó sus respuestas y les selló los pasaportes. Sus familiares aplaudieron.

—Ya eres mi esposa ante la ley, señora Ackermann.

Emma se puso de puntillas y le rodeó el cuello con sus brazos.

—Sí, esposo mío.

Se dieron un apasionado beso mientras el fotógrafo immortalizaba aquel momento. Emma pisó mal un peldaño de la escalera y terminó en el suelo con su marido. Todos soltaron un gemido de susto ante el incidente.

—No sería yo si esto no pasara —dijo ella y todos se echaron a reír.

Antes del mediodía, Emma se puso el vestido blanco que le confeccionó su futura suegra con mucho cariño. Era el vestido más tierno y romántico que jamás se imaginó usar el día de su boda. Era largo, de falda ancha y manga larga de encaje. El pelo lo llevaba suelto con una trenza de costado sujeta por una horquilla de piedras.

—Estás muy hermosa, Emma —le dijo María, emocionada hasta las lágrimas—, pareces una princesa de cuento de hadas.

Joachim se vistió con su uniforme de gala y la gorra.

—¿Lista? —le preguntó su padre con lágrimas en los ojos.

Su madre viajó para no asistir a su boda. Aquello le dolía profundamente, pero respetaba su decisión.

—Sí, papá —susurró tras coger el ramo de tulipanes blancos que le alargaba Magda—, gracias, hermana.

Magda le colocó unos pendientes de perla muy delicados.

—Estás preciosa, Emma —le dijo con una amplia sonrisa—, una princesa.

Salieron de la casa y se dirigieron a la iglesia que estaba a pocos metros de allí. Joachim se quitó el gorro en actitud de respeto al ver a Emma.

—Estás hermosa, mi amor —le dijo el soldado con la voz enronquecida—, ¿soy digno de ti?

Los ojos de Emma se llenaron de lágrimas al escucharlo. Asintió con un leve movimiento de su cabeza.

—Eres el hombre más guapo que he visto nunca —dijo con una voz que rezumaba amor.

Le dio un beso.

—Feliz cumpleaños, mi amor —le dijo ella.

La felicidad que sentía el alemán era evidente en su rostro.

—El mejor regalo de toda mi vida, cielo.

Lo abrazó. Joachim la estrechó entre sus brazos.

—Así nunca olvidarás este día, mi amor.

Joachim se apartó. Envolvió la mejilla de su novia con la mano y la miró con embeleso, con amor, con adoración.

—Como si fuera posible olvidarlo, cielo.

María les dijo que era momento de entrar.

—Te amo —le dijo el soldado a su mujer.

Emma pisó la falda de su vestido y casi perdió el equilibrio de no ser por la habilidad de su marido.

—Y... yo... a... ti...

Entraron en la iglesia con el corazón henchido de gozo. Tomaron asiento sin abandonar sus sonrisas embobadas. Sebastián y Erika entraron en la iglesia de manos dadas mientras Martín y Magda bajaban las escaleras del balcón de coro con las respiraciones algo entrecortadas. Sebastián los miró con expresión de reprobación. ¿Estuvieron fornicando allí? Martín se puso serio y Magda también. ¡Eran unos indecentes! Sonrió con incredulidad hasta que vio a alguien en la puerta principal y su sonrisa se convirtió en una mueca de dolor. Erika se volvió al ver su cara y se encontró con ella, con Lya.

«Aún la ama. Siempre la amará».

Sebastián y Lya se miraron con lágrimas en los ojos mientras todo se ralentizaba alrededor de ambos. Un año y poco había pasado desde la última vez que se vieron. Erika reclinó su cabeza contra el brazo de Sebastián y él desvió la mirada para decirle algo. Lya sintió que la tierra se estremecía bajo sus pies. ¿Sebastián y ella estaban juntos? Como si él hubiera escuchado sus pensamientos, besó a Erika en los labios y le rompió el corazón en mil pedazos.



Joachim miró el altar con la mirada firme, la cabeza bien alta y los labios apretados. Esperó como un buen soldado. Emma pensó que todo era un sueño.

—Te amo —moduló Joachim.

Emma tenía los ojos enrojecidos.

—Te amo —le replicó ella.

Lya tomó asiento y se concentró en la ceremonia. Sebastián la miraba de tanto en tanto. Quiso evitarlo, pero no podía. Lya también lo miraba de reojo cada vez que podía, encontrándose con la mirada temerosa de Erika.

—¿Lya vino sola? —cuchicheó Martín.

Magda miró con atención a su prima.

—Mejor —musitó.

El sacerdote y tío del novio, se dirigió a su sobrino con una sonrisa en el rostro.

—Es un bonito regalo, ¿verdad, sobrino?

Joachim asintió con una sonrisa radiante en los labios. Emma apretó la mano de su amado y él la suya.

—¿Estáis preparados para comprometeros el uno con el otro ante Dios?

Emma y Joachim se miraron con amor infinito.

—Lo estamos.

El cura sonrió.

—El matrimonio es el símbolo del misterio de la unión entre Cristo y su Iglesia. ¿Comprendéis que aquello que ha unido Dios ningún hombre lo puede separar?

—Lo comprendemos.

Una lágrima atravesó la mejilla de Lya mientras observaba con amor infinito a su prima, su valiente prima que dejó todo por amor. No le importó nada más que ser feliz y hacer feliz al hombre que amaba con vesania. Volvió la cabeza en un acto reflejo y su mirada se encontró con la de él. A pesar de su uniforme de cadete de las SS, a pesar del duro entrenamiento, de la ideología nazi y de la elección que ella había tomado, su corazón, en secreto, se acercó al de ella y no quiso volver a su pecho, se negaba a volver.

—Dios Todopoderoso —continuó el sacerdote, sosteniendo la cruz por encima de los novios—, mira con favor a este hombre y a esta mujer que viven

en el mundo por el que tu Hijo dio la vida.

Bendijo los anillos.

—Defiende a este hombre y a esta mujer de cualquier enemigo. Guíalos a la paz. Bendícelos en el trabajo y en la amistad, en el descanso y en la vigilia, en sus alegrías y en sus pesares, en la vida y en la muerte.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Emma. Joachim se volvió hacia ella y le cogió las manos, emocionado al ver la felicidad en el rostro de su flamante esposa. Todos se levantaron para recibir la bendición final.

—Os declaro marido y mujer —dijo el sacerdote—. Puedes besar a la novia.

Mientras Joachim besaba a su esposa, todos empezaron a aplaudir menos Martín, que sufrió un ataque de llanto. Magda le consoló con dulces palabras, pero no fueron suficientes para calmar la gran emoción que sentía en su corazón. Sebastián atrajo hacia sí a su futura esposa que mal le llegaba a sus hombros. Con discreción se volvió y miró a Lya con ojos de cordero degollado. Ella, a su vez, observaba con amor infinito a su prima y a su marido.

—¡Felicidades! —saludaron todos.

En cuanto salieron de la iglesia, Joachim cogió en brazos a su mujer y comenzó a dar vueltas mientras se besaban. Todos aplaudieron con entusiasmo desde la acera.

El fotógrafo levantó la voluminosa cámara de fotos. Disparó la cámara una vez. Dos. Y luego un sinfín de veces.

—Te amo, señora Ackermann.

Emma se rompió a llorar.

—Te amo, esposo mío.

Las lágrimas rodaban las mejillas arreboladas de Lya ante la gran emoción que sentía. Magda se acercó y la abrazó con afecto. Lya necesitaba aquel abrazo con todas sus fuerzas.

—Lya —le dijo Magda—, te eché tanto de menos.

Sebastián tragó con fuerza al verla tan vulnerable. ¿Qué tenía? ¿Qué le pesaba tanto? ¿Acaso no era inmensamente feliz con su marido perfecto?

—La fiesta será en el salón de la esquina —anunció el padre de Erika—, un pequeño regalo mío para los novios.

Erika cogió de la mano a su novio y lo devolvió al presente de golpe. Su novia tenía los ojos muy enrojecidos. ¿Lloraba por la boda o por otra cosa? Reclinó su cabeza sobre la de ella y le besó los labios, probando el sabor

amargo de sus lágrimas. Lya entrecerró sus ojos con fuerza para no verlos. Para no llorar.

Durante la fiesta, el padre de Sebastián se levantó de su mesa con una copa entre manos y la empinó.

—¡Muchas felicidades a los nuevos esposos!

Todos aplaudieron con efusión. El padre de Erika le copió el gesto tras carraspear con fuerza. Brindó por los nuevos esposos y luego miró a Sebastián y a su hija.

—Quiero proponer un brindis —dijo el señor Hoffmann, henchido de orgullo—, por los futuros esposos: Sebastián y mi dulce hija, Erika.

Todos aplaudieron, menos Lya, que mal lograba respirar sin sentir dolor. Sebastián y Erika se pusieron de pie en actitud de gratitud. Luego se dieron un beso, un tímido beso que estrujó con crueldad el corazón de Lya. Sebastián y ella se miraron por unos breves segundos. Erika deseó con todo su ser, que su futuro marido, aunque fueran unos pocos segundos, la mirara de aquel modo. Pronto sería su esposa, pero nunca, nunca sería la dueña de su amor.

—¡Felicidades a los futuros esposos! —chilló María con alegría.

Joachim observó a su hermano con ojos lastimeros. Sebastián no estaba enamorado, al menos no de su futura esposa. Martín bebió un sorbo de su copa sin desviar la mirada de Sebastián. Luego miró a Joachim y los analizó en silencio. Uno era la personificación de la felicidad y el otro de la tristeza más brutal existente en la faz de la tierra. Si algún día cometiera semejante locura, quería formar parte del equipo de Joachim.

—¿Para cuándo la boda? —preguntó alguien.

Lya podía escuchar cómo su corazón se iba rompiendo, pedazo a pedazo. Le dolía respirar. Quería salir corriendo del lugar y echarse a llorar.

—El mes que viene —dijo el padre de Erika—, ¿no yerno? —aquello sonó a advertencia.

El señor Hoffmann miró a Lya con cierto desdén.

—Sí.

Lya y él se miraron por unos segundos entretanto todos hablaban y reían alrededor de ambos. Hoy ella sentía en la piel lo que él alguna vez sintió.

—¡Viva los novios! —exclamaron algunos compañeros de Joachim—. ¡Viva! —respondieron los demás.

Lya aprovechó el momento para salir del salón de fiesta. Necesitaba aire fresco. Se dirigió hacia la terraza del segundo piso y miró con ojos empañados el horizonte gris, tan gris como su alma. Pronto llovería. Entrecerró sus ojos y

suspiró hondo. Intentó calmar su corazón, pero el dolor que sentía era incontrolable. Evocó su vida desde que se casó. La vida vacía que eligió. La vida miserable que le tocó vivir. No era feliz. Nunca lo sería. Era su castigo, era su destino.

—Sebastián —musitó con el pecho a punto de estallarle—, espero que tú sí logres ser feliz.

Enterró su cara entre sus manos y se rompió a llorar con amargura. Todo su cuerpo vibraba. El sollozo dominó su ser hasta que alguien posó su mano en su hombro y la sacó de su pesadumbre. Se volvió lentamente y se encontró con él, con Sebastián. ¿Qué hacía allí? ¿La siguió o buscaba un poco de aire fresco también?

—Se... Sebastián —musitó sin fuerzas—, espero que seas muy feliz con ella.

Él le secó las lágrimas con los pulgares. ¿Por qué estaba tan triste?, se preguntó Lya con el alma a sus pies. Él quiso decirle que sería feliz con Erika, pero no tenía fuerzas para mentirle y mentirse.

—¿Por qué lloras, Lya?

Ella sonrió con tristeza. ¿Acaso no conocía la respuesta? ¿En verdad necesitaba responderle? Sebastián necesitaba escucharla. Necesitaba consuelo para el gran dolor que experimentaba.

—Tu corazón conoce la respuesta, Sebastián.

Él cogió su pañuelo y secó las lágrimas de Lya con él. Todas ellas y luego lo guardó en el bolsillo de su chaqueta sin desviar la mirada de ella un solo segundo.

—¿La amas?

Sebastián bajó la mirada y en lugar de responderle con un sí o un no, decidió recitarle un poema de Lord Byron que Paul le había recitado mientras nadaban.

*Cuando nos separamos, en silencio y con lágrimas,
con el corazón medio roto, para apartarnos por años,
tu mejilla se tornó pálida y fría y tu beso aún más frío...
Aquella hora predijo en verdad todo este dolor.
El rocío de la mañana resbaló frío por mi frente
y fue como un anuncio de lo que ahora siento.
Tus juramentos se han roto y tu fama ya es muy frágil
cuando escucho tu nombre comparto su vergüenza.*

*Cuando te nombran delante de mí, un toque lúgubre llega a mi oído
y un estremecimiento me sacude.
¿Por qué te quise tanto? Aquellos que te conocen bien no saben que te
conocí.*

*Por mucho, mucho tiempo habré de arrepentirme de ti
tan hondamente, que no puedo expresarlo.
En secreto nos encontramos, y en silencio me lamento
de que tu corazón pueda olvidar y tu espíritu engañarme.
Si llegara a encontrarte tras largos años,
¿cómo habría de saludarte?
Con silencio y con lágrimas.*

Lya tenía el rostro anegado en lágrimas y él también.

—Oh, Sebastián —balbuceó ella.

La lluvia se hizo presente, era tan brutal y feroz como el dolor que ambos sentían en aquel momento. Sin emitir una sola palabra, él reclinó la cabeza y capturó sus labios en un beso que rezumaba amor y dolor. Lya envolvió el cuello del alemán con su mano y le devolvió el beso con el mismo frenesí.

—Sebastián —le susurró tras apartarse de sus labios—, sé feliz por los dos, mi amor.

¿Mi amor? ¿Lo escuchó bien? Él posó su mano derecha en su cabeza y la apretujó contra sí. Lya se abrazó a él con todas sus fuerzas mientras la lluvia cesaba y el sol volvía a su trono. El chubasco se disipó, pero las lágrimas no. Lya no quería abrir sus ojos. Él no quería abrir sus ojos.

—Quizá en la otra vida, Lya.

Ella se apartó de él y lo miró con ojos interrogantes.

—Quizá en la otra vida conozcamos la felicidad, Lya. En esta ya no es posible.

Una lágrima rodó por la mejilla encendida del alemán. Una lágrima que ella rescató con sus labios.

—Tú aún puedes ser feliz, Sebastián.

«No sin ti, Lya».

Lya retiró una piedra de cuarzo de color rosa de su bolso. Era pequeña y tenía una forma muy similar a una nuez. Cogió la mano de Sebastián y la depositó en ella. Él miró la misma con ojos curiosos. Lya lloraba a lágrima viva y no tenía vergüenza de hacerlo frente a él.

—Es mi corazón —le dijo ella tras sorberse por la nariz—, y ahora es

tuyo.

Sebastián llevó la piedra a su boca y depositó un beso en ella, robándose un gemido de Lya.

—Te bendigo con amor y te dejo ir —le dijo él con los ojos llorosos.

Lya comprendió lo que en verdad significaba aquello. Sebastián la dejaba libre, la dejaba ir de su lado para poder seguir su camino lejos de ella.

—Te amo, Sebastián.

Salió del lugar sollozando con desfallecimiento tras el sepelio de su corazón.

—Te amo, Lya —musitó él, anegado en lágrimas—, siempre te amaré.

Un mes después, el día de su boda, Lya tocó el piano de la iglesia desde el balcón con el permiso del cura. La dulce melodía que resonó por todo el lugar era la que ella le canturreaba a él por las siestas cuando se encontraban cerca del río o en el jardín de la mansión. Los ojos del soldado se llenaron de lágrimas al escucharla. Erika se emocionó al verlo, pensando que aquellas lágrimas eran de pura alegría.

—¡Felicidades! —chillaron todos tras la bendición final del cura.

Sebastián levantó la vista con discreción hacia el balcón y se encontró con Lya, que sumida en dolor, lloraba con mucha desesperación. Sebastián depositó una piedra de cuarzo de color negro muy hermoso sobre uno de los bancos antes de salir de la iglesia. Lya bajó y la cogió sin dejar de llorar. Sebastián acababa de dejarle su corazón, acababa de decirle te amo por última vez.

Nuestros corazones

Meses después...

Lya limpió la boca de su padre con delicadeza mientras las hojas de los árboles del jardín caían sobre ambos aquel dulce y fresco noviembre. La judía sonrió cuando su padre la miró con ojos de cordero degollado. No podía hablar, pero siempre se comunicaba con ella a través de sus ojos.

—Muy bien, papá.

Martina bebía licor en el balcón. Ella siempre estaba bebiendo. Lya se sentó en su silla tras terminar de dar de comer a su padre y empezó a leerle un libro mientras evocaba la noche que Joshua la obligó a tener relaciones tras un viaje que hicieron.

—¡Con tu nazi hiciste de todo!, ¿y conmigo te niegas?

La puso contra el escritorio con brusquedad y le levantó el vestido mientras la apretujaba por la mesada. Le quitó la ropa interior y la penetró hasta el fondo, robándole un grito y su propia dignidad.

—¡Quiero un hijo! —gritó él mientras la acometía con fiereza.

Lya se echó a llorar. No quería un hijo de él, no quería traer un niño que siempre lo recordaría a él.

—¿Te gusta que te folle así, mi amor? ¿Cómo lo hacía el jardinero muerto de hambre?

—Sabes, padre —dijo Lya con lágrimas en los ojos al volver al presente —, nada.

No quería preocuparlo. No quería dejarlo triste. Así que, lo mejor, era callar lo que sentía. Esbozó una sonrisa que apenas curvó sus labios al evocar la postal de su prima que ya estaba viviendo en su casita, la morada que Joachim alquiló para ambos. Según le contó, era muy feliz con su marido y que el matrimonio era muy divertido. Cocinar era un placer, aunque sabían horribles sus comidas, por el momento. Magda le regaló un perro de la raza pastor alemán a Martín y ella lo cuidaba. Se llamaba monito. Era un nombre raro para un perro, pero él lo bautizó así. Magda ya se mudó a Berlín y pronto la visitaría. Erika le regaló varios animales: una vaca, una cabra, tres gallinas

y una ovejita. Aprendió a hacer queso, aunque nadie quiso comerlo, solo Martín, que iba todos los días a comer con ellos tras los duros entrenamientos en las SS. No mencionó a Sebastián. Fue lo mejor.

—Al menos ella es muy feliz —se dijo con una sonrisa afable antes de coger la piedra que Sebastián le regaló y que llevaba a todas partes con ella —, espero que tú también, mi amor.

Albert parpadeó con dificultad. Ver a su hija tan triste, le dolía profundamente. Quería decirle tantas cosas, en especial lo que su marido andaba haciendo con una de las mucamas. Pero mal podía respirar en su actual situación. Su amigo y socio de toda la vida venía a verlo casi a diario y luego se metía en la cama de su mujer, con quien tenía una aventura hacía un par de años. Él se lo confesó como si nada cierto día. Albert moriría sin poder decirle tantas cosas a su hija. Moriría sin decirle quién fue en verdad su madre.

—Te llevaré dentro, papá.

Lya no estudió la carrera de sus sueños. Lya no se casó con el hombre de sus sueños. Lya no realizó varios de sus anhelos. Todo por amor a él. A su padre.



Sebastián ascendió a soldado de las SS aquel noviembre. Se dedicaba a actividades de ocupación civil y aprendizaje durante el día, mientras que por las noches o los fines de semana asistía a las reuniones y asambleas que organizaba la Allgemeine-SS. Básicamente sus funciones consistían en prestar un servicio obligatorio de jornada completa en el Servicio Nacional del Trabajo (Reichsarbeitsdienst o RAD) para participar en los programas de obras públicas; hasta que una vez finalizada esta labor, de las SS pasaban a ingresar en el Ejército Alemán (Wehrmacht) durante un período de 2 años.

—¿Te gusta la poesía, Sebastián? —le preguntó Paul mientras se secaba el pelo con una toalla.

Sebastián escribía en una postal un poema del escritor Victor Hugo cuando lo escuchó. Paul alargó el cuello para leer.

Ayer, al anochecer

Las sombras descendían, los pájaros callaban, la luna desplegaba su

nacarado olán. La noche era de oro, los astros nos miraban y el viento nos traía la esencia del galán. El cielo azul tenía cambiantes de topacio, la tierra oscura cabello de bálsamo sutil; tus ojos más destellos que todo aquel espacio, tu juventud más ámbar que todo aquel abril. Aquella era la hora solemne en que me inspiro, en que del alma brota el cántico nupcial, el cántico inefable del beso y del suspiro, el cántico más dulce, del idilio triunfal.

De súbito atraído quizá por una estrella, volviste al éter puro tu rostro soñador. Y dije a los luceros: ¡verted el cielo en ella! y dije a tus pupilas: ¡verted en mí el amor!

—¿Tu esposa no se llamaba Erika?

Aquel poema iba dedicado a otra mujer, a Lya. Paul se quitó la toalla y se vistió sin apartar la vista de su compañero de habitación. Sebastián llevaba pocos meses casado. Era feliz con su esposa, la quería, pero no como desearía quererla.

—Sebastián, dime una cosa.

Sebastián levantó la vista y clavó sus ojos en los de su compañero.

—Cuando estás con tu mujer, en la intimidad, ¿le eres fiel?

Sebastián siempre cerraba los ojos y apagaba las luces para hacerle el amor a su esposa, a su dulce e inocente esposa. No quería que ella descubriera el secreto de su alma a través de sus ojos. No era justo.

—No es necesario que me respondas, Sebastián. Tus ojos lo han hecho por ti.

Y por esa razón, siempre cerraría sus ojos mientras le hacía el amor a su esposa. Paul encendió un cigarro y se sentó en su cama con aire pensativo. Colocó su brazo derecho bajo su cabeza y dobló la pierna izquierda mientras la otra reposaba a un lado.

—¿Nunca amaste a alguien de este modo tan doloroso, Paul?

Paul se tumbó en la cama tras exhalar el humo de su cigarro por sus fosas nasales.

—¿El amor duele, Sebastián?

Sebastián se quitó las botas y se tumbó en su cama con pesadez.

—Cuando no puedes tenerlo, sí. Es lo más doloroso que un hombre puede experimentar.

Paul frunció su entrecejo.

—¿Por qué enamorarse sabiendo que duele?

Sebastián sonrió con tristeza.

—Uno no elige enamorarse, Paul. Uno se enamora sin siquiera darse cuenta.

Paul ladeó la cabeza y lo miró con una sonrisa ladina en los labios.

—Yo sí, Sebastián. Yo elegí no enamorarme nunca y así será.

Sebastián negó con la cabeza y sonrió con expresión de incredulidad. Paul era un joven ambicioso, duro, sofisticado y misterioso. No hablaba con casi nadie, excepto con él y sus amigos de toda la vida. Parecía ocultar algo, algo bastante delicado. Jonás Schneider insinuó días atrás que era judío y él le reventó la cara de un puñetazo certero. Tenía tal fuerza, que su superior lo ascendió a teniente tras ese día. Todos le tenían miedo, más que respeto.

—¿Y Charlotte? —soltó Sebastián con una sonrisa picarona—, ¿es tu chica?

Paul resopló hastiado. Le dijo que era su amiga íntima, que le relajaba tras un duro entrenamiento, pero era demasiado alta, demasiado rubia y tenía unos pies muy grandes. Sebastián giró trepidante su rostro y lo miró con ojos interrogantes.

—¿Pies grandes?

Paul asintió.

—Si algún día entrego mi corazón —hizo una pausa—, hipotéticamente hablando, la mujer de mi vida deberá tener pies pequeños, senos pequeños, nariz pequeña, cuerpo pequeño y alma de niña. Deberá amar la poesía, la música y las ovejas. Me gustan mucho las ovejas, me recuerdan a mi madre.

Sebastián se sorprendió.

—Para quién dice que nunca se enamorará, tienes muy en claro lo que deseas.

Paul sonrió de lado.

—La deseo porque no existe, Sebastián.

Se quedaron en silencio unos minutos. Paul caló hondo su cigarro y Sebastián suspiró hondo mientras unos soldados entraban en el cuarto entre risas y bromas.

—¿Y si existiera, Paul?

Paul sonrió.

—Le daría mi corazón, Sebastián —miró a su compañero con magnitud—, como tú le has dado el tuyo a ella, a Lya.

Sebastián no dijo nada. Paul comprendía el lenguaje del silencio como ninguno. Le gustaba el silencio. La soledad.

—¿Por qué le escribes postales a ella, Sebastián?

La melodía de Lya empezó a sonar en su cabeza mientras evocaba lo que ella le dijo cierta vez en el jardín...

—Si nos separamos por alguna razón —empezó a decir mientras olisqueaba un tulipán morado—, escíbeme postales, Sebastián.

Ella se acomodó entre sus piernas y recostó su cabeza contra su pecho. Él la rodeó con los brazos tras aspirar su aroma a vainilla.

—Lo haré, cielo.

Ella ladeó la cabeza y alzó la vista para mirarlo.

—Hablo de una boda con otro o la muerte, Sebastián.

—Lya...

—Lo has prometido.

—Mmm.

Ella rio por lo bajo al ver su mueca de indignación. Sebastián se puso pensativo y bastante serio. Suspiró. Exhaló. Aspiró. Lya jugueteaba con los vellos dorados de su brazo.

—¿Y a quién se las entregaría si te casarás con otro o te murieras?

Lya se levantó de sopetón y se sentó a horcajadas sobre su regazo.

—A mi alma.

Una lágrima se declinó del ojo derecho de Sebastián al volver al duro presente, a la dura realidad.

—Porque se lo prometí, Paul.

Sebastián se secó la única lágrima que se le escapó y salió de la habitación tras ponerse sus botas. Se dirigió al jardín del cuartel y se apoyó contra un árbol de cerezo y escrutó el épico atardecer de aquel día.

—Lya —musitó con un enorme nudo en el pecho—, ¿pensarás en mí alguna vez?

Lya hacía lo mismo desde su jardín.

—Siempre que vea un atardecer pensaré en ti, Sebastián. Siempre, mi amor.

El reencuentro

Tiempo después...

La ley para la protección de la sangre alemana y del honor alemán más conocida como: «Las Leyes de Nuremberg», fueron sancionadas en el congreso del Partido Nacionalsocialista (NSDAP), el 15 de septiembre de 1935.

Sebastián estaba sumido en sus pensamientos. Martín y Joachim se preguntaban por qué estaba tan distante los últimos días, en especial ahora que sería padre. Erika estaba de pocas semanas, pero el médico ya les avisó de antemano que sería un embarazo muy difícil. El oficial suspiró hondo al evocar sus últimas noches al lado de su mujer, que se pasaba llorando entre sus brazos. Erika estaba muy sensible y todo le causaba pena. Incluso cuando hacían el amor, lloraba con desconsuelo y le quitaba las ganas de continuar.

—Esta ley es un absurdo —musitó Joachim.

La ley para la protección de la sangre decretaba la prohibición de enlaces matrimoniales entre no judíos y judíos. No sólo el matrimonio estaba proscrito, también las relaciones sexuales o extramatrimoniales. La disposición era válida también para los alemanes, ya que no podían casarse con judíos, ni con gitanos o negros. La penitencia para quienes trasgredieran la ley podía llegar hasta la cárcel.

Emma se sentó al lado de su marido y posó su platito con trocitos de manzana en su abultada panza de siete meses. Joachim besó su vientre y habló con su hijo. Ella le dijo que sería un niño y Joachim confiaba que así sería.

Sebastián se llevó una cereza a la boca sin abandonar su aire pensativo.

—A partir del 31 de diciembre de 1935, los judíos perdieron todos sus derechos como ciudadanos —acotó Joachim, abatido.

Emma asintió con un enorme nudo en el pecho al evocar lo que Lya le dijo sobre el hospital de su padre, que ahora pertenecía a su socio, un hombre sin escrúpulos que prácticamente los dejó en la ruina. Martina, como

consecuencia, perdió la razón y terminó en un manicomio meses atrás. Lya tiene casi certeza de que no recuperará su juicio jamás.

—No puede acceder a cargos públicos, no tienen derecho a voto y se les prohíbe izar la bandera del Reich —comentó Joachim.

Sebastián encendió un cigarro y lo caló hondo sin apenas prestar atención en sus hermanos.

—Fueron limitados en todas sus libertades, no sólo en cuanto a la vida pública, sino también laboral y privada —dijo Emma con mucha tristeza.

Martín la miró con atención.

—¿Cómo os va en las SS? —preguntó Karl a sus dos hijos, —al teniente y al cabo.

Martín le explicó con lujos de detalles cómo fueron los últimos meses.

—Juro lealtad y valor a Adolf Hitler, en calidad de Führer y Canciller del Reich, y le prometo a él y a quienes él designe para tener autoridad sobre mí obediencia hasta la muerte —proclamó Martín henchido de orgullo.

Karl miró a Sebastián con ojos interrogantes, preguntándose qué le sucedía.

—Sebastián estudia Música en el Mannschaftshäuser —comentó Martín y lo sacó de su trance de golpe—, aprendió a tocar el piano.

Karl frunció el entrecejo.

—Tocará dulces melodías mientras nosotros defendemos la nación —se mofó Martín y se ganó una colleja—, ¡ey!

En ese lapso, Monito, el perro que Magda le regaló, entró y les lamió la mano con afecto. Emma tragó con fuerza al evocar lo que Lya le confesó días atrás:

«Mi madre atropelló a Jud, me lo dijo ayer». Aquello moriría con ellas. Martina ya estaba pagando por sus pecados en aquel sitio tan horrible donde nadie sabía quién era al cierto.

«Ella me dijo que mi verdadera madre se llamaba Dika» resonó en la cabeza de Emma como un frío y tenebroso eco. ¿Sería cierto aquello? ¿O producto de la locura? Eso explicaría el trato que siempre le dio a Lya desde niña.

—Erika te llama, hijo —dijo María desde la puerta—, está muy inquieta.

Sebastián apagó su cigarro y se levantó sin emitir una sola palabra. Todos se miraron con ojos interrogantes. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué actuaba de aquel modo tan frío y tan distante?

—Hola, pequeña —moduló él antes de acomodarse en la cama al lado de

su mujer—, ¿te duele la tripina?

Ella asintió con ojos llorosos.

—Ven aquí —le dijo él y la estrechó con afecto—, Shhh...

Ella se quedó dormida tiempo después mientras él pensaba en las leyes impuestas por los nazis en contra de los judíos. ¿Cómo estaría Lya en la actualidad? Llevaba mucho tiempo sin saber de ella. ¿Cómo reaccionarían al volver a verse? Quizá jamás volverían a verse en esta vida.



Lya arreglaba las mesas y las sillas en el suntuoso salón de la mansión de Kerstin, su vecina y amiga. Una joven de origen humilde que se había casado con un hombre muy rico. Lya, además de ayudarla con la gran fiesta que organizaba para un grupo de oficiales de las SS, amigos de su marido, le ayudaba a elegir ropas y zapatos adecuados para usar en las ocasiones adecuadas. Cogió un tulipán morado y lo colocó en el jarrón de la mesa con suma delicadeza.

—¡Está hermoso todo, Lya!

Lya esbozó una amplia sonrisa al verla.

—Será una gran noche, Kerstin.

Joshua había viajado como de costumbre. Llevaba fuera de la ciudad más de un mes y ella rezaba porque no volviera jamás. La última noche, atacado por unos celos infundados, Joshua la obligó a mantener relaciones a pesar de su resistencia. Lya le juró que jamás volvería a tocarla y no pensaba pisar sus palabras.

—Gracias por todo, Lya.

Kerstin era una de las pocas mujeres del barrio que aún la trataba con dignidad tras la proclamación de las leyes de Nuremberg.

—Es un placer, Kerstin.

Por la noche, Lya se puso un delicado vestido de noche de color morado de tirantes y con la espalda abierta hasta la cintura. Su larga melena la recogió en un rodete romántico, dejando algunos mechones sueltos sobre sus hombros. Se puso unos pendientes negros y unos guantes de seda del mismo color que le llegaban hasta los codos. Decidió prepararse en la casa de Kerstin tras ordenar todo en el salón y en la cocina.

—No eres ni la sombra de la Lya que alguna vez fuiste —se dijo antes de

salir del cuarto y dirigirse al salón donde ya se encontraban los invitados de Kerstin—, ¿vendrán muchos oficiales?

Pensó en él. Pensó en Sebastián de manera ineludible.

—Teniente Ackermann —susurró con un enorme nudo en el pecho—. Mi dulce jardinero.

La orquesta tocaba la composición de Pachelbel «Canon in D mayor» mientras ella bajaba cada escalón con suma elegancia. Se detuvo a mitad de camino cuando sus ojos se encontraron de golpe con los de él, con los de Sebastián que, emocionado hasta el alma, se quedó mirándola con la boca semiabierta. Lya lo miró del mismo modo.

«Lya» susurró él con el corazón latiéndole a mil por hora en su pecho.

Los ojos de ambos se nublaron lentamente entretanto la composición de Bach «Adagio» empezaba a sonar en el salón. Todo se ralentizó alrededor de ambos. Todo, excepto sus latidos y sus recuerdos.

«Sebastián» masculló con los ojos llorosos.

Almas gemelas

Sebastián se acercó a Lya y la cogió de la mano para depositar un beso en su dorso. Todos llevaban esmoquin con chaleco negro, menos él, que llevaba un chaleco blanco en combinación con una pajarita del mismo tono. Elegante y sofisticado como ninguno.

—Buenas noches —le saludó él.

Ella se ruborizó ante su mirada felina.

—Buenas noches, teniente.

Sorprendido, el oficial ladeó la cabeza. ¿Sabía que era teniente? Probablemente, Emma se lo comentó. Pero ¿ella se lo preguntó o salió sin querer el tema? ¡Dios! Se sentía como un adolescente ante su primer amor. Su único amor, se dijo tras bajar la mirada. Lya se dirigió al salón de baile cuando Kerstin la llamó. Con una leve reverencia, pidió permiso al alemán que clavó sus ojos en su espalda desnuda. Lya, era sin lugar a dudas, la mujer más hermosa del lugar y él no era el único que lo pensaba.

—Daría un brazo para tenerla en mi cama —dijo uno de sus compañeros—, es la mujer más hermosa que jamás vi en toda mi vida.

Sebastián tragó con fuerza antes de coger una copa de champán y soltar un taco por lo bajo. Lya recorrió las mesas e indicó a los camareros lo que debían servir. Sebastián se pasó toda la noche vigilándola y preguntándose si ahora era decoradora o algo parecido. La vida de los judíos había cambiado mucho tras la ley de Nuremberg y, según le comentó Martín, los Rubinstein ya no eran tan ricos como en el pasado.

—Buenas noches, teniente —le saludó Marlene, la hija de su superior—, está muy guapo.

Aquella joven soñaba con llevarlo a la cama, pero él jamás engañaría a su mujer. Clavó sus ojos en Lya, y toda certeza se disipó. La composición de Smetana «Moldau» empezó a sonar en el salón y ambos se miraron con anhelo desde sus sitios.

—Permiso, Marlene.

La joven se quedó mirándole en medio del salón con una expresión que rayaba la incredulidad y la indignación. Sebastián cogió un tulipán de la mesa y se acercó a Lya con él. Se reclinó con la flor tendida hacia ella. Lya la cogió

con los ojos empañados por la emoción.

—¿Me concederías el honor de esta pieza, señora Rosenthal?

Ella posó la flor sobre una mesa y echó un vistazo a los lados. Luego a él que la miraba expectante. Tras meditarlo, le hizo una reverencia reclinándose levemente hacia enfrente. El oficial posó su mano en su cintura mientras cogía con la otra su mano. Lya colocó la mano libre en su hombro y empezaron a bailar con gracia aquella conocida composición. Giraron por todo el lugar sumidos en los recuerdos y en las fuertes emociones que sus corazones experimentaban ante el reencuentro.

Dos años y poco se pasaron desde la última vez que se vieron, ¿cuántos pasarían tras aquella noche? ¿Y si fuera la última vez? El corazón de la judía se encogió ante tal posibilidad, pero algo le decía que volverían a verse, porque las almas gemelas siempre volvían a encontrarse.

—Estás muy hermosa, Lya.

Sebastián no podía controlar sus sentimientos. No podía controlar ni siquiera su respiración. Lya era vida. Lya era desafío. Lya era su todo. Podía engañarse, podía negarse y mentirse, pero su alma lo sabía. Lya era su alma gemela.

—No puedo decir menos de ti, Sebastián.

Él ya no era el campesino del que se enamoró. Ahora era un hombre rico e importante. Era fino y elegante. Misterioso y desafiante. Paul, su amigo y compañero, le enseñó a ser un hombre distinto.

«Dios mío, Sebastián es otro, completamente otro» musitó Lya para sus adentros.

Se detuvieron y se despidieron con discreción cuando la canción culminó. Kerstin, su amiga, la vigilaba de hito en hito mientras su marido, un hombre de casi cincuenta años, conversaba con sus invitados.

—El teniente Ackermann es el más guapo de todos —soltó la anfitriona—, todas le echaron el ojo, pero él solo tiene ojos para ti, Lya.

Lya fingió no comprenderla. Kerstin era muy cotilla y tenía la lengua muy larga. Era buena persona, pero no muy fiable.

—La cena será servida ahora —le dijo con una sonrisa—, me encargaré de que todo salga a la perfección.

Kerstin asintió al comprender lo que se escondía detrás de aquella huida magistral. Lya cogió la flor que Sebastián le había regalado de la mesa y la escrutó con ojos melosos sin percibir la mirada de él a pocos metros de ella. Aquel gesto despertó un viejo sentimiento en el pecho del alemán. Metió su

mano en el bolsillo de sus pantalones y apretujó la piedra que Lya le había regalado, la piedra que representaba su corazón.

—¿Qué opina de ello, teniente? —le dijo el anfitrión y lo sacó de su trance de golpe.

Sebastián bebió un sorbo de su copa y respondió con un movimiento de su cabeza a una pregunta que ni siquiera había escuchado.

—Eso pienso yo, teniente.

Durante la cena, se sentaron frente a frente y se dijeron tantas cosas en silencio.

—La cena está exquisita, Lya —le dijo Kirsten y le robó la atención.

Sebastián fijó sus ojos en el colgante de la judía y sonrió conmovido al reconocer la piedra que él le había regalado el día de su boda.

—¿Cuándo nacerá tu hijo, teniente Ackermann? —soltó uno de los invitados.

Lya se volvió trepidante y lo miró con fijeza. ¿Sebastián sería padre? ¿Por qué Emma no le dijo nada? El teniente se limpió la boca con la servilleta sin apartar la vista de Lya un solo segundo.

—Mi mujer está de apenas unas semanas —adujo él en un hilo de voz apenas audible.

Lya mordió la piel interna de sus mejillas en un acto reflejo. Un hijo era una bendición. Bajó la mirada y sonrió al evocar el día que planearon tener seis hijos: tres niños y tres niñas. De un plumazo, espantó aquel recuerdo y se concentró en el presente.

—¿Por qué no la trajo? —quiso saber Kirsten.

Sebastián rogó al cielo porque Lya lo mirara, pero la conocía muy bien como para saber que ni Dios lograría tal hazaña.

—No puede realizar viajes largos por su estado. Es un embarazo bastante delicado.

Lya no levantó la mirada ni una sola vez tras bajarla. Después de la cena, se dirigió a la anfitriona para despedirse. Sebastián la siguió con sigilo y se escondió detrás de un mueble.

—Debo irme, Kirsten, mi padre me necesita.

Sebastián las observaba atento desde su sitio. Cuando Kirsten se marchó, el teniente salió de su escondite y se plantó frente a ella. Lya soltó un gemido de susto por lo bajo ante la sorpresa inesperada. Se miraron hipnotizados bajo la tenue luz que iluminaba el lugar. El oficial tragó con fuerza mientras una sensación de vacío se apoderaba de su ser. ¿Y si aquella noche fuera la última

vez que se verían? ¿Y si no hubiera otra oportunidad? Lya pensaba lo mismo. Lya sentía lo mismo que él. Las lágrimas arroparon sus ojos lentamente mientras la tristeza envolvía sus corazones como unos brazos fríos y crueles. Un lagrimón recorrió la mejilla de Lya hasta que él la rescató con su pulgar. Lya sujetó su mano con las suyas. ¿Qué pretendía? ¿Impedir que la tocara? El simple contacto derribó el muro de hielo que habían construido alrededor de sus almas.

—Ven conmigo, Lya.

Ella negó con la cabeza tras comprender cada palabra. Tras deletrearlas y estudiarlas. Era injusto que le pidiera aquello. Era desleal y mezquino. Bajó la cabeza para no enfrentarlo. Para no ver su reacción. Para no caer en la tentación.

—No puedo, Sebastián.

Él miró hacia los lados y, llevado por la desesperación, la puso contra la pared y sin darle tiempo para que reaccionara, la besó como si en aquel beso se le fuera la vida. Ella, a pesar de su entereza, le correspondió de cuerpo y alma. Aquello carecía de lógica. Aquello era amor. en su estado más puro y duro. El oficial se alejó y sujetó su rostro entre sus manos mientras se perdía en su mirada revestida de dolor y agonía.

—Te llevaré conmigo, Lya —le dijo con la voz apagada—. Como tú a mí —miró su cuello—, siempre.

Sin decir nada más, se dio la vuelta y se alejó de ella, que sumida en dolor, se rompió a llorar.

—Adiós, mi amor.

Se secó como pudo las lágrimas y salió de la mansión tras ponerse su capa morada. Miró el cielo plomizo a través de sus lágrimas mientras dentro la música y los murmullos se entremezclaban en una sola sintonía. Se volvió hacia la puerta con la expresión algo desencajada.

—Mi tulipán —dijo con tristeza—, no puedo volver —se convenció—, es muy peligroso.

Caminó unos pasos hacia la salida cuando vio a Sebastián. Se ocultó detrás de un árbol y lo observó con atención mientras él hablaba con su chófer sobre algo.

—Sí, señor —le dijo el joven vestido con el uniforme de las SS.

Una joven salió detrás de él y le preguntó algo.

—No tengo la menor idea, Marlene —le contestó Sebastián antes de retornar a la fiesta con ella.

—¿Aquella mujer era su amante? —se preguntó Lya con el corazón en la mano—, supongo que sí —acotó decepcionada al evocar el comentario de Kirsten horas atrás.

«Los oficiales nazis tienen sus esposas, sus amantes y sus putas, Lya. Ninguno es santo».

—Ninguno —dedujo ella, ensombrecida—, ni siquiera tú, Sebastián.

Sebastián bebía champán concentrado en sus recuerdos, en el último, para ser más preciso. El beso que le dio a Lya abrió viejos portales en su pecho, portales que creyó haber cerrado con llave. Antes de la medianoche, salió de la mansión con un tulipán entre las manos. Aquella flor le recordaba a ella, siempre lo haría. Se dirigió a su coche con ella tras sentir una gota en la mejilla. Pronto llovería.

—Buenas noches, señor —le saludó su chófer.

Sebastián entró en el coche absorto en sus pensamientos. Se sentó en el asiento sin abandonar su deje hasta que alguien posó su mano sobre la de él. Giró su rostro temiendo de que aquella mano perteneciera a Marlene, la joven que lo atosigó durante toda la fiesta, pero no, aquella mano era de su ángel sin alas.

—¿Lya?

Había poca luz y la capucha de su capa protegía su rostro del todo de su enfoque. Reclinó la cabeza para que él pudiera verla mejor. Sebastián mal podía respirar ante la emoción que sentía en aquel momento. La misma que alguna vez experimentó cuando la besó por primera vez en su vida.

—Iría incluso al infierno contigo, Sebastián.

Y con esa declaración, él capturó sus labios en un beso inmortal.

Siempre te amaré

Sebastián y Lya no podían dejar de besarse un solo segundo durante todo el camino rumbo a la cabaña donde se había hospedado el oficial. El chófer, un joven discreto y bastante obediente, los dejó en el lugar y se marchó sin hacer preguntas. Ni siquiera los miró. Lya y Sebastián se cogieron de la mano como en el pasado, como en el dulce y lejano pasado.

—Esta casa —susurró emocionada.

Ella miró maravillada el chalé rodeado por un misterioso bosque. Reconoció la casa tras unos minutos.

—¿Conocías esta casa?

Ella asintió sin abandonar su deje de admiración.

—Es la casa de un amigo de mi padre —dijo con tristeza—, al menos cuando éramos ricos.

Sebastián la miró con expresión ensombrecida. Su voz rezumaba dolor y decepción.

—Nadaba en el lago por las noches —acotó ella y él sonrió.

Lya echó hacia atrás la cabeza y escrutó el cielo iluminado con majestuosidad por la luna. Sebastián no podía dejar de mirarla a ella con el mismo embeleso.

—Adelante —le dijo él.

Sebastián entró en la casa detrás de ella. La ayudó a colgar el abrigo en el armario con cierto nerviosismo. Nunca pensó que traicionaría a su mujer. Pero, Dios, sabía que aquello era un acto de amor y no de traición. Él, en su infinita sabiduría, dispuso aquel encuentro.

—Es preciosa —dijo ella con timidez—. No ha cambiado nada.

Sebastián se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo del sofá sin lograr desviar la mirada de la espalda desnuda de Lya. Quiso recorrerla con la mano y luego con los labios.

—Tengo miedo, Sebastián.

Él también tenía miedo, miedo de que aquella noche fuera la última de sus vidas. Debía ceñirse a los designios de Dios y a las órdenes impuestas por el Führer, sin embargo, estaba allí, obedeciendo únicamente a su corazón.

—Yo también tengo miedo, Lya.

Se plantó detrás de ella y la envolvió con los brazos. Reclinó su cabeza a la altura de su cuello y exhaló hondo. Su cálido aliento le recorrió toda la nuca y la hizo gemir.

—¿Qué estamos haciendo, Sebastián? —musitó tras entrecerrar sus ojos—, ¿condenando nuestras almas?

El pulso le latía frenético en la base de la garganta del oficial que olisqueó con ojos entrecerrados el pelo de Lya.

—Salvándolas, Lya.

La volvió y la miró con ojos soñadores, con los mismos ojos del pasado. Acortó la distancia que los separaba otro centímetro. Sus pechos se pegaron a su torso.

—Ven conmigo, Lya.

Se desabrochó la camisa, se quitó la pajarita y después le agarró de la barbilla con delicadeza.

—Pero antes debo hacer esto, Lya.

¿Qué?, susurró ella. Sebastián se apoderó de su boca sin darle la oportunidad de pensar, de retroceder o de apartarse de él. Invadió su boca, introduciendo la lengua y succionándole la suya con voracidad. Ella lo agarró de los hombros con un gemido ronco.

—Te eché tanto de menos, Sebastián —jadeó sobre sus labios—, tanto.

—Igual yo, Lya.

Sebastián levantó las manos y le enterró los dedos en el pelo, sujetándole la cabeza mientras le devolvía el beso y exigía a su vez.

—Baila conmigo, Lya —le dijo tras apartar sus labios y posar su frente sobre la de ella.

Ella se aferró a sus fuertes brazos.

—¿Sin música?

Él sonrió.

—La música está dentro de nosotros.

Se mecieron en leves movimientos de un lado al otro mientras ella ronroneaba aquella dulce e indeleble melodía del pasado. El deseo contenido tanto tiempo se extendió por sus cuerpos, abrasándoles la piel e incluso las almas. Se morían por saborearse, por sentirse.

—¿Por qué Dios permitió que nuestro amor fuera imposible, Sebastián?

Se detuvieron y se miraron con fervor.

—Nuestro amor no es imposible, Lya.

La cogió en brazos y con una elegancia innata, subió la escalera y se dirigió al dormitorio. La depositó sobre la cama y terminó de desnudarse. Se desabrochó la camisa y la dejó caer al suelo. Se quitó el cinturón y se bajó la cremallera. Se quitó los pantalones con un rápido movimiento.

—No lo es —le dijo él con la voz entrecortada por la emoción—, y esta noche te lo demostraré, mi amor.

Se reunió con ella en la cama y se pegó a su cuerpo. Le colocó una mano en la espalda. A Lya le temblaba todo el cuerpo cuando él colocó las manos en los tirantes de su vestido. Y jadeó cuando un segundo después dichas manos quedaron sobre la parte superior de sus pechos. Le latía tan fuerte el corazón que temió que los dioses pudieran escucharlo desde sus tronos.

—Si pudiéramos ir —le recitó Sebastián un poema de Víctor Hugo con la voz algo ronca—. Él decía a su amada:

*Si pudiéramos ir los dos juntos,
el alma rebosante de fe,
con fulgores extraños en el fiel corazón,
ebrios de éxtasis dulces y de melancolía,
hasta hacer que se rompan los mil nudos con que ata la ciudad nuestra vida
si nos fuera posible salir de este lugar triste y loco,
huiríamos; no sé adónde, a cualquier ignorado lugar,
lejos de vanos ruidos, de los odios y envidias,
a buscar un rincón donde crece la hierba,
donde hay árboles y hay una casa chiquita con sus flores y un poco de
silencio,
y también soledad, y en la altura cielo azul
y la música de algún pájaro que se ha posado en las tejas,
y un alivio de sombra...
¿Crees que acaso podemos tener necesidad de otra cosa en el mundo?*

—Es. Precioso. Sebastián.

Sebastián introdujo un dedo debajo del tirante y se lo bajó. El aire frío le acarició la piel, pero la mirada del alemán la abrasó.

—Cada vez que memorizo un poema, pienso en ti, solo en ti, Lya.

La seda del vestido se quedó enganchada un momento en sus endurecidos pezones, pero después prosiguió su camino. Sebastián la ayudó a sacar los brazos de los tirantes antes de seguir bajando la tela para dejar al descubierto

su abdomen y sus caderas.

—Cada suspiro que se me escapa lleva tu nombre, Lya.

Después, se detuvo y observó cada centímetro de su piel desnuda con una intensidad que la dejó sin aire en los pulmones. Quiso decir algo, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Sebastián le colocó las manos en las caderas. Tiró de la delicada tela y retomó el lento descenso por sus muslos y sus pantorrillas, tras lo cual le quitó los zapatos de tacón y arrojó el vestido al suelo.

—Cada atardecer.

Le colocó una pierna sobre las suyas y se pegó a ella con gran agilidad. Sus cuerpos estaban unidos desde las caderas hasta los muslos.

—Cada gota que cae del cielo.

Le quitó las horquillas del pelo y le desenredó los mechones con los dedos, haciendo que cayeran sobre sus hombros. A continuación, se inclinó sobre ella y le dio un mordisco en el lóbulo de una oreja antes de recorrerlo con la lengua y soplar con delicadeza.

—Cada rayo de sol que acaricia mi piel.

La besó en los labios y le introdujo la lengua en la boca. Ella se arqueó con fuerza cuando sintió que el deseo se adueñaba de su ser. Le clavó los dedos en los brazos mientras se aferraba a él y le devolvía el beso.

—Todo me recuerda a ti, Lya.

Le separó las piernas y la torturó con la promesa de sus manos y de su miembro, hasta que ella se volvió loca de deseo, hasta que ya no hubo cabida para el orgullo o para la lógica, sino solo para la necesidad de tenerlo en su interior.

—Sebastián —jadeó con desesperación.

Él comenzó a lamerle los pechos, a succionarle los pezones y a mordisqueárselos con suma delicadeza como si fuera la primera vez. Le acarició el abdomen y las caderas con los dedos antes de introducir el índice bajo las bragas y comprobar su excitación.

—Dios —gimió ella.

Le quitó la ropa interior y luego se quitó los calzoncillos. Se colocó de nuevo sobre ella, entrelazó sus manos y las situó sobre la almohada.

—Cada mirada.

Lya parpadeó, aturdida por la profundidad de sus ojos mientras las lágrimas nublaban los suyos.

—Cada lágrima.

Sebastián la penetró un centímetro, luego otro y otro más con una suavidad que la hizo suspirar hondo.

—Cada recuerdo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y en su cara se reflejaron todas sus emociones para que él pudiera verlas.

—Cada beso dado y por dar.

Lya cerró los ojos. Sebastián vio la agonía que se reflejó en su semblante antes de que dejara de moverse y se inclinara para besarla.

—Cada latido de mi corazón desde el día que te conocí, Lya.

Entrelazó sus lenguas con delicadeza, acariciándola y lamiendo sus labios con una ternura imposible de confundir. Cuando abrió los ojos para mirarlo, la dejó sin aliento, porque por fin le permitió la entrada, por fin le permitió verlo todo y por fin le dio todo lo que ella necesitaba.

—No deseo a nadie más. No sueño con nadie más. Solo contigo.

Lya gritó cuando él la penetró hasta el fondo. Sebastián le apretó las manos y se las pegó con más fuerza a la almohada mientras comenzaba a moverse.

—Hazme el amor, Sebastián —le suplicó ella—. Como nunca antes lo has hecho...

Sebastián le succionó el labio inferior con voracidad sin dejar de moverse. Lya se arqueó con fuerza, no dudaría mucho, nunca duraba mucho en sus brazos.

—Solo contigo puedo hacerlo, Lya.

El sudor caía por la frente de Sebastián mientras ella le clavaba las uñas en la espalda al llegar al orgasmo. El placer se apoderó de ella en oleadas, al tiempo que él gritaba.

—Te amo, Lya —soltó con voz jadeante.

En ese momento eran uno solo.

—Y yo a ti, Sebastián.

Se besaron con mucha pasión mientras las lágrimas se hacían presentes. Ambos eran conscientes de que aquel día podía ser el último de sus vidas.

—No me olvides, Sebastián.

Lya lloraba con desconsuelo mientras él trataba de contener sus lágrimas, inútilmente.

—Incluso con amnesia te recordaría, Lya.

Ella entrecerró sus ojos.

—Te amo, Sebastián.



Lya se levantó de la cama al cabo de un rato y se puso la camisa del alemán. Se secó las lágrimas con las mangas y lo miró con ternura. Sebastián la miró con expresión interrogante.

—Quiero nadar en el lago bajo la luz de la luna —le dijo ella con una sonrisa ladina—, quiero que me hagas el amor bajo la luna, Sebastián.

Él sonrió antes de levantarse y ponerse sus pantalones a toda prisa mientras ella bajaba las escaleras como una exhalación. Antes de que llegara al lago, la cogió en brazos y la giró en el aire.

—¿Estamos locos, Sebastián?

Él la depositó sobre el suelo con delicadeza y la miró con verdadera adoración.

—Como la primera vez que nos conocimos, Lya.

Él le quitó la camisa y luego se quitó sus pantalones. Se cogieron de las manos y se miraron de soslayo antes de lanzarse de manos dadas al agua.

—¡Está helada! —chilló ella.

—¡Me moriré congelado!

—¡No seas exagerado!

Nadaron bajo la luz plateada de la reina nocturna hasta que sus cuerpos se entrelazaron en uno solo. Lya le rodeó la cintura con sus largas piernas y el cuello con sus brazos mientras él se hundía en su cuerpo. Se besaron como si no hubiera un mañana.

Quizá no habría otro mañana.

—Necesito que me liberes, Lya —le suplicó él al borde de las lágrimas—, si en esta vida no puedo tenerte, por favor, libérame.

Ella se echó a llorar mientras él seguía moviéndose en su interior.

—No puedo, Sebastián.

El oficial mal podía tragar su saliva sin sentir dolor en lugares que ni sabía que existía en su cuerpo. El clímax y el dolor fueron tan intensos que el grito de ambos recorrió todo el lugar.

—Por favor, Lya.

Ella enterró su rostro en su cuello, agotada y sin aliento.

—No puedo.

Se miraron con magnitud.

—Es un delito estar con una judía, Sebastián.

Él parpadeó tras suspirar.

—El único delito en esta historia, es no poder estar juntos, Lya.

Lya le dio un beso en los labios.

—Puedes terminar en la cárcel, Sebastián.

Él le devolvió el beso.

—No me importaría terminar en el mismísimo infierno por ti, Lya.

Ella entrecerró sus ojos con fuerza.

—Enciérrame —le pidió él—, en tu corazón, Lya.

Ella abrió de golpe los ojos y lo miró con infinita tristeza.

—Te entrego la llave —replicó la judía—, y lánzala lo más lejos posible para que nunca nadie la encuentre.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas mientras sus cuerpos tiritaban de frío. Se abrazaron con brío bajo el agua aterida del lago.

—La llave estará en mi corazón y allí solo tú puedes entrar, Lya.

Retornaron a la casa y volvieron a amarse. Esta vez con una entrega que les rasgó el corazón en dos. Lágrimas, latidos, suspiros y gemidos se entremezclaron en un solo sentir.

—No me olvides —le suplicó ella tras despertarse.

Lya se quitó la gargantilla con la piedra que él le había regalado y la dejó en la mesilla con el tulipán.

—Liberó tu corazón, Sebastián.

El soldado dormía de espaldas y abrazado al cojín. Lya le dio un beso en la cabeza antes de coger la piedra que ella le había regalado de la mesilla. Era momento de llevarse su corazón y dejarle el suyo.

—Un nazi y una judía no pueden estar juntos en esta vida.

Con un enorme nudo en el pecho, se incorporó para marcharse del lugar. Entró en el cuarto de baño y cogió un labial que había encontrado en una de las gavetas.

«Te dejo tu corazón y llevo el mío con la esperanza de que algún día volverán a estar juntos».

—Te amo, Sebastián Ackermann.

Cuando él se despertó, lo primero que vio fue la gargantilla de Lya sobre la mesilla. Miró el cuarto y dijo su nombre varias veces, pero ella ya no estaba allí. Con el corazón a punto de salirle del pecho cogió la joya y miró la piedra, su corazón.

—Lya me liberó —susurró con lágrimas en los ojos—, me devolvió mi

corazón.

Se levantó de la cama y buscó la otra piedra que había dejado sobre la mesa rinconera. Lya lo vio colocar allí.

—Se llevó su corazón lejos del mío —musitó con un dolor sordo en el pecho—. Jamás volveremos a estar juntos en esta vida.

Se le revolvió el estómago. Entró en el cuarto de baño y vomitó. Tras desechar todo lo que llevaba dentro, se acercó al lavabo y se lavó la cara y la boca con la respiración entrecortada. Levantó la vista en un acto reflejo y escrutó con ojos melosos el espejo. Leyó el mensaje y sonrió entre lágrimas ante la promesa que Lya le dejó.

«Volverán a estar juntos» susurró él, llorando con toda su alma.

—Te amo, Lya Rubinstein. Y nadie podrá cambiar eso. Nadie.

El juego del destino

Meses después...

Erika se encontraba en la casa de sus suegros hacía un par de semanas, tras sufrir una pequeña hemorragia. La impresión de ver a Lya por el pueblo la desestabilizó por completo. El médico le recomendó reposo absoluto hasta el nacimiento de su hijo.

—¿Te sientes bien, cielo? —le preguntó María con ternura.

Erika asintió, pero no sonrió. Estaba triste, se sentía sola y mal amada. Su marido no volvió a tocarla desde que supo sobre su embarazo. Alegaba que no era bueno en su estado. Su prima, Mallory, le dijo que ella y su marido mantuvieron relaciones normalmente durante casi toda la gestación y que eso no perjudicaba de ninguna manera al bebé. Sebastián no quería tocarla. Simplemente no la quería como ella a él.

—Peter y Paul son insaciables —soltó Emma mientras sus gemelos mamaban con voracidad—, igual que el padre cuando llega a casa tras un duro entrenamiento.

María la miró con atención y cierto estupor.

—Eh, hablo de comida —apostilló Emma—, y de otras cosas —susurró para sí misma mientras acariciaba las cabecitas de sus bebés con amor infinito—, amores de mi vida.

—No puedo creer que en la primera ya se hicieron dos —le dijo María—, ojalá no siempre sean dos —acotó, pensativa.

Erika no veía la hora de tener a su hijo entre sus brazos. En él encontraría la felicidad y el amor verdadero que su marido nunca pudo darle. Podía engañarse a sí misma alegando lo contrario, pero su corazón era consciente de la realidad, de la triste realidad.

—Sebastián fue ascendido a capitán y Martín a teniente —dijo María henchida de orgullo—, pronto estarán aquí mis bebés.

Joachim era comandante y, por ende, solía venir más a menudo al pueblo para estar con su familia.

—Mi comandante pronto llegará —anunció Emma—, insaciable como

siempre.

María rio a carcajadas.

—¿Lo dije en voz alta? —repuso Emma y rio aún más.

Sebastián llegaría al pueblo dentro de una semana, tras finalizar un duro entrenamiento por tierras africanas. Estaba ansioso por la llegada de su hijo, aunque apesadumbrado por el trato casi glacial que le dedicaba a su mujer, con quien no volvió a tener relaciones íntimas tras la última noche que estuvo con Lya. No podía. No quería. Las huellas de Lya lo mantenían vivo. A salvo.

—Lya —susurró mientras bebía un sorbo de agua bajo el tórrido sol de aquel país—, no he podido tocar a mi mujer ni a otra por ti —suspiró hondo—, tú, sin embargo, no solo borraste mis huellas, sino también construiste una familia con él.

Los nazis debían repudiar a los judíos, no amarlos.

—Cada quien ama a su manera —se dijo, visiblemente decepcionado.

En ese mismo instante, Lya acariciaba su vientre con ternura infinita mientras ronroneaba su dulce melodía a su hijo, que pronto llegaría al mundo para llenar espacios vacíos de su existencia.

—Eres el fruto del amor más grande y puro existente en la faz de la tierra, Bastián.

Joshua no aceptaba aquel nombre, le recordaba al del jardinero muerto de hambre, pero ella le dijo que tras sus infidelidades no pensaba acatar a sus órdenes y su hijo se llamaría así, queriendo él o no.

—Hablas como si no fuera mío, Lya —le dijo él, cierta vez.

«No lo es».

—Es solo mío —acotó ella con firmeza—, tú quisiste que lo abortara.

Él la miró con ojos sombríos.

—No pasamos una buena etapa económica, Lya.

Aquello no justificaba lo que le pidió meses atrás mientras discutían. Joshua, por fortuna, jamás volvió a tocarla tras la noche que pasó con Sebastián.

—Tu otro hijo nacerá pronto —le recordó Lya.

La mucama, Naomi, al parecer, esperaba un hijo suyo. Estaba de unos cinco meses y Lya decidió ayudarla, aunque él negara a pies juntillas que su hijo no fuera suyo. A Lya no le importaba en lo más mínimo de quién fuera el bebé, lo único que quería era proteger a esa pobre joven.

—¡Es una maldita gitana mentirosa! —gritaba siempre Joshua.

—Te vi con ella en más de una ocasión, Joshua —le dijo Lya con calma. Joshua clavó sus ojos azules en los de ella y la miró con infinita tristeza. Lya no sentía celos, ni rabia, ni desprecio por él. Lya simplemente no sentía nada por él.

—Pronto estarás entre mis brazos, mi amor —le dijo a su hijo tras volver al presente—, mi todo.

Naomi entró con timidez en el cuarto.

—Buenos días, señora.

Lya la miró con dulzura.

—¿Has venido a por los vestidos de mi madre, Naomi?

Ella asintió sin levantar la mirada.

—Soy modista y podré arreglarlos para mí y mi madre, señora.

Lya se levantó con dificultad y se acercó al viejo armario de su madre. Lo abrió y miró los vestidos de la mujer que le dio la vida con ojos melancólicos. Actualmente, Martina se encontraba en un hospital psiquiátrico. En lugar de recuperarse con el tratamiento, empeoró considerablemente. Su médico le dijo que ella nunca volvería a ser la misma.

—Madre.

Lya deslizó su mano derecha por los vestidos y sonrió con tristeza. A pesar del duro trato que siempre le dio su madre, la quería y la echaba de menos.

—¿Qué te ha pasado? —dijo con un enorme nudo en el pecho—, ¿por qué siempre mencionas a esa tal Dika?

«Dika no me deja dormir, Lya. Siempre está aquí, mirándome» le dijo la última vez que la visitó.

—Puedes llevar todos los vestidos que desees, Naomi.

Lya escrutó de pronto el viejo diario de su madre que se encontraba sobre una caja de madera debajo de sus vestidos. Lo reconoció al instante. Era bastante grueso. Se reclinó y lo cogió con manos temblorosas.

—¿Estaría aquí la respuesta que busco?

Se apartó y se sentó en el sofá mientras Naomi cogía los vestidos con alegría pueril. Abrió el diario al azar y leyó lo que su madre había escrito en él. Eran mensajes cortos, nada extensos. Algunas páginas estaban vacías. Hojeó hasta llegar a una página marcada con un marcapáginas.

«Dika está a punto de parir y debo criar a su bastarda como si fuera mía mientras ella fingirá ser su niñera. Los Rubinstein apestan, pero amo el

dinero y por él soy capaz de todo, incluso de criar a esa bastarda gitana».

Los ojos de Lya se llenaron de lágrimas al descubrir el secreto de sus padres, el secreto de Dika.

—¿Dika es mi madre?

Una fuerte punzada en el vientre la hizo soltar un grito agudo de dolor. Naomi se acercó a toda prisa hasta ella y miró horrorizada la cantidad de sangre que emanaba de su entrepierna.

—¡Naomi! —gritó Lya—, ayúdame —suplicó.

Naomi bajó las escaleras y pidió ayuda. La nana de Lya subió a toda prisa y gritó al verla bañada en sangre. Lya mal podía escuchar sus propios pensamientos.

«Dika es mi madre. Dika es mi madre. Dika es mi madre».

En ese mismo momento, Erika sufrió una fuerte contracción al enterarse de que su padre había sufrido un infarto fulminante mientras dormía. Desesperada, María y Emma la llevaron al hospital.

—¡Está sangrando! —gritó María—, Dios mío, está sangrando mucho.



Sebastián llegó al hospital como alma que lleva el diablo al recibir el telegrama de su madre. Salió del coche y cruzó el patio bajo la tormenta que caía aquel día con el corazón en la garganta. Atravesó el largo pasillo hasta llegar a la sala donde yacía su mujer, sin vida.

—Lo siento mucho, patito —le dijo Petra con lágrimas en los ojos—, hicieron lo imposible por salvarla.

Erika murió durante el difícil parto de Dirk, que se encontraba en una incubadora sano y salvo. El capitán trastabilló hacia atrás y chocó contra la pared ante la impresión. ¿Erika murió? María le habló de su suegro, que había fallecido la noche anterior. ¿El señor Hoffmann también estaba muerto? Le llegaba mal el aire a los pulmones.

—Erika —balbuceó, atónito—, no puede ser...

Evocó la última noche que estuvieron juntos. Él le canturreaba una dulce melodía mientras besaba su vientre abultado con verdadera adoración.

—Te amo —le había dicho su esposa con el lenguaje de las señas—. Con todo mi ser.

Él la miró y le sonrió, pero no le pudo replicar.

—Ni siquiera pude mentirte —gimió con el alma a sus pies—, lo siento, lo siento tanto.

María se acercó a su hijo y lo abrazó.

—Tu hijo te necesita fuerte, mi amor.

Sebastián no reaccionaba. No decía nada. No hacía nada más que mirar la sala con ojos vacíos. Petra le tocó la cabeza con cariño y le dijo que podía pasar a ver a su mujer. Él tragó con fuerza antes de apartarse de su madre, lapso en que Emma apareció con los ojos muy hinchados.

—¿Cómo está, Erika? —preguntó sin dejar de llorar.

María le comentó lo sucedido y Emma lloró aún más.

—¿Murió?

Sebastián no comprendió por qué se sorprendía tanto. ¿Acaso no estaba llorando por ella? Como si le hubiera leído la mente, su cuñada soltó con la voz muy enronquecida:

—El hijo de Lya nació muerto y ella está muy mal —adujo, llorando de manera descontrolada—, mi prima no se despierta y no saben si volverá a hacerlo.

Sebastián perdió el equilibrio y terminó en el suelo. Petra y María se acuclillaron para ayudarlo, pero él no podía levantarse, no tras escuchar a Emma. Llevó sus manos a su cabeza y dobló sus piernas antes de romperse a llorar con toda su alma.

—Ella no puede dejarme —soltó, iracundo—, ella es mi todo.

Emma llevó su mano a su boca al comprender a quién se refería. María y Petra no podían dar crédito a lo que acababa de decir, no necesitaban ser muy sagaces para saber de quién hablaba él. Sebastián soltó un grito agudo de dolor mientras golpeaba sus piernas con los puños. María se rompió a llorar. Nunca había visto así a su hijo, tan desconsolado y desesperado.

—¿Dónde está Erika? —demandó tras recomponerse un poco—, necesito verla.

Las lágrimas caían sobre su rostro curtido sin cesar. Petra le indicó la puerta y él entró en el cuarto algo tambaleante. Cerró la puerta tras él y se acercó a la cama donde yacía el cuerpo de su mujer. Llorando a lágrima viva, deslizó la sábana blanca y miró a Erika con el corazón destrozado. La cogió entre sus brazos y le llenó la cara de besos mientras le decía dulces palabras, palabras que nunca le dijo en vida.

—Lo siento, cielo —repetía una y otra vez—, por favor, perdóname.

La abrazó con todas sus fuerzas mientras evocaba lo que Emma había dicho en el pasillo. El llanto aumentó y el dolor carcomió su ser. Levantó la cabeza y miró el techo anegado en lágrimas.

—¿Es un castigo? ¿Esto es un castigo, señor?

Salió de la sala tras dar un último beso a su esposa y se dirigió hacia el cuarto de Lya. No sabía dónde estaba, pero preguntó a una de las enfermeras. Con sigilo y discreción entró en el cuarto. Se acercó a la cama donde yacía ella y la miró con tristeza infinita. Se sentó a su lado y trató de controlarse, pero no podía, el dolor que sentía era mayor que su voluntad.

—No desistas, Lya —le rogó, llorando—, por favor, no desistas, mi amor.

Cogió su mano y la besó sin dejar de llorar.

—Lamento mucho lo de tu hijo —acotó tras secarse las lágrimas con el dorso de su mano—, lo siento tanto, mi amor.

Una de las enfermeras le pidió que se retirara, ya que no era horario de visita. Él se incorporó y asintió. Cuando la mujer se retiró, reclinó la cabeza y besó los labios de Lya, los labios de su único amor.

—Te amo, Lya.

Las lágrimas del alemán aterrizaron sobre su rostro una tras otra.

—No me dejes —suplicó una vez más—, no podría vivir sin ti, Lya —sollozó con amargura—, juro que me daré un tiro si mueres, mi amor, y sabes que lo haré.

Sebastián salió del cuarto y se dirigió hacia su coche. Fuera llovía de manera torrencial. Levantó la cabeza mientras la lluvia lo calaba hasta los huesos.

—Sálvala, señor —pidió con la voz agónica—, no la abandones.

Se arrodilló y enterró sus manos en la tierra tras soltar un grito titánico que recorrió todo el lugar.

—¡Lyaaa!

Lya abrió sus ojos de golpe.

El precio del dolor

Lya cogió el cuerpecito sin vida de su hijo y lo miró con una ternura que conmovió profundamente a su nana, que lloraba a moco tendido en un rincón del cuarto. Su niña estuvo inconsciente tras el difícil parto. Según el médico que la atendió, Lya jamás podría volver a ser madre. Joshua, a pesar de los ruegos de la mujer, se lo dijo a bocajarro.

—Lo siento —dijo el médico.

Lya no reaccionó. No dijo nada. Se limitó a mirar a su esposo con ojos vacíos mientras acariciaba el tulipán morado que le habían dejado en la mesilla del hospital. Era de Sebastián, al igual que el libro «Cumbres borrascosas». El oficial le marcó una frase dentro del mismo, le dejó un mensaje en claves:

«Permanece conmigo siempre, toma cualquier forma, haz que enloquezca, pero no me dejes solo en este abismo donde no puedo encontrarte».

Lya salió del hospital tras volver en sí, tras oír la voz de Sebastián en medio de su martirio. Ella no quería volver, quería irse, pero él la impidió y terminó volviendo. Sebastián la rescató de la muerte. La salvó.

—Nana, ¿puedes pasarme el talco?

Su nana asintió mientras ella se levantaba de la cama con el bebé entre brazos. Lo bañó y luego le puso un poco de talco. Lo vistió con su mejor ropita y le dijo dulces palabras como si el niño aún pudiera oírla. Su nana lloraba quedamente a su lado.

—Bastían llegará al cielo limpio y perfumado, nana.

Lya hablaba como una persona demente. Tenía la mirada vacía y el corazón congelado tras la muerte de su hijo, que luchó por sobrevivir durante tres días, pero su corazoncito no logró vencer la dura batalla impuesta por el macabro destino.

—Mi dulce amor, mi todo, mi ángel —masculló tras besar la cabecita de su hijo—, nunca te olvidaré, mi amor.

Joshua entró en el cuarto y miró con estupor a su mujer. Lya no era ni la

sombra de la mujer que alguna vez fue. Estaba muy delgada y ojerosa. Tenía el pelo seco, la piel muy pálida y la mirada apagada.

—¿Está listo? —preguntó desde la puerta—, ¿estás bien, Lya?

No estaba bien. Nunca volvería a estarlo.

—Sí —mintió.

Lya no podía mirarlo, no tenía la valentía suficiente para ello. Joshua era su marido, pero no era el padre de su hijo. Bastián era el fruto de un amor prohibido ante los hombres y Dios.

—Sí —dijo la nana tras sorberse por la nariz—, Bastián está listo.

Lya cogió en brazos a su hijo y le canturreó su dulce melodía mientras lo mecía con todo el amor que le inspiraba. Joshua la miró con profundo pesar, pero no le dijo nada. No la consoló. No cogió a su hijo. Nada. Joshua fue incapaz de acercarse a ella y decirle algo.

—Mamá te ama —le dijo antes de depositar un beso en su cabecita—, mamá siempre te amará, mi dulce amor —las lágrimas empezaron a caer de sus ojos sin parar—, ¿por qué Dios me ha castigado de este modo?

Abrazó el cuerpo de su hijo llorando con tal amargura que, casi perdió el conocimiento. Joshua la sujetó para evitar que se derrumbara en el suelo. Lya no podía dejar de llorar, no podía dejar de temblar. Su nana sujetó el cuerpo del bebé y lo llevó a la sala por petición de Joshua. Los encargados de la funeraria lo colocaron en un pequeño ataúd de madera de color blanco.

—Debes comer algo, Lya.

Lya bajó las escaleras con la ayuda de su marido. Salieron de la casa rumbo a la funeraria judía del pueblo, donde se velaría el cuerpo de Bastián tras tres días de su muerte. Lya observaba todo como si fuera un fantasma, como si no formara parte de todo aquello. Se acercó al ataúd tan pronto como pisó el lugar.

—Mi ángel, mi todo, mi mismo yo.

Lya lloraba quedamente mientras los demás hablaban o bebían algo a su alrededor, ignorando por completo el dolor que ella estaba sintiendo. Su padre, postrado en una silla de ruedas, sin poder hablar o moverse, la miraba con profundo dolor.

—Te esperé durante nueve meses —susurró la judía anegada en lágrimas—, y te tuve en mis brazos solo un día.

Lya evocó la noche de su parto, el dolor que experimentó al empujar por última vez a su hijo y su llanto. Bastián lloró y la enfermera lo colocó en sus brazos y le dijo que su hijo era hermoso. Todo se desvaneció tras ese

recuerdo.

—¿Estás bien, mi niña?

Lya observaba a sus parientes, reunidos en la sala con el rabino para una costumbre funeraria judía tradicional, el desgarrar de cintas negras simbólicas que luego usarían quienes estaban de luto. El rasgado de la prenda representaba una señal externa de duelo y aceptación de la muerte.

—No, nana.

El hermano de Joshua recitó una bendición, como una reafirmación de la fe en Dios.

—Bastían siempre vivirá en nuestros corazones —le dijo Emma, llorando—, siempre, Lya.

Lya levantó la cabeza y la miró con ojos de cordero degollado. Emma le dio un beso en la cabeza al tiempo que Magda arreglaba unas flores que ella le había pedido. En la mayoría de los funerales judíos, las flores no eran apropiadas. En su lugar, se podía hacer una donación a una caridad u organización judía, pero Lya exigió las flores, ya que su hijo era mitad judío y mitad católico, un secreto que todos desconocían, todos menos sus primas.

—¿Cómo estás, cariño? —le preguntó Magda.

Lya la miró a través de la cortina de lágrimas.

—Infelizmente, viva.

Emma y Magda intercambiaron una mirada teñida de importancia.

—¿Cómo está el? —preguntó Lya con discreción.

—Muy mal.

El oficial estaba tan mal como ella, aunque él tenía a Dirk, su hijo para consolarse. Lya no, ella estaba sola en su penuria.

—Ven, Lya —le dijo Joshua—, es hora de partir al cementerio.

Los hermanos de Joshua cogieron el pequeño ataúd de sus asas y lo llevaron al cementerio que se encontraba al lado del salón. Benjamín, el menor de los Rosenthal, recitó unas hermosas palabras mientras Lya, con la cabeza cubierta por un chal de encaje negro, levantaba la vista por inercia. Sus ojos nublados por el dolor se encontraron de golpe con los de Sebastián, que la miraba desde su sitio con los ojos empañados. ¿Qué hacía allí? ¿Y por qué sujetaba una piedra? El rabino dijo unas palabras y la sacó de su ensoñación. De pronto, comprendió que su hijo había muerto y que nunca volvería a verlo. Nunca.

—Mi amor —dijo ahogada por el dolor—, ¡mi pequeño ángel! —gritó con desesperación—, ¡no es justo! ¡Él merecía vivir! ¿Por qué no me morí yo?

¿Por qué?!

Joshua la sujetó entre sus brazos cuando ella intentó impedir que metieran el ataúd en el hoyo. Como último acto, la familia y los amigos arrojaron tierra sobre el ataúd con una pala.

—Cielo, es hora de marcharnos —le dijo Joshua.

Lya lo apartó de su cuerpo con cierta brusquedad.

—Me quedaré un momento —le dijo, anegada en lágrimas—. Necesito despedirme de él a solas.

Joshua asintió antes de alejarse con su madre del lugar.

—Está perdiendo la razón, hijo.

Joshua se volvió y miró a su esposa con atención.

—Sí, madre, creo que Lya está perdiendo la razón.

La mujer le habló de la Shiva, el período de luto de siete días después del entierro. Le dijo que mientras guardaban el Shiva, debían evitar salir de la casa o usar cualquier forma de entretenimiento.

—Sí, madre.

Lya se arrodilló y cogió un puñado de tierra llorando con un dolor que nunca sintió antes, ni siquiera cuando perdió a Sebastián. Empezó a canturrear la dulce melodía que solía tararear a su hijo durante su embarazo.

—Mi pequeño —dijo, sollozando.

Alguien depositó un tulipán morado y una piedra sobre el panteón de su hijo. Levantó los ojos y lo miró con tristeza infinita.

—Lo siento mucho, Lya.

Sebastián tenía los ojos muy hinchados y la nariz muy enrojecida. Estaba sufriendo tanto como ella.

«Papá vino a despedirse de ti, mi amor».

Lya se rompió a llorar con tal amargura que él terminó llorando con ella. Sin decirle una sola palabra, posó su mano sobre su hombro y ella sintió que volvía a la vida. Ella colocó la suya sobre la de él y lloraron juntos el adiós de Bastián.

«Creo que muy en el fondo, tu corazón sabe que Bastián era tu hijo, Sebastián».



Lya lloró con desconsuelo frente al panteón de su hijo hasta perder la

consciencia. Sebastián trató de despertarla, pero al percatarse de que solo estaba cansada, decidió cogerla en brazos y llevarla hasta la casa de su cuñada. Emma abrió la puerta y miró atónita al oficial. Él le explicó lo que sucedió y ella le indicó el cuarto de huéspedes. El alemán depositó a Lya en la cama con sumo cuidado mientras Emma buscaba un poco de alcohol y algodón en el cuarto de baño.

—A cada momento necesito recordarme a mí mismo que he de respirar, que ha de seguir palpitándome el corazón —le recitó él una de sus frases favoritas de la novela «Cumbres Borrascosas»—, pero sin ti es tan difícil, Lya.

Sebastián acarició el rostro de la judía con ternura y Emma se detuvo en seco bajo el umbral al verlo. Él parecía susurrarle algo, ¿algún secreto inconfesable de su corazón?

—Está muy delgada y demacrada —soltó él al percibir su presencia—. Le enviaré frutas y verduras de la granja.

Su cuñada derrumbó algo sin querer, como de costumbre.

—¿Aún la amas, Sebastián?

«Siempre la amaré» pensó él.

Apartó su mirada, su mano y todo su cuerpo de Lya. Se volvió y oteó con cierta rigidez a su cuñada, que tragó con fuerza ante su metedura de pata. Sebastián la amaba, pero la culpa que cargaba era superior a sus fuerzas.

—Mi mujer ha muerto hace unos días —contestó con voz implorante—. No me hagas deshonorar su memoria, Emma.

«La ama con toda su alma» repuso ella con lágrimas en los ojos.

El oficial se levantó de la cama tras cubrir a Lya con una manta. Volvió a murmurar algo, algo que Emma no pudo comprender. Se alejó de la cama y se quedó al lado de su cuñada. La miró por sobre el hombro con los ojos cargados de dolor.

—Dile que se alimente mejor —dijo en tono suave—, la sopa de espinacas es muy buena.

Emma asintió sin mirarle.

—Buenas tardes, Emma.

Sebastián se volvió para mirar a Lya una vez más.

«Buenas tardes, mi amor».

Días después, Sebastián visitó a su cuñada y le pidió que cuidara a su hijo Dirk durante su ausencia, ya que su madre estaba resfriada y podía contagiarle. Emma, encantada, aceptó la misión de cuidar a su futuro ahijado de apenas

unos días de vida. Lo cogió en brazos y lo miró con entrañable afecto.

—Ha llorado toda la noche —le dijo él con agobio—, ¿siempre lloran mucho?

Ella asintió con una sonrisa ladina.

—Es normal y más cuando... —no terminó su frase, no era necesario—, aprovecho el momento para pedirte disculpas por el otro día, Sebastián. No quise preguntarte aquello —se puso seria—, en realidad quise, pero no debía.

Él asintió sin dejar de mirar a su hijo.

—No te preocupes.

Su cuñada besó la cabecita de Dirk con cariño al tiempo que Sebastián cogía en brazos a uno de sus sobrinos.

—Lya tomó la sopa de espinacas —comentó Emma con una sonrisa taimada—, sabe mejor con queso de cabra. ¿Lo sabías?

Las comisuras del alemán se ensancharon en una sonrisa apenas perceptible. Ella sonrió e incluso le dio la sensación de que Dirk lo hacía también. Le comentó que Lya solía venir a su casa para ayudarla con las tareas domésticas y sus gemelos, así se mantenía ocupada. Él no dijo nada. Se limitó a escucharla.

—Nos vemos, Emma.

Dirk no durmió aquella noche, lloraba la ausencia del padre y de la madre. Emma estaba desesperada, ya que no sabía qué hacer para lograr que se durmiera y dejara de llorar.

—Mi vida, deja de llorar o tu garganta se inflamará.

Lya entró en la casa con unas bolsas entre las manos. Traía juguetes y ropitas de su hijo que podrían servir a otros niños más necesitados del pueblo.

—Oh, Lya —le dijo Emma con agobio—, Dirk no deja de llorar.

Lya colocó las bolsas sobre la mesa e impulsada por el corazón, cogió por primera vez en brazos al hijo de su amor perdido. Dirk lloraba con desconsuelo, hasta que, ella quitó su pecho y se lo dio. Emma miró atónita la escena. Abrió la boca como para reprocharla, pero al ver cómo el niño mamaba de su pecho con voracidad, se limitó a mirarlos sin decir nada, absolutamente nada.

—Tengo mucha leche —dijo Lya con lágrimas en los ojos—, bebe, pequeñín.

Dirk bebió hasta saciarse y luego se quedó dormido mientras Lya le arrullaba su melodía favorita.

—Eres la copia fiel de tu padre —le dijo al niño—, jamás podré ser

madre otra vez, prima —soltó, llorando.

Emma se mordió el labio inferior para contener las ganas de llorar.

—¿Qué?

Lya no podía dejar de llorar.

—Como consecuencia de la hemorragia que sufrí, Emma.

Su prima enmudeció.

—Dirk es tan parecido a Bastián, su hermanito.

Emma cogió a sus hijos, y los estrechó con fuerza sin dejar de lamentar la suerte de su prima.

—No sé qué haría en su lugar —susurró tras besar las cabecitas rubias de sus hijos—, me moriría de pena.

Lya besó a Dirk.

—Al menos él te tiene a ti —le dijo al niño—, nunca estará solo.

Y desde entonces, Lya venía todos los días para amamantar al hijo de Sebastián. Le canturreaba su dulce melodía mientras lo mecía. Dirk no volvió a llorar como la primera noche.

—Esto es un milagro —le dijo Emma.

—O un grave error, según el Führer —apostilló Lya mientras el hijo de un nazi bebía su leche, la leche de una judía—, duerme, pequeñín.

—Es idéntico a Sebastián —señaló Emma—, aunque tiene rasgos de su madre también.

Lya asintió.

—Es un ángel hermoso.

Cierta vez, Lya salió al jardín con el niño en brazos y recorrió el hermoso sitio repleto de flores y mariposas. Sebastián había conseguido un permiso especial para ver a su hijo recién nacido. Llegó a la casa de su cuñada con varios regalos entre las manos cuando de pronto, vio a Lya y a Dirk en el jardín. Ella le canturreaba aquella melodía, aquella triste, pero emotiva melodía que lo cautivó en el pasado. Con el corazón en un puño y los ojos empañados por la fuerte emoción, decidió marcharse y volver más tarde.

—¡Sebastián!

Emma lo recibió con alegría y con alivio, ya que Lya se había marchado tras dar de mamar a Dirk, que dormía serenamente en el Moisés que le había regalado ella.

—¿Y esta cunita? —demandó Sebastián.

«Es de Lya» pensó él con un júbilo indescriptible en el corazón.

—Era de Magda —le mintió su cuñada.

Sebastián la miró de soslayo y percibió lo nerviosa que estaba.

—¿Se ha comportado bien?

Emma le comentó sobre la primera noche, pero no mencionó a Lya ni por equivocación. Sebastián decidió no hablarle de lo que había visto horas atrás. Prefería atesorar la imagen de Lya con su hijo solo para él.

—Gracias por todo, Emma.

Sebastián llevó a su hijo a su casa. Aquel día llevaba una ropita que Lya le había regalado y un biberón con su leche materna.

—Hijo, duerme —le rogó él al día siguiente—, ¿qué tienes?

Dirk lloraba sin parar. Sebastián aprendió tantas cosas en las SS, pero no a cuidar de un bebé pequeño. ¡Era una misión imposible! A la mañana siguiente, con unas ojeras que le llegaban a los pies, apareció en la casa de su hermano, que estaba por el pueblo aquellos días.

—No sé qué hacer para que deje de llorar.

Joachim trató de calmar a su sobrino por todos los medios que conocía como padre, pero no lo consiguió. Lo llevaron al pediatra, que lo revisó de pies a cabeza sin encontrar nada.

—Sé cómo puede dejar de llorar —susurró Emma a su marido—, pero no creo que Sebastián lo apruebe.

Joachim jugaba con Peter y Paul cuando la escuchó.

—¿Sabes cómo hacerlo y no lo has dicho? ¡Está desesperado!

Su mujer asintió y luego le dijo cómo lograría calmar a Dirk. Joachim la miró boquiabierto.

—¿Lya le dio de mamar por dos semanas?

Emma asintió.

—Y le canturreaba una dulce melodía, pero no la recuerdo muy bien. Cada vez que Dirk la escucha, se calma y deja de llorar al instante.

—Es una locura, mi amor —dijo tajante Joachim—, Sebastián no permitiría eso ni bajo tortura.

Sebastián bajó las escaleras y los escuchó sin querer.

—Pues la melodía calma el corazón de Dirk, la melodía que Lya siempre ronroneaba en el pasado cuando estaba feliz o triste.

«La melodía de Lya».

Sebastián subió de nuevo al cuarto y arrulló la melodía que Lya solía canturrearle. Dirk dejó de llorar minutos después como por arte de magia.

—Duerme, hijo mío.

Al día siguiente, antes de viajar a Berlín, Sebastián montó el viejo

columpio de su casa en el jardín de su cuñada, alegando que era para sus sobrinos, pero en realidad era para Lya.

—Ni loca dejaré que lo usen —le dijo Emma con retintín—, han heredado mi torpeza. ¡Los dos!

Sebastián soltó una risita.

—Pues quizá otros lo usen, cuñada.

Tal como lo calculó, Lya se sentó en el columpio todas las tardes con Dirk en brazos.

—La nodriza judía que alimenta al hijo de un nazi —murmuró Lya—, al hijo de su gran amor.

Emma se puso pensativa mientras la observaba con Peter entre brazos. Evocó lo que le dijo su suegra por la mañana...

—Ese columpio lleva tirado en el sótano hace años.

—Sebastián me dijo que Erika lo usaba.

—¿Erika?

—Sí, eso me dijo él.

—No lo creo, Emma. Ella llegó aquí cuando estaba de seis meses de gestación y casi nunca salía de la cama por recomendación de su médico.

Emma volvió al presente de golpe y observó asombrada a su prima y a su sobrino mientras evocaba el viejo columpio de Lya en la mansión. Sus ojos se llenaron de lágrimas al comprender al fin el gesto de su cuñado.

«Sebastián lo montó para ella».

La noche de los cristales rotos

Entre el 9 y 10 de noviembre de 1938, tropas del Partido Nacionalista Alemán y equipos de las fuerzas especiales de la Alemania nazi arremetieron contra la población judía, destruyendo sinagogas, tiendas y viviendas.

—Dios mío —dijo Martín mientras veía cómo sus compañeros destrozaban parte del pueblo donde se encontraba—, ¿qué está pasando?

Magda observaba estupefacta cómo las casas, tiendas y todo lo que perteneciera a los judíos eran atacados con brutalidad aquella fría noche de noviembre.

—Te lo dije —le susurró Antón—, esto no pinta nada bien, Magda.

Ella lo miró por sobre el hombro.

—¿Crees que terminará en una guerra?

Antón asintió.

—Sí.

A esa acción violenta se le dio el nombre de: «La Noche de los Cristales Rotos», debido a que las calles quedaron completamente cubiertas de vidrios destrozados, de los escaparates de las tiendas y ventanas de los edificios de propiedad judía. Muchos judíos fueron asesinados y arrestados por el «delito» de profesar la fe judía.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó Emma al ver las calles de su pueblo repletas de cristales y soldados nazis que gritaban como bestias—, ¿qué es esto?

Lya sujetaba con brío a Dirk, que empezó a llorar ante el susto.

—Dios mío —dijo Lya, con el corazón en la garganta—. ¿Qué está pasando?

Un soldado la miró con desdén al ver la estrella que tenía en su abrigo.

—Marchaos a casa —le exigió con poca delicadeza—, ¡ahora!

Sebastián acababa de llegar al pueblo cuando vio la escena. Bajó de su coche y se acercó a ellos con cara de pocos amigos. El soldado se puso firme al instante al verlo.

—¿Le está gritando a mi hijo, soldado?

El joven de apenas veinte años ni siquiera parpadeó.

—No sabía que era su hijo, señor —respondió.

Sebastián cogió a Dirk de los brazos temblorosos de Lya y le dio un beso cariñoso. El niño le dijo «apá» y le dibujó una amplia sonrisa en los labios. El capitán miró de soslayo a Lya, que no se veía nada bien aquel día. ¿Acaso estaba enferma?

—¿Te sientes bien, Lya?

—Solo es un resfriado, Sebastián.

El oficial le tocó la frente y ella se estremeció.

—Tienes mucha fiebre, mejor ve a descansar.

Lya asintió antes de besar las manitas de Dirk, que lloró a lágrima viva cuando se marchó. Sebastián la miró con profundo dolor y Emma también. Albert, su padre, había muerto meses atrás como consecuencia de una pulmonía. Joshua, su marido, llevaba desaparecido hacía un par de días. Nadie sabía dónde estaba o si seguía con vida, ya que su coche fue encontrado cerca del bosque totalmente calcinado.

—Lya está sola en el mundo —susurró Emma—. Ya no tiene a nadie, Sebastián.

Miró los estragos que cometieron los suyos en contra de los judíos y se preguntó si Lya podría perdonarlo a él por formar parte de aquel clan.

—Te tiene a ti, Emma.

«Y a mí».

Tras aquel día, Lya no retornó a la casa de Emma y ella estaba muy preocupada. Llovía de manera desapacible y Sebastián le exigió que no saliera de la casa en su estado. Su cuñada, de casi seis meses de embarazo, asintió tras refunfuñar.

—Iré a ver cómo está y le llevaré algo para comer —anunció él.

Salió de la casa tras besar la cabecita de Dirk. Se puso su gabardina negra de cuero y sus guantes. Se dirigió a la mansión de Lya con una cesta repleta de alimentos y medicamentos. La casa no era ni la sombra de lo que fue en el pasado, pensó al cruzar el portón. Bajó del coche tras abrir el paraguas y miró con tristeza infinita el jardín arruinado por la maleza. Luego miró la fachada de la casa con un enorme nudo en la garganta. Algunas ventanas tenían unas tablas cruzadas y las puertas estaban casi desteñidas.

—Nada ha restado —dijo ensombrecido.

Se acercó a la puerta y la golpeó con los nudillos. Nada. Nadie abrió. Con el corazón palpitándole por todas partes abrió la puerta y entró.

—¿Lya?

Nada. Silencio. La casa estaba helada y empapada. El techo tenía muchas goteras. Subió las escaleras a toda prisa y la llamó, pero ella no le contestó. Entró en su viejo cuarto y al fin la halló, acurrucada en su cama bajo varias mantas.

—Dios mío —susurró antes de acercarse a la cama—, ¿Lya? ¿Estás bien? Le tocó la frente con la mano tras quitarse el guante. Ella estaba helada.

—Sebastián —dijo bajito y sin abrir los ojos—, me voy a morir.

El corazón del alemán golpeó su pecho con violencia al escuchar su afirmación. ¿Lya Rubinstein estaba desistiendo? ¿Entregándose a la derrota? ¡No era posible! Era demasiado cabezota como para morir sin luchar.

—No lo permitiré, Lya.

Bajó las escaleras como alma que lleva el diablo y cogió la cesta del coche. Retiró de ella las medicinas que había conseguido y subió al cuarto con un vaso de agua entre manos. Lya puso resistencia, alegando que ya no quería vivir. Que no valía la pena seguir. Pero él era más determinado que ella y logró que tomara el medicamento contra la gripe.

—No tengo a nadie, Sebastián.

Él suspiró hondo mientras unas lágrimas se acomodaban en sus ojos. No podía llorar. Era un oficial de alto rango. Flaquear ante las emociones era tan grave como amar a una judía.

—¿Y Dirk? ¿Y yo? —le dijo con un enorme nudo en el pecho—, ¿no contamos?

Ella lo miró a través de sus espesas pestañas y sonrió con tristeza.

—Podréis vivir sin mí.

Una lágrima atravesó el rostro de Sebastián al ver cómo ella, su Lya, su cabezota se entregaba al dolor, a la derrota y a la muerte.

—No te permito, Lya. No puedes dejarnos —se le quebró la voz.

Ella se estremeció.

—Tengo mucho frío, Sebastián.

Él se quitó las ropas a toda prisa y se metió en la cama con ella. La desnudó y la estrechó entre sus brazos. Lya se estremeció una vez más, pero esta vez no por el frío, sino por la emoción de tenerlo a su lado.

—Esto hará que tu cuerpo se caliente.

Lya lo miró con amor infinito mientras él le canturreaba su dulce melodía, llorando como un crío pequeño. Lya apenas respiraba. La muerte estaba tan próxima que podía sentirla cerca de su nuca. Las tibias lágrimas de Sebastián

empaparon su rostro y le aceleró el pulso. ¿Lloraba por ella? ¿Temía que muriera? ¿Aún la amaba?

—¿Me recitarías aquella frase tan bonita de Cumbres Borrascosas, Sebastián?

Él se rompió a llorar con toda el alma a la vez que la estrechaba contra su cuerpo con todas sus fuerzas.

—No puedo, Lya.

Ella entrecerró sus ojos al evocar la frase de su novela favorita, la frase que quería en su lápida.

«Aunque él la amase con toda la fuerza de su mezquino ser, no la amaría tanto en ochenta años como yo en un día».

—Te amo, Sebastián —susurró antes de quedarse dormida.

El oficial se rompió un poco más.

—Te amo, Lya. Siempre te amaré.



Lya abrió lentamente los ojos al oír la composición «Claro de luna» del compositor Claude Debussy que procedía de la sala, de su piano. Miró a los lados y frunció el entrecejo antes de levantarse. Sorprendida al verse desnuda, se tapó con la manta de lana y cogió sus ropas delicadamente dobladas en el sofá. Se vistió y bajó las escaleras. Se detuvo a mitad de camino para olisquear el pan recién horneado y el café recién hecho. ¿Estaba soñando? El piano cesó y la risita de un niño ocupó su lugar.

—Dirk —dijo al reconocerlo—, mi peluchín.

Se acercó a la sala y observó con amor infinito a Sebastián y a Dirk. Él lo sostenía por encima de su cabeza y reía a carcajadas de su hijo, que movía los bracitos y las piernitas como si estuviera a punto de volar. Una lágrima recorrió el rostro de Lya al evocar a su hijo, que hoy tendría la misma edad que Dirk. El oficial, que aquel día llevaba sus pantalones bombachos, su camisa blanca y sus tirantes, se volvió y la miró con una amplia sonrisa.

—¡Lya!

Dirk alargó sus bracitos hacia ella y las emociones se hicieron presentes.

Sebastián se acercó y sin decirle nada, le rodeó el hombro con el brazo y le besó la cabeza mientras sujetaba a su hijo con el otro brazo.

—Lyla... Lyla... —repetía Dirk.

Ella cogió al niño y lo llenó de besos sin desviar la mirada de Sebastián, que la miraba con mucha melosidad. Lya desvió la suya hacia el piano y oteó de paso las llamas de la chimenea. ¿En qué momento trajo leñas y limpió la casa? La sala, hasta donde lo recordaba, estaba repleta de hojas y tallos que se fueron metiendo por los huecos de los cristales rotos de las ventanas.

—Pensé haber escuchado el piano —dijo algo pensativa.

Sebastián se aproximó al instrumento musical y empezó a tocarlo con maestría. Lya lo miró boquiabierta mientras las notas de una alegre canción asaltaban el lugar. Dirk aplaudió y sonrió. Le encantaba el piano.

—Lo aprendí a tocar —le dijo Sebastián—, por ti.

El estupor se estampó en la cara de la judía al oír su afirmación tan franca y vehemente. Sebastián se levantó de la butaca y se aproximó a ambos con una sonrisa amistosa. Le dijo que había preparado pan y café. También le dijo que había traído mermelada y mantequilla. Lya lo siguió con Dirk en brazos hasta la cocina, que estaba brillando tras la limpieza que él realizó.

—¿Cuántos días estuve dormida, Sebastián?

Él le sirvió el café mientras ella se sentaba a la mesa con Dirk.

—Tres días.

—¿Tantos?

Él le explicó que el cansancio y la tristeza la derrumbaron, pero, que de vez en cuando, se despertaba para beber o comer algo.

—¿Me diste de comer y beber esos días?

Él sonrió algo desencajado. ¿Por qué le sorprendía tanto? Lya desvió la mirada, parecía incómoda o, quizás, asustada. Ella era judía. Él un nazi. Las leyes eran claras con respecto a eso, sin embargo, las leyes del corazón tendían a ser más tiranas que el propio Führer.

—¿Te encuentras mejor?

Lya bebió un sorbo del delicioso café y probó el pan que él le había hecho. ¡Tenía uva pasas y nueces! Como a ella le gustaba. Sebastián vio el júbilo en sus ojos y no pudo evitar sonreír. Dios, ¡era tan bueno sonreír! Escrutó a Lya y a su hijo con un enorme nudo de emociones indescifrables en su corazón. ¿Por qué no podían estar juntos? ¿Por qué siempre había algún que otro obstáculo? ¿Y si huían? ¿Y si se marcharan lejos?

—Está delicioso —le dijo ella con una sonrisa—, gracias, Sebastián.

Él la miró con embeleso. No sabía mirarla de otra manera desde el primer día que la vio en su vida.

—De nada, cielo.

Mientras ella daba de comer a Dirk, los recuerdos asaltaron su mente como viejas fotografías en blanco y negro. Ellos conociéndose. Peleando. Apostando. Riendo. Amándose. Amándose. Amándose.

—Está lloviendo mucho —comentó ella y lo arrancó de su trance de golpe —, no sé si llueve más dentro o fuera —se mofó y él sonrió.

Al cabo de unos minutos, Lya le habló de la hipoteca y el embargo de la mansión. Él frunció el entrecejo sorprendido. ¿La mansión fue embargada? Ella le explicó sobre las deudas de su marido, quien hasta ahora no dio las caras. Lya no sabía si había huido con alguna amante o le habían matado. Sus familiares estaban buscándolo por todo el país, sin éxito alguno por el momento. Sebastián quiso ofrecerle su ayuda para encontrarlo, pero el orgullo se lo impidió.

—Debo salir de aquí dentro de un mes, Sebastián.

Emma le ofreció un cuarto y ella aceptó hasta encontrar un trabajo y poder pagar un piso. Siempre quiso ser independiente y la vida le estaba brindando una gran oportunidad.

—Lo siento, Lya.

Ella miró su casa y sonrió con tristeza.

—El sótano es el lugar que más amo —le dijo y él se sonrojó.

Lya lo miró sorprendida y tras ello se echó a reír, en especial cuando Sebastián llevó su mano a su nuca algo cohibido.

—Papá —dijo Dirk—, papá.

Sebastián lo cogió al comprender lo que acababa de hacer. Lya rio de buena gana al ver su mueca.

—Lo cambiaré, Lya.

Por la tarde, Dirk se quedó dormido entre los dos mientras ellos se miraban por encima del niño. Él alargó la mano y acarició la mejilla de la judía con ternura. Ella entrecerró sus ojos ante aquel contacto tan vital. Posó su mano sobre la de él y la apretó contra su cara sin abrir los ojos.

—¿Me tocarías de nuevo «Claro de luna», Sebastián?

Él asintió. Salieron del dormitorio con mucho cuidado para no despertar a Dirk que dormía abrazado a una pequeña almohada que Lya le dio y que olía a ella. Bajaron las escaleras lado a lado y se enfilaron hacia la sala de estar. Él le cedió el paso y ella cruzó la puerta con una sonrisa que mal curvaba sus

labios. Se sentía como la primera vez que lo vio, aunque aparentaba ser muy segura ante sus ojos, muy en el fondo, las rodillas le temblaban cada vez que la miraba.

—¿Te sientas a mi lado? —le preguntó él con timidez.

Lya se sentó a su lado y él empezó a tocar el piano con majestuosidad, erizándole cada vello existente en su cuerpo. Las lágrimas se hicieron presentes de manera inevitable. Sebastián dejó de tocar cuando ella empezó a sollozar. Se volvió y la miró con profundo pesar.

—Mi madre murió —dijo, rota por dentro—, se suicidó.

Sebastián la estrechó con fuerza.

—Abrázame fuerte —le rogó ella, sollozando.

Él la estrechó con mucho vigor.

—Lo siento mucho, Lya.

Ella se apartó de él para mirarlo.

—¿Por qué la vida me castiga de este modo, Sebastián?

El oficial trató de secarle las lágrimas con sus pulgares, pero era inútil, porque tras secar unas, venían muchas más tras ellas. Se miraron por unos segundos eternos mientras fuera llovía de manera desapacible.

—No pienses así, cielo.

Él reclinó la cabeza y ella cerró sus ojos cuando sus labios tocaron los suyos. Lya abrió la boca para que él pudiera saborearla con más frenesí. Sebastián, a su vez, acunó su rostro entre sus manos temblorosas, incrédulo y emocionado ante aquel pecado o milagro. No pensaron, simplemente se dejaron llevar por sus corazones.

—Llevo soñando con esto hace tanto tiempo, Lya —le dijo con agonía tras apartarse—, tanto tiempo.

Sebastián se levantó y la cogió en brazos. Ella no puso ninguna resistencia. Ella necesitaba aquel momento tanto como él. Se encaminaron hacia el sótano, donde vivieron sus mejores momentos en el pasado.

—¿Es una locura desear tanto algo?

Bajaron las escaleras a tientas mientras se besaban como si no hubiera un mañana. Y, quizá no lo habría. Sebastián la depositó en la fría cama con mucha delicadeza y le quitó sus ropas sin apartar la vista de ella un solo segundo. Hacía mucho frío, pero sus cuerpos estaban ardiendo por el intenso deseo.

—Eres preciosa, Lya.

Él se quitó las ropas a toda prisa y se reunió con ella en la cama.

—La manta de lana —le dijo ella.

Sebastián los cubrió con la misma y después se acomodó entre sus piernas. Lya sujetó su rostro, necesitaba mirarlo, grabar su mirada y cada rasgo suyo a fuego.

—Hoy no tengo nada para darte, Sebastián.

Los ojos del alemán se nublaron lentamente ante su triste afirmación. Ella podía darle algo que ninguna mujer podría hacerlo. Ninguna.

—Dame tu corazón, Lya.

Ella se rompió a llorar mientras él la penetraba.

—Es tuyo desde que te conocí, Sebastián.

Y con aquella declaración, se entregaron de cuerpo y alma.

El clímax fue tan intenso que los dos gritaron al alcanzarlo. Se abrazaron tan fuerte que por muy poco no se rompieron las costillas.

—Hemos infringido la ley, capitán.

Sebastián abrió la boca como para replicarle, pero el llanto de Dirk se lo impidió. Se vistieron a toda prisa, como si acabaran de ser pillados por el mismismo Führer. Sebastián subió las escaleras como alma que lleva el diablo y cogió a su hijo entre sus brazos.

—No llores, mi amor.

—¿Y Lyla? —le preguntó Dirk, con la nariz y los ojos muy enrojecidos.

—Aquí estoy, mi amor —le dijo ella desde la puerta del sótano—, ¿hacemos una siestita?

Sebastián y Dirk se miraron con expresión de alegría.

—¡Sí! —chillaron.

El oficial retornó al sótano con el niño y sin meditarlo mucho, se metió con él en la cama. Lya se puso al otro lado, de modo que Dirk se quedó entre ambos. Se cubrieron con la manta de lana y abrazados, se quedaron dormidos.

El secreto del nazi

Sebastián y Lya perdían por completo la razón cuando estaban juntos tras varias semanas de ausencia del capitán. A veces ni siquiera llegaban a la habitación, se entregaban a la pasión tras cerrar la puerta.

—Te eché tanto de menos, Lya —le susurró él, jadeante.

Ella enterró su rostro en su cuello.

—Y yo a ti, Sebastián.

La mansión, que el alemán compró, estaba en reforma y por ello decidieron vivir con Emma por una temporada, la única que conocía la relación de ambos.

—Tengo miedo de que alguien lo sepa, Emma —le confesó Lya mientras vestía a Dirk—, podría ir a la cárcel por mi culpa.

Emma la miró con expresión melosa. Lya solo pensaba en el bienestar de Sebastián, y se olvidaba por completo de la suya.

—Él encontrará una solución, Lya.

Los encuentros eran esporádicos, ya que él viajaba mucho a la capital y sus alrededores por negocios o reuniones del partido. Pero cada vez que se encontraban, sus almas se conectaban más allá de lo visible.

—Me cuesta marcharme, Lya.

Sebastián y Lya tenían una cama en el desván de la casa de Emma, donde solían dormir cuando él llegaba de algún viaje.

Dirk solía dormir con ellos, a pesar de la resistencia de Sebastián.

—Lo estás mimando demasiado, Lya.

El capitán se quitó la guerrera con un ligero puchero. Lya se rompió a reír y él soltó un taco por lo bajo que aumentó aún más las risas de la mujer.

—¡Te comeré a besos, capitán!

Sebastián se desnudó en dos segundos y se lanzó a la cama como había venido al mundo. Lya le besó desde la cabeza hasta los pies.

—Eres un niño grande —le dijo ella con sorna.

Él le bajó el vestido de golpe y empezó a lamerle los pechos.

—No, un niño pequeño que necesita mamar —le dijo con voz infantil.

Lya se echó a reír una vez más.

Todo iba de maravilla, hasta que un día, a pocas horas del viaje de Sebastián a Berlín para asistir a la gran fiesta de cumpleaños número cincuenta de Hitler, ella escuchó una charla suya con su superior, un déspota que odiaba profundamente a los judíos.

—La gente anda murmurando, capitán.

Sebastián tragó con fuerza. ¿Quién le habló de Lya y su relación secreta? Debía negarlo por el bien de ella y su hijo mientras organizaba la huida de los tres, Planes que Lya desconocía. El oficial estaba decidido a marcharse con Lya y su hijo a tierras lejanas antes de que las cosas empeoraran para los judíos, que cada día eran más y más marginados de la sociedad.

—¿Cree usted que alguien como yo se fijaría en una sucia rata judía? —replicó Sebastián con un dolor sordo en el pecho.

«Lo siento, Lya».

Los ojos de la judía se llenaron de lágrimas al oír tan vehemente afirmación por su parte. ¿Eso pensaba en verdad de ella y los suyos? Entre cuatro paredes te amo ¿y fuera de ellas te odio con todo mi ser?

—Fóllatela —le dijo el hombre—, son putas deliciosas, capitán.

Miró a Sebastián, que impávido, fumaba un cigarro.

—Me dijeron que la mujer en cuestión es dueña de una belleza casi mítica, capitán —sonrió—, podríamos organizar una fiestita particular.

Paul le advirtió días atrás sobre su superior, le advirtió lo perverso y libertino que era. Quería darle puñetazos en la cara y arrancarle el corazón con la mano por forjar aquellos pensamientos indebidos con Lya.

—Hubiera sido genial, señor.

Sebastián le dijo que la mujer en cuestión había sido enviada a un campo de concentración por desacato a la autoridad. Los documentos estaban en su despacho, le aseguró con firmeza.

—Es una lástima, capitán Ackermann.

El superior de Sebastián le habló de los duros castigos que recibieron algunos prisioneros en los campos de concentración el otro día. Todos eran judíos y entre ellos estaba el capataz de los Rosenthal.

—¿Lo envió allí a modo de venganza?

Sebastián hablaba con mucha rotundidad sobre las leyes contra los judíos.

—Debe tener mucho cuidado, capitán —le advirtió el comandante Koch —, estos rumores no son nada buenos para usted —miró a Sebastián con atención—, podría terminar en la cárcel.

Lya se puso contra la puerta y deslizó su cuerpo hasta sentarse en el piso

con las piernas dobladas a la altura de sus pechos. Las abrazó y reclinó la cabeza sobre sus rodillas llorando con mucha amargura. Lo mejor que podía hacer era aceptar la propuesta de Salomón, el líder de un grupo de la resistencia judía que la encontró en la plaza días atrás y le habló de las futuras pretensiones del Führer. El recuerdo asaltó su mente y agitó su corazón con violencia...

—Los nazis no descansarán hasta exterminar nuestros derechos, Lya.

Ella lo miró asombrada.

—Terminaremos todos en algún campo de trabajo como tus cuñados y tu suegro.

Sebastián habló y la sacó de su trance de golpe. El alemán le aseguró a su superior que aquellos rumores malintencionados en su contra eran mentiras. Quizá lo era, pensó Lya, evocando la noche que él salió con Petra rumbo a una fiesta del partido. Con ella no podía ir, era prohibido, era un delito. Cuando volvió, ella lo esperaba en la cama, desnuda e indefensa. Él se quitó su uniforme y se reunió con ella en la cama. Le hizo el amor mientras le decía dulces palabras bajo la penumbra sin percibir las lágrimas que ella derramaba a escondidas de él. Salomón avivó en su interior el deseo de ser libre y respetada.

—Nuestro amor es imposible, Sebastián.



El quincuagésimo cumpleaños de Adolf Hitler se celebró el 20 de abril de 1939 con una fiesta nacional a lo largo de toda la Alemania nazi y otras partes del mundo. Se enviaron regalos y telegramas de felicitación tanto desde otras partes del territorio alemán como desde los demás países del Eje.

—Heil, Hitler —saludó Sebastián, al canciller—, muchas felicidades, señor canciller.

El canciller alemán se mantuvo serio la mayor parte de la fiesta, aunque, de vez en cuando, sonreía. La celebración del cumpleaños se compuso del desfile más multitudinario de la historia del Tercer Reich, con unidades de las fuerzas terrestres, aéreas, marinas y paramilitares; en total, más de 50 000 hombres.

—Los judíos no sirven ni siquiera para servir —dijo uno de los invitados

a Sebastián.

El capitán estaba tan triste que mal podía ocultarlo. Todos reían y conversaban alrededor de él mientras su corazón trataba de latir con normalidad. Cogió una copa y bebió un trago generoso mientras evocaba la esquela con la frase de Cumbres borrascosas que Lya le dejó antes de partir de la casa sin la intención de volver.

«Si me querías... ¿qué derecho podía tener para sacrificarte? Y tú por tu gusto lo hiciste. Yo no te he destrozado el corazón, tú eres quien se lo ha destrozado, y al destrozarlo has hecho lo mismo con el mío».

—¿Por qué Lya? ¿Por qué me has destrozado el corazón una vez más?

Cuando llegó al hotel, casi a la dos de la mañana, se quitó el uniforme ensimismado. Con la mandíbula muy tensa, cogió un florero y lo lanzó contra la pared tras soltar un grito titánico.

«La vieron con Joshua —le dijo Petra, horas atrás—, según me informaron, huían hacia Suiza».

Las lágrimas rodaron por las mejillas encendidas del oficial.

—¿Por qué me hiciste esto, Lya?!

Dominado por la ira, bebió hasta perder la consciencia mientras lloraba con un dolor sordo en el pecho. Un dolor provocado por la impotencia y el odio.

—Juro por mi hijo que jamás te perdonaré esto, Lya Rubinstein —lanzó su copa contra la pared con toda la rabia que contenía desde la partida de la judía—. ¡Nunca más volverás a tomarme el pelo, maldita judía!

Y con aquellas palabras, soterró todo tipo de sentimiento por ella. Todos los recuerdos. Todas las ilusiones. Restando únicamente el rencor y el odio.

—Ahora comprendo mejor por qué dicen que del odio al amor y del amor al odio hay un solo paso.

La guerra

La invasión alemana de Polonia se inició el 1 de septiembre de 1939, detonante de la Segunda Guerra Mundial. Antes de esta invasión, la cuestión de Polonia figuraba entre las cláusulas secretas del Pacto de no agresión firmado entre Alemania y la URSS en agosto de 1939. En ellas se estipulaba que el país sería anexionado y dividido en dos áreas: una para los soviéticos y la otra para los alemanes, pero lo cierto era que esto no se llevó a cabo.

La invasión a Polonia fue anunciada días antes por Adolf Hitler en un discurso brindado a la cúpula del ejército alemán en la que ponía en claro sus propósitos: «Aniquilación de Polonia en primer término.

«No tengáis piedad. Actuad con brutalidad».

Los esfuerzos diplomáticos no consiguieron frenar sus intenciones, la invasión era inevitable. El 31 de agosto de 1939, en una maniobra “propagandística”, hombres de las SS atentaron contra una radio alemana cercana a la frontera, generando así un pretexto para “justificar” el ataque.

Las tropas fueron puestas en marcha y el 1 de septiembre de 1939, Alemania invadía Polonia. Dos días más tarde, Francia y Gran Bretaña hicieron su declaración de guerra contra Alemania, dando comienzo «oficialmente» a la Segunda Guerra Mundial.

Noviembre de 1940...

—La guerra empezó hace tiempo para nosotros —dijo Salomón con aire pensativo—, por eso estamos menos desesperados que los demás.

Lya se cubrió con una manta de lana en el viejo columpio de la casa mientras bebía un poco de té.

—Mañana será un gran día, Lya.

Ella asintió.

—Mañana mataremos unos nazis.

Cada vez que mencionaba a un nazi, ella evocaba a Sebastián de manera inevitable. No sabía nada de él, no sabía nada de sus primas o de sus sobrinos. No sabía nada de su marido, que seguía desaparecido. Salomón buscó

información, pero nadie, ni siquiera los más buenos espías, dieron con él.

—Pronto Lya Rosenthal morirá —dijo ella, pensativa—, para todos.

El frío y la nieve empezaron a finales de aquel noviembre. Los copos caían sobre las casas bombardeadas, sobre los puentes destruidos, sobre las calles vacías, sobre las vías del tren.

—Mucha gente está muriendo de frío y hambre —susurró Lya, entristecida—, muchos niños están siendo enviados junto con sus madres a los campos de concentración.

El frío era tan cruel y déspota como el líder alemán del Tercer Reich.

—Para ellos no son niños, son judíos.

En los hogares más humildes, los ancianos y los niños pasaban semanas enteras en la cama, enfermos y hambrientos, en busca de un poco de calor y consuelo.

—Las ratas son tratadas con más respeto.

Los copos de nieve salpicaban el rostro de Lya.

—Métete en la casa o te pillarás un resfriado.

La nieve cubría todo el campo como la añoranza cubría el corazón de Lya en aquel momento. Un año y medio se había pasado desde su partida de Blankenstein. Desde la última vez que vio a Sebastián y a Dirk.

—Un año y medio se pasó —dijo mientras observaba el atardecer más gélido que jamás pensó vivir—. ¿Cómo estarán?

Las lágrimas anegaron su rostro ante el enorme dolor que sentía en el pecho. Hacía más de un año que había huido de la vida de Sebastián y Dirk. Hacía más de un año que se había unido a la resistencia para defender a los suyos y a sí misma de los terribles planes que tenían los nazis en contra de ellos y todos aquellos que les molestaban.

—Hoy cumplirías tres años, mi amor —dijo tras abrazar un abrigo de su hijo—, como tu hermanito —se secó las lágrimas con el abrigo, su eterno pañuelo—, ¿aún me recordarás, Dirk?

Dirk lloró durante días tras su partida, tanto que, se le inflamaron las anginas. Clamaba su nombre mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas arreboladas. Al final, mientras su padre entrenaba a sus hombres en tierras francesas, cayó enfermo y casi murió por culpa de una pulmonía. El oficial retornó al país tan pronto como lo supo.

—No me dejes, hijo —le suplicaba su padre a diario—, si me dejas, ya no tendré motivos para seguir respirando.

El oficial se había convertido en un hombre duro e inmovible. No tenía

piedad, no conocía la compasión o el perdón. Muchos judíos terminaron en campos de concentración por órdenes tuyas, algo que su hermano mayor no comprendía ni aprobaba.

—No entiendo lo que haces —le dijo Joachim, con la pena estampada en la cara—, no te reconozco, hermano.

Sebastián fumaba absorto en sus pensamientos.

—Tampoco yo, Achim.

Joachim jugueteaba con su hijo pequeño, Udo, mientras Dirk, Paul y Peter ayudaban a Emma a montar el árbol de navidad con sus abuelos. Su esposa estaba de casi cinco meses del tercer hijo de ambos, pero a pesar de ello, ayudaba a sus suegros, o, al menos, lo intentaba.

—Ten cuidado, mi amor —le dijo su dulce marido—, estás tan hermosa.

Emma se ruborizó. A pesar de los años, siempre se sonrojaba cuando su marido le hacía algún cumplido.

—No empieces, maridito mío.

Joachim sonrió de oreja a oreja antes de darle un beso en la boca.

—No escuché protestas anoche, señora Ackermann.

Emma le dio un golpecito en el abdomen.

—Mmm, comandante.

Sebastián los miraba con ojos melosos desde su sitio. Eran la pareja ideal. Perfectos. Almas gemelas. Miró a su hermano menor y esbozó una sonrisa triste. Ambos seguían solos, quizás morirían solos.

—¡Hola! —saludó Petra al entrar—, ¿cómo estáis?

Emma la miró con ojos curiosos, en especial cuando abrazó a Sebastián de un modo muy sospechoso. Joachim siguió su enfoque y sonrió con malicia.

—Cielo —le advirtió él en un susurro—, Petra es como si fuera nuestra hermana.

Emma achicó los ojos en un gesto de incredulidad.

—Pero no lo es.

Dirk y Peter empezaron a correr por la sala tras saludar a Petra.

—Mmm—ronroneó Joachim.

Emma le bajó la cara y le dio un beso muy fogoso. Pronto viajaría a Francia por una temporada y estarían separados por quién sabe cuánto tiempo.

—Te amo, comandante —le dedicó el saludo militar y lo hizo reír a carcajadas.

Él le devolvió el saludo.

—¡Jawohl, meine geliebte Frau!



Martín estaba muy pensativo aquella fría navidad, evocaba una y otra vez el día que salvó a Magda de la muerte. Su eterno tormento formaba parte de un grupo de la resistencia, un grupo que las SS ya tenían en mira. Aquella fría noche de octubre, por muy poco, Magda fue descubierta con unos panfletos antinazistas, panfletos que él guardó en sus pantalones al ver a sus compañeros.

—¿En esto andabas, mariposa?

Se besaron con mucha pasión cuando los soldados se acercaron.

—Marchaos —les ordenó Martín mientras Magda le besaba el cuello—, ¡ahora!

Tenía sus ventajas pertenecer a un rango superior al de ellos.

—Tú siempre supiste de qué lado estaba yo, monito.

Él asintió.

—¿Me denunciarás?

Él le acarició el óvalo de la cara con ternura. Nunca podría entregarla, ni siquiera bajo tortura.

—Nunca.

Se miraron con añoranza por unos segundos que parecieron eternos. Los ojos verdes de Magda se agrandaron bajo el efecto de la luz de las viejas farolas. Los ojos azules de él se oscurecieron. Llevaban meses sin saber nada el uno del otro. Llevaban meses pensando el uno en el otro. Llevaban meses buscándose entre las personas.

—Te eché tanto de menos, Martín.

Él reclinó la cabeza y la besó con mucha pasión. Aquel beso cargaba muchas emociones, todas ellas inencontrables para ambos.

—Y yo a ti, Magda.

El tono de voz del alemán erizó cada vello existente en el cuerpo de la joven. ¿Qué era? ¿Por qué le llegaba hasta la médula? Magda podía negarse a aceptar lo que sentía por él, aquello era una debilidad que podría poner en riesgo su vida y la de muchos que dependían de ella.

—Quiero que me hagas el amor, Martín.

Él sonrió y bajó la mirada intimidado por los fuertes latidos de su corazón. Llevaba meses sin estar con ella, sin estar con ninguna otra mujer, porque no podía, porque no quería que borrarán las últimas huellas que ella había dejado en su piel y en su propia alma.

—Siempre te hice el amor, Magda.

Los ojos de la alemana se llenaron de lágrimas como los de él.

—Me duele respirar cuando no sé nada de ti, mariposa.

La miró a través del fino velo de lágrimas que cubría sus ojos.

—No me digas esto, Martín, por favor.

Martín posó su cabeza sobre la de ella y suspiró hondo.

—Te lo digo antes de que sea muy tarde.

Ella acunó el rostro del alemán entre sus manos y lo miró con ternura infinita a través de sus espesas pestañas.

—El primer amor es eterno, Martín.

Y con esa declaración, Martín Ackermann, el teniente mano dura de las SS, lloró emocionado como un crío pequeño.

—Ahora podré morir en paz, Magda.

Meses atrás, él estuvo a punto de morir tras recibir un disparo en el hombro izquierdo. Y en ese lapso, mientras la sangre emanaba del orificio y su vida pasaba frente a sus ojos, pensó en ella y en las palabras que nunca le dijo por cobardía.

—Ahora tienes un motivo para luchar en esta guerra, un verdadero motivo, Martín.

Magda besó sus ojos llorosos mientras las lágrimas anegaban su rostro.

Martín y Magda terminaron en la casa de la joven, donde insaciables, se amaron hasta perder las fuerzas.

—Mira quién ha venido a pasar la navidad con nosotros —dijo de pronto María—, ¡Magda!

Martín volvió al presente de golpe y sonrió de oreja a oreja al verla bajo el umbral de la puerta con mirada ensombrecida. Emma llevó sus manos a su boca al verla tan apesadumbrada.

—¿Le pasó algo a papá o a mamá?

Magda negó con la cabeza antes de pasar y quitarse su abrigo de piel repleto de copos de nieve. María lo cogió y lo puso en el perchero sin desviar la mirada de ella. Martín la miró con un enorme nudo en el pecho. ¿Qué le pasaba? ¿Le hicieron algo? ¿Era eso? Sebastián y Petra la miraron con

atención.

—Es Lya —dijo ella con la voz enronquecida—, murió ayer.

La copa que Sebastián sostenía se deslizó de su mano y terminó cerca de sus botas. Todos posaron sus ojos en él, que mal podía respirar ante la noticia. Magda les explicó que ella trataba de huir con otros judíos a Suiza, pero que los de las SS los atraparon y los fusilaron sin piedad.

—¿Estás bien, Sebastián? —le preguntó Joachim.

Él asintió y sonrió con indiferencia.

—Un judío menos —dijo y se enfiló hacia el comedor.

Emma se plantó en su frente y le dio una fuerte bofetada.

—¡Eres un imbécil sin corazón!

Joachim la sujetó entre sus brazos mientras las lágrimas anegaban su rostro.

—¡Sois unos asesinos!

Magda y Martín se miraron de reojo con infinita tristeza. Emma fue la única que gritó la verdad en aquella casa. La única que defendió la memoria de Lya y de tantos otros judíos como ella.

—¡Tu hijo era judío! —chilló Emma y todos la miraron asombrados, en especial, Sebastián—, ¡el hijo que Lya tuvo era tuyo!

Los ojos de Sebastián se llenaron de lágrimas ante la inesperada revelación de su cuñada, que estaba poseída por el dolor y la impotencia.

—¡Era tu hijo!

Magda y Martín la miraron boquiabiertos como todos los demás. ¿Bastían era su hijo? ¿Entendió bien? Emma se desmayó en los brazos de su marido mientras sus últimas palabras se incrustaban en el corazón de Sebastián como si fueran pedacitos de cristal roto.

—¿Cielo? —dijo Joachim con cierta desesperación.

Sebastián salió de la casa a pesar de los ruegos de sus familiares. Se dirigió al cementerio judío del pueblo con el alma a sus pies. Las lágrimas se congelaron en su rostro a medida que caían de sus ojos. El frío era tan cruel como la verdad que acababa de conocer. Cruzó el portón del camposanto con pasos tambaleantes. Se detuvo y aspiró hondo antes de acercarse al panteón abandonado de Bastián. Se arrodilló a cámara lenta mientras sentía, que el aire no le llegaba a los pulmones. Retiró de su bolsillo la vela que había cogido antes de salir de su casa y la encendió con un mechero mientras la nieve caía cada vez con más inclemencia. Limpió la tumba de Bastián como pudo.

—Mamá no pudo venir —dijo con la voz enronquecida—, hijo.

Los recuerdos asaltaron su mente como viejas imágenes en blanco y negro mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas una tras otra. La vela se apagó y la volvió a encender.

—Mamá —sollozó con amargura—, pronto estará contigo, hijo.

Se recostó sobre el panteón y lloró con toda el alma mientras evocaba sus mejores momentos con ella, con la judía que marcó su historia y su alma para siempre.

—Permanece conmigo siempre, toma cualquier forma, haz que enloquezca, pero no me dejes solo en este abismo donde no puedo encontrarte. ¡Oh, Dios mío!, ¡es inconcebible! ¡No puedo vivir sin mi vida! ¡No puedo vivir sin mi alma! —recitó la frase de Cumbres borrascosas, llorando a lágrima viva—. ¡No puedo vivir sin mi alma! ¡No puedo vivir sin ti, Lya! ¡No puedooo!

Los desafíos del enemigo

Los alemanes llevaban uniformes de campaña y cascos de metal. Sus rostros tenían la expresión neutra e impenetrable del soldado en campaña. En las ventanas no se veía a nadie. El ruido de las botas reinó en las calles francesas como el idioma extranjero. Tras el primer destacamento, apareció un oficial joven y con la mirada serena mientras enormes carros de combate grises martilleaban el empedrado.

—Lejos de todos —murmuró Joachim con tristeza—, lejos de mi familia.

Estaba cansado y famélico aquel día tan largo.

—Heil, Hitler! —le saludó uno de los tenientes.

—Heil, Hitler! —contestó.

A continuación, llegaron los cañones sobre sus plataformas giratorias, en cada una de las cuales iba tumbado un soldado con el corazón pétreo y la mirada fría. La mascota del regimiento, un perro adiestrado para la guerra, acompañaba a los jinetes. Todos los soldados parecían muy jóvenes.

—Esta es la dirección de la casa, señor —le dijo el teniente Fischer.

Los alemanes habían tomado posesión de sus alojamientos poco a poco. Joachim miró el papel que le dio el teniente y se dirigió a la mansión que le designaron. La casa de la viuda Ferrec, una joven petulante que odiaba a los alemanes con todas sus fuerzas tras la muerte de su marido a manos de ellos.

—Este pueblo ya está familiarizado con los alemanes —repuso Joachim tras leer un cartel con la palabra: «Verboten»:

—Prohibido —dijo en tono derrotado—. Dentro de poco incluso prohibirán respirar sin permiso.

Estaba prohibido circular por la calle entre las nueve de la noche y las cinco de la mañana, tener armas de fuego en casa, prestar «refugio, ayuda o auxilio» a prisioneros evadidos, ciudadanos de países enemigos de Alemania o militares ingleses, escuchar emisoras extranjeras o rechazar el dinero alemán.

—Bajo pena de muerte —dijo el joven comandante tras encender un cigarro—. Alles klar.

El regimiento del comandante Ackermann había estado destinado en un pequeño pueblo del norte, devastado y desprovisto de todo desde hacía tiempo.

—Mañana enviaré una carta a mi esposa —dijo el alemán—, Dios, ¡os echo tanto de menos!

Las tímidas campesinas bajaban los ojos ante las miradas de los alemanes. Joachim se dirigió a la casa donde se quedaría una temporada. Golpeó la puerta con los nudillos tras echar un vistazo a la vivienda de estilo victoriano algo deslucida. Una hermosa mujer de pelo rubio, ojos verdes y cuerpo de sirena abrió la puerta y clavó sus ojos en el joven y apuesto oficial alemán. Joachim, a su vez, la miró con indiferencia.

—Buenas noches, señora.

Amelie mal podía disimular su fascinación. Jamás había visto un hombre más atractivo que aquel en toda su vida. Él no estaba ciego, pero sí muy enamorado de su mujer. No tenía ojos para otra. Solo para ella.

Joachim le explicó que le habían designado su casa para alojarse mientras su regimiento estuviera por allí.

—Adelante, señor comandante.

Joachim era un hombre discreto. No bebía, no salía casi de su despacho y se pasaba pensando en su mujer y en sus hijos, a quienes a diario llamaba y escribía. Emma acababa de parir a Lya, el cuarto hijo de ambos.

—Buenas noches —le saludaba Amelie todas las noches—, le he traído un poco de café.

Al inicio la mujer era algo distante, pero con el paso del tiempo, se puso demasiado atenta. El soldado la recibía con una sonrisa franca.

—Gracias, señora.

Joachim era tan educado. Tan atento y tan dulce. Días atrás, le cortó leñas y le arregló varias cosas sin la necesidad de que ella le pidiera.

—¿Es usted casado, señor comandante?

Joachim ordenaba las leñas en el depósito que se encontraba al lado de la residencia. Llevaba solamente su camiseta de tirantes blanca, exhibiendo su torso musculoso y sus fuertes brazos a la joven viuda.

—Felizmente casado —contestó él con firmeza.

El oficial nunca preguntaba nada. Se limitaba a contestar sus preguntas un tanto invasivas. Un día, mientras él se duchaba, Amelie entró en su cuarto y lo observó desde la puerta con mucho sigilo. El oficial tenía un cuerpo escultural.

—Señora —dijo al salir del cuarto—, ¿necesita algo?

La francesa se quitó el vestido y dejó al descubierto su cuerpo ante los ojos del alemán. Con mucha calma, el comandante se acercó a la viuda y levantó su vestido con suma delicadeza sin apenas mirar su desnudez.

—Su esposa nunca lo sabrá, comandante.

Joachim levantó la vista y la miró tras posar su mano en su cara.

—Yo lo sabré, señora.

Y con aquello, la enmudeció. Amelie jamás volvió a insinuarse al alemán. Se mantuvo lo más distante de él. Respetando de aquel modo la decisión del oficial.

«Jamás podría engañarte, mi amor» susurró Joachim tras besar la foto de su mujer.



Martín y Magda salieron corriendo tras asesinar a dos soldados nazis que pretendían matarla tras una larga sesión de tortura. El joven teniente llegó a tiempo después de escuchar a dos compañeros que comentaban sobre la mujer de la resistencia apodada como «mariposa roja».

—Martín —dijo ella mientras cruzaban un bosque a toda prisa—, gracias.

Él se detuvo en seco y la miró furioso.

—¡Te iban a matar!

Magda asintió con lágrimas en los ojos.

—¡Mierda! —chilló él, iracundo—, si no llegaba a tiempo... tú... estarías...

Magda se lanzó a sus brazos y olvidó las ideologías de ambos por completo antes de perderse en un beso apasionado. Martín la puso contra un árbol y le levantó el vestido con premura. Le arrancó la ropa interior a modo de castigo y la penetró hasta el fondo sin importarle en lo más mínimo si le dolía o no.

—Me muero si algo te pasa, Magda.

Aumentó el ritmo de sus embestidas y la hizo gritar de placer en pocos minutos. Magda acunó su rostro mientras él se adueñaba de su cuerpo. No dijo nada, no era necesario.

En otro sitio, Sebastián se dirigía al cementerio judío de su pueblo. Había estado en Polonia por muchos meses, hasta que su superior le dio permiso

para quedarse en la ciudad de Wuppertal, donde entrenaría a los nuevos soldados. Con el corazón encogido, cruzó el portón y se enfiló hacia la tumba de su hijo. Se detuvo y miró el atardecer de aquel día con una profunda tristeza en el pecho.

—Cada atardecer me lleva a ti, Lya.

Su alma aún se resistía a aceptar que estuviera muerta. La negación era su único escape. Días después de enterarse sobre el triste final de Lya, a punto estuvo de acabar con su vida, pero Dirk entró en su despacho y se lo impidió. Cogió a su hijo en brazos y lloró con toda el alma mientras le decía que nunca lo dejaría, porque tenía certeza de que Lya lo había enviado justo a tiempo.

—Cada día te echo más y más de menos, Lya. No sé cuánto tiempo mi alma resistirá sin ti.

Bajó la cabeza y retomó su camino.

—Dios mío...

Se detuvo en seco y miró estupefacto el panteón de Bastián.

—No puede ser.

Las rodillas le fallaron, el corazón le latía con fuerza y los ojos se le llenaron de lágrimas al ver un tulipán morado y una vela blanca encendida sobre la lápida de su hijo. Miró a los lados y buscó a alguien que ya no estaba allí. Se arrodilló de golpe y el gorro de plato salió volando de su cabeza ante el impacto. Cogió la flor con las lágrimas rodándole por las mejillas.

—Lya está viva —musitó sin aliento.

Años después...

¿Dónde está Lya?

Hagen, 1943

Sebastián llevaba buscando a Lya hacía más de dos años sin éxito alguno. Furioso, reventó parte del sótano de la mansión el día que descubrió que seguía viva, que seguía respirando sin la menor necesidad de saber de él o de su hijo. Lya le mintió siempre. Lya era una gran mentira creada por él mismo.

—A pesar de todo, sigo comprando postales pensando en ti —dijo el oficial tras firmar la postal.

Petra, su mejor amiga y asistente personal actual, le presentó a la hija de uno de los hombres más ricos de la ciudad, una joven de veinte años llamada Helga. Era preciosa, pero no era Lya. Nadie sería como ella.

—Sería una madre ejemplar para Dirk —dijo Petra.

Dirk hizo una mueca de reprobación.

—Tal vez —musitó Sebastián.

Su hijo frunció el entrecejo en un gesto de fastidio.

—Helga siempre me aprieta los mofletes como si fueran de goma —soltó el niño—, y su perfume me da dolor de cabeza, tanto como su voz.

Sebastián se mordió los labios para no echarse a reír. Dirk era tan sincero que solía molestar a más de uno con ello.

—Helga es hermosa y muy buena —insistió Petra.

Dirk masticó el pan sin dirigirle la mirada a su madrina de bautismo.

—Además, siempre te trae hermosos regalos, mi amor.

Sebastián miró a su hijo con atención. Era idéntico a él físicamente, pero tenía la chispa de su tío Martín y de ella, de Lya, que nunca se guardó nada para sí a la hora de opinar.

—No me gustan los peluches, no soy un bebé.

Y ahí estaba su punzante respuesta. Petra meneó la cabeza y sonrió tras intercambiar una mirada con Sebastián, que aquel día, tenía un aspecto más

relajado con su barba dorada de tres días y el pelo algo alborotado.

—¿Tiene en verdad seis años? —preguntó ella con sorna.

Sebastián alborotó el pelo dorado clarísimo de su hijo en un gesto cariñoso.

—En absoluto.

Tras la cena, Petra le sirvió una copa a su amigo mientras fuera llovía serenamente. «Adagio» de Bach sonaba en la sala. Sebastián miraba la ventana acristalada con ojos soñadores. El jardín de la mansión estaba tal cual en el pasado. Dirk y sus sobrinos lo ayudaron el mes pasado a plantar tulipanes de todos los colores, en especial morados.

—El columpio quedó precioso con esas plantas rodeando la cuerda — comentó Petra—, es muy romántico.

Sebastián la montó pensando en ella, en Lya.

—Helga ama el jardín.

Él no dijo nada. Nunca decía nada.

—¿Sigues pensando en la judía? —demandó Petra con desdén.

Sebastián volvió su rostro y la miró con expresión seria, muy seria. Petra desvió la mirada de manera involuntaria.

—Daré las buenas noches a Dirk —dijo él, antes de enfilarse hacia el cuarto de su hijo.

«Sigue pensando en la rata judía» musitó Petra tras beber un sorbo de su copa.

Dirk jugaba con el viejo peluche que Lya le había regalado en el pasado. Sonrió antes de cruzar la puerta y tomar asiento en la cama. Su hijo lo miró fijo.

—¿No era que no te gustaban los peluches, hijo?

Dirk puso los ojos en blanco.

—Solo los que Helga me regala, papá.

Sebastián cogió el juguete y evocó el día que Lya se lo regaló en la granja de Erika, cuando cayó gravemente enfermo. Sonrió con tristeza.

—Además, este oso se llama como yo.

Sebastián asintió antes de devolverle el peluche y cubrirle con la manta.

—Papá...

Sebastián lo miró.

—¿Sí?

El niño dudó unos segundos antes de lanzar una granada que destruiría la estabilidad de su padre por completo. Suspiró varias veces y tragó con fuerza.

El oficial lo miró fijo y algo preocupado. ¿Qué habrá hecho esta vez su dulce hijo? Sonrió.

—Vi a la mujer del dibujo —soltó y atravesó el pecho de su padre con una lanza—, el que sueles mirar en tu despacho, papá.

El oficial lo miró como si acabara de darle un puñetazo certero en el estómago. Sin aire en los pulmones, se levantó de la cama y llevó sus manos a su cintura en un gesto de agobio. Los ojos se le nublaron lentamente, pero no sabía si de emoción o de rabia, o de ambas cosas. Se volvió hacia la ventana para que su hijo no lo viera. Aspiró y exhaló hondo varias veces.

—¿Viste a la mujer del dibujo? —preguntó al volverse.

El niño tragó con fuerza al ver la rara expresión de su padre. Parecía enfadado, muy enfadado. ¿Hizo mal en contarle?

—Sí, papá.

Sebastián salió del cuarto y se dirigió a su despacho. Abrió la gaveta y cogió el cuaderno de dibujos. Retornó y enseñó las imágenes de Lya a su hijo. Dirk las miró con atención por unos buenos minutos.

—Ahora tiene el pelo recogido —acotó el niño—, pero su rostro sigue igual, papá.

Dirk le contó cómo fue el primer encuentro de ambos. Ella lo llamó en el parque del pueblo y lo saludó tras presentarse. Él, que siempre fue muy esquivo con los extraños, se acercó a ella. Al inicio, apenas le dirigía la palabra, pero con el paso del tiempo, no podía parar de hablar con ella. Lya era divertida y muy amistosa, todos los niños la querían, en especial, los Ackermann. Sebastián escuchó maravillado a su hijo. La manera en cómo se expresaba de Lya era como mínimo impresionante.

—Me dijo que fue mi nana y que siempre piensa en mí —hizo una pausa para respirar—, y en ti.

El oficial se levantó y miró la ventanilla con el alma a sus pies. Una lágrima osó huir de su ojo derecho, una lágrima que secó con el antebrazo a toda prisa. Dirk lo miraba expectante y algo nervioso. Lya le rogó que no le dijera nada a él, pero no podía seguir ocultando aquello de su padre. Nunca le escondió nada.

—¿Dónde la viste por última vez, hijo?

Dirk se sentó con el peluche entre los brazos. Sebastián se volvió y lo miró con mucha seriedad.

—En la estación de trenes abandonada, papá —replicó—, todos los martes tras salir de la escuela —hizo una pausa—, este martes no fue.

El oficial mordió con tanta fuerza la piel de sus mejillas que se hizo daño. La sangre que emanaba de la herida atravesó su garganta tras dejar un sabor metálico en la boca, el sabor de la impotencia.

—Descansa, hijo.

Dirk se recostó y él le dio un beso en la frente. El niño levantó la almohada y retiró una piedra, el cuarzo rosa que Lya le había dado en el pasado.

—Papá, ella me dio esto para ti la última vez que la vi.

Sebastián cogió la piedra con el corazón encogido. Tragó con fuerza su saliva al deducir por qué Lya le dejaba su corazón.

«Huirá para siempre» pensó él.

—Papá.

El capitán lo miró.

—Cásate con Lya, ella es divertida y huele muy rico —sonrió—, no como Helga.

Sebastián le acarició la mejilla con dulzura.

—Descansa, hijo.

Le dio un beso en la cabeza antes de levantarse y dirigirse hacia la puerta. Dirk parpadeó.

—Lya quiere que seas feliz, papá.

Sebastián suspiró hondo al escucharlo.

«Sin ella es imposible» se dijo antes de retirarse del cuarto.

Dirk abrazó el peluche y sonrió.

—Mi papá y Lya se casarán algún día, Dirk —le dijo a su juguete—, y será mi nueva mamá.



Días después, Sebastián salió de su despacho y subió a su coche rumbo a la escuela de su hijo y sobrinos, que empezarán las clases aquel día. Aparcó el vehículo y se apeó absorto en sus pensamientos. No lograba dejar de pensar en Lya, un solo segundo. Estaba allí, compitiendo con la jaqueca que le provocaba la guerra a diario.

—¡Papi! —gritó Dirk al verlo—, ¡viniste!

El alemán sonrió de oreja a oreja. Dirk se lanzó a sus brazos gritando de

alegría. El niño enterró su cara en su cuello. El capitán colocó la mano en su cabeza y la apretujó con afecto contra sí mientras miraba a los lados con atención. ¿Lya estaría cerca? ¿Aún se encontraba por Alemania? Las dudas estrujaron su corazón con saña.

—¿Pensaste que me perdería semejante acontecimiento, hijo?

Sebastián le puso su gorro y Dirk rio la mar de contento.

—Todos morirán de envidia, papá.

En ese mismo instante, Joachim apareció con Peter y Paul. Sebastián sonrió de oreja a oreja al verlo tras tanto tiempo. Bajó a su hijo, que corrió junto a sus primos.

—¡Hermano! —se saludaron con afecto—, ¡cuánto tiempo!

El más pequeño de los hermanos Ackermann acababa de llegar al lugar tras un largo viaje.

—¡Por Dios! —chilló Martín—, lloraré —amenazó—, y hablo muy en serio —se le nublaron los ojos—, ando muy sensible.

Joachim y Sebastián rieron de buena gana al ver su puchero la mar de teatral. Saludó a sus sobrinos y luego a sus dos hermanos.

—¡Os eché mucho de menos!

Se estrecharon, llamando la atención de todos los presentes, en especial, la de las mujeres, que se arreglaban el pelo y el vestido con nerviosismo.

—Todas las madres de mis compañeros preguntan si ya tengo nueva mamá, papá —soltó de pronto Dirk.

El corazón de Sebastián se encogió.

—La tienes, pero está en el cielo —le dijo tras acuclillarse delante de él —, se llamaba Erika.

Joachim y Martín intercambiaron una mirada matizada de tristeza. Dirk soltó un resoplido.

—Lo sé, papá —puso los ojos en blanco—, lo que pasa es que ellas quieren ser mi nueva mamá.

Martín y Joachim se echaron a reír al ver la cara de indignación de Sebastián.

—Ya sabes lo que dicen de los rubios, hermano —soltó Martín con sorna —, que son medio lentos.

Joachim y Sebastián le dieron una colleja al mismo tiempo en la cabeza. Él protestó, como de costumbre. Peter lo miró con curiosidad.

—Tú también eres rubio, tío.

Martín hizo una mueca de cabreo.

—¡Este es mi hijo! —chilló Joachim antes de chocar los cinco con Peter —, despabilado como yo...

—Ajá —dijeron sus hermanos.

—Mmm.

Por la tarde...

—Dirk, ¿has puesto esta rata muerta en la silla de Helga?

El niño se mantuvo serio al lado de sus tres primos, que estaban tan serios como él. Joachim y Martín, detrás de Sebastián, los miraban con atención. Aquellos cuatro eran el terror del vecindario. Como ellos en el pasado. Se miraron y, por muy poco, no suspiraron ante el dulce recuerdo.

—Nunca vi esa rata antes, papá.

Sebastián sabía que mentía. Lo conocía demasiado bien como para detectar una mentira suya. Dirk lo miró fijo por unos segundos.

—Creo que la rata murió al oler su perfume o al escuchar su voz, papá.

Martín mal podía contener las ganas de reírse. Se volvió y llevó el puño en la boca para reprimir la risa. Joachim le miró de reojo con expresión taimada. Moría por reírse tanto como él.

—Hijo, el otro día, Helga encontró un sapito en su bolso, ¿tampoco tienes nada que ver con eso?

Dirk alzó ambas cejas.

—No, papi, ¿por qué haría eso con el pobre animal?

Peter y Paul se miraron y Joachim supo al instante quiénes fueron los responsables del sapito. Udo tragó con fuerza y su padre supo quién consiguió el animal. ¡Era un complot muy bien armado!

—¿Tampoco le pusiste pimienta en su pañuelo el otro día?

El niño no cambió su expresión.

—No, papi. ¿Para qué le pondría pimienta en el pañuelo?

Sebastián lo miró fijo, pero su hijo no cambió su expresión seria e impávida. ¡Era tan tenaz!

—¿No escuchaste el otro día, sin querer, que era alérgica a la pimienta, hijo?

El niño abrió mucho sus ojos y su boca.

—¿Es alérgica a la pimienta, papá?

Joachim y Martín carraspearon con fuerza. ¡Acababa de darle una nueva idea! Sebastián le dijo que no, que solo era una suposición.

—Ah... —dijo Dirk con expresión ladina—. No fui yo, papá.

Era inútil. Dirk y sus primos salieron corriendo hacia la cocina cuando

María gritó que era la hora de la merienda. Joachim y Martín sonrieron.

—Fueron ellos —zanjó Sebastián.

—¿Y por qué no lo castigas? —quiso saber Martín.

Joachim sabía muy bien porqué. Era la única manera de que Helga desistiera de su hermano, cansada de las travesuras de su hijo. Esbozó una sonrisa ladina al ver la cara de Sebastián.

—Porque creo plenamente en mi hijo, monito.

Martín enarcó una ceja.

—Recuerdo lo que hacíamos con la vecina —comentó con sorna—, tienen nuestros genes, sin lugar a dudas.

—Genau —dijeron los tres y se echaron a reír.

Se enfilaron hacia la cocina con aire nostálgico. Se sentaron a la mesa con los niños mientras María y Emma servían la merienda. Lya, de apenas tres años buscó a su padre, que la cogió en brazos y la llenó de besos. Sebastián adoraba a su ahijada, por su enorme parecido a su tía, a Lya.

—¿Para cuándo un hijo, Martín? —soltó su padre de repente.

El oficial suspiró entristecido. Con la única mujer con quien se animaría a tener hijos, llevaba más de un año desaparecida. Nadie sabía nada de Magda.

—No nací para ser padre —dijo el teniente tras coger a Lya—, solo para ser tío y tío abuelo algún día.

Llevaba meses buscando a Magda en los campos de trabajo, pero nada, ella no aparecía por ningún sitio. La simple idea de que pudiera estar muerta, estrujaba con saña su corazón.

—Papi, ¿por qué el Führer es tan feo? —preguntó Paul de sopetón—, su foto me da miedo.

Todos posaron sus ojos en él.

—Hijo, eso no se dice —le dijo Joachim.

Martín llevó su mano a su pecho con una mueca de dolor muy teatral.

—¿Quieres quedarte huérfano, sobrino?

El niño, rubio como el mismísimo sol y de grandes ojos azules, le dijo con solemnidad:

—Soy nazi no huérfano, tío.

Martín quiso explicarle que no era un nuevo partido, pero decidió por lo mejor, el silencio. Dirk y Peter cuchicheaban algo tras meter unos bollos dulces en sus bolsillos.

—¿Por qué ellos comen bollos dulces y yo no? —preguntó Martín.

María le dijo que ya no era un niño y que aquellos bollos eran para los

niños. Martín, sumido en tristeza, se reclinó e hizo una apuesta con sus sobrinos, que encantados, aceptaron.

—Si sale cara, gana el bollo y sale cruz, vosotros lo perdéis, ¿vale?

El soldado cogió sus bollos mientras ellos se rascaban las cabezas con aire pensativo. ¿Cómo pudo ganar dos veces?, se preguntaron. Cuando María vio que su hijo llevaba a la boca uno de los bollos de sus nietos, se armó la tercera guerra mundial.

—¡Martín!

Los niños le explicaron a la mujer sobre la apuesta. Joachim y Sebastián no podían dar crédito a lo que acababa de hacer Martín. ¡Trampas! ¡Hizo trampas! ¡Los engañó sin tapujo, ni vergüenza!

—¡Mutti! ¡Eso duele!

María le jaló de la oreja hasta la cocina y le exigió que lavara los cacharros. Por muy poco, Joachim no le pidió a su madre que formara parte de su regimiento.

—Lava esa olla también —ordenó María.

—Heil, Mutter!

Todos se echaron a reír a carcajadas cuando María dijo que a Stalin le faltaba una lección similar.

—Lya —dijo Emma antes de coger a su hija entre sus brazos—, cada día te pareces más y más a tu tía.

Todos dejaron de reírse al instante.

—Hoy hace casi cuatro años que murió Lya.

Sebastián la escuchó con atención mientras bebía su café.

—¿Tienes una foto de Lya? —preguntó tras meditarlo—. ¿Podrías enseñarme alguna?

Sus hermanos lo miraron con suspicacia. Conmovida hasta el alma, Emma asintió y se dirigió a su cuarto. Cogió un viejo álbum de familia y lo llevó hasta su cuñado. El oficial hojeó el mismo y tras encontrar una foto de la judía, llamó a su hijo y a sus sobrinos. Todos se miraron con expresión interrogante y luego clavaron sus ojos en él. ¿Qué pretendía hacer?

—¿Reconocéis a esta mujer?

Paul soltó sin pelos en la lengua:

—¡Es la mujer del parque!

Todos lo miraron asombrados. La taza que Emma sostenía terminó en el suelo al lado de su corazón.

—Es Lya —dijo Dirk y Emma se desmoronó.

Miró a su cuñado con ojos implorantes. ¿Su prima seguía viva? En ese instante, su corazón se llenó de una alegría inexplicable. Si ella seguía viva, Magda probablemente también.

—Ella está viva —dijo Sebastián—, y está en el pueblo.

La dama del tulipán morado

Todos hablaban de la dama misteriosa que llevaba un chal de seda morado y un arma Luger semiautomática entre las manos enguantadas. Sebastián observaba a sus camaradas mientras fumaba en un rincón del despacho de su superior, que se veía furioso ante la ineptitud de sus hombres, motivo por el cual, lo llamó. Quería que cogiera, torturara y fusilara a la dama del tulipán morado. Aquello desarmó por completo al capitán de las SS, que atónito, miró a su superior con cierta vacilación.

—¿La dama del tulipán morado? —repitió tras calar su cigarro.

Su superior, un hombre sádico y sin escrúpulos, lo miró fijo por unos segundos. ¿No conocía a la famosa dama que dejaba un tulipán de tela de color morado en los sitios que pisaba como una señal de victoria? Sebastián no necesitaba investigar para saber quién era la mujer detrás de aquello.

«Lya».

—Cógela y tráela para que todos sus hombres se diviertan un poco antes de matarla, capitán.

Sebastián apretó con fuerza sus dientes.

—Si quieres, puedes ser el primero, capitán.

«Fui el primero y seré el último hombre que la tocará» pensó el alemán.

—Heil, Hitler! —saludó a su superior.

Se puso su gorro de plato y salió del despacho con el corazón latiéndole a mil por hora.

—¿A qué estás jugando, Lya?

Durante semanas, buscaron a la dama misteriosa del tulipán morado sin éxito. ¿Cómo hacía para desaparecer ante sus ojos sin dejar rastros?

—Te encontraré, Lya.

Cierta noche, decidió ir a la casa de su cuñada para cenar con su hijo y su sobrina, Lya. Joachim había viajado con su regimiento a Rusia días atrás y los niños estaban en el campamento de verano. Aparcó el coche y se dirigió a la casa a pasos firmes, hasta que vio a Lya con Emma en el jardín y todo a su alrededor se paralizó.

—Lya —susurró emocionado hasta la médula—, Dios mío —el aire

parecía no llegarle a los pulmones—, Lya —repitió con los ojos nublados.

Podía fingir que no sentía nada por ella, pero todo su cuerpo reaccionó con tan solo verla.

—Ella se burló de mí —dijo con un enorme nudo en el pecho—, de mis sentimientos —se recordó con rencor—, nunca le importó. ¡Nunca!

Lya y Emma se abrazaron con cariño antes de despedirse.

—¿Ella y su prima eran cómplices? —susurró atónito antes de esconderse detrás de un árbol—. ¿Emma forma parte de la resistencia?

La judía salió corriendo de la casa y subió a un coche que la esperaba en la esquina. El oficial miró su reloj de pulsera con cierto resquemor. Había ordenado a todos sus hombres que fueran a la estación de tren del pueblo vecino antes de revisar la del pueblo como todas las noches. Faltaban menos de media hora para que llegaran al lugar.

—Debo llegar antes.

Se dirigió a la estación, duramente bombardeaba días atrás, a toda prisa. Bajó las escaleras y miró estupefacto el sitio desértico. Lya no estaba allí. ¿Ella fue a la otra estación? Llevó sus manos a su cabeza en un gesto de frustración, hasta que vio un tulipán morado de tela tirado sobre el andén. Se acuclilló y cogió la flor que olía a ella.

—Vainilla —musitó con un cosquilleo extraño en su interior—, aún usas el mismo perfume.

A lo lejos, vio a alguien. Se incorporó con la flor entre las manos y observó con atención la esbelta y elegante silueta.

—Lya —susurró y apretó sus pasos hacia ella.

Sebastián cogió su arma y se acercó a pasos lentos. Lya, o la dama del tulipán morado, hirió a tres oficiales de las SS días atrás, tres oficiales que la querían muerta.

—Al fin la hemos cogido, dama del tulipán morado —dijo él tras apuntarle el arma a la cabeza.

Lya no tuvo tiempo de coger su arma y, aunque lo tuviera, no la usaría en contra de aquel oficial nazi que, se acercó un poco más a ella, de modo que sus cuerpos quedaron pegados por completo. Los ojos de la judía se le llenaron de lágrimas al oír la voz de aquel alemán.

—Sebastián —dijo en tono bajito.

Sebastián bajó el arma con la respiración entrecortada. Olía a colonia fresca, a cigarro y a jabón de lavanda. Los niños que ella había salvado, se abrazaron a ella, temblando de miedo.

—Podemos negociar, dama del tulipán morado —le susurró él con voz entrecortada—, ¿qué estás dispuesta a darme a cambio de tu vida y la de estos niños?

Los ojos de Lya se enrojecieron de rabia. ¿Ahora era como todos? ¿Abusaba de mujeres a cambio de sus libertades? Furiosa, se volvió y se quitó el chal, revelándole su identidad. Él la miró con una magnitud que la dejó paralizada.

«Él sabía quién era yo antes mismo de verme» pensó Lya con el corazón encogido.

Aquel hombre fuerte, decidido y cuya mirada era dura como el granito nada tenía que ver con el Sebastián que alguna vez conoció. Se miraron fijo por varios segundos, con curiosidad y añoranza. Mucha añoranza.

—Sebastián —musitó en un hilo de voz apenas audible—, no le hagas nada a estos niños —miró a los mismos con ojos melosos—, ellos merecen vivir —sus ojos se llenaron de lágrimas—, como tantos otros niños asesinados a diario en las cámaras de gas en los campos.

Martín le contó los horrores que hacían en los campos de concentración. Su hermano menor estuvo a punto de darse un tiro, de no ser por una carta que Magda le envió.

«Matan a niños, mujeres y ancianos sin piedad» resonó la voz de su hermano en su cabeza.

El ruido de unos coches los despabiló de golpe. Sebastián cogió a la niña y exigió a Lya que cogiera al niño. Ella obedeció sin rechistar, ilusionada por la actitud tan noble del oficial.

—Confía en mí —le rogó él.

Subieron las escaleras a toda prisa y se dirigieron hacia el coche del oficial, pero el mismo estaba custodiado por sus hombres. Miró hacia un lado y sin pensarlo, se metió en el cementerio con ellos.

—¿Por qué nos estás ayudando, Sebastián? —quiso saber ella.

Cruzaron todo el camposanto, hasta llegar al árbol de castaño rodeado por varios panteones. Bajó a la niña y sacó su arma. Lya lo miró con ojos implorantes.

—No la mates, por favor.

El oficial desbloqueó su arma tras exigir a la niña que se arrodillara.

—Salvaré a estos niños con una sola condición, Lya.

Ella abrazó con todas sus fuerzas al niño de apenas dos años.

—Mi vida —le dijo ella con lágrimas en los ojos—, es tuya.

Sebastián se acercó a ella mientras la niña de cinco años empezaba a rezar. Lya tuvo ganas de rezar con ella, con Dika, la hija de Naomi, que había terminado en un campo de concentración años atrás, donde murió la semana.

—La condición, la única, es que seas mi esclava, Lya —la miró con mucha rabia.

¿Qué? ¿Quería que fuera su esclava? ¿Entendió bien?

—Estás loco si piensas...

Sebastián apuntó el arma hacia la niña sin la necesidad de mirarla siquiera.

—Es mi única condición, Lya. ¡Domarte!

La luna llena iluminaba el rostro de la judía y el nazi de un modo indecible. Bajo sus rayos plateados ambos podían ver lo que sus almas les revelaban a través de sus ojos el uno al otro.

—¿Cómo sabré que no los enviarás al campo?

Él la miró con un brillo peculiar en los ojos. ¿Eran lágrimas?, se preguntó ella con un enorme nudo en la garganta. ¿Un nazi tenía lágrimas? Lya lo miró con atención. Sebastián tenía algo que los nazis en general no, tenía alma.

—Los llevaré a la casa de Emma —le dijo él con firmeza—, donde me encargaré de que nadie los encuentre nunca —suspiró hondo—, tienes mi palabra.

Ella lo miró fijo, lo estudió en silencio. Sebastián no mentía, ella fue entrenada para detectar cualquier tipo de mentira. Y él no mentía.

—¿Vale algo? —lo desafió.

Él acercó tanto su rostro al de ella que podían sentir el aliento el uno del otro. Lya lo miró con atención por unos segundos. Su corazón latía tan fuerte, que estaba segura de que él podía escucharlo. Llevado por el momento, él ahuecó el rostro de la judía y acercó aún más sus labios sobre los de ella. ¿Besaría a una judía? ¿Cometería tal delito? Se observaron por mucho tiempo, por más tiempo del que eran capaces de soportar.

—Lo juro por la única persona que amo en este mundo —le dijo él sobre sus labios—, por la única persona que sería capaz de dar la vida.

Lya supo al instante que hablaba de su hijo.

—¿Aceptas o no?

El oficial estaba dispuesto a todo. Lya lo miró con una ira que no calculó. Apretó con fuerza los dientes tras suspirar hondo. Él se preparó para disparar.

—¡Acepto! —le dijo ella con desesperación—, seré tu esclava.

Él entrecerró sus ojos.

—Esclava de un nazi —acotó ella y lo desangró.

Los golpes del enemigo

El comandante Koch quería la cabeza de Lya en una bandeja de plata, literalmente hablando. Dio órdenes a sus hombres de divertirse con ella hasta el hartazgo y luego decapitarla con un sable frente a los suyos en algún campo de concentración. Dicha sentencia sería llevada a cabo por Sebastián.

—Supe por uno de sus camaradas que esta judía sucia lo abandonó en el pasado por un judío, capitán.

Aquello abrió viejas heridas en el corazón del oficial, que mal podía disimularlo bajo su rígida mirada.

—Es su oportunidad de vengarse, capitán —encendió un cigarro y lo caló con fuerza—. Uno de sus cómplices dijo que era amante de un tal Salomón y de un nazi —miró a Sebastián—, un soldado a quien sedujo y mató.

Una mano helada estrujó el corazón del capitán y su superior se dio cuenta al instante.

—¿Aún lo atrae, capitán?

El oficial levantó la mirada de golpe y le dijo con voz firme que lo único que sentía por la judía era odio y rencor.

—Un hombre bajo tortura nunca miente —apostilló el hombre de casi cuarenta años—, la espía judía fue puta de un judío y un nazi al mismo tiempo —se miraron—, a por ella, capitán.

—Heil, Hitler! —exclamó Sebastián a modo de respuesta.

Al día siguiente, antes de que el sol emergiera en el horizonte, fue a la casa de Emma. Con la respiración entrecortada, le explicó la actual situación de Lya, y las órdenes de su superior.

—Dios mío —susurró Emma con las manos en su pecho—, ¿lo harás, Sebastián?

Él tragó con fuerza. No era necesario que replicara, sus ojos lo hicieron por él y Emma dio gracias al cielo ante lo que ellos le revelaban. Él no llevaría a cabo semejante barbarie, aunque estuviera muy enfadado con Lya.

—La única manera de evitar que ella cometa una locura —le dijo él con seriedad—, es domesticándola a mi manera.

Emma lo miró con suspicacia.

—¿Qué significa eso, Sebastián? ¿Qué la tratarás como todos los nazis a un judío? ¿Es eso?

Sebastián la miró con magnitud.

—No veo otra salida que convertirla en mi esclava.

Su cuñada se sentó de golpe en la silla de madera sin dejar de mirarlo como si acabara de salirle unos cuernos en la cabeza.

—¿La quieres convertir en tu esclava? —suspiró hondo tras comprender que su cuñado hablaba en serio, muy en serio—. Sebastián, no lo harás, ¿verdad?

Él desvió la mirada y ella suspiró al deducir la respuesta.

—¿Dónde está?

Lya estaba en el sótano de la casa con los dos niños esperando a Sebastián, su futuro amo. Ella les contaba cuentos mientras les daba algo de comer. Miró hacia la puerta y se preguntó por qué su prima no había aparecido aún aquella mañana. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza y la hizo respingar.

—Si no la protejo, la matarán, Emma.

Emma se levantó y se acercó a su con la barbilla empinada.

—¿Por qué lo haces, Sebastián? ¿Por qué pones en riesgo tu vida por ella? El oficial apretó con fuerza sus dientes.

—¿Aún la amas o solo quieres vengarte de lo que te hizo en el pasado?

Él sonrió de manera chulesca.

—Si quisiera vengarme de ella la llevaría a mi superior ¿no lo crees?

Su cuñada sintió un alivio indescriptible en el pecho al escucharlo. Esbozó una sonrisa y, aunque intentó contener las lágrimas, ellas se hicieron presentes y rodaron por sus mejillas ante la emoción. Sebastián mordió el labio inferior al darse cuenta de lo que acababa de admitir.

—Ahora sé por qué lo haces, Sebastián.

Él la miró fijo sin rebatirle. No era necesario hacerlo cuando los ojos hablaban por uno.

—Tu secreto está a salvo, cuñado.

El alemán se sentó a la mesa y se sirvió un poco de café mientras pensaba en mil cosas.

—Estáis locos —le dijo Emma tras servirle un trozo de pan recién horneado—, el uno por el otro.

El oficial la miró por encima de su taza por unos segundos. En aquella historia, el único loco era él. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué arriesgarse de

aquel modo por alguien que nunca lo quiso de verdad y, que probablemente, lo mataría en la primera ocasión que tuviera? Los recuerdos del pasado se arremolinaron en su cabeza y agitaron su corazón con violencia. El odio y el amor no podían ocupar el mismo sitio, así que, tarde o temprano, vencería el más fuerte.

—Dirk y sus primos llegan mañana —soltó ella—, tu hijo adora a Lya, su futura madre —dijo tras echar dos huevos en el suelo—, ¡no! —chilló iracunda—, con la escasez que pasan otros y yo rompiendo huevos.

Dirk fue al campamento Hitleriano para niños. Sus pensamientos estarían bastante diferentes con respecto a los judíos.

—Vendré por la noche para llevarla —anunció tras levantarse—, no le digas nada, Emma —le advirtió.

Ella asintió.

—Si Lya sale de tu casa, nunca volverá y pondrás en peligro a todos los que amas.

Sebastián se marchó rumbo a la fábrica de zapatos donde cogió a tres niños judíos que estaban muy enfermos, alegando que los eliminaría lo antes posible. Aquel día miró con otros ojos a sus tantos esclavos judíos y lloró, lloró con toda el alma. ¿En qué se habían convertido todos los alemanes? ¿Por qué estaban exterminando toda una raza? ¡Eran seres humanos! ¡Maldición!, gritó con las manos sobre la cabeza y el rostro anegado en dolor.

—¿Por qué permites estas cosas, señor? —miró hacia el techo—, ¿por qué los abandonaste?

Llamó a su secretario y le pidió que reforzara la alimentación de sus empleados. Al ver la cara de su subordinado, expuso con firmeza:

—Es una orden, Neumann.

Toda regla siempre tenía una excepción y él quería ser lo último.

—Comeré con ellos —anunció antes de que su secretario se retirara de la sala—, y usted también.

En ese lapso, alguien entró en su despacho sin anunciarse, alguien que llevaba tiempo sin ver. Sebastián sonrió con entrañable afecto al ver a su compañero, el capitán sin alma, como muchos lo llamaban.

—¡Capitán Bachmann!

Se estrecharon con afecto.

—¡El capitán sin alma! —se mofó.

Paul sonrió con malicia.

—Si estás detrás de ese apodo, te fusilaré personalmente, capitán

Ackermann —le siguió el chiste.

Sebastián puso sus manos en actitud de rendición.

—Yo solo repito lo que escucho, capitán.

Tomaron asiento tras estrecharse e intercambiaron una mirada cómplice.

—Tráenos café, Neumann —pidió Sebastián en tono serio.

Paul posó su gorro de plato en la silla contigua sin desviar la mirada de Sebastián un solo segundo.

—Mi superior te ha llamado, ¿no, Paul?

Él asintió sin abandonar su deje.

—Buscan a una espía judía que tuvo lazos contigo en el pasado, Sebastián. ¿Es cierto?

Paul era demasiado sagaz como para no conocer la respuesta antes mismo de que fuera emitida por su compañero. Cuando el comandante Koch, superior de Sebastián lo llamó, no dudó en venir a ayudar a su amigo.

—Sí, Paul.

El capitán encendió un cigarro y lo caló hondo.

—¿Sabes dónde está ella, Sebastián?

Se miraron con atención por varios segundos sin emitir más que suspiros. El secretario de Sebastián golpeó la puerta y una mujer judía entró con una bandeja entre manos. Sin querer, se tropezó y derramó un poco el café en los platitos. Neumann le gritó a voz en cuello.

—¡Eres una maldita inútil!

La mujer de unos cuarenta años temblaba como una hoja, consciente de que, tras salir de allí, Neumann la castigaría duramente, pero aquel día, no contaba con la ayuda de Sebastián, que furioso, le gritó a su subordinado. Paul se levantó y cogió la bandeja de la mujer tras mirarla con profundo pesar. Cogió un trozo de pan de su guerrera con discreción y se lo dio. Él siempre llevaba un poco de comida encima. Ella lo miró con desconfianza antes de tomar aquel manjar. Lo metió en la boca con cierta desesperación mientras Sebastián apartaba a Neumann de su despacho y le pedía algo que Paul no consiguió comprender.

—Tranquila, o se atragantará.

Ella lo miró con infinita gratitud.

—Ahora puedo morir en paz, señor —le dijo con lágrimas en los ojos—, tras presenciar un milagro.

Era tan poco, pensó el capitán con una sonrisa apenas perceptible en sus labios.

—¡Fue un maldito accidente, Neumann! —gritó Sebastián en el pasillo—, a por los documentos.

Retornó con la cara algo sonrojada por la ira. Paul lo miró con ojos interrogantes entretanto la mujer se retiraba de la sala. Sebastián estaba muy nervioso y mal podía ocultarlo ante los ojos de su amigo.

—Es una misión suicida, Sebastián.

El oficial lo miró con el entrecejo algo fruncido. ¿Qué quería decirle con aquello? Paul posó su mano sobre su hombro y lo oteó con atención.

—¿Te suena el nombre del teniente Luwig von Witzleben?

Sebastián sintió una fuerte punzada en el estómago al oír aquel nombre.

—Es el sobrino del general von Witzleben —le aclaró Paul—, y está herido por dentro y por fuera por ella, por la judía.

—¿Quiere venganza?

Paul asintió.

—No debía decírtelo, era confidencial, pero sé que sabrás utilizar esta información a vuestro favor.

Sebastián tragó con fuerza.

—¿Vuestro favor? —repitió, algo desorientado.

Paul ladeó la cabeza y le dirigió una mirada elocuente.

—La peor batalla de un ser humano se libra en su corazón, Sebastián —posó su mano en el pecho del oficial—, y siempre gana el mejor.

Sebastián bajó la mirada sin replicarle.

—Aquí ya tenemos un ganador —apostilló Paul con firmeza— o, mejor dicho, una ganadora.

Sebastián permaneció en silencio y contestó a su camarada con ello. No mencionó lo que pretendía hacer con Lya, por el simple hecho de no saber qué hacer con ella al cierto. Paul cogió su gorro.

—Mañana viajo a Italia con mi pelotón para buscar al asesino del hijo de mi comandante —anunció tras ponerse su gorro—, ¿puedo marcharme tranquilo, Sebastián?

Sebastián asintió sin rechistar. Se estrecharon con entrañable afecto.

—Buen viaje, Paul —le dijo—, espero que encuentres lo que buscas.

Paul se acercó a la puerta y le dedicó el saludo militar antes de abrirla.

—Paz, Sebastián.

—No, tu alma.



Sebastián llevó a los niños los medicamentos que necesitaban, sorprendiendo a su cuñada con su actitud. Emma le dio un beso en la mejilla en nombre de todos aquellos que no estaban a favor de la ideología nazi.

—Eres un nazi con alma, Sebastián.

Él negó con la cabeza.

—Soy un nazi y con ello condené mi alma —puntualizó con cierta amargura—, ¿dónde está?

Emma lo llevó al desván, donde Lya se encontraba con Dika y Manuel. El capitán se detuvo para mirarla unos segundos, incrédulo ante las barbaridades que supuestamente hizo ella por los suyos.

«Las mismas que tú hiciste por los tuyos» se reprendió. Lya se volvió y sus ojos se encontraron de golpe con los de él. Se levantó de la cama y con la mirada le rogó que no la maltratara frente a los niños. Él asintió como si le hubiera leído la mente.

—¿Os comportareis bien? —preguntó a los niños con dulzura maternal—, pronto volveré —les mintió llorando—, no me olvidéis.

—Nunca, Lya —dijeron los dos a coro.

Los niños la estrecharon con afecto y lloraron con ella. Dika estaba mejor, pero Manuel no, apenas podía respirar sin toser por culpa de la pulmonía. Emma llevó su puño a su boca para ahogar su dolor ante la triste imagen que veía.

—Es la hora —dijo él con voz militar.

Lya besó a los niños mientras Emma se acercaba a ellos. Las primas se miraron con amor infinito.

—Ella está viva —le dijo Lya—, Magda volverá.

—Eso espero, Lya. Día y noche...

En otro lugar, en ese mismo instante, Martín cruzaba el portón principal del campo de concentración de Auschwitz, donde, según le dijeron unos soldados, se encontraba una joven de belleza muy peculiar. Cuando la describieron, supo al instante que se trataba de Magda, capturada durante una misión de su grupo.

—Tiene los ojos rasgados casi asiáticos —comentó uno de los soldados—, unos ojos verdes casi transparentes.

Era ella. Era su mariposa.

—Magda —repetía una y otra vez con un enorme nudo en el pecho—, ¿me puedes oír? ¿Dónde estás?

A pesar de las faltas de pruebas en su contra y tras una larga sesión de tortura sin éxito alguno, terminó allí, en el infierno.

—Señor, ¿qué es esto?

El teniente caminó a pasos lentos mientras observaba con el corazón encogido a las personas que se encontraban allí. Esqueletos vivientes. Había escuchado tantas cosas, pero nunca pensó que eran ciertas. De pronto, a lo lejos, vio a alguien que seleccionaba algunas prendas.

—Mariposa —dijo con lágrimas en los ojos.

Magda frunció el entrecejo cuando un escalofrío la recorrió de pies a cabeza de un momento a otro. Levantó el rostro a cámara lenta y miró hacia lo lejos, encontrándose con él, con Martín. Se miraron con tanta nostalgia, que les dolió incluso respirar. Magda se limpió la nariz con la mano mugrienta y helada. Llevaba días sin poder comer. El tifus era tan cruel y tirano como el Führer.

—Martín —vocalizó con sus pocas fuerzas.

Allí estaban, la prisionera y el nazi. Rivaless en la guerra, cómplices en el amor.

—Magda —solfeó él, paralizado a mitad de camino.

Sin saber qué hacer o cómo actuar. ¿Por qué no podían correr y estrecharse como en el pasado? ¿Por qué no podían volver en el tiempo y huir de aquel destino tan cruel?

El sol ya apenas iluminaba el cielo aquel día en que sus almas volvían a encontrarse tras mucho tiempo.

El destino era tan incierto, decía siempre Magda y hoy Martín al fin comprendía lo que significaban aquellas palabras. ¿Todo estaba entrelazado? ¿Todo estaba escrito? ¿Era inevitable? ¿Imborrable? ¿Inmutable? Como si fuera una gran pieza de teatro, las almas unidas por el corazón padecían las mismas miserias casi al mismo tiempo.

—¡Fuego! —gritó Joachim—, ¡fuego!

A varios kilómetros de allí, el comandante Ackermann recibía un disparo en el hombro izquierdo, perdiendo el equilibrio y rodando hacia abajo en un precipicio considerable. Emma lloraba con desesperación mientras veía como Sebastián cogía a Lya del brazo y la arrastraba hasta su coche. Una fuerte punzada en el pecho la hizo frenar de golpe. Llevó su mano derecha

instintivamente a su corazón y dijo con voz entrecortada:

—Joachim.

El comandante terminó cerca de un arroyo, donde su sangre se mezclaba con el agua y manchaba la pureza de la misma como la muerte lo hacía con su alma. Soltó un gemido de dolor agudo mientras evocaba todo lo que vivió al lado de su dulce esposa, su dulce amor. Abrió mucho los ojos cuando evocó lo que su esposa le dijo en su última carta:

«Pronto seremos padres otra vez». Una lágrima rodó al costado de su rostro al ser consciente de que nunca conocería a su hijo y que los otros quedarían solos, desamparados como ella, su único gran amor.

—Emma —dijo mientras oía unos gritos a su alrededor—, te... a... m... o... —gimió antes de cerrar los ojos.



Esclava de un nazi

La ira comandó el corazón de Sebastián, que arrastró hasta a la Lya hasta el sótano. Iracunda, ella gritaba y se removía como una fiera ante la violencia que él usaba en su contra. El alemán cruzó las estancias de la lujosa casa, que alguna vez perteneció a la joven, con pasos firmes hasta que ella lo mordió con violencia en el antebrazo. Furioso, le dio una bofetada y la derrumbó con violencia sobre el piso de mármol.

—¡Eres un animal! —gritó ella tras llevar la mano a su mejilla—, ¡maldito nazi!

Sebastián se acuclilló y le agarró de la barbilla con brusquedad. Aquella afirmación suya encendió aún más su ira.

—¿Prefieres al otro? ¿A von Witzleben?

Según se rumoreaba, Lya pensaba entregarse al teniente Von Witzleben para conseguir salvar a un grupo de judíos, judíos que Sebastián y Martín ayudaron a huir de la muerte llevándolos a la fábrica de zapatos.

—Te voy a domesticar —le dijo con rabia—, te daré los azotes que nunca te dieron cuando eras niña.

¿Qué quería decirle con aquello? ¿La golpearía? ¡Ni loca se lo permitiría! Sin emitir una sola palabra más, la levantó del suelo con brusquedad y la llevó hasta la sala principal de la casa.

—¡Te mataré! —amenazó Lya.

El alemán era mucho más fuerte que ella y, aunque forcejeara con todas sus fuerzas, no lograría huir de sus pretensiones. Sebastián se sentó en el sofá de golpe y la puso de espaldas a él sobre su regazo. Levantó su vestido de un tirón y empezó a darle azotes firmes y duros con la mano. Lya pataleó y gritó, pero él no se detuvo.

—¿Te duele, esclava?!

Lya era demasiado orgullosa como para admitir que le estaba doliendo aquel castigo impuesto por su pasado, por el dulce e inocente campesino que alguna vez conoció.

—¡Nooo! —gritó ella con todas sus fuerzas—, ¡pegas como una mujer! —lo retó—, ¡maldito nazi!

Aquello desató los demonios del capitán, que poseído por la rabia

aumentó el ritmo de sus golpes. Lya apretaba con fuerza los dientes mientras la piel de sus nalgas empezaban a arderle.

«Grita, por favor» rogó él para sus adentros, pero ella se mantuvo en silencio sepulcral.

La golpeó hasta que le ardió la palma. Miró las nalgas de la judía con un enorme nudo en el pecho. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué lo estaba haciendo? Exhaló hondo.

—Con esto aprenderás a ser más dócil —le dijo tras cesar sus golpes—, mereces caricias y no golpes —acarició sus nalgas enfebrecidas.

Lya se levantó de golpe y le escupió a la cara. Sebastián se incorporó de un salto del sofá, dispuesto a pegarla, pero detuvo a mitad de camino su mano. Ella levantó la barbilla y lo miró desafiante. Bajó la mano y la metió en el bolsillo de su pantalón.

—¿No te animas, maldito nazi?!

Sebastián cogió su pañuelo y se limpió la cara con él sin desviar la mirada de su cara un solo segundo. Esbozó una sonrisa ladina antes de abrir la boca.

—Eres bastante indomable —le dijo con aire pensativo—, pero tendré paciencia para doblegarte, Lya Rubinstein.

Ella respiraba con cierta dificultad.

—Lya Rosenthal —le corrigió ella—, no olvide mi apellido de casada —le picó.

—Claro, señora Rosenthal —replicó él.

La puso sobre el hombro como si fuera un saco de patatas y la llevó hasta el sótano, donde la encerró sin comida y sin agua por dos días. Lya gritó toda la noche, pero nadie podía, ya que Sebastián se encargó de insonorizar el lugar hacía muchos años. ¿Quién era aquel Sebastián? ¿La guerra o el dolor lo convirtieron en ese monstruo?, se preguntó ella acurrucada en la vieja cama, en la cama donde se amaron tantas veces en el pasado. Miró el lugar con ojos curiosos. Todo estaba tan abandonado, tan olvidado. Ya no era el mismo refugio, ya nada era lo mismo.

—Tengo hambre —dijo con la voz cansada—, duérmete —se aconsejó—, mientras duermas no pensarás en la comida.

A la mañana siguiente, buscó algo para comer y lo único que encontró fue una vieja caja de cartón adornada con espaguetis—, a mi mamá nunca le gustó mi creatividad —se mofó tras meter la pasta dura en la boca—, maldita cola —escupió.

Sebastián entró en la mansión tras un día ajetreado en la fábrica. Aspiró y

exhaló con fuerza antes de acercarse al sótano. Lya llevaba dos días sin comer ni beber nada. Aquel castigo le dolía más a él que a ella, sin embargo, la rabia que sentía era superior a su compasión.

—Aquí tienes, esclava —le dijo el tercer día—, un poco de pan viejo y agua.

Se sentó en la escalera y colocó el plato de metal ajado cerca de sus pies. Lya quiso rechazar, pero tenía mucha hambre y mucha sed.

—Ven —le dijo él—, a gatas —le ordenó.

Lya apretó con fuerza sus dientes antes de aproximarse al plato y al vaso de agua que se encontraba cerca de las lustrosas botas del alemán. Sebastián llevaba su impecable uniforme y su fría mirada.

—Come sin tocar el pan con las manos —le exigió sin apartar sus ojos de su cara—, como un perro.

Los ojos de Lya se llenaron de lágrimas ante la humillación de aquel hombre, aquel joven que alguna vez amó con toda el alma. Reclinó su cara a cámara lenta y mordisqueó el duro pan como lo haría un animal hambriento. Sebastián apretó con fuerza los dientes, pensó que se sentiría bien, pero no, aquello que veía solo aumentó la desazón que llevaba incrustada en el pecho desde que la guerra empezó.

«Dios».

Lya comía el pan como un perro callejero, con ansias y cierta impaciencia. Levantó la vista mientras masticaba y clavó sus ojos en el oficial, que asombrado, la miraba.

«¿En qué nos hemos convertido, Lya?». Un viejo recuerdo asaltó su mente y agitó su corazón con violencia...

—*¡No me cogerás, Sebastián!*

Él cruzó el valle riendo y la cogió en brazos.

—*¡Te cogí en dos segundos, Lya!*

Fueron tan felices en aquel entonces y ni siquiera eran conscientes de ello.

El alemán volvió al presente con un terrible deseo de llorar. Los ojos de Lya estaban teñidos de dolor y desesperación.

«¿Qué haces, Sebastián?».

Se levantó y salió del lugar con el corazón encogido, lapso en que Lya soltó un grito de dolor agudo. Sebastián se puso de espaldas a la puerta y se tapó las orejas con ambas manos para no escucharla. Lya lloraba con amargura, lloraba con desfallecimiento.

—Lo siento —susurró el oficial con un enorme nudo en el pecho—, lo siento, pero es la única manera de que no huyas de mi lado y te maten a golpes —dijo con los labios temblorosos—, lo siento, mi amor

Un nazi no lloraba, ni siquiera ante la muerte de aquellos que amaba. Un nazi no podía demostrar sentimientos. Un nazi no podía flaquear.

—Es el precio que debes pagar para ser libre algún día, Lya.

Y entonces, rendido ante lo que sentía, lloró.

Sebastián se bañó y se vistió con aire pensativo mientras fuera llovía de manera desapacible. Aquel verano era tan inestable como su corazón. Se puso una camisa celeste y unos pantalones cómodos. Comió algo y luego se sirvió una copa. Se dirigió a la sala con la camisa abierta y la mente atribulada. Pensaba en ella, como de costumbre los últimos años. Cerca o lejos, siempre estaba dentro de él.

—Necesito un momento de paz —dijo con un enorme vacío en el pecho—, borrar las cosas que oí hoy en el ayuntamiento.

Se acostó en el sofá y cerró los ojos mientras los truenos irrumpían el cielo. Lya subió las escaleras a pasos lentos. Abrió la puerta con cautela y caminó por su vieja residencia con lágrimas en los ojos. La mansión ya no era la misma, ya no tenía sus fotos, ni sus cuadros favoritos. Los nazis habían saqueado la misma antes de que Sebastián la comprara.

—¿Dónde está él?

Entró en la cocina y cogió un cuchillo con sumo cuidado. Miró la mesa con expresión de embeleso. Pellizcó el pan que se encontraba en la bandeja de plata y lo llevó a la boca con apetito mientras evocaba las tardes que había pasado al lado de Sebastián en su casa, en su humilde casa...

—¿Tú has hecho este pan, mi amor?

Sebastián la abrazó por detrás y le dio dulces mordiscos en el cuello.

—Sí, ¿te gusta?

Lya jadeó cuando sus manos acariciaron sus senos de un modo muy lascivo.

—Mucho —gimió—, ¿hablas del pan?

Sebastián le rozó su erección sin detenerse en sus besos.

—¿Tú que crees, cielo?

Entrecerró los ojos al volver al presente, al duro presente. Sebastián no

era ni la sombra de aquel dulce joven que conoció en el pasado. Era otro. Era un nazi sin alma.

—Mi desprecio mató su alma y ahora mis manos matará la caja que restó.

Caminó de puntillas hasta la sala y lo vio. Sebastián dormía plácidamente en el sofá, exhibiendo su torso definido con cierta petulancia. Lya quiso desviar la mirada, pero en lugar de ello, se quedó mirándolo por varios segundos antes de acercarse con el cuchillo que pretendía usar para degollarlo.

—Tu libertad depende de eso, Lya —se animó—. Él ya no es el mismo —se recordó.

A pasos lentos se aproximó con las intenciones más oscuras que aquel hombre le inspiraba. Colocó el cuchillo sobre su cuello, pero no tuvo la valentía suficiente para llevar a cabo sus malas pretensiones. Sebastián abrió los ojos de golpe y la miró con severidad.

—Hazlo —le dijo él, desafiante—, o pagarás tu osadía con un duro castigo.

Ella no era una asesina.

—¡Hazlo!

Lya soltó el cuchillo, llorando a lágrima viva. Sebastián quiso perdonarla, pero no podía hacerlo. La cogió de golpe y la puso contra la pared al tiempo que se quitaba el cinturón de cuero.

«No quiero hacerlo, pero no me dejas otra alternativa, Lya».

—Hazlo —le dijo ella—, no tengas piedad, capitán.

El oficial la miró con ojos huidizos.

—Pégame por todos los años que estuve ausente, por todos los años que te hice pensar que estaba muerta.

El corazón del alemán empezó a llorar.

—No sabes cuánto sufrí esos años, Lya —le confesó con la voz apagada—, cuánto lloré por ti...

Ella se quitó el vestido a cámara lenta.

—Tanto como yo, Sebastián.

Con una orden silenciosa, ella se puso de espaldas a él. Sebastián le dio varios azotes mientras ella canturreaba una canción judía. La piel le ardía, el corazón le dolía y el alma lloraba en silencio mientras los golpes la quemaban.

«Ya no duele» se decía ella, llorando.

El alemán dejó caer su cinturón cerca de sus pies descalzos con el corazón

latiéndole a mil por hora. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero ella no podía verlo.

«Lo siento, Lya».

La judía bajó la mirada teñida de dolor y leyó la inscripción de la hebilla: «Dios está con nosotros».

—Dios está con ellos —reconoció anegada en lágrimas—, Dios se olvidó de nosotros, los judíos.

Sebastián se puso detrás de ella y sujetó la pared con las manos, acorralándola entre sus brazos. Las lágrimas rodaban una tras otra por las mejillas de la judía mientras él contenía las suyas.

—Eres un nazi —le dijo con una voz teñida de resentimiento—, y los nazis odian a los judíos —suspiró—, como los judíos odian a los nazis.

Sebastián se rompió a llorar en silencio, pero no lo suficiente como para evitar que ella lo escuchara. Lya se volvió y lo miró a través de sus lágrimas.

—¿Por qué lloras, capitán?

Sebastián no podía controlar su llanto.

—Porque no puedo odiarte, Lya.

Ella alargó la mano y recorrió el camino de sus lágrimas con el dedo índice.

«Tampoco yo puedo odiarte, Sebastián» pensó ella.

Nunca vio a Sebastián tan agobiado como en aquel momento. Lo que hizo le dolía más a él que a ella.

—¿Te duele lo que me haces?

Él asintió mientras las lágrimas seguían empapándole la cara. El rostro del alemán era de un rojo intenso alrededor de sus ojos. ¿Lloró durante todo el castigo?, se preguntó ella, incrédula.

—Sí.

Apartó su mano y endureció su mirada mientras un muro de hielo se levantaba alrededor de su corazón.

—Ese es tu castigo, capitán, no poder odiarme como yo lo odio a usted.

Aquello lo dejó totalmente desarmado. ¿Lya lo odiaba? ¿Por eso lo dejó? ¿Por qué él era un nazi? Sí, ahora todo tenía otro sentido.

Se miraron fijo mientras las lágrimas seguían anegando sus rostros. Un nazi y una judía llorando por la misma razón. Ironías del destino, del corazón humano que no conocía razas ni ideologías.

El precio de la osadía

Magda tiritaba de frío en su puesto durante el recuento matutino en el campo de concentración de Auschwitz. Tenía mucha fiebre y los pulmones le ardían cada vez que trataba de respirar hondo. Seguía lloviendo de manera plácida y continua. Una de las prisioneras empezó a toser. Otra cayó de bruces en la tierra embarrada y otra la ayudó a levantarse. Magda miraba el lugar con ojos vacíos. A pocos metros de ella había una montaña de cuerpos desnudos frente a la enorme chimenea. Un humo muy espeso y negro teñía el cielo mientras un olor a carne podrida asaltaba sus fosas nasales.

Un oficial de las SS se acercó y las examinó una a una. Parecía fijarse en todo: las cabezas afeitadas, las picaduras de pulgas, las yemas de los dedos azuladas y los parches que las clasificaban como judías, lesbianas o prisioneras políticas.

Magda era prisionera política.

Cuando el oficial señalaba a una mujer, era sacada de inmediato de la fila. Se fijó en Magda, y esta fue sacada a rastras.

—¿Marcel? —dijo ella al reconocerlo—, soy Magda Schreck.

Nada. Él la ignoró. Un pelotón de las SS rodeó a las mujeres elegidas y las obligó a formar dos columnas. Sonó un silbato.

—Schnell! Eins! Zwei! Drei!

Magda echó a andar con los pies repletos de ampollas y los pulmones ardiendo. Un camión repleto de cadáveres desnudos entró en el campo.

—Dios mío —susurró—, ¿en qué nos hemos convertido?

Los soldados las empujaron, vocearon y señalaron. Magda se tropezó, pero una mujer la sujetó a tiempo. La miró con gratitud infinita. Horas atrás, una prisionera perdió el equilibrio y recibió tantas palizas que mal podía levantarse.

—Debemos ordenar esas piedras —lloriqueó una mujer—, mal puedo sostenerme, ¿cómo lograré mover esas piedras?

Los nazis le pasaron a cada mujer un grueso arnés de mula de carga por los hombros. En ese lapso, evocó los días que ayudó a Martín para mover los troncos y acelerar su trabajo.

—Tú puedes, Magda —resonó la voz de Martín en su cabeza—, tú puedes, mariposa.

Entre diez intentaron mover una roca que pesaba más de cien kilos como si fueran mulas mientras los nazis gritaban y daban latigazos que abrían heridas profundas en sus espaldas.

—No puedo más —dijo una mujer de unos cuarenta y cinco años—, no puedo más.

Estaban extenuadas. No tenían fuerzas. Estaban enfermas. Hambrientas. Tenían que moverse, de lo contrario las azotarían, o peor aún, las matarían.

—¡Sí podemos! —gritó Magda—, ¡vamos!

Magda se dobló hacia delante y tiraron entre todas las rocas.

—¡Vamos!

Los guardias permanecían sentados en grupos, charlando y riendo. Magda los miró de reojo y agradeció al cielo que Martín no estuviera allí con ellos.

Vamos.

Vamos.

Vamos.

Magda no podía pensar ni en el hambre, la fiebre o la sed, tampoco en las picaduras de pulgas y piojos que le cubrían el cuerpo.

Vamos.

Vamos.

Vamos.

«Tú puedes, mariposa» resonaba la voz de Martín en su cabeza.

—Yo puedo.

Y la roca llegó a su destino.



Magda se despertó atada por las muñecas y los tobillos a una silla de madera. Las cuerdas le laceraban la carne y estaban tan apretadas que no se podía mover. Tenía los dedos adormecidos.

—¿Dónde estoy?

Magda cayó en las manos de la Gestapo, la noche anterior tras salvarle

la vida a un piloto británico. Con un arma del enemigo, cruzó el bosque, pero no llegó a tiempo hasta sus amigos y terminó allí, en una habitación que olía a moho, a orina y a humedad.

—Mariposa roja —dijo un hombre—, al fin despiertas —era uno de la Gestapo.

El hombre le pegó con fuerza. La boca se le llenó de sangre. La sintió caer por la barbilla y luego por los pechos. Era mucha sangre, pensó algo soñolienta.

—Si me da nombres, podrás ser libre.

«Nunca».

La sangre le goteaba por la barbilla y le caía en el regazo a borbotones.

—¿Quién es usted en realidad?

—Mariposa roja.

Otro golpe. Más fuerte. Más rudo.

—¿Trabaja para quién? ¿A quién llevaba aquellas municiones? ¿A quién ayuda?

No sabían quién era ella al cierto. Ni qué significaba su mote. Ni para quién trabajaba. Mientras no hablara, nadie saldría herido. Nadie moriría. Ni pagaría por sus pecados.

—Para mí.

El golpe que recibió fue brutal. La cabeza chocó con fuerza contra el respaldo de la silla y todo se oscureció tras ello.

—¡No! —gritó Magda al despertarse—, Diosss... —jadeó, sudorosa.

La sirena sonaba cada día a las tres y media de la mañana para el recuento. Magda hizo una mueca al ponerse los zapatos que no eran de su número. El vestido a rayas con su número de identificación de prisionera cosido a la manga olía mal y estaba repleta de piojos.

—Nos comen viva —le dijo una mujer mientras se rascaba el codo—, son pulgas nazis, entrenados por el Führer —se mofó y todas se rieron.

A pesar de todo, rieron. Magda intentaba animar a las mujeres que la rodeaban a ser fuertes, pero ella misma se encontraba cada vez más débil.

—¿Tu nazi vendrá a salvarte, Magda?

Tu nazi.

Tu nazi.

Tu nazi.

—No lo sé.

Salieron del barracón y miraron horrorizadas a las mujeres que habían muerto la noche anterior tras recibir un duro castigo.

—Ojalá estuviera entre ellas —dijo una mujer—. Ellas ya no sufrirán, no pasarán hambre, sed, maltratos, ni esperarán nada de la vida.

Muchos prisioneros se estaban muriendo, víctimas del hambre, del tifus o de la crueldad. Magda llevaba semanas con fiebre, aunque no lo bastante alta como para enviarla a la enfermería. Tenía el cuerpo repleto de piojos, ronchas y llagas.

—Pues yo saldré de aquí —dijo ella con firmeza—, mi monito me quitará de aquí o, al menos, vendrá a despedirse. Pero no moriré sola, no.

En aquel infierno solo se tenían las unas a las otras y debían cuidarse para seguir firmes y, ante todo, vivas. Por las noches se acurrucaban en la oscuridad de sus literas hablando en susurros y haciendo chistes contra los nazis. Recordaban las cosas que hicieron por los demás, por las víctimas de aquel loco a quien llamaban Führer.

—Algún día, aunque no sepan ni siquiera nuestros nombres, nos nombrarán en los libros y seremos motivo de orgullo —dijo la mayor de todas.

Aplaudían en silencio.

—Solo quiero que me recuerden los que amo —dijo Magda y todas enmudecieron—, mientras viva en ellos, nunca moriré.

Llevaba más de seis meses allí, había hecho y perdido muchas amigas que nunca olvidaría mientras viviera. Amigas que prometieron cuidarla desde el cielo. Amigas que juraron ayudarla a salir de aquel infierno.

—Sofía murió —le dijo una de sus compañeras de litera—, en la cámara de gas con sus hijas.

Magda se encontraba cansada, y muy enferma. Estaba segura de que era tifus. Disimulaba la tos, hacía su trabajo y procuraba no llamar la atención.

—Se acaba el tiempo, Martín.

Helene se acercó a Magda, y la abrazó.

—Una de las nuevas me dijo que los rusos están avanzando cada vez más y que los aliados están pulverizando al ejército alemán.

Magda la miró con ilusión.

—¿En serio?

Helene asintió.

—¡Eso parece!

El dolor del pecho le resultaba insoportable. Se tapó la boca en el instante en que un ataque de tos se apoderaba de ella y la obligaba a doblarse en dos.

—Tranquila, Magda. Tú nos animaste a seguir y aquí estamos, contigo.

Empezó a toser de nuevo. Se llevó la mano a la boca y notó las salpicaduras de sangre en la palma. Hacía semanas que escupía sangre.

—Estás ardiendo.

La muerte estaba cerca, tan cerca que podía sentirla, olerla y abrazarla. De pronto, una rara sensación la invadió y levantó la cabeza. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando se encontraron con los de su dulce pasado.

—Martín —susurró con sus pocas fuerzas—, no moriré sola.

Los ojos de Martín se nublaron al mismo compás con los de ella.

—Mariposa.

Se dieron besos y abrazos invisibles mientras sus corazones volvían a latir tras tanto tiempo.



Días grises

Sebastián castigó por tercera vez a Lya aquella semana, dejándola sin agua y sin comida por un día entero. Lya intentó huir del sótano, pero no lo consiguió. Él había pensado en todo, era la gran ventaja de conocerla mejor que a su propia palma. La judía, cansada de sus intentos fallidos, lo escuchó entrar en la mansión, pero no se movió de su sitio. Abrazó sus piernas y se acurrucó un poco más en su rincón. Pensaba en los niños que salvó, pensaba en los que no podría salvar y en Dirk, siempre en él. Lo echaba tanto de menos. Aquel niño era la personificación del alma perdida de su padre, el alma que ella mató con sus propias manos.

—El piano alegrará mi día —pensó Sebastián.

Se acercó a la puerta del sótano y la abrió. Encendió la luz y bajó las escaleras con pasos firmes. Lya se estremeció. Últimamente, de miedo no de emoción.

—¿Dónde está mi esclava?

Lya apretó con fuerza sus dientes y sus puños. Ahora temblaba, pero de rabia e impotencia. Sebastián entrecerró sus ojos antes de gritar:

—¡¿Dónde está mi esclava?!

Lya se levantó y se acercó a la escalera con pasos tambaleantes. Sus ojos se encontraron con los de él de golpe. A pesar de ser su juguete, mantenía aquel aire petulante que él tanto amaba en ella.

—Aquí, amo —dijo con voz fatigada.

«Planeando mi huida» pensó ella. Decidió fingir ser dócil y obediente para poder ganar su confianza y lograr su mayor objetivo: ser libre.

Sebastián se desabrochó la guerrera impecable sin desviar la mirada de ella un solo segundo. Lya tenía el pelo revuelto y el vestido algo sucio. Él le prometió ropas nuevas, pero aún no había podido ir a la casa de su prima. Por falta de tiempo, más que nada. Se miraron por unos segundos eternos mientras algo oscuro y primitivo resucitaba en sus pechos.

«No» se dijo ella con rotundidad.

«No» se dijo él con firmeza.

La negación era solo un escape para sus corazones heridos.

—Sube —le ordenó él con poca delicadeza—, esclava.

Lya tragó con fuerza mientras subía los escalones, maldiciéndolo para sus adentros como todos los días. Llevaba allí apenas dos semanas, dos largas semanas en que él se empeñó en gritarle y zarandearle cada vez que se olvidaba de su papel.

—¡Eres la esclava de un nazi! —le gritaba a voz en cuello—, ¡mi esclava! —le refrescaba la memoria.

Aquel hombre déspota y sin alma nada tenía que ver con el chico dulce y amable que conoció años atrás, el chico que ella transformó en un monstruo.

—¿En qué piensas? —le dijo él y la sacó de su trance de golpe—, ¿los judíos piensan? —se burló.

Sebastián quería darse un tiro cada vez que usaba aquella burla.

«Tu hijo también fue judío» se repetía con un enorme nudo en el pecho.

—Muy bien —puntualizó él—, el silencio te protege de ti misma.

Lya no replicó, temía ganarse una fuerte bofetada como el otro día cuando le dijo que prefería ser la mujer de un comunista a la de un nazi sin alma como él.

—Si, amo —musitó ella.

Sebastián la miró con deseo y ni siquiera lo disimuló.

—Incluso en este estado eres preciosa —le dijo en tono seductor—, lástima que es un delito imperdonable acostarnos con ustedes.

Debía odiarlo, pero no podía, aunque lo intentara, no conseguía. Lo miró de pies a cabeza. Sebastián estaba mucho más maduro y atractivo que la última vez que lo vio. La rabia y el rencor tenía un toque distinto en él.

—Quiero que me toques el piano —le dijo—, mientras me relajo en el sofá, esclava.

Cada vez que utilizaba aquella palabra, quería arrancarle la cabeza. Y no descansaría hasta lograrlo. La mejor manera de engatusarlo, era siendo obediente y sumisa, se dijo una vez más.

«Algún día me vengaré de ti, Sebastián».

«Algún día volverás a ser mía, Lya».

Él le cedió el paso y ella se enfiló hacia la sala, donde estaba el piano. Se sentó en la butaca y empezó a tocar las canciones que él le pedía. Al cabo de un rato, Sebastián se levantó y dijo solemne:

—Ven, hoy te bañarás conmigo, Lya.

La judía dejó de tocar el piano para mirarlo con asombro. ¿Dijo su nombre? ¿Aún lo recordaba? ¿Bañarse juntos? ¿Qué pretendía?

—Obedece —le dijo en tono severo al tiempo que le enseñaba su cinturón—, no me tientes.

Lya tragó con fuerza antes de dirigirse al cuarto de baño. Sebastián se quitó sus ropas mientras ella lo esperaba cerca del lavabo.

—Traeré agua caliente —le dijo él—, tú desnúdate —le susurró al oído con voz insinuante.

Toda la piel de la judía se le erizó.

—¿A qué estamos jugando, Sebastián? —ronroneó.

Se miró al espejo con tristeza infinita mientras se quitaba su ajado vestido estampado manga corta de color azul. Nada había restado de la orgullosa y sofisticada Lya Rubinstein.

—¿Quién eres? —se dijo tras desnudarse—, nadie.

Sebastián se detuvo con el cubo de agua caliente entre manos y la miró con embeleso. Era perfecta. A pesar de su estado desaliñado, seguía siendo la mujer más hermosa del mundo. No podía mirarla de aquel modo, ¡era inaceptable!

Apretó los dientes con tal vigor que pensó que se le romperían. Lya estaba de espaldas, completamente desnuda, esperándole con temor y cierto rencor.

—Verteré el agua caliente y luego el agua fría —dijo él de pronto.

Lya se volvió trepidante y lo miró con expresión interrogante. Su larga melena cubría sus senos, pero no su parte íntima apenas oculta bajo un fino vello púbico de color negro. El oficial la miró de reojo mientras ella hacía lo mismo con él. Sebastián era un hombre fuerte y rudo, como todos los nazis. ¿La trataría de manera distinta si no hubiera herido su corazón? Aquella pregunta jamás tendría una respuesta, se dijo tras meditarlo mejor.

—Puedes meterte en el agua —le dijo él.

Lya obedeció, se sumergió en la bañera y soltó un gemido de placer en un acto involuntario. Llevaba días sin lavarse y el contacto con el agua sabía a gloria. Sebastián se quitó sus ropas y se metió junto a ella. Lya abrazó sus piernas mientras él se acomodaba detrás de ella. El oficial la arrastró hacia sí y la colocó entre sus largas y blanquísimas piernas.

—No te morderé —le dijo en tono riguroso—, hueles mal —acotó al tiempo que le lavaba la espalda con un jabón que olía a lavanda—. Odio ese olor.

El roce de sus manos sobre su piel la hizo temblar un poco más. Sebastián

miró con desconcierto las vértebras de su columna. Lya estaba muy delgada, como la mayoría de los suyos. Apenas había comido aquellos días, ya que él siempre la estaba castigando por alguna u otra razón.

—Reclínate —le ordenó él—, acomoda tu cabeza en mi pecho.

Lya obedeció sin rechistar, evocando de manera ineludible los días que estuvieron juntos en el río del pueblo, bromeando y riendo mientras se amaban a escondidas de todos.

—Te lavaré el pelo —le dijo al tiempo que le mojaba su larga melena—, te lo cortaré —amenazó—, sería más simple para limpiarlo.

Lya se estremeció ante tal posibilidad.

—Pero me gusta que lo tengas largo.

¿Aún le gustaba? Una sonrisa victoriosa imperó en los labios de la judía ante lo que acababa de confirmar. El capitán Ackermann podría caer bajo su propia trampa en cualquier momento.

—Siempre me gustó —susurró él y toda su piel reaccionó.

En el pasado, Sebastián le pedía que se pusiera de espaldas en el césped tras hacerle el amor. Le gustaba admirar su dorso mientras la acariciaba.

—Espero que no tengas piojos —le dijo con asco y la sacó de sus recuerdos de golpe—, ahora hueles mucho mejor —la olisqueó.

«Disimula tu fascinación» se dijo él con severidad.

Tras lavarle y enjuagarle, Sebastián le lavó el resto de su cuerpo con extrema delicadeza.

—Te lavaré cada pedacito de tu cuerpo —le dijo en un susurro—, luego tú harás lo mismo con el mío.

Lya se estremeció una vez más, aquellas manos suaves y delicadas despertaban cada fibra de su ser, como nunca logró Joshua.

—Tienes la piel muy suave —le dijo él cerca del oído—, como en el pasado.

Lya entrecerró sus ojos cuando sus manos se metieron entre sus piernas y exploraron su parte íntima con sumo cuidado. Sebastián le acarició con lascivia, sin adentrarse en su interior. Lya soltó un gemido sin querer mientras abría más las piernas. Sebastián le tocó justo en el punto más sensible y la hizo gemir de placer.

«No lo hagas» se dijo, pero no podía contra aquello que experimentaba.

«Dios, muero por poseerte, Lya».

—Entrégate —le dijo él sin detenerse en sus caricias—, a tu amo.

Aquello fue como recibir un cubo de agua fría. Se enderezó y apretó con

fuerza sus dientes. Sebastián esbozó una sonrisa ladina. Se dio la vuelta y lo miró desafiante. ¡Qué osada era!

—Lávame —le exigió—, esclava.

Lya cogió la pastilla de jabón rechinando los dientes y se volvió, dejando al descubierto sus senos.

—¿Le pasa algo, capitán?

Sebastián apretó con fuerza la mandíbula y un hueso de su cara vibró ante la presión que ejercía sobre ella. Había cruzado el infierno para convertirse en un soldado, mantener la calma ante aquella mujer no era nada. Lya le lavó el torso con cautela sin desviar la mirada de su rostro.

—¿Me tienes miedo, esclava?

Lya deslizó sus manos hasta su parte íntima y empezó a lavarla. Sebastián no era de hierro y su creciente erección lo demostraba. Podía aguantar como ninguno bajo el agua, nadar en ríos congelados, pasar hambre y sed, pero no ante la tentación que le provocaba aquella mujer.

—No, amo —le replicó—, no le tengo miedo.

Enfurecido, Sebastián cogió su barbilla con la mano y la obligó a que lo mirara.

—Miedo no, pero hambre sí, esclava.

Lya lo miró con odio. Sebastián levantó de la bañera y se enjugó a toda prisa.

—Hoy no habrá cena para ti —le dijo—, tampoco desayuno al día siguiente —salió del lugar.

Lya se quedó allí, mirando el agua con atención. Cogió el jabón y lo comió. Sebastián entró en el cuarto de baño para coger algo y la miró horrorizado.

—¿Qué haces?!

Lya giró su rostro y lo miró con ojos huidizos mientras la espuma se deslizaba por su barbilla como las lágrimas por sus mejillas.

—¡Suelta eso!

Soltó el jabón y salió de la bañera sin emitir una sola palabra. Sebastián se acercó y cubrió su escuálido cuerpo con el suyo. Lya se mantuvo cabizbaja todo el tiempo.

—Pídeme perdón y te daré un trozo de pan.

Los ojos de Lya se llenaron de lágrimas.

—Prefiero el hambre, amo.

Sebastián tragó con fuerza antes de cogerla del brazo con violencia. Lya

soltó un quejido de dolor ante la presión que él ejercía.

—Pídeme perdón —le exigió—, es una orden.

La judía soltó un gemido de lamento.

—Nunca —le dijo ella.

Él la soltó de golpe tras fulminarla con la mirada y le dijo con rabia:

—Si te digo que saltes, debes saltar —la miró con ojos flameantes—, si te pido que te arrodilles, debes arrodillarte —Lya mal podía respirar—, eres mi esclava y debes obedecer como tal o todos tus seres queridos pagarán por ti.

El oficial salió del lugar tras exigirle que limpiara la bañera y ordenara todo en el cuarto de baño. Lya limpió todo mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas sin cesar. Estaba cansada y necesitaba desahogarse. Llevaba años sin poder hacerlo. Llevaba años viviendo en el infierno impuesto por su origen. Viendo cómo los suyos morían de las peores maneras inventadas por el ser humano.

—Llora todo lo que tengas que llorar y luego huye de él, huye de tu corazón —negó con la cabeza—, aunque huyas, siempre lo llevarás contigo, Lya —musitó—, siempre.



Sebastián salió de la casa como alma que lleva el diablo después de vestirse y cenar. Necesitaba beber para ahogar su rabia, pero antes, dejó un trozo de pan cerca de la puerta y un vestido de tirantes de color rosa, largo hasta las rodillas para ella. Lya salió con cautela del cuarto de baño y miró asombrada lo que él le había dejado. Cogió el vestido, pero no el pan.

—Prefiero morirme de hambre que pisar mi orgullo.

Sebastián llegó a la casa completamente borracho, no era un hombre de beber, pero aquella noche lo necesitaba. Miró enfurecido el trozo de pan que le había dejado a Lya cerca de la puerta del cuarto de baño. Lo cogió y se dirigió al sótano gritando:

—¿Por qué no has comido, esclava?!

Bajó los escalones con pasos tambaleantes y buscó a Lya con los ojos. Ella yacía en un rincón, al lado de una rata, su amiga de aventuras hacía un par de días.

—Vete, Rita —le dijo ella—, nos vemos más tarde.

Sebastián se acercó a toda prisa y mató al animal de un pisotón. Lya soltó un grito de dolor titánico, un grito que lo ensordeció. Aquella rata era la única amiga que tenía en el mundo. Con ella hablaba y se desahogaba todas las noches.

—¡Nooo! —se levantó y le golpeó el pecho con los puños—, ¡era mi amiga!

El oficial la miró estupefacto. ¿Era amiga de aquella rata repugnante? Lya le golpeó hasta el hartazgo y él no la detuvo. Se quedó mirándola como si fuera la primera vez en su vida.

—¿Por qué me quitas lo poco que tengo?! —sollozó con amargura, como si acabara de matar a su madre y no a aquella rata—, ¿acaso no tienes corazón?

El oficial nazi sujetó sus manos con vigor y la miró con magnitud.

—No, tú me lo arrancaste —le dijo en tono apagado—, el día que me abandonaste —los ojos de la judía se llenaron de lágrimas—, aquel día me convertiste en esto que hoy soy.

Lya lo miró con perplejidad. Por unos segundos, Sebastián volvía a ser él, el hombre sincero que alguna vez conoció.

—No fue la guerra la que me transformó en este hombre, sino tú, Lya. ¡Tú!

El alcohol, el dolor y la gran amargura que cargaba en su pecho habló por él aquella noche. Lya se sentó en el suelo, agotada por las fuertes emociones. Él se sentó a su lado, tan cansado como ella. Lya recostó su cabeza en su pierna sin temor o sin saber muy bien por qué lo hacía. Él, en lugar de rechazarla, empezó a acariciarle la cabeza y a canturrearle la dulce melodía que ella solía arrullarle en el pasado. Emocionada hasta el alma, empezó a llorar, esta vez de alegría. El alma de Sebastián seguía viva en algún rincón de su ser y ella necesitaba salvarla antes de partir de su lado.



Sebastián llamó a Lya desde su habitación tras llegar de una reunión en el club de las SS en el pueblo. La judía apareció en la puerta con un camisón rojo de encaje bastante incitante. El oficial la miró con unos ojos que desprendían fuego y desconcierto. Ella sonrió con aire victorioso al ver su deje.

«Aún sientes algo por mí, Sebastián».

Sebastián era un nazi que tenía una sola debilidad, una judía, Lya.

Se miraron desafiantes por varios segundos.

—Esclava —susurró él mientras se quitaba las ropas—. Te has puesto el perfume que te compré —sonrió con expresión ladina—, así me gusta, que siempre me obedezcas.

Lya estaba hermosa como nunca aquella noche lluviosa. Tenía el pelo suelto y se había puesto un poco de maquillaje. Olía a vainilla, a deseo y a pecado.

—Claro, amo —le dijo ella.

Sebastián se desnudó por completo, dejando a la vista el efecto que ella provocaba en su cuerpo.

«Vaya» pensó Lya, embelesada.

La miró con magnitud antes de acercarse y ponerse detrás de ella. Lya soltó un jadeo cuando sus manos rodearon su pequeña cintura y fue subiendo lentamente por su espalda.

—Estás muy hermosa.

Colocó sus dedos debajo de los tirantes del camisón y los deslizó por sus hombros a la vez que le dibujaba el cuello con sus labios. ¿Tanta era la tentación que ofuscaba por completo su cordura y su ideología?

—Seductora.

Dejó caer el camisón sobre sus pies sin detenerse en sus caricias prohibidas. Su parte íntima rozaba sus nalgas y le advertía lo cercana y dura que estaba.

—Venenosa.

Lya apretó con fuerza al escucharlo. ¿Venenosa? La volteó de manera trepidante y la miró a los ojos con cierta rabia. Estudió su angelical rostro por más segundos del que calculó. Ella, se sorprendió mirando sus labios, deseándolos con toda el alma antes de huir de su vida para siempre.

«Un beso para la eternidad».

—¿Así seduces a tus presas?

Ella colocó sus manos en los pechos del alemán sin desviar la mirada un solo segundo de sus ojos. Sebastián mal podía controlar su respiración. Aquella mujer era su gran debilidad.

—¿Quieres escuchar toda la verdad, amo?

Cada vez que lo llamaba así, la bilis le subía hasta la garganta y le dejaba un sabor muy amargo en la boca. Un puñetazo certero en el estómago le vendría mejor.

—Siempre.

Lya lo miró con seriedad.

—Nunca me acosté con nadie para lograr mis objetivos —apostilló con firmeza—, me bastaba con mirarlos para tenerlos a mis pies.

Sebastián estudió cada rasgo de su rostro con mucha atención. Lya no mentía y si fuera así, era una experta.

—Sé que las SS te enseñaron a detectar la mentira a simple vista —cogió la mano del oficial y la puso sobre su pecho izquierdo, — o a través de los latidos y los ojos.

Sebastián miró su mano sobre aquel pecho que anhelaba llevarse a la boca con ansia feroz. Deslizó la palma por él hasta llegar a su endurecido pezón. Lya soltó un suspiro involuntario cuando le pellizcó con suavidad.

—¿Por qué me cuentas esto?

No dijo su nombre. Tampoco la llamó esclava.

—Porque cuando te seduzca y caigas a mis pies, quiero que sepas que fuiste distinto a los demás, Sebastián.

Molesto, cogió su barbilla con cierta brusquedad y la miró fijo por unos segundos.

—Eso nunca pasará —le aclaró él—, tú eres mi esclava y no yo el tuyo.

Lya apartó su barbilla y cogió su camisón del suelo. Se dispuso a ponérselo, pero él se la impidió de un manotazo.

—Hoy dormirás conmigo —le ordenó—, desnuda.

Se apartó de ella y se metió en el cuarto de baño.

«Jaque mate, Sebastián» musitó ella con el pecho henchido de satisfacción.

Él retornó tras limpiarse los dientes y se acercó a la ventana. Lya no pudo evitar mirar su cuerpo con deseo. Aquel deseo que solo sentía por él y por nadie más.

—Ponte cómoda —le dijo mientras corría las cortinas de la enorme ventana acristalada que se encontraba detrás de la cabecera de la cama—, esclava.

Lya miró maravillada la lluvia que insistentemente golpeaba los cristales como su corazón lo hacía con sus costillas. Sebastián permaneció delante de la ventana unos segundos tras apagar la luz central del cuarto.

«Mi corazón está tan furioso como la tormenta que cae fuera» pensó el alemán. Los relámpagos iluminaban la oscuridad de tanto en tanto.

—¿En qué piensa, amo?

Sebastián soltó un suspiro por lo bajo mientras evocaba lo que vio en uno

de los campos de concentración.

—En el odio.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

—¿Y por qué no en el amor?

El oficial se volvió y la miró con fijeza, lapso en que un relámpago iluminó su sombría mirada.

—Porque el amor duele más que el odio, Lya.

Ella quiso desviar la mirada. Quiso huir de la suya a toda prisa, pero no pudo.

—El odio envenena el alma y el amor la salva.

Sebastián se quedó mirándola por unos segundos.

—El amor mató mi alma, Lya.



El olor de la vida

Días después...

Lya miraba el jardín a través de la ventana de la cocina mientras los recuerdos asaltaban su mente y agitaban su corazón.

Por la mañana, a muy tempranas horas del día, se levantó y subió al cuarto de Sebastián. No tuvo que abrir la puerta, ya que la misma estaba abierta. Con pasos vacilantes entró y se detuvo para contemplarlo. Él dormía como un niño inocente. Con las manos a cada lado de su cabeza y una de las piernas fuera de la sábana de seda de color granate. Deslizó sus ojos en aquella pierna blanca, larga, musculosa y envuelta en vello dorado hasta llegar a sus pechos fornidos. Se movió un poco y dijo algo por lo bajo. El pequeño movimiento hizo que la sábana cediera un poco y dejara al descubierto los vellos cobrizos de su parte íntima. Lya no pudo evitar morderse el labio inferior en un acto reflejo. Aquel hombre, aquel alemán, aquel nazi, despertaba lo mejor y lo peor de ella. Clavó los ojos en el arma del oficial que se encontraba sobre la mesilla de luz.

—Es tu oportunidad de ser libre, Lya —se dijo con un enorme nudo en la garganta—, termina con tu agonía.

Cogería el arma y se daría un tiro en la cabeza mientras él dormía. Daría fin a su sufrimiento y lo castigaría de paso. Era perfecto. Era lo mejor. Dio unos pasos hacia la libertad, pero se detuvo cuando Sebastián se volvió y abrazó la almohada tras decir su nombre.

—Lya...

«Lya. Lya. Lya. Lya» resonó en su cabeza y en su corazón.

La voz de Sebastián recorrió su espalda y la hizo suspirar. Lo miró con ojos empañados por unos segundos eternos. Él se encontraba de bruces sobre la almohada y con el dorso completamente descubierto.

—¿Por qué tuviste que decir mi nombre?

Se sentó en el borde de la cama y lo escrutó con ojos entristecidos. Su piel era tan blanca. Tan suave. Tan delicada. Parecía la de un recién nacido.

Alargó la mano como para tocarlo, pero antes de posarla sobre su espalda, cerró el puño y la apartó.

—Debería odiarte, pero no consigo. Nunca lo conseguiré.

El alemán apareció en la cocina y la sacó de sus pensamientos. Olía a wiski, a perfume varonil y a tabaco. ¿Qué quería? ¿Por qué estaba detrás de ella? Un estrepitoso trueno en el cielo la hizo respingar hacia atrás y chocar contra él. Las cálidas manos del oficial empezaron a deslizarse por sus brazos lentamente, erizándole toda la piel. Reclinó su cabeza y aspiró su aroma con fuerza.

—Hueles a vainilla —le susurró al oído en un tono aterciopelado—, y a pecado.

La cogió por la cintura y la pegó contra su cuerpo. Lya podía sentir incluso sus latidos a través de aquel contacto. Entrecerró sus ojos al sentir la respiración entrecortada de Sebastián contra su mejilla acalorada. ¿Por qué no podía controlar sus emociones? ¿Por qué él no la dejaba respirar sin sentir aquel enorme deseo de llorar? Le recorrió la oreja con la punta de su lengua. Dejando un rastro de su deseo por su piel. Ella jadeó cuando la apretujó aún más contra su cuerpo. Su fuerte cuerpo.

—Entonces ¿prefieres a un ruso antes que a un nazi?

Ella abrió sus ojos de golpe al escuchar su demanda. ¿Le dolió su comentario de días atrás? Habían discutido durante el almuerzo y en un ataque de ira, ella le dijo que preferiría acostarse con un comunista ruso que con un nazi.

—¿Eso te duele, capitán?

Sebastián deslizó el vestido de tirantes por su cuerpo hasta que cayera sobre sus pies. Lya se quedó únicamente con sus medias de seda con portaligas y su ropa interior. Nunca llevaba sujetador. Como en el pasado. La deseaba con locura, pero temía romper las reglas impuestas por su corazón más que por su ideología.

—Te daré un buen castigo, Lya —susurró sin aliento—, un duro castigo.

Ella soltó un jadeo al imaginarse qué tipo de castigo le daría él. Se preguntó si le dolería como la última vez. No soportaría otro golpe suyo sin darle uno a cambio. Sebastián le apretujó los senos con delicadeza mientras rozaba su erección contra sus nalgas. Lya entrecerró los ojos a la vez que se agarraba al borde del fregadero.

—Un castigo que te hará reflexionar.

El alemán exhaló con fuerza y su aliento la embriagó.

—Castígame, capitán —le desafió ella.

Sebastián apretujó sus senos con mucha fuerza tras posar su cabeza sobre su hombro desnudo. Ella soltó un gemido de dolor ante la fuerte presión que ejercía.

—¿No tienes miedo?

Ella osciló con sensualidad sus caderas contra su miembro.

—Nunca tengo miedo, capitán.

Ella se arqueó con osadía y le robó un gemido. El alemán abandonó sus senos y posó sus manos en su cintura. Metió los dedos bajo la goma elástica de su ropa interior. ¿Qué pretendía hacer?

—Eres tan rebelde, Lya.

Le arrancó la ropa interior de un solo golpe y le robó un grito ante el susto. La volvió y la miró a través de sus espesas y largas pestañas cobrizas. Lya deslizó sus ojos en él, que aquella noche llevaba su camisa blanca, sus tirantes y sus pantalones bombachos. Se veía cansado y también excitado bajo la luz de la lámpara. Sus ojos terminaron en su entrepierna y, luego, a cámara lenta, volvieron a subir hasta su rostro.

—¿Su novia no lo satisface, capitán?

Sebastián la miró algo ruborizado. El alcohol solía sedar un poco su habitual cordura, pero aquella mirada que ella le dedicaba, sedaba incluso su alma. Apretó su mandíbula tras pasarse la lengua por sus labios. Lya miró aquel gesto con verdadera adoración. Él se apartó y ella quiso tirarlo hacia sí.

—Nunca me acosté con Helga —dijo él tras coger el bote de la miel del armario—, llevo mucho tiempo sin estar con una mujer.

Posó el bote sobre la mesa y luego la levantó para acomodarla al lado del mismo. Apagó la luz central y encendió unas velas que iluminaron tenuemente el lugar. Se aproximó otra vez y le quitó las medias de seda negra con mucha sensualidad. Se miraron fijo por unos segundos.

—¿Cuánto tiempo, capitán? —quiso saber ella—, ¿Seis meses? ¿Un año?

Sebastián clavó sus ojos en los de ella mientras le acariciaba el pie derecho. ¿Estaba nerviosa? ¿Lya Rubinstein estaba intimidada? Sonrió con chulería antes de coger el bote de miel y abrirlo sin desviar la mirada de la judía un solo instante. Metió el dedo índice en el líquido ambarino tras posar la tapa del bote sobre la mesa. ¿Qué pensaba hacer?, se preguntó ella con un nudo enorme en la boca del estómago.

—Más tiempo —le dijo él con una voz que rezumaba misterio—, mucho más.

Sorprendida, Lya lo miró con ojos evaluadores.

«No tanto como yo, Sebastián».

A continuación, derramó un poco de la miel por su torso. Lya se arqueó en un acto involuntario al sentir el dulce líquido sobre su piel.

—¿Dos años? —insistió ella.

Por un momento, aunque fuera una verdadera locura, consideró decirle que no mantenía relaciones desde la última vez que estuvieron juntos, pero era tan ridículo que prefirió no emitirlo fuera de su cabeza. El alemán dibujó con el dedo los pezones de la mujer. Lya pensó morir de placer ante aquel simple contacto.

—Más —le contestó él antes de reclinar su cabeza y capturar su pezón con la boca.

Lya echó hacia atrás la cabeza cuando el deseo la atravesó como un rayo. Sebastián lamió un pecho y luego el otro con una adoración que la hizo gemir tan alto que temió haber despertado a todos los vecinos. El alemán dibujó un largo camino de lametazos por el abdomen de la judía hasta llegar a su parte íntima donde se detuvo. Alargó la mano hacia el bote y metió dos dedos en el líquido amarillento. Luego repartió la miel por el sexo de Lya, que entrecerró los ojos al sentir las caricias de aquellos dedos. Llevaba años sin ser tocada por un hombre, sin ser tocada por él.

—Tu castigo será sentir placer —dijo con la mirada teñida de malicia—, con cada caricia que te dé yo, un nazi.

Lya lo miró con la boca semiabierta. El oficial sacó la lengua y lamió la miel de arriba abajo y de abajo arriba con verdadera adoración. Lya dobló las piernas en un intento fallido por contenerse ante el placer extremo que él le ofrecía. Él aumentó el ritmo de sus lengüetazos.

—Sebastián —gimió tras aferrarse al pelo del alemán—, oh, Dios...

El capitán no se detuvo hasta sentir el sabor de su placer en su boca. Lya convulsionó cuando el orgasmo la bañó en oleadas. Soltó un gemido ronco y dobló aún más las piernas tras llevar su mano derecha a su cabeza. Sebastián continuaba entre sus piernas, succionando cada gota de su éxtasis.

—Quizá tu ruso no pueda competir conmigo —soltó tras levantarse y lamerse los labios.

Lya se sentó de golpe y lo miró con expresión seria. Sebastián llevó sus dedos a su boca y los lamió con voracidad. ¿La quería matar de deseo? Miró su boca, moría por probarla, saborearla y perderse en ella como en el pasado.

—Nunca estuve con uno, Sebastián. Aún no —lo retó.

El oficial agachó su cabeza y le pasó la lengua por uno de sus senos. Lya apartó su boca de su pecho y sujetó su rostro entre sus manos. Lo miró desafiante por unos minutos. El oficial tenía la barbilla algo pegajosa. Ella reclinó la cabeza y le pasó la lengua para saborear la miel de su mentón.

—Pídeme un beso —le dijo él—, pídemelo, esclava.

Lya alargó el brazo izquierdo y untó su dedo índice con la miel. Luego dibujó los labios del alemán con él.

—Nunca, capitán.

Él moría por besarla, pero ni bajo tortura pensaba ceder a sus bajos instintos y, mucho menos, pisar su palabra.

—¿Cuánto tiempo llevas sin estar con una mujer, capitán?

Sebastián abrió la boca almibarada como para replicarle, pero la volvió a cerrar cuando ella le lamió los labios con la punta de la lengua de un modo muy provocativo. Sebastián encorvó la espalda y puso las manos a cada lado de las caderas de Lya. Acercó su rostro al de ella y la miró fijo.

—Te diré la última vez que estuve con una mujer.

Lya se sorprendió mirando sus labios, se sorprendió deseando aquellos labios con todo su ser. Él deseaba lo mismo, pero temía perder el control por completo.

Deseo.

Deseo.

Deseo.

El deseo flotaba entre los dos desde el primer día que volvieron a verse.

Locura.

Locura.

Locura.

Aquello era una dulce locura. La locura que encadenó sus almas en el pasado. Ella levantó la vista y lo oteó expectante.

—Contigo —le dijo él con firmeza.

Lya lo miró como si acabara de darle una bofetada. ¿Sebastián no volvió a estar con otra mujer? ¿No dejó que otra mujer borrara sus huellas? ¿Por qué?

«Por la misma razón que tú» se dijo al evocar a Saúl, el judío idéntico a Sebastián que casi logró lo imposible, conquistar su corazón encallecido. Pero, cuando probó sus labios, su corazón lo rechazó, porque, aunque tuviera un cierto parecido a Sebastián, no lo era. No era él.

—¿Por qué me miras así? ¿Tan increíble es?

Lya estaba desnuda en la mesa, con la piel pegajosa y el corazón latiéndole

a mil por hora. Sebastián seguía reclinado sobre ella. Mirándola con embeleso. Con añoranza. Con curiosidad. Con deseo.

—Tras estar con varios nazis, puedes calificar al mejor, Lya.

Aquello fue como recibir una bala a quemarropa. Lya lo apartó y se levantó de la mesa. Cogió su vestido del suelo, pero no se lo puso, ya que necesitaba limpiarse primero.

—Con el último nazi que estuve —dijo ella tras acercarse a la puerta—, fue contigo, Sebastián.

El capitán abrió mucho sus ojos. Lya se volvió y lo encaró con ojos centelleantes. Él seguía mirándola con el mismo deje.

—¿Por qué no te acostaste con otra mujer en todo este tiempo, Sebastián?

Él acertó la distancia y sujetó la barbilla de la judía. Lya decía la verdad. Sus ojos lo confirmaban.

—Supongo que por la misma razón que tú, Lya.

Lya bajó la mirada tras apartar su barbilla.

—Eso es imposible, Sebastián.

Él reclinó la cabeza sobre la de ella y suspiró hondo, tan hondo que ella sintió el cálido aliento por su cuero cabelludo.

—Tu corazón sabe por qué no lo hice, Lya.

Ella entrecerró los ojos.

—Como el tuyo sabe por qué no lo hice yo, Sebastián.

En el infierno

En la fábrica de la muerte, Auschwitz-Birkenau, los hornos funcionaban día y noche. Los gritos de miedo y los gritos de odio se mezclaban en un solo alarido, en un solo canto del terror. Las cenizas de aquellos inocentes flotaban en el aire junto con el olor nauseabundo que expedían muchos prisioneros enfermos de tifus, tuberculosis, gripe, disentería y otras tantas enfermedades mortales.

—Magda —dijo Martín al cruzar el portón principal—, por favor, no me dejes —le dolía respirar—, eres una guerrera y saldrás de esta.

Los guardias de las SS realizaban la inspección diaria tras la cena. Los oficiales caminaban vestidos de negros como representantes fieles de la muerte.

—Heil, Hitler! —saludó Martín a uno de los soldados—, te traje lo prometido.

El soldado revisó la bolsa con interés.

—Perfecto, teniente.

Allí todo era negociable, menos la muerte.

—Nadie sabrá que visita a la prisionera del bloque 23 —le aseguró el guardia—, vigilaré y si veo algo sospechoso, le doy un toque.

En Auschwitz la vida humana valía menos que nada; ni siquiera se fusilaban a los prisioneros porque una bala era más valiosa.

—Heil, Hitler! —le dijo Martín tras dedicarle el saludo nazi.

El soldado lo miró con cierto asombro. Era un oficial joven y bastante atractivo, podía tener a cualquiera, pero, al parecer, estaba coladito por la prisionera con tifus, la moribunda de los ojos rasgados.

—Quizá fue guapa alguna vez —musitó el soldado.

El teniente caminó hacia el bloque donde estaba Magda.

—No consigo respirar —se dijo con agonía—, ¿en qué nos hemos convertidos, señor?

Recorrió el lugar con el alma a sus pies mientras el olor peculiar del sitio asaltaba sus fosas nasales. Había cámaras comunitarias donde se usaba un gas llamado Zyklon B para matar a miles de personas, le dijo Otto, uno de sus compañeros, el otro día. Los cuerpos, algunos aún con vidas, eran arrojados a

los hornos sin piedad alguna. Muchos eran niños. Se detuvo en seco cuando vio unos cuerpos cerca de uno de los hornos. Una mujer mayor aún se movía. Se acercó y le avisó a uno de los guardias encargados, que sin rechistar le disparó en la cabeza.

—Dios mío —dijo con un enorme nudo en el pecho.

Martín tragó con fuerza. La crueldad formaba parte de un soldado de las SS, era primordial para formar parte de aquella elite del horror. Él era uno de ellos. Aunque no pensaba como ellos, llevaba el uniforme. Llevaba la insignia. Llevaba el tatuaje. Pero no el corazón. En el futuro, pesará más el uniforme que sus sentimientos y pensamientos.

«Todos los alemanes seremos aniquilados por los rusos y los aliados, Martín. Nadie se salvará de la primera condena y, mucho menos, de la segunda, de la de Dios» le dijo uno de sus compañeros el otro día.

—¡Inspección! ¡Inspección! —gritó un soldado de las SS.

Había que formar filas frente a las literas, se producían registros y a veces interrogaban a algunos prisioneros que no se veían nada bien para saber si mandarlos o no a la cámara de gas o esperar que murieran por causas naturales.

Los niños corrían por el lugar con sus caritas sucias de mocos y repletas de ronchas como si estuvieran en un parque. Martín se preguntó si sus almas sobrevivirían tras la guerra.

—La inocencia les protege —susurró el teniente mientras evocaba lo que Magda le dijo ayer detrás del barracón.

—Era de noche cuando llegué a Auschwitz-Birkenau. Recuerdo el ruido del portón metálico al abrirse.

Ella tenía la cabeza recostada contra su pecho mientras él le tocaba la cabeza repleta de pequeñas ronchas.

—El aire tenía olor a carne quemada —hizo una pausa—. Luego vinieron las órdenes, las luces, los golpes de culata contra la chapa del vagón, los disparos, los pitidos, los chillidos y llantos, muchos llantos de niños, mujeres y ancianos. Algunos bebés fueron cruelmente asesinados frente a sus madres, que terminaron muertas con una bala en la cabeza tras ignorar las órdenes de los guardias. Los perros ladraban tan alto como ellos.

Ella abrió mucho sus ojos.

—En medio de toda la desesperación, se escuchaba una sinfonía de

Beethoven impecablemente silbada con la más absoluta calma por un capitán, un Hauptsturmführer, llamado Mengele.

Martín volvió al presente de golpe cuando un soldado dijo a voz en grito:

—¡Doctor Mengele!

«Doctor de la muerte, el ángel de la muerte» le dijo Magda el día anterior. Martín se detuvo para saludarlo.

—Heil, Hitler!

Magda nunca tuvo miedo a nada ni a nadie hasta que lo conoció, hasta que conoció al ángel de la muerte, al hijo del diablo que solo repartía dolor y crueldad en el campo.

—Heil, Hitler! —saludó el hombre con la mirada fría y la voz tenue.

El oficial pasó cerca de Martín. El teniente observó con cautela su uniforme impecable, los guantes blancos impolutos y la Cruz de Hierro sobre la pechera de la guerrera; una medalla que sólo se ganaba en combate.

—Ese hombre mata sin piedad a niños y mujeres embarazadas —le dijo Magda, temblando—, es una bestia, Martín.

Se paró delante de un grupo y señaló a dos hermanos gemelos de unos diez años. La madre se puso de rodillas implorando que no se los llevase.

—Los gemelos eran los favoritos del doctor Josef Mengele —le dijo Magda—. Los usa en sus macabros experimentos genéticos para averiguar cómo hacer que las mujeres alemanas dieran a luz gemelos y así multiplicar los nacimientos arios.

Martín volvió al presente cuando la mujer que rogó por sus hijos acababa de recibir un disparo en la cabeza.

—¿Alguien más dirá algo? —gritó el soldado mientras Mengele se limitaba a llevar a los gemelos a su laboratorio del terror.

Apretó con fuerza los dientes y los ojos antes de encender un cigarro. Lo caló hondo mientras esperaba la señal del soldado con quien negoció. Magda tenía mucha fiebre y Martín no conseguía medicamentos para su enfermedad. Recorrió casi toda la ciudad para hallarlos, pero no los consiguió.

—Teniente —le dijo el soldado—, puede pasar.

La amiga de Magda lo llevó hasta su litera maloliente. Una de las presas tenía disentería y todo el lugar olía a mierda. Magda estaba muy mal, había

vomitado todo lo que él le había dado por la mañana.

—Se muere, señor —le dijo la amiga de Magda—, anoche perdió mucha sangre al toser.

Magda tenía tifus. Magda estaba condenada. Martín se acercó a ella y la cogió en brazos como le prometió por la mañana. La cubrió con una manta que él le había traído días atrás y la llevó detrás del barracón donde podían ver las estrellas aquel otoño que poco a poco se despedía. Las lágrimas al fin se hicieron presentes y rodaron una tras otra por sus mejillas. Nunca, en toda su vida, sintió aquel dolor indescriptible en el corazón. Magda respiraba con mucha dificultad.

—Hay muchas estrellas —dijo con la mirada vacía—, me convertiré en una y te guiaré siempre, monito.

Martín sollozó, no podía más con aquella pena tan grande que cargaba desde que ella le dijo que su hora había llegado y que el viaje era inevitable. Pero que ella viviría siempre, aunque no la viera.

—No me dejes, mariposa —le rogó él tras sentarse en el suelo y estrecharla con afecto—, no podré vivir sin ti, no...

Ella colocó un dedo sobre sus labios y le dijo con la voz entrecortada:

—No llores, monito.

Martín lloraba como un crío pequeño.

—Imagínate que estamos en nuestro pueblo, corriendo por el campo hasta llegar a la casa abandonada —sonrió con tristeza—, nunca llores a otra allí, monito —él se rompió a llorar un poco más—, es nuestro templo...

Magda alargó la mano y la deslizó por su cara mientras las fuerzas la abandonaban lentamente.

—Nunca te dije algo, Martín.

Él negó con la cabeza, no quería escucharlo, porque ella le dijo una vez que solo le diría aquello antes de partir de su lado.

—No lo digas, por favor —le rogó él, sollozando con desfallecimiento—, no lo digas...

Magda entrecerró sus ojos y le dio una dirección. Él conocía aquel sitio, allí la encontró cierta vez. No comprendía por qué le pedía que fuera a ese lugar.

—Debes irte, monito, prométemelo, por... fa... vor...

El pecho de la joven subía y bajaba sin parar. Martín sabía que la hora había llegado y el dolor que sentía, prometía matarlo. Ella le rogó una vez más que fuera al lugar, que allí encontraría su corazón, la razón que le prometió

hacía un par de días atrás cuando él amenazó con darse un tiro tras su muerte.

—Iré —le dijo al fin él—, lo prometo.

Una estrella fugaz cruzó el cielo y ella sonrió emocionada ante el pequeño milagro.

—Martín Ackermann, ante las estrellas más brillantes y ante Dios, quiero que sepas que fuiste mi primer y único amor.

Martín reclinó su cabeza sobre la de ella y la miró con amor infinito bajo la luz plateada de la luna, que reinaba con majestuosidad aquella noche.

—Magda Schreck, siempre serás la única dueña de mi corazón —le dijo con un temblor en la voz—, te amé desde el primer día que te vi con aquel vestidito rojo de tirantes —ella lo miró sorprendida—, ¿pensaste que no me había fijado en ti? —ella lloró—, no podía arrancarte de la cabeza y cuando te acercaste por primera vez, temblé como una hoja ante la enorme emoción.

Sus lágrimas se entremezclaron en una sola pena.

—Como yo, Martín, nunca pude quitarte de la cabeza tras conocerte.

El teniente reclinó su cabeza y capturó sus labios en un último beso de amor.

—Martín... —susurró sobre sus labios—. Algún día irás a Nueva York y me cantarás aquella dulce canción escocesa que tanto me gusta —sonrió con tristeza—, Auld Lang syne.

—Un poema de Robert Burns —dijo él, anegado en lágrimas—. Lo aprendí muy bien, mariposa.

Ella lo miró con amor infinito.

—Muy bien, monito.

Martín, a pesar del dolor que sentía, le canturreó:

*¿Deberían olvidarse las viejas amistades
y nunca recordarse?
¿Deberían olvidarse las viejas amistades
y los viejos tiempos?*

*Por los viejos tiempos, amigo mío,
por los viejos tiempos:
tomaremos una copa de cordialidad
por los viejos tiempos.
Los dos hemos correteado por las laderas
y recogido las hermosas margaritas,*

*pero hemos errado mucho con los pies doloridos
desde los viejos tiempos.*

*Los dos hemos vadeado la corriente
desde el mediodía hasta la cena,
pero anchos mares han rugido entre nosotros
desde los viejos tiempos.*

*Y he aquí una mano, mi fiel amigo,
y danos una de tus manos,
y jechemos un cordial trago de cerveza
por los viejos tiempos!*

Magda dejó caer sus manos lentamente a un lado.

—T... e... a... m... o...

Martín lloraba a lágrima viva.

—No dejaré que te mueras, mariposa.

Martín, con las lágrimas congeladas en las mejillas, le rogó que no se fuera. La llevó a su barracón a toda prisa y le pidió a su amiga que la cuidara mientras él iba a por las medicinas que ella necesitaba.

—Magda, mi amor —dijo una y otra vez—, mi amor, por favor, aguanta —le suplicó llorando—, volveré con las medicinas y te salvaré.

Antes del amanecer, retornó al campo con las medicinas que Magda necesitaba, pero, al llegar al barracón, Magda y su amiga ya no estaban en el lugar. El corazón le latía con tanta fuerza que pensó que le rompería el esternón. Los ojos le escocían y los pulmones le ardían.

—¿Dónde estás? —dijo desesperado—, Magda —musitó ahogado por la pena—, no, mi amor, no...

El soldado que lo ayudaba, se acercó y le dijo que Magda y su amiga fueron gaseadas dos horas después de su marcha. Martín dejó caer las medicinas y luego perdió las fuerzas, cayéndose de rodillas ante el terrible dolor que sentía en el pecho.

—No, Magda.

Martín levantó la vista y escrutó con el corazón roto el espeso y oscuro humo que salía de la chimenea.

—Eres libre, mi amor.

—*Cuando salga de aquí iremos a Nueva York en invierno y nos daremos*

un beso en la estatua de la libertad, Martín. Nevará, lo puedo ver —le dijo tiempo atrás, mientras huían de unos nazis—. ¡Seremos libres! ¡Libres!

El soldado se compadeció de él y le alargó un pañuelo, que él declinó con un cabeceo antes de levantarse.

—Estoy orgulloso de mis lágrimas —le dijo—, iré al lugar como te prometí y luego terminaré con este dolor, mariposa.

¿Cómo le daría la noticia a Emma? ¿A sus padres? ¿A sus sobrinos? El soldado lo llamó y le dio un puñado de cenizas envueltas en el pañuelo que él rechazó minutos atrás. Martín no preguntó si aquellas cenizas eran de ella, prefirió pensar que así lo era.

—Gracias.

El soldado se alejó tras asentir con la cabeza. Martín besó el pañuelo antes de meterlo en el bolsillo de la guerrera, al lado de su corazón.

—Siempre te llevaré conmigo, mariposa.

Cogió el coche y se marchó al lugar llorando a lágrima viva todo el camino. Se secaba las lágrimas con la manga de la guerrera inútilmente. Tras unas horas de viaje, atravesó la frontera y se dirigió al bosque y buscó la casa que Magda le indicó. Unos hombres aparecieron detrás de él con armas.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —le preguntó alguien en un alemán bastante precario—, ¿eres Martín Ackermann?

Aquello lo sorprendió bastante. Se volvió con las manos en actitud de rendición y miró a los hombres con atención. Algunos eran alemanes y otros polacos. Eran de la resistencia.

—Sí, soy él —les dijo con la voz afónica tras tanto llanto—, Magda me envió aquí.

Uno de ellos le revisó y le quitó su arma.

—¿Podrías terminar con mi agonía? —le dijo él, con lágrimas en los ojos—, Magda...

—Murió —soltó uno de ellos—, tu llegada nos advirtió esa posibilidad.

Ella había pensado en todo. De pronto, una mujer mayor apareció con una niña entre brazos. Tenía unos diez meses como mucho. Cuando Martín la miró, supo al instante quién era la madre. Sus rasgados ojos verdes, su nariz de botón y su pelo oscuro eran idénticos al de ella.

—Es María Magdalena, pero su madre la llamaba Maggie —le dijo la mujer—, su hija, teniente.

Martín cayó de rodillas ante la mujer y lloró con toda el alma. La niña,

asustada, empezó a llorar. La mujer la colocó entre sus brazos llorando con la misma amargura. Ella no estaría allí de no ser por la ayuda de su mariposa, le dijo mientras él solo podía llorar ante el pequeño milagro que Magda le regaló.

—Ella nos dijo que tarde o temprano pasarías al lado correcto.
Y ella tenía razón. Ella siempre tenía razón.

Entre el bien y el mal

Lya limpiaba los platos en la cocina cuando Sebastián la llamó desde la sala con cierta impaciencia. Se secó las manos y se enfiló hacia la estancia con pasos firmes y sin rechistar. Debía comportarse bien para poder volver a ver a Dirk, o, caso contrario, jamás volvería a verlo. Sebastián andaba muy nervioso aquellos días, se enfadaba con mucha facilidad, en especial cuando ella soltaba bromas pesadas contra los nazis o amenazaba con ir a la cama con el primer ruso que se le cruzara en el camino.

—Amo —dijo ella en un susurro.

Bajo el umbral de la puerta, miró al oficial, que estaba sentado en su sofá con el torso desnudo y la mirada pétrea. Lya no pudo evitar admirar su abdomen esculpido y blanco como la nieve. Sebastián no tenía tiempo para tomarse un baño de sol desde que empezó la guerra. Realzando así su condición aria.

—Ven aquí —le dijo él con poca delicadeza—, siéntate en mi regazo.

Lya frunció el entrecejo antes de obedecerlo. Se sentó sobre su pierna derecha con cierto temor. Sebastián recostó su cara en su espalda y la olisqueó.

—Me gusta tu aroma —le dijo con voz seductora al tiempo que le besaba la nuca—, hueles a vainilla y a pecado, Lya.

Siempre le decía lo mismo. Y con el mismo tono. Cogió algo tras apartarse de ella.

—Gírate —le exigió—, alarga la mano derecha.

Ella obedeció. Sebastián cogió una alianza de oro y la deslizó por su dedo anular sin desviar la mirada de su rostro. Con una sonrisa ladina, le dijo:

—Es tu anillo de compromiso.

Ella miró la joya con ojos curiosos. ¿Anillo de compromiso? Sebastián la miró con intensidad.

—Mira lo que mandé grabar en ella —le aconsejó él.

Lya se quitó la joya y leyó lo que él había mandado inscribir en ella días atrás.

«Esclava de un nazi».

Apretó con fuerza los dientes al tiempo que él cogía el anillo y volvía a

ponérselo. Luego la cogió de la barbilla con cierta brusquedad y la obligó a que lo mirara a los ojos.

—Eres mía, Lya —le dijo con posesión—, los perros tienen correa y los esclavos cadenas —acotó con voz grave—, tú tienes este anillo.

La judía desvió la mirada mientras él reclinaba su frente contra su brazo. El simple contacto la hizo suspirar en un acto reflejo. Aquel hombre tenía un poder indescriptible sobre su propia voluntad.

—Tu piel es tan suave —le dijo—, vuélvete —le ordenó.

Lya se puso de espaldas y él la acomodó mejor entre sus largas piernas.

—Quiero verte siempre así —le dijo al tiempo que le bajaba un tirante del vestido—, limpia y perfumada —le bajó el otro—, esperándome con ansia—, rodeó los pechos de la mujer con sus grandes manos—, dispuesta a satisfacerme en todo.

Lya quería protestar, huir de sus garras, pero él tenía razón, ella era su esclava. Esclava de su alma.

—Dócil y sumisa.

Sebastián siempre la tocaba, pero nunca la besaba ni la hacía suya como en el pasado, respetando al pie de la letra las leyes impuestas por los suyos. Lya soltó un gemido de placer cuando sus manos acariciaron con lascivia sus senos y sus labios su oreja.

—Lo prohibido tiene otro sabor.

El alemán deslizó sus manos hasta su parte íntima y se adentró en ella de manera lenta, pero segura. Un dedo, luego dos fueron abriendo camino en su interior.

—Gime para mí, Lya —le pidió—, no por temor, sino por placer.

Ella quería negarse, desobedecerle, pero su cuerpo terminó entregándose al deseo sin mucha resistencia. Aumentó el ritmo de sus caricias y ella se aferró a sus brazos mientras una oleada de placer la bañaba entera. Sebastián fue implacable y no se detuvo hasta hacerla gritar.

—Así, entrégate a tu amo.

El oficial apretujó un seno con una mano entretanto la otra la exploraba con frenesí. Lya reclinó su cabeza contra su pecho y se dejó ir por el delicioso clímax que aquel hombre le ofrecía.

—¿Te gusta?

—Mucho —susurró entre convulsiones.

Sebastián la miraba a través del espejo que se encontraba frente a ambos.

—Así —le jadeó él sin detenerse en sus caricias—, disfruta, gime para mí.

Lya tenía los senos desnudos y las piernas bien abiertas. Su vestido se había arremolinado alrededor de su cintura y él podía verla en todo su esplendor a través del cristal.

—Nadie te tocará como yo, Lya.

Verla entregada a sus bajos instintos lo incitaba de un modo inexplicable.

—Disfruta, esclava.

Lya abrió sus ojos de golpe y se encontró con los de él. Se miraron por unos segundos eternos mientras él seguía tocándola de aquel modo tan delicioso y pecaminoso.

—Eres mía, Lya, solamente mía.

Quería odiarlo, pero no podía. Aquel sentimiento oscuro que se apoderaba de su corazón era mucho más fuerte que el amor o el odio. Podía vivir sin el aire, pero no sin él, no sin su amo.



Sebastián se arregló la pajarita blanca de su elegante traje de fiesta mientras Lya se arreglaba en el cuarto de baño para él, solamente para él. Se puso el vestido rojo de satén con escote palabra de honor, ajustado y adornado con un gran lazo lateral en la cintura que él le había dado horas atrás. Un vestido sencillo, sensual y elegante. Tras maquillarse y recogerse su larga melena en un rodete al estilo romano, salió y se encontró con él, con su tormento hecho hombre. El nazi se volvió y la miró con expresión pétrea al tiempo que se acercaba a ella con algo entre manos.

—El vestido te va muy bien —le dijo en tono ronco.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Lya, y la hizo gemir en un acto involuntario. Sebastián se puso detrás de ella y la miró a través del espejo de la peinadora. Lya tragó con fuerza cuando el cálido aliento del alemán le recorrió la nuca y le erizó toda la piel.

—Es una lástima que no pueda llevarte a la fiesta —le susurró al oído—, estás preciosa —le colocó una gargantilla de rubíes—, faltaba esto para realzar tu delicioso cuello.

Tras colocarle la gargantilla, posó sus manos en su cintura y la apretujó con cierto vigor. Lya soltó un gemido de dolor. Sebastián sonrió con expresión taimada.

—Mírame —le ordenó y ella obedeció sin rechistar—, este vestido no es apropiado para ti —le susurró y le quitó el mismo a cámara lenta—. Ninguno puede competir con tu desnudez.

La tela se deslizó por sus senos lentamente hasta caer al suelo, cerca de sus pies. Sebastián la miró con voracidad mientras sus manos se adueñaban de sus pechos. Aquellas blancas y suaves manos cubrieron por entero sus atributos.

—Mírame —le ordenó por segunda vez—, mira a tu amo.

Lya obedeció con el corazón latiéndole a mil por hora. Quería controlar sus latidos y aquel deseo voraz que le quemaba las entrañas cada vez que lo tenía cerca.

—Tu cuerpo es el altar de mi deseo —jadeó el alemán mientras succionaba el lóbulo de su oreja—, despiertas lo mejor y lo peor de mí, Lya.

¿Aún conseguía despertar el otro lado? ¿El lado menos oscuro? Sebastián rozó su creciente erección contra sus nalgas y la hizo jadear en un acto reflejo.

—¿Quieres que te bese?

Ella entrecerró sus ojos antes de asentir. Sebastián nunca la besó en los labios y se juró que jamás lo haría mientras el odio comandara su corazón. La llevó hasta el sofá que se encontraba cerca de la cama y le pidió que se sentara en él. Lya llevaba únicamente la gargantilla y los zapatos de tacones de color rojo.

—Tengo tiempo.

¿Qué quería decir con aquello? ¿Qué pretendía hacer? El alemán visualizó su reloj de pulsera antes de arrodillarse frente a ella.

—Suficiente para mis pretensiones.

Le separó las piernas con suma delicadeza y dibujó un largo camino de besos por sus muslos hasta llegar al centro de su deseo. Levantó la mirada y la vio jadear con cierto nerviosismo.

—Ofréceme lo que me pertenece —le dijo con voz insinuante—, esclava.

Cada vez que la llamaba de aquel modo, las ansias de arrancarle la cabeza volvían a ella.

—Obedece —le dijo él con poca delicadeza.

Lya temblaba de miedo y de deseo al tiempo. El oficial de las SS depositó un beso en su parte íntima, luego la abrió con la punta de la lengua hasta adentrarse por completo en ella. Lya arqueó la espalda al sentir la caricia. Se aferró al sofá con todas sus fuerzas y gimió con cada lametazo de aquel hombre.

—Así, ábrete más, Lya.

Sebastián levantó sus piernas y las acomodó sobre sus fuertes hombros sin detenerse en sus besos lascivos. Lya no resistiría mucho tiempo, nunca conseguía hacerlo. Sebastián era implacable y cada roce de su lengua la abrasaba más y más, a tal punto que, pensó que se partiría entre sus brazos.

—Gime para mí —le pidió tras apartarse un poco—, para tu amo.

El aliento del alemán despertó cada fibra de su cuerpo.

—Quiero sentir el sabor de tu entrega —le dijo antes de hundir su lengua en su hendidura y hacerla gemir de placer en pocos segundos—. Así, esclava —farfulló al tiempo que aspiraba el aroma de la mujer—, no te guardes nada —succionó sus labios con apetito.

Lya convulsionó contra la boca del oficial cuando el placer la bañó entera.

—Exquisito.

Después se relajó y recuperó el control de sus emociones. Lo miró con expresión desafiante mientras él se perdía en aquellos besos prohibidos para su raza. ¿Un nazi de pura cepa arrodillado ante una judía? ¡Era inaceptable según la ley aria! Levantó sus ojos azules y la miró con expresión de satisfacción.

—Lo vedado sabe tan bien —le dijo tras levantarse—, te llevaré conmigo a la fiesta, esclava —se pasó la lengua sobre los labios—, muy dentro de mí.

Se metió en el cuarto de baño para limpiarse la boca. Lya se mantuvo en su sitio tal cual como él la había dejado, con las piernas abiertas y el corazón desbocado. Sebastián se lavó la boca al tiempo que se miraba al espejo con expresión de confusión. Podía mentirle al mundo entero, pero no a él mismo. Aquello que latía con frenesí en su pecho no era odio, en absoluto.

—No olvides lo que te hizo —se dijo tras secarse la boca con la toalla—, nunca.

Salió con la mirada algo perdida.

—Espérame en la cama —le dijo antes de ponerse su chaqueta de gala—, desnuda e indefensa —acotó con una sonrisa de lado—, como me gusta.

Desde que el invierno se instaló en tierras alemanas, dormían juntos, completamente desnudos. Sebastián la estrechaba con fuerza contra su cuerpo, pero nunca intentaba mantener intimidad.

Lya no dijo nada, se limitó a mirarlo mientras cruzaba las piernas con sensualidad. Sebastián tragó con fuerza, deseoso de volver a poseerla con la boca, de sentir su sabor vedado, de aspirar sus orgasmos y guardarlos en su interior.

—Intenta no echarme de menos, Lya —le dijo en tono seductor.

Se acercó a ella y se reclinó a la altura de su cara.

—Si logras hacerlo usted, capitán.

Sebastián rozó su nariz con la de ella, y soltó un jadeo que Lya aspiró con los ojos entrecerrados. El alemán acercó sus labios, pero no tocó los de ella.

—Buenas noches, Lya.

Lya moría por probar sus labios tras tantos años y él era consciente de ello. Castigarla donde más le dolía era la única manera de domar su alma rebelde y satisfacer la suya al mismo tiempo.

—Buenas noches, amo.

Sebastián sonrió de lado, una sonrisa desencajada que dejó al descubierto un trozo de su ánimo. ¿Acaso le dolió lo que le dijo o cómo le dijo? Lya sonrió antes de levantarse y exhibir su desnudez ante el nazi, que se limitó a apretar los dientes. Ella se acostó con sensualidad en la enorme cama matrimonial.

—Aquí estaré, amo.

La miró antes de cruzar la puerta de la habitación.

—Pensando en mí —soltó él, sonriendo.

«Así es, Sebastián».

Mientras bajaba las escaleras, el capitán pensó en ella y en lo que despertaba en él.

—¿Quién es esclavo de quién en esta historia? —se dijo antes de atravesar la puerta principal de su casa.

«Algún día invertiremos los papeles, Sebastián Ackermann» pensó Lya con una sonrisa maliciosa.



Dirk y sus primos bajaron al sótano como todos los días para jugar con Dika y Manuel. La niña no se encontraba muy bien de salud, así que, Dirk se encargó de cuidarla mientras sus primos y Manuel jugaban. La niña de ojos azules clarísimos y pelo oscuro como el ónix tenía mucha fiebre y mal podía comer sin vomitar. Dirk le puso un paño húmedo en la frente como le recomendó Emma, minutos atrás. La niña lo miró con timidez.

—Te traje una chocolatina, Dika.

Ella se ruborizó aún más.

—Gracias —dijo en voz baja.

Peter se acercó y le dio un beso a la niña.

—Espero que pronto te cures —le dijo—, pronto saldremos a jugar en la nieve.

Dika asintió.

—Bebe un poco —le dijo él con cariño.

Peter le dijo que un día se casaría con Dika, a lo que Dirk le replicó:

—Yo me casaré con ella.

Peter se puso pensativo unos segundos. Dirk le dijo que le regalaría uno de sus trenes si lo dejaba casarse con Dika.

—Está bien, primo.

Paul miró a su gemelo con atención.

—¿Por qué no pensé en eso yo?

Dirk y Peter se encogieron de hombros.

—Es un buen negocio, Dirk.

—¿El amor?

Peter se puso pensativo.

—¿Sí?

—Me sale un poco caro, Peter. ¡Ese tren vale un ojo de la cara! —se puso serio—, eso me dijo mi madrina cuando me lo regaló.

Sus primos se miraron y luego miraron a Dirk.

—¿Ella vendió un ojo? —demandó Paul, intrigado—, pero si tiene los dos —enarcó ambas cejas en un gesto de confusión.

Dirk asintió algo suspicaz.

—Uno es de cristal y se lo quita para ir a dormir, Paul —repuso Dirk—, eso me lo imagino.

Udo ladeó la cabeza.

—¿Uno de sus ojos es de cristal?

Dirk asintió.

—Deberíamos adivinar cuál de los dos es de cristal —apostilló Peter—, el que adivine, ¡se ganará algún juguete!

Lya se acercó con su muñeca y se acostó al lado de Dika.

—¡Sí! —chillaron a coro los niños.

Peter se puso serio.

—¿Tío sigue enfadado por lo que hicimos con la salsa de Helga?

Dirk puso los ojos en blanco antes de colocar su dedo índice sobre sus labios.

—No fue nuestra culpa que la salsa estuviera tan condimentada, Peter.
Su primo lo miró con extrañeza.

—Paul y yo pusimos pimienta negra en la salsa como nos pediste, ¿no lo recuerdas?

Dirk negó con la cabeza.

—No digas en voz alta, primo —miró hacia las paredes—, las paredes tienen oídos según el tío Martín —se puso serio—, aunque nunca los encontré.

Paul y Peter asintieron.

—Tampoco nosotros, Dirk. ¡Es una mentira! Las paredes no tienen oídos —hizo una pausa—. ¿O son invisibles? —Se pusieron a analizar tal posibilidad—. ¡Son invisibles!

—¡Sí! —chillaron al llegar a la misma conclusión.

Chocaron los cinco.

—Podrías haber matado a Helga —señaló Peter—, es alérgica a la pimienta y podría ser fatal —asintió—, aunque no sé qué significa la palabra fatal.

Dirk sonrió con malicia.

—Si Helga vuelve a cantarme antes de ir a la cama, me moriré yo de una alergia musical.

Todos sus primos lo miraron con asombro.

—¿Eso existe?

Dirk asintió.

—Se nota que no la habéis escuchado, ¡canta horrible! Me da dolor de cabeza, al igual que su perfume y su llanto. Siempre está llorando como una niña.

—¿Por qué llora?

—Porque mi papá no la quiere.

—Ah...

Miraron a Dirk con atención.

—¿Y por qué no la quiere? —quiso saber Udo.

Dirk miró a Dika con ojos soñadores.

—Porque mi papá quiere a la mujer del dibujo, a la mujer de la estación, la mujer de su vida.

—¿Cómo lo sabes? —le inquirió Peter.

—Una vez lo encontré llorando en su despacho mientras miraba el dibujo de la mujer y le decía: Eres la mujer de mi vida, a pesar del tiempo y la distancia. No sé qué significa, pero suena muy bonito ¿no?

—Mi papá le decía a mi mamá algo parecido —soltó Paul, entristecido—, luego mi mamá le decía lo mismo.

Dirk miró a Dika.

—Tú eres la niña de mi vida, Dika.

Todos resoplaron.

—Envidiosos...

Por la noche, mientras Sebastián firmaba unos permisos, Dirk entró en su despacho tras golpear la puerta. El oficial lo miró con atención antes de bajar su pluma sobre un documento.

—Hola, hijo. ¿Pasa algo?

Lya estaba cerca y los escuchó. Dirk se acercó a la mesa y miró a su padre con ojos curiosos. Sebastián lo miró fijo.

—Papá —dudó unos segundos—, quiero casarme con Dika.

Lya soltó un gemido de ternura al escucharlo. Sebastián se levantó y se aculilló delante de su hijo y lo miró con infinita dulzura. Deslizó su dedo índice por el puente de su naricilla y suspiró hondo.

—Eres muy pequeño aún para esos compromisos tan serios, hijo.

Dirk asintió sin mucha convicción.

—Esos son cosas de adultos.

El niño ladeó la cabeza con una expresión de duda estampada en la cara. Sebastián sonrió.

—Yo la quiero mucho, papá —afirmó con rotundidad—, como tú a Lya.

Las rodillas de la judía flaquearon ante lo que Dirk acababa de decir. ¿Por qué dijo aquello?, se preguntó el oficial con el ceño algo desencajado. Dirk deslizó su dedo por su nariz al ver su mueca de asombro.

—Lya me dijo que una persona debe casarse solo por amor —acotó el niño y Lya temió que dijera algo más—, ¿cuándo se casarán?

Sebastián alzó ambas cejas y Lya llevó su mano derecha a su pecho en un acto reflejo.

—¿Quiénes?

Dirk puso los ojos en blanco.

—¿Tú y Lya?

El oficial se levantó de golpe y le dijo que era tarde, que debía ir a la cama. Dirk asintió y se dirigió a la puerta a pasos lentos. Sebastián lo miró con seriedad antes de lanzar:

—Hijo, ¿por qué me dijiste como tú quieres a Lya?

El niño se volvió y lo miró con la misma seriedad.

—Porque la miras como tío Joachim a tía Emma o tío Martín a tía Magda.
Silencio. Lya entrecerró sus ojos.

—Lya también te quiere, papá.

«Me quiere matar» musitó él.

—Y algún día será mi nueva mamá.

Dirk salió del despacho, dejando a su padre y a Lya boquiabiertos.

—Te protege la inocencia, hijo —dijo el oficial en un susurro—, Lya y yo
nunca podremos estar juntos. Ya no.



La otra

Lya preparaba la bañera absorta en sus pensamientos mientras Sebastián terminaba una aburrida reunión con sus camaradas en su despacho. El alemán estaba en la sala, pero su mente no. ¿Por qué no puedo controlarme cuando la tengo cerca?, se preguntó tras sorber un poco de su copa. La judía, a su vez, evocó el masaje que le había dado antes de su cita con sus camaradas. Sonrió con expresión ladina mientras su mente la transportaba a horas atrás...

—Necesito que me hagas masaje en los hombros —le dijo él tras desnudarse—, mal puedo mover la cabeza sin sentir dolor.

Se metió en la cama y se tapó de cintura para abajo con la sábana de seda blanca. Lya cruzó la puerta con un bote de crema hidratante entre las manos. Lo colocó sobre la cómoda y, tras ello, se desnudó. Se acercó a la cama con el bote y deslizó la sábana hasta dejar el cuerpo del oficial completamente desnudo. Antes de que él pudiera reaccionar, se subió a la cama y se puso a horcajadas sobre sus nalgas. Sebastián levantó un poco la cabeza y la giró con cierta dificultad para mirarla. ¿Estaba desnuda? Aquello encendió cada fibra de su cuerpo.

—No diga nada —le pidió ella antes de coger un poco de la crema—, solo disfruta del masaje, capitán.

Lya tenía unas manos de hadas y, en pocos minutos, logró relajarlo y excitarlo al mismo tiempo. Sin dejar de moverse un solo segundo, Lya sintió un delicioso cosquilleo en su entrepierna ante el roce continuo de su parte íntima contra las nalgas del oficial.

«Dios, ¿estoy a punto de tener un orgasmo?» se preguntó, incapaz de detener sus movimientos.

Sebastián empezó a jadear al mismo ritmo de sus oscilaciones. Lya le apretujó con fuerza los omóplatos cuando tocó el cielo.

«Dios» gimió.

Con el corazón latiéndole a mil por hora, soltó antes de que él se diera cuenta:

—¿Qué le tiene tan tenso, capitán?

Lya era tan formal a veces, se dijo él.

—¿Por qué no me tuteas, Lya?

—Porque los esclavos nunca tutean a sus amos, señor.

Sebastián soltó un gemido de puro placer cuando ella se movió de un modo muy sensual sobre sus nalgas. Podía sentir el calor que irradiaba de su parte íntima, el calor que él despertaba en ella. Lya dejó de moverse de un momento a otro y él tuvo la ligera sospecha del motivo. Sonrió complacido ante tal posibilidad. Ella repitió su anterior pregunta.

—La vida que me tocó vivir, Lya —le dijo con una voz revestida de dolor—, pero es tarde para volver atrás.

Los ojos de la judía se llenaron de lágrimas.

—Si pudieras volver al tiempo, ¿qué cambiaría?

Con suma delicadeza, él se volvió tras pedirle que se apartara y exhibió orgulloso el resultado de los masajes. Lya se acomodó sobre su pelvis y lo miró con ojos desafiantes.

—Tu decisión —le dijo él con la mirada vacía—, te hubiera raptado el día de tu boda, Lya —la tuteó.

Ella, sin emitir una sola palabra, recostó su cabeza sobre su pecho musculoso. Él, por su parte, se limitó a rodearle con sus brazos.

—Pero es imposible, Lya.

Con un enorme nudo en la garganta y los ojos empañados de lágrimas, Lya volvió al duro presente, al triste presente.

—Es imposible, Sebastián.

Helga, actual pareja del oficial, llegó a la mansión de sorpresa, siguiendo los consejos de Petra. Subió al cuarto de Sebastián sin anunciarse. Entró en la habitación y sus pasos arrancaron a la judía de su trance de golpe. Miró hacia la puerta semiabierta con el pulso acelerado. Por los pasos, supuso que era una mujer.

—Mierda —se dijo al tiempo que se escondía detrás del armario de toallas—. Aquí no podrá verme.

Helga entró en el cuarto de baño y observó curiosa la bañera. ¿Sebastián estaba a punto de bañarse? Esbozó una sonrisa ladina antes de desnudarse y meterse en el agua caliente. Lya podía verla desde su sitio sin que ella se diera cuenta.

—Mi príncipe hermoso, pronto vendrás a mi encuentro —dijo la alemana—, ¡mi mundo entero! —empezó a jugar con el agua.

«Qué tonta es» pensó Lya con el ceño fruncido. ¿A Sebastián le gustaba

aquella chica? Era guapa, pero tan... tan... ¿sosa?

—Un baño romántico con mi capitán —masculló Helga al tiempo que se arreglaba su pelo—, ¿jabón de lavanda? ¡Qué asco!

La judía la fulminó con la mirada. ¡Era su jabón favorito! Sebastián solía lavarla con él por horas, le gustaba la sensación que le provocaba la espuma y la piel de la judía bajo sus manos. Los recuerdos la transportaron a la noche anterior...

—Cuando te entregas a tu amo, te entregas al enemigo —le dijo la noche anterior mientras le acariciaba sus senos por debajo del edredón.

¿Era su manera de castigarla? ¿Dándole placer? Helga rio por lo bajo y la arrancó de su trance de golpe. Sebastián entró en el cuarto y se desnudó a toda prisa, moría por estar con Lya como todas las tardes tras el trabajo.

—¿Mi esclava está lista?

Lya apretó con fuerza los dientes al escucharlo. El oficial entró en el cuarto de baño como había venido al mundo y miró estupefacto a Helga, que lo esperaba con una cálida y bobalicona sonrisa en los labios.

—¿Helga?

Sebastián nunca la vio desnuda, hasta aquel momento. Ella tampoco lo había visto a él. Helga miró con embeleso el cuerpo del oficial, nunca había visto un cuerpo más perfecto que aquel en toda su vida y eso que había tenido más de veinte amantes a lo largo de su corta vida.

—Capitán...

Lya apretó los labios para no echarse a reír de la cara de Sebastián.

—Soy tu esclava —le dijo Helga sin abandonar su sonrisa melosa—, ¡mi mundo entero! ¡Mi amor! ¡Mi pedacito de cielo!

¿Mi mundo entero? ¿Mi pedacito de cielo? ¡Qué empalagosa! ¿A Sebastián le gustaba esa tonta?, repitió la judía con un enorme deseo de echarse a reír.

La hija de Wilhelm, un influyente empresario del partido, era una joven hermosa, pero poco despabilada. Sebastián miró el cuarto con curiosidad. ¿Dónde se había metido Lya?

—¿Buscas a alguien, mi mundo?

Él negó con la cabeza.

—Hola, cariño —le dijo, algo desorientado—, ¿pensaste que no te había visto? —apostilló con sagacidad.

Helga ladeó la cabeza y sonrió con malicia al tiempo que deslizaba sus

ojos por el escultural cuerpo del oficial.

—Tienes el cuerpo de un dios mítico, mi amor.

Sebastián buscó a Lya con los ojos, pero no la encontró por ninguna parte.

«¿Me echa de menos, capitán?» musitó ella tras morderse el labio inferior.

—¿Qué esperas, mi mundo entero?

Lya entrecerró sus ojos al escucharla, si volvía a llamarlo de aquel modo tan meloso, saldría de su escondite y la ahogaría.

El alemán se metió en la bañera con la joven tras suspirar con aire derrotado. Helga le besó los hombros, los brazos y los labios. Lya miró con amargura a la pareja. La alemana podía tocar aquellos labios, prohibidos para ella.

—Quiero hacer el amor contigo, mi amor, mi mundo, mi todo —le besó toda la cara—, quizá hoy sí podamos hacerlo.

Sebastián endureció el semblante.

—Mi todo, mi mundo, mi razón de vivir.

Lya meneó la cabeza en un gesto negativo al tiempo que sonreía con malicia. Sebastián no sentía nada por ella, ni siquiera atracción. Helga era demasiado «dócil» y «domesticable» para su gusto, todo lo contrario de Lya, la judía salvaje y caprichosa, a pesar de las circunstancias.

—¿En qué piensas, capitán?

«¿En quién?» repuso Lya con petulancia.

—En nadie —soltó él, sin pensarlo.

«Jaque mate» apostilló la judía.

—¿Perdona? ¿En nadie? —replicó Helga con el ceño fruncido—. ¿En nadie? ¿Lo escuché bien?

Tan estúpida no era, al parecer, adujo Lya. Helga soltó un resoplido de indignación.

—No empieces, Helga —le dijo él con poca gentileza—, no tengo ganas de discutir.

Helga se puso a horcajadas sobre su regazo y empezó a besarle con cierta desesperación.

—Perdona a tu esclava, mi amor —le dijo con voz chillona—, soy tu esclava, solo tuya.

«Qué ridícula es» susurró Lya.

Mientras Helga lo besaba, él evocaba la noche anterior, en lo que Lya le hizo bajo el edredón tras llamarla esclava. Ella, sin decir una sola palabra, se metió debajo del mismo y cogió su miembro enfebrecido y lo introdujo en la

boca. Sorprendido, Sebastián se arqueó con fuerza y soltó un gemido de placer.

—Así, esclava —le dijo él a medida que el clímax se acercaba—, Gott... —soltó un ronco gemido.

Lya se detuvo de un momento a otro, dejándole con la boca abierta y el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

—¿Quiere más, amo?

Sebastián la miró con indignación tras apartar el edredón de golpe. Lya se limpió las comisuras de sus labios con extrema sensualidad mientras sus ojos brillaban victoriosos.

—Pídeme más, amo —lo desafió.

Aquel juego peligroso podía terminar mal para ella, pero le gustaba arriesgarse. El nazi apretó con fuerza los dientes y cogió su miembro sin apartar la vista de ella. Empezó a tocarse hasta llegar al clímax que ella le había negado.

—Gott...

Lya se mordió el labio inferior con lascivia al verlo gemir de placer. El alemán se levantó y la miró por sobre el hombro con superioridad.

—No dependo de ti para lograr mi satisfacción, esclava.

Lya se acostó en la cama y exhibió su desnudez con altivez. Sebastián se mordió la piel de las mejillas con nerviosismo al notar que su miembro volvía a despertarse.

—Entonces ¿no le he inspirado yo, amo?

Lya no era como las mujeres que conoció a lo largo de su vida dentro de las SS. Ella no imploraba por ser tocada por un nazi, ella no hacía cosas vulgares o absurdas para despertar el deseo de un hombre. Ella sabía jugar y sabía dominar con tan solo proponerse.

—¿Eres una bruja?

Lya se puso de bruces y osciló las piernas de un lado al otro como una cría pequeña. Posó su cabeza sobre sus manos y lo miró con ojos melosos y desafiantes. ¿Cómo podía ser tan dulce y amarga a la vez?

—No, soy judía.

¿Qué significaba aquello? ¿Eran sinónimos por si acaso? Sebastián se volvió y Lya clavó sus ojos en su parte íntima, que se alzaba orgullosa entre sus torneadas piernas. Tragó el deseo que tenía de saborearlo como minutos atrás. Nunca sintió aquello por otro hombre, ni siquiera por él cuando era

un simple campesino soñador y romántico. Sebastián Ackermann, el capitán nazi, despertaba un lado suyo que no conocía hasta entonces.

—Adán hizo lo mismo, amo —le dijo en tono seductor—, los hombres siempre quieren lo prohibido.

El sonrió antes de acercarse a ella y precipitarse sobre su cuerpo.

—Y tú eres Eva, ¿no?

A cuatro patas sobre ella, empezó a besarle la nuca, los hombros, la espalda, las nalgas y las piernas. Lya jadeó con cada beso atrevido del alemán, con cada lametón, con cada mordisco.

—Cada vez que gimas entre mis brazos —le dijo él en tono sombrío tras soplarle la nuca—, hundes un puñal en el corazón de tu gente.

Aquello despertó a la fiera enjaulada que llevaba ella en su interior. Se volvió trepidante y lo miró enfurecida.

—Cada vez que piensa en mí —le dijo en tono mordaz—, cada vez que me toca —sus ojos brillaron con audacia—, mancha su ideología, capitán. —Sebastián endureció su rostro—. Si yo traiciono a mi pueblo, usted traiciona al tuyo.

El oficial se acomodó entre sus piernas y rozó su miembro contra su sexo de un modo muy incitante y peligroso para los dos.

—¿Tiene miedo, capitán?

Sebastián hundió su erección en ella unos centímetros y luego la retiró. Lya respiraba con cierta dificultad. ¿Por qué no terminaba con su agonía y la de ella de una buena vez?

—¿En verdad piensas que tengo miedo, Lya?

Se miraron por varios segundos, fusionando sus alientos y sus latidos en uno solo. El alemán acarició los pliegues de la judía con la punta de su miembro, amenazando con adentrarse una vez más en su cálido cuerpo.

—Sí —le dijo ella en un susurro—. Lo tiene.

Sebastián reclinó su rostro sobre el de ella y exhaló sobre sus labios apenas entreabiertos.

—Me gusta torturarte, Lya —le dijo con voz insinuante—, ver cómo me deseas y me odias al tiempo.

Rozó su miembro entre los pliegues de su sexo y la hizo gemir. Una, dos, tres y un sinfín de veces hasta que fue imposible soportarlo más y se corrieron juntos.

—¡Dios! —gritó ella, convulsionándose.

El oficial cogió un pañuelo y limpió la entrepierna de la mujer. Lya le

lamió los labios con cierta impaciencia y él sonrió satisfecho antes de apartarse de ella.

—Eres esclava de tus deseos, Lya.

Ella lo miró fijo mientras él dibujaba su boca con su dedo índice.

—Eres esclava de un nazi.

Sebastián se levantó de golpe y la dejó allí, tirada con las piernas abiertas y el corazón henchido de rabia. Lya se arrodilló en la cama y miró al oficial con ojos flameantes.

—Y usted el esclavo de un sentimiento vedado —dijo con voz firme— por una judía, capitán Ackermann.

Sebastián la escuchó, pero no le replicó.

—Jaque mate —acotó ella y él sonrió antes de meterse en el cuarto de baño.

La voz de Helga lo devolvió al presente. La alemana acariciaba su miembro de un modo muy torpe.

—Estás tan duro, capitán.

«No por ti» pensó él al tiempo que sus ojos se encontraban con los de Lya. Se miraron con intensidad mientras Helga jugueteaba con su erección. El alemán no desvió la mirada de la judía ni un solo segundo, que obstinada, lo escrutaba de la misma manera.

—Helga...

—¿Si, amo?

El oficial besó a la alemana con ardor, sin apartar la vista de Lya un solo instante. La besaba a ella y no a Helga. Pero aquellos labios no sabían igual y dejó de besarlos de un momento a otro.

—Estoy cansado, Helga —le dijo a su amante antes de apartarse de ella y salir de la bañera—, hoy quiero dormir temprano —Lya lo miró con extrañeza desde su sitio—, el chófer te llevará a tu casa.

Helga golpeó el agua con las manos como una cría y gran parte del agua terminó en el piso.

—¡Siempre tienes excusas!

Sebastián la miró de reojo con mucha aprehensión.

—Estoy cansado —soltó con poca delicadeza— y, a veces, no sé de qué o de quién.

Helga salió de la bañera enfurruñada. Soltó algunas palabras malsonantes mientras se vestía. Sebastián meneó la cabeza en un gesto negativo.

—¿Por qué nunca me has hecho el amor, capitán? —le dijo con lágrimas en los ojos—. ¿No me deseas?

Lya confirmó las palabras de Sebastián, él nunca la tocó.

—Solo estoy cansado y necesito estar solo, Helga.

—Estoy cansada también, capitán.

Ella se retiró de la mansión minutos después con el alma a sus pies. Era inútil intentar conquistarlo. Era inútil tratar de llegar a algo con él.

—El capitán nunca me amará —dijo llorando—, siempre amará a la maldita judía como me lo dijo Petra el otro día.

Sebastián trancó la puerta del cuarto de baño tras meterse en él y vació la bañera. Luego vertió el agua caliente que había traído de la cocina en la bañera y la mezcló con el agua fría. Lya salió de su escondrijo.

—Te dejaré a solas, Sebastián.

Ella lo tuteó. Él le sujetó por el brazo y la miró con unos ojos revestidos de melosidad y melancolía. No estaba borracho, solo triste, muy triste. Lya se quedó mirándolo por unos segundos.

—No quiero que te vayas, Lya.

Su voz rezumaba dolor y angustia.

—Le dijiste a tu novia que querías estar solo.

Él la acercó a la bañera y con la mirada le rogó que se metiera dentro. Ella obedeció sin rechistar. Se metió y la acomodó entre sus piernas de espaldas a él. Le rodeó con los brazos y suspiró cerca de su oreja.

—No podía decirle que quería estar contigo.

Lya se estremeció ante su afirmación.

—Solo contigo, Lya.

«Eres esclavo de tu corazón, Sebastián» se dijo él con cierto resquemor.

Y su única ama era Lya.

La ponzoña del odio

Sebastián estaba furioso tras encontrar a Lya cerca de la ventanilla de la cocina. La cogió del brazo con una violencia demoníaca y la hizo gemir de dolor. Clavó sus ojos azules en los de ella y le gritó a voz en cuello:

—¿Qué pensabas hacer?!

Lya solo pretendía tocar la rama del nogal y sentir un poco de aire fresco, pero ante los gritos del alemán, decidió tergiversar la verdad.

—¿Huir de aquí! —Levantó la barbilla—. ¿Acaso no era evidente?! ¿Debo dibujarte para que lo comprendas mejor?

—¿Insolente!

Sebastián se apartó de ella y se sirvió una copa de vino. Bebió un buen sorbo antes de coger a la judía por el brazo y arrastrarla hasta la azotea.

—¿Nunca huirás de mi lado, esclava!

Lya intentó liberar su brazo de su mano, pero él tenía más fuerza.

—¿Eres un salvaje, Sebastián!

Él se detuvo cerca de la escalera y la miró con rabia.

—¿Quién te dio permiso para tutearme, esclava?

Ella levantó la barbilla con osadía.

—¿Yo!

Él sonrió con amargura.

—¿Pensabas huir con tu marido?

Lya lo miró confundida.

—¿De qué estás hablando?

Él la zarandeó con violencia.

—¿Sabes muy bien a qué me refiero!

Sebastián andaba muy nervioso aquellos días, ya que, supuestamente, Joshua había retornado al pueblo para llevar a su esposa con él. Petra le dijo que más de uno lo había visto por el pueblo, que el infeliz no tenía miedo, alegando ya que el dinero era la debilidad de los nazis y a él le sobraba. Desde entonces, Sebastián andaba con los nervios a flor de piel.

—¿No me mientas, esclava!

Cada vez que la llamaba de aquel modo, el rencor que sentía por él crecía más y más en su interior. Trató de huir de sus garras, pero él la levantó y la

echó al hombro como un verdadero semental. Lya pataleó y golpeó la espalda del alemán con ambos puños. Sebastián le dio un azote firme en el culo. Subió las escaleras con pasos firmes y la bajó en el suelo con poca delicadeza. Lya tambaleó y casi perdió el equilibrio.

—¿Por qué haces cosas en tu contra? —le dijo el capitán mientras se quitaba el cinturón—, ¿por qué eres tan rebelde?

Ella lo encaró.

—Para fastidiarte, Sebastián. ¡Me encanta fastidiarte, maldito nazi!

Cada vez que lo llamaba así, una nueva herida se abría en su pecho. Supuso que le pasaba lo mismo a ella cuando la llamaba esclava.

—Desnúdate —le ordenó él mientras abría la ventana—, hoy te toca soportar el frío, esclava. —Ella lo miró, iracunda—. ¡O tus niños pagarán las consecuencias!

Pero ¿qué estaba haciendo?, se preguntó él, incapaz de controlar su propia voluntad. Lya se quitó sus ropas lentamente mientras él se limitaba a mirarla.

—Por ellos soy capaz de todo —dijo Lya—, todo.

—¿Incluso de acostarte con el enemigo?

—¡Sí!

Él levantó la mano, pero la detuvo a mitad de camino.

—¡Pégame! ¡No seas cobarde, maldito nazi!

Sebastián se acercó de mala gana y le ayudó con sus ropas íntimas. Las arrancó de un tirón, robándole un gemido de dolor a la judía.

—¿Te duele, esclava?

El frío era brutal, pero el orgullo de Lya era más fuerte.

—Te quedarás una hora frente a la ventana —le dijo él con voz cortante—, y si te mueves de tu sitio, una hora más —se puso delante de ella y la miró fijo—, tengo toda la noche, esclava.

Cada brisa helada que rozaba la piel de la judía era como recibir un duro latigazo. Sebastián tomó asiento en el sillón raído que se encontraba a un lado entre otros trastos viejos. Minutos después se levantó.

—Volveré en unos minutos —anunció antes de salir del lugar—, actúa como si estuviera aquí, esclava.

Lya aprovechó aquel momento de indulgencia para frotarse los brazos congelados. Rozó un pie contra el otro en busca de calor, pero era inútil.

«Basta» se dijo él.

—No aumentes su odio en contra tuya —se dijo—, ¿por qué la castigas? ¿Por temor a que huya con su marido? ¿Es eso?

Sebastián subió las escaleras con una copa de vino entre manos. Lya volvió a su posición anterior a toda prisa. El hambre y el cansancio prometían adueñarse de su cuerpo en cualquier momento. Para su sorpresa, el oficial se acercó a ella y le ofreció un poco de su copa. Lya bebió un buen sorbo del vino sin apartar la vista de aquellos ojos tan enigmáticos.

—¿Por qué pensabas huir?

Lya lo miró fijo.

—¿Qué harías tú en mi lugar, Sebastián?

Aquello lo enmudeció. Sebastián posó la copa de cristal sobre el alféizar de la ventana.

—Matarme, Lya. Y luego huir.

Ella lo miró con ojos interrogantes.

—¿Matarte? No soy una asesina, Sebastián.

Él la miró desafiante.

—Si huyes, mi corazón dejará de latir y morirá. ¿Eso no te convertiría en su asesina, Lya?

La judía levantó la vista de golpe y lo miró con el ceño ligeramente fruncido. Sin entender nada, él se acercó a ella y le dijo con voz firme.

—Quítame las ropas.

¿Quería que le quitara las ropas? ¿Todas ellas? El oficial repitió su petición y ella se limitó a obedecerlo. Le desabrochó los botones de su camisa blanca y se la quitó. Él la miraba con unos ojos bastante intimidadores. ¿Qué pretendía con aquello? Dejó caer la camisa en el suelo y siguió con los pantalones. Sebastián se quitó las botas y los calcetines. Lya vio cómo cada vello dorado de aquel cuerpo esculpido por la guerra reaccionaba ante la gélida brisa de aquella noche tormentosa.

—¿Por qué lo haces? —le dijo mientras él se quitaba la ropa íntima y exhibía todo su esplendor ante sus ojos—, ¿qué significa esto?

Lya no comprendía nada. Sebastián era una cajita llena de sorpresas y enigmas. Nunca se sabía por qué hacía ciertas cosas.

—También yo necesito un castigo, Lya.

El oficial ahuecó el rostro de la judía entre sus grandes y suaves manos. Reclinó la cabeza y su aliento a vino rozó los labios de la mujer, despertando sus demonios más salvajes. El miembro del nazi rozó su vientre y erizó partes de su cuerpo que ni siquiera sabía que existían.

—¿Por qué? —susurró entretanto él deslizaba sus manos por sus brazos—, ¿qué has hecho para merecer este castigo, capitán?

Sebastián se apartó y se agachó a la altura de sus pechos. Sacó la lengua y con la punta trazó los picos duros de sus pezones. Un fuego abrasador recorrió a Lya de pies a cabeza.

—Por desear lo prohibido, Lya.

Ella quiso enterrar sus dedos en su pelo dorado, pero se contuvo. Sebastián dibujó una ruta de besos por su torso hasta llegar a su parte íntima. Lya pensó morir de placer cuando el aliento cálido del alemán rozó su sexo. No satisfecho, lo besó e introdujo su lengua entre sus pliegues y bebió de él hasta lograr saciar el deseo de la judía, que convulsionó contra su boca cuando el clímax se adueñó de ella.

—Eres deliciosa.

El alemán se levantó y la cogió en brazos como si fueran una pareja de recién casados.

—¿Y mi castigo, capitán?

Sebastián se dirigió al cuarto. La depositó en la cama con sumo cuidado.

—¿Existe peor castigo que sentir algo indebido por el enemigo, Lya?

Sebastián se precipitó sobre el cuerpo de la judía y se acomodó entre sus piernas. Su duro miembro rozaba sus muslos, pero no se adentraba donde debía hacerlo. El alemán la miró con la misma dulzura del pasado y aquello era mucho más abrumador que recibir latigazos suyos.

—Sí —le dijo ella con los labios temblorosos.

Sebastián la miró con infinita compasión y por unos instantes, por unos fugaces instantes, Lya volvió a encontrarse con el hombre que amó con toda su alma en el pasado.

—Amarlo —sentenció ella y él enmudeció.

Adiós, mariposa

Tiempo después...

Martín decidió viajar a su pueblo con su hija tras ayudar a los amigos de Magda. El oficial utilizaba su uniforme y su rango para ello. En ese lapso, Esmeralda, la bruja del pueblo, reapareció en su vida y él tuvo la oportunidad de retribuirle la ayuda del pasado ayudándola a volver a su casa. Durante el viaje, ella le dijo algo muy extraño y sobrecogedor:

—La muerte es solo un viaje.

Un viaje sin retorno, pensó el alemán. Con un enorme nudo en el pecho, llegó al pueblo y se dirigió a su casa, la casa que había comprado para él y Magda.

—¿Es la casa abandonada? —preguntó Esmeralda, sorprendida.

Martín miró la misma con una profunda pena. Magda nunca la vio reformada y él no tuvo tiempo para decirle lo que había hecho mientras ella estuvo lejos de él.

—Aquí podrás vivir sin que nadie desconfíe, Esmeralda.

Ella lo miró con amor infinito.

—Tú elegiste el lado correcto, Martín.

Él no replicó, cogió a su hija y evocó las cosas que tuvo que hacer en nombre de su uniforme.

—No tenías otra alternativa —le dijo ella, como si le hubiera leído la mente—, no justifica, pero al menos estás arrepentido.

Las lágrimas se hicieron presentes cuando entraron en la casa. Esmeralda se frotó los brazos al sentir una extraña energía. Rezó una oración mientras se dirigían al cuarto donde ella dormiría. Tras ello, Martín y su hija se metieron en la habitación principal. Colocó a la niña sobre la moqueta y ella empezó a gatear, robándose una sonrisa de su padre.

—Inquieta como tu madre —le dijo y ella rio de buena gana—, y risueña como ella —dijo antes de romperse a llorar.

Se sentó en la cama y sollozó.

—¿Por qué tuviste que llevarla a ella? —preguntó mirando el techo—, ¿por qué no a mí?

La niña se sentó y empezó a llorar. Martín la cogió en brazos y la llenó de besos mientras sus lágrimas se entremezclaban.

—No sé cómo decirle a tu tía que tu mamá ya no está —le dijo—, Emma ya está tan triste porque tu tío Joachim no ha dado noticias.

Martín se negaba a aceptar que su hermano pudiera estar muerto.

—Joachim volverá, hija. Lo sé.

Esmeralda los miraba con el corazón encogido desde la puerta.

«Quizá nunca vuelva a saber de él» pensó ella.

Martín se secó las lágrimas y decidió ir a la casa de Emma con su hija. El dolor que sentía en el pecho lo estaba matando poco a poco, pero debía ser fuerte por su hija y por la promesa que le hizo a Magda.

—Cumpliré tu misión, mariposa —dijo el oficial mientras cruzaba el jardín de la casa—, tu muerte no será en vano.

Miró el cielo gris con ojos nublados. A Magda le encantaba la lluvia.

—Mi amor.

Emma jugaba con sus hijos y su sobrino en el jardín cuando vio a Martín con una niña vestida de rojo de pies a cabeza. Se miraron por varios segundos mientras los niños se acercaban a él gritando de alegría. Su cuñada, al comprender el mensaje que se ocultaba en sus ojos, llevó sus manos a su boca mientras las lágrimas rodaban una tras otra por sus mejillas.

—No —dijo con la voz rota por la emoción—, no es cierto.

Martín se acercó a ella a pasos firmes y la miró con lágrimas en los ojos. Emma miró a la niña y luego a él con ojos interrogantes mientras los niños se miraban entre sí con curiosidad. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué Emma lloraba de aquel modo?, se preguntaron.

—Es mi hija —le dijo, llorando—, mía y de Magda.

Emma soltó un llanto agudo que estremeció incluso el cielo. Martín la estrechó con fuerza y lloraron juntos mientras los niños los miraban con atención.

—¿Magda murió? —quiso saber Emma—, ¿mi hermanita murió?

Martín no podía hablar, el llanto no lo dejó. Emma cogió a su sobrina y la

llenó de besos mientras lloraba con verdadero desconsuelo. Peter, Paul, Udo y Lya la rodearon y la abrazaron por las piernas.

—No llores, mami —le dijeron, llorando.

Martín se acuclilló y Lya lo abrazó. No comprendía lo que estaba pasando, pero le dolía ver a su madre tan triste.

—Tía Magda está en el cielo —les dijo el oficial y Emma sollozó con toda el alma.

Dirk salió corriendo hacia la mansión de su padre y entró gritando:

—¡Papá! ¡Papá!

Cuando vio a Lya en la cocina, su grito se convirtió en un alarido de susto.

—¿Lya?!

Ella colocó su dedo índice sobre sus labios y le pidió que no dijera su nombre porque podían escucharlo y sería muy peligroso para su padre que la descubriesen. Dirk asintió.

—¿Qué haces aquí? ¿Ya no te irás, Lya?

Ella asintió antes de acercarse y acuclillarse delante de él. Dirk se lanzó a sus brazos llorando.

—Mi amor, ¿qué te pasa?

Dirk lloraba con todo su ser.

—Tía Magda —dijo entre hipos—, murió.

Lya lo apartó de golpe y lo miró con los ojos nublados por el dolor.

—¿Cómo dices?

Dirk le dijo que Magda había muerto y que su tío Martín llegó a la casa de su tía Emma con una niña, con la hija de su tía Magda. Lya se sentó de golpe en el piso y se echó a llorar con mucha amargura. Dirk se lanzó a sus brazos y le pidió que no llorara, que su tía Magda ya estaba en el cielo con su mamá.

—Magda —dijo Lya, incapaz de controlar su llanto.

Sebastián se vistió y bajó para ir a una reunión. Cuando bajaba las escaleras, vio a Lya y a Dirk abrazados, llorando con mucha pena. ¿Qué estaba pasando? Se acercó y se acuclilló al lado de ambos.

—Magda —balbució ella—, murió...

Sebastián la miró con profundo dolor. ¿Martín lo sabía? ¿Cómo reaccionaría al saberlo? Él, mejor que nadie, sabía lo que se sentía ante la pérdida de un ser querido. Una vez le dijeron que ella había muerto y su alma

murió en aquel entonces. La miró con ojos melindorosos antes de cogerla de la mano.

—Lo siento mucho.

Ella lo tiró hacia sí y él perdió el equilibrio, cayéndose de rodillas ante los dos. No dijo nada, solo los abrazó a ambos y lloró con ellos.

Por la noche, tras acostar a los niños, Martín y Emma se enfilaron hacia la sala, donde él le entregó las cenizas que le había entregado el soldado en el campo de concentración.

—¿Es de ella?

—Sí.

El oficial tenía los ojos y la nariz bastante inflamados tras tanto llanto. Ella, a su vez, no dejó de llorar un solo segundo desde que se enteró de lo ocurrido con su hermana.

—¡Magdaaaa! —gritó Emma—, ¿esto restó de ti? —dijo mientras abría el pañuelo y depositaba el puñado de cenizas en una caja de madera—, esta caja era su favorita.

Martín la conocía, él le había hecho en su cumpleaños número dieciocho. En la tapa había una mariposa y entre las alas había tallado una M.

—Eran sus mejores recuerdos —dijo Emma.

La caja estaba llena de fotos suyas con él, las fotos que Lya les tomó aquel fin de semana inolvidable en la cabaña.

—Dios mío —dijo Martín al ver el monito de madera que le había hecho cuando enfermó gravemente—, ¿por qué murió, Emma?

Ella lo estrechó y él se rompió a llorar con desfallecimiento entre sus brazos.

—¡Mi hija! —gritó Olga al entrar en la casa—, dime que no es verdad —suplicó a Emma—, por favor...

El padre entró con timidez en la casa. Emma solo podía llorar. Su madre, tras muchos años, la abrazó con todas sus fuerzas y lloraron juntas la muerte de Magda.

—Lo siento, mamá.

Olga soltó un grito agudo de dolor. Sebastián entró en la casa y sus ojos se encontraron con los de Martín. Sin decir una sola palabra, se acercó a su hermano menor y ahuecó su rostro entre sus manos.

—Lo siento mucho, Martín.

Martín y Sebastián se abrazaron con mucho afecto.

—Me duele tanto, Sebastián.

El oficial entrecerró sus ojos y evocó el día que él y sus hermanos se reunieron en su casa tras la supuesta muerte de Lya. Él lloraba entre los brazos de Joachim mientras Martín trataba de consolarlo con palabras de aliento.

—Ella nunca morirá mientras tú vivas —le repitió lo que él le había dicho en aquel entonces—, ella vivirá en tu corazón, Martín.

Martín simplemente lloró, simplemente dejó fuera su dolor, aquel dolor que lo estaba matando por dentro desde el día que Magda murió.

—Nunca te olvidaré, mariposa.

«Tampoco yo» resonó la voz de Magda en su cabeza, en su corazón.

Amor y guerra

Tres meses después...

Lya y Dirk salieron de la casa a escondidas para coger un puñado de nieve y deleitarse con ella. La judía llevaba tiempo sin salir de la casa. La mayoría de las veces lo hizo de noche. El niño disfrutó como nunca de aquel juego secreto, ya que sabía que Lya no podía salir como la mayoría, por ser judía.

El niño lanzó una bola contra Lya, y ella le devolvió el gesto, robándose una risotada suya.

—¡Eres terrible!

Dirk puso su dedo índice sobre sus carnosos labios sonrojados en un gesto de silencio.

—No grites, Lya.

A veces Lya se preguntaba si aquel niño en verdad tenía solo seis años. Era demasiado despabilado para su edad y demasiado compasivo para su raza. La judía le arregló su pelo dorado y él sonrió con ternura ante su cariñoso gesto.

Sebastián conversaba con unos compañeros en la sala de estar cuando los vio a través de la ventana. La ira y el temor comandaron su corazón a partir de aquel momento. Si sus camaradas la vieran, la reconocerían al instante. Lya levantó la cabeza y dijo algo que él no podía comprender desde su sitio.

—¿Cuándo seré libre? —dijo Lya con lágrimas en los ojos—, ¿cuándo seré libre de ti, Sebastián Ackermann?

Dirk se acercó y le alargó un pedazo de chocolate.

—Lo guardé para ti, Lya.

La judía devoró el dulce con apetencia y una tristeza indescriptible en el corazón. Aún no podía creer que Magda había fallecido. Hacía exactamente tres meses que murió en una cámara de gas.

—No llores, Lya —le suplicó él con lágrimas en los ojos—, siempre te guardaré un trozo de chocolate y un poco de pan para que no tengas hambre.

—Tu padre me alimenta bien, Dirk.

El niño la miró con ojos interrogantes.

—¿De verdad?

—Palabra de honor.

Sebastián observaba estupefacto a su hijo y a Lya que acababan de estrecharse con mucho afecto. Dirk siempre buscaba a su madre en sus parejas, pero a ninguna quiso como quería a Lya, ni siquiera a su madrina de bautismo, su amiga Petra. ¿Qué tenía de especial Lya que lo conquistó como ninguna otra antes?

—Gracias, Dirk.

El niño enterró su rostro en el cuello de la judía.

—Ayer fuimos al cementerio con papá —comentó el niño—, llevamos velas y piedras a tu hijo.

«Sebastián no le dijo que Bastián es su hermano» pensó Lya.

El oficial y ella nunca hablaron del tema, pero ella era consciente de que él sabía la verdad. Emma se lo dijo cierta vez. Lya se apartó y lo miró con lágrimas en los ojos. Bastián, su hermanito, tendría su misma edad.

—Gracias, mi amor.

Dirk le dijo que algún día volvería a verlo, al menos eso le dijo su abuela con respecto a su madre. Lya le dio un beso en la punta de la nariz.

—Iré por mi cubo, y mi palita para hacer castillos de nieve —anunció Dirk con su peculiar alegría.

Los hombres hablaban de los campos de trabajo y las nuevas determinaciones del Führer mientras bebían y comían algo. Sebastián pidió permiso y se retiró de la sala como alma que lleva el diablo. Salió de la mansión por la puerta trasera que llevaba al patio y cogió a Lya por el brazo con violencia. La mujer soltó un gemido de dolor.

—¿¿Acaso estás loca?! —le dijo iracundo—, ¿¿quieres terminar en un campo de concentración?!

Lya lo miró con rabia.

—¡Pues es mejor que estar encerrada en el sótano! —chilló—, ¡iré a la sala y me entregaré!

Furiosa, le mordió la mano y salió corriendo. Sebastián la cogió y la zarandeó con violencia.

—¡No sabes lo que dices, Lya!

Ella ya no opuso resistencia. Simplemente se dejó vencer.

—Estoy cansada.

El alemán respiraba con mucha dificultad.

—Déjame morir en paz —le suplicó—, por favor —se arrodilló sin fuerzas—. Solo necesitarás una bala para terminar con mi martirio.

Sebastián suspiró derrotado y levantó el brazo, lapso en que Dirk apareció y lo empujó con fuerza.

—¡No la toques! —chilló, iracundo—, ¡eres malo! ¡Eres malo!

Sebastián sujetó a su hijo por los hombros y lo miró con expresión implorante. El niño temblaba de rabia.

—No grites, hijo —le pidió—, o llevarán a Lya de aquí a un sitio muy feo y cruel.

Lya levantó la vista al oírlo.

—No la pegues, papá —le rogó, llorando—, yo la obligué a salir, pégame a mí, no a ella.

Sebastián y Lya se miraron con infinita tristeza. Dirk enterró su cara en el cuello de su padre y lloró con amargura hasta tal punto que tuvo un ataque de hipos.

—Tranquilo, hijo —le dijo el alemán—, ya pasó, no pegaré a Lya —la miró—, nunca más.

Los golpes que Lya recibió por su parte, abrieron profundas heridas en su alma, heridas que nunca dejarían de sangrar mientras viviera. Dirk se apartó de su padre con la carita anegada en lágrimas.

—¿Me lo prometes, papá?

Sebastián miró a Lya con ojos suplicantes.

—Lo prometo, hijo.

Dirk lo abrazó con fuerza y soltó unos hipitos antes de darle un beso. El alemán se incorporó y lo llevó a su cuarto, donde se quedó profundamente dormido entre sus brazos. Lya se limitó a mirarlos desde su sitio sin emitir una sola palabra. Sebastián clavó sus ojos en ella y la miró con expresión interrogante.

—¿Por qué no terminas con todo esto, Sebastián? ¿Para qué poner en riesgo la vida de tu hijo y la tuya ocultándome aquí?

Lya llevaba meses diciéndole lo mismo. ¿Qué pasó con la guerrera que conoció? ¿Qué pasó con la judía capaz de todo por salvar vidas? ¿De la gata salvaje que le arañó la cara y le dio una patada meses atrás? El oficial cubrió el cuerpo de su hijo con la manta y tras ello se acercó a ella.

—No puedo —le dijo con intranquilidad—, no puedo concederte eso.

El oficial le levantó la barbilla con delicadeza. Miró con un enorme nudo

en la garganta sus ojos entristecidos. Aquella mujer era su única debilidad. Su única fortaleza. Su motivación. Su corazón.

—No me mires así, Sebastián.

La cogió en brazos sin decir una sola palabra y la llevó a su cuarto.

—¿Por qué no me matas? —le preguntó mientras él la depositaba sobre la cama—, ¿por qué no terminas con mi martirio?

Sebastián la desnudó completamente. Deslizó su mano por su seno derecho y dibujó su pezón erecto con el dedo índice. Se reclinó y lo lamió con los ojos entrecerrados mientras sus amigos nazis discutían acaloradamente en la sala, preguntándose dónde estaba él en aquel momento.

—Tú eres mi martirio, Lya Rubinstein —susurró sobre su pezón—, sin ti la vida no tiene sentido para mí.

—No te entiendo.

—Tampoco yo.

Metió el pezón en la boca y luego el otro. Los lamió, los chupó y los adoró con la boca por varios minutos, mientras el calor abrasaba cada fibra del cuerpo de la judía.

—Estás loco, Sebastián.

Él la miró fijo.

—Tanto como tú, Lya.

Sebastián comprendió que podía vivir sin comida, sin agua, sin lujos, pero no sin ella, no sin su judía.



Esclavo de tu amor

Sebastián recibía varios invitados en su mansión aquella fría noche de invierno de finales del 43. Era víspera de navidad, pero sin aquella magia de años anteriores. Martín no era ni la sombra del hombre que fue en la navidad pasada. Sus padres y Emma esperaban a diario noticias de Joachim, que seguía sin dar señales de vida desde agosto.

Sebastián utilizó su influencia para obtener informaciones, pero nada, su hermano mayor seguía sin dar señales de vida. Y, para completar, Lya intentó huir, abriendo un enorme abismo en su pecho. Cuando todo parecía ir bien entre ambos, ella le demostró una vez más, que estaba equivocado.

—Heil, Hitler! —saludó a los invitados en tono distante.

Petra y Helga se pavoneaban entre los invitados mientras él no lograba dejar de pensar en Lya. El recuerdo zarandeó su corazón con violencia...

—¡No pensaba huir!

Sebastián la cogió del brazo con brusquedad y la arrastró hasta el otro lado del cuarto. Lya pateó y despotricó sin parar mientras trataba de liberarse de él.

—Solo quería verlos, Sebastián —lloriqueó, pero él no le replicó—, ¡déjame! —mordió la mano del oficial, que cabreado la lanzó sobre la cama —, ¡imbécil!

Furioso, la esposó a la cama.

—¡Eres una salvaje!

Lya llevaba puesto únicamente su vestido y el frío sótano estaba sin calefacción. Se arrodilló a su lado y le cogió de la barbilla con poca delicadeza y la obligó a que lo mirara a los ojos.

—Esto te servirá de lección, Lya.

Ella se removió iracunda en la cama antes de escupirle a la cara. Sebastián la soltó con los dientes apretados por la ira. Se limpió el rostro con un pañuelo.

—¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio! —gritó ella sin parar—, ¡moriré odiándote, Sebastián Ackermann!

Aquello abrió una profunda herida en el corazón del alemán. Subió las

escaleras y cerró la puerta de un portazo.

—*Yo nunca podré odiarte, Lya Rubinstein. ¡Nunca!*

Miró su reloj de pulsera con atención tras volver al presente, aún faltaban dos horas para terminar su castigo, calculó para sus adentros.

«Eres una fiera y te voy a domar tarde o temprano, Lya Rubinstein».

—La fiesta está sensacional —le dijo Petra tras arreglarse su vestido color rojo sangre—, ¿te pasa algo?

El oficial negó con la cabeza antes de apurar su trago. Su novia se acercó y le arregló la pajarita del esmoquin con coquetería. Petra esbozó una dulce sonrisa antes de alejarse de ambos.

—Estás guapísimo, mi amor.

Helga estaba triste aquella noche, ya que no había logrado sus objetivos con el oficial. Llevaba meses intentando seducirlo sin éxito alguno.

—Permiso, capitán —dijo de pronto uno de sus camaradas—, necesitamos hablar con usted sobre un asunto importante en la fábrica.

Sebastián apretó con fuerza su mandíbula antes de asentir. Posó su copa sobre la bandeja de uno de los camareros y se enfiló con su socio hacia su despacho. Durante el trayecto la voz de Lya resonó en su cabeza:

«*Te odio. Te odio. Te odio*».

Con un extraño nudo en el pecho se metió en la sala donde varios nazis poderosos lo esperaban.

Lya miraba la ventanilla del sótano con anhelo mientras canturreaba su dulce melodía, la favorita de Sebastián en el pasado. Una lágrima recorrió su mejilla mientras los recuerdos asaltaban su mente y agitaban su corazón.

—Pueden quitarte todo en la vida, menos tus recuerdos —susurró sin fuerzas.

La muerte estaba cerca, se dijo al notar el frío que calaba hondo todo su cuerpo. No sentía sus pies ni sus manos. Estaba congelándose lentamente.

—No lo abandones, Dios.

Empezó a rezar el Padre Nuestro que alguna vez Sebastián le enseñó. Aquella noche necesitaba pedir por el alma de aquel que alguna vez amó, de aquel que siempre amaría, a pesar de todo. Era una locura, pero el amor era así.

—Adiós, mi amor —farfulló castañeándose los dientes—, en la otra vida podremos estar juntos...

Entrecerró los ojos a cámara lenta mientras alguien bajaba las escaleras con cierta impaciencia. Era él, Sebastián. Con el corazón en un puño, se

acercó a la cama.

—Lya —dijo a la vez que la liberaba—, por favor, mírame.

Todos se habían marchado de la casa. Cogió a Lya en brazos y la llevó al cuarto de baño de su habitación. La desnudó a toda prisa y la metió en la bañera con agua caliente. Lya no respondía a ningún estímulo y Sebastián temía perder la cordura ante ello. Se quitó sus ropas con cierta rabia y se metió en la bañera.

—Dios mío, ¿qué hice?

Se posicionó detrás de ella y la colocó entre sus piernas mientras el agua caliente la deshelaba lentamente. Lya no se movía, ni siquiera respiraba.

—¿Lya? ¿Me escuchas?

El oficial salió de la bañera y la cogió en brazos con manos temblorosas. La llevó al cuarto y la depositó sobre la cama. La enjugó con la toalla mientras las leñas crepitaban en la suntuosa chimenea. Acercó su oreja a su boca entumecida y no oyó nada.

—No —dijo con lágrimas en los ojos—, no puedes dejarme, Lya. ¡No puedes dejarme!

Desesperado, le hizo respiración boca a boca a la vez que le realizaba masaje cardiopulmonar. Nada. Lya no reaccionaba. ¿Estaba muerta? ¿Era eso? Las lágrimas nublaron su vista mientras un puño helado apretujaba con saña su corazón.

—Por favor —le rogó de rodillas a su lado en la cama—, no la abandones, Señor. ¡Te lo suplico! —se rompió a llorar con mucha amargura hasta que vio que su pecho empezaba a moverse—. Dios mío, ¡está viva!

La cogió en brazos y la cubrió con la manta que su madre le había hecho con la lana de sus ovejitas. Se acomodó con ella en el sofá que se encontraba cerca de la chimenea. La puso boca abajo sobre su cuerpo y empezó a rezar una oración judía que ella le había enseñado.

—Perdóname, Lya —dijo con la voz rota—, por favorrr... —suplicó con agonía.

En medio de su martirio, evocó los días maravillosos que vivieron juntos en el pasado. Los besos, las caricias, las risas, las peleas, las apuestas, los castigos, las lágrimas, el dolor y el adiós.

—¡Lya!

El oficial soltó un llanto agudo que removió todo su cuerpo e incluso su alma. Abrazó el cuerpo de la judía con desesperación y lloró, lloró con todo su ser.

—El único esclavo en esta historia soy yo, Lya —dijo mientras la mecía como si fuera una cría pequeña—, soy esclavo de tu amor —las lágrimas caían sin cesar sobre el rostro de Lya, que se encontraba cerca de su pecho izquierdo—, te amo, a pesar de todo, nunca dejé de amarte —gimió con un dolor indescriptible en el pecho—. Te amo con toda mi alma...

Lya abrió sus ojos de golpe al oírlo.



Días después, tras la navidad, Emma recibió una carta con el sello del ejército militar alemán. Observaba la misma con la mirada vacía mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y su corazón le latía con tanta fuerza que pensó que le rompería el esternón. Se negaba a abrirla, se negaba a leerla. No, su Joachim, su amor, su mundo, no estaba muerto. No. ¡NO! Levantó la vista y miró el jardín, donde sus hijos jugueteaban con la nieve entre risas y bromas con Martín. Llevó la carta a su vientre de seis meses y empezó a rezar con los labios temblorosos mientras evocaba el último día que estuvieron juntos...

—¿Te cuento un chiste, comandante?

Joachim daba de comer a su hija.

—Encantado, amor mío.

Emma, emocionada, derrumbó unas cuantas cosas, como de costumbre. Soltó un taco y su marido se echó a reír al escucharlo. ¿Caja de piojos rusos americanos? Emma jamás utilizaba palabras feas frente a sus hijos, así que se inventaba unos tacos muy originales.

—Un «sargento de hierro» les está echando el rollo a los recién llegados a la mili, y le pregunta a uno: Ya usted ¿qué rango le gustaría alcanzar en el ejercito? —dijo Emma con entusiasmo—. General, responde el soldado —agrandó los ojos—. ¿General? ¿Está usted loco?, le dice el sargento y el soldado, pensativo le contesta: No, ¿hace falta?

Joachim echó hacia atrás la cabeza y rio de buena gana.

—Le contaré al General Braun —soltó ella—, a ver si tu superior ríe igual, amor mío.

Lya bajó del regazo de su padre cuando sus hermanos la llamaron. El oficial se levantó y le dio un dulce beso en los labios. Luego le besó el

cuello y le apretujó las nalgas mientras sus hijos corrían por la casa.

—Comandante, así terminaremos teniendo una docena de hijos.

Joachim le mordisqueó el cuello con sensualidad y ella terminó arrastrándolo hasta el cuarto, donde hicieron el amor de manera muy salvaje sin siquiera desnudarse. Para evitar que ella gritara, se mordió una toalla.

—Te amo tanto, cielo. Eres la razón de mi lucha, Emma Schreck.

Joachim siempre le decía aquello tras el clímax. Siempre le decía al despertarse. Siempre le decía antes de ir a la cama. Siempre le escribía en cada postal o carta que le enviaba.

—Te amo, soldado —dijo llorando al volver al presente—, me dijiste que nunca me dejarías, Joachim —las lágrimas rodaban por sus mejillas sin parar—, me lo prometiste.

Con un enorme nudo en el pecho, abrió el sobre y retiró la carta de él. La desdobló a cámara lenta y empezó a leer.

En el campo de batalla, 13 de diciembre de 1943

Estimada señora Ackermann:

Lamento tener que darle hoy la triste noticia de que su marido, el comandante Joachim Ackermann, ha caído en un ataque de las tropas rusas el 12 de agosto en actitud valiente y cumpliendo su obligación de soldado, fiel a su compromiso con el Führer, el pueblo y la patria.

En nombre de sus compañeros me gustaría expresarle mis condolencias a usted y a sus familiares por tan dolorosa pérdida. Su regimiento siempre conservará un recuerdo honroso de su esposo y verá en él un ejemplo.

Mi más sentido pésame. Le saludo con un Heil Hitler.

Johann Löschel

Coronel y jefe de la compañía.

La carta se deslizó lentamente de sus manos mientras el dolor cubría su caja torácica hasta convertirlo en una masa oscura y fría. Martín entró en la cocina con su hija y le miró con atención. Ella estaba reclinada contra la

encimera, llorando en silencio. Sus ojos se encontraron con un papel que estaba sobre los pies de su cuñada. Se acuclilló y lo cogió. Leyó la carta en silencio. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas una tras otra. No, su hermano no estaba muerto. ¡Aquello era falso! ¡Joachim no podía estar muerto!

—No está muerto —le dijo Emma—, mi corazón lo sabría.

Martín se apoyó por la encimera con su hija en brazos y lloró, lloró con toda el alma. Sebastián acababa de entrar en la cocina. Martín y él se miraron con los ojos anegados en lágrimas.

—Joachim ha muerto —dijo el capitán—, Achim está muerto.

Emma se volvió.

—¡No lo está!

Se acercó a él y con los puños cerrados empezó a golpearle el pecho.

—¡No está muerto! ¡Mi corazón lo sabría!

Sebastián la estrechó con fuerza, apretujándole la cabeza con una mano y la espalda con la otra.

—¡Nooo! —gritó ella con todas sus fuerzas—, ¿cómo viviré sin él, Sebastián? ¿Cómo viviré sin mi hermana? ¡¿Cómo?! ¡El maldito Führer nos quitó todo! ¡Todooo!

María cruzó el portón del jardín gritando. Karl la seguía.

—Dime que mi hijo no está muerto —rogó la mujer al entrar en la casa—, ¡dime que mi Joachim no está muerto!

Sebastián se apartó de Emma y la estrechó con fuerza mientras Karl, incapaz de aceptar aquella noticia, se reclinó contra la pared y miró sus pies mientras las lágrimas atravesaban su rostro una tras otra hasta convertirse en un diluvio de tristeza.

—¡Nooo! ¡Mi hijo no está muerto! ¡Nooo! —gritó con desesperación María—, ¡era mi bebé! ¡Yo lo llevé nueve meses en mi vientre! ¡Lo crie y lo vi crecer! ¡Mi hijoooo nooo estááá muertooo!

Martín se sentó contra el mueble con su hija en brazos y lloró con toda el alma. Emma cogió un portarretrato con la foto de su marido y lo puso sobre el pecho.

—No, sé que sigues vivo, mi amor —se dijo una y otra vez—, sé que sigues respirando. Pensando en nosotros.

María y Karl se abrazaron, sollozando con amargura.

—¡Nuestro primer bebé murió, Karl! ¡Lo mataron! —gritó María con mucho dolor—, ¡Joachim murió!

Los niños empezaron a llorar cerca de la puerta.

—¿Papá murió? —preguntó Peter—, ¿mamá, papá murió?

Emma se arrodilló con cierta dificultad y les abrió los brazos de par en par. Sus hijos corrieron y se acomodaron entre sus alas maternas.

—Papá volverá —les dijo, anegada en lágrimas—, como lo prometió.

Dirk se lanzó a los brazos de Sebastián y le rogó llorando que no muriera, que no lo dejara nunca. El oficial sollozó con todas sus fuerzas.

—Nunca, hijo.

Tras llevar a sus padres a su casa, fue a la suya solo, ya que Dirk prefirió quedarse con sus primos. En lugar de coger el coche, decidió caminar bajo la nieve entretanto evocaba a su hermano y sus tantas aventuras desde que eran niños. Joachim y Martín eran sus mejores amigos en todo el mundo.

—Joachim.

Se detuvo y miró el cielo iluminado por el fuego de algunas bombas a lo lejos. Giró sobre sus talones y miró aquella calle donde corrió con sus hermanos y sus vecinos cuando eran pequeños. La guerra destruyó vidas, sueños, ilusiones. Todo lo bueno creado por Dios.

—No puedes estar muerto.

Y de pronto, a lo lejos, vio a su hermano vestido con su uniforme de gala y sonriéndole de oreja a oreja. Sebastián dio varios pasos hacia él, pero no logró alcanzarlo. Joachim se volvió tras balancearle la mano derecha a modo de despedida.

—Joachim —susurró con lágrimas en los ojos—, adiós, hermano.

Se arrodilló sobre la nieve y soltó un grito titánico de dolor, el mismo grito que alguna vez lanzó por Lya en el pasado.

—¡Noooo!

Se incorporó llorando a lágrima viva y se dirigió a su casa con el corazón pesándole una tonelada. Abrió la puerta y tras cerrarla, se puso contra ella. Lya apareció y lo miró con profundo dolor. Sin decir una sola palabra, se acercó a él.

—Joachim —le dijo, roto por dentro—, murió, Lya.

Lya llevó su mano a su boca mientras las lágrimas caían de sus ojos a chorro.

—Lya —le dijo él, llorando con mucha amargura—, abrázame, por favor, te necesito.

Ella se lanzó a sus brazos y Sebastián gritó de dolor al tiempo que la estrechaba con fuerza contra su cuerpo.

—Lo siento, Sebastián. Lo siento mucho.

El oficial lloraba como un crío pequeño en los brazos de su madre. Lloraba por sus hermanos, por sus padres, por Emma, por sus sobrinos, por él y por Lya. Lloraba por todos los años que dejó de hacerlo.

—Ven —le dijo ella—, tienes mucha fiebre, Sebastián.

Subieron al cuarto y se metieron en la cama tras desnudarse. Él recostó su cabeza sobre sus pechos y lloró hasta quedarse dormido. Lya le acariciaba la cabeza mientras le arrullaba la dulce melodía que alguna vez su verdadera madre le canturreó. No tenía certezas, pero su corazón de gitana así lo sentía.

—Lo siento mucho, Emma —dijo, llorando.

Emma cubrió a sus hijos, a sus sobrinos y a los niños de Lya con la manta de lana que Joachim había comprado meses atrás para ellos. Las lágrimas caían una tras otra mientras lo recordaba.

—No estás muerto —se dijo con la voz afónica—, y yo te encontraré, mi amor.



Por amor

Finales de enero de 1944

Un mes se había pasado desde que Emma recibió la carta del ejército alemán. Treinta días en que mal podía comer o dormir. Decidió buscar respuestas en los sitios correctos. Joachim no estaba muerto. Joachim no podía estar muerto. Su suegra, para su sorpresa, la apoyó, estaba tan ilusionada como ella ante tal posibilidad.

Martín habló con los hombres de su hermano días atrás y todos le dijeron lo mismo, el cuerpo de Joachim no fue encontrado por ninguna parte tras el estallido de una bomba rusa contra su regimiento en plena madrugada mientras dormían en el bosque. Lo único que encontraron fueron sus placas cerca del río y mucha sangre. Su superior y sus hombres lo buscaron por varios días sin éxito alguno. Probablemente, el cuerpo terminó en el río como muchos otros, pero Emma, tozuda, insistía de que estaba vivo.

—Hablaré con su superior —anunció ella antes de partir a Berlín—, y si es necesario con el mismísimo Hitler, ¡ese cabrón me debe un marido!

Martín le rogó que no se expresara de ese modo del Führer, y mucho menos delante del superior de Joachim. Emma le dijo que ella tenía la valentía suficiente como para darle una bofetada o un rodillazo entre sus piernas a cualquiera, incluido al Führer.

—Tienes cuatro hijos y uno en camino —le recordó Martín, iracundo.

Emma cogió el arma que Joachim le dejó antes de su viaje.

—¿Tienes un arma?!

Emma lo desbloqueó con maestría. Martín no podía dar crédito a lo que veía. Su cuñada era una caja de sorpresas.

—Joachim me enseñó a usarla.

Su cuñado dio un paso hacia atrás algo temeroso. Ella lo metió en su bolso tras bloquearla y sonrió con expresión ladina.

—Por tu hermano soy capaz de todo, Martín.

Viajaron a Berlín al mediodía y llegaron antes del anochecer. Emma

observaba atónita su antigua ciudad, sin poder dar crédito a lo que veía.

—Berlín está destrozada —dijo con lágrimas en los ojos—, el Tercer Reich empieza a caer.

Martín aparcó el coche frente al cuartel militar donde se encontraba el superior de Joachim. Emma, al verlo, se acercó como una exhalación y le dio una bofetada.

—¡Usted me dijo que lo cuidaría!

Martín la miró asombrado como el superior de su hermano. Aquella mujer sí que tenía agallas.

—Lo siento, señora Ackermann.

Los ojos de Emma se llenaron de lágrimas.

—¿Qué le diré a su hijo? —dijo y posó su mano sobre su vientre—, ¿qué le diré cuando me pregunte por él?!

El hombre de casi cincuenta años la miró con profundo dolor.

—Lo mismo que yo a mi nieta —le dijo—, que su padre luchó por la patria y murió por su ideología.

Aquello la dejó sin aliento.

—Lo siento mucho, señor —le dijo con un enorme nudo en el pecho—, pero su dolor no consuela al mío —Martín la miró con admiración—, siento la suerte de su hijo, pero aún más la de mi marido. Cuando el dolor llega a nuestras vidas, somos egoístas como el Führer.

El hombre la miró boquiabierto.

—Con su permiso, debo buscar a mi marido en los hospitales —anunció—, adiós y mi más sentidos pésame para su esposa y nuera.

Según le dijeron a Martín, el regimiento de Joachim sufrió el ataque en Polonia, días antes de dirigirse a Rusia. Otros dijeron que ya estaban en Rusia. Pero Emma se agarró a esa posibilidad de que estuviera en Polonia y visitó varios hospitales en el país vecino.

—Dios mío —susurró, llorando—, ¿en qué nos convertimos, Martín?

Los días pasaron en un suspiro.

—Nada —dijo Martín—, debemos volver, Emma.

Ella asintió con una profunda tristeza en el pecho.

—Mi permiso termina dentro de tres días y quiero estar con mi hija antes de volver al infierno.

Martín no le dijo que volvería a reunirse con el grupo de Magda. Aquel era un secreto suyo y de su amor perdido. Nadie debía saberlo, por seguridad más que nada. Si alguien lo descubriera, sería fusilado al instante y mejor que

ninguno de su familia estuviera involucrad. Miró a su dulce y, aparentemente frágil cuñada, con ojos lastimeros. Magda, cierta vez, le comentó sobre su gran valentía al esconder a varios judíos en su sótano mientras arriba su marido y sus compañeros bebían. Era una guerrera.

—Sí, cuñado.

El hospital estaba repleto de heridos. Soldados sin piernas, sin brazos y con las almas manchadas de sangre y dolor para siempre. Algunos gritaban, otros rogaban por la muerte y otros pedían solo un poco de atención antes de partir. Emma ayudó un poco, ya que había hecho un curso de enfermería el año que conoció a su amor.

—Joachim no está vivo —se dijo Martín mientras su cuñada limpiaba la herida de un soldado, rogando al cielo porque alguien estuviera haciendo lo mismo con su marido—, Magda, ayuda a tu hermana a sobrellevar el dolor —negó con la cabeza—, ayúdanos a los dos.

Emma y Martín visitaron varios hospitales en Polonia, pero en ninguno hallaron a Joachim. Se dirigieron a un pueblo cercano, donde estuvieron los hombres del comandante meses atrás. Emma miró con ojos curiosos el sitio totalmente abandonado.

—Es un pueblo fantasma —comentó—. Todos murieron.

Todas las casas habían sido abandonadas y bombardeadas hacía tiempo. Se había producido un incendio que había arrasado unas docenas de casas.

—No resta nada del lugar —agregó.

No vieron ni a un solo ser vivo. En cambio, encontraron todo tipo de restos: mantas, mochilas, zapatos, peluches, dentaduras y cepillos de pelo.

—Debemos ir al pueblo de al lado y luego volver al nuestro —le dijo Martín.

Se marcharon del lugar con una extraña sensación en el corazón. Martín aparcó cerca de una estación de tren. Emma lo siguió, necesitaba hacer pis con urgencia.

—¿Son soldados alemanes? —preguntó ella.

—Sí, son todos alemanes.

El ruido de unos aviones llamó la atención del teniente que levantó la cabeza para mirar el cielo

—Dios mío —dijo en un susurro—, ¡aviones ingleses!

Los aviones volaban a poca altura y vio que algo caía de ellos. Miró a su cuñada y gritó con todas sus fuerzas.

—¡Emma!

Los artilleros de los aviones dispararon las ametralladoras sin cesar. Todo el mundo corrió a refugiarse en el bosque y en la estación de tren.

—¡Emma!

Las bombas de fragmentación que lanzaban los aviones estallaban antes de tocar el suelo. El teniente escuchó los gritos en medio del ruido infernal de las explosiones.

—¡Martín!

El teniente cogió a su cuñada y la llevó hasta una casita. Buscaron refugio en el sótano de la misma. Ella se puso a rezar mientras el ruido infernal de los disparos los ensordecían. El bombardeo duró treinta minutos.

—Debí traer a mis hombres —se dijo Martín—, esto fue una locura.

Las nubes de humo negro, los incendios por doquier, los heridos que agonizaban, destrozaron un poco más el corazón de Emma.

—Joachim vio esto todo el tiempo —susurró, llorando—. ¿Quién sale ileso de esto, Martín?

Había cadáveres por todas partes y heridos que se revolcaban por el suelo gritando de dolor.

—Nadie, cuñada.

Emma caminó entre las docenas de heridos y muertos con un enorme nudo en el pecho. No podían hacer nada, no tenían cómo. Martín y Emma corrieron hacia el coche mientras un grupo de soldados alemanes llegaban al lugar para socorrer a los heridos y enterrar a los cadáveres. Los gritos de auxilio y dolor se entremezclaron en una sola sinfonía de horror. Emma se detuvo y miró el sitio antes de partir. Grabó a fuego aquella apocalíptica imagen que su marido, su amor, vivió en carne propia los últimos años de su vida. Ahora comprendía mejor por qué solía quedarse callado tras hacer el amor. Su alma intentaba borrar los horrores de aquella terrible guerra. Llevó su mano derecha a su corazón y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Joaaachiiim!

Emma miró el cielo y gritó una vez más el nombre de su marido:

—¡Joaaachiiim!

A muchos kilómetros de allí, en medio de un frío y sombrío bosque, una mujer limpiaba unos paños ensangrentados dentro de una choza. Un hombre mayor le preguntó cómo estaba el hombre. Ella le dijo que seguía igual. El hombre le dijo que le debía la vida y que por eso seguirían cuidándolo. Se acercaron y lo miraron con tristeza.

—Este hombre lleva así más de cinco meses, padre.

La joven de veinte años miró con ojos melosos al atractivo hombre de pelo rubio que cuidaba hacía meses. Soñaba con volver a ver sus ojos, escuchar su voz y poder adueñarse de su corazón.

—Pero sigue respirando, hija.

El hombre miró a su bella hija con curiosidad. Sabía que aquel hombre alto, fuerte y de ojos muy claros la tenía hechizada desde el primer día que lo vio en el pueblo. Era alemán, era un nazi, pero tenía corazón.

—Si no fuera por él, todos estaríamos muertos, hija.

El hombre no comprendía por qué alguien como él, de su rango, pondría en peligro a sus hombres y a sí mismo para salvar a unas personas consideradas enemigas por su país.

—Es un buen hombre, padre.

Era la única explicación. La mujer frunció su entrecejo al percibir que el hombre se movía. Llevó sus manos a su boca y soltó un grito ahogado ante el milagro. De un momento a otro, el hombre abrió sus ojos y dijo:

—Emma.



La reina blanca

Lya y Sebastián cenaron en silencio aquella fría noche de invierno. El alemán mal levantó la vista de su plato y ella mal podía respirar sin sentir dolor en el pecho tras la triste noticia que había recibido días atrás. El trato que recibían los judíos en los campos de concentración era inhumano, según Emma, que vio con sus propios ojos lo que padecían los suyos en las manos de los nazis.

—Emma no puede venir cada vez que quiera —le dijo el oficial en tono seco—, la gente empieza a murmurar.

Lya alzó la vista y lo fulminó con la mirada.

—¿Como las cosas horribles que hacéis con los judíos en los campos de trabajo? Son pura murmuraciones ¡¿no?!—

Sebastián empujó su plato con cierta violencia y se levantó de la mesa de golpe. Se apoyó por el armario con la respiración entrecortada. Le dolía la garganta y los pulmones le ardían cada vez que aspiraba. Lya se acercó y le tocó la frente con cautela. El alemán soltó un jadeo involuntario al sentir su fría mano contra su enfebrecida piel.

—Sigues con fiebre —le susurró—, te prepararé un té de jengibre con miel y limón.

Sebastián cogió su mano y la miró de un modo difícil de definir con palabras. Por unos segundos, por unos breves segundos, él volvía a ser el mismo chico que alguna vez la amó.

—Es solo un resfriado.

—Beberás el té —le dijo ella con firmeza—, no es una sugerencia, capitán.

Él la miró con ojos severos.

—Odio ese té, Lya.

Ella lo miró fijo.

—Como a mí.

El alemán se enfiló hacia la sala sin replicarle. Lya lo miró con ojos lastimeros. Sebastián se enfermó desde el día que supo que Joachim murió. Se volvió y miró a Lya por encima del hombro.

«Nunca pude odiarte, porque nunca logré olvidarte» masculló él.

Lya limpió los platos y ordenó la mesa mientras él colocaba más leñas en la suntuosa chimenea de la sala de estar.

—Beberás, aunque tenga que dártelo a la fuerza —masculló Lya al tiempo que vertía una cucharadita de miel en la infusión que le había preparado—, cabezota.

Sebastián estaba sentado en el sofá, atento a la tabla de ajedrez que se encontraba sobre la mesita de café. Aquella noche, llevaba puesto un pantalón oscuro y una camisa blanca remangada. El pelo rubio estaba algo alborotado y la barba de tres días le daba un aire más relajado, casi dejado. Lya colocó la taza de té al lado de la tabla. Sus ojos se encontraron de golpe y se inspeccionaron por unos segundos.

—¿Le has puesto veneno de ratas?

Lya cogió la taza y bebió un sorbo del té sin apartar la vista del oficial. Sebastián la encaró con su peculiar mirada asesina. ¡Aquel té era horrible! Lo odiaba desde niño.

—Si la rata judía no muere, no debes temer.

Las llamas de la chimenea se reflejaban en los ojos azules del alemán, realzando aún más su dura mirada de reproche. Lya se arregló el suéter azul claro de tamaño considerable que llevaba puesto. Sebastián la miró con atención.

—Incluso ese horrible suéter te queda bien —le dijo tras coger la taza de té—, aunque prefiero verte desnuda.

La miró por encima de la taza con expresión enigmática. No comprendía muy bien a qué estaban jugando a diario, pero le gustaba mucho más de lo que era capaz de admitir.

—Me pasa lo mismo contigo, Sebastián.

Él sonrió.

Ella sonrió.

Él la miró.

Ella lo miró.

—¿Otra partida?

Lya clavó sus ojos claros en los de él y sonrió con aire victorioso.

—¿Qué apostamos esta vez, amo?

Cada vez que lo llamaba de aquel modo, algo en su interior se incendiaba. No podía definir con palabras exactas lo que sentía. Era un júbilo portentoso y una tristeza indescriptible al mismo tiempo.

—¿Qué quieres?

Sebastián no volvió a llamarla esclava y por unos días, le quitó la alianza.

Lya no pensó dos veces antes de enunciar su deseo

—Salir al patio y ver la nieve una vez más.

Sebastián tosió con dificultad.

—¿Desnuda?

Ella lo miró desafiante.

—Si tú ganas...

Volvió a toser.

—Hecho.

Lya ganó la partida tras una dura contienda y salieron al patio tras ello. Ella observaba hechizada desde la puerta de la cocina la caída serena de la nieve aquella noche. El alemán tosió y Lya lo miró con expresión preocupada. Le rozó la frente y descompuso su semblante.

—Tienes mucha fiebre.

Sebastián sentía un dolor agudo en los pulmones.

—Es un resfriado sin importancia.

Lya miró estupefacta la sangre que había expulsado al toser.

—Entremos, Sebastián.

Lya le preparó otro té. El oficial lo bebió y se acostó en la cama tras ello. Lya le puso un paño frío sobre la frente y bajo sus axilas. Él protestó como un crío y ella no pudo evitar reírse de su reacción.

—Eres cruel, Lya.

«Lya. Lya. Lya. Lya» resonó en la cabeza de la judía. Sebastián dijo su nombre como en el pasado. Con aquel tono dulce y tierno que solía usar en aquel entonces.

—Di mi nombre otra vez.

Él la miró con magnitud.

—Lya, ¿me tocarías la cabeza?

Ella le tocó la cabeza y le canturreó su dulce melodía. El nazi se quedó dormido tiempo después. Lya se quedó gran parte de la noche observándolo. Podía huir de la casa, era su gran oportunidad, pero algo la impedía, su corazón. Se quedó dormida a su lado con ese pensamiento.

—Lya —dijo el alemán de madrugada—, Lya, me siento muy mal —tosió con dificultad—, me siento morir.

La judía se levantó a toda prisa. Sebastián ardía en fiebre y mal podía respirar sin sentir un dolor casi sordo en el pecho. Le puso paños húmedos

para bajar la fiebre, pero era inútil, Sebastián necesitaba un médico con urgencia. ¿Cómo haría para llamarlo sin levantar sospechas?

—Lya —decía Sebastián cada vez con más ímpetu—, me muero, Lya.

Los ojos de la judía se nublaron al oírlo.

—No puedes morirte —le dijo con rabia—, ¡no te lo permito!

Sebastián se arqueó y soltó un gemido de dolor al tiempo que tosía cada vez con más. Lya se acercó y le acarició la cabeza con las manos mientras le canturreaba su canción favorita.

—Lya —le dijo él con agonía—, todo hubiera sido tan distinto entre nosotros dos.

Una lágrima atravesó el rostro de la judía y posó sobre los labios del alemán.

—Lo siento, Lya —farfulló con lágrimas en los ojos—, por favor, perdóname.

¿Se estaba despidiendo de ella? ¿Era eso? La judía se rompió a llorar con tal amargura, que Sebastián también tuvo deseos de llorar con ella. ¿Lloraba de alegría o de tristeza? Al fin sería libre, podría irse y ser feliz. Al fin podría olvidarlo.

—No puedes dejarme, Sebastián —le dijo ella, llorando.

El oficial respiraba cada vez con menos fuerza.

—Per. Dó. Na. Me. —tartamudeó él.

Lya no le replicó, en lugar de ello, lo besó con mucha pasión y él le correspondió de cuerpo y alma. Sus lenguas se entrelazaron en una caricia que despertó cada fibra de sus cuerpos, de sus almas.

—¿Sebastián? —dijo Petra desde la sala y los despabiló de aquel sueño maravilloso de golpe—. ¿Estás en tu cuarto?

Lya se apartó de Sebastián a toda prisa.

—Escóndete, Lya —le dijo él en un susurro—, por favor, no dejes que te encuentren.

Las lágrimas anegaron el rostro de la judía. ¿Y si aquel era el último día de sus vidas? ¿Y si jamás volvían a verse?

—Lo haré —le dijo ella, llorando con desfallecimiento.

¿Y si moría? ¿Y si era el fin? ¿Cómo podría seguir respirando sin él? ¿Cómo?

—¿Por qué lloras, Lya? —esbozó una sonrisa apenas perceptible en sus labios—, de alegría, supongo.

Ella no podía contener las lágrimas, no quiso contenerlas.

—¿Sebastián? —dijo Petra en el pasillo—. Traje unas medicinas para ti.

La judía tragó con fuerza antes de volver a besarlo con una añoranza que cargaba hacía años. Sebastián apenas podía respirar, pero necesitaba de aquella caricia para luchar, para no dejarse vencer por las adversidades impuestas por el macabro destino.

—Lloro como alguna vez tú lloraste por mí, Sebastián.

Una lágrima atravesó el rostro del alemán al oírla. Si era su hora, al menos iría en paz.

—Escóndete, Lya —le rogó una vez más—, Petra está muy cerca.

Lya posó su mano en su pecho y él depositó la suya sobre la misma mirándola con ojos de cordero degollado.

—Me esconderé en tu corazón, Sebastián.

Un nazi lloraba por una judía.

—Nunca te dejaré ir de allí, Lya.

Una judía lloraba por un nazi.

—Soy su esclava.

Él negó con la cabeza.

—No, eres su dueña.

Lya le dio un último beso, un beso que abrió un nuevo portal en sus corazones. Se apartó y lo miró antes de esconderse.

—¿Es el beso del adiós, Lya?

Ella negó con la cabeza antes de abrir la puerta del cuarto de baño.

—Es el beso del perdón, mi amor.

Sebastián soltó un lastimero suspiro.

—Lya —dijo en un susurro.

Ella lo miró antes de cruzar la puerta.

—Te amo.

La guerra al fin había terminado entre ellos dos.

—Y yo a ti, Sebastián. Siempre y para siempre.



Dos semanas después, Sebastián retornó a su casa tras su internación en el hospital del pueblo. Petra había llegado justo a tiempo aquel viernes en que la vida casi lo abandonó. La pulmonía había retornado con fuerza tras muchos

años. Pero no fueron los medicamentos lo que le salvaron la vida, sino la declaración de Lya antes de su partida.

—Lya —dijo con cierta agonía al llegar a la mansión—, ¿cómo estarás, mi amor?

Petra fue todos los días a la mansión para mantenerlo limpio y ordenado. Dirk había ido un par de veces a la casa para ver a Lya, a quien no vio todo ese tiempo. La judía había desaparecido del lugar, según le dijo a su padre.

—¿Lya no está aquí, hijo?

Dirk le dijo que no con la cabeza.

—Le traje comida como te prometí en el hospital, pero no la vi por ninguna parte.

Emma estuvo allí un par de veces, le comentó Petra con cierta sequedad. Sebastián no necesitaba ser muy inteligente para saber quién la ayudó a huir de allí. Sus ojos, irremediadamente, se llenaron de lágrimas.

—¿Te pasa algo, Sebastián?

El alemán le dijo que quería estar solo. Dirk quiso quedarse, pero él le dijo en un susurro que estaba muy cansado y que Dika lo necesitaba a él. El niño asintió tras darle un beso en la mejilla. Petra lo llevaría a la casa de Emma cómo él se lo pidió.

—Cuídate, hijo.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti.

El oficial recorrió toda la casa mientras repasaba una y otra vez lo que Lya le dijo la última vez.

—Era mentira —se dijo con un enorme nudo en el pecho—, lo dijo por lástima.

Cogió un jarrón y lo lanzó contra la pared con todas sus fuerzas.

—¡Lya! —gritó, enfurecido.

El aire les llegaba mal a los pulmones. Llevó su mano derecha a su pecho y aspiró hondo como le aconsejó su médico días atrás. Exhaló con mucha dificultad. Mareado, se dirigió a su cuarto y se quitó toda la ropa antes de meterse en la cama con el corazón hecho trizas. Miró el techo con lágrimas en los ojos y repitió una y otra vez el nombre de la judía.

—Lya.

Se quedó profundamente dormido, minutos después. En medio de la noche, alguien se acomodó a su lado y se pegó a su cuerpo enfebrecido. Abrió los ojos casi a cámara lenta. Su corazón dejó de latir por unos segundos, para

luego latir de manera desbocada en su pecho.

—Hola, mi amor —le dijo Lya y todo su ser reaccionó—, ¿pensaste que te librarías de mí fácilmente?

Las lágrimas anegaron el rostro del alemán y el de ella en pocos segundos.

—Pensé que huiste, Lya.

Ella negó con la cabeza antes de capturar sus labios en un apasionado beso, un beso que rezumaba amor, esperanza y fe. Sebastián se precipitó sobre ella y le quitó sus ropas hasta dejarla completamente desnuda.

—Nunca te dejaré, Sebastián. Nunca más. Ni la muerte logrará alejarme de ti, mi amor.

Él se acomodó entre sus piernas y tras un jadeo, la penetró. Lya soltó un gemido cuando él empezó a moverse casi con desesperación. Le rodeó con los brazos y con las piernas mientras la manta caía en el piso ante los movimientos frenéticos del alemán. Ebria de placer, Lya mal podía gemir, mal podía respirar ante la gran emoción que sentía en los brazos de su primer y único amor.

—¿Lo prometes? —gimió él mientras colocaba sus brazos debajo de sus hombros para sujetarla y que no se moviera—. ¿Lo prometes? —repitió sin aliento.

El clímax fue tan brutal que ambos gritaron al mismo tiempo.

—¡Lo prometo! —chilló ella—, lo prometo, mi amor...

Sebastián lloró con toda el alma. Ella acunó su rostro entre sus manos y asintió sin lograr controlar su llanto, aquel delicioso llanto de amor y perdón.

—Soy esclava de tu amor, Sebastián —le mostró su dedo—, como tú lo grabaste en este anillo días antes de irte al hospital.

Lya encontró un escondite secreto el día que lo llevaron al hospital, allí estuvo la mayor parte del tiempo con la comida que había robado de la cocina. Era un recinto pequeño con un colchón y unas mantas para soportar el frío de aquel duro invierno. Cierta vez, pensó huir, pero, por obra del destino, se quitó el anillo y leyó lo que Sebastián mandó grabar en él.

«Soy esclavo de tu amor».

—Es la única verdad, mi amor —le dijo él, sin detenerse en sus embestidas—, soy esclavo de tu amor.

Lya le bajó la cara para besarlo, para darle con aquel beso su alma. Se besaron por todos los años que no lo hicieron.

—Te amo, Sebastián Ackermann, te amo desde el primer día que te vi en mi vida.

Sebastián no podía controlar su llanto.

—Prometo amarte hasta el último día de mi vida —sus lágrimas empaparon el rostro de Lya, que lloraba con el mismo desconsuelo—, y más allá de ella misma, Lya Rubinstein.

Se abrazaron con fuerza mientras las leñas de la chimenea crepitaban y se entremezclaban con el ruido peculiar de los besos. Sebastián apartó sus labios y la miró con amor infinito, como en el pasado, como siempre la miraría mientras respirara.

—La única ideología que conoce el corazón es el amor —le dijo ella.

Él la miró con infinito amor.

—Mi única ideología eres tú, Lya.

Sin ti nada soy

Un mes después...

Sebastián le desabotonó la blusa, botón por botón de un solo tirón. Metió una mano y la colocó sobre un pecho, pellizcándole el pezón con suavidad. Lya temió gritar, pero no podía, porque los camaradas del oficial podían escucharla. Se besaron con fuerza, con añoranza y con pasión, mucha pasión. La judía le bajó la cremallera del pantalón a toda prisa, no tenían mucho tiempo.

—¿Me echaste de menos, capitán?

La puso contra la pared.

—Mucho más de lo que puedas imaginarte.

Él la inmovilizó, le subió la falda y le desgarró las bragas de ganchillo. Llevaban casi una semana y media sin verse, y la necesidad de estar juntos era urgente. La levantó por las nalgas y la penetró de un solo embate. Lya le rodeó la cintura con las piernas y el cuello con los brazos mientras él la hacía suya con cierto salvajismo.

—Te amo —le dijo ella en un jadeo.

No se cansaba de decirlo. Lo decía incluso cuando estaba sola.

—Te amo, Lya.

El clímax fue tan fulminante que ambos no podían moverse de sus sitios tras alcanzarlo. Se besaron con pasión insana hasta que alguien lo llamó.

—Nos vemos en el sótano —le dijo ella—, esto apenas ha comenzado, capitán.

Él la besó con posesión.

—¿Has comido bien?

Ella asintió.

—Esta es mi chica.

Más tarde, Sebastián bajó las escaleras del sótano a toda prisa con un lazo de seda de color vino entre manos. Lya estaba en la vieja cama de hierro, desnuda como a él le gustaba. Se miraron con intensidad, pero no se dijeron una sola palabra, no era necesario. El oficial posó el lazo sobre el sofá que se

encontraba a un lado y se desnudó a cámara lenta. Lya, se levantó con su peculiar sensualidad y le ayudó con su guerrera sin desviar la mirada de él un solo segundo.

—Capitán, me encanta sacarte tu disfraz.

La habitación estaba apenas iluminada por unas velas.

—Hueles a vainilla —susurró él a pocos centímetros de los labios de la mujer—, y tu aliento sabe a vino.

Ella sonrió con expresión ladina al tiempo que acercaba su boca a la de él.

—Siempre tan detallista, capitán.

Deslizó la guerrera del oficial por sus fuertes brazos con suma delicadeza y la pisoteó. Sebastián sonrió ante su gesto osado. Aquella judía no temía al enemigo que tenía enfrente, aquella mujer no temía ni siquiera al diablo.

—Esto es un delito —le recordó él—. Podrían fusilarme por ello, Lya.

Ella le desabrochó el cinturón y le bajó la cremallera de sus pantalones con cierta impaciencia, ignorando por completo el comentario del alemán. ¡Era tan osada!

—¿No me temes, Lya?

Ella le desabrochó los botones de la camisa blanca tras apartar sus tirantes de goma con un brillo peculiar en los ojos. Se pasó la lengua sobre los labios de un modo muy incitante.

—Temo al único amo de mi ser, Sebastián —replicó ella tras apartarse de él.

El oficial terminó de quitarse las ropas mientras las llamas de las velas iluminaban sus ojos clarísimos. Lya se estremeció ante aquella mirada felina y amenazante.

—¿A Dios?

Cogió el lazo con la mirada clavada en ella. ¿Qué pretendía hacer con él? Miró con embeleso su escultural cuerpo, su piel nívea y aquellos vellos dorados clarísimos que le cubrían las piernas y los brazos. Sebastián era una de las mejores obras de Dios, aquel ser que repudiaba con toda su alma, pero que no lograba expulsar de su vida a pesar de todos sus intentos. Él era un guerrero. Como ella.

—Mi corazón —contestó tras un mutismo desleal.

La joven se mordió el labio inferior mientras él se acercaba a ella con una erección portentosa entre las piernas.

—El corazón de una persona —le dijo Sebastián tras colocarse detrás de ella—, aunque late en el pecho de uno —apretujó sus senos con las manos al

tiempo que lamía la oreja de la joven con lascivia—, no le pertenece.

Lya meneó con sensualidad sus caderas contra el miembro del oficial, que soltó un gemido gutural ante aquella atrevida caricia.

—Por eso le tengo miedo al mío, Sebastián.

El alemán dibujó un largo camino de besos en la espalda de la judía hasta llegar a sus nalgas, donde se detuvo para lamerlos con verdadera adoración.

—¿Quién es su dueño?

Lya se tensó cuando él la giró y se puso de rodillas ante ella. A pesar de la posición, Sebastián era quién comandaba el juego, aquel peligroso juego.

—Si te digo, tendré que matarte, capitán.

Él sonrió.

—Me gustan los desafíos, Lya.

Con una sonrisa burlona, él separó los pliegues del sexo de Lya con la lengua y empezó a saborearlo como si tuviera mucha hambre. Ella enterró sus dedos en el pelo del soldado y se arqueó para que él pudiera deleitarla mejor. En aquel momento, era esclava suya, esclava de sus deseos más salvajes.

—Sabes tan bien —jadeó él antes de meter un dedo sin dejar de lamer al tiempo—, sabes asombrosamente bien, Lya.

Con un rápido movimiento, Sebastián la cogió en brazos y la depositó en la cama.

—¿Prefieres el aire o el placer, Lya?

La judía la miró con ojos interrogantes.

—No puedo vivir sin ambos, amo.

Sebastián la miró con atención por unos segundos.

—¿Amo?

Ella sonrió.

—Aquí nadie es amo de nadie, Lya.

—Tienes razón, capitán —contestó con firmeza—, ambos somos esclavos del amo de nuestros corazones, Sebastián.

El oficial cogió la copa de vino de la mesilla y bebió un sorbo sin apartar la vista de Lya, que yacía desnuda en la cama bajo la luz de las velas. El alemán se acercó a ella y derramó unas gotas del vino sobre su cuerpo, sobre su altar.

—Cometeremos un crimen ante los tuyos, capitán —le recordó con malicia.

Sebastián posó la copa tras beber un sorbo del vino.

—Y también ante los tuyos, Lya.

Se puso a cuatro patas sobre la mujer y empezó a lamer el líquido púrpura con la punta de la lengua, despertando cada fibra nerviosa de la mujer.

—¿Somos traidores, Sebastián?

—Solo si engañamos a los amos de nuestros corazones, Lya.

El alemán se acomodó entre sus piernas, lapso en que Lya rodeó su cuello con el lazo y empezó a tirar de él a cada lado, a tal punto que el aire mal llegaba a los pulmones del oficial.

—¿Pensabas en esto, capitán?

El alemán intentó agacharse para besarla, pero ella volvió a tirar del lazo y se lo impidió.

—Eres muy astuta, Lya —le dijo con la voz ronca al tiempo que la penetraba—, por eso eres digna de ser...

¿De ser? ¿Qué? Molesta, Lya tiró el lazo con demasiada fuerza y él tosió. A pesar de las circunstancias, Sebastián continuó embistiéndola, continuó rompiendo las reglas impuestas por su ideología con un desenfreno que la hizo gritar de placer.

—Termina tu frase, capitán —le pidió con voz severa—. ¡Es una orden!

La falta de aire lo impulsaba a ser más rudo, más desafiante. La giró trepidante y ella empezó a montarlo a toda prisa y con mucha fuerza. Él envolvió su cuello con el lazo y tiró de él con cierta brusquedad. Lya echó hacia atrás la cabeza sin dejar de moverse.

—Eres el amo de mi ser, Lya —soltó y tiró el lazo un poco más—, la única mujer que logró domarlo en esta vida.

Lya mal podía respirar, pero no por la falta de aire, sino por la gran emoción que experimentaba ante su confesión. Sebastián soltó el lazo y volvió a girarla. La acometió sin parar mientras sus ojos libraban una dura batalla. En ese momento, ella supo que podía vivir sin el aire, pero no sin él, no sin Sebastián.



—¡Sebastián! —gritó Emma—, ¡Sebastián!

Lya y Sebastián se levantaron de la cama y se vistieron a toda prisa. Subieron las escaleras como alma que lleva el diablo y se dirigieron hacia la sala. Emma lloraba sin consuelo.

—¿Qué pasa, prima?

Sebastián presintió lo peor y no estaba equivocado.

—Lya debe irse a un lugar seguro antes de que vengan a buscarla —soltó Emma—, Susanne dijo que ella estaba aquí, que lo había escuchado.

Lya y Sebastián se miraron con asombro.

—Fue Petra —dijo Lya—, ella encontró mi vestido en tu cuarto —su voz rezumaba terror—, te lo dije, ella no es de fiar, Sebastián.

El oficial no podía creer en ello, Petra era consciente del castigo que podrían darle a él por refugiar a una prófuga como Lya. ¡Lo fusilarían!

—¡Sebastián! —gritó Martín—, es cierto —susurró al ver a Lya—, no es un rumor.

Martín le dijo lo mismo que Emma. El teniente Luwig von Witzleben estaba en camino con sus hombres para coger a Lya y detener a Sebastián por alta traición.

—Debemos coger todo lo que pueda ser sospechoso —dijo Lya—, debo irme para que no te hagan daño a ti, mi amor —sus ojos se llenaron de lágrimas—, me muero si algo te pasa a ti o a Dirk.

Sebastián acunó su rostro entre sus manos y le dijo que la ayudaría a huir. Martín le dijo que él se encargaría de todo.

—Tengo documentos falsos y amigos que te ayudarán a huir a Suiza y luego a Estados Unidos, Lya.

Sebastián y Emma lo miraron con asombro.

—No preguntéis nada —les pidió él.

¿Estados Unidos? ¿Tan lejos? El corazón de Sebastián dejó de latir por unos segundos, para luego latir de manera desbocada en su pecho.

—Quiero ver a Dirk —dijo Lya, llorando a lágrima viva—, necesito despedirme de él.

—Iré a por él —anunció Martín.

¿Por qué el destino volvía a separarlos? ¿Ahora era definitivo? Dirk entró en la casa con su tío. El niño se detuvo y miró a Lya con asombro. ¿Por qué lloraba de aquel modo? ¿Qué le hicieron? Se acercó a su padre y lo miró con expresión seria. El oficial también lloraba.

—Hijo —le dijo tras acuclillarse delante de él—, Lya debe irse lejos o la cogerán y la matarán.

No dio muchas vueltas, necesitaba que su hijo comprendiera las cosas tal cual eran. Lya se aculilló al lado de Sebastián y le prometió que volverían a verse muy pronto. Miró a Sebastián con ojos implorantes.

—Sebastián y Dirk se reunirán contigo en Suiza —soltó Martín con firmeza—, tras esto, no puedes seguir aquí, hermano.

—¿Por qué no? —preguntó Lya.

—Lo acusarán de alta traición con o sin pruebas —dijo Martín—. Los nazis sabemos cómo funcionan estas cosas, ¿no, Sebastián?

El capitán asintió.

—Sí.

Cogieron todas las pertenencias de Lya y las metieron en el cuarto secreto detrás del armario de libros en el sótano. Ella se puso un gabán de lana y una gorra del mismo material. Guantes, bufanda y botas. Hacía mucho frío aquel febrero. Lloraba sin consuelo mientras bajaba las escaleras con Dirk. Sebastián cogió una caja repleta de postales de su habitación. Entregaría a su verdadera dueña tras muchos años.

—¿Qué es esto, Sebastián?

Él colocó la caja dentro de su mochila.

—Lo que me mantuvo vivo, Lya.

Ella quiso revisarla, pero no tenían tiempo. Emma la abrazó con fuerza y le rogó que viviera por todos aquellos que la amaban. Lya le juró que así sería. Lloraron con desesperación.

—¡Vámonos! —chilló Martín.

Petra apareció con la respiración entrecortada.

—¿Es verdad? —dijo al ver a Lya—, Helga la denunció —soltó—, ella vio un dibujo de Lya el otro día —todos la miraban con asombro—, ¡debéis irros! ¡Están cerca!

Subieron al coche a toda prisa. Emma y Petra se quedaron para revisar la casa y esconder cualquier cosa que pudieran usar en contra de Sebastián.

—¡Te quiero! —gritó Emma—, para siempre, prima.

Las lágrimas se congelaron en su cara mientras Petra le rodeaba los hombros y le decía dulces palabras de consuelo. Posó su mano en su vientre y susurró:

—Lamento causarte tanta pena, mi amor.

Durante todo el camino, Lya y Sebastián se besaron y lloraron juntos a Dirk, que no podía controlar su llanto. Martín cruzó el pueblo a toda prisa con el coche de uno de sus amigos de la resistencia. Un coche oficial de las SS llamaría mucho la atención.

—No estarás sola —le dijo Martín—, no tengas miedo, Lya.

No tenía miedo, sino pena, una gran pena en el corazón. Podría vivir sin

agua, sin comida e incluso sin aire, pero no sin ellos, no sin Sebastián y Dirk. Ya no. Ellos eran su única razón de vivir, de luchar y soñar.

—Te amo, Lya.

Suspiraron hondo mientras las lágrimas atravesaban sus rostros a raudales.

—Te amo, Sebastián.

Martín aparcó el coche cerca de una casa en medio de un bosque en la ciudad de Wuppertal.

—Llegamos —anunció—, justo a tiempo.

Ni siquiera tendrían tiempo para despedirse, de prometerse o darse besos interminables de adiós. Bajaron del coche a toda prisa y se enfilaron hacia un coche de la Cruz Roja.

—Hablas inglés, ¿no, Lya? —le preguntó Martín—, aquí tienes tus documentaciones de enfermera —la miró fijo—, Magda me dijo que las tres hicieron un curso en el pasado.

Ella asintió anegada en lágrimas. No podía articular una sola palabra. Sebastián le dio un beso muy apasionado, absorbiendo con aquella caricia las gotas de su dolor. Dirk estaba abrazado a las piernas de Lya, llorando con toda su alma. Martín los miraba con profundo dolor. La guerra era una incerteza constante, aquel día podría ser el último de sus vidas o el inicio de una nueva historia. Todo era tan posible como no.

—Te amo y siempre te amé —le dijo Sebastián, llorando con amargura—, nunca dejé de amarte un solo segundo, Lya —ella soltó un llanto de dolor—, y en esa caja tienes la prueba de ello, mi amor.

Lya lo estrechó con fuerza, con tal fuerza que, le robó un jadeo.

—No te vayas, Lya —le rogó Dirk—, por favor, no te vayas.

Lya lo cogió en brazos y le llenó la cara de besos.

—No te vayas, Mutti —le dijo ahogado en dolor—, solo a ti quiero para ser mi mamá, Lya.

Lya se quebró un poco más, si es que eso era humanamente posible aún.

—Te quiero, mi amor —le dijo besándole toda la carita—, mi pequeño, mi hijo de corazón.

Sebastián retiró de su guerrera la gargantilla con la piedra que representaba su corazón.

—Esto te pertenece, Lya.

Le colocó la gargantilla.

— Permanece conmigo siempre, toma cualquier forma, haz que enloquezca, pero no me dejes solo en este abismo donde no puedo encontrarte.

¡Oh, Dios mío!, ¡es inconcebible! ¡No puedo vivir sin mi vida! ¡No puedo vivir sin mi alma! —le recitó su frase favorita de Cumbres borrascosas—, mientras vivas, mi alma lo sabrá y te buscará, Lya Rubinstein, ¡lo juro!

Se dieron un último beso, el beso eterno.

—Ven, Lya —le dijo Martín—, es hora de ir.

Dirk gritó, no quería separarse de Lya.

—¡No te vayas, Lya!

Sebastián lo cogió y lo apartó de Lya. Lo abrazó con todas sus fuerzas, apretujándole la cabecita con una mano contra sí y sosteniendo su cuerpo con la otra.

—Te amo —le dijo Lya antes de subirse al coche—, ¡desde el primer día que te vi en el río, un día antes de que tú me conocieras!

Sebastián lloró con la misma intensidad que su hijo.

—Te amo, Lya —susurró mientras el coche partía—, algún día, si no es en esta vida, volveremos a vernos en la otra, mi amor.

Dirk lloraba con desconsuelo en sus brazos.

—¡Te quiero, Lya! —gritó—, ¡Mutti!

Bajó de los brazos de su padre y corrió detrás del coche gritando el nombre de Lya. Ella sollozaba con tal amargura que mal podía respirar. Vio a Sebastián que cogía a Dirk en brazos y lo estrechaba con fuerza mientras balanceaba su mano derecha. Lya abrió la ventanilla y gritó:

—¡Los amooo! ¡Por siempre los amaré!

Aquello sonaba a despedida, quizá lo era. Unas imágenes asaltaron su mente y estrujaron su corazón con saña. Era como una película de sus mejores momentos vividos al lado de Sebastián los últimos años. En esas imágenes había risas, llantos, alegría, dolor, pasión, lágrimas, sangre y amor, mucho amor.

—Si todo pereciera y él se salvará, yo podría seguir existiendo; y si todo lo demás permaneciera y él fuera aniquilado, el universo entero se convertiría en un desconocido totalmente extraño para mí —recitó la cita favorita de Sebastián de Cumbres Borrascosas—. Tenías tanta razón, Catherine.

Sebastián miró el coche hasta perderlo de vista por completo. En aquel coche su alma viajaba y dejaba un enorme vacío en su ser. Sin ella nada tenía sentido. Absolutamente nada.

—Protégela, Dios —oró—, cuídala y que su vida sea larga y feliz, aunque nunca volvamos a vernos. No la abandones ni de día ni de noche. Te amo, Lya. Nací amándote y moriré amándote.

«Soy esclavo de tu amor».

Alta traición

ErEran las dos de la mañana cuando soldados de las SS llegaron a la mansión de Sebastián. El oficial decidió ir con su hijo y Petra hasta la casa de la abuela de la muchacha en la ciudad vecina. La misma estaba abandonada en medio de un bosque desde que su abuela murió, según ella. El oficial fue acusado de alta traición por el teniente Luwig von Witzleben ante su superior, que buscaba a Lya hacía tiempo. Martín los dejó en un bosque en Wuppertal antes de dirigirse a la mansión. Petra cogió el coche que Emma le prestó y fue a por su amigo y ahijado. Ambos se metieron en el vehículo al escucharla.

—¿Cómo está Martín?

Petra se encogió de hombros.

—No lo sé, patito.

Zarandearon a Martín para despertarlo. Cuando el teniente abrió los ojos se encontró con el superior de Sebastián y el teniente von Witzleben, este último le indicó con un gesto que se pusiera de pie. Martín ocultó todo tipo de rastros que pudiera condenar a su hermano y decidió quedarse allí para que lo cogieran en su lugar mientras huía con Dirk y su amiga. Se levantó pausadamente. Necesitaba distraerlos lo máximo posible.

—Tengo miedo, papá —le dijo Dirk a Sebastián.

Petra se metió en un sombrío bosque con mucha agilidad. Sebastián mal recordaba la cabaña de su abuela, había venido de niño, pero ya hacía mucho tiempo de eso.

—Pronto estaremos con Lya —dijo el oficial tras mirar de reojo a su amiga—, gracias, ratita.

Ella esbozó una sonrisa amistosa.

—Los amigos son hermanos de almas —le dijo—, pronto estaréis con ella y podréis ser felices —hizo una pausa—, ¿fue a Suiza, no?

Sebastián prefirió no decirle nada para no meterla en algún lío en el futuro.

—A España —mintió.

Petra asintió sin alargar el tema, consciente de que aquello le dolía mucho a su amigo. El oficial le agradeció con los ojos mientras besaba la cabeza de su hijo. Aparcó el coche cerca de un árbol y les dijo que debían caminar el

resto del camino que era bastante empinado. Sebastián cogió en brazos a su hijo que temblaba de frío.

—En la casa hay chimenea, mi amor —le dijo al niño con ternura.

Entraron en la vivienda helada tras atravesar el bosque y se pusieron cómodos. Dirk tenía hambre, así que Petra le calentó leche. Sebastián mal podía tragar su saliva. Cogió leñas y las puso en la vieja chimenea. Encendió el fuego y frotó sus manos sobre el mismo para abrasarlas. Dirk empezó a llorar, abrazado a su viejo peluche, el que Lya le había regalado a su padre años atrás.

—Extraño a Lya —dijo mientras las lágrimas rodaban una tras otra por sus mejillas ruborizadas—, ella es mi nueva mamá.

Petra le ofreció un vaso de leche y una sonrisa.

—Bebe todo, tiene un poco de miel, como te gusta, mi amor.

En otro lugar, Lya cruzaba un largo bosque tras bajar del coche. Sebastián le había dado un arma y le dijo que siempre era bueno estar preparado. Mientras se dirigía hacia la libertad, evocó los últimos días que estuvo con Sebastián. Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras su mente la transportaba a aquellos días...

—¿Hiciste trampas, Sebastián?

Estaban desnudos en la cama, tras hacer el amor, jugando a las cartas.

—No.

Ella se abalanzó sobre él como una leona enfurecida y se sentó a horcajadas sobre sus piernas antes de hacerle coquillas.

—¡No me mientas, capitán!

Sebastián dobló sus largas piernas muerto de la risa hasta que ella empezó a moverse con sensualidad sobre su miembro.

—¿Hiciste trampas, capitán?

Sebastián la tumbó sobre la cama y se acomodó entre sus piernas.

—No —repitió.

Lya abrió la boca como para decirle algo, pero en lugar de ello gritó cuando él la penetró de una sola estocada.

—No hice trampas, simplemente soy el mejor.

Lya le apretujó las nalgas.

—Sin lugar a dudas, Sebastián.

—¡Por aquí! —gritó uno y la devolvió al presente de golpe.

Lya dio exactamente dos pasos cuando una bomba estalló a muy pocos metros de ellos. El estruendo la ensordeció por completo. ¡Eran minas! Lya apretujó la mochila contra su pecho y corrió en dirección contraria a todos.

—¡No! —le gritó alguien, pero ya era tarde—, ¡Lya!

El vaso de leche que Sebastián sostenía se deslizó de su mano y cayó en el piso. Con una rara sensación en el pecho, dijo con voz casi afónica:

—Lya.

Todo empezó a darle vueltas, se tambaleó como si estuviera ebrio. ¿Qué le estaba pasando? Miró a su hijo con ojos implorantes mientras Petra lo desnudaba. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué no podía moverse? Se derrumbó en el pavimento con brusquedad, llevándose consigo una silla.

—Patito, patito, patito —dijo ella tras desnudar a Dirk y apagar el fuego con un cubo de agua—, tantos años a tu lado y nunca, nunca me miraste como debías.

Él no conseguía moverse. ¿Qué le puso en la leche? ¿Sedantes? ¿Veneno? Petra cogió a Dirk en brazos y lo colocó en el suelo helado. ¿A él también le dio lo mismo? ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué? Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Debo confesarte un par de cositas que hice —le dijo ella mientras le quitaba las ropas—, ¿recuerdas el dibujo que hiciste de la puta que amas? ¿Dónde estaba desnuda? —el corazón de Sebastián latía con fuerza en su pecho—, pues, yo entregué el dibujo a Joshua —sonrió—, a mi amo.

¿Ella y Joshua eran amantes? ¿Ella y él eran cómplices?

—Que por cierto, nunca me amó —dijo con tristeza—, por eso tuve que matarlo con cianuro y enterrarlo en el jardín de mi abuela junto con otros tres amantes que no me amaron.

«Dios mío, ¿quién era aquella mujer? ¿Cómo nunca se dio cuenta de nada?» se preguntó con la respiración entrecortada.

—Nadie nunca me amó como tú a Lya —las lágrimas caían sin parar sobre su rostro—, o como Martín a Magda o Joachim a Emma —las tibias lágrimas de la mujer se deslizaron por el rostro del alemán—, ¿por qué nunca me amaste, patito? ¿Por qué Joshua nunca me amó? ¿Por qué Samuel no consiguió amarme? ¿O Benjamín?

¿Petra mató a los tres hermanos Rosenthal? ¿No habían ido a un campo de trabajo como todos rumoreaban? De pronto, evocó el día que ella le dio tal noticia...

—Los hermanos de Joshua fueron llevados al campo, patito.

En el pueblo nadie sabía dónde habían parado toda la familia tras la repentina muerte de la madre, que según muchos decidió quitarse la vida a tener que ir a un campo de trabajo.

—Yo hice todo por amor, patito —le dijo ella mientras le besaba los pechos desnudos—, incluso te consolé por horas aquel día que llegaste borracho a mi casa —Sebastián no lo recordaba—, me hiciste el amor con tanta fiereza y pasión que casi me desmayé en tus brazos —le besó los labios entumecidos—, ese día supe que te amaba y que algún día, tú me corresponderías —miró a Dirk—, como el hijo de Lya.

Sebastián abrió con exageración sus ojos.

—El verdadero hijo de Lya —miró a su hijo—, Dirk.



Martín quedó petrificado al oír lo que el teniente Von Witzleben le dijo a su superior: «Petra la vio aquí». La amiga de toda la vida de su hermano, lo había traicionado y, probablemente, Sebastián y su sobrino estaban a punto de ser entregados a las autoridades. Para completar, todos los judíos de la fábrica huyeron con la ayuda de Sebastián y otro amigo suyo, un capitán llamado Paul Bachmann, que al parecer, cayó en las manos del enemigo con todo su pelotón.

—Si te cogen hermano, te fusilarán —musitó con el corazón encogido.

La sangre abandonó su cara ante otra posibilidad. ¿Y si Petra les había armado una trampa? ¿Por qué insistió tanto en que Dirk fuera con ellos cuando podía haberse quedado con su tía y sus primos?

«Dios mío, Petra piensa eliminarlos» farfulló al volver al presente.

—No haga preguntas y camine, teniente —dijo uno de los soldados—. Dese prisa.

Lo llevaron al despacho de Sebastián. El teniente von Witzleben se quedó un momento mirándolo, sin moverse ni decir nada.

—Teniente, ¿dónde está su hermano?

Martín se puso serio mientras se preguntaba si Petra les había dicho algo sobre la huida de Lya. No, era imposible, Petra no tuvo tiempo para eso, aún no.

—Eso me pregunto yo, señor —respondió con toda la calma—, vine a

verlo, ya que no se encontraba muy bien y decidí quedarme aquí para esperarlo.

Martín era consciente de que no lo dejarían en paz tan fácilmente. Incluso podrían inculparlo de cualquier cosa. Estaban cabreados y querían encontrar a su hermano, vivo, de preferencia. Podía darles la dirección de la cabaña de la abuela de Petra, pero estaría entregándolo a ellos de bandeja. Su corazón latía con mucha fuerza, no sabía cómo huir de aquella situación. ¿Qué pretendía hacer Petra con ellos? En ese lapso, Emma entró en la casa y miró a Martín con ojos implorantes. Algo andaba mal, muy mal. La mujer de ocho meses de gestación posó sus manos en su vientre y puso cara de agobio.

—Permiso, necesito hablar con el teniente Ackermann, señor.

Se acercó a Martín y le dijo en voz alta y clara:

—Maggie, tu hija, tiene fiebre y necesitamos llevarla al hospital.

El teniente se acercó a su cuñada y la miró con expresión de cordero degollado. Mientras los soldados revisaban la casa de punta a punta, Martín le susurró con cautela:

«Petra nos traicionó».

Emma casi perdió el equilibrio, pero él la sostuvo a tiempo.

—Vete junto a papá —le aconsejó—, él te llevará al hospital.

Emma sintió una punzada de dolor en el vientre. No, Joachim no podía venir al mundo, aún no. Salió de la casa algo mareada. Nadie la siguió, por suerte, se dijo mientras cruzaba el jardín de la mansión cubierta totalmente por la nieve.

«Petra nos traicionó» resonó la voz de su cuñado en su cabeza.

—Necesito ir a la casa de mis suegros —se dijo y se enfiló hacia la misma con pasos firmes—. Dios mío, protege a Sebastián y a Dirk —llevó su mano a su pecho—, y a Lya.

La nieve caía sin parar aquella mañana, cubriendo todo a su paso: casas, carreteras, árboles y coches. Se tapó con su gabán negro de lana algo cabizbaja mientras se preguntaba ¿quién era Petra en realidad?

—Maldita seas, Petra. ¡Siempre desconfié de ti!

Una lágrima recorrió su mejilla derecha al tiempo que sus manos posaban sobre su vientre. Aquel hijo era el regalo del cielo, el último regalo de su amor.

—¿Volverás en él? —se preguntó con el ceño fruncido—, ¿es eso?

Una brisa helada azotó su cara con violencia.

—Emma —dijo alguien por detrás de ella.

Con el corazón en la boca, se volvió y miró al hombre que acababa de llamarla. Sus ojos parecían un grifo abierto. No, no era posible. Se pellizó los brazos con cierta violencia y se dio unos golpecitos en la cara para asegurarse de que no estaba soñando. Llorando a lágrima viva, llevó sus manos a su boca en actitud de oración y dijo con voz temblorosa:

—¿Joachim?

A pocos metros de ella, al otro lado de la acera, él, mucho más delgado y algo demacrado, le sonrió llorando con amargura mientras la nieve caía sobre los dos a cámara lenta. Emma lo miró de pies a cabeza. Joachim llevaba un abrigo negro, largo hasta sus rodillas y un gorro de piel de color marrón.

—Lo sabía —dijo ella, sollozando—, mi corazón lo sabía.

Joachim se acercó con cierta dificultad, una de sus piernas no estaba al cien por ciento bien aún. Posó sus manos enguantadas en su abultado vientre antes de reclinar la cabeza y darle un beso, un apasionado, soñado y milagroso beso de amor.

Secretos de sangre

Martín subió al camión blindado de las SS tras un largo interrogatorio por parte del superior de Sebastián, que ahora tenía casi una obsesión por coger a su hermano, el traidor de Blankenstein, como lo tildaron entre ellos. A Lya querían viva para poder cumplir la última orden que dio a su hermano tiempo atrás.

A pesar de no saber nada, aparentemente, lo llevaban para evitar que hiciera algo.

«Emma, las vidas de Sebastián y Dirk están en tus manos».

El camión arrancó y se marchó a un sitio desconocido.

—Magda, por favor, ayúdame.

Miró hacia los lados.

—Si no salgo, me matarán en nombre de mi hermano —dijo, agitado—, aceptaría encantado la muerte, pero la culpa podría matarlo y mi hija me necesita.

El camión estaba a oscuras y los soldados a su lado estaban durmiendo. Gateó hasta el fondo y se sentó con la espalda apoyada contra las puertas. En la cabina sólo había dos soldados de las SS. Eran jóvenes e inexpertos. Últimamente, todos los soldados eran demasiado jóvenes.

—*Teniente Ackermann, usted será enviado al frente mañana mismo —le dijo Von Witzleben antes de que subiera al coche—, para demostrar lealtad a su patria.*

Donde probablemente lo matarían.

—Pero no es mi hora —se dijo y cogió su arma, se levantó, apuntó a la puerta trasera y disparó sobre el cerrojo. Los soldados soltaron un chillido. El camión redujo la velocidad de golpe.

—Hasta luego —les dijo a ambos antes de propinarles un puñetazo certero en sus caras—, esto me servirá —dijo al coger sus armas y una granada de mano.

Abrió las puertas de par en par de una patada y retiró la espoleta de la granada de mano. La arrojó dentro del vehículo y, unos segundos después,

hubo un potente estallido.

—Gracias, mi amor —dijo mirando el cielo—, debo salvar a Sebastián.

Volvió corriendo a su pueblo y se metió en el bosque con el corazón palpitándole a mil por hora.

—Ahora soy un prófugo —se dijo con la respiración entrecortada—, grave error dejar solo a un Ackermann, comandante —se mofó.

Desenfundó las dos pistolas que había cogido de sus compañeros antes de la explosión. Escuchó el ruido de un coche.

—Mierda.

Se acercaban los faros de un vehículo. El jeep se detuvo a unos quince metros y vio a alguien que no esperaba ver nunca más.

—¿Joachim?

Su hermano mayor bajó del vehículo con cierta dificultad.

—¡Martín!

Los ojos de ambos se nublaron ante la fuerte emoción.

—¡Joachim!

Martín corrió hacia su hermano llorando como un crío. Se lanzó a sus brazos y casi lo derrumbó sobre la nieve.

—¡Estás vivo! ¡Vivo!

Emma encendió la linterna y les iluminó con ella. Ambos achicaron sus ojos ante el impacto de la luz blanca. Ella les dijo que el tiempo volaba en contra de Sebastián y Dirk. Aquello los despabiló de golpe. Subieron al jeep y se dirigieron al bosque.

—¿Cómo estás, cielo? —le preguntó Joachim.

Ella le dijo que estaba hambrienta y tenía sueño, pero quería matar una rata antes de saciar su hambre y conciliar el sueño. Ambos rieron por lo bajo.

—Siempre supe que Petra era mala, que algo escondía.

Joachim pidió un cigarro con urgencia mientras aceleraba el coche. Martín era consciente de que las SS lo buscarían tras lo que hizo. Su hermano mayor le dijo que los aliados atacaron el pueblo y que varias casas fueron bombardeadas.

—Todos murieron, ¿no?

El teniente caló hondo su cigarro.

—Todos.

—Nadie tiene tiempo de comprobar cuántos cadáveres habían —dijo con aire pensativo—, Alemania perderá la guerra y falta cada día menos para ello —miró a su mujer por encima del hombro—, todos huiremos tras rescatar a

Sebastián y a Dirk. Todos —repitió con firmeza.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Emma y la hizo respingar. ¿Qué sensación más rara?



Petra colocó a Dirk en los brazos de su padre tras abrir las ventanas y las puertas de la casa de par en par. El niño tiritaba de frío y de miedo. ¿Por qué no podía moverse? ¿Qué le dio Petra? Ella se puso su gabán negro de lana y sus guantes, dispuesta a marcharse del lugar y dejarlos allí para que murieran congelados. Se aculilló y sonrió de un modo muy extraño. Acarició la cabeza del oficial con ternura mientras unas lágrimas le rodaban por su rostro.

—Dirk, debo contarte algo.

El viento cruel de aquella tarde los estaba congelando lentamente. Sebastián sintió que los pulmones le ardían cada vez que respiraba. La pulmonía podía volver y esta vez, sería invencible. Dirk tiritaba y sus dientes castañeaban sin parar. El frío les calaba hasta los huesos.

—Tu verdadera madre no murió —le dijo con una sonrisa muy ladina—, yo, tu madrina —su voz era fría y cortante—, con la ayuda del marido de Lya, cambié los bebés —tocó la cabeza del niño—, aunque el otro bebé también era de tu padre —Dirk la miró horrorizado—, Lya es una gran puta.

Sonrió con expresión lúgubre.

—Tu hermanito estaba muy enfermo y murió por causas naturales —sus ojos se oscurecieron—. Bueno, la almohada que coloqué sobre su carita ayudó un poco. Murió con mi pequeña ayuda.

El corazón de Sebastián dejó de latir.

—Como el otro bebé que esperaba —rio como una demente—, le di a Lya, un día antes de la boda con tu papá en el pasado, un té abortivo —miró a Sebastián—, sí, patito, Lya esperaba un bebé en aquel tiempo, un bebé tuyo, supongo.

«Dios mío» pensó Sebastián con el alma a sus pies. El niño quería mirar a su padre, pero no podía moverse.

—¿Lya es mi mamá? —logró articular.

Petra asintió sin abandonar su expresión.

—Eres muy listo, mi amor.

Se levantó y encendió un cigarro. Lo caló con tranquilidad mientras le narraba cómo hizo el cambio y cómo nadie se dio cuenta, ya que ambos niños eran muy parecidos. Petra rio de buena gana tras decir que había abortado más de diez niños a lo largo de su vida y que del único que quería, era de su patito, pero él nunca la amó. Dirk respiraba cada vez con menos fuerza y Sebastián temía lo peor. Petra se levantó de la silla y cogió su bolso. Se acuclilló y les dio un beso a cada uno.

—Adiós, tu compañero, el teniente von Witzleben me espera, es un cliente muy generoso, pero un poco sádico. Así que, pensaba darle un poco de cianuro. Nadie se burla de mí. ¡Nadie! —salió de la casa riendo a carcajadas.

El oficial trató de abrazar a su hijo y darle el poco calor que tenía aún su cuerpo. Dirk no decía nada, no se movía y aquello lo estaba matando más rápido que el frío.

—Lya —pensó en ese breve instante—, Dirk es nuestro hijo, mi amor —entrecerró sus ojos de golpe—, nuestro hijo.

Evocó sus mejores momentos al lado de Petra, su mejor amiga en todo el mundo. ¿Cómo pudo ser tan ciego? ¿Cómo no se dio cuenta de quién era en realidad?

—Patito —musitó Petra—, ¿por qué nunca me quisiste? ¿Por qué me cambiaste por esa sucia judía? ¡Todo se paga en esta vida! ¡Todo!

Cruzó el bosque canturreando una melodía muy alegre, cuando de pronto, escuchó unos pasos. Se volvió vertiginosamente para mirar, pero no vio nada. Decidió tomar otro rumbo para coger el coche que le había prestado Emma. Se detuvo al oír de nuevo los pasos. Giró la cabeza para mirar por sobre el hombro de qué se trataba, pero no vio nada. Se encogió de hombros y prosiguió su camino hasta que un lobo apareció.

—Dios mío —dijo con el corazón en la garganta—, coge tu arma —se dijo.

Detrás del primero aparecieron otros más y la miraron con voracidad. La alemana intentó coger su arma, pero ellos fueron más veloces y se abalanzaron sobre ella hambrientos. Ella soltó un grito agudo de dolor. Un grito que nadie escuchó. Un grito que se quedó atrapado en aquel frío y sombrío bosque.

—¡Nooo! —gritaba mientras los animales empezaban a devorarla trocito a trocito—, ¡malditos!

Ella trató de defenderse, pero era inútil. Aquellos lobos tenían mucha hambre y poca compasión. Como ella con sus víctimas.

«Tenías que pagar algún día, hija» resonó la voz de su madre en su cabeza.

«El destino de los malos siempre es cruel» le dijo Joshua antes de morir desangrado delante de ella.

Petra sintió dolores que nunca imaginó sentir en toda su vida mientras evocaba a sus víctimas. Su madre, sus amantes y sus tantos hijos abortados. Ahora pagaba sus deudas de la peor manera jamás imaginada por ella.

—Te amo, Sebastián. Lo único bueno que sentí en esta vida fue por ti.

Los lobos arrancaron su carne a mordiscos. Petra gritó de dolor entretanto ellos la devoraban con apetencia. Lo último que vieron sus ojos fue la impiedad y la crueldad.

—¿Qué ruido es ese? —dijo Joachim—, son lobos —acotó tras prestar atención.

Aceleraron sus pasos para evitar encontrarse con los dueños de la noche. Cruzaron el bosque a toda prisa mientras Emma los esperaba en el coche con cierto nerviosismo. Rezaba una y otra vez el Padre Nuestro, rogando al cielo porque Sebastián y Dirk estuvieran vivos.

—¡Sebastián! —gritaron sus hermanos—, Dios mío.

Asombrados, Martín y Joachim los taparon con sus abrigos a toda prisa. Gritaron sus nombres con desesperación, pero ninguno respondió. Ninguno se movió. Llegaron tarde al lugar, quizá demasiado tarde.

—¡Sebastián!

—¡Dirk!

En otro sitio, Lya abrió sus ojos de golpe tras volver en sí. El hombre que la miraba era alguien muy familiar. No sabía si sonreír o llorar de emoción ante aquel hermoso milagro. Intentó moverse, pero el dolor que sentía en la espalda la impidió.

—Eres una gata, Lya —le dijo Salomón—, no te muevas —le aconsejó—, tienes una herida profunda en la espalda —hizo una mueca de dolor—, pero te recuperarás, niña.

Alargó la mano y le tocó la cara.

—¿No te habían cogido los nazis?

Él negó con la cabeza.

—Cogieron a otro Salomón, de otra banda.

Salomón no solo fue su entrenador en la resistencia, sino también su profesor de matemáticas en el pasado. Por obra del destino, él estaba entre las personas que pensaban huir hacia Suiza y, una vez más, la salvó.

—Tu mochila está sucia, pero lo importante es lo de dentro.

Lya no sabía cuántas horas llevaba inconsciente, pero ya había amanecido,

dedujo al ver los rayos solares que bañaban la habitación de aquella casa ajena. ¿Dónde estaban? ¿Lograron llegar a Suiza? El judío le dijo que estaban seguros en aquella casa, que el dueño, un nazi, era un hombre importante y nadie osaría invadirla. Ella quiso saber quién era el dueño. Cuando escuchó su nombre, se sorprendió mucho.

—¿El amigo de mi padre?

Salomón asintió.

—Él es nuestro líder, Lya.

La vida estaba llena de sorpresas, sin lugar a dudas. Cuando su padre perdió todo, él le había dicho que Joshua fue el culpable principal, y no él, como ella lo pensaba. Hoy saldaban sus deudas y hacían las paces.

—¿Me puedes pasar la mochila, Salomón?

Él asintió antes de coger el mayor tesoro de Lya en aquel momento. Salomón se retiró de la habitación tras darle un beso en la cabeza. Lya miró hacia el techo.

—Gracias, nana —dijo con lágrimas en los ojos—, tú me dijiste para ir al otro lado y por eso hoy estoy viva.

Su nana había muerto el año que retornó a su pueblo.

—Me cuidas incluso más allá de la muerte, nana.

Abrió la mochila y cogió la caja que le había dado Sebastián. Al abrirla, encontró varias postales, una bolsa de tela con varias joyas valiosas y un fajo de libras esterlinas. Él pensó en todo. Miró las postales con lágrimas en los ojos. Leyó las frases que él le fue escribiendo a lo largo de los años. Eran cortas, pero muy profundas.

«Hoy hace calor, y cada rayo de sol me recuerda a ti».

«Miro el atardecer y veo tu rostro en la bóveda, veo tus alas invisibles cubriéndome en un abrazo infinito».

«Pienso. Pienso. Pienso. Solo en ti, como siempre».

De pronto, entre las postales, encontró unos escaarpines. Los cogió y leyó el papel pegado a uno de ellos.

«Los primeros zapatitos de Dirk».

Llevó los mismos a su boca y los besó.

—Mi pequeño Sebastián.

Leyó todas las postales con el corazón encogido. Sebastián nunca la olvidó, como ella nunca logró olvidarlo a él. Había postales de paisajes,

lugares y cumpleaños. Él no olvidó ninguna fecha especial. Así era él, su amor, su ángel, su mundo.

«Siempre tuyo, aunque esté con otra, mi alma es solo tuya, Lya y, aunque bese otros labios, te beso a ti, siempre a ti».

—Siempre tuya, mi amor.

Tercera parte

Al otro lado del miedo

La familia Ackermann y sus amigos más cercanos lloraban en el cementerio mientras la nieve caía sobre los tres ataúdes lentamente en complicidad con el dolor de los presentes. Martín había sido declarado muerto por las SS y sus restos mortales fueron entregados a la familia como correspondía. Karl y María sabían que no se trataba de su hijo, pero para protegerlo de los suyos, decidieron callarlo como les pidió Joachim.

—¡Mis hijos! —gritó María—, ¡mataron a mis hijos! ¡Dirk! ¡Amor de abuela! —bramó con todas sus fuerzas.

El cura, tío de los fallecidos, lloraba con amargura mientras bendecía los cajones. El superior de Sebastián y sus compañeros no podían dar crédito a lo que le pasó a él y a su hijo pequeño. María les gritó con todas sus fuerzas y les rogó que se marcharan del lugar. Los soldados obedecieron, ya que debían prepararse para ir al frente en Rusia y defender a la patria.

María abrazó a su marido sin fuerzas y lloró, lloró con toda el alma. ¿Por qué Dios la estaba castigando de aquel modo? Emma lloraba con mucho dolor, abrazada al peluche de Dirk, el que Lya le había regalado a Sebastián en el pasado. No podía creer que acababa de enterrar a uno de sus niños. Porque él era uno de sus niños. Prácticamente creció con ella y sus hijos.

—Adiós —dijo ella, llorando con mucha amargura—, siempre os recordaré.

Se retiraron del lugar con el corazón hecho trizas y se encaminaron a la casa de los Ackermann. Bebieron café y lloraron, lloraron con desconsuelo.

—No puedo creer —dijo Karl, con lágrimas en los ojos—, esto solo puede ser una pesadilla...

Emma lloraba con toda el alma en un rincón de la sala. María lloraba con desfallecimiento entre los brazos de su vecina, la mujer más cotilla del pueblo y sus alrededores. El cura bebió un sorbo de café mientras evocaba a sus sobrinos y sus aventuras por la iglesia. Joachim solía decir que sería padre como él, pero al final, terminó siendo padre de familia. Sebastián era el más devoto e ingenuo. También pretendía ser cura, hasta que decidió ser veterinario. Martín solía decirle que el ángel que se encontraba en el altar le dijo que debía darle sus mejores canicas y él se las daba sin rechistar. Pero

luego, Sebastián descubriría que era mentira y salía corriendo detrás de él como alma que lleva el diablo. Al igual que Joachim. ¡Era tan travieso! Martín era el más travieso, pero el más temeroso. Creía firmemente en el cielo y en el infierno. Siempre se confesaba con él los fines de semana, contándole sus aventuras prohibidas.

—Mis niños —dijo el sacerdote—, buen viaje.

Un sollozo profundo removi6 todo el cuerpo del cura. Emma se sent6 a su lado y le palme6 la espalda con afecto, bueno, al menos lo intent6, ya que el padre casi se atragant6 por su culpa.

—Debemos irnos —dijo uno de los vecinos—, mi m6s sentido p6same, Karl.

Todos se marcharon de la casa tras el mediodía. María cerr6 la puerta sin dejar de llorar un solo segundo. Emma la mir6 con infinita tristeza hasta que...

—¡Todo sali6 a la perfecci6n! —grit6 María—, Dios mío —se tap6 la boca.

Karl la abraz6 con afecto y le dijo que debía tener cuidado. Los nazis podrían oírlos y descubrir todo. El cura asinti6 tras persignarse.

—Dios es mi c6mplice en esto.

Martín jugaba con Maggie en la casa de la abuela de Petra, donde se refugiaron tras su muerte ficticia.

—¿Crees que todo sali6 bien, Achim?

El comandante bebi6 un sorbo de su taza con aire ensombrecido. Aún no podía creer en la fortuna de Sebastián y Dirk. Le costaba asimilar. Petra siempre fue su espada de Damocles.

—Sí, los nazis est6n enfocados en otra cosa —dijo con firmeza—, ayer fui a la casa de Sebastián —sus ojos se llenaron de l6grimas—, los nazis ya la tomaron, sin esperar siquiera que su cuerpo y la de Dirk se enfriaran.

Martín suspir6 con tristeza mientras una l6grima recorría su mejilla.

—Ya nada me sorprende tras lo que vi en los campos de concentraci6n, Joachim.

El comandante decidi6 esconderse con su hermano hasta lograr que huyera hacia Suiza.

—¿Y Lya? ¿Lo habr6 conseguido?

Joachim se encogi6 de hombros tras enjugarse las l6grimas con el dorso.

—Espero que sí.

Martín asinti6.

—¿Crees en el cielo, Joachim?

El comandante bebió un sorbo de su café.

—Sí, hermano. Creo en el cielo y, ante todo, en el infierno.

El teniente se sentó a la mesa con su hija, que se quedó dormida entre sus brazos. Miró a su hermano con intensidad.

—Entonces, algún día, Lya y Sebastián volverán a encontrarse.

Las probabilidades de que Lya hubiera logrado huir eran pocas, pero la esperanza era la última a morir. Esmeralda entró en la cocina y les miró con profundo dolor. Los oficiales se levantaron de un salto al verla allí. La chimenea de la sala y la del cuarto principal abrasaban toda la casa, tanto que, ellos apenas llevaban ropas.

—¿Estáis listos para vuestra gran misión, soldados?

—Sí —respondieron ambos.

Esmeralda cogió a Maggie de los brazos de su padre, que mimoso, le besó la cabeza. Se enfilaron al cuarto principal y se desnudaron como les pidió la bruja.

—El calor de vuestros cuerpos —dijo de pronto Esmeralda desde la puerta y Martín se tapó de inmediato su parte íntima—, hará el milagro que anhelan.

Alguien apareció en el cuarto y los miró con curiosidad.

—¿Por qué estáis desnudos? —preguntó Dirk y estornudó a continuación.

Los oficiales suspiraron emocionados al verlo. Dirk se había salvado por un milagro. Según Esmeralda, su ángel de la guarda lo salvó de la muerte, pero no podían decir lo mismo de Sebastián, que seguía inconsciente tras los baños calientes y las mantas de lana.

—Vamos a curar a papá —le dijo Martín—, él necesita calor humano.

Esmeralda lo llevó a la cocina para darle leche caliente y hablarle sobre Dika, su abuela, la mujer que le apareció en sueños, según él la describió dos días después de volver en sí.

—¿Ella era mi abuela?

Esmeralda le besó la cabecita.

—Así es, mi amor.

Dirk enterró su cabecita en su cuello.

—Lya es mi mamá —dijo con voz enronquecida—, quiero a mi mamá, Esmeralda.

—Lo sé, mi amor. Y ella a ti, aunque no conozca la verdad, Lya te ama como lo que eres, su hijo.

Joachim se metió en la cama y luego Martín. Se abrazaron a Sebastián, que

seguía muy helado. Martín estaba detrás de él.

—Esto es muy raro —dijo el menor de los Ackermann—, mi pene está pegado a su trasero —Joachim puso los ojos en blanco—, y el desgraciado está medio raro. ¡No es el culito de Magda!

Joachim resopló con fuerza.

—Señor, dame paciencia, porque si me das un arma, cometeré un asesinato.

Martín le dio una patada en el tobillo y Joachim le devolvió el gesto. Martín volvió a pegarle con el pie.

—¡Quédate quieto! —le exigió el comandante—. Mejor te pones a rezar.

Martín obedeció, a medias, como de costumbre.

—¡Ey! —protestó—, eres de la Wehrmacht y yo no obedezco a uno de vosotros.

Joachim apretujó la cabeza de Sebastián contra su mejilla y soltó un taco antes de tirar el pelo de Martín con cierta violencia.

—¡Calla! —le ordenó—. ¡Me das dolor de cabeza!

—¡Serás cabrón, Achim! ¡Por eso amo más a Sebastián!

—¡Digo lo mismo!

Martín lo miró con profundo pesar.

—¡Siempre lo supe! ¿Lo quieres porque es más guapo no?

Joachim contó hasta tres antes de replicarle.

—¡Sí!

Discutieron, hasta que...

—No os peleéis por mí —dijo Sebastián y los dos se callaron al instante—, amo a los dos.

Los ojos de ambos oficiales se llenaron de lágrimas y, ante la fuerte emoción, se echaron a llorar con todas sus fuerzas. Sebastián no abría los ojos, estaba muy cansado para ello.

—Oh, Dios mío —dijo Joachim, sollozando—, gracias, señor...

Sebastián escuchó la voz de Joachim y supo al instante que algo andaba mal. ¿Estaba muerto? ¿Era eso? ¿Y Martín también?

—Abre los ojos, Sebastián —le rogó Joachim—, por favor, ábrelos, hermano.

El oficial abrió lentamente sus ojos y miró a Joachim con la vista un tanto empañada. Joachim le acunó la cara entre las manos y enfocó sus ojos en los de él.

—¿Estoy soñando?

Joachim no podía dejar de llorar, la emoción lo embargó. Martín lloraba a sus espaldas con la misma devoción.

—No —logró decir Joachim—, no lo estás.

Sebastián alargó la mano y tocó el rostro de su hermano mayor.

—¿Eres tú?

Él asintió.

—Ya te contaré todo, Sebastián.

Martín lloraba a moco tendido, como si estuviera en un velorio. Sebastián se volvió y lo miró con atención.

—Aquí estoy, Martín.

Martín le dio un beso en la mejilla y lo empapó con su llanto.

—Sabía que no te irías, Sebastián.

Los tres se abrazaron con afecto y lloraron, lloraron emocionados ante el milagro.

—¿Dónde está Dirk? —preguntó de repente Sebastián—, ¿cómo está mi hijo?

—Vivo —le dijo Joachim—, está vivo.

Sebastián entrecerró sus ojos al oírlo.

—Nuestro hijo está vivo, Lya.



Lya cruzó Los Alpes aquel duro invierno con Salomón, y otros judíos, rumbo a Suiza, donde le esperaba alguien que desconocía por el momento. Sebastián no le dijo quién era, solo se limitó a asegurarle que era una persona de su confianza. El largo viaje se hizo corto ante sus tantos recuerdos. Evocaba una y otra vez las últimas locuras que cometieron con Sebastián en nombre del amor. Sonrió mientras su mente la transportaba a aquellos días...

—No me pondré esa peluca —protestó Sebastián—. Nunca más, Lya.

Lya saltaba a su alrededor con la peluca rubia del pasado entre las manos.

—¡Perdiste la apuesta! —le recordó ella—, debes pagar tu deuda.

Sebastián llevaba unos pantalones cómodos y un suéter que ella le había regalado con un reno gigante en la parte frontal. Ella lo tejió especialmente

para él y otro para Dirk. Era verde y el reno marrón con una nariz roja considerable. Cuando Sebastián lo vio por primera vez, abrió tanto los ojos que casi le salieron de las órbitas. ¡Era el suéter más horrible del mundo!

—¡No quiero resucitar a Bettina! —se quejó el oficial—, soy un capitán de las SS —ella resopló—, ¿qué pasaría si uno de mis hombres entrara y me viera con la peluca? ¡No! Definitivamente, ¡no!

—No haremos el amor hasta que seamos libres, Sebastián.

—¿Qué vestido usaré?

Dicho eso, Lya lo arrastró al cuarto diciéndole que tenía la solución en las manos. Un escalofrío recorrió toda la espina dorsal del capitán.

—Lya, ¿por qué no consigo negarme a tus caprichos?

Bettina había vuelto a sus vidas. Lucía más musculosa, pero guapa como ninguna. Sebastián corrió detrás de ella por la casa para cogerla y darle una lección.

—¡Te haré cosquillas hasta que te mees encima! —la amenazó.

Bajó las escaleras a toda prisa y se encontró de cara con un soldado, que lo miró con mucho deseo. Con los dientes apretados, le dijo que el capitán no estaba en aquel momento. La voz afeminada del alemán hizo que Lya se retorciera detrás del sofá, presa de un ataque de risa que tuvo que ahogar con una almohada para que no la escucharan. El soldado salió de la casa, pero se volvió para mirarlo una vez más. Le hizo una reverencia con la cabeza y le guiñó un ojo.

—Bettina sigue rompiendo corazones —se mofó Lya desde su sitio—, nada mal el soldado, ¿eh?

Sebastián la miró desafiante.

—¡Te haré el amor hasta que grites mi nombre en arameo, Lya!

Sebastián se quitó la peluca y se acercó a ella con pasos decididos. La cogió en brazos y la llevó al cuarto, donde la hizo suya.

Lya volvió al presente cuando uno dijo que ya estaban libres. Levantaron los brazos a lo alto y gritaron. Lya se limitó a mirar a lo lejos. Dejó su vida atrás, su país, sus sueños y a las personas que más amaba en todo el mundo. La guerra destruyó su historia, destruyó sus anhelos y su corazón. Dejó huellas profundas en su alma, huellas que la perseguirían por varias vidas hasta convertirse en un lunar más de su ser. Miró el cielo plomizo con ojos melancólicos y pensó en ellos, en los dueños de su corazón: Sebastián y Dirk.

—Pronto estaremos juntos —dijo con convicción—, lo puedo sentir.

Tocó la piedra de su colgante con los ojos lacrimosos.

—Y esta vez, ni el Führer, ni los malos entendidos, ni la maldad, ni las razas, ni siquiera Dios podrá separarnos nunca más.

Sebastián bebía una taza de té de jengibre con miel cerca de la chimenea mientras Dirk dormía serenamente sobre sus piernas. Pensaba en ella, en Lya.

—Pronto estaremos juntos los tres, Lya —dijo tras mirar a Dirk—, tu hijo y yo te necesitamos, mi amor.

Una lágrima rodó por su mejilla y se perdió en su taza mientras las leñas crepitaban en la chimenea.

—Dios nos debe una, mi amor.

Esmeralda apareció en la sala tras lavar los platos con Martín y Joachim, que, como de costumbre, discutían por algo. La mujer se sentó en una silla y miró a Dirk con adoración.

—Me dijo mi hijo que usted conoció a Dika, la verdadera madre de Lya.

Ella asintió con lágrimas en los ojos.

—Sí, señor.

Sebastián le pidió que lo llamara por su nombre como lo hacía con Martín y Joachim. Ella asintió tras enjugarse las lágrimas con su viejo chal de lana. El oficial la miró con ojos lastimeros. Según entendió, ella estaba sola en el mundo, todos sus parientes terminaron en un campo de concentración. Martín los buscó, pero ninguno sobrevivió al infierno.

—¿De dónde la conocía, Esmeralda?

Sebastián la miró con suma atención, como si estuviera estudiándola. Ella levantó la vista y sus ojos verdes se agrandaron de un modo indescriptible.

—Era mi hija.

Aquello lo dejó sin aire en los pulmones. Joachim y Martín la escucharon y quedaron petrificados bajo el umbral de la puerta.

—¿Eres la abuela de Lya?

Ella asintió y tras recuperar el control absoluto de sus emociones, les contó la triste historia de su hija, la gitana que se enamoró del hijo de su patrón, Albert Rubinstein, padre de Lya.

«Lya tiene más familiares de lo que se imagina» pensó el capitán con el corazón henchido de un gozo tan inmenso que mal cabía en su pecho.

El final es solo el inicio

Lya observaba con ojos soñadores el idílico atardecer de aquel día. Llevaba más de tres meses en el país vecino, donde para su sorpresa, Hilda y su marido, primo de Sebastián, la recibieron de brazos abiertos como si fueran viejos amigos. La muchacha que persiguió al oficial gran parte de su adolescencia, según le contó, conoció a Matthias a través del propio Sebastián, de quien se tornó muy amiga después de salvarle la vida tras un grave accidente que había sufrido en la granja al caerse de un caballo a alta velocidad. El padre de Hilda y el de Erika, en su tiempo, lo llevaron al hospital, pero fue ella quien consiguió traer al mejor traumatólogo del país al pueblo tras plantarse frente a su casa por una semana bajo sol y lluvia. Ella siempre fue experta en insistir, así que no le costó nada.

—Los aliados están cada vez más cerca —musitó Lya con el corazón en la mano—, si Sebastián no huye a tiempo, lo cogerán y jamás volveremos a vernos en esta vida.

Matthias le comentó que su mejor amigo fue fusilado por ayudar a unos judíos a huir. Las SS le volaron los sesos frente a su familia sin piedad y eso que se trataba de rumores, ya que nunca comprobaron si era cierto o no. Ya no tenían tiempo para ello.

—Protégelos, señor —rogó con una rara sensación en el pecho—, ¿por qué siento tanta angustia?

Llevó su mano a su pecho y sollozó con tal amargura, que todo su cuerpo vibró. Hilda se acercó a ella y la estrechó con fuerza. Le dijo dulces palabras de consuelo.

—Tengo muy mal presentimiento, Hilda —le dijo Lya con la voz temblorosa—, el corazón me late tan fuerte que mal puedo escuchar mis pensamientos.

Llevaban meses esperando por noticias y hasta ahora nada. Matthias tenía muy mal presentimiento, aunque no se lo dijo abiertamente para no preocupar aún más a la judía.

—¿Y si lo cogen, Hilda?

Sebastián corría tanto riesgo en manos de las SS como en las de los aliados. No tenía escapatoria. No tenía salida más que desertar y huir.

—Dentro de un mes será mi cumpleaños y lo único que desearía con todo mi ser es volver a encontrarme con ellos, con Sebastián y Dirk.

Desde aquel día, Lya empezó a cavar un hoyo cerca de la pequeña casa de piedras.

—¿Qué hace? —preguntó Hilda.

Su marido observó atentamente a Lya.

—Desahogarse.

Hilda y Matthias vivían en un pequeño pueblo en las montañas, alejados del peligro y la maldad. Tenían varias vacas, ovejas, cabras, patos y caballos. Cuando llegaron al lugar, dos años atrás, tenían apenas unos pocos animales que tras un tiempo procrearon. Hilda se dedicó a la huerta y Matthias a reformar la casa que alguna vez perteneció a unos campesinos suizos que decidieron mudarse a la capital.

—¿Crees que lo lograrán, Matthias?

El alemán la miró con profundo dolor.

—He averiguado cosas, cielo —comenzó a decir con voz lastimera—, mis camaradas me dijeron que los aliados están cada vez más cerca.

Matthias le explicó que los soldados aliados cruzaron el canal de la Mancha hacia Normandía el 6 de junio de 1944. La operación consistía en reconquistar el norte de Europa tras cuatro años de dominio nazi.

—Miles de soldados americanos, británicos y canadienses empezaron a abarrotar las playas. Cuando comenzó el ataque, Hitler pensó que era un simulacro y retuvo fuerzas para el ataque real. Los invasores se repartieron rápidamente, casi no encontraron resistencia...

—Dios mío —dijo Hilda.

Matthias formaba parte de la resistencia, huyó con su mujer cuando fueron descubiertos por la Gestapo. Actualmente, enviaba mensajes codificados a sus camaradas a través de otros espías.

—La ofensiva aérea de los aliados consiguió minar la producción alemana de aviones y combustible. Los alemanes desarrollaron armas secretas —prosiguió Matthias—: las bombas volantes. La primera fue la V-1, que alcanzaron a Gran Bretaña en junio. Lograron matar a más de cinco mil personas.

—Alemania se convirtió en una máquina de muerte —comentó ella—, Hitler ha manchado para siempre el alma de todos los alemanes. Pasarán mil años y siempre, siempre recordarán esta gran tragedia.

Matthias sonrió con tristeza.

—No todos los alemanes son iguales, cielo.

El alemán le dijo que un grupo de oficiales y civiles alemanes, consternados por las derrotas en el campo de batalla y por las atrocidades cometidas, intentaron dar un golpe. Pusieron una bomba en el cuartel de Hitler en Prusia, donde resultó herido levemente.

—Scheiße! —exclamó ella en un acto reflejo—, lo siento, me venció la ira —lo miró con ojos ensombrecidos—, ¿qué pasó con esa gente tan valiente?

Matthias no quería contarle lo que le dijeron sus camaradas, pero su mujer no lo dejaría en paz hasta lograr saber la verdad.

—Los ocho golpistas fueron estrangulados y colgados en ganchos de carne —apostilló con cautela—. Otras cinco mil personas fueron ejecutadas.

—Dios mío...

Lya cavaba sin parar, necesitaba mantener ocupada su mente y su cuerpo lo máximo posible. Lloraba sin parar a medida que pasaba el tiempo y nada sabía de Sebastián y Dirk. La angustia crecía cada día más y nada podía hacer para consolarse.

—¡Lya! —gritó Hilda—, ¡te resfriarás!

Ella hizo caso omiso. Siguió cavando el pozo que poco a poco se fue llenando de agua. Llovía a cántaros aquel junio, aquel tibio junio en que el corazón de Lya sangraba cada vez más.

—¡Sebastián! ¡Dirk! —gritó con todas sus fuerzas y su alarido recorrió todo el valle—, ¡no me abandonéis!

Lya se dijo a sí misma que si ellos no sobrevivían a la guerra, ella se uniría con ellos lo más rápido posible.

—Come muy poco —dijo Hilda—, cada día menos.

Lya había adelgazado bastante. La tristeza la estaba matando lentamente.

—Tiene fiebre —le dijo Matthias—, prepararé agua fría.

Hilda se arrodilló ante su pequeño nicho de santos y rogó por un milagro. Les advirtió que tenía paciencia y que insistiría hasta lograr una indulgencia divina. Lya y Sebastián merecían ser felices tras tanto dolor y lágrimas.

—Sebastián —musitó Lya, ardiendo en fiebre—, Dirk.

Las fuerzas abandonaban su cuerpo a diario, la esperanza y la fe también. Cerró los ojos para no pensar, para no recordar, para no sufrir.

Mientras tanto, en otro lugar, en ese mismo instante, las bombas iluminaban la noche. Parecía de día. Los hijos de Emma se habían dormido y no oyeron las sirenas que anunciaban el fin del peligro. Después de unos minutos, Joachim los sacó uno a uno en brazos del refugio. Emma salió al patio frontal

con el corazón agitado. ¿Por qué estaba tan acelerado? A lo lejos, los incendios seguían vivos y había más cien almas asesinadas. Emma fijó los ojos en el humo que trepaba hacia el cielo mientras la sangre manchaba el suelo. Joachim se puso a su lado y soltó un gemido al ver los estragos que causaron las bombas en el pueblo.

—Dios mío, Joachim.

Él le dio un beso antes de alejarse de ella.

—¡La iglesia! —chilló una mujer—. ¡El padre ha muerto!

Joachim iba abriéndose camino hacia la iglesia o lo que restó de ella tras las explosiones.

—Dios mío —musitó con los ojos enrojecidos—, tío...

La iglesia se había derrumbado por completo. Joachim y varias personas removieron los escombros y tras unas horas, encontraron el cuerpo sin vida del cura.

—Tío —lamentó Joachim—, buen viaje —las lágrimas cayeron una tras otra sobre su rostro—, Dios guiará tu camino.

Las ramas de los árboles emitían un sonido muy similar a un silbido o al llanto de unos niños.

—Lo siento, mi amor —le dijo Emma—, lo siento mucho.

Joachim levantó el cuerpo de su tío y lo puso al lado de las tantas personas que habían fallecido.

—Adiós, tío.

Se secó las lágrimas con el dorso y ayudó a los otros pobladores a rescatar a los muertos de los escombros.

—Nadie lo reconoció —musitó Emma—, nadie sospecha que es Joachim —miró a su marido que llevaba un gorro marrón—, están tan asustados que no lo miraron siquiera.

Todos lo creían muerto. Y los muertos, muertos estaban. Además, gran parte de los pobladores habían huido o muerto durante los últimos meses.

—Es lo mejor.

Había arbustos, cristales, restos de tejados y tallos por todas partes. Las murmuraciones de los pobladores se pegaban a la espalda del alemán, que miraba el resultado final de los bombardeos con ojos lastimeros.

—Mis padres —dijo de pronto—. Por favor, que estén bien.

Emma lo siguió por inercia, a pesar de las órdenes de su marido de quedarse con sus hijos, en especial con el bebé. Ella, tozuda como de costumbre, lo desobedeció.

—Hay muchos cristales —advirtió ella—, por todas partes como en el pasado —evocó la noche de los cristales rotos.

Joachim llevó sus manos a su cabeza al ver el estado en que había quedado su casa natal. Un grupo de soldados se presentaron en el lugar para ayudar con las tantas víctimas.

—Estáis en el sótano —se dijo con firmeza antes de empezar a remover los escombros con una fuerza inhumana—, no habéis muerto.

Emma miró su antigua casa llorando a lágrima viva. La casa de dos plantas era una montaña de escombros. No dijo nada, no gritó, ni hizo ningún ruido antes de acercarse. Miró el tablero de la joyería de su madre con un dolor sordo en el pecho.

—Emma —le dijo una vecina—, tus padres estaban en la iglesia —le comunicó—, allí —indicó hacia los cuerpos—, tu padre sigue vivo.

Ella se acercó a toda prisa y miró a sus padres con infinita tristeza.

—Mamá —susurró antes de arrodillarse y romperse a llorar con toda el alma—, papá.

Miró al hombre agonizante, al hombre que le dio la vida y la crio con todo su amor. La punta de sus dedos le tocaban el cuello con delicadeza.

—Hija —susurró su padre con mucha dificultad—, no te preocupes, Emma, mi niña hermosa. Todo saldrá bien.

Las lágrimas de Emma rodaban por sus mejillas una tras otra sin parar. Su padre mal podía respirar.

—Gracias por ser tan buena hija, mi cielito.

Emma recostó su cabeza sobre su pecho y soltó un llanto profundo de dolor.

—Te quiero, papá —le dijo—, fuiste el mejor padre del mundo.

—Te:.. quiero... hi...

Una gotita de sangre le rodó por el cuello al hombre que abría de par en par sus ojos antes de que su alma abandonara su cuerpo para siempre. Emma apartó lo miró por unos segundos.

—¡Papááá! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Nooo!

Joachim se volvió hacia su mujer y la miró con profundo dolor. Dio dos pasos hacia adelante cuando de pronto, alguien dijo:

—¡Aquí! Creo que hay alguien aquí.

Los vecinos ayudaron al comandante junto con unos soldados a remover las piedras y las vigas. Tras una hora intensa, Joachim se arrodilló de golpe y soltó un grito agudo de dolor, un grito que retumbó en el pecho de Sebastián.

—¡Nooo! —gritó el capitán al despertarse de golpe—, Mutti, papá —resolló—, no, solo fue una pesadilla.



A primera hora de la tarde, tras un largo viaje hasta llegar a un bosque que estaba cerca de la frontera con Suiza y abandonar el coche por las cercanías, Sebastián, Dirk, Esmeralda, Magda y Martín seguían entre los árboles, junto al arroyo. Se habían sentado a horcajadas sobre un tronco para comer un poco de pan.

—Ya estamos aquí —dijo Martín—, nadie sospecha que seguimos vivos.

Sebastián se inclinó para dar un beso a su sobrina mientras Dirk juntaba unas piedras para Dika, su futura esposa, según él. La despedida de ambos les hizo llorar a todos, en especial a Emma, la esposa de Joachim andaba más sensible que nunca tras dar a luz a su último hijo: Joachim.

—Espero que cuando llegue el momento, ellos puedan tener mejor suerte que nosotros, Martín.

Dirk soltó una risita y se volvió hacia su padre.

—¡Mira, papá! —le enseñó una piedra—, parece un corazón.

Se miraron durante un momento.

—El corazón de tu madre.

Acercó las manos hacia el rostro de su hijo y le tocó la mejilla con ternura.

—Eres muy valiente, hijo.

—Como tú, papá —acotó Dirk.

El niño sonrió antes de besar a su bisabuela, que a pesar de la edad seguía firme al lado de ellos. Soñaba con volver a ver a Lya, con poder decirle la verdad al fin. Albert, en el pasado, le dijo que Lya era hija de Martina y no de Dika. Que la hija de ambos había muerto al nacer. El parecido de Lya con Martina la hizo dudar, pero el día que la vio en la casa de Sebastián, supo que era su nieta, su hija le había susurrado al oído. Ahora tenía una meta, volver a verla y decirle quién era en realidad.

Sebastián temía por las vidas de su hijo y sobrina. Si fueran pillados, los matarían a todos sin piedad.

—Hoy dormiremos aquí —anunció Martín—, mañana, a muy tempranas horas, saldremos rumbo a las montañas.

Antes del amanecer y tras comer un poco de pan, decidieron proseguir la larga caminata rumbo a la salvación o a la perdición.

—Tenemos que ponernos en marcha.

Siguieron caminando, pero esta vez se dirigieron hacia el oeste. Los soldados paraban cada poco para que Esmeralda y los niños se adaptaran al ritmo de ambos. Luego de unas horas, se detuvieron para bañarse en un arroyo. Los niños rieron y jugaron un poco con el agua. Hacía mucho calor aquel día. Comieron pan con un poco de carne enlatada y unos dulces.

—No puedo creer que estamos huyendo como unas ratas —dijo Sebastián tras cortar unas malas hierbas—, nuestro grave error fue alistarnos a las SS —acotó pensativo.

Martín encendió un cigarro mientras Maggie se agarraba a su pelo como le pedía él.

—Es tarde para muchas cosas, Sebastián, pero no para ser libres de las malas decisiones.

—Eso espero, Martín.

Recogieron algunas cerezas y manzanas por el camino.

—Pero siempre seremos los malos —caló su cigarro con fuerza—, aunque pasen varios siglos, siempre seremos los malos.

Cruzaron campos en pendiente y terrenos pedregosos cantando alegres canciones alemanas. Avanzaban poco a poco, hasta que, habían visto pasar un camión en la lejanía. Se escondieron a toda prisa en el bosque.

—¿Soviéticos?

Martín uso sus prismáticos para confirmar.

—No, alemanes.

No sabían qué era más peligroso, si los suyos o los enemigos de ellos. Sebastián estaba cada vez más nervioso y apuntaba hacia delante con la ametralladora mientras caminaban.

—Serán doblemente crueles con nosotros si nos atrapan, Martín.

Sebastián evocó en ese lapso la crueldad que usó su superior contra unos prisioneros políticos meses atrás. Los gritos de desesperación de aquellos polacos no le dejaron dormir por días. No fue la primera sesión de tortura que presenció, pero el ensañamiento que utilizaron en aquella oportunidad fue inhumano.

—Lo sé, Sebastián.

—Tengo sueño, papá —dijo Dirk—, estoy muy cansado.

A las ocho de la noche, pararon para que los niños y Esmeralda

descansaran un momento.

—¿No te parece que el campo está muy silencioso? —dijo Sebastián.

Martín lo miró con preocupación.

—No —respondió—. ¿Acaso no escuchas las bombas?

Sebastián sacó el mapa topográfico, en el que estaban marcados los desniveles. Martín y Esmeralda siguieron con la mirada el recorrido de su dedo.

—¡Qué bien! ¡Falta cada vez menos! —exclamó Martín.

El capitán guardó el mapa sin mencionar que aún faltaban muchos kilómetros antes de llegar al país vecino y luego otros tantos para llegar en el pueblo donde estaba Lya.

—Mejor seguimos —dijo con firmeza antes de coger en brazos a Dirk—, pesa como yo en el pasado —se mofó el alemán—, casi nada.

Martín besó a su hija en la cabeza.

—Tendrías problema si pesaba como yo —se burló—, era el gordito.

Esmeralda solo sonreía. La luna llena iluminaba todo el lugar y podían avanzar sin necesidad de la linterna.

—Dios mío, ¿escucharon? —dijo Sebastián en un susurro—, escucho ladridos.

Los motores y los gritos y los ladridos de los perros no sonaban en la lejanía.

—Si nos encuentran estamos perdidos —masculló Martín.

Se quedaron quietos.

—¡Corramos! —dijo Esmeralda.

Los oficiales la miraron con severidad.

—¿Crees que correremos más que los pastores alemanes?

Pusieron atención en los frenéticos ladridos de los perros y en los gritos de los hombres que los sujetaban. Sabía que los animales ladraban porque estaban muy cerca de sus presas. Sebastián y Martín llevaron a los niños y a la mujer hasta un sitio más seguro. Cavaron un hoyo a toda prisa con los cuchillos de combate. Esmeralda los miró atónitas. Aquellos hombres estaban muy bien entrenados, pensó con el corazón en la garganta. Consciente de que los nazis serían implacables con ellos si los hallaran. Empezó a rezar.

—Métete con los niños en la trinchera, Esmeralda —ordenó Sebastián—. Os cubriremos con las ramas mientras nosotros nos encargaremos de ellos —miró a Martín—, si no cesan los ruidos y no volvemos sigue con los niños —los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas—, tú conoces los secretos más

oscuros de las montañas.

Ella asintió.

—Sí —dijo con la voz rota por la emoción—, viví en ellas durante años.

—Toma la P-38 —le dijo Martín—, sabes cómo usarlo.

Ella cogió el arma y ellos les pasaron a los niños tras depositar un beso en sus cabecitas. Los cubrieron con ramas y tallos. Luego, salieron del lugar y siguieron el ruido de los ladridos. Tenía sus ventajas haber entrenado con ellos.

—Mataremos primero a los perros —anunció Sebastián—, sin su ayuda, no sabrán dónde estamos y podremos actuar con más tranquilidad.

—Dame las granadas, Sebastián.

Martín le pasó la pistola y varios peines de 9 milímetros. Encajó las armas en la cinturilla de los pantalones y colocó la metralleta cargada sobre el soporte tras enrollar el cinto de balas en el torso.

—Si logramos matarlos sin dejar rastros, seremos libres, Martín.

Su hermano asintió sin mucha convicción. Atravesaron el bosque con sigilo y se acuclillaron cerca de unas piedras.

—¿Cuántos son? —preguntó el capitán.

Martín los observó con los prismáticos.

—Unos diez más o menos.

Los latidos de sus corazones eran tan fuertes que pensaron que se les rompería el esternón.

Tum tum tum...

Los animales tironeaban de las correas con violencia. Martín evocó el entrenamiento de los perros alemanes durante su preparación en las SS. Aquellos animales los devorarían ante el primer orden que recibieran de sus amos.

—¿A qué distancia se encuentran, Martín?

Sebastián cogió su MP40 y la cargó. Estaban bastante lejos, ya que las siluetas se veían muy pequeñas. Martín lo vio mover el arma y apuntar, sonaron unos disparos y los ladridos cesaron. El grupo de soldados se estaba dispersando en medio de un obvio desconcierto.

—¡Ahora! —gritó el teniente.

Abrieron fuego con sus ametralladoras durante varios segundos. Cuando cesaron los disparos, Martín sacó la espoleta de la granada y la lanzó hacia los soldados.

—¿Ves a más soldados? —preguntó Sebastián con la culata de la

ametralladora apoyada contra el hombro.

Martín volvió a usar los prismáticos.

—Los soldados malheridos se arrastran por el suelo —dijo el teniente—. Creo que están convulsionando.

Sebastián volvió a abrir fuego hasta quedarse sin munición.

—Creo que unos cuantos se escondieron en el bosque —dijo Sebastián con la respiración entrecortada—. Debemos tener cuidado y pensar como ellos, como lo que somos.

—Soldados de las SS —completó Martín.

—Sí.

El teniente disparó su arma, paró dos segundos, disparó otras veces más y paró unos segundos para volver a disparar mientras su hermano recargaba sus armas. Los soldados disparaban al azar, pero las balas se acercaban cada vez más a ellos. Una granada aterrizó muy cerca de Martín. Sebastián la cogió y la lanzó a ciegas hacia los soldados.

—¡Ja! —gritó Martín—, sí que eres bueno, hermano.

Sebastián apuntó su arma a la silueta que veía a unos pocos metros y disparó sin pensarlo dos veces.

—Gracias —le dijo con chulería.

Martín cogió los prismáticos para observar el resultado de los ataques. Las siluetas dispersas en el suelo parecían inmóviles. Pero de pronto, vio a los tiradores agazapados entre los arbustos. Sebastián recargó la pistola seis veces más.

—Ya no restan más que cinco o seis soldados —dijo Sebastián—, ahora sabemos por qué estamos perdiendo la guerra —miró a su hermano por encima del hombro—, no todos son buenos soldados.

—Espero que no sean niños —apuntó Martín—, la última vez que fui al campo de entrenamiento, me encontré con niños de doce años.

Apuntaron hacia los soldados y dispararon, recargando el arma y volviendo a disparar hasta que se quedaron sin balas.

—No escucho nada —dijo Martín.

Todo estaba en silencio. Martín salió del escondite y miró con el prismático hacia el otro lado del bosque. Lo único que oía eran los cánticos de los grillos y las ranas. Se dio la vuelta para decir algo, pero en lugar de ello, gritó:

—¡A tu espalda!

Un soldado de las SS apareció de la nada. Sebastián se volvió trepidante y

le quitó el fusil de una patada. Le asestó otra patada en en el estómago. Martín sacó su cuchillo de combate de una de sus botas. El soldado intentó clavar un cuchillo a Sebastián, que lo tenía agarrado por las muñecas.

—¿Alemán? —dijo sorprendido el soldado—. ¡Traidores!

Martín lo agarró por el pelo y le degolló con su cuchillo. El soldado se desplomó a sus pies cubierto de sangre. Sebastián intentó decir algo, pero entonces, alguien apareció con una ametralladora.

—¿Sois alemanes? ¡Qué vergüenza!

Ambos estaban cubiertos de cenizas y tenían sangre de un compañero por las ropas. Martín bajó la mirada y miró con expresión de asombro la sangre que emanaba de su hombro izquierdo.

—Arrodillaos —les ordenó el soldado—, ¡ahora!

Sebastián y Martín obedecieron tras mirarse. Era el fin. Los ojos de ambos soldados se llenaron de lágrimas ante el final que les esperaba. Sebastián clavó sus ojos en su hermano, que estaba muy pálido.

—¿Esa sangre?

—Es mía, Sebastián.

—Dios mío...

Cerraron los ojos con fuerza tras colocar ambas manos en la cabeza y evocaron los mejores momentos de sus vidas al lado de las personas que amarían incluso más allá de la propia muerte. Un disparo fulminó al primero. Eliminó para siempre un sueño. Un ideal. Una meta.

—¡Nooo! —gritó Lya en medio de la madrugada—, Sebastián —jadeó—, no, no estás muerto —se dijo con la voz agitada—, no lo estás...

La luz al final del túnel

Semanas después...

Lya lanzaba unas piedras en el estanque que había hecho con sus propias manos mientras el sol se hundía entre las montañas con timidez, aquel hermoso día en que cumplía un año más de vida. Las lágrimas rodaban por sus mejillas una tras otra mientras los recuerdos alborotaban su corazón herido. Sebastián y Dirk no aparecieron hasta el momento. Emma no envió una sola carta. Matthias no tenía noticias buenas. Los aliados habían invadido varios países. Los alemanes empezaban a retirarse y a entregarse al enemigo.

—¿Por qué no tengo noticias vuestras?

Hilda le había preparado un delicioso pastel de queso de cabra por su cumpleaños, pero ella no quería festejar nada.

—Solo pido volver a verlos —dijo al lanzar a lo lejos una piedra—, no pido nada más, Dios.

Hilda y Matthias estaban abrazados en el porche frontal de la pequeña casa. Miraban el horizonte con ojos melosos y tristes. La brisa olía a césped mojado, a piedras, a lavandas y a café recién hecho. Hilda se puso de pie de repente.

—No puede ser —dijo con lágrimas en los ojos—, ¡Dios mío!

A lo lejos, aparecieron Sebastián y su hijo, Martín y su hija y una mujer un tanto mayor que cojeaba un poco. Los soldados llevaban unas mochilas pesadas a las espaldas y los niños en brazos.

—Mutti —dijo Dirk—, ¡es Lya, papá!

Dirk saltó al ver a Lya cerca de un árbol y frente a lo que parecía ser un laguito.

—¡Mutttiii! —gritó con todas sus fuerzas y Lya se volvió vertiginosamente hacia él—, ¡Mutttiii!

Ella corrió hacia Dirk llorando a lágrima viva por aquel milagro, por aquel maravilloso regalo.

—¡Dirk! —bramó—, ¡mi amor!

Todos se echaron a llorar ante la gran emoción.

—¡Mutiiii!

Lya lo cogió en brazos y lo abrazó con todas sus fuerzas mientras Sebastián dejaba caer la mochila y corría hacia ellos encharcado en lágrimas. Hilda saltaba al lado de su marido como una cría.

—¡Mi pastor alemán lo consiguió, mi amor!

Matthias se puso serio.

—Sebastián —se corrigió ella y todos se echaron a reír.

Sebastián atrapó a Lya y a Dirk entre sus brazos. Los tres lloraron con mucha amargura. No podían creer que al fin volvían a estar juntos.

—¡Mi amor! —gritó Lya—, ¡lo consiguieron!

Sebastián la miró con amor infinito y le contó a grandes rasgos lo que sucedió durante la huida. Martín, por muy poco, no murió desangrado, pero Esmeralda logró salvarle la vida, una vez más.

—Por ti estamos aquí, mi amor —le dijo antes de capturar sus labios en un profundo beso de amor.

Lya se apartó para mirarlo.

—Te amo, Sebastián Ackermann.

Sollozaron.

—Y yo a ti, Lya Rubinstein.

El oficial miró a su hijo y luego a Lya con amor infinito mientras Hilda y Matthias se acercaban a ellos. Cuando logró controlar sus emociones, le dijo a Lya la verdad sobre Dirk y ella.

—¿Qué? —dijo Lya, anegada en lágrimas—, ¿Petra hizo eso? —la voz se le quebró.

Dirk se echó a llorar a lágrima viva.

—Tú eres mi Mutti —le dijo el niño con la voz temblorosa—, y mi corazón siempre lo supo.

Sebastián lloraba quedamente.

—Mi amor —le dijo Lya—, mi corazón también lo sabía, pero la razón me decía que era una locura.

Dirk le dio un beso.

—Te quiero, Mutti.

Lya no podía dejar de llorar.

—Y yo a ti, mi amor.

Sebastián los abrazó a los dos y lloró con ellos por aquel maravilloso milagro.

El corazón de un nazi, el alma de una judía

En septiembre de 1944, los alemanes lanzaron la primera V2. Rommel, el héroe de África, se suicidó y Hitler ya no confiaba en nadie. La URSS venció a los alemanes en 1944. Se liberó Leningrado. En mayo, Hitler ordenó la retirada de Rusia. Los soviéticos persiguieron a los alemanes y tomaron Albania. El 19 de agosto estalló en París un alzamiento armado. Hitler ordenó quemar la ciudad, pero el comandante de la guarnición desobedeció. El 25 de agosto, se rindió al general Leclerc. Tras cuatro años de ocupación, París era libre. Horas después, de Gaulle era aclamado, su comité de liberación nacional se había autoproclamado gobierno provisional de Francia.

—¡La República no dejó de existir! —dijo.

Acusaron y juzgaron a los colaboracionistas de alemanes. Nueve mil ciudadanos fueron ejecutados por sumario y setecientos tras un juicio. La traición fue castigada duramente.

El 5 de junio, los aliados entraron a Roma. Las multitudes aclamaron a los soldados. Florencia permaneció bajo el dominio alemán hasta agosto. Durante cinco años de ocupación alemana, se asesinó al veinte por ciento de la población polaca. A finales de julio de 1944 las fuerzas soviéticas llegaron a las afueras de Varsovia. El 1 de agosto, el ejército rebelde polaco se rebeló contra los alemanes. A los pocos días habían recuperado la ciudad. El ejército rojo se detuvo y los alemanes atacaron Varsovia. Los polacos resistieron sesenta y tres días antes de rendirse. Doscientos mil habitantes murieron, la ciudad estaba en ruinas. El 18 de octubre, Hitler ordenó el reclutamiento de todos los hombres sanos entre 16 y 60 años. En diciembre lanzó una ofensiva masiva. Invadió Luxemburgo y Bélgica, rodeando a divisiones americanas. El 23 de diciembre, miles de aviones aliados bombardearon a los soldados alemanes y sus vías de suministro. Patton liberó Bastogne.

Aquella primavera fue el comienzo del fin de la guerra. El general Eisenhower exigió por radio la rendición de Alemania.

Los estadounidenses cruzaron el Rhein y entraron en Alemania; los aliados ganaron una batalla detrás de otra y comenzaron a liberar los campos mientras Hitler vivía en un búnker como lo que era, una rata.

Joachim se presentó ante su superior tras sobreponerse de las fuertes

emociones vividas los últimos meses. Aún cojeaba un poco, pero poco a poco fue recobrando las fuerzas.

—El Führer ordenó el reclutamiento de todos los hombres sanos entre 16 y 60 años, comandante.

El oficial se limitó a asentir.

—Por fortuna su padre está herido y usted muerto —le dijo su superior—, tome la decisión más correcta, comandante —le tocó el hombro con afecto—, busque la felicidad lejos de aquí, lejos de todo esto que se aproxima a pasos gigantes —tragó con fuerza—, los rusos serán tan implacables como nosotros fuimos con ellos.

La guerra continuaría. No acabaría, al menos no para los alemanes. Joachim le dedicó el saludo militar.

—Gracias, señor.

Joachim regresó a su pueblo decidido a salvar a su familia de lo que estaba por acontecer. Los rusos y aliados estaban por todas partes y era momento de reunirse con sus hermanos en tierras americanas.

Evocó el día que encontró a su vecino bajo los escombros de su casa. El hombre, desesperado ante los bombardeos, buscó refugio en la casa de los Ackermann, pero no tuvo tiempo de entrar en el refugio, donde estaban María y Karl.

—Los milagros existen —se dijo mientras aceleraba el coche rumbo a su pueblo—, y la justicia también —evocó la suerte de Petra—, sin lugar a dudas.

Martín y él juntaban leñas en el bosque cuando encontraron restos humanos repartidos por todos lados. No podían reconocerlo a simple vista, pero al ver las botas y el bolso, supieron de quien se trataba. A pesar de todo el daño que aquella mujer les hizo, le dieron una cristiana sepultura en el sitio donde enterró a tantas personas.

—Es momento de buscar la felicidad —se dijo con una sonrisa—, aunque cueste nuestra propia historia —miró con ojos ensombrecidos lo que restaba de su país.

Emma escrutaba unas fotos mientras su bebé dormía en su cuna. Esbozó una sonrisa ante los recuerdos de un pasado hermoso e inolvidable. Las lágrimas rodaron por sus mejillas mientras su dedo índice se deslizaba por las fotos que Lya tomó aquel fin de semana indeleble en la cabaña de los abuelos de los Ackermann.

—Los Ackermann —susurró—, los príncipes azules de nuestros cuentos.

En una de las fotos, ellas aparecían sobre los hombros de sus amores. Sonreían con los brazos hacia arriba.

—Si pudiera volver al tiempo, volvería a hacer todo esto y mucho más.

Su hija Lya, a quien llamaban Lily cariñosamente, entró y se sentó a su lado tras acariciar la cabecita del pequeño Joachim, a quien sus hermanitos llamaban Jojo.

—Tengo sueño, Mutti.

Emma la recostó sobre su regazo.

—Descansa, mi amor.

Cogió la caja que Sebastián había guardado en la mansión, abandonada abruptamente cuando los rusos y los aliados invadieron el país. Joachim y ella aprovecharon el momento y fueron a por el tesoro que su hermano les había dejado. Joyas valiosísimas y una buena cantidad de dinero para huir a tierras americanas con sus hijos. Su cuñado había comprado un barco para poder partir a América sin problemas. El resto se solía solucionar con dinero o una buena puntería, les dijo él antes de marcharse a Suiza. Emma no quería dejar su país, su cultura, su vida, pero tampoco quería darles a sus hijos aquella miserable vida.

—Mamá —dijo Peter con suavidad—. Ha venido alguien.

Emma se volvió a mirar. Peter estaba junto a la puerta trasera con dos hombres, ambos con trajes negros raídos y boinas también negras. A uno reconoció al instante. ¿El señor Rosenthal ha sobrevivido? Estupefacta, se levantó y se acercó a ellos.

—Peter, cuida a tu hermanito un momento —dijo Emma—. Tengo que hablar con estos señores.

El niño asintió con un cabeceo leve.

—Hola, señora —dijo el padre de Joshua y abuelo de Dika—. He venido a por mi nieta para llevarla a Estados Unidos.

Emma casi perdió el equilibrio. ¿Quería llevar a Dika? ¿A su muñequita de porcelana? Tras la repentina muerte de Manuel, el otro niño que Lya rescató, como consecuencia de la tuberculosis, se aferró a Dika con todas sus fuerzas. Ella era una hija más para ella y Joachim.

—Tenemos entendido que usted y su prima rescataron a más de cien niños judíos. Y siendo usted esposa de un oficial alemán.

Ahora que aquel hombre lo mencionaba, sonaba mucho más descabellado y riesgoso que en aquel momento en que ambas pusieron sus cabezas en peligro ante semejante osadía.

—Es admirable, señora.

El hombre mayor que estaba al lado del señor Rubinstein sonrió.

—Heroico.

Emma preguntó por Naomi.

—Por desgracia, no consiguió sobrevivir ni un mes en Auschwitz y tampoco sus familiares.

Emma no dijo nada, el nudo que tenía en la garganta le impedía hablar.

—Dika no se acuerda de su madre, era muy pequeña cuando la deportaron al campo y decidí hacerla pasar por mi hija.

Nadie dijo nada por varios minutos.

—Es hora de que Dika regrese con su único familiar vivo. Con su gente.

Las lágrimas empezaron a rodar por las mejillas de Emma de manera incesante.

—No lo entenderá —dijo ella.

—Puede que no —contestó el señor Rosenthal—. Pero, aun así...

Emma los miró con ojos suplicantes.

—La queremos. Es parte de la familia. Debería quedarse con nosotros, sus padres y hermanos —el llanto la dominó—, es mi hija. La quiero como tal.

—Señora Ackermann —dijo el otro hombre con un suspiro—. Dika es lo único que le resta al señor Rosenthal.

El rabino le cogió las manos.

—Sabemos que la quieren y que ella los quiere a ustedes. Como también somos conscientes de que llorará y les echará de menos... quizá durante años.

—¿Y aun así van a llevársela?

La expresión del abuelo de Dika se abatió y la boca se curvó en una leve mueca.

—En esta guerra han matado a millones de judíos. Los pocos que quedamos necesitamos permanecer unidos y reconstruir nuestro pueblo.

El argumento del hombre enmudeció a Emma.

—Dika necesita saber quién es y estar con su gente —dijo el abuelo de la niña con firmeza.

Emma no encontró fuerzas siquiera para asentir con la cabeza o enjugarse las lágrimas.

—¿Me enviarán fotografías o postales?

El rabino la miró con seriedad.

—Necesitará olvidarla, señora, para empezar una nueva vida al lado de los suyos. Lejos de todo esto.

El corazón de Emma sangraba mientras sus lágrimas atravesaban su rostro como un diluvio.

—¿Cuándo se la llevarán?

—Ahora —dijo el abuelo de Dika.

Emma se echó a llorar con todas sus fuerzas mientras clavaba sus ojos empañados en el padre de Joshua. ¿Sabía que sus hijos nunca llegaron al campo de concentración? ¿Sabía que estaban muertos y enterrados en un bosque? Probablemente no. Los hombres la miraron con compasión. Podían mirarla con odio, era alemana, esposa de un soldado, pero no, ellos la miraron con empatía. El señor Rosenthal posó su mano en su hombro y la miró con indulgencia y cierta melancolía. Aquel hombre no tenía a nadie en el mundo, solo a su nieta, a Dika.

—La prepararé —anunció tras sorberse por la nariz.

Recogió sus ropas y pertenencias. Un peluche que le había regalado Joachim la semana pasada y la colcha que le había hecho ella el invierno pasado. En el dorso había bordado: «amor de mamá». Llevó su puño derecho a su boca y lloró con toda el alma.

—No quiero que la lleven —susurró anegada en lágrimas—, ¿por qué no huimos cuando Joachim lo propuso? ¿Por qué pusiste trabas? —se reprendió.

Se lavó la cara en el cuarto de baño. Bajó las escaleras y llamó a Dika, que jugaba con Lya en el jardín. Los niños la acompañaron sin saber muy bien por qué lo hacían.

—¿Qué pasa, Mutti? —dijo la niña—. Tienes cara de haber llorado.

Emma fue hacia ellos con la mochila de Dika. La niña le sonrió.

—¿Quiénes son esas personas?

Emma se arrodilló frente a ella y le cogió las manos.

—Es imposible que entiendas esto. —Se le quebró la voz—. Con el tiempo lo harás.

Dika le acarició la mejilla con ternura.

—No entiendo, Mutti.

—Sabes que te queremos —dijo Emma.

—Sí, Mutti —contestó Dika.

Emma le explicó que ella no era su madre y que Joachim no era su padre. Dika frunció de nuevo el ceño.

—¿Tenía otra mamá y otro papá?

Los niños miraban a su madre y a los hombres con el ceño fruncido. ¿Qué estaba pasando?

—Ella se llamaba Naomi y te quería con toda su alma. Y tu papa también —mintió y se secó las lágrimas de los ojos— tu abuelo —miró al señor Rosenthal—, el padre de tu papá también te quiere —suspiró con tristeza—, y quiere que vayas a vivir a Estados Unidos con él, donde la gente tiene mucha comida y un montón de juguetes.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas.

—Pero tú eres mi Mutti.

Emma no podía contener las lágrimas, lapso en que Joachim entró en la casa por la puerta de la cocina con varias bolsas de comidas entre manos. La escena que vio a continuación le pellizcó el corazón. ¿El señor Rosenthal sobrevivió al campo de concentración?

—Tu nueva familia te querrá y te adorará.

La niña se echó a llorar y Emma la abrazó. Dejarla ir fue quizá el acto más valeroso de su vida. Sus ojos llorosos se encontraron de golpe con los de su marido, que tenía a Lya entre los brazos mientras los otros se agarraban a sus piernas y lloraban al comprender que venían a por Dika.

—¿Qué le diremos a Dirk, papá? —le preguntó Peter.

—Le prometimos que la íbamos a cuidar —acotó Paul.

—No quiero que la lleven —musitó Udo.

El comandante sabía pelear, sabía usar un mortero, un coche de combate, pero no sabía cómo consolarlos ante aquel terrible dolor que sentían.

—Hola, Dika —le dijo el abuelo con una sonrisa afectuosa—. Soy tu abuelo.

Dika lloró.

—¡Mutiiii! ¡No quiero irme! —chilló—, ¡papááá no dejes que me lleven!

Joachim cogió a la niña en brazos tras bajar a Lya y la llenó de besos.

—Volveremos a vernos, mi amor —le prometió—, te lo juro.

Los niños empezaron a llorar. Emma la cogió de los brazos de su marido y la llevó hasta el jardín delantero.

—No quiero irme, Mutti.

El rabino se subió al asiento del conductor y el abuelo esperó junto al guardabarros trasero. El motor se puso en marcha y por el tubo de escape salió humo. Los niños se despidieron de Dika con besos y abrazos.

—Siempre te querremos —dijo Peter—. Espero que no nos olvides.

Dika le dio un beso a Udo, a Peter y a Paul, que no podía hablar del llanto. Joachim vio a sus padres que cruzaban la acera como almas que lleva el diablo. El oficial les dijo lo que pasaba y ambos soltaron un gemido de

lamento. María se acercó a Dika y la besó.

—Adiós, Oma —le dijo la niña—, tú eres mi Opa —le dijo a Karl—, solo tú, Opa.

Karl la besó llorando.

—Nunca te olvidaremos, mein Engel.

—Para ti —le dijo Lya—, es mi muñeca favorita.

Los niños se abrazaron llorando a coro y conmovieron profundamente al abuelo de Dika.

—Nunca les olvidaré —les juró ella—, nunca.

Llorando a lágrima viva, Emma tomó a Dika de la mano y la condujo hasta el coche. La niña se subió al asiento trasero llorando con la misma conmoción que ella.

—Ahora tienes que irte, Dika.

El labio inferior de la niña tembló. Apretó la muñeca de trapo contra su pecho.

—Te quiero mucho, Mutti.

Sus ojos estaban muy hinchados.

—Y yo a ti, mi amor.

Emma le dio un último beso antes de alejarse. El rabino se inclinó y cerró la puerta. Dika se abalanzó contra la ventanilla y pegó las palmas al cristal. Estaba llorando, gritando.

—¡Mutiiii!

El coche se alejó del lugar y los niños corrieron detrás hasta que las fuerzas les fallaron. Emma se abrazó a su marido y lloró con toda el alma.

—Que te vaya bien en la vida, mi amor —susurró Emma—. Mi pequeña.

Y fueron felices para siempre...

Clarkdale, Arizona

Dirk hacía su tarea bajo el árbol con Lya, que le estaba enseñando el hebreo y ciertas costumbres judías. Sebastián quería que aprendiera sobre ambas religiones. Al fin y al cabo, era mitad judío y mitad católico.

—Me gusta mucho este idioma, Mutti.

Lya le dio un beso en la cabecita.

—Eres muy listo, mi amor.

Sebastián se acercó a ambos con una sonrisa bobalicona en los labios.

—¿Cómo van las clases de judaísmo?

Dirk le dijo bien en hebreo y Sebastián le replicó en el mismo idioma.

—¿Sabes hebreo, papá?

Besó los labios de Lya con ternura.

—Tuve una profesora muy buena —miró con deseo a la judía—, y muy guapa.

Lya le dio un golpecito en el brazo.

—Se llamaba Hannah.

El rostro de la judía se desfiguró al oírlo.

—Me encanta cuando te pones celosa, cielo —le susurró al oído—, me pone a mil por hora.

Ella le dio otro golpecito.

—Desvergonzado —le musitó ella en hebreo y él rio de buena gana.

Sebastián le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Vuelvo a mi tarea, cielo.

Dirk se levantó de golpe y levantó su brazo a lo alto.

—¡Te ayudo, papá!

Lya le dio un beso a su hijo y les dijo que prepararía la comida.

—¡María Magdalena Ackermann!

Martín corría detrás de su hija pequeña para ponerle su vestido rojo, gritando su nombre a voz en cuello y robándose las risas de todos. Esmeralda

plantaba nuevas hortalizas en el pequeño huerto a un lado de la casa de dos plantas. Dirk ayudaba a su padre o, al menos, lo intentaba. Martín cruzó todo el jardín detrás de su hija, de su pequeño terremoto, como la llamaba con cariño.

—¡Me vas a matar, Maggie!

Sebastián pintaba la pared frontal de la morada que habían comprado meses atrás. Lya cocinaba mientras tarareaba su dulce melodía a todo volumen.

—Tengo hambre, Mutti —le dijo Dirk, con la cara sucia y empapada en sudor—, y mucha sed.

Lya le dio un beso. Siempre le estaba besando. No podía dejar de hacerlo.

—¿Quieres un poco de pan recién horneado, mi amor?

Sebastián entró en la cocina sin camisa y exhibiendo su torso desnudo y bronceado con cierta petulancia. Estaba mucho más musculoso que meses atrás, el duro trabajo en la granja definió cada músculo de su cuerpo al igual que a su hermano. Ambos prácticamente reconstruyeron la casa que habían comprado, la misma estaba en ruinas hacía un par de años.

—El jardín está quedando precioso, mi amor.

Ambos manejaban muy bien el arte de la carpintería, la jardinería y la albañilería.

—Pronto florecerán los tulipanes, mi amor —le dijo Sebastián con una sonrisa—, ¿por qué me miras así?

—Mmm —dijo Lya y Dirk puso los ojos en blanco—, ¿me estás poniendo a prueba, capitán?

Sebastián se acercó y su olor a sudor y pintura asaltó las fosas nasales de su mujer. Reclinó la cabeza y le dio un beso muy apasionado mientras Dirk soltaba un resoplido de indignación.

—Algún día te tocará, campeón —se mofó su padre antes de estrechar a Lya—, y no podrás dejar de besar a la mujer elegida por tu corazón.

Dirk lo miró con suspicacia.

—Soy muy pequeño para esas cosas, papá.

Lya besó a su hijo.

—Ese es mi hijo.

Chocaron los cinco.

—Ahora piensas así, pero ya veremos con los años —dijo Sebastián—, ay —soltó cuando Lya le pellizcó el culo.

Maggie entró en la cocina disparatada y su padre detrás de ella. Todos se

echaron a reír al ver la cara enrojecida de Martín.

—Me va a dar algo —dijo Martín antes de coger un vaso y llenarlo de agua—, es la hija de Magda, sin lugar a dudas.

Más risas.

—Vuestra —le corrigió Sebastián—, tú eras igualito a ella, ¡vivías desnudándote cuando eras niño! —se puso serio—, y de adulto... —acotó.

La niña salió de su escondite completamente desnuda y corrió hacia el patio riendo a carcajadas de su padre.

—¡María Magdalena Ackermann!

Sebastián se acercó a su mujer y le susurró algo. Ella se estremeció.

—Eres insaciable, marido mío.

Dos horas atrás, tras pintar el lado derecho de la casa, entró en la cocina y la arrastró hasta la pequeña despensa que se encontraba al lado de la cocina y sin decirle nada, la puso de espaldas a él y la acometió con salvajismo contra una mesa.

—Es tu culpa, esposa mía.

Lya y Sebastián se habían casado en el barco a pocos días de llegar al país americano. Un cura les bendijo y aquello era suficiente para ambos, pero, tras acomodarse en la ciudad elegida por todos, decidieron casarse en el registro civil.

—¿Nos vamos a nuestro sitio, Sebastián?

Dirk se había marchado del lugar con su trozo de pan.

—Sí, Lya.

Así eran, dos almas enamoradas y dispuestas a recuperar el tiempo perdido a toda costa. Subieron al desván e hicieron el amor en la vieja cama que se encontraba allí. Sus cuerpos sudorosos por el excesivo calor de aquel verano, se rozaban y se conectaban más allá de lo físico.

—El calor aumenta mi potencia, señora Ackermann.

Lya lo empujó de un momento a otro, justo antes de que el clímax se adueñara de sus cuerpos. Lo montó a toda prisa y con mucha fuerza, removiendo el cuerpo de su marido y toda la cama debajo de ella. Sebastián la sujetó por las caderas mientras se clavaba en ella con cierta fiereza.

—Te amo, capitán —le dijo—, ¡Gott!

Sebastián estalló tras gritar su nombre.

—Me vuelves loco —le dijo en inglés—, profesora.

Lya era la profesora de inglés de todos. Tras un día ajetreado, se reunían bajo el árbol de abedul en el patio y estudiaban el idioma, que tenía cierto

parecido con el alemán. Martín era el más lento, y siempre hacía las mismas preguntas, robándose risotadas de todos.

—¿Eres feliz, Lya?

Ella le besó con mucha fogosidad mientras su corazón recuperaba el control de sus emociones lentamente. Sebastián estaba empapado en sudor y sus besos sabían algo salados.

—Como nunca imaginé, mi amor.

Estaban alejados de todo el pueblo. Vivían en una finca rodeada de árboles y un precioso arroyo, donde solían ir a nadar desnudos bajo la luz plateada de la luna. Hacer el amor allí era como hacerlo en Blankenstein.

—¿Y tú?

Sebastián la tumbó en la cama y se acomodó entre sus piernas. Ahora ya no era un jovencito de veinte años, ahora era un hombre marcado por las heridas de la vida y la guerra. Sin embargo, sus ojos seguían siendo del color de la ternura y la extrema dulzura.

—Martín y yo ya tenemos clientes —anunció él mientras la penetraba—, la panadería Ackermann será muy renombrada aún —empezó a moverse.

Los voluptuosos senos de Lya se movieron con sensualidad con cada acometida del alemán. Estaban más curtidos y más turgentes tras la comida americana. Sus caderas también aumentaron de tamaño.

—¿Cómo lo sabes, mi amor?

El sudor de Sebastián caía por su frente y terminaba rodando por el rostro de su mujer. Frenó sus movimientos cuando los músculos internos de la entrepierna de Lya se contraían alrededor de su duro miembro. Ella protestaba y él volvía al ataque. Sudaban. Suspiraban. Jadeaban.

—Porque los Ackermann nacimos para brillar.

Y con esa declaración, la embistió hasta el fondo y le robó un grito que recorrió toda la casa.

Tras apagar el fuego eterno de sus cuerpos, se vistieron y bajaron para continuar con sus tareas.

—Maggie está cada día más parecida a su madre —dijo Martín con un enorme nudo en el pecho—, hoy es su cumpleaños.

Todos se quedaron en silencio. Sus ojos ya no brillaban como antes, nunca volverían a brillar como antes.

A pesar de las travesuras de Martín, algo en él se había apagado. Todas las tardes iba al arroyo y leía los últimos relatos que Magda le había escrito.

Lloraba con amargura tras terminar cada historia.

—¿La echas mucho de menos? —le preguntó Lya con lágrimas en los ojos.

Esmeralda los miraba con mucha atención mientras Sebastián preparaba los postres. Un alemán sin postre, no era un alemán auténtico, diría su madre.

—Mucho —susurró el alemán—, siempre echaré de menos a mi mariposa.

Martín leía y releía los relatos que ella le había dejado, menos los que tenía que leer en cada cumpleaños. Emma le había entregado una carpeta negra con varios papeles, relatos escritos por ella.

—Daré una vuelta —les dijo y salió de la casa.

La noche anterior, había soñado con ella. Estaban en medio de un campo, allí, en tierras americanas. Martín solía ir a ese sitio para leer sus relatos, para buscarla y conectarse con ella. Magda tenía un vestido de verano, ceñido en el torso, pegado a las caderas y abierto en el escote.

—*Hola, monito —lo saludó.*

Él no habló. La besó. Un beso con mucha pasión y añoranza. La llevó campo adentro y la dejó en el suelo. El vestido se le ensució tanto como las manos.

—*Hazme el amor, Martín Ackermann.*

Le bajó el vestido por los hombros y le desnudó los pechos con sus poderosas manos. Le subió la falda por encima de las caderas y le quitó las bragas, rojas y de encaje, como a él le gustaban. La penetró tras bajarse los pantalones y los calzoncillos a toda prisa. Magda le rodeó la cintura con las piernas y el cuello con los brazos mientras él la embestía sin parar.

—*Te necesito, mariposa.*

Magda le miraba a la cara entretanto él la hacía suya. Se miraron con complicidad, con aquella complicidad que nació tras el primer relato atrevido de ella.

—Iré a Nueva York este fin de año —dijo el carpintero tras sorberse por la nariz—, realizaré tu sueño, mariposa.

Magda le había hablado de aquella ciudad antes de morir.

—Ahora ya somos libres.

La vida en tierras americanas no era tan simple como muchos pensaban. Y menos para unos exnazis como ellos. Siempre debían estar atentos a todo. Para los americanos ellos eran unos granjeros alemanes que buscaban nuevo porvenir tras huir de la guerra.



Por la noche, tras la cena, Lya y Sebastián salieron al jardín y dieron un paseo bajo la luna llena. El aire olía a naranjas, limones, fresas, uvas y jazmines. Las ranas, los grillos y los búhos canturreaban casi al mismo compás.

—La noche es preciosa, capitán.

Una canción americana sonaba de fondo, era Martín en la terraza de la casa. Estaba fumando y leyendo algún relato mientras su hija dormía a su lado, acurrucada en el sillón con su gata.

—Sabes, siento que pronto habrá una gran alegría —le dijo Lya, con voz pausada—, ¿crees que pronto estarán aquí?

Empezaron a bailar.

—Sí —le dijo él con rotundidad—, pronto estarán aquí, todos los seres que amamos.

Lya se abrazó a él con fuerza.

—Es una dulce sensación, la misma que sentí cuando me embaracé de Dirk.

Sebastián la apartó y la miró con ojos soñadores.

—No —le dijo ella antes de que abriera su boca—, ya no puedo quedar embarazada tras Dirk.

Ella le había explicado las consecuencias de aquel embarazo.

—Debemos adoptar un perro —anunció él—, ¿qué te parece? —sonrió con malicia—. Guau, guau —rieron—, este idioma domino mejor que el inglés.

Lya no sabía si morderle o llenarle de besos.

—Te amo tanto, Sebastián. Nunca pensé amar tanto a alguien en mi vida.

Él le besó la punta de la nariz.

—Y yo a ti, Lya. Mi corazón no podría vivir sin ti.

Se dieron un largo y apasionado beso de amor.

—Guau guau —bromeó Sebastián y Lya se echó a reír una vez más.

—¡Eres mi pastor alemán! —se mofó ella y él no pudo evitar reírse con toda el alma.

Al día siguiente, Dirk encontró una perra cerca del arroyo, estaba muy

delgada y herida. Lya y Sebastián la cuidaron día y noche.

—Se llamará Jud —dijo Martín—, ¿qué os parece?

Todos se miraron entre sí.

—¡Sí!

Jud se abalanzó sobre Martín y le lamió toda la cara, como Jud, su vieja amiga lo hacía en el pasado.

—¡Jud!

Todos se echaron a reír.



Las manecillas del reloj marcaban: las tres y media de la mañana. La casa estaba en silencio, y también el exterior. Nada se movía, excepto su corazón en su pecho. No había forma de que lograra conciliar el sueño.

—Mi amor —dijo con voz melosa—, mi gran milagro —besó a su marido, que dormía desnudo tras hacer el amor con ella—, mi insaciable amor —acotó con sorna y le dio otro beso.

Colocó la mano en el pecho de Joachim para sentir los latidos de su corazón. Rozó con los labios la barba de él, lo besó con ternura. Él estaba profundamente dormido como para volverse hacia su lado y rodearle con el brazo como solía hacerlo otras noches.

—Estás muy cansado hoy, soldado.

Emma se levantó, se puso el camisón y se dirigió al salón. Se sirvió un vaso de leche caliente y se sentó a la mesa.

—Pronto viajaremos a América. Un lugar tan lejano. Tan ajeno.

Le pareció oír pasos. Alarmada, abrió la puerta de la casa unos centímetros y aguzó el oído, pero no oyó nada. Cerró la puerta y pasó la llave.

—Tranquila —se dijo.

Oyó de nuevo un ruido fuera. Parecían murmullos indescifrables. Aquel idioma le era familiar. En el instituto aprendió un poco de aquel idioma.

—Ruso —dijo paralizada por el miedo.

No podía moverse.

—Jo... Jo... —no podía ni siquiera decir el nombre de su marido—. Dios mío, protégenos de todo mal.

Vio la sombra de un hombre que subía muy despacio los escalones de la

terrazza delantera. Dio exactamente dos pasos cuando la puerta se abrió de golpe con un fuerte chasquido.

—Hola, preciosa —le dijo un hombre de estatura mediana y piel aceitunada—, morir por follar una puta alemana —dijo en un pésimo alemán.

Antes de que pudiera gritar, el ruso se plantó delante de ella. La agarró por el cuello para que no pudiera articular ningún ruido y le retorció la cabeza hacia atrás con fuerza.

—Te romperé el cuello si gritas, puta.

El hombre llevaba una pistola en la mano. Sus compañeros se acercaban a la puerta.

—¡Mirar! —gritó el ruso—, ¡encontrar una hermosa puta alemana para follar!

La puerta del dormitorio se abrió lentamente y Joachim apareció desnudo en el umbral. El ruso, sorprendido, le señaló a Emma.

—¿Un nazi? —dijo con ojos flameantes—. ¿Querer ver a tu puta con los ganadores, ario de mierda?

Sujetaba a Emma por el cuello y apuntaba con la pistola a Joachim. Desplazó hacia abajo la mano hasta cubrirle un pecho.

—Muy hermosa la puta nazi —dijo y le apretujó con violencia el pecho.

Emma soltó un gemido de dolor y el ruso apretujó con más fuerza. Miró con ojos suplicantes a Joachim, quien permaneció inmóvil y silencioso en su sitio. ¿Acaso no haría nada? ¿No la defendería? ¿Y a sus hijos? Los rusos matarían a todos sin piedad, como alguna vez los alemanes hicieron con los suyos. Tres rusos más entraron en la casa con cara de pocos amigos. No había más.

—Te amo —vocalizó Emma con los labios—, mátalos, soldado —apostilló y Joachim se limitó a mirarlos.

Los rusos rieron mientras rodeaban a Emma como perros hambrientos ante un trozo de carne. El comandante levantó el brazo derecho y apuntó con su MP44 directamente a la cara del ruso y disparó. El impacto destrozó el cráneo del hombre.

—¡Ayyy! —gritó Emma ante el gran susto.

El ruso se desplomó encima de ella y la protegió, de cierta manera, de lo que su marido hizo a continuación. Abrió fuego contra los otros rusos mientras ellos trataban de dispararle, pero él fue mucho más veloz que todos ellos.

—¿Cielo?

Joachim tiró de ella para sacarla de debajo del cuerpo y luego la levantó.

—¿Estás bien?

Emma soltó un grito agudo mientras él la apretujaba contra su pecho.

—Lo siento, mi amor.

Ella temblaba aterrorizada.

—Achim —susurró—, tenemos que irnos hoy mismo de aquí o los rusos nos matarán como represalia.

El corazón del alemán palpitaba con latidos fuertes.

—Chsss —decía mientras apretujaba la cabeza de su mujer contra su pecho—. Aquí estoy, mi amor.

Ella no podía calmarse. Él la estrechó con fuerza entre sus brazos. Emma lo miró con expresión horrorizada.

—Tuve tanto miedo, mi amor.

Él la meció a ella como si fuera una niña pequeña.

—Ya pasó, cielo.

Siguió sujetándola mientras ella seguía temblando.

—Nos vamos hoy mismo, mi amor —anunció él—, no tardarán en llegar más y querrán hacer justicia.

Los niños lloraban a moco tendido en sus cuartos. Sus llantos llegaron a ellos.

—Debo lavarme —dijo Emma—, tengo sangre por todo mi cuerpo.

Ella se agarró a él desesperadamente y enterró la cara en su pecho. Él la abrazaba con fuerza. Se echó a llorar otra vez.

—Ya pasó, mi amor.

Joachim no estaba nervioso, no le temblaban las manos.

—Eres mi héroe, mi amor.

Joachim recordó los días de lucha en Rusia, se vio cargado de ametralladoras, granadas, pistolas semiautomáticas derribando sistemáticamente al batallón de soldados enemigos. Defendiendo a los suyos. Disparando. Gritando. Corriendo. matando.

—Tú eres la única heroína aquí, cielo.

Emma se apartó y besó a su marido con mucha pasión antes de alejarse y meterse en el cuarto de baño. Joachim se puso unos pantalones y metió los cuerpos en el sótano. Cuando lo encontrarán, ya estarían lejos de allí. Su esposa se cambió de ropas y subió al cuarto de sus hijos.

—Chsss —dijo Emma a sus hijos—, ya pasó.

Sus hijos pensaban que los ruidos procedían de bombas.

—Vamos a prepararnos para el gran viaje —anunció ella y todos soltaron

un gemido de alegría—, iremos a la casa de los tíos ¿sí?

Se pusieron de pie y empezaron a saltar de alegría. Emma tenía el corazón en la mano, pero no podía dejarse vencer por el terror. Vistió a sus hijos mientras Joachim limpiaba los rastros de los rusos en la cocina. Tras ello, fue a la actual casa de sus padres y les pidió que se prepararan para el gran viaje. Karl quedó conmocionado con lo que le dijo a modo de confidencia.

—Tenemos que irnos lo antes posible, papá.

Emma y los niños bajaron las escaleras y se despidieron de la casa, de aquella casa que dejarían para siempre.

—Adiós, casa —dijeron los niños.

Emma miró su casa con lágrimas en los ojos. Allí había vivido sus mejores momentos al lado de su marido y sus hijos. Cogió el álbum de fotos y lo metió en su bolso. Las fotos eran la prueba de que alguna vez, antes de la guerra, también fueron felices, muy felices.

—Adiós —musitó mientras tocaba una muñeca de porcelana que le había regalado Magda la última vez que se vieron—. Siempre te echaré de menos, hermana —las lágrimas rodaron por sus mejillas—, por siempre.

Salieron antes de que el sol emergiera en el cielo y se dirigieron hacia el lugar indicado por el hombre que contrató Sebastián antes de su huida. Durante el camino, Joachim cogió la mano de su mujer y depositó un beso en ella. Emma le sonrió antes de decirle:

—Te amo».

Los niños dormían en los brazos de sus abuelos. Lo único que se escuchaba durante todo el viaje eran los latidos de sus corazones y sus respiraciones un tanto agitadas.

—Y yo a ti, cielo.

Emma giró su rostro y observó por última vez su pueblo, su tierra, su mundo. Soltó una risita al evocar sus tantas aventuras con su prima y su hermana. Y, ante todo, con su amor. Se volvió para mirarlo. Joachim era símbolo de amor, lucha, sueños, esperanza y fe.

—Eres el mejor regalo que me dio esta tierra, Joachim.

Él la miró de reojo con una preciosa sonrisa de lado.

—Y tú el mío, cielo.

La felicidad siempre tenía un precio. A veces muy alto y otras veces impagable. Pero siempre valdría la pena pagarla. El comandante apretó los dientes con fuerza antes de acelerar el coche rumbo a la libertad.

Más allá
de la
guerra

El secreto de la felicidad

Un mes después...

Lya cogía naranjas con Esmeralda y Dirk mientras Sebastián y Martín discutían cerca del tractor. Palabras alemanas mezcladas con algunas inglesas salían de sus bocas como balas de una escopeta. Martín cogió algo del suelo, una naranja podrida, y la asestó en la cabeza de su hermano. Sebastián abrió mucho los ojos y la boca ante lo que acababa de hacer.

—¡Martín!

El teniente salió corriendo del lugar. Se detuvo e hizo un salto mortal antes de retomar su carrera. Sebastián lo persiguió con una naranja podrida entre manos.

—¡Estáis locos! —gritó Lya, muerta de la risa.

Sebastián y Martín se jalaban de los pelos como dos críos pequeños, hasta que, una dulce voz resonó a lo lejos. Se volvieron trepidantes y miraron con ojos lacrimosos a su madre, a María. Llevaron sus manos a sus cabezas y saltaron de alegría.

—¡Mutti! ¡Papá!

Corrieron al encuentro de sus padres, hermanos, cuñada y sobrinos. Gritaron y saltaron en el aire durante el trayecto. Dirk se levantó y llevó sus manos a su cabecita.

—¡Oma! ¡Opa! —saltó—, ¡Peter, Paul, Udo, Lya!

Salieron corriendo hacia ellos, que estaban exhaustos tras tan largo viaje. Emma sostenía al pequeño Joachim, rubio como el sol y blanco como la nieve mientras Lya caminaba a su lado. Sebastián y Martín besaron a su madre y luego a su padre.

—¡Mutti! —dijeron con lágrimas en los ojos—, al fin la familia está completa —dijo Sebastián, emocionado hasta el alma.

—¡Achim!

Los tres hermanos se abrazaron y empezaron a saltar en círculos como

solían hacerlo tras un partido de fútbol.

—¡Uno por todos! —gritó Joachim.

—¡Y todos por uno! —contestaron los dos a coro.

Emma abrazó a Lya con mucho afecto mientras Esmeralda sostenía a su bebé. Dirk empezó a llorar a lágrima viva.

—Dika no vino, Mutti —dijo el niño llorando—, la llevaron lejos.

Lya se acuclilló delante de su hijo y lo estrechó con fuerza. Emma le contó a grandes rasgos lo sucedido a la niña.

—Mutti —se lanzó a los brazos de su madre—, me duele el corazón.

Sebastián se acercó y lo cogió en brazos.

—Es un Ackermann —dijo Martín—, tu hijo, patito.

Sebastián le miró con ojos elocuentes. Martín se encogió de hombros. Joachim le rodeó el hombro y le dedicó una sonrisa.

—¡Los Ackermann estamos juntos al fin! —gritó Karl.

Martín le metió una naranja podrida en los pantalones de Joachim y salió disparatado del lugar. Joachim sacó la fruta podrida de su trasero y gritó a voz en cuello:

—¡Martín!

Corrió detrás de su hermano por todo el campo, robándose las risotadas de todos. María cogió un tallo de naranja y fue a por sus hijos.

—¡Mutti! ¡Duele!

Algunas cosas nunca cambiaban.

—¡Qué bien! No he perdido la práctica.

Martín y Joachim le dieron un beso en cada mejilla.

—Te amamos, Mutti.

María se emocionó y lloró.

—Y yo a vosotros. ¡Con toda el alma!

Sebastián se acercó y abrazó a su madre.

—Pero yo siempre seré tu favorito, Mutti.

Martín y Joachim resoplaron hastiados. Se miraron con complicidad y tras ello, bajaron los pantalones de Sebastián. Acto seguido, salieron corriendo por el campo. Sebastián se levantó los pantalones a toda prisa.

—¡Los mataré!

María puso los ojos en blanco antes de coger el tallo que había lanzado a un lado.

—¡Mutti! ¡Duele! —dijeron a coro cuando ella los alcanzó.

Lya y Emma se estrecharon con fuerza.

—Amo esta familia —dijo Lya—, nuestra familia.

Aquella noche, mientras asaban manzanas en la fogata y escuchaban alegres canciones americanas, contaban sus anécdotas. Lya les contó todas las barbaridades que hizo en contra de los nazis mientras Joachim contaba su martirio en Rusia en manos de unos rusos, a quienes les debía la vida. Emma le dio un golpecito en la pierna y mencionó a la hija de su salvador. Todos se echaron a reír. Los niños perseguían luciérnagas. Joachim cogió una en un frasco y Emma le reprendió.

—Deja a ese pobre animal en paz, comandante.

Martín alzó la cabeza y Sebastián supo al instante que haría de las suyas. Se levantó con cautela y cogió un pino del árbol. Sin que Joachim se diera cuenta, metió el pino en su trasero y salió corriendo.

—¡Martín!

Joachim corrió detrás de su hermano por todo el lugar. Sebastián rio de buena gana, hasta que, ambos le derramaron agua.

—¡Los mataré!

Sebastián corrió detrás de ambos despotricando. María se levantó y le pidió a su marido su cinturón. Él, gustoso, se lo dio. María persiguió a sus hijos con el cinto.

—¡Mutti! —protestaron—, ¡dueleee!

Algunas historias fueron escritas por las estrellas y nada, ni nadie podía modificarlas. El destino era implacable, pero también compasivo con aquellos que nunca dejan de soñar, creer, luchar y esperar. Los Ackermann pasaron por el infierno antes de llegar al paraíso.

Aquella noche no había bombas. Ni hambre. Ni muertes. Ni desesperación. Ni razas. Ni campos. Ni enemigos. Aquella noche, alemanes, judíos y gitanos unieron sus corazones y reescribieron juntos sus historias.

La paz llegó cuando el amor comandó sus vidas.



Vida nueva

Era navidad, la primera tras el fin de la guerra. Los niños corrían por la casa mientras los adultos preparaban típicas comidas alemanas. Martín bajó las escaleras con su maleta, decidió viajar tras la medianoche a la ciudad de Nueva York, donde pensaba esparcir las cenizas de su amor perdido. En la estatua de la libertad. Magda siempre quiso viajar lejos, conocer nuevos países, nuevas culturas. Era un espíritu inquieto, indomable.

—Martín no es el mismo —dijo María con un temblor en la voz—, mi monito aparenta estar bien, pero sus ojos ya no brillan como antes.

Karl observaba a sus hijos, que adornaban el árbol de navidad con sus hijos entre bromas y risas.

—Ninguno de ellos, mi amor. La guerra dejó huellas profundas en sus almas. Podrán reiniciar sus vidas, reescribirlas, pero allí, en medio de sus pechos, estará la guerra, lo que ella dejó en ellos.

María troceó el Stollen.

—Lo sé, mi amor.

Emma y Lya bebían café cerca de la chimenea con Esmeralda, que tejía unas bufandas para sus niños.

—Echo tanto de menos a Magda —dijo de pronto Emma—, siento que me falta un pedacito de mi corazón, Lya.

Martín cogió a Maggie y le dio un beso. El alemán estaba tan triste que mal podía ocultarlo. El luto que cargaba le impedía ser feliz por completo.

—No eres la única, Emma.

Martín colocó una mariposa de madera en el árbol tras depositar un beso en ella.

—Algún día volveremos a vernos, mariposa.

Una sucesión de imágenes de Magda y él asaltó su mente mientras sus sobrinos canturreaban una canción navideña alrededor del árbol. Las locuras. Las risas. Las bromas. Las lágrimas. El adiós.

—¿Qué significa el mensaje que me dejaste en el relato de navidad?

Martín leyó el relato especial de navidad que le había escrito Magda un año antes de su muerte. En cada párrafo había una letra en color rojo, su color

favorito. Anotó las letras y quedó estupefacto al leer el mensaje secreto que ella le había dejado.

«Nos vemos en Nueva York la primera navidad tras el fin de la guerra, monito. Te amo, mariposa roja».

Ella tenía planes de huir a tierras americanas cuando escribió el relato, pero los nazis la encontraron y su destino cambió.

—Sé que estarás allí, mariposa, aunque no pueda verte.

Magda amaba la navidad. Era su fiesta favorita. Le gustaba la comida, las canciones, la nieve, el árbol de navidad y los abrazos. Era un momento de conexión con Dios. Con Jesús. Como solía decir siempre.

—Dios tenía otros planes para nosotros, mi amor.

Tras la cena, Martín se puso su gabán negro, sus guantes y su gorro también negros y fue a la estación de tren.

—Necesito dejarla ir —le dijo a Sebastián—, ella necesita partir y mientras yo no cumpla con su último deseo, ella no podrá hacer el viaje.

Su hermano lo estrechó con fuerza.

—Ella te ayudará, monito.

Se marchó a Nueva York con el corazón encogido. Durante todo el viaje, pensó en ella, en Magda.

—¿Volveré a sentir esto por alguien?

Una joven de unos veinte años se sentó frente a él y lo sacó de sus pensamientos de golpe. La miró con mucha atención por unos segundos. Tenía rasgos muy similares a ella, a Magda.

—Hola —lo saludó.

Él meneó la cabeza antes de replicarla.

—Hola.

Conversaron durante todo el viaje. Era una joven muy interesante y muy guapa. Tenía aquella chispa tan peculiar de Magda. ¿La había enviado ella? Tras llegar a sus destinos, se despidieron con un apretón de manos.

—Nos vemos, Kate.

Ella se aproximó a él deliberadamente y le dio un beso en los labios. Martín soltó un suspiro sin querer, robándose una risita de la mujer. ¿Se sorprendió? ¿No estaba acostumbrado a ese tipo de flirteo? Ella se apartó y lo miró con atención. Era el hombre más atractivo que vio en toda su vida. Las mujeres giraban sus rostros para mirarlo. Admirarlo. Y desearlo.

—¿Nos vemos en la cafetería más tarde?

Kate le anotó una dirección en un pequeño papelito.

—Aquí tienes la dirección, Martín. Trabajo allí.

El alemán cogió el papel y lo guardó en el bolsillo de su gabán.

—Nos vemos a las tres de la tarde, Kate.

Era el horario del Kaffee y Kuchen, la hora del café en Alemania. Ciertas costumbres nunca se anulaban en el corazón de un alemán.

—Hasta luego.

Martín cogió su maleta y se dirigió hacia un taxi. Antes del mediodía llegó a su destino. Se apeó del vehículo y se encaminó hacia la famosa estatua americana mientras la canción: Auld Lang syne sonaba en su cabeza como la canción perfecta para aquella despedida. Levantó la vista a pocos metros del monumento y miró con ojos empañados el cielo azul. Era perfecto. Con lágrimas anegando su rostro, empezó a cantar la canción que Magda tanto amaba con toda el alma en alemán, como lo había aprendido con ella. Las personas se quedaron mirándole con atención entretanto la nieve empezaba a caer del cielo. ¿Era Magda? ¿Era ella despidiéndose de él?

—Auf Wiedersehen, meine Liebe.

Alguien le cogió de la mano de un momento a otro y lo sacó de su trance de golpe. Con el corazón en la garganta, se volvió y miró a la persona que le cogía de la mano. Una exclamación se le escapó al alemán. No podía emitir nada más que aquello. Ambos no podían dejar de llorar, no podían respirar sin sentir dolor en lugares que ni siquiera sabían que tenían.

—Cumpliste tu promesa, monito.

Magda, anegada en lágrimas, lo miró con amor infinito.

—Dios mío —masculló Martín, llorando a lágrima viva—, es un...

Magda se puso de puntillas y le ahuecó el rostro con ambas manos.

—Un milagro —completó ella—, un regalo del cielo, monito.

Sin decir nada más, capturó sus labios en un profundo beso de amor. Martín la levantó contra su cuerpo y ella le rodeó la cintura con las piernas sin dejar de besarle un solo segundo.



Emma y Lya preparaban la cena con María cuando alguien tocó la puerta y emitió un ruido peculiar con los nudillos. El corazón de Emma se detuvo en seco. La persona volvió a tocar: tres, dos, tres, dos, cinco, dos y tres. Era un código que solo alguien conocía. El plato que sostenía se deslizó de sus manos y terminó en el suelo, robándose la atención de todos.

—¿Estoy soñando? ¡Lo abro yo!

Se tropezó con la silla, derrumbó la frutera y entrechocó con su marido antes de llegar hasta la puerta. La persona volvió a golpear la puerta y Emma ya no tenía duda, se acercó a la puerta y la abrió sin rechistar. Sus ojos se encontraron de golpe con unos que llevaba tiempo echando de menos.

—¿Magda?

Su hermana menor se quitó la capa roja que cubría su cabeza y sonrió. Martín y sus hermanos intercambiaron una mirada. María soltó un grito y los niños empezaron a gritar de alegría.

—Hola, Emma.

Emma se arrodilló delante de ella con las manos unidas en actitud de oración. Magda se echó a llorar al ver su gesto.

—¡Magda! —chilló Lya—, Dios mío...

Emma no podía dejar de llorar un solo segundo.

—Soy yo —dijo Magda, arrodillándose delante de Emma—, perdóname, hermana.

Emma la estrechó entre sus brazos.

—¡Te eché tanto de menos!

Magda se abrazó a ella con todas sus fuerzas.

—Y yo a ti, hermana.

Martín entró y buscó a Maggie, que dormía en su cuna.

—Dios es maravilloso —dijo Esmeralda, llorando con toda el alma.

—Lo es, abuela —le dijo Lya—, lo es.

Todos gritaron y aplaudieron emocionados hasta el alma ante tantas emociones. La guerra pudo haber destruido gran parte de sus vidas, sus historias, pero el destino, omnipotente, se encargó de encajar todas las piezas en su lugar.

—Les contaré todo —prometió Magda—, pero antes necesito ver a mi hija, a mi mariposita.

Martín apareció con su hija en brazos.

—Amor de mamá —dijo Magda, anegada en lágrimas—, mi amor.

La niña se lanzó a sus brazos, a pesar de no recordarla muy bien, su corazón la reconoció.

—Soy mamá.

Maggie la miró con atención.

—Mamá —dijo con nitidez y Magda lloró, lloró con toda el alma.

El secreto de Magda

Magda les explicó que un soldado de las SS, la ayudó a huir de Auschwitz mientras Martín buscaba unas medicinas para ella. El soldado la llevó hasta el bosque y simuló que la disparaba. Colocó otro cuerpo en el lugar, de una joven que había llegado la noche anterior. Había muerto durante el viaje. Él estaba a cargo de los cadáveres aquel día y cuando la vio, supo muy bien qué haría con su cuerpo.

—Una gran conspiración —dijo Joachim, maravillado—, es increíble.

Magda sonrió.

—Le pagué muy bien —acotó ella—. Las probabilidades de que sobreviviera eran pocas, pero, tras un largo tratamiento en España, donde me llevaron mis camaradas, me salvé.

Magda les explicó que durante meses estuvo en cama, tosiendo y escupiendo sangre. Los médicos le dijeron que no se salvaría, que era imposible. Ella no quiso escribir a nadie para no dar falsas esperanzas. Así que, decidió sufrir sola su martirio.

—Pero sobreviví y aquí estoy.

Martín levantó a Magda por el trasero y ella le rodeó la cintura con las piernas bajo el muérdago. Se miraron con tanta añoranza que temieron perder el conocimiento.

—Anoche soñé contigo —le dijo él, llorando—. Me decías que pronto volveríamos a vernos y pensé que me moriría o algo así.

Ella acunó su rostro entre sus manos sin dejar de llorar un solo segundo.

—Era un mensaje de mi alma para la tuya, monito.

Y con aquella declaración, se dieron un largo y profundo beso de amor.

—Te amo, mariposa.

Ella le succionó el labio inferior con voracidad.

—Y yo a ti, monito.



Meses después...

A primera hora de la tarde, Martín y Magda seguían entre los árboles, junto al arroyo. Se habían sentado a horcajadas sobre un tronco, ella de espaldas a él. El alemán llevaba puestos los calzoncillos y ella las bragas y una camiseta blanca de tirantes.

—Dios, no sabes cuánto sufrí cuando te perdí, mariposa.

Martín le acariciaba con la mano.

—¿Lloraste mucho?

Se inclinó para darle un beso en el cuello, debajo de la oreja, y susurró:

—No te vuelvas a morir, ¿eh?

Magda soltó una risita y se volvió hacia él. Se miraron durante un momento y se besaron. Martín acercó las manos hacia su rostro y lo acunó. Le hizo echar la cabeza hacia atrás mientras rozaba con la mano sus pechos y el espacio entre sus muslos.

—Quítate la ropa —susurró, interrumpiendo el beso.

Magda se levantó y se quitó la ropa. Martín le colocó las manos sobre los pechos y luego la atrajo hacia sí con posesión. Empezó a acariciarle todo el cuerpo.

—Me enamoré perdidamente —dijo él con la voz ahogada por el deseo—, ya no tengo miedo de admitirlo.

Magda se sentó sobre él. Martín la abrazó fuertemente y acercó la cara a sus pezones. Los dulces gemidos de la mujer resonaron en el bosque.

—Y yo de ti, Martín, locamente.

Él se incorporó sin soltarla y la condujo hasta una roca cercana al agua.

—¿Cuándo lo supiste, mariposa?

Se quitó los calzoncillos con una mano, se sentó sobre ellos con la espalda apoyada en la roca y acomodó a Magda encima de él.

—El día que te besé por primera vez, monito.

La penetró con movimientos muy lentos, sin soltarla y haciéndola subir y bajar sobre él con suavidad. Magda le asió la cabeza y comenzó a gemir.

—Gime para mí —le rogó él—, solo para mí.

Cuando el movimiento se volvió más rítmico, los gemidos de Magda aumentaron de volumen.

—¡Martín!

El clímax, aunque rápido, fue fulminante.

—Llevamos mucho tiempo sin sexo, mariposa.

Martín se levantó con ella en brazos y la depositó en el césped.

—Sexo solitario no es lo mismo —acotó él y ella rio de buena gana—, ¿lo has hecho?

Él se arrodilló, le alzó las caderas y empleó los dedos y la boca para encender de nuevo el fuego.

—Sí.

Martín estaba entre sus muslos, con la boca en su parte íntima y mirándola con ojos interrogantes.

—Me masturbé pensando en ti, Martín.

Enterró su lengua en su sexo y la saboreó con voracidad. Cuando sus gemidos se volvieron más febriles, Martín dejó de acariciarla y se tumbó sobre ella.

—Grita para mí, mariposa, grita como te gusta.

Y, ella, comenzó a gritar...

—Magda —le dijo él, aún dentro de ella—, mariposita mía —ella lo miró con atención—, no sé si tomarás mal esto, pero...

Martín alargó la mano y cogió sus pantalones. Retiró algo de uno de los bolsillos. Un anillo. Los ojos de Magda se llenaron de lágrimas ante la emoción.

—¿Te casarías conmigo?

Ella asintió, llorando. Martín esperó su respuesta con cierta expectación. Ella no podía hablar. Solo llorar. Tras recomponerse de la gran emoción, dijo con firmeza:

—¡Sí! ¡Quiero ser tu esposa! ¡La señora mona!

Martín se echó a reír.

—¡Mi monita!



Magda y Martín se casaron a finales de aquel mes en una romántica y sencilla ceremonia en la capilla del pueblo. Magda llevó un vestido corto rojo en lugar del tradicional vestido blanco. Martín, a su vez, se puso unos

pantalones crema y una camisa blanca. El cura era el único extraño presente. Emma, para variar, se tropezó al salir de la iglesia y se llevó a su marido de paso. Todos se echaron a reír, en especial cuando una paloma les hizo encima. Según Sebastián, era buena señal. Y así fue, días después, Emma anunció su quinto embarazo. Todos les felicitaron. Si seguían así, pronto tendrían media docena de hijos. Lya y Sebastián hubieran deseado tener más hijos, pero estaban la mar de contentos con Dirk.

—¡Felicidades! —gritaron sus familiares.

El tiempo pasó en un suspiro. Los Ackermann empezaban a adaptarse al nuevo país, ya que el lugar elegido les recordaba mucho el pueblo Blankenstein.

—¡Magdalena Ackermann! —gritó Martín detrás de su hija—, ¡ponte tu vestido!

Magda rio de buena gana mientras pelaba unas patatas con su hermana y su prima. Un ligero mareo la hizo menear la cabeza y llevar la mano a su sien. Miró a su hermana con ojos melosos. Emma estaba de pocas semanas. Iban por el sexto y ¿ella por el segundo? Los síntomas eran claros, aunque Martín mal se daba cuenta. Ella no tenía antojos, pero él sí.

—La tarta de carne está lista —anunció Emma—, este nuevo embarazo me da unos antojos terribles.

Magda se relamió los labios con voracidad al escucharla. Sí, definitivamente estaba preñada.

—¿Cómo te sientes, señora Ackermann? —le preguntó Lya.

Magda sonrió con melosidad.

—Feliz y cansada.

Emma y Lya se echaron a reír.

—¡Es insaciable!

Sebastián y Joachim corrían detrás de Martín gritando que lo matarían. El comandante lo cogió y Sebastián se encargó de darle su merecido. Martín chilló cuando el pincel de pintura se deslizó por su cara hasta su ombligo.

—¡Y tan chistosillos!

María salió en el porche con una jarra de agua fría y unos vasos. Sus nueras se sirvieron un poco de agua mientras sus hijos peleaban como críos pequeños.

—¿Cuándo madurarán?

Karl la abrazó por detrás y le dio un beso. Luego le dijo que sus hijos madurarían a los ochenta años más o menos. María se echó a reír.

—¡Mutti! —gritó Martín con la cara manchada de pintura—, ¡sois unos cabrones!

Joachim y Sebastián lo miraron con indignación.

—¡Jawohl! —dijeron sus hermanos con las caras igualmente pintadas—, eres un cínico, monito.

En la cocina, en la larga mesa que hizo Martín y Joachim meses atrás, todos esperaban ansiosos la tarta de carne que Emma había preparado. Cuando la degustaron, todos soltaron un gemido difícil de definir con palabras.

—¿Os gusta? —preguntó ella, con lágrimas en los ojos—, ando tan sensible que lloro incluso cuando hierven las patatas. ¿Sentirán algo?

Nadie se animó a decirle la verdad.

—Está exquisita, mi amor —le dijo Joachim—, como siempre.

El otro día, Emma preparó unas galletas de chocolate y en lugar de poner una pizca de sal, puso pimienta.

—¡Está sabrosísima! —gritó Martín—, me encantan tus comidas, cuñada.

Todos lo miraron con asombro. Martín devoró su trozo y, prácticamente, el de todos. Joachim se preguntó si sus papilas gustativas tenían algún problema.

—Si sigues comiendo así, mamá tendrá que soltarte más la cinturilla del pantalón —se mofó Sebastián—. Y en lugar de monito, serás un cerdito. Oi oi oi...

Todos se echaron a reír, menos Martín, que soltó un taco ante la broma de su hermano.

—Así es, hijo. Debes dejar de comer tanta tarta.

Martín hizo un puchero.

—No puedo —dijo con voz infantil—, es más fuerte que yo.

Joachim y Sebastián intercambiaron una mirada divertida.

—Como gastar bromas pesadas —dijo el capitán.

Martín asintió con la expresión muy seria.

—Es un don que Dios me dio.

Un trozo de pan voló hacia su cara y él, para no desperdiciarlo, lo comió.

—No sabéis las cosas que hice en el cuartel con mis compañeros —recordó con una sonrisa nostálgica—, lo único bueno de aquella etapa.

Nadie dijo nada.

—Mamá —dijo Peter de pronto—, ¿anoche viste una araña?

Emma y Joachim se sonrojaron como dos granas.

—Sí, hijo.

Paul se acercó y los miró.

—Cuando papá no estaba nunca gritabas por culpa de las arañas, Mutti. Emma tenía las mejillas del color de las fresas.

—Gracias a Dios —dijo Joachim y se ganó un golpecito en el estómago—, mi amor —besó a su mujer.

Martín, que no podía guardarse sus pensamientos, soltó:

—¿No fue una víbora, cuñada?

Emma achicó los ojos.

—Cuando veo víboras gritó más de tres veces —contestó y todos se echaron a reír—, en una sola noche.

Joachim escupió el zumo al escucharla y salpicó a Sebastián sin querer.

—¡Ey!

Tras el almuerzo, los muchachos se dirigieron al arroyo con unos cestos repletos de ropas y las mujeres con jabones y tablas para limpiarlas.

—¿Se acuerdan del fin de semana en la cabaña? —comentó Lya, con nostalgia.

Sebastián le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo olvidarlo? —exclamó Magda—, en especial los gritos de Emma.

Todos se echaron a reír, menos Emma, que protestó con lágrimas en los ojos. Se arregló las trenzas sin abandonar su deje.

—Lloro hasta cuando lloro —dijo con voz nasal—, ¿por qué ando tan sensible?

Joachim le dio un beso y ella se tropezó, pero él soltó la cesta de ropas y la sujetó con firmeza. Magda cogió el cesto y les dijo que se encargaría de él. Su cuñado cogió a su esposa en brazos y le dijo dulces palabras.

—¿No estoy muy pesada?

Él negó con la cabeza.

—No, cielo.

Sebastián miró los pechos de Lya, que habían aumentado de tamaño considerablemente. Ella sonrió con picardía mientras se acercaban al arroyo entre risas y bromas.

—¿Qué miras, mi amor?

Él sonrió y miró sus senos con ojos entornados.

—¿No es evidente, cielo?

Su piel era de un color caramelo delicioso.

—Eres un desvergonzado, Sebastián.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Lya le dio un beso. Antes de salir de la casa habían hecho el amor con salvajismo en el desván mientras todos echaban una siestita. ¡Era insaciable!

Emma miró la tripa de Lya con curiosidad. ¿Estaba más abultada? Enarcó ambas cejas. ¡Efecto de la comida americana!

—Lya...

Ella vio que él le miraba los pechos.

—Sebastián...

Él se echó a reír a carcajadas mientras Martín cogía unas naranjas para tomarlas más tarde. Magda le dijo que debía comer menos o terminaría rodando.

—¿Me estás llamando gordo?

Magda sonrió con picardía.

—Lo insinué, lo dedujiste tú, amor.

Martín cogió el cesto con la ropa sucia y emprendió la marcha hacia el arroyo sin replicarle.

—Ya no me quieres por mis kilitos de más —dijo Martín con voz enronquecida.

Magda frenó sus pasos y lo miró con asombro. ¡Definitivamente estaba preñada!

—¡Estás tan sensible!

Con la tabla de lavar le dio un azote en el culo y le robó un gemido de dolor.

—Te amo tal cual, mi bollito caliente —le dijo ella y todos se echaron a reír.

Las chicas se metieron en el agua para mojar la tabla de lavar y el jabón. Los muchachos se quitaron las camisas y las botas. Se metieron en el arroyo para lavar las ropas.

—Espera, déjame a mí —dijo Joachim.

—Tú sólo pásame las prendas, ¿de acuerdo? —acotó Sebastián.

—Primero las ropas íntimas —masculló Martín—, Dios, huelen tan delicioso, mariposa —olisqueó las bragas de su mujer.

Magda puso los ojos en blanco.

—Martín, no estamos solos, amor.

Joachim y Sebastián lo miraban con asombro.

—¿Qué?! —protestó él y lamió la ropa interior.

Las chicas se echaron a reír.

—¡Ni las ropas íntimas de tu mujer se salvan! —se mofó Sebastián y

rieron aún más.

Había algo tan encantador en que unos oficiales del Ejército alemán estuvieran metidos en el arroyo, con el agua hasta las rodillas, descamisados y haciendo el trabajo de sus mujeres.

—Muy bien, chicos —dijo Lya—, debéis fregar con más fuerza.

Joachim la miró de reojo.

—Soy el comandante, pero ella me da lecciones —se mofó y sus hermanos se rieron—. Jawohl!

Cuando a Martín se le escapó una ropa y se agachó para recogerla, Magda se acercó con sigilo y le dio un empujón. Martín cayó de cabeza en el agua y todos se echaron a reír.

—¡Mariposa!

Salió del agua dispuesto a vengarse. Sin decir nada, Martín la cogió en brazos y la llevó hasta el arroyo.

—Ni se te ocurra, monito.

Y cuando pensaba soltarla, ella gritó:

—¡Estoy embarazada!

Martín la miró estupefacto.

—¿No me estás mintiendo?

Los ojos se le llenaron de lágrimas al alemán y los de ella también. Se miraron con amor infinito por unos segundos. Se dieron un beso.

—Vamos a tener otro bebé, mi amor.

Martín gritó a todo pulmón.

—¡Seré papá otra vez!

Todos gritaron de alegría.

—¡Enhorabuena!

Todos empezaron a salpicarles con el agua mientras arrullaban una melodía rara de alegría.

—¡Sois unos críos! —protestó Martín—, te amo, mariposa.

—Y yo a ti, monito.

Lya se acercó a pasos lentos y empujó a Sebastián mientras él lavaba unas fundas de almohada. Lya se echó a reír.

—¡No tienes mucho equilibrio que digamos, capitán!

El alemán comenzó a dar manotazos en el agua para salpicarla.

—¡Nooo! —gritó ella.

Salió del arroyo y la cogió en sus brazos, la levantó en el aire y comenzó a besarla. Se fueron inclinando cada vez más y más hasta que acabaron metidos

en el agua. Cuando asomaron las cabezas para respirar, se miraron con intensidad.

—Eres terrible, capitán.

Las prendas pasaban a sus lados, arrastradas por la corriente. Joachim fue a recogerlas.

—Esto de perder ropas era cosa de Martín en el pasado —soltó Joachim y todos se rompieron a reír.

Sebastián miró con deseo a su mujer.

—Mírate —le dijo con un tono ardiente—. Mírate los pezones.

La levantó en brazos. Ella le rodeó el cuello con los suyos y comenzó a besarlo. El alemán le puso una mano en las nalgas para sostenerla, y con la otra le levantó una pierna y se la apoyó en la cintura.

—¡No seáis indecentes! —gritó Martín.

Magda le cogió de la mano y le indicó un matorral a un lado. El teniente alzó ambas cejas y sonrió con malicia antes de salir del arroyo y dirigirse hacia el sitio indicado por su mujer.

Joachim y Emma se habían alejado bastante de ellos, pero los gemidos de la mujer terminaron llegando a sus oídos.

—Chsss —le dijo Joachim—, muerde esta funda.

Emma obedeció y su marido terminó el trabajo. Emma contempló los brazos musculosos, su cuerpo de soldado, el pelo dorado y su hermoso rostro enmarcado por el sol. Era tan hermoso que cortaba la respiración.

—¡Comandanteee! —gritó al llegar al clímax.

Por la noche, tras la cena, Esmeralda se acercó a su nieta y le tocó la tripa con afecto. Miró a Lya y sonrió con dulzura sin percibir la presencia de Sebastián detrás de ambas.

—¿Cuándo le dirás a tu marido?

Lya comía unas fresas con un poco de miel.

—¿Contarle qué cosa, abuela?

Ella suspiró hondo.

—Que tendrán un bebé.

Sebastián dejó caer el vaso que sostenía y soltó un grito ahogado al escucharla.

—¿Qué dices, Oma?

Los ojos de Lya se llenaron de lágrimas. ¿Por qué le decía aquello sabiendo que ya no podía tener hijos?

—Para Dios nada es imposible, Lya —le dijo ella—. Quizá los médicos

se equivocaron. ¿No lo crees?

Sebastián no podía contener las lágrimas.

—¿Está embarazada? —dijo el alemán antes de arrodillarse frente a su mujer—, ¿tendremos un bebé?

Lya negó con la cabeza y le dijo que su abuela estaba equivocada. Él prefirió creerla y besó la tripa de Lya con amor infinito.

—No te ilusiones, capitán —le rogó.

Él no podía dejar de llorar y tres meses después, tampoco ella. Lya y Sebastián esperaban su segundo hijo.

«Los milagros suceden si crees en ellos» le dijo Esmeralda y era cierto, totalmente cierto.

La dulce espera

Meses después...

Sebastián contempló con deleite el escote del vestido de tirantes de su mujer. No entendía cómo sus pechos podían haber aumentado tanto de tamaño. ¡Estaban tan apetitosos!

—Capitán —le dijo ella mientras tejía unos escarpines—. ¡Deja de mirarme así! —él puso cara de niño inocente—, mmm.

Agachó la cabeza y zambulló la boca en el escote de Lya.

—Amor mío, es muy raro que te excite tanto una mujer embarazada.

Sebastián sonrió y la rodeó con el brazo.

—Mi mujer embarazada me excita —le corrigió él.

Le acarició el abultado vientre, le besó la nariz y los labios. Lya miró con amor infinito a su marido mientras evocaba todo lo que padecieron para al fin poder estar juntos. Cruzaron el infierno antes de llegar al paraíso.

—¿Y cómo está nuestro bebé?

Nuestro bebé, resonó en la cabeza de Lya.

—Pues no ha dejado de moverse y dar patadas —contestó ella—. Será un gran futbolista —se mofó.

—O una Lya dos —le dijo él y ella le pellizcó el brazo—, ay —puso cara de circunstancia—, a eso me refería.

—¿Me estás llamando salvaje, Sebastián?

Él puso cara de niño inocente incapaz de romper un plato. Ella rio de buena gana.

—No, cielo.

Lya le quiso comer a besos.

—Mmm.

Se arrodilló delante de ella, abarcando con las manos su inmensa barriga y apretó los labios contra el ombligo.

—Si es un niño —dijo él—, quiero llamarlo Johann como mi abuelo.

—Me gusta, amor mío —dijo ella.

Volvió a besar su ombligo.

—Y si es niña, quiero llamarla Agnes como mi abuela.

Lya acarició su cabeza, que estaba recostada contra su panza.

—Me gusta —susurró ella—, capitán.

Sebastián se apartó para mirarla.

—Te amo, ¿te lo dije hoy?

Lya se puso pensativa.

—Muy poco, capitán.

—Te amo, te amo, te amo, te amo, te amo...

Sebastián la levantó en brazos y la llevó a la habitación, donde le demostró cuánto la amaba.



Al día siguiente, los hermanos Ackermann salieron a comprar algunas cosas en el pueblo vecino. Cuando regresaban, mientras canturreaban alegres canciones americanas, vieron a un par de hombres que asediaban a una mujer. Sebastián cogió su arma y Martín también. Joachim frenó de golpe y los tres salieron para defenderla. Era una adolescente con rasgos indígenas. No tenía más que trece años.

—¡Marchaos de aquí, rubicundos! —les dijo uno con voz severa—. No tenéis nada que hacer aquí.

Otro señaló a Sebastián y dijo que era alemán, un nazi.

—¡Hijos de Hitler!

La niña tenía los labios reventados y parte del vestido roto. Martín no pudo evitar evocar a la niña judía que sus compañeros trataron de violar, pero que su superior terminó matando con una bala en la cabeza antes de que consumaran sus pretensiones.

—Dejadla —ordenó Joachim—, es solo una niña.

El acento lo delataba.

—¿Sois alemanes no? ¿Nazis?

Sebastián cogió su arma de su cintura y apuntó hacia él con determinación.

—Ya sabéis de qué somos capaces —les dijo en tono amenazante—, soltadla.

Uno le bajó el vestido y dejó sus senos al descubierto. Joachim cogió su

arma y disparó en dirección del malnacido que la sostenía. Acertó su pie. Los gritos de dolor asaltaron el lugar, lapso en que Martín cogió a la niña y la cubrió con su camisa.

—¡No disparéis! —gritó uno—, nosotros no tenemos armas.

Los alemanes soltaron las armas y se acercaron a ellos.

—No necesitamos armas —dijo Joachim.

Los hermanos repartieron puñetazos y patadas hasta hacerlos correr despavoridos del lugar. Por fortuna, estaban a muchos kilómetros del pueblo y nunca sabrían dónde vivían.

—¿Estás bien, niña?

Evidentemente que no. La llevaron con ellos y sus mujeres agradecieron al cielo por ello. La bañaron, le dieron de comer y le ofrecieron un lugar seguro para quedarse el tiempo que necesitara.

—Me llamo Janie —dijo la joven—, tengo trece años y vivo con mis abuelos.

—Te llevaremos a tu casa mañana —le dijo Joachim—, no te preocupes.

Emma preparó una tarta de chocolate para festejar el gran acto heroico de su marido y sus cuñados. Todos temían probarla, pero, al hacerlo, se llevaron una grata sorpresa. ¡Estaba deliciosa!

—Cielo, ¿qué le has puesto a la tarta? —le dijo en medio de la noche su marido—, me duele la tripa.

Aquella noche, todos tuvieron dolor de panza.

—Quizá la leche estaba vieja —dijo ella—, o los huevos...

Martín salió corriendo hacia la plantación de trigo y maíz, ya que los baños estaban todos ocupados. El simpático alemán dijo que tendrían muy buena cosecha tras tanto abono.

—¡Calla! —le dijeron todos.

Martín se echó a reír a carcajadas.

Una nueva vida, una nueva oportunidad

Para asombro de todos, las tres mujeres entraron en parto la misma noche. Las habían recostado en sus camas. La luna se derramaba a través de los cristales de las ventanas mientras Sebastián y Martín esperaban ansiosos por la llegada de sus hijos. Joachim ya estaba acostumbrado, pero ellos dos no vivieron los primeros embarazos de sus mujeres.

—Tengo frío —dijo Martín—, pero también calor.

Esmeralda estaba sentada en un taburete a los pies de la cama de Lya mientras otras comadronas atendían a Emma y a Magda.

—¿Va a tardar mucho? —preguntó Sebastián por tercera vez.

Esmeralda le dijo que no era un trozo de pan que metían en un horno y salía tras una hora. Sebastián quería decirle que llevaba meses esperando aquel día, pero decidió por lo mejor, el silencio.

—¿Te duele, mi amor?

Lya negó con la cabeza.

—Tranquilo, mi amor —le dijo ella con dulzura—, pronto tendrás a nuestro bebé entre tus brazos.

Sebastián no dejaba de levantarse de su silla cada cinco minutos para correr al lado de Esmeralda. La mujer puso los ojos en blanco.

—Sebastián, ve con Lya.

En el cuarto de al lado, Martín se despojó de la camisa y miró a la comadrona con ojos suplicantes.

—¿Cuándo saldrá de su cueva?

—Ve a sentarte con tu mujer y cógela de la mano —le dijo la mujer que no tenía más que cuarenta años.

María le dio algo de beber a Magda.

—Aún falta, muchacho.

Joachim le daba algo de beber a su mujer y se sentaba junto a ella para acariciarla, limpiarle el sudor, susurrarle cosas al oído y besarla.

—Todo saldrá bien, cielo.

Martín se sentó al lado de la comadrona, a pesar de que ella le pidió que no lo hiciera. ¡Aquel muchacho era imposible!

—¿Eso de ahí es la cabeza?

Martín achicó los ojos.

—Sí —dijo la mujer.

Martín se inclinó sobre Magda, besó con los labios su cara húmeda y susurró:

—Lo estás haciendo muy bien, mi vida.

Lya hizo una mueca de dolor.

—¿Te duele, mi amor?

—No, capitán.

La siguiente vez que empujó, gritó de dolor. Las lágrimas anegaron el rostro del capitán. Lya empujaba con todas sus fuerzas, mientras el sudor le empapaba hasta la médula.

—Empuja, cielo, nuestro milagro está por salir.

La cabeza del bebé aparecía a cámara lenta.

—Es... es... maravilloso —susurró Sebastián, anegado en lágrimas—, es lo más hermoso que vieron mis ojos.

En el cuarto de al lado, Martín acarició la pegajosa cabeza blanda del bebé.

—Es precioso, mi amor —dijo el teniente, llorando.

El bebé salió del todo y la comadrona lo lavó, lo envolvió en una manta y se lo dio para que lo sujetara. En el cuarto de al lado, Joachim cogía a su hija con lágrimas en los ojos. Martín y Sebastián entraron en el cuarto con sus hijos y lloraron.

—Es una niña —dijo Sebastián—, Agnes.

—Es un varón —dijo Martín—. Thomas.

—Es una niña —dijo Joachim—, Anne.

Las comadronas vinieron detrás de ambos y les exigieron que volvieran al cuarto con sus mujeres correspondientes. Ellos obedecieron. Retornaron sobre sus pasos al equivocarse de cuarto.

—Oh, Dios mío, es hermosa —dijo Sebastián antes de besar a su mujer—, es... es...

Lya lloró emocionada.

—Es un milagro.

El bebé pestañeó, despejó los ojos, tratando de enfocarlos sobre el rostro de su padre, tan cerca del suyo. Lya y Sebastián se miraron con amor infinito.

—Te amo —le dijo ella, llorando.

El bebé era tan pequeño, tan rojizo, tan precioso.

—Te amo —dijo el alemán.

En el otro cuarto...

—Magda —susurró Martín mientras apretaba a su hijo contra el pecho desnudo, contra su corazón—. Mira, Magda, mira, qué pequeñito... —miró a su mujer con melosidad—, gracias por esto, por tantas alegrías, mariposa.

Ella besó la cabecita de su hijo.

—Te amo —le dijo ella, anegada en lágrimas.

Martín besó la cabecita de su hijo con afecto.

—Te amo, mi amor.

Joachim y Emma se besaron bajo la luz plateada de la luna.

—Te amo, cielo.

Ella daba de mamar al bebé.

—Y yo a ti, comandante.

La vida estaba hecha de pequeños momentos que generaban grandes alegrías. Una nueva vida siempre era motivo de felicidad. De lucha. De fe. De esperanza.

Trampas del destino

Lya chillaba con verdadera desesperación en el interior de la cocina de su nueva casa. Llevaban allí menos de un mes. Cada hermano tenía la suya. Así cada quién vivía de manera independiente. Sus alaridos llegaron hasta Sebastián, que se encontraba cortando leñas. Los gritos de su mujer se hicieron escuchar por encima del ruido de los hachazos. Dejó caer el hacha y corrió de regreso a la casa. Al entrar, se encontró a Lya acurrucada encima del mostrador. Las rodillas casi le tocaban el cuello.

—¿Qué pasa, cielo? —le preguntó, sin resuello.

—Sebastián, un ratón ha pasado entre mis pies cuando estaba cocinando.

Los niños jugaban en el jardín y el bebé dormía en su moisés serenamente. Por suerte, los alaridos de su madre no la despertaron.

—Creo que me lamió el dedo, mi amor.

En el rostro del alemán comenzó a dibujarse una sonrisa un pelín ladina. Lya lo crucificó con la mirada.

—¿Te lamió o te hizo cosquillas? —se mofó él y ella agrandó mucho los ojos—. ¿La dama del tulipán morado le tiene miedo a un pobre ratón?

Contuvo las ganas de echarse a reír con todas sus fuerzas.

—¡Sí! —chilló ella—. ¡Le tengo miedo a los ratones! —se estremeció al recordarlo—. ¿Puedes encargarte de ese bicho asqueroso?

Sebastián asintió sin abandonar su deje divertido.

—Sí, pero ¿qué estás haciendo ahí arriba?

—Protegerme de él. —Frunció el entrecejo, con una expresión de desdicha—. ¿Vas a matarlo con tu arma?

Sebastián se acercó al mostrador y la cogió en brazos. Lya se aferró a su cuello, sin poner los pies en el suelo. Él la abrazó, la besó y la volvió a besar con muchísimo cariño.

—¿Sabías que los ratones pueden trepar?

Lya abrió mucho los ojos.

—No, no pueden.

Sebastián la miró con desaprobación y le contó que una vez vio a un ratón en el techo, si no podían trepar, ¿cómo llegó hasta el techo? Lya soltó un gemido de asco.

—No voy a entrar ahí para convivir con un ratón.

Sebastián la miró con dulzura.

—Rita era una rata —le recordó él con cierta tristeza.

Lya lo miró con atención. ¿Recordaba el nombre de su amiga? ¡Dios mío! ¡Era una rata! Pensó con el corazón acelerado.

—¡Mata a ese ratón como lo hiciste con Rita!

El halo mágico de minutos atrás quedó soterrado para siempre. Sebastián le dio un beso en los labios apretados. Luego en el cuello y por último en sus turgentes pechos rebosantes de leche materna.

—Te amo.

Ella resopló.

—Demuéstrame —replicó mientras intentaba inútilmente librarse de sus brazos—, mávalo.

Al cabo de unos minutos, Sebastián salió de la casa con el cuerpo sin vida del ratón.

—¿Qué te parece? —le preguntó él con una voz apenas audible—. ¡Por tu amor!

Lya aplaudió con entusiasmo hasta que él se acercó a ella y le robó un gritito.

—¡Aparta esa cosa de mi vista!

Sebastián se alejó con el cadáver del ratón riéndose a carcajadas. Lya cogió una naranja del árbol y la lanzó hacia él. Sebastián soltó un gritito al recibir el impacto de la fruta en el culo. Lya tuvo un ataque de risas al ver su cara. Sebastián lanzó el cuerpo del ratón a un lado y salió corriendo en su dirección.

—¡No, Sebastián!

Él la cogió y la echó al hombro tras darle un azote firme en el trasero. Lya no podía dejar de reír un solo segundo. Su hijo y sobrinos reían a mandíbula batiente de ambos, en especial cuando Lya empezó a patalear y golpear con los puños la espalda de su marido.

—¡Sebastián! ¿Me estás metiendo mano frente a nuestro hijo y nuestros sobrinos?

Dirk y sus primos jugaban bajo el abedul, muertos de la risa de ambos. De pronto, Joachim y Martín cruzaron el portón. Estaban muy serios. Sebastián bajó a Lya en el suelo y los saludó.

—Anoche encontraron a una mujer en el matorral camino a la granja —soltó Martín en un tono que rezumaba preocupación—, muerta tras ser

violentada duramente.

Joachim suspiró derrotado.

—Tenía una herida de cuchillo en el pecho —dijo el comandante—, una cruz gamada.

Lya llevó sus manos a su boca para ahogar su grito.

—Alguien nos está mandando un mensaje —dijo Sebastián, abatido—, claro y preciso.

Tras el primer asesinato, vinieron otros tantos, mucho más violento y usando métodos nazis. El pueblo empezaba a murmurar en contra de los Ackermann. Los niños atacaban a sus hijos en la escuela llamándolos: hijos de Hitler.

—Papi, ¿quién es Hitler? —preguntó Lya a Joachim—, en la escuela me dijeron que era el diablo y que yo era su hija —acotó llorando a lágrima viva.

Magda y Lya investigaron lo que estaba pasando, lapso en que varias vacas amanecieron muertas en la granja, todas envenenadas. También murieron gallinas, caballos, cabras y parte de las plantaciones. Joachim estaba furioso.

—¡Han quemado el tractor nuevo! —dijo el comandante—, si siguen así nos quedaremos en la ruina, papá.

—¡Joachim! —gritó Emma—, ¡Joachim!

El alemán salió de la casa como alma que lleva el diablo y miró a Emma con el corazón desbocado. Su mujer sostenía a su gata de pelo blanco llorando a lágrima viva.

—¡Mataron a Mimi! ¡A nuestra gata!

Joachim se acercó y miró con lágrimas en los ojos a su mujer. Emma amaba a su gata que, le recordaba a la suya, Lizzy, que murió a pocos meses del inicio de la guerra tras enfermar. El animal fue ahorcado con una cuerda y colgado en el árbol que se encontraba frente a la casa de ambos.

—Lo siento, cielo.

Emma abrazó el cuerpo sin vida de su mascota y lloró con toda el alma.

—Deben irse o los próximos serán sus hijos —decía una esquela que habían dejado en el cuello del animal.

Joachim soltó un gruñido de rabia.

—¿Quiénes sois?!

Martín fue a la ciudad con Sebastián para comprar algunas cosas, lapso en que vio al comandante Bohlen, el diablo nazi como lo llamaban en el cuartel.

—No puede ser —dijo en un susurro—, es él.

El hombre de casi sesenta años había huido de Alemania con la ayuda de

la ODESSA, la organización de exmiembros de las SS. El padre de Otto, el soldado que Martín mató para salvar a su mujer en el pasado. ¿Acaso descubrió quién había asesinado a su hijo y venía a por venganza?

—¿Pasa algo, Martín? —le preguntó Sebastián, asombrado al ver su cara.

Martín estaba blanco como el papel.

—Creo que ya sé quién o quiénes están detrás de todo, Sebastián.

Durante el camino de regreso, Martín le contó cómo pasaron las cosas. El hijo del comandante y otros dos soldados cogieron a Magda para violarla en grupo.

—Cuando la describieron, supe al instante que era ella.

Martín no pensó dos veces, entró en la cabaña y disparó a sus compañeros para salvarla. Magda salió del lugar tras dispararle en el brazo por órdenes expresas suyas. Para todos, Magda y su grupo mataron a sus compañeros y lo hirieron a él durante la fuga. El padre del soldado Bohlen nunca creyó en tal cosa y juró vengar la muerte de su hijo tarde o temprano.

—Tal vez me vio y me reconoció —dijo Martín, nervioso—, Dios mío, ¡este hombre era amigo de los poderosos!

Sebastián temía que estuviera al tanto de todo.

—Si es así, sabe que yo estoy vivo y que soy un traidor.

Martín negó con la cabeza.

—Lo único que quiere es venganza, Sebastián.

—Pero es un nazi y nosotros desertores, Martín.

Aquella semana, dos mujeres fueron encontradas muertas cerca de la granja. Martín averiguó sobre el comandante, pero no lo encontró por ninguna parte.

—¿Dónde estás, comandante?

Sebastián llegó cierta tarde con el rostro empalidecido por la impresión. Lya dejó caer el recipiente de cristal que sostenía al verlo. Su marido estaba blanco como el papel y temblaba mucho.

—¿Qué te pasa, mi amor?

Sebastián empezó a llorar.

—Mataron al hijo de los Clarkson —soltó tras sorberse por la nariz.

Lya soltó un grito de dolor. Jimmy Clarkson era el amigo de Dirk y sus primos. El niño solía venir a jugar con ellos casi todas las tardes.

—¡No puede ser! —dijo Lya, sollozando con amargura—, dime que no es cierto...

Joachim entró en la casa con la cara descompuesta por las fuertes

emociones.

—Asesinaron a Jud —dijo con lágrimas en los ojos—, la envenenaron.

Lya soltó un grito agudo y su marido la estrechó con fuerza, pero ella estaba descontrolada. Dirk bajó las escaleras a toda prisa al oírla. Se quedó petrificado al verla gritar con agonía.

—¡No! ¡Esto no está pasando! ¡La guerra ha terminado!

La guerra siempre estará presente, pensó Sebastián. El pueblo entero los quería lejos.

—¡Nazis! ¡Nazis! ¡Nazis! —le gritaban a los niños en la escuela.

Ninguno quiso volver. Tenían miedo y se hacían pis en la cama todas las noches. Dirk lloraba por su amiguito muerto, decía que venía a verlo todas las noches. Udo dejó de comer y Maggie tenía diarrea constantemente. Peter y Paul no querían salir de la casa y Lyli temblaba como una hoja cada vez que veía a las personas del pueblo como su hermanito Jojo.

—¡Esto es el infierno! —gritó Magda—, ¡estamos en un campo de concentración!

Ninguna tienda quería atenderlos. Ninguna iglesia quería recibirlos. Todos les tenían miedo a los nazis sin alma.

—Dios mío —dijo Karl el día que la plantación de trigo fue incendiado—, ¡debemos apagar el fuego o llegará a nuestras casas!

Apararon el fuego, pero no salvaron nada de la plantación.

—Tanto sacrificio para nada —dijo abatido Martín.

Todos miraban entristecidos el campo renegrido tras el incendio. Tenían los ojos empañados y las caras cenicientas.

—Debemos marcharnos antes de que incendien nuestras casas con nosotros dentro —dijo Sebastián—, lo más lejos posible.

Los Ackermann decidieron mudarse, pero no solo del lugar, sino del país. Sebastián consiguió, a través de sus contactos, un sitio perfecto para vivir tranquilos y lejos del pasado.

—¿Chile? —dijo Emma—, ¿a Sudamérica?

Los hermanos averiguaron la mejor manera de viajar a tierras lejanas e instalarse allí sin llamar mucho la atención. Lya aceptó sin rechistar. Quería ir lo más lejos posible de aquel lugar, de aquel infierno.

Sebastián recordó el lugar donde Paul Bachmann había enviado a su esposa, pero según sus contactos, el mejor sitio para vivir y prosperar era Chile o Argentina, pero este último, era el favorito de los nazis y, por ende, el menos seguro, según el propio Joachim. Nunca se sabía hasta qué punto los

aliados querían las cabezas de los nazis, en especial las de los soldados de las SS.

—Volvemos a huir —dijo Martín.

—Esta vez será la última, hermano —le dijo Sebastián.

Magda quiso saber cómo se llamaba el lugar elegido. Sebastián cogió un papel y lo leyó:

—Temuco.

Tierra nuestra

Temuco, Chile

Al inicio de 1948, los Ackermann llegaron a Chile con el corazón herido y las ilusiones rotas tras el ataque de sus vecinos en Estados Unidos. Antes de emprender el largo viaje al país sudamericano, los hermanos cazaron al verdadero asesino, para evitar que siguiera matando a gente inocente. El comandante armó una estrategia infalible, pero peligrosa al tiempo. Martín desconfiaba de su superior en las SS, pero estaba equivocado, el verdadero asesino no era él, sino un soldado americano que buscaba venganza por las cosas horribles que pasó en las manos de las SS durante la guerra.

—La trampa lo partió en dos —dijo Joachim—, lamento que no haya sufrido más.

Estaba enfadado con el soldado americano. Enfadado por las crueldades que cometió en contra de personas inocentes.

—Hora de partir —dijo Sebastián—, será un largo viaje.

Llegaron a Chile en pleno verano. El calor era más intenso que en Alemania y en Estados Unidos.

—Nuestro dulce hogar —dijo Martín—, es un país hermoso y tranquilo.

Los hermanos se instalaron en una modesta pensión las primeras semanas. Los niños apenas salían de sus cuartos. Tenían miedo a las represalias, las mismas que sufrieron en tierras americanas. Compraron unas tierras bastante alejadas de todos y construyeron sus casas allí sin hacer mucho ruido. Los niños tardaron en adaptarse, ya que no comprendían el idioma y seguían traumatizados tras los ataques en el otro país.

—Es precioso el lugar —dijo Lya mientras mecía a su hija de casi un año—, pronto será nuestro hogar.

Los hermanos se pusieron a arreglar el sitio que compraron día y noche. Retiraron las malezas, levantaron vallas alrededor y compraron maquinarias para trabajar la tierra. Karl se dedicaba a hacer panes y María a venderlos por todo el pueblo con sus nueras.

—Con las bicicletas será más fácil repartir los panes —dijo Magda con

entusiasmo—, la gente es amable y cercana con nosotras.

En el pueblo no se hablaba de otra cosa que no fuera sobre los nuevos vecinos, los alemanes. Los Ackermann eran simpáticos, serviciales y muy trabajadores. No traían mucho dinero, ya que la venta de sus casas y animales en Estados Unidos no generó tanta ganancia como lo esperaban. Pero tenían ganas de prosperar y trabajarían mucho para lograrlo.

—Tenemos tres pedidos de tarta de manzana —dijo Lya—. Mutti, me serviré un poco de pastel de choclo —sonrió—, estoy adicta a él.

Magda tomaba mate con Emma.

—Las empanadas de pino me vuelven loca —dijo María—, y las humitas igual —se relamió los labios con apetencia—, engordé mucho estas últimas semanas.

Lya y sus primas miraron sus tripas con ojos censuradores.

—Todas, Mutti.

Lya tomó un mate.

—Martín es fanático de los porotos y la cazuela —resaltó Magda—, aunque mi monito es fan de todo tipo de comida.

Se echaron a reír a carcajadas.

—En especial de mis comidas —apostilló Emma y se rieron aún más.

María y sus nueras cuidaban la casa, a los niños y hacían dinero extra con la venta de pasteles, mermeladas, quesos, mantequillas y panes. Poco a poco fueron ganando clientela.

—La señora Lola pidió treinta panes para el bautismo de su nieto —dijo Magda—, no puedo creer que después de trabajar para la resistencia, ¡hoy soy panadera!

Sus primas rieron de buena gana.

—Yo no puedo creer que haga panes con sabor a panes —se mofó Emma y aumentó la frecuencia de sus risas.

Los hermanos Ackermann se dedicaban a la plantación de manzanas, duraznos y cerezas. El fuerte sol de aquel verano les curtió tanto la piel que eran casi de color canela.

—Soy casi un nativo —bromeó Martín—, de ojos azules. ¡Irresistible!

Joachim y Sebastián pusieron los ojos en blanco.

—¡Y tan modesto! —dijeron ambos, riendo.

Martín hizo un gesto muy jocoso al tiempo que unas vecinas se acercaban a ellos.

—Tus admiradoras —se mofaron sus hermanos.

Las mujeres del lugar siempre les traían agua helada, galletas o frutas durante sus descansos. Sus mujeres, en lugar de enfadarse, les pedían que no rechazaran las frutas. ¡Eran deliciosas!

—Nos están prostituyendo —acotó Sebastián—, con descaro.

Joachim bebió un sorbo del agua fría que le ofrecía una joven con rasgos indígenas. Él le agradeció con su peculiar voz ronca y su acento alemán.

—¡Hola! —saludaron sus esposas a lo lejos sobre sus bicicletas—, ¡comportaos bien! —chillaron en alemán.

Las tres solían ir al pueblo vecino para comprar harina y azúcar. Con sus faldas estampadas de tirantes y largas hasta las rodillas, recorrían gran parte del lugar entre risotadas y gritos.

—Es el paraíso —dijo Joachim—, cómo han cambiado las cosas desde 1933 —apostilló con un hilo de voz revestido de nostalgia.

Sebastián le rodeó el hombro con el brazo por un lado y Martín por el otro.

—Mucho.

Muchas veces, Martín decía que no merecían estar tan felices tras haber causado tanto sufrimiento. Sus hermanos no decían nada, porque se sentían tan miserables como él cuando evocaban el pasado de sus historias. María siempre les consolaba recordándoles que no tuvieron otra opción que obedecer a sus superiores o, caso contrario, hubieran pagado con sus vidas.

—¡Madre mía! —chilló Emma a lo lejos—, ¡un sapo!

La voz de la alemana llegó a los oídos de su marido, que salió corriendo hacia ella al ver cómo se estampaba contra el suelo tras desviar la bicicleta para no aplastar al pobre animal. Lya y Magda se detuvieron para ayudarla. Joachim saltó la valla con agilidad y la levantó del suelo.

—¿Estás bien, cielo?

Emma se echó a reír.

—Sí —dijo tras recomponerse—, pensé que mi torpeza se había quedado en Norteamérica, pero no, me sigue a todas partes.

Todos se echaron a reír a carcajadas.

—¡Sigo siendo la reina de las torpes!

Joachim la besó.

—No, eres la reina de mi corazón, cielo.



Era domingo, los niños jugaban alegremente en el jardín mientras sus madres enseñaban a sus padres cómo se preparaba la pasta para las galletas de nueces. A pesar del empeño que ellas pusieron, sus maridos no lograban prestar atención a sus indicaciones.

—Desisto.

Lya fue la primera a tirar la toalla.

—Mi amor, debemos entregar estos pedidos mañana y por eso les hemos pedido ayuda.

Los tres tenían harina por todas partes.

—Soy incapaz de aprender a cocinar —le dijo Sebastián con una sonrisa—. Sé hacer panes, pero no galletas o pasteles.

Emma batía la leche tibia con la harina y el azúcar.

—Comandante, has llevado a cabo varias misiones, ¿cómo no puedes hacer esto que es tan simple? —le dijo la alemana a su marido.

Joachim se encogió de hombros.

—Prefiero hacer bebés, cielo.

Todos se echaron a reír menos Emma y eso llamó la atención de su suegra. ¿Estaba embarazada? ¿Otra vez?

—¡Envidiosos!

Magda miró a su marido que lucía un bronceado color caramelo delicioso. Sus grandes ojos azules realzaban aún más aquella cara esculpida por los dioses. El teniente le tocó la nalga con discreción.

—¡Martín!

—¿Qué?

Magda abrió mucho los ojos cuando él apretujó su erección contra su trasero.

—Eres terrible, Martín.

Él asintió.

—Lo soy y es por tu culpa.

Él la miraba con una expresión muy tierna.

—No puedo apartar mi mirada de ti —afirmó—, y otra cosa.

Sebastián rodeó a Lya con sus brazos por detrás de ella y le besó el cuello con mucha fogosidad.

—Capitán, no empieces.

—Minutos atrás me pediste que no acabara.

Lya soltó un gruñido y le golpeó los brazos riendo.

—Eres insaciable, capitán —replicó, cada vez más agitada.

Sebastián le mordió el lóbulo de la oreja con sensualidad mientras Joachim, el único que prestaba atención en su mujer, metía las manos en la masa.

—Por favor, Sebastián, necesito tu ayuda.

El alemán echó una mirada a la olla.

—Está bien, mi amor.

Lya movió la espátula y le salpicó la cara con unas gotas de la pasta sin querer o, quizá, a propósito.

—¡Eh! —exclamó él—. ¡Cuidado!

Lya metió la mano en la olla, cogió un puñado de la masa y se la arrojó a la cara.

—¡Eh! ¡Respetar al macho alfa de la casa!

Lya se echó a reír con toda el alma.

—Sabe bien —dijo él antes de lanzarla a la cara de su mujer—, oops, fue sin querer o, quizás, no.

Magda cogió su olla y vació el contenido sobre la cabeza de su marido y se echó a reír. Martín soltó un grito de furia mientras sus hermanos se partían de la risa. Furioso, se quitó la masa y la lanzó a la cara de Joachim, que a su vez, lanzó a la cara de Sebastián.

—¡Guerra! —chilló Lya y todos empezaron a lanzarse la masa.

María entró en la cocina con su marido y miraron estupefactos lo que hacían sus hijos y nueras.

—Pero ¿qué hacéis?!

La masa terminó en su cara y todos se quedaron quietos. La mujer se quitó un zapato y les persiguió a los seis por toda la cocina.

—¡Mutti! —dijeron todos y cada uno al recibir un golpe—, ¡duele!

Cafetería Flores

Sebastián pintaba concentrado la enorme taza de café con un corazón sobre ella en forma de humo. Era el cartel de la futura cafetería de su mujer y sus cuñadas. Joachim y Martín ordenaban las mesas y sillas que habían hecho con sus propias manos mientras sus esposas limpiaban las vajillas que compraron de la cafetería que cerró meses atrás en el pueblo.

—Son vajillas alemanas —comentó María—, echo de menos mis vajillas. Emma levantó ambas cejas.

—Pues ahora tienes unas de allí —le dijo Lya—, yo también echo de menos a nuestro país, Mutti.

Las mujeres del pueblo iban al lugar constantemente para admirar a los alemanes, que en general, andaban sin camisa, exhibiendo sus torsos musculosos y bronceados. Sus mujeres, en lugar de enfadarse con ellas, exigían a sus esposos que anduvieran de aquel modo, para atraer buena clientela en el local.

—Me siento un prostituto cada vez que Magda me pide que no me ponga la camisa —comentó Martín tras sentarse en el banco de la plaza, donde sus hijos y sus sobrinos jugueteaban alegremente—, la cafetería será todo un éxito.

Magda acababa de salir del local con su enorme tripa de seis meses.

—¡Te amo!

Martín le lanzó un beso.

—Y yo a ti.

En la plaza, había más mujeres que niños.

—¿Quién es la princesa de papá? —le dijo Sebastián a su hija Agnes—, Dios, ¡eres idéntica a mamá!

La niña de tres años le dio un beso en la punta de su nariz.

—Yo —contestó con una sonrisa.

Joachim daba de comer a Olga, su séptima hija.

—Encanto de papá —le decía a la niña de un año—, amor de mi vida —acotó con voz infantil—, ay —dijo cuando ella le golpeó la cabeza con su juguete—, Emmita tres —se mofó y se rio.

—No puedo creer que pronto vendrán más Ackermann —dijo Martín,

pensativo—, yo y Sebastián vamos por el tercero, pero Joachim, ¡por Dios!

Joachim le salpicó con un poco de leche materna que salió del biberón. Martín lamió la leche y dijo que no estaba nada mal. Su hermano mayor lo miró estupefacto. Su hermano menor le dijo que la leche materna era deliciosa con un poco de cacao. El comandante prefirió averiguar cómo lo sabía.

—Tendremos todos los hijos que Dios nos regale —dijo tras recomponerse.

—Doce —soltó Sebastián y Joachim también lo salpicó con leche materna —, ¡ey! —Olga le golpeó con el sonajero—, cielo, cuidado —otro golpe—, mmm...

Unas jóvenes de veinte años como mucho se acercaron para saludarlos con coquetería. Martín las miró con el ceño fruncido, preguntándose si las diez criaturitas que saltaban y gritaban alrededor de ellos no las asustaban. Eran conscientes de que estaban casados y que tenían muchos hijos, pero, al parecer, aquello no las molestaba en lo más mínimo. Los últimos años, más de una intentó seducirlos, en vano, claro estaba. Eran fieles por naturaleza y, además, temían por sus vidas, ya que sus esposas serían capaces de arrancarles sus partes íntimas si les fueran infieles.

—Algún día nuestras hijas crecerán y se convertirán en hermosas mujeres como sus madres —dijo Sebastián, meditabundo—, y luego encontrarán unos tipos desgraciados como nosotros que matarán para estar con ellas...

Joachim se puso muy tenso.

—Las perseguirán como alguna vez perseguimos a sus madres —apostilló el comandante—, Dios mío...

Martín abrió mucho los ojos.

—Y mi hija es la copia fiel de Magda...

Los tres se levantaron de golpe del banco y gritaron a coro:

—¡Sobre nuestros cadáveres!

Sus mujeres cruzaron la calle peatonal con algunas pastas entre manos. Los niños corrieron hacia ellas y empezaron a gritar con euforia. Lya, que estaba de casi siete meses, esbozó una sonrisa y su marido no pudo contener las ganas de darle un beso. Se levantó y se aproximó a ella. Sin decirle una sola palabra, capturó sus labios con mucha pasión.

—Estás tan hermosa, cielo.

Lya soltó un gemido de dolor cuando su bebé dio una patadita.

—Amor de papá —dijo Sebastián y el bebé volvió a patear—, creo que tendremos a Lya 3.

Lya le jaló de la oreja.

—Ay.

Lya miró hacia el cielo con expresión inocente. Sebastián rio de buena gana mientras Emma, que estaba de casi cuatro meses de embarazo, se acercaba a su marido y a su hija pequeña. Le limpió la baba a su marido y luego a su hija entre risitas divertidas.

—Comandante, deja de babear.

Él le dio un beso en los labios.

—Es tu culpa, cielo. ¡Eres tan hermosa!

Ella lo miró con expresión divertida.

—Y así terminé embarazada una vez más, Achim.

Magda y Martín se dieron un beso mientras Emma le daba un apasionado beso de amor a su marido. Las jóvenes veinteañeras desaparecieron del lugar soltando humo por las orejas. Magda, Lya y Emma entrechocaron los cinco antes de cruzar la calle. Sus maridos se quedaron mirándolas por unos segundos con cara de asombro.

—¡Tenéis dueñas! —chillaron ellas y se echaron a reír.

Los tres se miraron y luego las miraron otra vez.

—Lo tenemos —dijeron entre suspiros—, y qué dueñas...

Por la noche, los hermanos decidieron ir al arroyo a bañarse y beber un poco tras un día ajetreado. Tener hijos pequeños era mil veces más exhaustivo que los duros entrenamientos del pasado en el ejército. Se desnudaron y se lanzaron a las tibias aguas del arroyo. Nadaron bajo la luna plateada mientras sus mujeres preparaban la cena.

—Pensar que en Alemania oscurece a las diez de la noche —recordó Joachim con nostalgia—, ¿cómo estará Blankenstein? ¿Quién vivirá en nuestras antiguas casas? —Sonrió con ternura—. Nunca lo sabremos.

Sebastián se sentó sobre un tronco caído.

—Echo de menos nuestro pueblo.

Martín salió del arroyo y cogió una manzana que había traído de la casa. Luego miró hacia el tronco donde habían dejado sus ropas. Qué raro, susurró, suspicaz. Sus ojos se encontraron de pronto con sus atuendos, que flotaban en el agua a unos metros de ellos.

—Scheiße! ¡Nuestras ropas!

Lanzó la manzana a un lado y luego se tiró de cabeza al agua para tratar de coger sus ropas, pero ya era tarde para ello, la corriente las había arrastrado con fuerza y no pudieron evitar perderlas.

—No me fastidies —dijo Joachim—, es el karma de los Ackermann...

Sebastián y Martín miraron el arroyo con ojos ensombrecidos. ¿Cómo pudo pasarles? Se rascaron las cabezas sin abandonar sus dejes de desconcierto.

—No será el alma de la mujer que asesinaron aquí, ¿verdad? —dijo Martín—, los vecinos dijeron que vieron a una mujer desnuda en el arroyo y que no tenía ojos ni piernas.

Sebastián lo miró con el ceño fruncido.

—¿La joven violentada y asesinado al inicio del siglo?

—Sí, Teodora.

El aullido de un lobo los hizo soltar un gemido bastante sospechoso. Martín y Sebastián se abrazaron en un acto reflejo y Joachim no pudo evitar reírse.

—¿En serio creéis en esas bobadas?

Un tallo cayó a su lado de la nada y le hizo soltar un gritito bastante discutible. Eso sin mencionar su saltito. Martín y Sebastián se echaron a reír, hasta que, escucharon un llanto bastante raro que procedía del arroyo. Sin miramientos, salieron corriendo rumbo a la casa como alma que lleva el diablo.

—No tenemos miedo —aclaró Martín—, solo somos prevenidos...

—Sí —dijeron sus hermanos.

Aceleraron aún más sus pasos.

—¡Un coche! —gritó Joachim y los tres se ocultaron en un matorral repleto de ortigas—, ¡maldita sea nuestra suerte!

Martín salió del matorral echando tacos.

—¡Me arde el culo!

El llanto misterioso los hizo gritar una vez más antes de que emprendieran carrera hacia sus casas, donde sus esposas festejaban el cumpleaños de una amiga, detalle que habían olvidado por completo.

—Oh oh...

Los hermanos frenaron de golpe sus pasos cuando las vieron en el jardín frontal de la casa. Cubrieron sus partes íntimas a toda prisa con sus manos mientras todas posaban sus ojos en sus esculturales cuerpos bronceados. Lya les tomó una foto sin que nadie se diera cuenta. Las invitadas estaban la mar de concentradas en ellos, en aquellos bellos hombres de casi dos metros de altura que tenía a casi todas las mujeres del pueblo embrujadas.

—Pero ¿qué hacéis desnudos? —preguntó María—, ¡no estamos en

Blankenstein!

Sin poder moverse un solo centímetro de sus sitios y con las mejillas arrojadas, los tres apenas pudieron tragar sus salivas ante la fuerte impresión.

—Son muchas —susurró Martín—, me siento tan vulnerable ante sus miradas voraces.

Sus hermanos le codearon.

—Ay...

María, cogió el tallo del primer árbol que vio y empezó a azotarles sus traseros como en el pasado. Los alemanes entraron en la casa protestando.

—¡Mutti! ¡Duele!

Sus esposas miraron estupefactas la escena.

—¿Tomaste fotos, Lya? —preguntó Magda.

Lya la miró con expresión ladina.

—Justo cuando abrieron sus bocas y sus ojos con exageración.

Se miraron y luego miraron hacia la casa antes de echarse a reír a carcajadas.

—¡Los Ackermann nunca aprenderán la lección!

Esclava de tu alma

Muchos años después...

Sebastián, Joachim y Martín estaban sentados en la sala de estar mientras sus esposas despotricaban. Los hermanos habían montado una gran estrategia contra los pretendientes de sus hijas adolescentes. Era una gran misión.

Obstinados, no descansaron hasta lograr sus objetivos: alejar a los chicos de sus inocentes hijas.

—Erich Hoffmann cayó de su bicicleta mientras venía aquí para ver a Lyli —dijo Emma, iracunda—, y ahora tiene un brazo enyesado.

Joachim la miró con atención y cierto estupor.

—¿En serio, cielo?

Su mujer lo miró con el ceño ligeramente fruncido.

—Él te vio en el matorral con tus hermanos.

Sebastián abrió su boca como para protestar, pero la volvió a cerrar cuando Lya se adelantó a él.

—Matthias Leonhardt apenas saluda a Agnes en el colegio, ¿qué le dijiste para que cambiara tanto con nuestra hija, capitán?

Cuando Lya lo llamaba de aquel modo, significaba que estaba muy enfadada. Quiso decirle que colgó al chico bocabajo de un árbol mientras sus hermanos lo amenazaban con encender una hoguera bajo él, pero la expresión de su mujer lo hizo cambiar de opinión rápidamente.

—¿Dijo algo ese chico? —quiso saber Sebastián—, que me lo diga a la cara.

Lya resopló hastiada al tiempo que Magda jalaba la oreja de su marido y lo hacía gemir de dolor.

—¿Qué le dijiste a Marcos?

Martín terminó arrodillándose delante de ella, gimiendo como un crío. No dijo nada, hasta que ella le jaló con tal fuerza que pensó haber visto estrellitas tras los párpados.

—Que le iba a cortar las pelotas con una cuchilla de afeitar con la ayuda de mis hermanos.

Joachim y Sebastián le dieron una patada cada uno.

—¡Ay!

En el pueblo, todos los chicos huían de las primas Ackermann, las mujeres más hermosas, pero también las más peligrosas. Sus padres eran exsoldados alemanes y todos les temían.

—¡Dormirán aquí! —chillaron las tres antes de salir de la casa de María.

Los tres se miraron y luego sonrieron de oreja a oreja hasta que María apareció en la sala con un cinturón de cuero entre manos. Se levantaron y entrechocaron entre sí antes de empezar a correr por el recinto. La madre de los soldados fue implacable.

—¡Mutti! ¡Duele!

Al día siguiente, Agnes recibió la visita de su pretendiente, Matthias, el hijo de un granjero alemán que conoció en la escuela. Su padre, amablemente, les ofrecía algo de comer cada cinco minutos.

—Sebastián, no puedes sentarte entre ellos —le dijo Lya antes de acostarse en la cama—, eres terrible, amor mío.

Él evocó las cosas que hacían a esa edad y se estremeció.

—No quiero ser abuelo tan joven, cielo.

Lya se puso crema en la cara y luego en las piernas. Sebastián se mordió el labio inferior antes de ponerse en pie. La rodeó por atrás y empezó a besarle el cuello con mucha fogosidad. Lya soltó un gemido cuando su marido empezó a acariciarle los pechos por encima de su camión. Luego se miraron a través del espejo con intensidad.

—Serás una abuela tan joven y hermosa, cielo.

Lya abrió sus ojos de par en par al comprender lo que su marido trataba de evitar a toda costa. Sus hermanos hicieron lo mismo con sus esposas y tras aquella noche, cada vez que venían los pretendientes de sus hijas, ellas se sentaban entre ellos y les hablaban mientras tejían algo.

—¿Por qué no lo pensamos antes? —dijo Martín, orgulloso—, la edad es la gran debilidad de las mujeres.

Entrechocaron sus botellas con una amplia sonrisa en los labios.

—Prost!



California, Estados Unidos

Dirk Ackermann viajó a Estados Unidos de vacaciones con sus primos. Los jóvenes habían trabajado duro el año anterior en la granja de sus padres, hoy grandes exportadores de frutas y carne. El hijo mayor de Lya y Sebastián se había convertido en un atractivo joven, que siempre acaparaba las miradas femeninas. Sus primos no podían quejarse, los tres siempre llamaban mucho la atención de las mujeres. Eran rubios, altos, atléticos, apuestos y adinerados. Tenían todas las cualidades que una mujer apreciaba en un hombre.

—Mañana debemos reunirnos con el señor Stein —dijo Dirk tras beber un sorbo de su bebida—, es un señor que odia a los alemanes.

Peter y Paul se miraron.

—Es judío —repuso Peter—, toda su familia murió en el Holocausto.

Dirk asintió.

—La reunión será con la nieta, una tal Diana Stein, una chica implacable y muy antipática, según Tom, nuestro representante aquí.

Peter bebió un sorbo de su café.

—¿Más que mi Valeria? —soltó su primo con sorna—, no creo que sea peor que mi chilenita.

Paul soltó una risa por lo bajo.

—Aún no puedo creer que tú y ella estén juntos, Peter.

Su hermano meneó la cabeza en un gesto negativo.

—Su hermano me persiguió con una escopeta el día que nos pilló juntos en el arroyo —comentó Peter—, corrí desnudo casi cinco kilómetros —se echaron a reír—, tío Martín dijo que aquello era cosa de un verdadero Ackermann.

Paul puso los ojos en blanco.

—¿Recordáis el día que nos asaltaron?

Los tres se echaron a reír a carcajadas.

—¡Cómo olvidarlo! —exclamaron, riendo—, ¡todo el pueblo vio nuestros culos!

—Y nuestra popularidad con las chicas creció enormemente —puntualizó Peter, muerto de la risa.

—Pero los azotes de cinto que recibimos por parte de nuestra Oma —recordó Dirk—, ¡fue un alto precio!

Rieron aún más.

—No olvidéis comprar un cinto de cuero para ella —dijo Dirk, risueño—, el suyo está muy ajado.

Dirk se limpió los labios con una servilleta. Paul comentó sobre el novio de Lyli, su hermana. Peter resopló hastiado y Dirk también.

—Nuestras hermanas y primas son demasiado hermosas y todos los hombres del pueblo andan detrás de ellas —dijo Dirk, enfurruñado—. Agnes tiene dos pretendientes, uno es hijo de un alemán y otro de un francés. Mi hermana no sabe con quién quedarse y Magie le dijo: quédate con los dos. ¡Con los dos!

Paul y Peter negaron con la cabeza.

—Nuestra prima es más liberal —acotó Paul—, más fresca.

Una camarera les sirvió y les echó el ojo de paso. Las mujeres de la mesa contigua también y las del otro lado tampoco les fueron indiferentes.

—¿Para cuándo la boda, Peter?

Peter se puso muy serio.

—Antes de que se note nuestro desliz.

Paul y Dirk lo miraron con atención. Peter se ruborizó como una grana.

—Estamos embarazados.

En lugar de reprenderlo, Dirk y Paul le dieron le felicitaron alegremente.

—¡Brindemos por esta maravillosa noticia!

—Prost!

—Que Dios te dé tantos hijos como hermanos —se mofó Dirk y volvieron a reírse—. ¡Sois diez hermanos!

Paul y Peter asintieron.

—Mamá y papá no tenían mejor pasatiempo —dijo Paul y se echaron a reír una vez más.

Al día siguiente, Dirk se presentó en el despacho del señor Stein, donde una hermosa joven lo recibió. La impresión fue tanta que, el muchacho casi chocó contra la puerta. Diana lo miró con ojos divertidos al percibir su nerviosismo.

—Buen día, señorita Stein.

Los ojos azules de la joven recorrieron al apuesto hombre de pies a cabeza. Era el hombre más atractivo que había visto nunca en su vida.

«El cielo ha dejado abierta su puerta y los ángeles andan por estos lados» pensó ella con jovialidad.

—Adelante, señor Ackermann.

«¿Ackermann?» musitó ella algo cavilosa.

Dirk se sentó en la silla con su maletín. Se arregló el traje negro con cierta intranquilidad. Diana lo miró fijo por unos segundos. Su pelo era tan dorado como el oro, su piel era de un tono canela exquisito y sus dientes eran tan blancos como la nieve impoluta de las montañas en pleno invierno. Tenía unos ojos azules casi transparentes y una mirada penetrante e insondable. Nariz respingona, labios carnosos y mandíbula cuadrada. Era muy alto, quizá medía dos metros, calculó ella. Era muy fuerte, tenía una espalda muy ancha y unos brazos bien torneados.

«Espero que sea inteligente» pensó ella con cierta sorna.

—Lo escucho, señor Ackermann.

Dirk le habló de la propuesta de su padre mientras escrudiñaba a la joven con cierto sigilo. Alta, de ojos azules, pelo castaño, piel blanca, cuerpo perfecto y mirada cautivante. Parecía estudiarlo como él lo hacía con ella.

—¿Puedo? —le dijo ella mirando la carpeta.

Dirk le alargó la misma y sus manos se rozaron suavemente, pero lo suficiente como para despertar algo que no conseguían distinguir muy bien. Se miraron con intensidad por varios segundos hasta que ella fijó sus ojos en la carpeta.

«No puede ser» musitó al leer el nombre del muchacho. Lo miró con sorpresa y cierto resquemor. ¿Era obra del destino? Diana le preguntó si su padre fue un soldado nazi de un momento a otro. Él dudó unos instantes, tiempo suficiente para que ella supiera por qué.

—Toda mi familia murió en la guerra —dijo ella sin mirarlo—. Crecí con mi abuelo, un hombre frío y ambicioso que se hizo rico aquí en muy poco tiempo.

Dirk la miró, compungido.

—Pero una familia me salvó de la muerte y me dio todo el amor que mi abuelo nunca pudo darme en todos estos años.

La miró con fijeza.

—Ah —soltó él, cada vez más confundido.

—Tu familia, Dirk.

Los ojos de Diana se llenaron de lágrimas. Dirk se enderezó en su asiento mientras los recuerdos se arremolinaban en su mente y lo transportaban al pasado, al dulce pasado vivido al lado de ella y sus primos. La miró fijo por más tiempo del que calculó. Alzó ambas cejas al deducir quién podría ser ella en realidad.

—¿Dika?

Las lágrimas acudieron a los ojos del alemán.

—Soy yo, Dika.

Tras recomponerse de la fuerte emoción, se levantaron y se estrecharon con afecto. Diana enterró su rostro en su fuerte pecho mientras él apretujaba su cabeza con una mano contra su cuerpo.

—Dios, ¡estás guapísimo! —le dijo ella y él se echó a reír.

Se apartó de él y lo miró con ternura.

—Tú eres preciosa.

Ella sonrió.

—Ok, ya no insistas tanto, saldré contigo.

Se echaron a reír una vez más.

Paul y Peter no podían creer en las casualidades de la vida. Estrecharon a Diana, a Dika, con mucho afecto. Bromearon y rieron gran parte del tiempo, evocando las tantas travesuras que cometieron en el pasado. Dirk no podía dejar de mirarla, era tan guapa que lo tenía hechizado. Paul y Peter sonrieron con malicia, en especial cuando Dika le dijo que aceptaba ser su esposa, siempre y cuando la llevara lejos de allí.

—No me tientes —le dijo él, nervioso.

Dika era muy resuelta, divertida y determinada. A Dirk le recordaba mucho a su madre, a Lya.

—No me mires tanto o terminarás enamorado de mí, Dirk.

Él sonrió, porque, aunque sonara irreal, muy probablemente estaba enamorado de ella. Quizá desde niño. Una semana después, Dirk le regaló un hermoso ramo de rosas y ella, a cambio, le dio un apasionado beso.

—Moría por probar tus labios.

Él no replicó, se limitó a besarla.

—¿Vendrías conmigo a Chile?

Ella se sorprendió y mal pudo esconderlo. ¿Chile? ¿Hablabas en serio? No dijo nada. Ni que sí, ni que no. Aquella noche, sus almas se conectaron más allá de sus cuerpos.

—Vivamos el ahora, Dirk.

Y así lo hicieron. Durante aquellas tres semanas vivieron intensamente el gran momento regalado por el hado a los dos. No pensaban en el futuro, ni en el pasado, solo en el presente. En el maravilloso presente. Pero, bajo la penumbra de sus emociones más secretas, el amor se hacía un hueco en sus pechos. Ella se negaba a aceptarlo. Él lo aceptaba de cuerpo y alma.

—No vendrá —dijo Dirk, semanas después—, Dika decidió quedarse.

Paul y Peter no dijeron nada. Absolutamente nada. Se dirigieron hacia la puerta de embarque, era hora de volver a Chile. Dika no dio señales de vida y Dirk pensó morir de tristeza hasta que...

—¡Dirk! —gritó Dika—, no pensaste que te dejaría ir solo, ¿no?

Dirk la cogió en brazos y la giró en el aire.

—No pienso perderte dos veces en esta vida, mi amor.

—Tampoco yo, mi vida.

En Chile, la familia Ackermann preparaba una gran fiesta para recibir a Dirk y a sus primos. Lya estaba ansiosa y mal podía ocultarlo. Salía cada dos por tres a mirar la calle con sus hijas Agnes y Bettina. Sebastián la abrazaba y le decía que pronto Dirk estaría en casa. ¡Llevaban más de dos meses fuera! Emma, a su vez, preparaba una tarta de chocolate muy popular en el pueblo hacía un par de años. Joachim y Martín discutían mientras colocaban los adornos navideños en el tejado.

—¡No tiene sentido poner esta manta blanca para simular la nieve! —protestó Martín.

Joachim tiró la manta de lana blanca al suelo.

—¡Eres un cabrón!

Todos resoplaron hastiados. ¡Aquellos dos siempre discutían por todo! Bettina y sus primas montaban el árbol de navidad entre risas y bromas. Maggie les contaba sus aventuras con Jonás, el hijo de un alemán amargado.

—¿Y Volker es soltero? —quiso saber Charlotte, su hermana.

Olga se sonrojó como una grana al oír el nombre del muchacho.

—Así le presentamos a Olga.

Olga derrumbó el árbol y gran parte de los adornos al suelo. Todos la miraron con asombro.

—Oops, creo que heredé la torpeza de mamá.

Todos se echaron a reír.

—¡Eres la copia fiel de mamá! —le dijo Jojo y Albert meneó su cabeza sin abandonar su sonrisa.

Los más pequeños se dedicaban a ayudar al abuelo con los panes. María salió con su cinto y les dio unos azotes a Martín y a Joachim, para variar.

—¡Mutti! —dijeron ambos.

—¡Duele! —chillaron todos a coro.

Se echaron a reír menos Martín y Joachim que, empezaron a perseguirse por la sala.

—¡Son ellos! —gritó Lya, eufórica—, ¡mi bebé ha vuelto a casa!

—¡Mis bebés! —gritó Emma—, ay —soltó tras chocar contra la puerta de cristal de la cocina—, no sería yo si esto no me pasara —se quejó.

Joachim le masajeó la frente con la mano.

—¿Estás bien, cielo?

Emma le dio un beso en los labios.

—Sí, mi amor.

Todos salieron de la morada para recibirlos. Dirk y sus primos bajaron del coche con una amplia sonrisa en los labios. Tras ellos, una hermosa joven bajó.

—¡Bienvenidos! —dijeron todos.

Emma miró a la joven con atención y tras unos segundos, soltó un grito. Todos posaron sus ojos en ella, que lloraba a lágrima viva con las manos en la boca.

«No puede ser» se dijo, llorando. La joven retiró una manta de su bolso, una manta que Emma reconoció al instante.

—¿Dika?

La joven se rompió a llorar. Todos llevaron sus manos a sus cabezas en un gesto de asombro.

—Sí, Mutti.

Emma le abrió los brazos de par en par. Dika corrió hacia ella y la abrazó con todas sus fuerzas.

—Mi niña —le dijo Emma, emocionada hasta los tuétanos—. Mi Dika...

Todos la miraron estupefactos. ¿Era la niña judía que salvaron en el pasado? Lya fijó sus ojos en las manos entrelazadas de su hijo y ella. ¿Estaban juntos? Sebastián le dio un beso en la sien y la apretujó contra su cuerpo con afecto.

—¡Te mataré! —gritó de pronto Mario, hermano de Valeria—, ¡le has dejado preñada a mi hermana, alemán!

Peter empezó a correr por todo el jardín.

—¡Espera, Mario!

Valeria apareció en la casa con un cinto.

—¡Deja de gritarle a mi futuro marido! —miró a Peter con atención—, no me abandonarás, ¿verdad, Peter Ackermann?

Peter se acercó a ella jadeante y le dio un fogoso beso.

—Ni muerto, mi amor.

Emma se acercó a su Peter y le jaló de la oreja. Le preguntó qué estaba

pasando.

—Mutti, duele —le dijo él—, Valeria y yo nos vamos a casar —todos soltaron un jadeo de sorpresa—, estamos embarazados.

Joachim abrió mucho los ojos y la boca mientras sus hijos más pequeños gritaban alrededor de él. Estaban discutiendo, como buenos Ackermann que eran. El alemán tosió nervioso. ¿Sería abuelo? Martín se rio de buena gana al ver su expresión.

—Papi, tú también serás abuelo —dijo Magie.

Martín tuvo un ataque de tos.

—¡No siento el brazo derecho! creo que estoy sufriendo un infarto...

Su hermano le propinó una colleja en la cabeza.

—Es el otro brazo, idiota —le reprendió.

Su esposa puso los ojos en blanco ante su exagerada reacción.

—¡Es broma! —le dijo su hija—, solo quería asustarte, papi.

Todos se echaron a reír a carcajadas menos Martín, que continuaba conmocionado.

—Nosotros —anunció Dirk de repente y se robó la atención de todos—, no estamos seguros, pero creo que también estamos embarazados.

Sebastián soltó un gemido y sus hermanos se echaron a reír antes de estrecharlo y darle la enhorabuena.

—¡Los Ackermann somos unos conejitos! —dijo Martín—, Joachim es la cabeza —su hermano le dio un golpecito—, ay...

Lya se acercó a su hijo y le dio un beso.

—¿Seré abuela?

—Sí, Mutti.

Lya miró con dulzura a Dika antes de acunar su rostro entre sus manos.

—Bienvenida a la familia, cielo.

Dika la estrechó con mucho afecto.

—Gracias, suegra.

Aquel verano, Dirk y Dika se casaron en la pequeña capilla del pueblo junto con Peter y Valeria. La fiesta fue realizada en la granja. Sebastián cogió un tulipán morado del jardín y se lo regaló a su esposa, que emocionada hasta las lágrimas, cogió la flor. Se miraron con amor infinito mientras los pájaros trinaban a todo pulmón en los árboles. Emma y Joachim se dieron un largo y dulce beso de amor mientras Martín y Magda retornaban del cuarto tras apagar el fuego eterno de sus cuerpos. Ciertas cosas nunca cambiarían.

—¡Viva el amor! —gritó María.

Los novios se besaron.
—¡Viva!

Una trampa mortal

Verano de 1970

Sebastián y sus hermanos estaban al borde de la locura aquel verano. Sus hijos: Dirk, Peter y Paul fueron secuestrados por un grupo criminal conocidos como Cobras Negras en Brasil durante un viaje de negocios. Los mismos pedían más de un millón de dólares por sus vidas. Joachim hizo algunas averiguaciones y descubrió que no era el primer secuestro que realizaron aquel mismo año. Ninguno de sus víctimas sobrevivió.

—Están en las selvas amazónicas —dijo Sebastián, abatido—, en el corazón de Amazonia.

Sus esposas lloraban todos los días, rogando que aquellos criminales pagaran caro por lo que hacían.

—Los traeré de vuelta —prometió Sebastián—, ten fe, mi amor.

Los hermanos Ackermann se alegraron de haber seguido con el entrenamiento físico y las prácticas de tiro durante todos aquellos años.

—Nunca pensé que usaríamos estas armas —dijo Joachim, apenado—, no sé de qué sería capaz si uno de mis hijos... —Sebastián lo interrumpió con un ademán—, Emma está muy mal, nuestra hija tiene que sedarle todo el tiempo.

Los norteamericanos fabricaban las mejores armas del mundo y ellos habían conseguido algunas en el mercado negro para entrenar a sus hijos.

—Nuestros hijos están muy bien entrenados —dijo Joachim—, pero solo son tres y los otros más de treinta.

—Muchos dicen que son alemanes —comentó Sebastián—, exnazis de las SS.

Martín se puso los protectores en los oídos, colocó los silenciadores en las ametralladoras M-4 y se puso a disparar. Los tres jamás perdieron un ápice de su buena puntería.

—Mañana llegará alguien que nos ayudará mucho con esta misión —anunció Sebastián—, junto con unos hombres de su confianza.

Joachim cogió el rifle para francotirador.

—El tiempo se agota, Sebastián.

Al día siguiente, aparecieron en Temuco Paul Bachmann con su mejor amigo, Thomas, sus hijos y sobrinos. Sebastián lo estrechó con afecto tras muchos años.

—¡Capitán sin alma! —chilló y se ganó un golpe en la espalda—, ¡bienvenido, Paul!

Paul se apartó y miró hacia atrás.

—Estos son mis hijos: Alexander, Christian, Marcus y estos mis sobrinos: Tomy y Samuel —dijo Paul, henchido de orgullo—, este mi viejo amigo Thomas.

—Guten Tag —dijeron todos.

Sebastián y sus hermanos escrutaron a los jóvenes con cierta susceptibilidad. ¿Estaban preparados como para enfrentarse a un grupo como las cobras negras? Eran altos, fuertes y con la típica mirada de un soldado alemán. Como si les hubiera leído la mente, Paul les dijo que sus hijos y sobrinos tuvieron entrenamiento militar desde niños.

—Yo me encargué de moldearlos —soltó Thomas, sonriente—, fui sargento en mi unidad en las SS.

Aquello les robó un suspiro de alivio.

—Hemos venido para ayudaros a rescatar a vuestros hijos lo antes posible —dijo Thomas—. Yo conozco muy bien la zona tras mi último rescate.

Thomas vivía en Brasil con su hijo y su mujer, la prima de Paul, que según entendieron, abandonó al marido sin rechistar cuando él retornó a su vida.

—Alguien más vino para ayudarnos —anunció Paul.

Un hombre alto, moreno, pelo algo canoso, fuerte y de ojos azules apareció detrás de ellos. Miró a los hermanos con una seriedad escalofriante.

—Buenas tardes, soy el capitán Petrov.

¿Capitán Petrov? ¿Aquel hombre era ruso? Sebastián lo miró con atención. El ruso tenía varias cicatrices repartidas por su antebrazo y su cuello. Una línea rosada clara recorría la parte derecha de su mandíbula. El alemán supuso que aquella cicatriz fue resultado de algún corte profundo y doloroso.

—Conozco al grupo en cuestión —soltó él con firmeza—. Debemos actuar lo antes posible.

Sin perder un segundo más, partieron en dos helicópteros de transporte que pertenecían a Paul, y se dirigieron a la fortaleza del grupo criminal.

—Muchos dicen que son exmilitares —comentó Joachim—, de las fuerzas especiales.

—Así es —confirmó Thomas.

Llevaban consigo armas para un centenar de hombres. Paul les dijo que la misión era de vida o muerte. Sin reglas. Sin piedad. O eran ellos o los otros. Sebastián no quería mancharse las manos una vez más, pero por su hijo y sus sobrinos era capaz de resucitar al capitán nazi que enterró hacía tiempo.

—Es la única manera de salvarlos —dijo Alexander—, no tenemos otra salida.

Thomas quiso saber qué hacían su hijo y sobrinos por Amazonia. Sebastián les explicó sobre la gran pasión que los tres tenían por las aventuras salvajes. El senderismo y los deportes extremos.

—Debemos ser muy discretos —les dijo Paul—, ser como las cobras.

Paul ordenó que el helicóptero sobrevolase la capa de nubes para no ser detectado y no correr peligros innecesarios al atravesar el valle.

—Este grupo ha realizado varios secuestros los últimos años —comentó Petrov mientras revisaba un mapa—, el año pasado mataron a más de veinte víctimas.

Los hermanos Ackermann se miraron, sobrecojidos.

—Solo quiero que sepáis a quiénes nos enfrentaremos.

Bajaron del helicóptero con sigilo.

—Debemos dejar rastros —dijo Thomas—, para no perdernos a la vuelta.

El rastro que dejaban era perceptible únicamente para ellos, para que luego pudieran volver sobre sus pasos sin problemas.

—La única ventaja que tenemos es que ellos no saben que estamos aquí —dijo Thomas tras arreglarse la venda negra que cubría un ojo—, y debemos actuar lo más rápido posible.

Iban vestidos con ropa de camuflaje, cascos de acero y las botas de combate. Por encima de la guerrera llevaban un chaleco de combate lleno hasta los topes con cartuchos de balas. El cinturón portamunición que les colgaban de las cinturas iba cargado con granadas que podían detonar un pueblo pequeño.

—¿Sois un grupo especializado? —preguntó Sebastián en un susurro—, ¿trabajáis para alguien?

Las mochilas estaban llenas de comida, tabaco y kits de primeros auxilios. Pesaban bastante, pero para hombres acostumbrados al duro trabajo como ellos aquello no era nada.

—Ya te contaré tras esta misión, Sebastián—le dijo Paul.

Joachim observó el lugar con meticulosidad.

—En fila india —dijo tras analizar—, y con los cinco sentidos atentos. Nuestro enemigo podría estar en cualquier sitio —miró hacia arriba—, incluso sobre nuestras cabezas.

Habían pasado muchos años desde que Joachim dirigió el batallón disciplinario compuesto por trescientos hombres para la Wehrmacht, pero aún conservaba su sagacidad como comandante.

—Ciertas cosas nunca se olvidan —dijo Martín.

Joachim miró a los hombres del capitán Bachmann.

—Sí, hermano.

Atravesaron la selva en fila india como sugirió Joachim.

—Tengáis cuidado dónde pisáis —dijo Thomas—, podría haber minas, cobras o alguna trampa.

Petrov despejaba los arbustos, sostenía el mapa y la brújula con el arma siempre en ristre.

—Estuve en el Ejército Rojo —comentó el ruso—, maté muchas cobras, comandante —Joachim lo miró con atención—, muchas eran alemanas.

Paul puso sus ojos en blanco.

—Con el tiempo os acostumbrareis a sus comentarios venenosos —se mofó el excapitán—, идиот.

«Idiota en ruso» pensó Joachim, sonriente. Petrov levantó ambas cejas en un gesto de falso disgusto. Paul rio por lo bajo.

—Tavycho —dijo Alexander y sus hermanos se rieron.

—Na'ape —le dijo Petrov tras enseñarles el dedo corazón, — aprendí algo de guaraní y capullo serás tú, chaval.

Christian se acuclilló y tocó la tierra un tanto húmeda en aquella zona. Tras incorporarse, dijo que eran rastros de pisadas y no eran de un animal. Sebastián miró a los hijos de Paul, aquellos chicos no tenían ni veinte años, pero tenían las agallas del padre, sin lugar a dudas.

—¿Vuestros hijos entrenaron? —quiso saber Paul.

—Desde que eran niños —repuso Sebastián—. Queríamos que pudieran defenderse solos.

Un soldado que estuvo en la guerra siempre pensaba como un soldado tras ella. Mientras hubiera vida, habría una razón para pelear y siempre era bueno estar preparado, dijo Joachim.

—Será más fácil para la huida —zanjó Thomas.

Todo estaba muy tranquilo y no se veía a nadie. Parecía estar abandonado. Alexander observó por los prismáticos a lo lejos. Vio una aldea pequeña de

indios.

—Son solo indígenas —dijo él.

Thomas soltó un gruñido.

—Son muy peligrosos si se sienten amenazados —le dijo el exsargento—, peor que un ruso.

Petrov soltó una risita por lo bajo.

—Chhh —ronroneó Paul—, escucho pasos y no son de animales.

Se apartaron unos pasos y se agacharon. Alexander volvió a mirar a través de los prismáticos.

—Son unas mujeres —dijo Thomas—, unas ancianas.

Era mediodía y hacía demasiado calor. Despejaron un camino a través de la hierba, por si había problemas y tenían que volver a toda prisa.

—Según el mapa —dijo Petrov—, la fortaleza está situada —hizo una pausa—, detrás de esa aldea.

Todos posaron sus ojos en él.

—¿Los indios trabajan para ellos? —preguntó Sebastián.

Thomas asintió con la cabeza.

—Probablemente sí, capitán.

A continuación, avanzaron con gran sigilo por la hierba casi hasta la aldea. Petrov quiso minar lugares estratégicos, pero Paul le dijo que había muchas personas inocentes en aquella aldea. El ruso resopló y le dijo que ellos no pensarían dos veces antes de lanzarles sus flechas.

—Suegro, tranquilícese —le dijo Alexander, sonriente.

¿Suegro? ¿El ruso era suegro del hijo de Paul? ¿Paul y Sergei eran consuegros? ¿Un ruso y un nazi? Los hermanos Ackermann intercambiaron una mirada de soslayo ante la gran ironía de la vida.

—Falta poco para llegar a la fortaleza —dijo Petrov.

Sebastián estaba en silencio. A Paul le pareció que estaba demasiado callado.

«Tranquilo, Sebastián, salvaremos a tu hijo y a tus sobrinos» pensó Paul.

Se detuvieron para beber un poco de agua y fumar. Se secaron el sudor con unos pañuelos y devoraron unos caramelos.

—Muero por un sabroso tereré —dijo Alexander—, y los macarrones de la mamma.

Christian y Marcus soltaron un gemido de placer.

—Genau —dijo Paul—, yo extraño a vuestra mamma y sus macarrones.

Todos rieron por lo bajo, menos los hermanos Ackermann.

—Pronto estaremos en casa —anunció Petrov—, le prometí a mis nietos que estaría el fin de semana con ellos —desbloqueó su ametralladora—, y así será.

—Esos cabrones se ocultan tras los indígenas —dijo con impotencia Thomas—. A ellos les importan una mierda esa pobre gente.

Paul miró la aldea a través de los prismáticos.

—Hay muchos niños y mujeres —dijo el alemán, apenado—, pero la misión que tenemos es clara —miró a sus compañeros—, matar o morir.

Thomas escupió en el suelo mientras Christian observaba la aldea a través de los prismáticos.

—Veo a un joven vestido con ropas negras y botas de combate cerca de una de las chozas —dijo Christian—, tiene una metralleta —acotó—, es uno del bando.

Paul apuntó con los prismáticos al joven como si de la mira de su rifle se tratara. Alexander y Tomy avanzaron sin pedir permiso y llegaron a la aldea que se encontraba a unos trescientos metros de ellos.

—¡Mierda! —chilló Paul.

—ебать —susurró Petrov en su idioma—, ¡tu hijo es igual que tú! ¡Un cabezota! ¿Acaso olvidó que su esposa está esperando su tercer hijo?

Hacía un calor húmedo y pegajoso, y la atmósfera era asfixiante.

—Espera —dijo Tomy—, se está yendo de la aldea a la fortaleza —una anciana le persignó—, es un indígena —murmuró—, quizá esta aldea no sea tan inocente, Alex.

Esperaron unos minutos detrás de un tronco caído con los rifles apuntando hacia el joven, que se dirigió hacia la parte trasera de las chozas. Alexander y Tomy se adentraron en el bosque a un lado y lo siguieron con sigilo. Cuando estuvo bastante alejado del lugar, fueron a por él.

—Ahora —dijo Alexander.

Los hijos de Paul y Thomas llegaron hasta el joven sin que nadie de la aldea se diera cuenta. Alexander, sin darle ocasión de levantarse ni de verlos, se abalanzó sobre él y lo derribó al suelo, le inmovilizó los brazos y le tapó la boca.

—Vaya —susurró Martín—, uau...

Sujetándolo con fuerza, Alexander se acercó al oído del joven y susurró:

—¿Dónde están los chilenos?

El hombre empezó a forcejear. Alexander tuvo que sujetarle con tanta fuerza que sin duda debió de hacerle daño.

—Este no hablará —dijo Tomy en alemán.

El joven de unos veinte años como mucho, forcejeó y pataleó con las piernas hasta que Tomy se las sujetó, mientras Alexander lo mantenía inmóvil colocándole un brazo por encima del pecho y le tapaba la boca con el otro

—Os Chilenos alemães, ¿onde estão? —demandó Tomy con poca delicadeza.

—¡Fala! —gritó Alexander—. ¡Habla de una puta vez!

Volviéndole la cabeza hacia él para que viera la expresión furiosa de su rostro, le dijo:

—Violaremos a todas las mujeres y niñas de tu aldea —el joven abrió mucho los ojos—, y luego los quemaremos a todos —Tomy se volvió hacia atrás al oír unos pasos—, somos nazis sin almas.

Aquellas palabras dejaron un rastro muy amargo en su boca y en su corazón. Paul y los demás llegaron al lugar sin levantar sospechas algunas en la aldea, donde al parecer, se encontraban únicamente las mujeres y los niños, al menos por aquellas horas del día. Sebastián apuntó su arma hacia arriba al oír unos ruidos sospechosos. Los indios eran tan hábiles como los monos, les dijo Thomas.

—Tú eliges.

Pese a la presión que Alexander ejercía en su cuello, él no dejaba de sacudir la cabeza a uno y otro lado. Tomy le ató las piernas con una cuerda.

—Joder, hijo —le dijo Paul al acercarse—. ¿Acaso no piensas en las consecuencias de tus actos?

—No podemos perder tanto tiempo, papá —dijo Alexander con firmeza—, aún no sabemos al cierto dónde coño está la fortaleza y podríamos pasar días buscándola sin éxito alguno.

No podía destaparle la boca hasta estar seguro de que no se pondría a gritar, porque si gritaba tendrían que matarlo y echar a correr, y su operación habría concluido antes de empezar.

—¿Vas a gritar? —le preguntó.

Él negó con la cabeza. Samuel extrajo su cuchillo y lo arrimó al cuello del joven.

—Este cuchillo te rajará la garganta si gritas. ¿Lo has entendido?

El joven asintió.

—No te fíes —le dijo Petrov—, estos jóvenes mueren por su grupo.

Alexander seguía sujetándole con fuerza la cabeza.

—¿Sabes dónde están los chilenos alemanes?

Él negó con la cabeza.

—¿Mi hijo y mis sobrinos están aquí cerca? —le preguntó Sebastián a la vez que retiraba una foto de su guerrera—. ¿Has visto a estos tres?

Alexander le tiró de la cabeza hacia atrás.

—Están aquí —dijo Joachim—, sus ojos se dilataron al ver la foto.

—Por favor —le dijo Sebastián—, ¿dónde está la fortaleza?

Alexander le destapó la boca algo titubeante.

—Están muertos —dijo el joven en tono bajo—, fueron decapitados ayer.

Sebastián metió la foto en su bolsillo tras soltar un profundo suspiro. Luego meneó el cuello con impaciencia de un lado al otro y tras ello, le pisó el pecho con mucha rabia.

—¡Mientes muy mal! —le dijo con los dientes apretados—, ¿dónde está la fortaleza?

Paul le enseñó una granada.

—Toda tu aldea volará en menos de cinco segundos —le amenazó—, no cabrees nunca a un alemán que estuvo en una Gulag.

Petrov lo miró con expresión divertida.

—Cada palabra que sale de tu boca es una puñetera mentira —exclamó Joachim.

De repente, Martín gritó:

—¡Dirk!

El joven intentó gritar, pero Petrov fue más rápido y lo silenció con su arma para siempre. Dirk estaba herido, tenía la camiseta ensangrentada y el rostro bastante magullado.

—¡Hijo!

Sebastián lo estrechó y su hijo soltó un gemido de dolor ante la fuerza que ejercía su padre en aquel gesto cariñoso y desesperado.

—¡Pau! —gritó Joachim—, ¡hijo!

Paul estaba tan lastimado como su primo.

—Peter —dijo Paul con la voz entrecortada—, sigue en la fortaleza, padre. Huimos para pedir auxilio y solo entonces nos dimos cuenta de que estábamos en la selva y no en la ciudad como nos hicieron creer.

—Cuando pensábamos retornar, os vimos —acotó Dirk.

El brazo de Dirk sangraba mucho. Christian sacó una ampolla de nitrato de plata de la bolsa, roció el brazo de Dirk con una cantidad considerable. Tomy extrajo un kit de emergencia. Colocó la venda de primeros auxilios encima de la herida y la fijó con cinta adhesiva. Envolvió la segunda venda dando dos

vueltas alrededor del brazo.

—Para evitar que se infecte —le dijo Christian—. Hay que detener la hemorragia —repuso en voz baja—. O puede perder el brazo.

—Mi hijo está en la fortaleza y tenemos que sacarlo inmediatamente, antes de que se den cuenta de que ellos han desaparecido —dijo Joachim, exasperado—, debo salvarlo.

—¡Vámonos! —dijo Dirk—, está cerca de aquí.

Paul se echó a llorar.

—Tranquilo, hijo, salvaremos a tu hermano.

Se encaminaron hacia el lugar indicado por Dirk y su primo. Atravesaron un largo camino en medio de la selva mientras una tímida lluvia empezaba a caer.

—Allí —dijo Dirk—, allí abajo están las celdas.

Los alemanes miraron el lugar con ojos curiosos.

—Son como ratas —dijo Petrov—, o nazis, como los llamábamos en Rusia.

El capitán Bachmann lo oteó con expresión seria y luego miró hacia abajo.

—Parece un búnker, más precario, pero uno al fin.

Todos se miraron con cierto estupor.

—La cabeza de este grupo o es un fanático de los nazis o es un nazi —repuso Thomas—, es un nazi —sentenció al ver la cruz gamada en la puerta.

—Voy a abrir la trampilla y a bajar —anunció Petrov.

Se colocó las gafas de visión nocturna.

—Todo está muy oscuro y silencioso —murmuró Sebastián—. Están dormidos —sonrió—, es el momento perfecto.

Dirk y Paul le dijeron que sedujeron a dos indígenas encargadas de alimentarlos para huir del lugar. Estaban en celdas separadas. Quedaron en que huirán en la primera ocasión, pero Peter no pudo hacerlo, claro estaba.

Todos se acercaron al borde de la trampilla. Pero solo los hijos de Paul y sus sobrinos bajarían. Eran más ágiles que ellos.

—¿Listos? —preguntó Alexander—. Y daos prisa.

Petrov abrió la trampilla e intentó oír algún sonido procedente de abajo. No se oía nada.

—Volvemos con el chaval —anunció el ruso—, cuidado al saltar, chicos.

Saltaron con cuidado. No se oyeron disparos, pero sí dos silbidos del silenciador, el sonido de la hoja de un cuchillo al desgarrar la carne humana y un jadeo.

—Son alemanes —dijo Alexander—, o descendientes de alemanes.

—Hijos de nazis —dijo Petrov—, entrenados por uno de las SS —miró el símbolo de sus guerreras—. La guerra continúa para muchos.

Impaciente, Joachim se metió en la trampilla y bajó de un salto, a pesar de los ruegos de sus hermanos. Acto seguido, sujetó con las manos su arma. Alguien se abalanzó sobre él desde un lateral; apenas tuvo tiempo de levantar su arma para evitar el ataque.

—Estoy más desesperado que tú —dijo el excomandante.

Avanzaron a pasos lentos y vacilantes. En uno de los pasillos, Christian forcejeaba con un guardia que intentaba estrangularlo. Marcus le disparó en la cabeza a unos cien metros de distancia.

—Gracias, hermano.

—Me debes una.

Sonrieron con complicidad.

—Te presentaré a una chica —dijo Christian—, te lo prometo.

—De modo que había algún guardia despierto —susurró Petrov.

Reinaba un silencio absoluto, pero Alexander pensó que tal vez era un silencio falso.

—No uséis vuestras armas —les dijo—, podría hacer mucho ruido aquí, aunque tengan silenciadores.

Avanzaron por uno de los pasillos sin linternas de ninguna clase, sólo con sus gafas de visión nocturna, sus cuchillos y sus armas mientras susurraban:

«Peter, Peter».

Oyeron un gemido.

—¿Peter, eres tú?

Otro gemido.

—¿Peter?

Encontraron a un niño en una de las celdas.

—Es el hijo de un político que secuestraron hace unos días atrás —dijo Tomy al reconocerlo—, tranquilo, ven —lo cogió en brazos—, no llores.

No había más guardias. No necesitaban más que aquellos para cuidar aquella ratonera metida en el corazón de la selva amazónica. ¿Quién vendría a atacarlos? ¡Nadie en su sano juicio!

—No tienen previsto que alguien venga a causarles problemas —dijo Alexander.

Joachim encontró a Peter en una de las celdas. Su padre se arrodilló junto a él. Iba semidesnudo, con unos pantalones vaqueros manchados de sangre.

Joachim se quitó las gafas de visión nocturna y tocó el rostro magullado de su hijo.

—Hijo, soy yo —susurró, con las manos en el pecho de su hijo—. Peter...
—Lo zarandeó.

Peter abrió los ojos y miró con expresión inerte la cara de su padre.

—Peter, estoy aquí. Todo va a salir bien. Yo te ayudaré.

Peter pestañeó. Tenía los ojos vidriosos y empañados.

—¿Papá?

Estaba completamente drogado.

—Levántate, hijo.

Peter cogió el arma que su padre había dejado en el suelo y abrió fuego dos veces, disparando detrás de él. Joachim se volvió a mirar.

—Habrá más de donde ha venido ése —dijo Peter con la voz apagada—, gracias, papá.

Joachim se echó a llotar.

—Gracias por sobrevivir, hijo.

Joachim levantó a su hijo, al niño travieso que hoy era padre de familia e hijo ejemplar.

—Te quiero, hijo.

—Y yo a ti, papá.

Los hijos de Paul revisaron todo el lugar. Ya no había víctimas, solo algunos guardias muertos.

—Larguémonos de aquí —dijo Alexander.

Antes de marcharse, colocaron varias minas en el pasillo principal.

—Cuando la granada estalle —dijo Tomy—, las minas se acoplarán y este sitio desaparecerá.

Joachim besó la frente de su hijo y lo empujó hacia delante.

—Coloqué dos granadas más —anunció Tomy—, la explosión despedazará este sitio.

El capitán Bachmann estaba muy tenso, pero al menos todos se encontraban ya en la superficie. Peter besó la cabeza de su gemelo, que lloraba con pesar.

—No quise dejarte, hermano.

—Lo sé. Lo sé.

—¡Vámonos! —gritó Thomas.

Corrieron tan rápido como pudieron entre la hierba salvaje. Gritando y riendo ante una nueva misión cumplida. Sebastián sujetaba a su hijo, Martín a

Paul y Joachim a Peter.

—La Oma nos dará una buena golpiza —dijo Peter.

Los Ackermann rieron de buena gana, hasta que escucharon unos disparos.

—Directo al helicóptero —gritó Alexander—. ¡Nos han descubierto!

Todos se volvieron al mismo tiempo. Dirk, a pesar de tener un brazo herido, cogió el arma que le dio su padre. Todos apuntaron con los rifles y dispararon.

—¡Son más de veinte! —chilló Samuel—, ¿de dónde cojones salieron estas ratas? —acotó en alemán.

Tomy cogió una granada y le quitó la espoleta. La lanzó hacia los hombres. Se oyó una fuerte explosión y gritos generalizados.

—¡Jaaa!

Alguien pisó la mina que Christian dejó en el camino por si las dudas.

—¡Os dije que funcionaría! —gritó él, sonriendo de oreja a oreja.

Se oyeron más explosiones y más gritos.

—¡Las minas del búnker! —bramó Marcus—, ¡Jaaa!

Paul y Sebastián abrieron fuego, disparando a través de la profusa vegetación.

—¿Son los indígenas? —preguntó Thomas al ver una flecha—, ¡joder!

Martín vaciaba sus cartuchos, recargaba el arma y seguía corriendo.

—Esto me es tan familiar —dijo agitado.

Peter, a pesar de estar herido, abrió fuego en dirección a unos indios que trepaban los árboles dispuestos a lanzarles sus flechas mortales.

—Son buenos los chicos Ackermann —dijo Petrov, sorprendido—, jodidamente buenos.

—Te lo dije —le dijo Bachmann.

Se pusieron en línea recta y todos abrieron fuego sobre los enemigos. Al cabo de unos minutos, cesaron fuego. Los enemigos habían sido eliminados.

—¡Los helicópteros están listos! —chilló Alexander.

Samuel salió de su escondite con el niño en los hombros.

—Corred hacia el aparato inmediatamente —les ordenó Thomas.

Se metieron a los helicópteros gritando de alegría.

—¡Lo hemos conseguido! —gritaron.

Los aparatos se alejaron del lugar a toda prisa. Paul miró satisfecho el humo negro que veía a lo lejos en medio de la selva. Quizá no lograron aniquilar al grupo, pero al menos, lograron cumplir la misión. Thomas besó al niño que salvaron.

—¡Jaaa! —gritaron todos—, ¡jaaa!



Un mes después...

El capitán Bachmann y su familia viajaron a Temuco para pasar las vacaciones con sus amigos. Los hijos de Paul y los de los Ackermann se tornaron muy buenos amigos tras el gran rescate en tierras brasileras.

—¿Y el ruso? —preguntó Joachim—, el jodido ruso.

Todos se echaron a reír.

—Viajó a Estados Unidos a por un asunto personal —le dijo Paul—, ¿ya habéis pensado en nuestra propuesta?

Giovanna y Lya mecían a sus nietos respectivos mientras Emma y Magda reían a mandíbula batiente al lado de ambas. Sebastián miró a su familia con ojos soñadores antes de beber un sorbo de su cerveza. Joachim y Martín hicieron lo mismo.

—Soldados como nosotros no nacimos para la vida tranquila —dijo Paul—, necesitamos adrenalina constantemente.

Los hermanos Ackermann lo miraron con atención.

—No todo lo que aprendimos en las SS debe ser usado de manera errónea, ¿no lo creéis?

En ese lapso, los cuatro exoficiales alemanes evocaron cada uno su propio martirio durante la Segunda Guerra Mundial.

Llantos.

Gritos.

Desesperación.

Sangre.

Muertes.

Como si fuera una película, revivieron sus tormentos. Luego observaron a sus hijos, a sus esposas y a sus nietos con el corazón henchido de amor. Sebastián suspiró. Joachim suspiró. Martín suspiró. Paul suspiró.

—Este grupo combatiría el crimen de manera sigilosa —dijo Paul con firmeza—, era nuestro sueño —musitó emocionado—, con mis mejores amigos.

Sebastián bebió un sorbo de su vaso.

—Ah ¿sí?

Paul evocó a sus amigos, los mosqueteros de Hagen.

—El sueño de Christian Hoffmann —repuso Paul—, su nieto, Josef

Hoffmann, ya tiene un grupo de agentes en Alemania y ya ha empezado a entrenar a más jóvenes.

Los Ackermann lo miraron asombrados. ¿El grupo ya existía en Alemania?

—Son espías profesionales —acotó Paul—, hombres comunes —les miró fijo—, ante los demás —Joachim observó a los hijos del excapitán—, padres de familia que usan armas como ningunos, capaces de enfrentarse a una legión de hombres sin pestañear para lograr sus objetivos.

Sebastián clavó sus ojos en los de él.

—¿Tiene un nombre? —quiso saber Martín—. La agencia.

Paul los miró con unos ojos desafiantes y flameantes.

—La Bermer.

Aquel día, en medio de una barbacoa familiar, nació un grupo comandado por exoficiales alemanes que buscaban redención a través de una sola cosa: Justicia.

—Prost! —dijeron al unísono—, ¡por el inicio de una gran historia!

Epílogo

Lya se miró curiosa en el espejo de su peinadora aquel tibio día de septiembre. Esbozó una sonrisa antes de ponerse en el pelo canoso una peineta negra con un tulipán morado, regalo de su hija, Bettina.

—Los años no perdonan, Lya —se dijo tras mirar el portarretrato que se encontraba en la peinadora—, mis amores —deslizó su dedo índice en el rostro de su marido—, a pesar de los años, sigues tan guapo, mi amor.

Se puso su perfume que olía como aquel que usó en el pasado.

—Vainilla, como a ti te gusta, capitán.

Se levantó de la butaca de madera y se alisó el vestido manga corta de color morado corte princesa largo hasta los pies. A pesar de los años, Lya aún conservaba su buena figura. Comida sana y natación eran sus claves. Y mucho amor. Abundante amor.

—No puedo creer que dentro de muy poco mi novela saldrá a la luz —dijo emocionada hasta las lágrimas—, Esclava de tu amor.

Sebastián quedó maravillado al leerla, al revivir cada instante de sus vidas a través de sus páginas. Al inicio, ella quiso llamarla «Esclava de un nazi», pero él se puso triste y lo cambió. Por él siempre cambiaba todo.

—Mi eterno amor, mi único gran amor —dijo con lágrimas en los ojos—, mi salvación.

Salió de la casa tras ponerse su chal de hilo negro que le había tejido su suegra a pocos meses de su muerte.

—Oh, Mutti —dijo con un enorme nudo en el pecho—, ¡cuánto la echamos de menos!

Karl y María murieron el mismo año, el mismo mes. Él se marchó una semana antes que ella.

—Ni la muerte os separó.

Esmeralda, su abuela, murió hacía casi cinco años. Murió mientras Lya le canturreaba la dulce melodía que su hija, Dika, solía arrullar durante su gestación.

—Te echo de menos, Oma.

Bajó las escaleras de su casa ronroneando la vieja melodía de su alma.

—Lina logró componer esta melodía, mamá —sonrió—, tu bisnieta, la hija de tu nieto Dirk, es una gran pianista.

Se dirigió hacia el jardín con el corazón encogido mientras evocaba a todos aquellos que ya no estaban.

—Papá —dijo con un enorme nudo en el pecho—, siempre te extrañaré.

Miró el reloj de la pared de su sala de estar y sonrió de lado. Emma y Magda pronto llegarían para la hora del café con sus maridos. Ciertas costumbres alemanas jamás pudieron relegar de sus vidas.

Abrió la puerta y salió a la galería repleta de jarrones. Exhaló hondo el aroma peculiar de las flores de aquella estación. Jud, la perra pastor alemán, la saludó con alegría tras lamer la cabeza de Tilila, la gata blanca de Emma que siempre estaba por su casa. Olisqueó el aire con atención.

—Pan recién horneado —dijo, sonriente—, Joachim habrá preparado un delicioso baguette.

La tibia brisa le rozó la cara y le robó un suspiro. Miró el jardín con ojos soñadores y con una sonrisa melosa en los labios. Ladeó la cabeza y se puso seria.

—¿Dónde se metió Sebastián?

A lo lejos, en medio de los tulipanes morados, se encontraba su amor. Bajó los tres peldaños de la escalera y se dirigió hacia él mientras una rara sensación de nostalgia se apoderaba de su corazón. Echaba de menos a sus tres hijos y a sus doce nietos. Pronto sería navidad y todos estarían allí para festejarla con ellos como cada año.

—Amor mío, ¿qué haces aquí solo?

Sebastián giró su rostro y le dedicó una sonrisa muy tierna. A pesar de sus años, seguía siendo tan apuesto como en el pasado. Alto, delgado, elegante y hermoso como ninguno.

—Pensaba en ti, cielo —le dijo antes de alargarle la mano—, desde 1933 no hago otra cosa.

Los ojos de Lya se nublaron una vez más. Su marido siempre lograba tocarle el alma con sus dulces palabras. Sebastián la atrajo contra su cuerpo y le dio un beso en los labios.

—Permanece conmigo siempre, toma cualquier forma, haz que enloquezca, pero no me dejes solo en este abismo donde no puedo encontrarte. ¡Oh, Dios mío!, ¡es inconcebible! ¡No puedo vivir sin mi alma! —le recitó la frase favorita de su novela.

Lya le dio un beso.

—Cumbres borrascosas —dijo ella, sonriendo—, formó parte de nuestra historia, mi amor.

—Pero tuvimos un final mejor, Lya.

—Sí, mi amor.

A lo lejos, Martín y Joachim discutían por algo mientras Magda y Emma negaban con sus cabezas. ¡Aquellos dos nunca cambiarían! Lya y Sebastián rieron por lo bajo.

—Nunca madurarán —dijo Sebastián con sorna.

Lya observó con ternura a sus primas. Emma había engordado, pero Magda no. Ambas tenían el pelo canoso y recogido en un rodete elegante. Reían con toda el alma de sus maridos.

—No puedo creer que Emma haya tenido diez hijos —dijo Lya, con nostalgia—. Una decena de Ackermann.

Sebastián enarcó una ceja.

—No creo que hayan tenido solo diez —se burló y Lya rio de buena gana—, ¡ahora tienen treinta nietos!

Magda y Martín tuvieron tres hijos al igual que ellos dos.

—Martín tiene diez nietos —señaló Sebastián—, que valen por veinte.

Volvieron a reírse.

—¿Se pelearán otra vez? —soltó Magda, enfurruñada—, ¿no os bastó con la mini pelea por teléfono esta mañana?

Martín resopló.

—¡Tenéis más de ochenta años! —chilló Emma—, Dios, ¡qué viejos estamos! —acotó y todos se rieron.

Para variar, Emma casi derrumbó a su marido, pero por fortuna, Joachim tenía muy buenos reflejos. Martín se arregló los tirantes de goma.

—Joachim es el más viejo —dijo cantarín.

El comandante puso los ojos en blanco.

—¡Al menos no engordé como tú!

Le dio un golpe en el trasero.

—¿Me has pegado con tu bastón, Joachim?

Joachim se echó a reír.

—¡No seas llorica!

Martín le quitó el bastón y le dio un golpe en el culo con él.

—No duele —le dijo Joachim—, me duele más las articulaciones.

Se echaron a reír todos.

—¡Ay! —soltó Martín al recibir otro golpe en el culo—, ¡eres un capullo!

Empezaron a perseguirse con cierta dificultad. Los años no venían solo, dijo Sebastián, muerto de la risa. En ese lapso, Martín le dijo que no metió su dentadura postiza en el váter, que solo usó su cepillo de diente para limpiar el desagüe del lavabo.

—¡Martín! —chilló Joachim—, ¡te mataré antes que la maldita artrosis!

Magda y Emma resoplaron antes de alejarse de ambos.

—¡Cielo! —dijeron los hermanos al unísono—, no caminéis tan rápido...

Al final, Joachim y Martín entrelazaron sus brazos y se dirigieron a la casa de Sebastián sin percibir la presencia de ambos a unos metros de ellos.

—¿Quieres viajar conmigo en el tiempo, mi amor? —le dijo Sebastián a Lya.

Ella asintió con lágrimas en los ojos. Su marido cogió un tulipán y depositó un beso en él antes de alargarlo a su amada.

—Para la mujer más hermosa del mundo —le dijo con la voz melosa—, la mujer de mis sueños, la mujer de mi vida.

Lya cogió la flor y besó en el mismo lugar que él.

—Te amo, Lya.

Una lágrima atravesó el rostro de Lya y posó sobre la flor.

—Te amo, Sebastián.

Se dieron un largo beso de amor mientras volvían al pasado a través de los recuerdos.

—¿Lista, cielo?

—Lista, mi amor.

Sebastián se puso detrás de ella y la abrazó mientras le narraba el último paseo que hicieron aquel verano de 1933 en Blankenstein, donde todo había empezado...

—¡Estoy corriendo detrás de ti! —le dijo él con una sonrisa en los labios—, cruzando el campo repleto de tomillos y flores silvestres.

Lya tenía los ojos entrecerrados y una sonrisa bobalicona en los labios.

—Ay —dijo él.

Lya abrió los ojos.

—¿Te pasa algo, amor?

—Me tropecé con una piedra.

Se echaron a reír mientras se cogían de las manos y se enfilaban hacia la casa.

—Algún día volveremos a ser jóvenes —dijo Lya.

Sebastián se detuvo y la miró con amor infinito. El sol enmarcaba sus

cuerpos como un manto invisible. Se miraron por varios minutos.

—Solo nos basta con cerrar los ojos para volver a ser jóvenes, mi amor —le dijo él antes de besarle en los labios como si aún tuviera veinte años.

Se apartaron y se miraron enternecidos.

—Siempre seré esclava de tu amor, capitán.

—Y yo el tuyo, Lya.



«La única ideología que conoce el corazón es el amor» escribieron en la lápida de los dos, cinco años después.

En plena navidad, mientras todos esperaban la cena, Lya subió a su cuarto porque no se sentía muy bien. Sebastián la siguió y se acostó con ella en la cama. La luz plateada de la luna iluminaba gran parte del cuarto aquella noche, aquella calurosa noche de navidad.

—Ellos ya nos están esperando —dijo Lya—, por eso se fueron antes.

Emma fue la primera en partir, tres años atrás como consecuencia de una neumonía. Joachim murió esa misma semana, abrazado a un cojín que ella le había hecho. Seis meses después, Martín lo siguió. La tristeza lo mató, dijo Magda, que murió dos años después con el monito de madera que él le había hecho entre las manos mientras leía los relatos que ella le había escrito a su primer y único amor.

—Fuimos tan felices, Lya.

Suspiraron hondo.

—Tras el dolor vino la alegría, Sebastián.

Ella ronroneó su dulce melodía mientras unas lágrimas rodaban por sus mejillas. Sebastián le dio un beso en sus surcados labios antes de colocar un tulipán morado entre sus manos. Ella sonrió.

—Si me voy antes que tú, Sebastián —dijo ella en un susurro—, sabes dónde encontrarme, mi amor.

Las lágrimas atravesaron el rostro pálido del alemán.

—En 1933 —le dijo él.

Lya y Sebastián se dieron un último beso aquella noche, el beso del adiós. Al día siguiente, sus hijos los encontraron en la cama abrazados y sin vida.

—Permanece conmigo siempre, toma cualquier forma, haz que enloquezca,

pero no me dejes solo en este abismo donde no puedo encontrarte. ¡Oh, Dios mío!, ¡es inconcebible! ¡No puedo vivir sin mi alma! —recitó Dirk la frase favorita de ambos en el funeral—, adiós, papá y Mutti —las lágrimas anegaron su rostro—. Hasta algún día —se puso su kipá—. Lehitraot —murmuró en hebreo.

Los hijos y nietos observaron el panteón de la familia con lágrimas en los ojos.

—Algún día volveremos a estar todos juntos, los Ackermann —dijo Peter—, algún día volveremos a vernos hermano. Te echo mucho de menos, Paul.

Bettina colocó un tulipán morado sobre el ataúd de su madre.

—Mañana viajaremos a Blankenstein, Mutti.

Agnes la abrazó.

—Mañana conoceremos el pueblo donde la historia de los Ackermann empezó.

Maggie se secó las lágrimas con un pañuelo que perteneció a su padre.

—Y llevaremos vuestras almas al sitio donde siempre vivirán —dijo Lily.

Se cogieron de las manos y rezaron a coro el Padre Nuestro.

—Hasta luego —dijeron antes de salir del lugar.

Las almas gemelas siempre volvían a encontrarse...

—¡Has tardado, Sebastián! —gritó Lya con una sonrisa en los labios—. ¡Dos largas horas!

Sebastián miró el sitio con expresión curiosa y luego la miró embelesado. ¿Aquel era el cielo de ambos? Giró sobre sus pies y sonrió con lágrimas en los ojos. Después, se echó una mirada y sonrió.

—¡Somos jóvenes otra vez! —gritó ella desde el jardín de la antigua casa de Sebastián—. ¡Estamos en 1933, mi amor!

Sebastián oteó el lugar maravillado. ¡Estaba tal cual lo recordaba! Lya y él se miraron con amor infinito.

—¡No me cogerás, Sebastián!

Ella seguía igual de competitiva. Él corrió por el campo para cogerla en brazos y llenarla de besos.

—Te amo, Lya Rubinstein.

Ella le dio un beso de amor eterno.

—Te amo, Sebastián Ackermann.

Unos gritos les robaron la atención por completo. A lo lejos, vieron a Emma y Joachim y a Magda y Martín. Los hermanos corrían alrededor de ambas, estaban discutiendo por algo, para variar. Se jalaban de los pelos

mientras Emma y Magda meneaban las cabezas en un gesto negativo.

—¿En serio este es mi cielo? —dijo Sebastián y Lya se echó a reír—, ¿no nos hemos equivocado?

Y entonces aparecieron sus padres y supo que era su cielo.

—¡Mutti! ¡Duele! —chillaron sus hermanos al recibir un azote de María.

Emma se tropezó y cayó al suelo de un modo muy patoso. Joachim la levantó a toda prisa.

—¡Muy bien, Mutti! —chillaron Emma y Magda.

De pronto, María y sus hermanos lo vieron. Y con alegría, corrieron hacia él con una vieja amiga del pasado, Jud.

—¡Sebastián! —gritaron—, ¡al fin has llegado!

Los Ackermann siempre volvían a encontrarse...

Esclava de un Nazi



«La única ideología que conoce el corazón
es el amor»



Myrian González Britos

Índice

Primera Parte

[El cambio tiene un precio](#)

[Los hermanos Ackermann](#)

[El color del pecado](#)

[Una postal especial](#)

[Cosas del azar](#)

[Suspiros de amor](#)

[El destino y sus jugadas](#)

[Los incidentes del amor](#)

[Coraza del corazón](#)

[El azar de Joachim](#)

[Orgullo y prejuicio](#)

[Encuentros secretos](#)

[Guerra de titanes](#)

[El baile del pavo](#)

[Un contrincante a la altura](#)

[El chico de la boina roja](#)

[El sabor de la indiferencia](#)

[En busca del soldado](#)

[Dulces besos](#)

[El sabor del desprecio](#)

[Una gran confusión](#)

[Mal de amores](#)

[La dama misteriosa](#)

[La magia del primer amor](#)

[Un mal entendido](#)

[La promesa](#)

[El precio del desprecio](#)

[Las hermanas](#)

[Secretos inconfesables](#)

[Un puñal en el corazón](#)

[El amigo secreto](#)

[Solo tuya, solo mío](#)

[La magia del primer amor](#)

[El color del amor](#)

[Entre viento y marea](#)

[Los hermanos y las primas](#)

[Un viaje inolvidable](#)
[El último latido](#)
[Prueba de amor](#)
[La tormenta](#)
[Días lúgubres](#)
[La maldición del odio](#)
[El precio del rencor](#)
[El destino y sus jugadas](#)
[El silencio de los inocentes](#)
[Susurros de amor](#)
[El adiós](#)

Segunda parte

[La decisión final](#)
[El corazón de Sebastián](#)
[Un secreto sombrío](#)
[Alas de mariposa](#)
[El abogado del diablo](#)
[Emma & Joachim](#)
[El amor verdadero](#)
[Nuestros corazones](#)
[Almas gemelas](#)
[Siempre te amaré](#)
[El juego del destino](#)
[El precio del dolor](#)
[La noche de los cristales rotos](#)
[El secreto del nazi](#)
[La guerra](#)
[Los desafíos del enemigo](#)
[Años después...](#)
[¿Dónde está Lya?](#)
[La dama del tulipán morado](#)
[Los golpes del enemigo](#)
[Esclava de un nazi](#)
[El precio de la osadía](#)
[Días grises](#)
[El olor de la vida](#)
[En el infierno](#)
[Entre el bien y el mal](#)
[La otra](#)
[La ponzoña del odio](#)
[Adiós, mariposa](#)

[Amor y guerra](#)
[Esclavo de tu amor](#)
[Por amor](#)
[La reina blanca](#)
[Sin ti nada soy](#)
[Secretos de sangre](#)

Tercera parte

[Al otro lado del miedo](#)
[El final es solo el inicio](#)
[El corazón de un nazi, el alma de una judía](#)
[Y fueron felices para siempre...](#)
[El secreto de la felicidad](#)
[Vida nueva](#)
[El secreto de Magda](#)
[La dulce espera](#)
[Una nueva vida, una nueva oportunidad](#)
[Trampas del destino](#)
[Tierra nuestra](#)
[Cafetería Flores](#)
[Esclava de tu alma](#)
[Una trampa mortal](#)
[Epílogo](#)
Otras obras de la autora.....704

Otras obras de la autora



El disfraz de una mentira (1)

El disfraz de una mentira (2)

Dos almas y un secreto

Dudas del alma

Un príncipe a mis 30

Un príncipe a mis 35

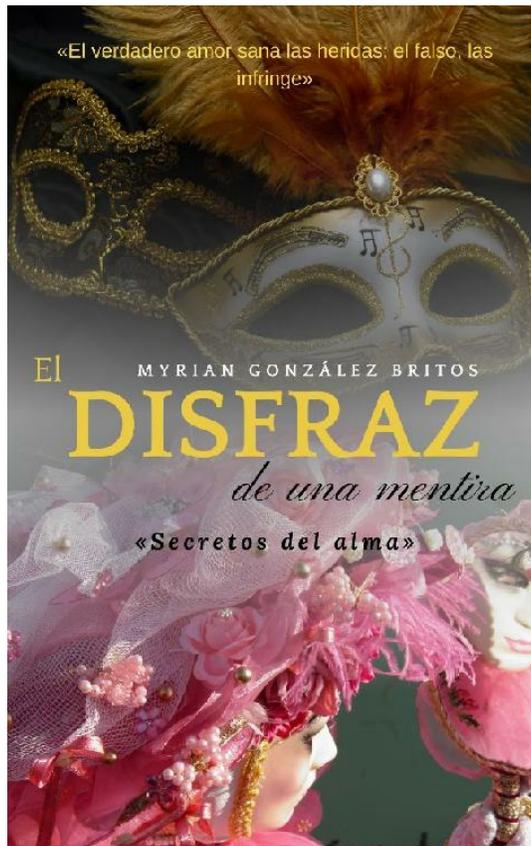
No me olvides

Siempre te extrañare

Secretos de sangre

Alguien como tu

Dulce destino



¿Qué razones nos llevan a escondernos tras un disfraz? Para algunos es la inseguridad, el miedo. Para otros, la maldad.

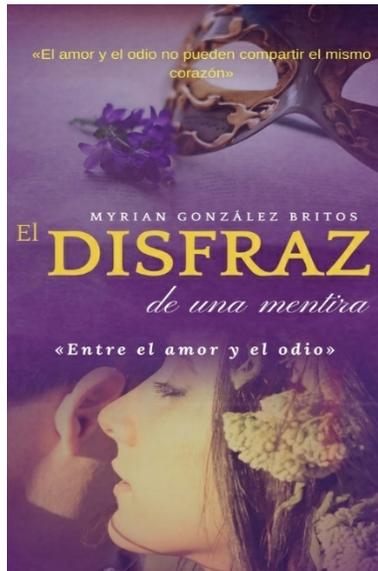
En Bagni Di Luca, un pequeño pueblo de Italia, Anna Bellini se refugia en los libros y la comida para huir de la soledad.

Carla Ferruzzi no duda en brindarle su amistad, y entre ellas se genera un lazo que parece inquebrantable.

Un lazo que se pone a prueba con la llegada de Marcello Hoffman.

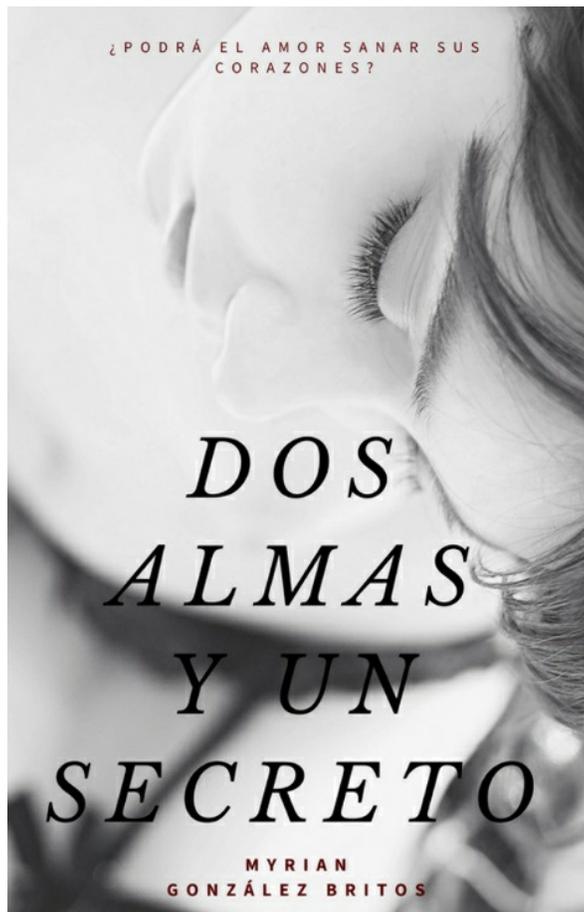
Las verdades salen a la luz, las máscaras caen y no hay disfraz que resista las pruebas del amor.

El disfraz de una mentira, una novela que habla del valor de la amistad, el amor y la sinceridad.



«Entre el amor y el odio, porque no pueden residir ambos sentimientos en el mismo corazón» Anna y Marcello se separan tras una trampa bien armada por Carla. Cada uno sigue con su vida, aunque, jamás consiguen desconectar sus almas. Anna se marcha a estudiar periodismo en Turín, donde disfruta de su juventud con sus amigos y conoce a Alex Mancini; sin embargo, no consigue olvidar a su primer amor. ¿verdadero? Marcello sufre una gran pérdida e intenta reconstruir su vida al lado de Caroline, pero, a pesar del tiempo y la distancia, no logra olvidar a Anna. El pasado y el destino parecen conspirar contra la felicidad de ambos, ¿o era alguien más? Cuando a Anna le diagnostican una grave enfermedad visual, y la tragedia golpea su puerta una vez más, se sumerge en una profunda y peligrosa depresión. Todo empeora, el día que descubre una verdad oculta detrás de una mentira bien disfrazada. Nadie era quien parecía ser en su vida. El odio y la venganza comandan su corazón a

partir de entonces. Nada parece capaz de hacerla desistir, salvo, quizá, el inmutable amor de Marcello, que retorna a su vida, para poner a prueba su corazón y su propio destino. ¿La venganza será su salvación o el amor



Todos tenemos un secreto inconfesable en esta vida». Matt lo tenía. Lizzy, también.

Matthew Caffrey, un millonario excéntrico y perturbado, lucha contra su pasado en un desesperado intento de que éste no rija su presente; pero el vacío que siente es cada vez más profundo y difícil de llenar.

Lizzy Smith carga con una historia de dolor y abusos. Su alma parece ahogarse en las penas y sólo desea ser feliz, aunque sea una vez en la vida. Dos corazones. Un secreto. Una oportunidad de sanar.



Érase una vez...

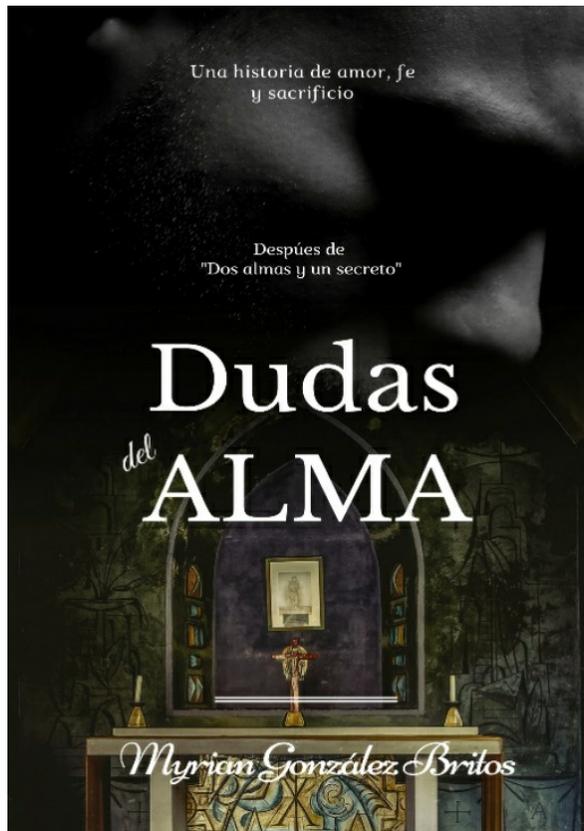
Valentina González no creía en los finales felices y mucho menos ahora que estaba a punto de cumplir sus treinta años. La muerte de su madre había dejado un enorme vacío en su corazón. La pena y la desesperanza tendían a crecer cada día más y más en su interior.

¿El destino se apiadará de ella?

Jonás Müller había huido de su país tras pillar a su hermano y su prometida en la cama.

Nada tenía sentido para el triste vikingo, hasta que llegó a Somo, y conoció a Valentina, la princesa que vivía encerrada en una librería.

¿Podrían dos almas rotas escribir una linda historia de amor?



«Una historia de amor, fe y sacrificio»

Peter Stanzenberger, un fervoroso cura alemán, viaja a Italia por una misión, sin sospechar que el destino pondrá a prueba su devoción.

Anna María Barsi, una dulce y soñadora italiana, prepara su boda convencida de haber encontrado el amor de su vida.

Cuando el padre Peter llega a su humilde pueblo, sus planes y sus propias certezas cambiarán para siempre.

Un amor vedado ante los ojos de los hombres y de Dios.

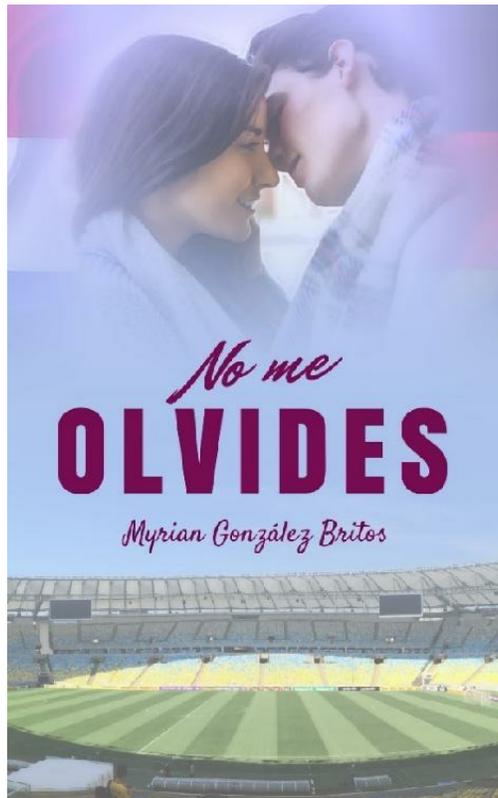
¿Es el amor un pecado mortal? ¿Podrán vencer las pruebas impuestas por el destino?

Una historia conmovedora, que pondrá a prueba incluso tu propia creencia.



Valentina y Jonás escribieron su historia a pulso. Juntos lograron vencer los obstáculos impuestos por el implacable destino. Sin embargo, había muchas pruebas más a vencer a lo largo de la vida. Un campeonato de surf en la playa de Somo prometía desatar los demonios más salvajes de Pulgarcito. Jonás, el dulce vikingo, disfrutará como nunca del lado más ladino de su pequeña y simpática esposa. Para completar su suerte, su hermano, Stefan, retornará a su vida y pondrá a prueba su corazón. El cuento de hadas era idílico, hasta que un video erótico del alemán comenzó a circular por las redes sociales, desestabilizando por completo los pilares de su matrimonio. ¿Podrá el amor de Pulgarcito y el vikingo dorado vencer esta inesperada y brutal

oleada?



Aramí González tenía el corazón roto cuando llegó desde Paraguay a Río de Janeiro para ayudar a su tía enferma. Lejos de los suyos, intentó rehacer su vida y encontrarse a sí misma.

Thomas Leuenberger estaba a punto de casarse, pero antes de dar el sí, haría un último viaje de soltero con su hermano y unos amigos; el destino: Brasil, Copa del Mundo 2014.

Un encontronazo marcado por el destino cambió sus historias para siempre.

Aramí y Thomas iniciaron el gran juego de sus vidas.

¿Era el amor el gran premio?

«El amor nació mientras dormía»



Volver a la vida no era una tarea sencilla para Paula Bellini y Nicolás Ricci. Ambos habían sido privados de su libertad por aquellos que menos esperaban. Cuando Paula llegó a la vida de Nicolás, a través de sus sueños, algo renació en su interior. ¿Cómo era eso posible? ¿Soñar con alguien que nunca había

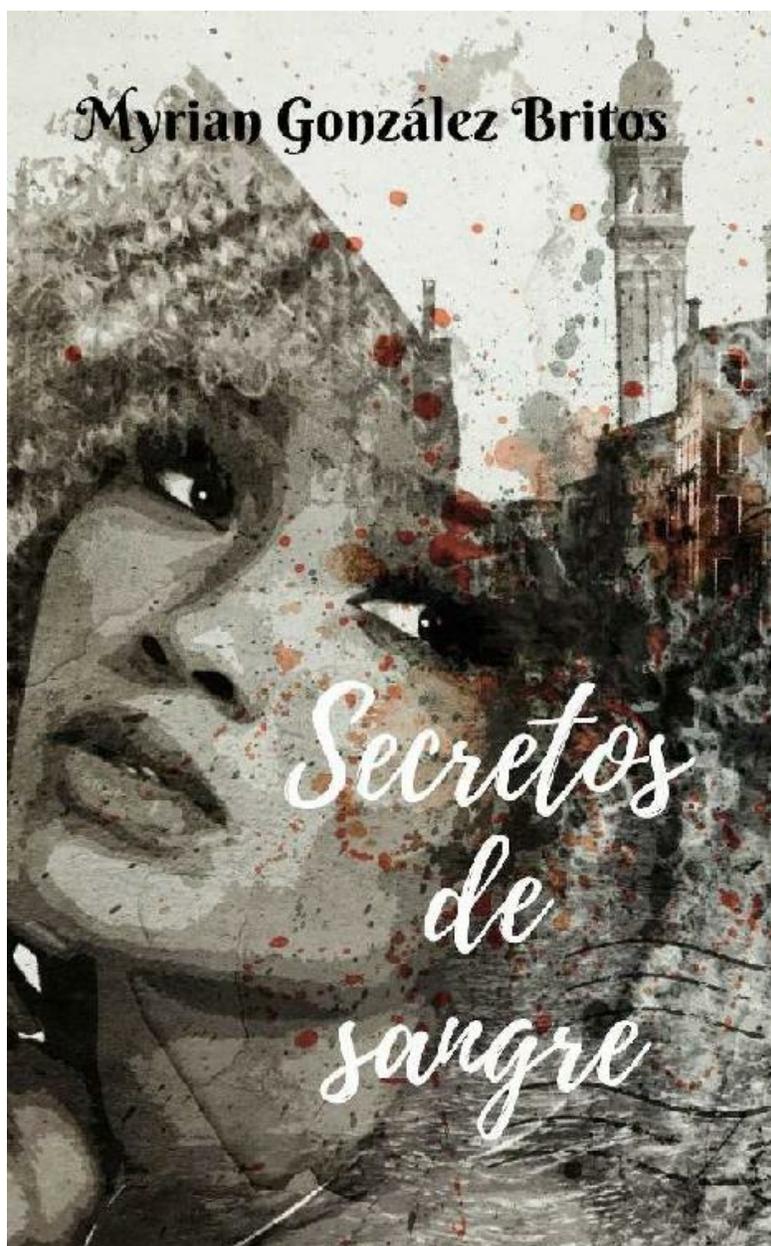
conocido?

Paula llevaba años haciéndose la misma pregunta, soñaba despierta con él desde su adolescencia, conocerlo en persona fue la magia que necesitaba en su vida.

El destino les tenía preparada una gran sorpresa.

Una sanación que no esperaban, un milagro que no creían posible.

«El amor iluminó sus abismos».



«La peor batalla siempre la libra el corazón»

La bella y tímida pastora judía Giovanna Bianco paseaba todas las mañanas por los valles de su pueblo con sus ovejas y su fiel perro. Ser hija de una judía nunca fue un problema para ella, hasta que se desató la guerra.

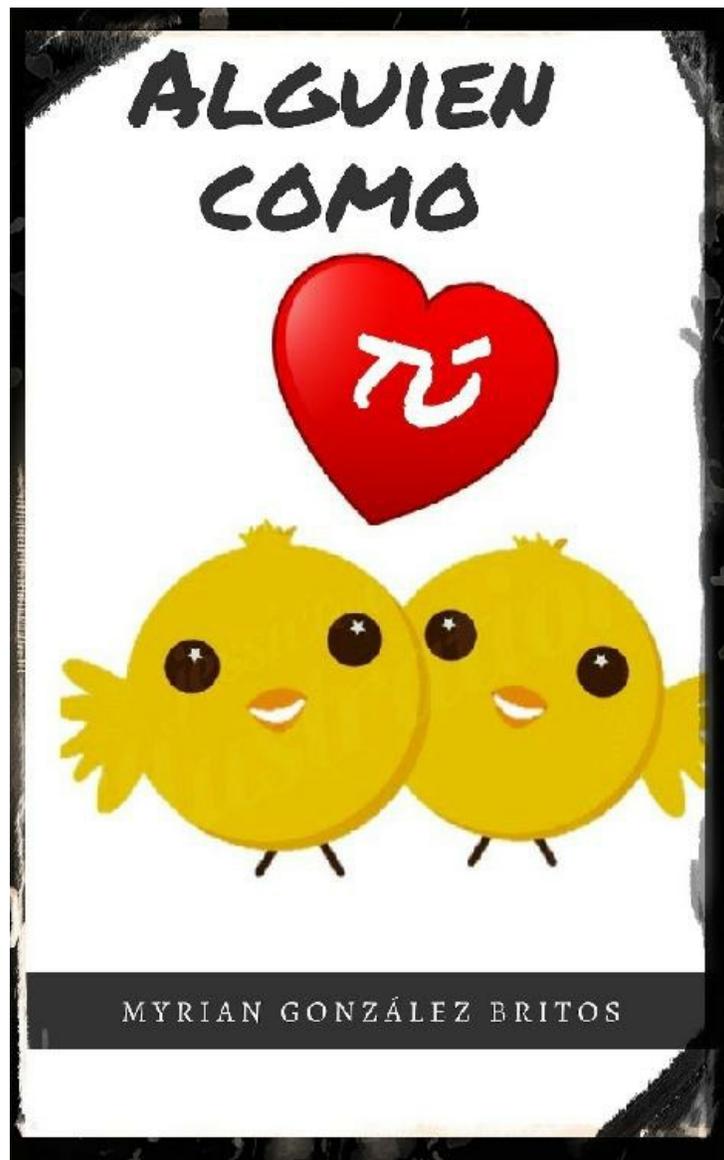
Paul Bachmann era un atractivo e inmovible capitán nazi, cuya misión en Italia era clara hasta que conoció a la inocente pastora y todo cambió.

Un sentimiento desconocido nació en su duro pecho y cambió su destino para siempre.

Les unía el amor y también un secreto. ¿Podrán vencer los obstáculos

impuestos por la guerra?

Una novela que desatará una dura batalla en tu corazón.



Elena creía en las segundas oportunidades, a pesar de todo lo que había sufrido a lo largo de su vida. Huyó de su pueblo y decidió reconstruir su historia lejos de los malos recuerdos.

Cierta tarde, vio a su nuevo vecino y pensó perder la cordura ante semejante dios mítico. Nunca sintió tanta atracción por alguien, pero con un pequeño defecto: era gay.

Alan tenía el corazón roto tras el inesperado y duro divorcio. Reconstruir su vida no sería una tarea simple y menos sin trabajo. Todo iba mal en su vida hasta que conoció a Elena, su vecina. Verla se le hizo vital. Era la mujer

perfecta, pero con un pequeño fallo: era lesbiana.

Una confusión que los llevará a cometer grandes y divertidas locuras, mientras el amor comandaba en secreto sus corazones.

¿Quieres formar parte de este dulce gallinero?



«La peor deficiencia del ser humano es la incapacidad de amar».

Beatriz Aquino decide aceptar la propuesta laboral del señor Weber, dueño de la granja Dulce destino. Necesita el dinero para abrir su propia clínica en el futuro.

En aquel lejano pueblo, conoce a Daniel Schmidt, un hombre cuya belleza angelical y ternura la cautivan desde el primer día que lo conoce.

La bella veterinaria descubre con el tiempo que Daniel sufre de una discapacidad intelectual leve, un aspecto que, en lugar de alejarla, la acerca

más y más a él.

La amistad se convierte en algo más, en algo mucho más fuerte y toda diferencia queda soterrada bajo ese sentimiento.

¿Podrá el amor vencer la barrera impuesta por los prejuicios?

